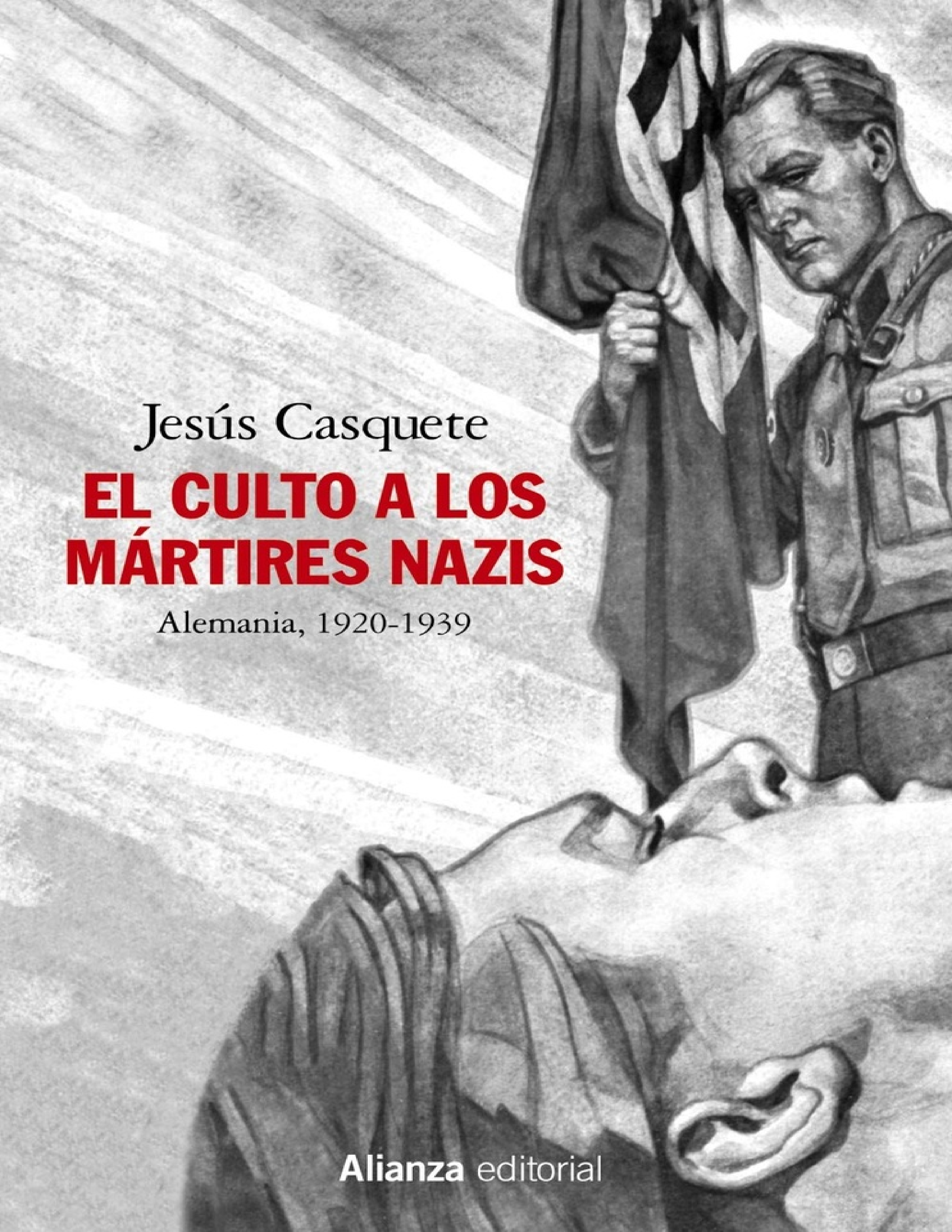
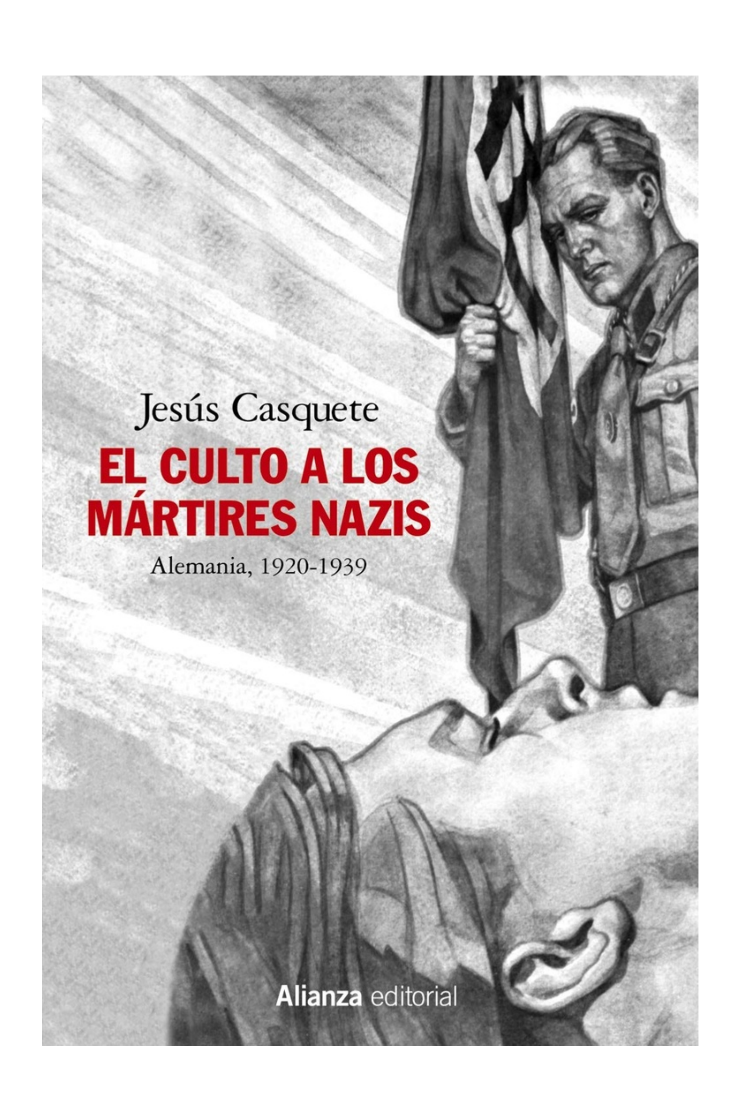

Jesús Casquete
EL CULTO A LOS MÁRTIRES NAZIS
Alemania, 1920-1939
Alianza editorial


Jesús Casquete
EL CULTO A LOS MÁRTIRES NAZIS
Alemania, 1920-1939
Alianza editorial

JESÚS CASQUETE

EL CULTO A LOS MÁRTIRES NAZIS

ALEMANIA, 1920-1939

Alianza editorial

Índice

LISTADO DE SIGLAS

BArch-Berlin – Bundesarchiv Berlin, Archivo Federal Alemán
BVP – Bayerische Volkspartei, Partido Popular Bávaro
BDM – Bund Deutscher Mädel, Liga de Muchachas Alemanas
DAP – Deutsche Arbeiterpartei, Partido Obrero Alemán
DC – Deutsche Christen, Cristianos Alemanes
DDP – Deutsche Demokratische Partei, Partido Democrático Alemán
DNVP – Deutschnationale Volkspartei, Partido Popular Nacional Alemán
DVFP – Deutsch-Völkische Freiheitspartei, Partido Alemán-Populista de la Libertad
DomA-Berlin – Domarchiv Berlin, Archivo de la Catedral de Berlín
DvSTB – Deutschvölkischer Schutz- und Trutzbund, Federación Nacionalista Alemana de Protección y Defensa
ELAB – Evangelisches Landesarchiv Berlin, Archivo Provincial Evangélico, Berlín
EZA – Evangelisches Zentralarchiv, Archivo Central Evangélico, Berlín
GDAP – Grossdeutsche Arbeiterpartei, Partido de los Trabajadores de la Gran Alemania
GRUSA – Grundsätzliche Anordnung der SA, Disposición General de las SA
GStA – Geheimes Staatsarchiv Preußischer Kulturbesitz, Archivo Estatal Secreto de Prusia
HJ – Hitlerjugend, Juventudes Hitlerianas
HStA – Bayerisches Hauptstaatsarchiv, Archivo Estatal Bávaro, Múnich
IfZ – Institut für Zeitgeschichte, Múnich
KgdF – Kampfbund gegen den Faschismus, Liga de Combatientes contra el Fascismo
KPD – Komunistische Partei Deutschlands, Partido Comunista de Alemania

LABerlin – Landesarchiv Berlin, Archivo Provincial de Berlín
NF – Nationalsozialistische Freiheitspartei, Partido Nacionalsocialista de la Libertad
NSAK – Nationalsozialistisches Automobilkorps, Cuerpo de Automóviles Nacionalsocialista
NSBO – Nationalsozialistische Betriebszellorganisation, Células Nacionalsocialistas de Fábrica
NSDAP – Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei, Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán
NSDStB – Nationalsozialistischer Deutscher Studentenbund, Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas Alemanes
NSFB – Nationalsozialistische Feiheitsbewegung, Movimiento por la Libertad Nacionalsocialista
NSKK – Nationalsozialistisches Kraftfahrkorps, Cuerpo de Vehículos Nacionalsocialista
NSVH – Nationalsozialistische Versicherungshilfe, Auxilio de Seguros Nacionalsocialista
PND – Politischer Nachrichtendienst, Servicio de Información Política
RFB – Rotfrontkämpferbund, Liga de Combatientes del Frente Rojo
RFMB – Rote Frauen- und Mädchenbund, Liga de Mujeres y Chicas Rojas
SA – Sturmabteilung, Tropas de Asalto
SABE – SA-Befehl, Ordenanza de las SA
SPD – Sozialdemokratische Partei Deutschlands, Partido Socialdemócrata de Alemania
SS – Schutzstaffel
StA-München – Staatsarchiv, Archivo Estatal, Múnich
USPD – Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands, Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania

INTRODUCCIÓN

El 30 de enero de 1933 un movimiento de alma totalitaria, ideario racista y ánimo genocida se aupó a la cabeza del Estado alemán. No era el único movimiento fascista que pujaba esos años por arrumbar el orden liberal-democrático. Desde España a Rumanía o Hungría, integrantes de esa familia ideológica se abrían paso por doquier en Europa. Los nacionalsocialistas ni siquiera fueron los primeros en hacerse con las riendas de un país; los camisas negras italianos les habían tomado la delantera en 1922. La singularidad histórica del nacionalsocialismo radica más bien en que en un lapso de tiempo meteórico, y con la aquiescencia y la complicidad de una parte sustancial de la sociedad alemana manifestada en elecciones libres, fue escribiendo algunos de los capítulos más ignominiosos de la historia de la humanidad: suya es la responsabilidad por la Segunda Guerra Mundial, y suya la responsabilidad del asesinato burocratizado e industrial de masas, el Holocausto. Con el arranque de la pesadilla totalitaria la pregunta no ha dejado de sobrevolar nuestras conciencias: ¿cómo arraigó y se propagó la abyección en una sociedad culta como era la alemana?, ¿cómo fue posible la abdicación del sentido moral?, ¿acaso existe algún otro ejemplo histórico que mejor exponga que civilización y barbarie pueden ser fenómenos acompañantes, y no excluyentes como aventuraba el proyecto ilustrado?

Desde que empezaron a proliferar los estudios sobre las condiciones de posibilidad de su surgimiento y expansión, no han faltado los ensayos explicativos sobre la propagación de la metástasis totalitaria durante la República de Weimar, que es como se conoce el periodo comprendido entre finales de 1918 y la toma nazi del poder en 1933. Disciplinas como la historia, el derecho, la filosofía, la literatura, la teología, la ciencia política o la sociología no han dejado de arrojar luz a la comprensión de fenómeno tan poliédrico, sin duda uno de los acontecimientos históricos que, por la envergadura del daño causado y por su inhumanidad devastadora, mayor

atención ha despertado en la academia, y más interés también ha concitado en círculos no estrictamente eruditos.

Una síntesis de las razones inmediatas de la expansión de la barbarie avanzaría por las líneas siguientes. Tras el final de la Primera Guerra Mundial, las potencias vencedoras impusieron a Alemania un tratado de paz con unas cláusulas draconianas en lo económico, traumáticas en lo territorial y, no menos importante, humillantes para el sentido de identidad nacional, así sentidas al menos por amplios sectores ideológicos desde conservadores a socialistas pasando por los liberales. La capitulación vino acompañada por un cambio político y social que trastocó los fundamentos del país. Casi de la noche a la mañana, al orden imperial sobrevino un sistema democrático. Aferrados a los anclajes del pasado y la tradición, los nostálgicos del primero ofrecían certidumbres existenciales en dimensiones tales como las estructuras de autoridad, los roles de género o el papel de la religión en la sociedad. La democracia, por su parte, experimento inédito hasta entonces en Alemania, nacía con la promesa de mayores cotas de libertad, de un ensanchamiento de la participación al poner la política al alcance de todo el mundo (incluyendo a las mujeres) y, en la medida en que su principal animador fue el movimiento obrero articulado alrededor de la socialdemocracia, también de una mayor justicia social. Por retomar la definición gramsciana de crisis, el viejo orden se resistía a desaparecer sin que el nuevo acabase de abrirse camino. Los ensayos revolucionarios que salpicaron la geografía del país al calor de la capitulación no contribuyeron a la consolidación democrática. Al contrario, sirvieron para insuflar nuevos bríos a las soluciones autoritarias y ultranacionalistas que aireaban el miedo a la «conspiración» judeo-bolchevique. Fueron las mismas opciones que al cabo ganaron la partida, ahogando de paso las libertades individuales, suprimiendo la participación social y política, y sustituyendo las medidas encaminadas a la consecución de una mayor justicia social por una solidaridad redefinida en términos «nacionales». Tampoco cabe soslayar la efervescencia cultural y el desafío de las convenciones establecidas en una época en que «se bailó sobre las ruinas de la moral heredada» (Moreck, 2018 [1931]: 92). Añadamos a esta coctelera las sucesivas crisis económicas que asolaron a Alemania durante este periodo, y dispondremos de un marco aproximado para dar cuenta de la siempre convulsa, por momentos desbocada, situación durante el periodo republicano. La primera crisis, durante la postguerra y con su punto álgido a finales de 1923, fue

específica alemana y de hiperinflación; la segunda asumió un carácter global y se manifestó a partir de 1929 en un paro de masas. En este escenario, la ciudadanía acabó echándose en brazos de los profetas de la palingenesia de la patria, de los demagogos nacionalistas que prometieron resarcir de un plumazo el orgullo nacional mancillado y conducir al país a glorias ignotas.

Para comprender y explicar la conquista nazi de la sociedad y el Estado resulta inexcusable atender a los factores antedichos, pero no basta. Se trata de dimensiones estructurales, frías, que corren el riesgo de vaciar la agencia humana, esto es, la capacidad del ser humano de intervenir en el decurso de los procesos sociales, políticos y culturales que enmarcan su existencia. Para desentrañar la ruta que facilitó a los nazis el camino al poder urge atender al mundo de las emociones y, en particular, a las estrategias discursivas y prácticas litúrgicas empleadas por los *emócratas* (como denominamos a los manipuladores de emociones) para que su audiencia, en este caso la opinión pública alemana, abrazase un programa fundamentalista étnico y expulsase del campo de obligación moral a quienes no cumpliesen los requisitos raciales «arios». Una audiencia entendida no como un consumidor pasivo de mensajes diabólicos e inciviles (es decir, irrespetuosos de los derechos humanos fundamentales que clasificaban a los individuos en «mejores» y «peores», esto es, de diferente valor), sino como un actor en el que resonaban, y que procesaba, mensajes de naturaleza ultranacionalista y excluyente empeñados en despersonalizar a categorías enteras de la población. En consonancia con estas guías epistemológicas, entenderemos la propaganda como un ejercicio de comunicación entre unos emisores (los propagandistas nazis) y un público (la sociedad alemana), más que como una práctica unidireccional protagonizada por unos fundamentalistas raciales conocedores de las claves emocionales para seducir a las masas. Si la población respondió a los cantos de sirena de los nazis y a sus promesas de una nueva Edad Dorada en forma de Tercer Reich, fue porque estos supieron interpretar la fibra emocional de parte de sus conciudadanos y difundir mensajes que encontraron el terreno abonado. Y, claro, también porque el sistema político y la sociedad civil (iglesias incluidas) se mostraron impotentes (cuando no colaboraron) para establecer los diques necesarios (hoy hablaríamos de «cordones sanitarios») para que un orden respetuoso de los derechos humanos articulado en un

sistema democrático se hiciese valer frente a un proyecto totalitario y, como el tiempo se encargaría de demostrar, también genocida.

A río revuelto, ganancia de pescadores. El Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei, NSDAP), un actor ultranacionalista más entre el rico espectro de esa sensibilidad ideológica que pululaba en la postguerra en Alemania, consiguió en el curso de tres lustros escasos enseñorearse de las calles del país y acabar en las urnas como la principal fuerza electoral. Articulado *ex novo* por su líder carismático, Adolf Hitler, las ideas del nuevo partido-movimiento no resultaban del todo originales. Bebían de la tradición nacionalista y antisemita *völkisch,* con la que (según reconoció el propio Hitler) había pocas diferencias dogmáticas de calado. La originalidad del nacionalsocialismo hay que rastrearla más bien en su modo de abrirse camino entre la población hasta conquistar los corazones de una parte sustancial suya. Hitler y su movimiento comprendieron que las emociones eran una dimensión esencial de la política, y que movilizar a la opinión pública y ganar fieles creyentes en la causa aria en las calles, y sufragios en los comicios, pasaba por afectar a la población. Cuando de agitar las emociones de la opinión pública se trataba, los nazis se mostraron mucho más avezados que los defensores de la república. Kurt Heilbut, un periodista socialdemócrata que acabó sus días en Auschwitz, condensó gráficamente una razón por la que la democracia sucumbió al totalitarismo. Heilbut reprochó al movimiento obrero haber dejado expedito al nacionalsocialismo el mundo de las emociones y los afectos. A su juicio, y recurriendo a un juego de palabras que solo adquiere pleno sentido en alemán, sin seducir al alma *(Seele)* no había modo de llenar las salas *(Säle)* y, sin movilizar a la sociedad la batalla política estaba perdida (Korff, 1986: 88). Alemania no era un caso único en la Europa del momento. En otro registro, pero también durante esos años, el poeta portugués Fernando Pessoa captó el signo de los tiempos: «las sociedades están dirigidas por agitadores de sentimientos, no por agitadores de ideas» (2008: 130). El problema no fue tanto que los nazis apelaran al mundo de las emociones, cuanto el tipo de emociones que alentaron contra el «otro» racial y político: odio, envidia, desprecio. Atrajeron el favor de una parte considerable de la ciudadanía porque verbalizaron (y alimentaron) sin edulcorantes resentimientos y pasiones ampliamente arraigados en ella.

«Los nazis están aquí. La mentira está aquí», escribió en directo la escritora y periodista Gabriele Tergit (2018 [1983]: 132). Los nazis (figura en su siniestro haber) no ocultaron ni maquillaron las líneas maestras de su proyecto. Al contrario, fueron diáfanos y sinceros a la hora de exponer y transmitir su ideario liberticida y excluyente. Todavía hoy produce desazón acercarse a *Mein Kampf* y encontrar negro sobre blanco invectivas contra la democracia, el liberalismo, el socialismo, el pacifismo, el feminismo y, como paraguas de su paquete «anti», contra los judíos, el chivo expiatorio por excelencia de los males que asolaban al país. En aquellos años, quien quiso saber no tuvo más que escrutar el prontuario hitleriano; o, en su defecto, acercarse a las publicaciones nazis y leer a sus replicantes; o escuchar a sus oradores en los múltiples actos públicos que orquestaron en toda la geografía del país.

Cuando Hitler sostuvo que «con los judíos no hay compromiso posible; es cuestión de ellos o nosotros» (1943 [1925/1926]: 225), no inventó el antisemitismo ni prefiguró el Holocausto, pero sí dejó constancia escrita con claridad meridiana del lugar que él y su movimiento les reservaban en la sociedad. Al mismo tiempo, y no es ninguna contradicción, los nazis mintieron a espuertas, sosteniendo y difundiendo cosas que no eran verdad a sabiendas de que no lo eran. Con el fin de agitar las emociones de su audiencia, en última instancia de la ciudadanía alemana, retorcieron la verdad factual hasta extremos obscenos. Fueron maestros de lo que hoy llamamos *fake-news* . Mintieron para manipular a sus conciudadanos y así ganarse su favor y simpatía. Se presentaron ante la opinión pública como patriotas inocentes y desvalidos que resultaban abatidos por sus enemigos judeo-bolcheviques con nocturnidad y alevosía por el único delito de amar a su patria con pasión o, por decirlo en su parla, con «fanatismo». En un contexto inflacionario de embustes, la forja de sus mártires constituye un ejemplo paradigmático de la praxis de la propaganda nacionalsocialista, porque en numerosas instancias las circunstancias que rodearon sus muertes poco o nada tuvieron de épicas y, en cualquier caso, se trataba de una épica al servicio de una moral podrida. Desvelar las imposturas inscritas sistemática y deliberadamente en sus narrativas propagandísticas al hilo de la construcción martirial constituye uno de los objetivos de la presente investigación.

La apoteosis de los mártires en la plantilla de la propaganda nazi no es una cuestión anecdótica en la historia del nacionalsocialismo. Por el

potencial movilizador y cohesionador de su comunidad de sentido y de memoria, el «recurso a la sangre» constituye un pilar fundamental de la estrategia comunicativa nazi que apenas ha recibido atención por parte de las y los investigadores [1] . No es azaroso que Hitler arranque y cierre *Mein Kampf* con un homenaje a los fieles caídos en el curso del intento de golpe de Estado en Múnich en 1923, ni que entre ambos extremos, a lo largo de las casi 800 páginas del libro, sean innumerables las instancias en las que ensalza la disposición por sacrificar la vida en aras del credo racial contenido en su programa. Más aún, podríamos interpretar su prontuario como un ensayo modelado sobre su propio ejemplo por señalar el camino al «hombre nuevo» del Tercer Reich.

La glorificación de los mártires es un vector de la hagiografía y propaganda nacionalsocialista sobre el que sus emócratas insistieron hasta el paroxismo. Pocos años después de ver la luz la obra de autoficción y programática de Hitler, un libreto sobre pautas de comportamiento de los responsables de las SA recogía una declaración que condensaba la visión de los nazis sobre quienes sacrificaban su vida por la patria: «Una muerte ejemplar tiene aún más valor que una vida ejemplar» [2] . La consigna no dejaba lugar a dudas sobre la ruta a seguir. El devoto de la causa aria, para serlo, no podía descuidar una vida de acuerdo con las directrices sentadas por el movimiento. Valores como el honor (a la patria), la obediencia (a los mandos que corporeizaban la patria) o la generosidad (para con la patria) figuraban en el frontispicio de su moral, una moral marcial presidida por el imperativo nacionalista de *patriae totus et ubique* . Ahora bien, desde la perspectiva del movimiento, más provechoso que guiar la vida propia de acuerdo con esa panoplia de valores era saber morir por ellos. El buen vivir respetando los mandamientos del ideario nazi era digno de encomio, pero el buen morir resultaba aún más funcional: daba sentido a la existencia individual y grupal, y abría la puerta a su capitalización por los emócratas. Desde que asumió la responsabilidad del movimiento en Berlín en noviembre de 1926, Joseph Goebbels acostumbró a repetir una frase en contextos mortuorios (en realidad robada a Goethe) que hizo fortuna en sus filas: «Sobre tumbas, ¡pero avanzamos!», un remedo fascista de Tertuliano cuando sostuvo que «la sangre es semilla de cristianos». Recién llegado a la capital, en una marcha propagandística de las SA por sus alrededores, lo expresó de forma elocuente: «La sangre es el mejor pegamento para

mantenernos unidos en las luchas venideras» [3] . Expresión de una filosofía del desastre productivo, la muerte individual emergía revertida en savia vivificadora grupal. En la peor tradición maquiavélica, y *contra* Kant, los interfectos eran contemplados como sacrificios necesarios en aras de un fin sagrado, como «medios para un fin». Y cuando la redención de la patria está en juego, como saben los nacionalistas de toda época y condición, no hay precio lo suficientemente gravoso.

Propaganda y mentira en la construcción de la figura del mártir en tanto que prefiguración del hombre nuevo anhelado por todo proyecto totalitario: estos son los ejes que vertebran la presente investigación. La práctica y el discurso de la *política de la muerte* del nacionalsocialismo fue un aspecto cuidado con especial esmero desde su surgimiento como movimiento político en el Múnich de la inmediata posguerra. Una vez dispuso bajo su control de los aparatos del Estado, cambiaron los mecanismos de difusión en el tejido social de la ejemplaridad de los mártires, pero no las especificidades del troquel en sí. Lo que antes se ensalzaba desde abajo pasó a ser glorificado desde arriba, como una cuestión de Estado más. Algunos de los principales agentes de socialización (el sistema educativo, los medios de comunicación, el entramado asociativo) quedaron bajo control directo del Estado totalitario, pero el relleno de su culto a la muerte prosiguió inmutable en sus líneas maestras. Con diferentes intensidades según las circunstancias históricas concretas, la apoteosis de los mártires fue una constante del movimiento hitleriano. De ahí que delimitemos temporalmente nuestra investigación desde la fundación del partido nacionalsocialista en 1920 hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial en 1939.

El presente trabajo se articula en tres grandes bloques. En el primero repasamos las interpretaciones más influyentes del totalitarismo, e identificamos un aspecto que ha pasado relativamente desapercibido a autores y autoras que se han ocupado de su estudio, aspecto cifrado en el *para qué* de dicha forma de dominación. Más allá de los rasgos estructurales que han sido enfatizados en la literatura especializada (partido único, líder omnipotente y omnisciente, el terror como mecanismo de sometimiento o el ahogamiento de la sociedad civil), destacaremos la revolución antropológica a la que aspira todo totalitarismo, la auténtica clave de bóveda para poder comprender su proyecto. En su pulsión por laminar el pluralismo inherente a toda sociedad moderna, los adalides del

totalitarismo alemán se afanaron en modelar un individuo que renunciase a su propia visión de la vida buena y, en su lugar, se acoplase a los dictados de instancias heterónomas (del *Volk)* que le marcasen la vida que tenía que vivir y cómo tenía que vivirla; una vida supeditada a los designios de la comunidad y a la anulación del «yo judío», entendido en el lenguaje nacionalsocialista como sinónimo de individualismo. Quienes habían sacrificado su vida en nombre de la causa totalitaria (o, veremos, quienes fueron construidos como desinteresados e inocentes patriotas asesinados por el mero hecho de privilegiar al *Volk* por encima de cualquier otro valor o preferencia) ofrecieron el modelo de hombre que esos mismos totalitarios querían hegemónico en el paisaje social del futuro.

El segundo bloque tiene como eje a las SA, «el armazón del NSDAP, la masilla de todas las secciones del partido» [4] . Su misión estribó en hacer avanzar el programa nazi por todos los medios a su alcance, violencia incluida (o mejor: violencia sobre todo), batiéndose a muerte en las calles del país contra el enemigo marxista y, de paso, humillando a cuantos judíos se cruzaban en su camino. De sus filas procedieron aproximadamente tres cuartas partes de los mártires elevados al altar de la patria durante la República de Weimar. En este bloque nos acercaremos a aspectos tales como su surgimiento, sus funciones y modos de proceder contra sus «enemigos», el perfil de sus integrantes, los contextos desencadenantes de la violencia o el arsenal simbólico a su disposición (uniforme y bandera, entre otros). A modo de anexo, el bloque lo completa un breve ensayo exploratorio sobre algunas analogías que presentaban las SA con las organizaciones del inframundo criminal alemán, con los así denominados *Ringvereine* .

Los mártires, la sangre sacrificada en el altar de la patria, constituyeron para el nacionalsocialismo un arma propagandística de incalculable valor. En el tercer bloque, el eje central del presente trabajo, analizamos los vectores discursivos del troquel martirial nazi, vale decir, del molde del que se sirvieron sus emócratas para presentar a sus activistas caídos en la «lucha por la calle» contra socialdemócratas y comunistas durante la República de Weimar como modelos del hombre nuevo del futuro. El motivo de fondo de estas confrontaciones violentas era ideológico: internacionalismo obrero frente a ultranacionalismo racista. El motivo inmediato, por su parte, hay que buscarlo en el control defensivo de un territorio sentido como propio por los comunistas ante los intentos de «conquista» por parte de los

nacionalsocialistas. El sentimiento motriz y guía de la actividad de los nazis fue el odio materializado en violencia hacia todos quienes se interpusiesen en su camino hacia la conquista del poder. El sentimiento era recíproco. Los comunistas también odiaban a los nazis, aunque con una diferencia sustancial: los primeros nunca estigmatizaron ni pusieron en su punto de mira a categorías étnicas en tanto que tales, como hicieron los nazis con los judíos.

A la hora de profundizar en el constructo analítico que es el troquel martirial prestamos una atención especial (pero no exclusiva) a algunos de los mártires nazis más destacados, como Horst Wessel (muerto en 1930), Herbert Norkus (1932) y Hans Maikowski (1933). No se trata de un molde prediseñado en el laboratorio de la ignominia excluyente nazi, sino de una construcción analítica a partir de un amplio elenco de casos concretos, de un tipo ideal en el sentido weberiano. A grandes rasgos, veremos que (siempre desde la particular reconstrucción nazi) sus mártires tuvieron que hacer frente al enemigo en una relación de manifiesta inferioridad, asimetría que era de dos órdenes: numérica, puesto que sus crónicas y oraciones fúnebres subrayaban de forma recurrente una relación de efectivos desfavorable; y cualitativa, de pertrechos, en la medida que los «marxistas» eran presentados como agresores armados que a menudo perpetraban sus ataques aprovechando la oscuridad, mientras que ellos, los nazis, eran víctimas inocentes y desvalidas. Un segundo vector está relacionado con el instante mismo del deceso. Apunta a que, en el momento de expirar, de forma no sistemática pero tampoco excepcional, el mártir habría dedicado sus últimas palabras a recordar y exaltar al movimiento. Al destacar estos vectores, igual que cuando insistían en la ejemplaridad de sus activistas bajo todo punto de vista y en todos los órdenes de la vida (el tercer vector del troquel que abordaremos), la verdad quedaba en entredicho.

Este trabajo pivota sobre un esfuerzo intensivo por escrutar fuentes primarias. Dejaremos hablar a los propios nazis a través de sus publicaciones y discursos; menudearán referencias a escritos programáticos y a discursos de los representantes más emblemáticos del nacionalsocialismo, sobre todo de sus dos propagandistas principales, Hitler y Goebbels. La prensa bajo el control directo del NSDAP, en particular los órganos de expresión del movimiento en el conjunto del país (el *Völkischer Beobachter)* y en Berlín *(Der Angriff),* será una fuente de la que beberemos de forma recurrente. No faltarán tampoco referencias a biografías y escritos

autobiográficos de mártires del movimiento. Como quiera que sea, en todo momento aplicaremos el filtro de la crítica. En una ocasión, un conocido de Hitler cuando este todavía era un don nadie que pujaba por abrirse camino en el convulso panorama político reinante en la capital bávara, le espetó tras una perorata suya sobre la misión del artista alemán: «Dime, te han llenado el cerebro de mierda y han olvidado tirar de la bomba, ¿no es cierto?» (Graf, 1966: 114-115). Tirar de la bomba tras cada lectura de materiales moralmente tóxicos es una consigna que hemos procurado cumplir, como también lo es la convicción de que para comprender la versión alemana del totalitarismo hay que empaparse de sus fuentes originales. Por indigesta que resulte su lectura, resulta todavía hoy una labor imprescindible. Para abundar en cómo confeccionaban a los figurantes en su bosque martirial a partir del mismo momento de su fallecimiento y, de paso, sacar también a la luz imposturas necesarias para engrandecer sus gestas, el elenco de fuentes de este estudio lo completan una pléyade de documentos recabados en diferentes archivos, en publicaciones periódicas de la época y en testimonios y escritos de periodistas y literatos que vivieron de cerca aquellos años convulsos de Weimar.

Sin el apoyo y estímulo de un nutrido grupo de amigos y compañeros esta investigación no habría arribado a puerto. Mis colegas en el *Zentrum für Antisemitismusforschung* (ZfA), y en particular la hospitalidad y generosidad de su directora, Stefanie Schüler-Springorum, me han proporcionado un confortable hospedaje académico que nunca podré agradecer lo bastante. Bernward Dörner, Isabel Enzenbach, Maren Jung-Diestelmeier, Manfred Gailus, Michael Grüttner, Michael Kohlstruck, Ulrich Prehn y Ulrich Wyrwa, compañeros y compañeras del ZfA, así como Yves Müller, han supuesto una interlocución privilegiada. Del anclaje social y afectivo en Berlín responden Erwin Riedmann y Katrin Mohn (y Romin y Selma), Bettina Wegner y Haiko Carrels (y Karl y Lea), Joseba Benítez y Dana Ott (y Laya); sus familias hace tiempo que son las mías. Sin dejar Berlín, no quisiera tampoco olvidar a María Jesús Beltrán, Friederike Hartwig, Michael Peters, Kristiane Pollei-Holm-Peters, Gabriella Sarges, Astrid Wagner y Heike Wätterling. Sin dejar la capital alemana, Ibon Zubiaur ha sido desde los albores de este trabajo un privilegio de interlocución. Ya en mi otra casa, Martín Alonso Zarza (y su incombustible atención para poner generosamente a mi disposición los materiales más recónditos relativos al objeto de mi estudio), Rafael Cruz y Juan Carlos

Velasco han seguido mis disquisiciones con interés y complicidad. En lo administrativo, la presente investigación se enmarca en dos proyectos de investigación subvencionados por la Secretaría de Estado de Investigación, Desarrollo e Innovación (refs. HAR2015-64920-P, MINECO/FEDER; PGC2018-094133-B-100, MCIU/AEI/FEDER, UE) en el marco de un grupo de investigación de la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea (ref. GIU 17/005).

Con Dana y Joseba me une además otra circunstancia sobrevenida. El presente trabajo versa sobre la construcción de mártires nazis; ellos sufrieron en carne propia las consecuencias de la elevación de un individuo a la condición de héroe por parte de un grupo de *okupas* (*Autonomen*) de supuesta orientación anarquista a la vuelta de la esquina de su casa. Su «delito»: bajar a la calle para auxiliar a una persona desvalida que yacía en el suelo retorciéndose de dolor tras sufrir una paliza a manos de un individuo del entorno okupa mientras hacían acto de presencia los servicios de asistencia médica, alertar a la policía y testificar de todo ello en sede judicial haciendo gala de un coraje civil ejemplar y ejemplarizante. La comunidad de apoyo del matón en cuestión lo consideró un acto de colaboración con el Estado y una traición a los intereses de los «vecinos» del barrio, del que los *Autonomen* , en la peor tradición totalitaria, se autoerigieron en exégetas exclusivos. El detonante de la pelea fue más bien banal, sin connotaciones políticas, y no viene al caso. Como quiera que sea, nada que justifique el apaleamiento de una persona en estado ebrio por parte de una persona más joven, sobria, de considerable envergadura y experta en el combate cuerpo a cuerpo. Las amenazas sufridas por Dana y Joseba por servir de testigos en el juicio, lo irrespirable del ambiente y la recomendación de la policía de mudarse temporalmente fueron los detonantes para abandonar su vivienda; la misma que ocupé durante varios meses de 2018 trabajando en la investigación que tienen entre sus manos.

Berlín-Weißensee, septiembre de 2019

---

[1] Con las notables excepciones de Baird, 1990; Behrenbeck, 1996; Thieme, 2017.

[2] *Allgemeine Dienstordnung für die SA der NSDAP,* 1933, art. 9, p. 24. El manual de conducta lo firma Ernst Röhm, máximo responsable en esos momentos de las SA.

[3] Landesarchiv-Berlin (LABerlin), A Rep. 358-01, n.º 302, Carp. 4.

[4] Geheimes Staatsarchiv (GStA) I. HA Rep 77, Ministerium des Innern, Tit. 4043, n.º 311, p. 318. Informe de 1932 del Instituto Prusiano de Policía.

CAPÍTULO I

TOTALITARISMOS Y HOMBRE NUEVO

1. Una pasión uniformizadora, o una **política de la sinécdoque**

Junto con el fascismo italiano y el estalinismo soviético, el nacionalsocialismo es una variante clásica del totalitarismo. *Grosso modo* , el totalitarismo es un tipo ideal para referirse a aquella forma de dominación que lamina el pluralismo intrínseco a toda sociedad por medio del ejercicio discrecional de la violencia o, lo que viene a ser lo mismo en sus consecuencias, de la amenaza crónica y plausible de su ejercicio. Con carácter previo y necesario al recurso a la violencia, los totalitarios señalan a sus enemigos internos, alimentan y movilizan el resentimiento y el odio, y exigen de sus súbditos y seguidores una obediencia y conformidad acríticas.

Cada exponente histórico del fenómeno totalitario presenta peculiaridades y aristas de diferente cariz que no conviene soslayar cuando se las cobija bajo una misma rúbrica. La ruta alemana al totalitarismo pasó por la vía electoral, con un considerable respaldo sancionado por el voto popular; la soviética por la vía revolucionaria, con una vanguardia en cabeza aunque sin verdadero arraigo en la población. La primera se erigió sobre bases capitalistas con la connivencia de las élites tradicionales y de los grandes monopolios industriales; la segunda se fundó en una economía colectivista tras expropiar tierras y propiedades de las antiguas clases dominantes. Los nazis descansaron en una visión jerárquica del orden social de matriz racista, mientras que los comunistas bajo Stalin se reclamaron herederos de las promesas ilustradas de igualdad y de emancipación individual y colectiva, en cualquier caso de ambición universal. Los nazis implementaron una administración burocratizada de la muerte en campos de exterminio y de concentración, aplicada sobre todo (pero no en exclusiva) a ciudadanos de otros países, pero no procedieron a deportaciones en masa ni especularon con la escasez de alimentos como arma contra sus propios ciudadanos, como hicieron los soviéticos. El régimen nazi asesinó a unas 16.500 personas antes de comenzar la guerra, pero una vez en curso se

convirtió en la maquinaria de exterminio masivo más rápida de la historia, mientras que Stalin fue más letal cuando la Unión Soviética estuvo en paz. El tercer totalitarismo clásico, el fascismo italiano, no fue antisemita, al menos hasta 1938 con la proclamación de leyes racistas, y tampoco abrió campos de concentración o de exterminio, ni deportó a su población o la condenó a la hambruna.

Disimilitudes al margen, la visión unitarista del orden social, esto es, el anhelo de anular el pluralismo con todos los medios a su alcance, constituye la clave para agrupar a todos estos experimentos históricos bajo un mismo concepto analítico. Hablar de totalitarismos equivale a hablar de una orgía de la violencia para erradicar la diversidad étnica, religiosa, ideológica o social (o una combinación de varias de esas fuentes del pluralismo) en el seno de una sociedad. El filósofo canadiense Charles Taylor cifra en tres los pilares de una «filosofía de la civilidad»: 1) el respeto de los derechos humanos; 2) la igualdad y no discriminación, y 3) la misma democracia (2010: 32). Los totalitarismos socavan cada uno de estos pilares de la civilidad y forjan, podemos decir, *comunidades inciviles* . El rasgo central del totalitarismo estriba, entonces, en su ímpetu homogeneizador, por mucho que deje algunos resquicios más o menos holgados a la individualidad y a la privacidad, resquicios que solo la investigación aplicada a países concretos en momentos puntuales será capaz de desvelar. Como quiera que sea, tras dicho ímpetu late una *política de la sinécdoque* . Los defensores más entusiastas de una visión ideológica y/o étnicamente uniforme de la realidad nacional se autoerigen en los portadores únicos de los intereses y valores patrios y toman la parte por el todo, que en eso consiste la figura retórica de la sinécdoque. Varía el fraseado y el idioma en que se proclama, pero todos los totalitarios afirman «ser el pueblo».

El totalitarismo, pues, recela del pluralismo y descansa en una concepción antropológica que contempla al individuo como pieza predefinida de una comunidad más allá de su voluntad, esto es, sin posibilidad de perseguir su propia concepción de la felicidad. Respetar el pluralismo intrínseco a todo orden social moderno supondría reconocerle al individuo margen para decidir el rumbo de su vida, para respetar su definición de lo que constituye una vida digna de ser vivida según su libre albedrío. La libertad individual (la «idea de la persona ilimitada», según el filósofo y dirigente nazi Alfred Rosenberg —1937: 27—) queda anulada en aras de un ajuste decidido de forma heterónoma por instancias de autoridad

que hacen valer su visión de la sociedad y de la vida buena mediante el recurso a la violencia, o cuando menos a la amenaza discrecional y creíble de su recurso. El individuo como sujeto de elecciones múltiples y continuas choca con los requerimientos de una visión predeterminada del orden social. El respeto y salvaguarda de la autonomía individual es algo a lo que los totalitarismos clásicos mencionados, así como otros que habrían de tomar su relevo (la China de Mao, la Camboya de los Jemeres Rojos o la Corea del Norte de Kim Jong-un son ejemplos que vienen al caso), no están dispuestos si no es obviando el núcleo duro de su proyecto liberticida. En su lugar, tal y como expuso Immanuel Kant en su ensayo clásico *¿Qué es la Ilustración?,* los exponentes totalitarios se arrogan la tutela de los ciudadanos bajo su dominio, bien que ahora convertidos en súbditos.

El totalitarismo ofrece un diagnóstico del orden social leído en claves agónicas y de degeneración al mismo tiempo que una ruta para arribar al orden social soñado, a la utopía racial y/o social vehiculada por el movimiento o régimen en cuestión. Todo proyecto utópico pivota sobre la forja de un «hombre nuevo». Los alemanes hablaron del *neuer Mensch* y los soviéticos del *novyi chevolek,* pero ambos apuntaban a rasgos genéricos de la humanidad. Hablar de «nuevos hombres y mujeres» o de «nuevas personas» supondría proyectar a nazis y estalinistas una sensibilidad de género que les era ajena (Fritzsche y Hellbeck, 2009: 305-306). Los fascistas italianos apelaron a la construcción del *uomo nuovo* en idéntico sentido que nazis y soviéticos, teniendo bien presente (igual a este respecto que sus homólogos nazis) que en realidad su proyecto de «nueva mujer» poco tenía de novedoso, puesto que rescataba el rol femenino tradicional como madre y esposa que encuentra en la esfera privada su ámbito «natural» (Gentile, 2014: 90).

El combatiente en el frente de la Primera Guerra Mundial que regresó al hogar con la convicción de que su misión regeneradora de la patria debía prolongarse en el frente doméstico (los *Freikorps* alemanes y *squadristi* italianos), y luego las tropas paramilitares nazis y fascistas, ofrecieron al fascismo su modelo de hombre. No sorprenderá entonces que las virtudes atribuidas a esta nueva elite fuesen las propias del militarismo: arrojo, obediencia, honor, desinterés propio, entusiasmo por la causa por la que se está dispuesto a dejar la vida (Gentile, 2014: 94-95). Desde la óptica totalitaria en general, y fascista en particular, se hacía necesario transformar las convicciones, la mentalidad y los comportamientos de sus ciudadanos;

solo desde ahí era posible encarrilar una nueva era. Como afirmó en 1928 Salvatore Gatto, un intelectual fascista italiano que más tarde ocupó el puesto de secretario general del partido, la era fascista arrancaría de verdad «el día en que se haya transformado a todo el pueblo» (en Gentile, 2014: 102). Interesa, pues, abundar en la visión antropológica del experimento totalitario [5] .

Los perfiles que delimitan la concepción antropológica del totalitarismo en tanto que tipo ideal los ciframos en los siguientes cuatro aspectos: organicismo, binarismo, imperfección y ductilidad del ser humano. Los repasamos brevemente a continuación.

Organicismo

Los totalitarismos descansan en una visión organicista de la sociedad según la cual cada individuo presta servicio a un todo al que está subordinado, desempeñando funciones de valor asimétrico según adscripción de etnia, género, clase social o afección y grado de compromiso con el ideario del movimiento o régimen en cuestión. Desde Platón y Aristóteles hasta nuestros días, la metáfora del organismo subyace al modo conservador de entender la realidad social y política, modo en el que el cuerpo político prevalece sobre el individuo (González García, 1998: 19, 79). En la cosmovisión totalitaria, los individuos ocupan rangos diferentes en la sociedad según pautas jerárquicas sujetas al principio de «igual naturaleza pero distinto valor».

Descansando en autores precedentes como Arthur de Gobineau o Houston Stuart Chamberlain, Adolf Hitler fijó de forma meridianamente clara la idea del valor desigual entre individuos: «Igual que a los pueblos, tengo que valorar de forma diferente a los individuos en el seno de una misma comunidad nacional. La observación de que un pueblo no es igual que otro se transfiere a los individuos dentro de una comunidad nacional» (1943 [1925/1926]: 491) [6] . Idéntico pensamiento expresó Rosenberg, quien levantó el acta de defunción del proyecto ilustrado en términos implacables: «Fue el sueño del siglo XVIII que todos los pueblos querían en esencia lo mismo y que en su naturaleza eran iguales. Este sueño está hoy roto» (1937: 57). Otra figura destacada del nacionalsocialismo, Joseph Goebbels, se hizo eco de esta idea en su definición del socialismo, que consistiría en «la

prevalencia del concepto de pueblo sobre el concepto de individuo» (en Longerich, 2010: 154). Igual que Jesucristo expandió su doctrina a partir de la idea nuclear de «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», el nazismo se articuló alrededor de la subordinación del «yo» a la comunidad: «Aglutinada alrededor de este fundamento [la idea de que «El interés general prevalece sobre el interés individual». Nota: J. C.], Alemania encontrará de nuevo su camino a la libertad», profetizó Goebbels (1934c: 105). Otro prominente del régimen, el director de organización del NSDAP, Robert Ley, fue más prolijo en este mismo sentido: «¡No, en Alemania ya no existe lo privado! Cuando duermes, es asunto privado, pero en cuanto te despiertas y entras en contacto con otras personas tienes que tener presente que eres un soldado de Adolf Hitler y que tienes que vivir y ejercer según un reglamento, da lo mismo que seas empresario u obrero, burgués, campesino o funcionario. Ya no tenemos personas privadas. La era en la que cada uno hacía y dejaba hacer según su albedrío es algo del pasado» (en Studt, 2002: 7-8). En la Unión Soviética la visión del individuo, de su margen de libertad y grado de privacidad, era equiparable; también el modo de tratar la disidencia. Un buen conocedor de este periodo de la historia soviética ha sostenido a este respecto que «en la visión de los bolcheviques la sociedad era un cuerpo. Ese cuerpo estaba aquejado e infectado por bacterias. Se hacía necesario extirpar la úlcera y eliminar las bacterias para que pudiera sanar. La retórica de la violencia, el hablar de bacterias y parásitos, señalaba al enemigo como infrahombres; marcaba una distancia entre quienes mataban y quienes merecían ser eliminados» (Baberowski, 2012: 170).

Los nazis no fueron los únicos liberticidas de la época que abrazaron la idea de reducir al individuo a la categoría de medio para un fin. Para Mussolini, «El fascismo parte de la premisa de que la sociedad es el fin, y el individuo un medio, y que la función de la sociedad consiste en obligar a los individuos a convertirse en un instrumento de los fines sociales» (en Kracauer, 2013: 48). La delimitación del interés general competía al líder carismático de turno (Hitler, Stalin, Mussolini), objeto de culto cuasi-religioso por quintaesenciar el proyecto totalitario. Su suerte se asimilaba a la suerte de la comunidad, porque él (puesto que siempre se trató de un varón), y solo él, se erigía en intérprete único del destino de la comunidad y decidía sobre el rumbo a seguir; al individuo no le restaba sino acatar de forma acrítica su voluntad.

Binarismo

Los totalitarismos avanzan mediante contraposiciones binarias de elementos opuestos, donde un polo condensa el Bien más excelso y el otro el Mal absoluto. Su visión del mundo descansa en «contraconceptos asimétricos», una relación antagónica entre un intragrupo y un exogrupo que se concreta históricamente en polarizaciones dicotómicas y excluyentes del estilo de griegos/bárbaros, cristianos/paganos o superhombres/infrahombres, remitiendo las últimas etiquetas de cada par a «conceptos radicalizados del enemigo» (Koselleck, 2006: 279). Su proceder responde a una lógica «que precisa que su contrario sea exterminado» (Luhmann, 1997: 625), a una lógica maniquea «entre el reino de la luz y la bondad (nosotros) y el reino de la oscuridad y el mal (ellos)» (Margalit, 2010: 153-154). Quien es elevado a la condición de héroe asume gustoso todos los sacrificios necesarios para redimir a la comunidad, y por eso representa la quintaesencia del Bien y ofrece el modelo sobre el que forjar al hombre nuevo del futuro. Si además, y llegado el caso, paga con la vida su compromiso con la patria, entonces es un mártir, un modelo que presentar en sociedad y listo para ser replicado. En este sentido, el mártir patrio prefiguró en el totalitarismo al hombre nuevo satisfecho con su rol de pieza de un engranaje comunitario, vale decir, sin margen para la autonomía individual y «tutelado» en el sentido kantiano.

El mártir caído por la regeneración de la patria, ya fuese en las trincheras de la Primera Guerra Mundial o, sobre todo, en la «lucha por la calle» contra el «enemigo» marxista, ofreció al totalitarismo de cuño nazi el modelo de hombre nuevo. El «individuo-como-proceso» que puja por labrarse de forma artesana una biografía a su medida en un campo específico de posibilidades y constreñimientos, proyecto que alumbra y anima la Ilustración, está fuera de lugar en el marco categorial y visión de lo social característico de los totalitarismos. En ellos, todo lo que sea resistirse a un modo de vida impuesto desde fuera era asimilado automáticamente a egoísmo y desafección, a «judaísmo» en la parla nazi. De ahí que el servicio y sacrificio por la noble causa de la patria, la disposición permanente a alimentar un «noviazgo con la muerte», fuesen considerados por la familia fascista (de Alemania a España, de Italia a Rumanía) como la prueba de fuego del hombre nuevo ideal. Los totalitarismos fascistas concibieron la patria o el *Volk* como un *hiperbién,*

como «bienes que no solo son incomparablemente más importantes que otros, sino que además proporcionan el punto de vista desde el que aquellos han de ser ponderados, juzgados, y sobre los que hay que decidir» (Taylor, 1989: 63). Dichos movimientos sostenían remitir toda su actividad y su mismo proyecto al bienestar de la patria, pero obviando la opinión de quienes integraban dicha patria: los individuos.

Imperfección humana

El totalitarismo parte de la imperfección del ser humano en su especificidad espacio-temporal, un ser que está lejos de asumir ese rol subordinado a la comunidad y a quien es preciso reconducir constantemente en aras de la armonía soñada del conjunto. En la medida que se propone reeducar al individuo hasta ponerlo al servicio de la comunidad y reducir así (según su interpretación) el grado de *estridencia* y *colorido* social, nos hallamos ante una modalidad de pensamiento utópico y revolucionario que se proyecta hacia un futuro sin conflicto social digno de tal nombre. El totalitarismo, pues, «expande una promesa de plenitud, de vida armónica y de felicidad» (Todorov, 2001: 28) y aspira a marcar una cesura histórica entre un «antes» corrupto y un «después» regenerado (Pellicani, 1984: 155-156) [7] .

En el totalitarismo hay categorías sociales enteras asimiladas a «bacterias» y «parásitos» a las que esperaba una suerte fatal. Los nazis recurrieron a la imaginería bacterial para justificar su proyecto purificador del cuerpo social alemán. Según Walther Hewel, enlace del Ministerio de Asuntos Exteriores en el búnker de Hitler, en julio de 1941 el Führer expresó ante un exclusivo círculo de contertulios: «Me siento como Robert Koch en la política. Él dio con el bacilo y abrió así nuevos caminos a la ciencia médica. Yo descubrí a los judíos como el bacilo y fermento de toda descomposición social» [8] . El año siguiente Hitler seguía insistiendo: «¡Cuántas enfermedades tienen su origen en el virus judío! [...] Recuperaremos nuestra salud solo si eliminamos a los judíos» (Trevor-Roper, 2000: 332; tarde del 27 de enero de 1942). El antisemitismo latió hasta su último aliento. Con los rusos a un kilómetro de distancia del búnker en el que se hallaba recluido en Berlín, redactó su testamento, en el que insistía: «Pasarán siglos pero, a partir de las ruinas de nuestras ciudades y monumentos, el odio hacia los responsables últimos de esta situación

volverá a recaer sobre el pueblo al que debemos todo esto: la comunidad judía internacional y sus secuaces» (en Childers, 2019: 701). Tal era el ánimo que latía tras su deseo de proceder a una «limpieza general de nuestra vida alemana» (Hitler, 1998, V/2: 391). Desde su particular y perversa biopolítica importada sin solución de continuidad al campo social desde el bacterial, los nazis concibieron la sociedad realmente existente como un organismo biológico en el que los elementos «sanos» o «valiosos» (los arios) eran oficialmente protegidos y estimulados, en tanto que a aquellos «enfermos», «parásitos» e «inútiles» aguardaba un futuro en extremo sombrío. El régimen hitleriano concibió Alemania como una suerte de cuerpo al que «proteger», amputando las partes «infectas», desde homosexuales a discapacitados físicos y psíquicos, pasando por «asociales» y eslavos, todos ellos perseguidos con diferentes grados de dedicación, saña y letalidad. Con todo, la polarización más evidente en el nazismo fue la que contrapuso a arios y judíos: los primeros, expresión de la excelencia suprema; los segundos, el mal en estado puro, el «extraño social» (Gellately y Stoltzfus, 2001; Evans, 2015: cap. 6), el «otro moral» (Jensen, 2017: 40-41), el «no-nosotros» por antonomasia. El «judío» era una categoría que condensaba todos los rasgos y valores perversos que el hombre nuevo se proponía superar en la sociedad futura. «La 'sangre', y no el derecho, definía al pueblo» (Wildt, 2019: 102), y quienes no tenían «sangre» aria estaban llamados a ser eliminados.

En términos sociológicos, el extraño es «lo que queda *excluido* de acuerdo con los estereotipos de un determinado orden social […] son de aquí, pero no respetan los estereotipos que los de aquí se han formado y cultivan de sí mismos» (Beck, 2000: 130-131. Énfasis en el original). Los nazis concibieron a los otros morales como enemigos a quienes depurar para así garantizar a sus súbditos arios una visión armónica del bienestar y la felicidad. Una democracia que funciona es aquella en la que «los extraños están expresamente incorporados en la red de obligación» (Scrutton, 2014: 68). En este sentido, el nacionalsocialismo y los totalitarismos están en las antípodas de la democracia; no se sienten obligados hacia los extraños, sino más bien impelidos a su aniquilación.

El régimen soviético no se desvió del alemán a este respecto de la dualización del universo social entre «amigos» y «enemigos». En sus principios recurrió a la categoría del *lishentsy* , surgida a comienzos de la revolución para incluir a *kulaks* , oficiales zaristas, sacerdotes, pequeños

comerciantes, burgueses y nobles del viejo régimen. En la década de 1920 y comienzos de la siguiente todos los *lishentsy* fueron desposeídos de sus derechos, discriminados en la esfera pública y deshonrados. Varios miles consiguieron ser rehabilitados entre 1928 y 1934, para lo cual tuvieron que demostrar ante los soviets y los órganos correspondientes del partido que no eran ni *kulaks* ni miembros de la antigua elite (Weitz, 2003: 65; Baberowski, 2012: 160-161). A continuación, ya bajo Stalin, el «trotskista» operó como equivalente funcional del *lishentsy* .

Ductilidad humana (y «arte» totalitario)

El ser humano, imperfecto y sujeto como está a una pulsión transgresora por salirse del dibujo social que anhelan los totalitarismos, también es maleable y susceptible de ser reconducido y ajustado al patrón totalitario. Ahora bien, en su seno no tienen cabida las diferentes categorías humanas previamente animalizadas, estigmatizadas y convertidas en superfluas. Frente al hecho del pluralismo intrínseco a toda sociedad, los totalitarismos anhelan una comunidad de base racial (en el caso alemán, la *Volksgemeinschaft* o «comunidad nacional») o social (en el caso soviético, la sociedad sin clases en su concreción estaliniana), una gran familia en cualquier caso en la que todos sus integrantes (una vez trazado el perímetro del «dentro/fuera») puedan considerarse como hermanos entre sí. Los totalitarismos tratan de arribar a una comunidad unida, por decirlo en términos de John Rawls, por la afirmación de una misma doctrina comprehensiva del bien (1996: 67, 71n, 73, 178, 235; 2002: 25-26). Los mecanismos para forzar al individuo a la realidad totalitaria, vale decir, para forjar al hombre nuevo en ciernes, fueron la educación formal (el sistema educativo) e informal (a través de organizaciones de masas sectoriales y satélites del partido único en cuestión), la propaganda y el uso opresivo del poder estatal para quienes no se ajustasen al trazo dibujado por el régimen. Para expulsar del ámbito de obligación moral a los elementos sobrantes, los regímenes totalitarios abrieron cárceles, campos de concentración y de exterminio (el «universo concentracionario» —Rousset, 2004—), establecieron el Gulag y/o activaron medidas eugenésicas con el ánimo de eliminar a categorías sociales enteras.

En la cosmovisión totalitaria, el ser humano es dúctil, y sus dictadores son los encargados de la misión histórica de su forja. No es anecdótico que

los tres principales líderes totalitarios se contemplaran a sí mismos como artistas comisionados por el destino para esa sagrada misión. Según confesión a Emil Ludwig, periodista alemán de origen judío cuyos libros ardieron tras el acceso de los nazis al poder, Mussolini tenía en la forja del *uomo nuovo* una de sus obsesiones ya desde su fase de «socialista totalitario» (Gentile, 2014: 104; Woller, 2016: 9, 78; Dagnino, 2016). El *Duce* quedó profundamente marcado por la figura de su padre, herrero de profesión, de quien extrajo una inclinación: «El martillo y el fuego me hicieron adquirir pasión por la materia que uno dobla con su voluntad» (en Ludwig, 2011 [1939]: 72). Las analogías entre el estadista y el artista que aspira a «dominar a la multitud» *(Ibid.* : 86) son algo más que un recurso retórico de Mussolini. En 1917 escribió: «el pueblo italiano es ahora el yacimiento de un mineral precioso. Aún es posible una obra de arte. Necesita de un gobierno. Un hombre. Un hombre capaz de combinar el delicado toque del artista con el puño de hierro del guerrero» (en Todorov, 2009: 53). La obra de arte no era otra que un «romano moderno» modelado sobre la imagen del escuadrista fascista que se batió a muerte en las calles de Italia en la posguerra y, en última instancia, sobre el propio Mussolini (Woller, 2016: 153) [9] . En la inauguración de una exposición en 1922 afirmó «hablar como artista entre los artistas, pues la política trabaja sobre todo el más difícil y el más duro de los materiales, el hombre» (en Michaud, 2009: 14). Una materia prima susceptible de ser modificada en sus rasgos físicos, pero sobre todo en su carácter: «una raza puede alterarse y refinarse. Sostengo que no solo se puede intervenir en los atributos físicos, como el tamaño, sino también en el carácter» (en Gentile, 2014: 97). A comienzos de la década de 1920, en su calidad de Duce del movimiento que aspiraba a implementar «el mayor experimento de nuestra historia en hacer a los italianos» (como pronunció en un discurso en 1924 —Gentile, 2019: 159 —), Mussolini ya se había labrado entre sus correligionarios el título de «escultor de la nación italiana», al tiempo que se presentaba a sí mismo como su creación más excelsa *(Ibid.* : 14; Todorov, 2009: 54). Con la entrada de Italia en la guerra empezó la decepción de Mussolini con el «carácter» de los italianos: no era posible «de un golpe, ni siquiera con una revolución, superar siglos de esclavitud política»; y, ahora según versión difundida por su ministro de Exteriores, Galeazzo Ciano, «un pueblo que ha sido yunque durante 16 siglos no puede convertirse en martillo en unos pocos años» (Gentile, 2014: 105). Mussolini tuvo un destello de lucidez en

1943, bien que parcial y postrero, al reconocer el fracaso de su empeño y atribuirlo a la baja calidad de la materia prima con la que estaba trabajando, italianos indignos de «su» Italia: «Aquí es donde se hace evidente que los defectos hereditarios de la raza no eran solubles en 20 años». Claro que la responsabilidad del fracaso recaía en exclusiva sobre las espaldas de sus súbditos: «Miguel Ángel necesitaba mármol para hacer estatuas. Si hubiese dispuesto únicamente de arcilla, no habría pasado de ser un alfarero» (en Gentile, 2009: 168).

Es sabido que Hitler tuvo aspiraciones artísticas, en concreto de pintor y arquitecto. Su ejercicio político, y más tarde su desempeño militar, resultan más comprensibles desde su disposición artística (Pyta, 2015). Hitler no fue ninguna excepción entre los máximos responsables nazis: aproximadamente la mitad de los integrantes de su primer gobierno tuvieron relación de un modo u otro con las artes (Todorov, 2009: 56). De todos ellos es Goebbels quien más trazas dejó de las analogías entre la misión del líder totalitario y la labor del artista. En su novela *Michael,* el protagonista homónimo (en realidad trasunto de sí mismo, un experimento ficticio con su propia biografía esbozado en su primera versión en 1919 —Longerich, 2010: 26, 51, 107—), Goebbels se expresó en los siguientes términos: «El hombre de Estado también es un artista. Para él, el pueblo no es otra cosa que la piedra para el escultor [...] El sentido más profundo de la política verdadera ha consistido siempre en hacer de la masa un pueblo, y del pueblo un Estado» (1929: 21). La última frase de la cita la repite pocos años después en su crónica de la «lucha por la calle» en Berlín: «Para nosotros la masa es materia prima informe. Solo las manos del artista de Estado hacen de la masa un pueblo, y del pueblo un Estado» (1932: 40). Un mes escaso después de ser nombrado ministro de Propaganda publicó en la prensa una carta abierta al director de orquesta Wilhelm Furtwängler, en la que insistió sobre la misma idea: «nosotros, que proyectamos la política alemana, nos sentimos como artistas que tienen encomendada la misión llena de responsabilidad de configurar una imagen firme del pueblo a partir de la materia prima de la masa» *(Vossische Zeitung,* 11-IV-1933). La metáfora del artista-político caló en los seguidores del movimiento. La mujer de Hans Frank, abogado de causas nazis durante la República de Weimar y máximo responsable del Tercer Reich en el Gobierno General (Polonia), le confió a un periodista italiano aprovechando que estaban junto al piano que acostumbraba a tocar su marido cuando tenía que tomar decisiones

cruciales: «Es [Frank] un artista, un gran artista, con un alma pura y delicada […] Solo un artista como él puede gobernar Polonia» (en Sands, 2017: 307).

Por cerrar el círculo de los principales líderes totalitarios, Stalin aduló a los escritores soviéticos definiéndolos como «ingenieros del alma humana». En realidad lo que esperaba de ellos era que se comportasen como meros técnicos en la forja de nuevos individuos al servicio de una patria rediviva. Gracias a ellos sería posible arribar al *homo sovieticus* , el nuevo tipo humano surgido del laboratorio del marxismo-leninismo (Alexijewitsch, 2015: 9).

2. Parcialidad estatal

El totalitarismo contempla al Estado como el agente principal para perpetrar su proyecto de configurar una nueva sociedad a partir de un concepto predefinido del hombre nuevo. La consigna de la neutralidad estatal, una de las señas de identidad del liberalismo político desde John Locke hasta nuestros días (Rawls, 1971, 1996; Dworkin, 1986, 1993; Ackerman, 1993), postula alejarse de todo anhelo de hacer de sus súbditos mejores ciudadanos dictándoles los patrones de pensamiento y conducta a observar.

El marco categorial totalitario rechaza de plano esta idea asociada a la modernidad política. En la medida que intenta reconfigurar al ser humano y adaptarlo a su modelo soñado, su proyecto es *perfeccionista* . Optar por este tipo de militancia equivale a renegar del conflicto intrínseco a todo orden social, conflicto que resulta potencialmente creativo cuando viene canalizado a través de cauces democráticos, es decir, según los principios reguladores del orden y la cooperación sociales de los que son portadores grupos con intereses y/o valores encontrados. En este sentido, y de forma paradójica con la sacralización del Estado en tanto que agente para la reconfiguración del orden social característica de los totalitarismos, nos hallamos ante una corriente ideológica que abriga una vocación antipolítica. Si la política liberal busca articular la convivencia entre individuos con visiones diferentes del orden social, el totalitarismo aspira a un unitarismo sin concesiones, recurriendo a la eliminación física de quienes desentonen en su jardín imaginado, jardín de marchamo racial, social y/o ideológico (o simultáneamente varios de estos criterios de inclusión, que en su simetría

son siempre indefectiblemente de exclusión). Emil Ludwig, contemporáneo y biógrafo de los tres líderes carismáticos de los totalitarismos que nos ocupan (Hitler, Stalin y Mussolini), concluyó su comparativa diciendo que «salta a mis ojos la nota común de una voluntad de poder que no consiente ningún escrúpulo, que aniquila a todo enemigo, que no conoce moral ninguna, consideración o caballerosidad» (2011 [1939]: 159).

La prueba más irrefutable y dramática de la animadversión de los totalitarismos al colorido social es que sobre ellos recae la responsabilidad de los grandes genocidios del siglo pasado [10] . Teorizando y, sobre todo, practicando una política del «todo o nada» (es decir, primando la acción sobre la reflexión), el totalitarismo se muestra refractario a cualquier intento de compromiso con un «otro» contemplado no ya como un adversario al que persuadir mediante apelaciones discursivas en debates que tienen lugar en una esfera pública, libre y abierta, sino como un enemigo al que someter por la fuerza o a quien directamente erradicar. Quien se siente poseedor exclusivo de la verdad no se aviene a concesiones. Goebbels fue diáfano al respecto: «Está en la esencia de una cosmovisión que sus portadores declaren: tengo razón» (1934a: 105). En esto, el dirigente nacionalsocialista y el movimiento que representaba se ajustaban a lo que Orwell identificó como un rasgo característico de todo nacionalista: mostrarse «inquebrantablemente convencido de estar en lo cierto» (1968 [1945]: 301).

Los líderes totalitarios y los movimientos que lideran se niegan a cualquier amago de entrecruzamiento de visiones diferentes del bien, a su diálogo, en suma, a su fertilización mutua. La homogeneidad social es su horizonte; los compromisos con el diferente son, en su cosmovisión, sinónimo de debilidad, de falta de firmeza y dinamismo. El sectario, guiado por una visión religiosa de la política, no baraja la posibilidad de alcanzar acuerdos, porque lo sagrado es por definición indivisible; «el sectarismo es la disposición a contemplar cualquier compromiso como un compromiso podrido […] Para el sectario, el compromiso es una claudicación, una capitulación, una traición a la causa» (Margalit, 2009: 148-149). La disposición a cerrar acuerdos, intrínseca a la democracia, «constituye el primer e inequívoco signo de quienes están al borde de la traición» *(Ibid.* : 148-149, 155). Hitler presentó sus credenciales a este respecto: los partidos políticos están dispuestos al compromiso, mientras que «las cosmovisiones [*Weltanschauungen*] proclaman su infalibilidad» (1943 [1925/1926]: 507) [11] . Las Tropas de Asalto *(Sturmabteilung,* SA) aprendieron enseguida la

lección. Entendieron la confrontación política en términos excluyentes y bélicos: o «ellos» (el enemigo) o «nosotros», derrota o victoria. «Allí donde intervienen, las SA tienen que ser las vencedoras» *(Dienstvorschrift für die SA der NSDAP,* Heft 1, 1932: 27).

De forma consecuente con su visión desdeñosa del pluralismo, la virtud de la tolerancia, de la confrontación dialógica o actitudinal respetuosa con quien piensa y/o se comporta de forma diferente, resulta extraña a los totalitarismos. Para ellos la intolerancia respecto al disenso y la pluralidad de puntos de vista es la ruta para alcanzar la unidad de voluntad y de acción, trascendiendo así el faccionalismo propio de la política liberal-democrática. La tolerancia en sí misma no es un valor a fomentar, sino más bien un vicio a erradicar. Hitler sostuvo al respecto de qué tipo de relación sostener (o mejor: no entablar jamás) con la quintaesencia del enemigo: «Con los judíos no hay compromiso posible; es cuestión de ellos o nosotros» (1943 [1925/1926]: 225) [12] . No era una cuestión de religión, en cuyo caso «un chorro de agua bautismal era siempre capaz de salvar al judío y su comercio» *(Ibid.* : 131), sino de raza. Un cambio de camisa no era suficiente, porque se trataba de una cuestión de piel. Para los nazis, no había categoría intermedia entre el «camarada de patria» *(Volkskamerad)* y el «enemigo de la patria» *(Volksfeind)* o «extraños a la comunidad» *(Gemeinschaftsfremd);* ambos eran, por decirlo en términos de Reinhart Koselleck, «contraconceptos asimétricos». Como apuntábamos anteriormente, el horizonte totalitario puede venir enmarcado en términos de clase, patria, raza, Estado o *Volk;* expedientes que, por cierto, no tienen por qué excluirse mutuamente. Corresponde a la investigación específica sobre cada experimento totalitario calibrar la presencia de uno o varios de esos marcadores.

El fenómeno totalitario —ya lo hemos consignado— tiene su concreción moderna más acabada en los regímenes que tomaron las riendas de la Unión Soviética, Alemania e Italia en el periodo de entreguerras. Es posible rastrear en la historia experiencias embrionarias de órdenes políticos que, como sostuvo Stefan Zweig refiriéndose a la Ginebra calvinista, se empeñaron por «llegar a la uniformización completa de todo un pueblo en nombre de una idea» (2001a: 49). Todos ellos estuvieron imbuidos por una «pasión por la unanimidad» (Friedrich, 1969: 134) [13] . Sin embargo, el totalitarismo es un fenómeno eminentemente moderno que solo alcanza a comprenderse en tanto que reacción frente a la Ilustración y en el marco de

la incorporación de las masas a la política moderna. Su época de esplendor fue la Europa del periodo de entreguerras.

De lo dicho hasta el momento se desprende que el proyecto totalitario pivota sobre la transformación de la naturaleza humana y sobre la forja de un hombre nuevo acorde con un proyecto social armónico, y por ello mismo utópico, en el que podrán tener expresión ciertos conflictos de interés, sobre todo canalizados a través de luchas de poder intestinas y nunca mediante cauces democráticos, y en todo caso sin poner en cuestión la estructura básica del régimen.

3. El estudio del totalitarismo: ¿Un **cómo** *sin* **para qué?**

La revolución antropológica que figura en el trasfondo y horizonte del proyecto totalitario no ha sido siempre contemplada como un rasgo nuclear del proyecto totalitario. Es cierto que diferentes especialistas han reconocido la centralidad que para el totalitarismo tiene la forja de un hombre nuevo, empezando por los autores y autoras que han dejado una impronta más duradera en el estudio de la forma de dominación política que estamos analizando. Para Hannah Arendt, por ejemplo, «lo que […] tratan de lograr las ideologías totalitarias no es la transformación del mundo exterior o la transmutación revolucionaria de la sociedad, sino la transformación de la misma naturaleza humana» (1981: 680). Otro autor capital en estos estudios, Carl J. Friedrich, apunta en la misma línea cuando reconoce que al fenómeno totalitario subyace «el objetivo declarado del régimen de remodelar y transformar a los seres humanos bajo su control a imagen de su ideología» (1969: 133-134). El historiador Stanley G. Payne, por su parte, sostiene al respecto que «el objetivo del idealismo y el vitalismo metafísicos [del fascismo. Nota: J. C.] era la creación de un hombre nuevo, un nuevo estilo de cultura que lograse la excelencia tanto física como artística y que ensalzase el valor, la osadía y la superación de los límites anteriormente establecidos mediante el desarrollo de una cultura nueva y superior que comprometiese al hombre entero» (1992: 17).

Ahora bien, pese al reconocimiento más o menos explícito a la relevancia de la forja del hombre nuevo para el proyecto totalitario, con frecuencia este objetivo ha quedado difuminado en una serie de rasgos estructurales de esa forma de dominación. En otros términos, la visión

antropológica de los totalitarismos y de su proyecto de forjar un hombre nuevo ha quedado relegada a una nota a pie de página de su estudio, en el que no se ha profundizado lo suficiente sobre sus contornos ni sobre los mecanismos discursivos y sociales para alcanzarlo.

Una excepción (parcial) en el campo de estudios sobre los totalitarismos y fascismos la constituye George L. Mosse (1996). En su trabajo sobre las imágenes de la masculinidad en Occidente desde el siglo XVIII se fija en sus representaciones físicas y estéticas, inspiradas en gran medida en la Antigüedad griega. A Mosse le preocupan los contornos modélicos físicos de la masculinidad totalitaria, en el caso nazi con constituciones atléticas y fenotipo ario de ojos azules y pelo rubio, tal y como se exponían, por ejemplo, en las esculturas de Arno Brecker, un artista muy apreciado durante el Tercer Reich. Por decirlo de forma esquemática, le interesan las representaciones del cuerpo del hombre nuevo, pero deja a un lado el espíritu que lo anima. Similar crítica se puede efectuar a Peter Fritzsche y Jochen Hellbeck en su estudio del hombre nuevo en el nacionalsocialismo y el estalinismo: en el caso de los nazis, estos dos historiadores ponen el énfasis en cómo procedieron para «convertir a los alemanes en arios» (2009: 327). Sabine A. Haring (2016), por su parte, subraya el papel socializador de dos organizaciones juveniles nazis, las Juventudes Hitlerianas *(Hitlerjugend,* HJ) y la Liga de Muchachas Alemanas *(Bund Deutscher Mädel,* BDM), en la forja del nuevo alemán acoplado a su suerte de eslabón de la «comunidad nacional». Hacen falta, pues, como observa Emilio Gentile (2014) refiriéndose al fascismo italiano (déficit extensivo a la variante alemana del totalitarismo), estudios sobre los atributos morales y actitudinales que debía reunir en su persona todo individuo llamado a poblar el universo totalitario.

Aquí preferiremos esbozar una vía no tanto alternativa como complementaria a los estudios del fenómeno totalitario, y privilegiar el análisis de los fines del totalitarismo sobre la identificación de los rasgos estructurales o atributos objetivos que compartieron regímenes históricos como los que venimos mencionando, por lo demás tan disímiles en aspectos clave. Partimos de la conveniencia de recuperar de los márgenes de la categoría del totalitarismo ese capítulo central que es su visión del individuo y su relación con el conjunto social, del que se ve obligado a participar con independencia de su voluntad. Se trataría de insistir en el *para qué* del totalitarismo, en identificar los contornos de su horizonte

utópico, y no tanto en otras cuestiones ciertamente claves para su comprensión en las que ha abundado la literatura especializada, como son el *cómo* (medidas de carácter económico, social y político, siempre desde el monopolio decisorio y de implementación de políticas, cualquiera que sea el subsistema social al que nos refiramos), el *quién* lidera el proceso (cuestión del liderazgo y caudillismo, central en su abordaje), el *hasta dónde* (esfera pública estatal que invade de forma expansiva el ámbito privado) o el *por qué* medios persiguen sus fines (control de la educación, propaganda y, en última instancia, el recurso al terror). Precisamente debido a estos énfasis, el término de «totalitarismo» tal y como ha venido siendo empleado en las teorizaciones clásicas ha sido objeto de crítica por su carácter descriptivo y bajo poder explicativo (Kershaw, 1993: 103-104).

A diferencia de sus estudiosos, que han pasado de puntillas por él, los máximos responsables del nacionalsocialismo y del fascismo italiano destacaron la centralidad del proyecto de transformación de la naturaleza humana. En su discurso final en las jornadas del partido celebradas en Núremberg en septiembre de 1934, Hitler dejó fijados los pilares de su programa: «El objetivo consiste en que todos los alemanes decentes se conviertan en nacionalsocialistas» [14] . ¿Hay proyecto más unitarista, más totalitario, que el de erigir a todo ciudadano en portador y exponente de una ideología? Más sofisticado y prolijo en la redacción, pero apuntando a la misma esencia, fue Mussolini cuando sostuvo:

> El hombre del fascismo es un individuo que encarna en sí la nación y la patria, sometido a una ley moral que ata a individuos y generaciones, vinculándolos a una tradición y a una misión que suprime el instinto de la vida encerrada en el breve circuito del placer, para instaurar otra vida, en la esfera del deber, una vida superior, sin límites de tiempo y de espacio, una vida en la que el individuo, por medio de la propia abnegación, del sacrificio de sus intereses particulares, de la muerte misma, realiza aquella existencia totalmente espiritual en la que estriba su valía de hombre (Mussolini, 1935: 72-73).

Para Mussolini, el carácter totalitario del fascismo radicaba en la subordinación de todo proyecto individual a una entidad superior llamada Estado: «para el fascista todo está en el Estado, y nada de humano o espiritual existe —y menos tiene valor— fuera del Estado. En tal sentido, el Fascismo es totalitario» porque «los individuos y las agrupaciones solo se comprenden en cuanto que residen en el Estado» *(Ibid.* : 78 y 94, resp.).

Comoquiera que sea, en el régimen alemán o en el italiano, el objetivo pasaba por modelar al ser humano anulando su margen de elección hasta

convertirlo en pieza de un engranaje prediseñado: «[el totalitarismo] desagrega la sociedad civil y transforma al pueblo en una comunidad de fieles» (Traverso, 2001: 14). Los fieles piadosos no cuestionan el dogma que dicta la doctrina ni tampoco la interpretación que de ella hace su exégeta único, el líder carismático de turno. Obedecen ciegamente, y punto. «Entrar en un partido totalitario entraña —según Luciano Pellicani—, exactamente igual a como sucede en las órdenes religiosas, un elemento de sacrificio, de renuncia, y la aceptación de una disciplina especial, severa y exigente» (1984: 159-160).

En los estudios sobre el fenómeno totalitario es habitual remitirse a dos obras que han marcado la senda por la que transitarán más tarde otros autores. Ambas fueron publicadas en la década de 1950, en pleno periodo de lo que algunos autores han identificado como la «era dorada» de los estudios sobre el totalitarismo, con la Guerra Fría y la confrontación ideológica de trasfondo entre el Occidente liberal, por un lado, y el bloque comunista liderado por la URSS, por otro (Traverso, 2001: 51; Fuentes, 2006: 195) [15] . La primera vino firmada por Hannah Arendt como *Los orígenes del totalitarismo* (1981; orig. 1951); la segunda fue obra de Carl J. Friedrich y Zbigniew K. Brzezinski, y vio la luz bajo el título de *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* (1956) [16] .

Arendt dedica una parte sustancial de su obra clásica, en concreto su tercer y último volumen, a «las dos únicas formas auténticas del dominio totalitario hasta el día de hoy», es decir, hasta el momento de su publicación original en 1951: el régimen nacionalsocialista a partir de 1938 y el estalinista desde 1930 hasta el momento en que redactó su obra, es decir, casi todo el periodo bajo Stalin, fallecido en 1953 (1981: 628). La expatriada alemana instalada en EE. UU. no llega a definir el concepto de totalitarismo de forma expresa, aunque sí de forma implícita al identificar su núcleo duro: «Si la legalidad es la esencia del gobierno no tiránico y la ilegalidad es la esencia de la tiranía, entonces el terror es la esencia de la dominación totalitaria» *(Ibid.* : 688; véanse también pp. 331, 700) [17] . Es posible espigar en su trabajo una serie de características que, tomadas de forma conjunta, hacen del totalitarismo un régimen distintivo de uno liberal presidido por el imperio de la ley y el respeto a los derechos fundamentales del individuo, pero también distinto de las dictaduras, los despotismos y las tiranías que, al admitir cierto grado de coexistencia con fuerzas disidentes,

no habrían alcanzado la subordinación completa de la sociedad al Estado. La distinción entre totalitarismo, por un lado, y dictadura y tiranía, por otro, es algo más que un mero academicismo. El primero es una forma de gobierno que excluye la coexistencia entre diferentes de la forma más radical posible, con la muerte del otro como su expresión más dramática, en tanto que las segundas serían más permisivas. De ahí que Arendt recomiende recurrir con prudencia y moderación al adjetivo de «totalitario». Las dictaduras, a diferencia de los totalitarismos, amenazan a sus enemigos, pero no a ciudadanos inocentes sin opiniones políticas, y toleran cierta oposición y libertad de opinión política *(Ibid.* : 463, 503, 628). El monismo absoluto del totalitarismo se distinguiría, pues, de una estructura pluralista residual característica del autoritarismo [18] .

En su influyente análisis, Arendt desvela los mecanismos de ruptura antropológica a través del terror y la propaganda, pero soslaya una idea omnipresente en los discursos y escritos de los principales líderes totalitarios, para quienes había que distinguir (y jerarquizar) en todo momento entre los medios y los fines, primero del movimiento y acto seguido del régimen. El énfasis de Arendt es necesario. Nuestra perspectiva aquí, sin embargo, adopta derroteros distintos y parte de la premisa de que la figura del hombre nuevo es inconcebible sin la construcción de su contraparte, del judío en el caso de los nazis («Sin el sombrío judío jamás habría existido la luminosa figura del germano nórdico», según entrevió sagazmente Victor Klemperer —2001: 254—) o del «burgués» y del «trotskista quintacolumnista» en el estalinismo. Son dos caras de la misma moneda: Arendt, y con ella todos los autores que han centrado su atención en la mecánica del poder totalitario, se decanta por abundar en la aplicación del terror y el desterramiento simbólico y físico del disidente, pero no tanto en marcar el perímetro de valores y actitudes del hombre nuevo que los totalitarios tenían en mente, mucho menos en los mecanismos discursivos y sociales necesarios para su forja.

La segunda obra clave para abordar el totalitarismo la firmó el politólogo de origen alemán Carl J. Friedrich, asistido por su colaborador de origen polaco Zbigniew K. Brzezinski. De entrada hay que hacer constar que, a diferencia de Arendt, que entendía como exponentes del totalitarismo a la Alemania hitleriana y la URSS estalinista a partir de momentos puntuales, Friedrich y Brzezinski incluyen dentro de su conceptualización al fascismo italiano, la China de Mao y los regímenes comunistas del Este de Europa.

Con un ánimo operacional y empírico, así como un manifiesto enmarcado funcionalista, estos dos autores identificaron seis rasgos del «síndrome totalitario» y fijaron la anatomía de estos regímenes mediante un modelo abstracto y estático que concebía el totalitarismo como «un sistema de gobierno autocrático para la consecución de intenciones totalistas bajo condiciones técnicas y políticas modernas» (Friedrich, 1969: 136). Esos elementos, con énfasis y variaciones menores, englobarían bajo una misma categoría a las dictaduras totalitarias de carácter fascista y comunista, «esencialmente similares» (Friedrich y Brzezinski, 1956: 7). Son los siguientes *(Ibid.* : 9-10; Friedrich, 1969: 126):

1) Una ideología oficial volcada en la conquista de un nuevo orden perfecto y con una impronta milenarista.
2) Un partido único organizado de forma jerárquica bajo la égida de un dictador omnipotente y omnisciente.
3) El control policial y la aplicación arbitraria del terror.
4) El monopolio casi completo de los medios de comunicación de masas por el partido [19] .
5) El monopolio de los medios de violencia.
6) Una planificación centralizada de la economía.

Ocurre, sin embargo, que, de forma similar a Arendt, nuestros autores identifican los instrumentos y prácticas de la dominación totalitaria, pero sorprende la relativa despreocupación, y en todo caso indefinición, por especificar el fin al que están orientados esos regímenes, que ellos mismos reconocen de pasada (igual que Arendt): la creación de un hombre nuevo. Más allá de hacer constar la naturaleza utópica de su proyecto y su vocación por regenerar una sociedad leída como decadente y degenerada *(Ibid.* : 74), poca atención dedican a los atributos y valores que habrán de caracterizar a los individuos merecedores de un hueco en los respectivos proyectos de ingeniería social. Su esquema, además, se antoja estático y focalizado en las estructuras del sistema totalitario.

Desde que vieron la luz, los trabajos de Arendt, Friedrich y Brzezinski han marcado la senda que han transitado autores posteriores, entre los que cabe destacar a los siguientes por la impronta que han dejado en este subcampo de estudio. Por un lado, está el sociólogo francés Raymond Aron, para quien «los rasgos comunes de los partidos revolucionarios que llegaron

al totalitarismo son la amplitud de las ambiciones, el radicalismo de las actitudes y el extremismo de los medios» (1968: 240), no sin antes dejar sentado que, al contrario de lo que sostenían nuestros tres autores, la diferencia entre nazismo y comunismo es «esencial, cualquiera que sean las similitudes» *(Ibid.* : 249), siendo así que solo la URSS entre 1934-1938 y 1948-1952 constituyó un totalitarismo auténtico *(Ibid.* : 236) [20] . Otro autor de referencia en los estudios sobre el totalitarismo, Michael Curtis, arranca reconociendo que el fin del totalitarismo es «la creación de una nueva sociedad y un nuevo tipo de ciudadano» (1979: 4) para, a continuación, centrarse en un total de 13 «variables clave» de ese tipo de dominación que, en realidad, son una réplica con especificaciones puntuales de los rasgos identificados años antes por Friedrich y Brzezinski. Así, Curtis se refiere al carácter omnímodo de los detentadores del poder, a la ausencia de elecciones libres o a la falta de libertad de movimiento para viajar al exterior del país y, a veces, también en el interior *(Ibid.* : 7-9). Juan Linz, por su parte, cifra los rasgos distintivos del totalitarismo en «una ideología, partido único de masas y otras organizaciones movilizatorias, y poder concentrado en un individuo y sus colaboradores o en un pequeño grupo que no rinden cuentas a los ciudadanos y que no pueden ser desplazados del poder por medios institucionalizados y pacíficos» (2000: 67). Leonard Schapiro, por último, se refiere a cinco «contornos» para reconocer el «bosque político» del totalitarismo que no ocultan su deuda con los trabajos antedichos, y que son «el líder; el sometimiento del orden legal; el control de la moral privada; la movilización continua; y la legitimidad basada en el apoyo masivo» (1981: 31-32). A partir de estos rasgos ofrece una definición de totalitarismo volcada en su *modus operandi* pero, una vez más, omitiendo el *para qué* de la dominación. Dice así: el gobierno totalitario es «una forma de gobierno personalizado de un líder y de una élite que tratan de dominar *tanto* la sociedad *como* la estructura regular, legal, a la que llamamos "el Estado"» *(Ibid.* : 176. Énfasis en el original).

Autores más recientes han asumido críticamente el legado de Arendt, Friedrich y Brzezinski en la medida que reconocen el perímetro por ellos marcado, pero al mismo tiempo intentan trascender sus carencias. Tal vez haya sido la academia italiana la que, desde disciplinas y enfoques diversos y, en cualquier caso, con su propia experiencia fascista de trasfondo (régimen que expresamente reconocen como una variante del totalitarismo), más se ha destacado en esta tarea. Así, el historiador Enzo Traverso se hace

eco de los rasgos del totalitarismo ya canónicos en la literatura, pero lamenta que las analogías trazadas entre nacionalsocialismo y comunismo soviético se hayan limitado a describir sus «formas exteriores» al precio de omitir su contenido social, su evolución y sus fines (2001: 92-93). Sin embargo, Traverso tampoco se detiene en el proyecto de revolución antropológica que anhelaban los totalitarismos. Su compatriota y filósofa Simona Forti, por su parte, resume el estado de la cuestión afirmando que el totalitarismo «designa una situación política en la que un único partido ha conquistado el monopolio del poder del Estado y ha sometido a toda la sociedad, recurriendo a un uso total y terrorista de la violencia y otorgando un papel central a la ideología» (2008: 29). Sin embargo, esta autora reconoce que el terror subrayado por todos los analistas del fenómeno desde Arendt resulta inseparable de su ideología, el «auténtico principio político del régimen» que «se plantea como objetivo la desestructuración radical del presente y su reconstrucción dirigida a la edificación de una nueva historia, de una nueva sociedad y de un hombre nuevo» *(Ibid.* : 96-97). El historiador y autoridad en el fascismo italiano Emilio Gentile, por su parte, ofrece una exhaustiva (y alambicada) definición del totalitarismo que, incorporando los rasgos estructurales ya examinados, deja constancia expresa del proyecto final que abriga. Gentile define el totalitarismo como

> un experimento de dominio político, puesto en marcha por un movimiento revolucionario, organizado en un partido militarmente disciplinado con una concepción integrista de la política, que aspira al monopolio del poder y que, después de haberlo conquistado, por vías legales o extralegales, destruye o transforma el régimen preexistente y construye un Estado nuevo, fundado en el régimen de partido único, con el objetivo principal de realizar la conquista de la sociedad, es decir, la subordinación, la integración y la homogeneización de los gobernados, sobre la base del carácter integralmente político de la existencia, tanto individual como colectiva, interpretada según las categorías, los mitos y los valores de una ideología palingenésica, sacralizada en forma de una religión política, con el propósito de conformar al individuo y a las masas a través de una revolución antropológica, para regenerar al ser humano y crear un hombre nuevo, entregado en cuerpo y alma a la realización de los proyectos revolucionarios e imperialistas del partido totalitario, con el objetivo de crear una nueva civilización de carácter supranacional (2004: 84; asimismo, 2019: 155-156).

Estudiosos españoles del fenómeno, para finalizar con este somero repaso a la literatura especializada, han hecho descansar sus análisis sobre líneas similares a las esbozadas más arriba a partir de Arendt y Friedrich, pero sin conceder al hombre nuevo el papel central en ese proyecto regenerativo y palingenésico de la sociedad que son los totalitarismos (Del Águila, 1993; Fuentes, 2006; Mellón, 2009; González Calleja, 2012).

En resumen, el totalitarismo es un proyecto de perfiles diversos de los diferentes movimientos y regímenes que lo han vehiculado en el siglo XX , aunque con un mínimo común denominador: perseguir mediante el terror la uniformización del cuerpo social en nombre de un proyecto racial y/o ideológico en el que se disuelve el individuo. El vértice de esos proyectos, utópicos por definición, es la forja de un hombre nuevo. Ese es su fin último, el horizonte a cuyo servicio se supeditan todos los medios desplegados (empezando con el uso del terror y finalizando con la centralización económica). Su característica esencial sería la abdicación incondicional y absoluta de todo proyecto personal para sacrificarlo al funcionamiento de un engranaje de mayor complejidad y valor moral, sea la patria, la «comunidad nacional», el Estado, el *Volk* o como quiera que se denomine el ideal supremo en el proyecto totalitario específico. Por esencial que resulte a la hora de comprender el fenómeno totalitario, el énfasis en la literatura (reiteramos que necesario) desde Arendt y Friedrich en adelante ha radicado en las prácticas (medios para un fin), y no tanto en los fines. Hacen falta todavía, pues, estudios sobre los contornos y características de ese hombre nuevo, tal y como se reflejan en los escritos y discursos de los líderes de los movimientos totalitarios y de sus intelectuales orgánicos, o en instrumentos de pedagogía totalitaria como eran las biografías que glorificaban las vidas de los «mártires» de la causa. De ahí el interés por abundar en los mecanismos discursivos y litúrgicos de modelado del hombre nuevo que habría de presidir el orden racial y/o social soñado. Más allá de dejar constancia de la centralidad de la forja del hombre nuevo en el proyecto totalitario a partir de formulaciones genéricas, se trataría de desvelar los troqueles discursivos concretos empleados por los regímenes totalitarios para crear y presentar el modelo de hombre en el que se tendrían que contemplar todos los súbditos, siempre con la uniformización de la sociedad como telón de fondo.

El objeto de interés de este trabajo estriba, precisamente, en abundar en los mecanismos discursivos y sociales para la forja de los «mártires» de uno de los movimientos y regímenes totalitarios que venimos refiriendo, en concreto en los caídos nacionalsocialistas en la lucha por la «Idea» en tanto que prefiguraciones del hombre nuevo del futuro. Nuestro interés se cifrará en el *homo teutonicus novus* (Rein, 2017: 241) ejemplificado por los «soldados políticos» nazis caídos en la lucha por la calle contra el «enemigo» marxista.

4. **Emocracia,** ***propaganda y mentira en el nacionalsocialismo***

El director de cine sueco Ingmar Bergman relata en sus memorias la experiencia que le embargó cuando, siendo un adolescente, asistió a un acto litúrgico protagonizado por Hitler:

> Súbitamente se hizo el silencio, solo se oía el chapoteo de la lluvia sobre los adoquines y las balaustradas. El Führer estaba hablando. Fue un discurso corto y no entendí mucho, pero la voz era a veces solemne, a veces burlona; los gestos exactos y adecuados. Al terminar el discurso todos lanzaron su *Heil* , la tormenta cesó y la cálida luz se abrió paso entre formaciones de nubes de un negro azulado. Una enorme orquesta empezó a tocar y el desfile desembocó en la plaza por las calles adyacentes pasando ante la tribuna de honor para seguir luego por delante del teatro y la catedral. Yo no había visto nada parecido a este estallido de fuerza incontenible. Grité como todos, alcé la mano como todos, rugí como todos, amé como todos (1987: 134-135).

Transcurrió en Weimar en 1934, durante una estancia de seis semanas como alumno de intercambio. Bergman se sorprendió al comprobar que las clases de religión en el colegio versaban sobre *Mein Kampf* y artículos aparecidos en *Der Stürmer* , un periódico furiosamente antisemita; y de que en sus homilías dominicales el pastor, con cuya familia residía, no departiese sobre los evangelios, sino sobre la obra del Führer. En la calle, por lo demás, interiorizó muy pronto el saludo con el brazo extendido acompañado del preceptivo *Heil Hitler!* ; hasta tuvo colgada encima de su cama una foto del líder supremo del movimiento, cortesía de su familia de acogida. No hay mucho de excepcional en la experiencia. Se trata de un ejemplo más que da prueba de la fascinación y el magnetismo que el nacionalsocialismo, y en particular su líder, ejercieron sobre una porción considerable de la población alemana, y de allende las fronteras del Reich. En el mitin, Bergman pudo experimentar en carne propia lo que Hitler perseguía con sus actos litúrgicos: «El hombre que participa en un acto así [de masas. Nota: J. C.] dudoso y titubeante, lo abandona interiormente reforzado: se ha convertido en eslabón de una comunidad» (1943 [1925/1926]: 536).

Más contundente si cabe como reflejo de la capacidad de arrastre emocional del individuo en el seno de la masa durante el Tercer Reich es la vivencia que narra en su autobiografía George L. Mosse, con el paso de los años uno de los estudiosos más originales e influyentes del fenómeno fascista. Se encontraba en Londres en 1936 cuando asistió a un mitin de la Unión Británica de Fascistas *(British Union of Fascists),* partido filonazi liderado por Oswald Mosley. Mosse confiesa sin ambages: «ya había tenido

la misma experiencia. Me oponía a todo lo que allí ocurría con cada fibra de mi cuerpo y, sin embargo, me uní a los gritos y movimientos acompasados» (2009: 125). Interesará saber para una interpretación cabal de la vivencia narrada que Mosse, a sus 17 años, alemán y judío, algo sabía del fascismo, que le había obligado a él y a su familia a abandonar precipitadamente Berlín. Y, sin embargo, se dejó arrastrar por el clima emocional desencadenado por la parafernalia, simbología, liturgia y retórica del acto protagonizado por Mosley. ¿Cómo es posible que alguien con su perfil corease los eslóganes allí proclamados y fuese partícipe de un acto que representaba todo aquello que le había forzado al exilio? ¿No encierra acaso una profunda contradicción el moverse acompasadamente ante aquello y con aquellos que aspiraban a su liquidación física y la de todos los de su origen étnico?

Gustave Le Bon, máximo exponente de la psicología de masas y del irracionalismo en el cambio de siglo, y fuente de inspiración de Mussolini y Hitler, tenía una explicación para el proceder de Mosse y, por extensión, de todos aquellos contemporáneos que se dejaron seducir por el magnetismo de la «comunidad nacional» en la que las diferencias de clase, religión y origen regional estaban llamadas a desaparecer y en la que los intereses individuales se supeditaban a los intereses comunitarios [21] . Escribió el francés: «El individuo que forma parte de una masa es un grano de arena inmerso entre otros muchos que el viento agita a su capricho» (2000: 33; ver Moscovici, 1985; Rule, 1988; McPhail, 1991). Es la suya una reacción contra el alto valor que la tradición ilustrada concedía al pensamiento deliberativo y racional, y, de forma correlativa, al papel residual reservado a las emociones y los sentimientos. Desde el punto de vista de la práctica política, conocer las leyes de dirección del viento que mueve a las masas es la precondición para conducirlas en un sentido acorde a intereses específicos. La maleabilidad intrínseca del individuo que participa de un fenómeno de masas, unida a la capacidad de los artífices de la movilización para manipular su voluntad hasta convertir a los destinatarios en desconocidos a sus mismos ojos, es una de las premisas de trabajo de los *emócratas* , de los inductores y gestores de emociones que canalizan la voluntad de su audiencia en una dirección acorde con los intereses de los movimientos que lideran.

El periodo de entreguerras del siglo pasado fue especialmente prolífico en emprendedores de movimiento con ese perfil. Los gestores de emociones

apelan al plano afectivo y emocional, mientras que en una política sobre bases racionales, según la tradición ilustrada, la nota la marcan las apelaciones al intelecto. Al elegir esa ruta, se presentan como sucesores de los retóricos romanos y renacentistas, para quienes el *ars rhetorica* estribaba en excitar las emociones, en contraste con la tradición aristotélica, que consideraba la retórica como un método de razonamiento y de persuasión (Skinner, 1996: 121-122). Como quiera que sea, el emócrata persigue siempre el mismo objetivo: transformar una situación de impotencia, miedo, desesperanza o vergüenza colectiva (situaciones que por lo demás él mismo contribuye a crear) en otro escenario presidido por la efervescencia colectiva, la esperanza, la adhesión y el compromiso generalizados como forma de preservar las fronteras grupales, alcanzar los fines declarados y trascender de este modo el estado crítico. Los mecanismos tampoco difieren demasiado de lugar a lugar, de momento a momento: si el fin inmediato es conseguir el contagio emocional, se hace imprescindible la copresencia física en actos de masas, el despliegue simbólico (música, banderas, uniformes, gestos, fechas…) y, cómo no, los recursos retóricos y artísticos empleados para voltear las emociones de los presentes (p.e., el diseño arquitectónico de los escenarios de los actos de masas o la utilización del fuego). Al ensamblaje de todos estos elementos está orientada la propaganda, una «técnica de psicología de masas» (Adorno, 2019: 41) orientada a difundir una ideología manteniendo tensa a la audiencia.

El humano es el único ser articulado de palabra. Solo él disfruta de la posibilidad de narrar y de transmitir sentimientos sirviéndose de ella. Los relatos pueden aspirar a ser un reflejo de la verdad o, por el contrario, y en la misma medida que transmiten contenidos enfrentados de forma irreconciliable a lo que el emisor piensa, cree o sabe, estar preñados de mentiras que, para pasar por tales, han de ser fruto de un acto relacional e intencional. Para Aristóteles la palabra sirve «para manifestar lo conveniente y lo perjudicial, así como lo justo y lo injusto» (1988: 51). Podemos apostillar: también para difundir verdades y mentiras. Los sentimientos transmitidos mediante el habla, por su parte, pueden ser nobles, como el amor o la solidaridad, pero también estar destinados al manejo emocional del interlocutor, grupal o individual, con fines tan perversos como, por ejemplo, la estimulación del odio hacia grupos específicos de congéneres. Fue el caso de la propaganda nacionalsocialista.

El historiador y filósofo de la ciencia Alexandre Koyré, de origen ruso aunque formado intelectualmente en Alemania y Francia, publicó en plena Segunda Guerra Mundial un artículo que llevaba por título «La función política de la mentira moderna» (1998 [1943]). Se trata de un texto altamente iluminador al respecto de la relevancia de la mentira en los totalitarismos contemporáneos y, de forma indirecta, también en los sistemas democráticos que tienen un pilar fundamental en la deliberación abierta y no constreñida en una esfera pública saturada de medios de comunicación y, en nuestros días, de redes sociales. Después de reconocer que el uso político de la mentira no es un fenómeno históricamente novedoso (recuérdese si no el prontuario de Maquiavelo dirigido a los gobernantes y su recomendación de no arredrarse ante comportamientos inmorales cuando de mantener el poder se tratase) [22] , Koyré señala a los totalitarismos contemporáneos como los grandes innovadores en la materia. Su salto cualitativo (puesto que el principio rector permanece: transmitir falsedades a la población en aras de un «buen» fin) estribó en llevar al extremo ciertas técnicas y actitudes para manipular a los destinatarios del habla. Regímenes como el soviético o el nazi (el régimen totalitario por excelencia, según Koyré —*Ibid.* : 127—) serían los máximos responsables de la expansión sistemática y gangrenosa del «decir lo que no es» en la vida política con el fin de ganar poder y legitimidad entre la población, aunque en este extremo Koyré cae en una aparente contradicción, porque reconoce al mismo tiempo que «Hitler anunció públicamente (e incluso lo imprimió, negro sobre blanco, en *Mein Kampf)* el programa que a continuación realizó punto por punto» *(Ibid.* : 125). Y Koyré ofrece la siguiente explicación: «precisamente porque sabía que no sería creído por los "otros", que sus declaraciones no serían tomadas en serio por los no iniciados, precisamente así, diciéndoles la verdad, estaba seguro de engañar y adormecer a sus adversarios» *(Ibid.).* En su uso sistemático de la mentira, los detentadores totalitarios del poder gozarían de un régimen de monopolio, a diferencia de las democracias, en las que el uso de la mentira por parte de los diferentes actores políticos tampoco resulta una práctica extemporánea, de forma característica en circunstancias de guerra, pero donde, en cambio, reina una cierta *poliarquía de la mentira* . La situación que atravesaba el mundo cuando Koyré publicó su artículo le llevó a concluir que «nunca se ha mentido tanto como se hace hoy en día, y que nunca se ha mentido tan masiva, tan íntegramente como en la actualidad […]. La palabra, los

escritos, el periódico, la radio… todo el progreso técnico se ha puesto al servicio de la mentira». El panorama que dibuja Koyré para el individuo en circunstancias totalitarias se antoja desolador: «El hombre moderno se baña en la mentira, respira la mentira, está sometido a la mentira en todo momento de su vida» (1998: 118; ver Keane, 2010). Mentían las dictaduras totalitarias, pero también las democracias, en guerra contra el fascismo en el momento en que Koyré plasmó sus reflexiones. En esas circunstancias, «la mentira se convierte en algo justo y bueno» (1998: 121). No en vano, nos alecciona Hannah Arendt: «El secretismo […] y el engaño, es decir, la deliberada falsedad y la pura mentira como medios legítimos para el logro de fines políticos, nos han acompañado desde el comienzo de la historia escrita. La sinceridad nunca ha figurado entre las virtudes políticas, y las mentiras siempre han sido consideradas como medios justificables en los tratos políticos» (2017: 87).

La mentira moderna pergeñada en el laboratorio totalitario se fabrica en serie, y tiene a la masa como destinataria. La siguiente afirmación condensa la consideración que le merece a Koyré ese «arte» manipulador, intencional y sistemático propio de los totalitarismos: «Así como no hay nada más refinado que la técnica de la propaganda política moderna, no hay tampoco nada tan burdo como el contenido de sus aserciones, que manifiestan un desprecio tan absoluto y total por la verdad» (Koyré: 118). Los totalitarismos recurren sistemáticamente a la mentira para forjar una nueva realidad que pasa indefectiblemente por ajustarse al «espíritu de la raza, de la nación o de la clase» *(Ibid.* : 119), bien hablemos de los alemanes y su apoteosis de la pureza racial, de los soviéticos que supeditaban toda su actividad al principio de la clase o de ambos a la vez, puesto que tanto uno como otro apelaban a la patria como altar supremo de sus respectivos despropósitos, ejecutados de forma diferente pero con un proceder compartido: la degradación del ser humano y la violación de su dignidad hasta límites irreversibles. Su mentira apunta a la manipulación de las emociones del público más que a la provisión de argumentos racionales al intelecto. En la política totalitaria, el dominio de la técnica propagandística garantiza al emócrata de turno el control de las leyes de dirección de las masas, control que descansa en elementos no racionales de la conducta.

Para los máximos responsables del nacionalsocialismo, propaganda y mentira formaban una pareja indisociable. Los escritos al respecto de Hitler y de Goebbels, quien llegaría a ser ministro de Propaganda del régimen a

partir de 1933, adoptaron un vocabulario y fraseado diferentes, pero en sustancia apuntaban a las mismas líneas maestras al respecto de la relación entre verdad y propaganda que las identificadas por Koyré. Lo que este último denunció por sus efectos corrosivos para el orden social y político, otros, los nazis, lo presentaron como un instrumento legítimo y deseable de control social y de consecución de fines.

La propaganda pivota sobre la comunicación de un punto de vista para que el destinatario lo acepte o adopte el curso de acción deseado por su emisor y, así, alcanzar (o, dado el caso, mantener) el control político. Persigue convertir tanto como reafirmar a la opinión pública. Su lógica de funcionamiento es siempre la misma: conseguir que la apelación emocional prevalezca sobre la discursiva y racional como prerrequisito para conducir al individuo a los objetivos deseados por los emprendedores del movimiento político de que se trate. La propaganda, en este sentido, sería «un instrumento técnico para movilizar el emocionalismo» (Löwenstein, 1937, I: 418).

En la cosmovisión nazi, la propaganda es un «arte» orientado a la «educación» e «ilustración» políticas de las masas. Por esa misma razón, porque es un arte, no hay manual ni «abc» que sirva (Goebbels, 1934a: 41). La propaganda es un arma de inconmensurable valor en manos de quien domina sus claves. Vaciada de cualquier consideración moral, Hitler la contempló como un medio al servicio de un fin más elevado, cifrado en la preservación de la «libertad e independencia de nuestro pueblo, el aseguramiento de los medios de subsistencia para el futuro y el honor de la nación»; o, en términos más breves, en «la lucha por el ser del pueblo alemán» (1943 [1925/1926]: 194, 196).

Tras su uso de la propaganda subyacía la convicción de que los individuos son manipulables, y que lo único que hacía falta para convencerlos de la deseabilidad de su proyecto era conocer las técnicas apropiadas. Hitler, de nuevo, fue elocuente al respecto: «mediante un uso inteligente y continuado de la propaganda se puede hacer creer a un pueblo que el cielo es el infierno y, al revés, que la vida más miserable es un paraíso» (1943 [1925/1926: 302). En ese marco se desenvuelve lo que Theodor W. Adorno calificó como «la técnica hitleriana de la mentira tosca» (2019: 45).

Las claves de la técnica de la propaganda según Hitler y su discípulo más aventajado, Goebbels, se resumen en los siguientes puntos [23] :

1. La tarea educativa de la propaganda ha de dirigirse a la masa y no a la elite más cualificada. Sus destinatarios no son los sectores más ilustrados de la población, sino el grueso de la población ahora erigido en protagonista de la historia y, dentro de él, aquellos individuos cuya capacidad receptiva es más limitada *(Ibid.* : 196-197). El esfuerzo comunicativo de la propaganda, entonces, debe operar tomando como referencia inmediata a quienes tienen un nivel intelectual más pobre. Era ésta una lección que Hitler había aprendido tanto de las organizaciones de izquierda de la época como de la propaganda de guerra inglesa y estadounidense *(Ibid.* : 193, 199, 203). Así, confiesa del siguiente modo la profunda y duradera impresión que le produjo el despliegue simbólico de banderas, brazaletes, flores, todos ellos de color rojo, en el curso de una «manifestación de masas marxista» que presenció en Berlín en 1918 al final de la Primera Guerra Mundial: «Yo mismo pude sentir y entender la facilidad con que el hombre del pueblo se deja dominar por la magia seductora de un espectáculo de tan grandiosa apariencia» *(Ibid.* : 552).

2. Refiriéndose a la incapacidad manifiesta del individuo para pasar por el cedazo de la crítica racional aquello que está experimentando, viendo y escuchando cuando se halla en el seno de una masa, Hitler apuntó en *Mein Kampf* otra máxima de la propaganda. Su mecánica es simple: partiendo del axioma según el cual la capacidad de recepción y comprensión de la masa son más bien limitadas, su «ilustración» pasa por repetir hasta la saciedad un ramillete de temas susceptibles de apelar al tejido emocional más sensible de los individuos: «toda propaganda efectiva ha de reducirse a unas pocas ideas que serán explotadas en forma de eslogan hasta que el último hombre pueda formarse una idea de aquello que se persigue» *(Ibid.* : 198). En la identificación de esa fibra emocional radicaba el genio del emócrata, su «arte». La perseverancia es, pues, una de las llaves del éxito de toda propaganda; la otra el laconismo en los mensajes. En todo caso, su fin último es atraer individuos identificados con la causa, a diferencia de la tarea organizativa, que tiene como misión encuadrarlos en el movimiento una vez ganados para ella. La propaganda estaría, entonces, volcada al mundo exterior, a la difusión en la sociedad de los planteamientos del movimiento para atraer a sus filas a cuantos simpatizantes fuese posible, algunos de los cuales, los más «valiosos» de entre ellos, se acabarían convirtiendo en miembros capaces de luchar hasta las últimas consecuencias por la «Idea» *(Ibid.* : 651-652).

3. La concisión e insistencia en pocos puntos, pero claros, debe venir acompasada con una movilización de los sentimientos de esa misma masa destinataria de las apelaciones propagandísticas. Se trata de un aspecto sobre el que ya insistió Koyré. No la razón (en un implícito alejamiento desdeñoso de la tradición ilustrada), sino las emociones (en un abrazo a la demagogia, hoy diríamos al populismo) conforman el eje motriz de la propaganda: «Cuanto más limitada sea su carga científica y más tenga en consideración el sentimiento de la masa, tanto mayor será su éxito. Este sentimiento, sin embargo, es la mejor prueba de lo acertado o erróneo de la propaganda, y no la satisfacción de las exigencias de algunos sabios o jóvenes estetas» *(Ibid.* : 198; asimismo, 376-377). Lo que estaba en juego, pues, era conquistar los corazones de la gente, no estimular su intelecto. Estar en posesión de las claves de la meteorología emocional de las masas es, entonces, una variable fundamental para marcar la estrategia adecuada. Soslayando cualquier consideración moral y ateniéndose únicamente a la consecución de los objetivos fijados, los nacionalsocialistas vieron colmados sus esfuerzos con el éxito. Esta maniobra marcó una diferencia esencial con respecto a sus rivales políticos. Según puso de manifiesto uno de los primeros biógrafos de Hitler, «Declaró en su pequeño y nuevo partido que todo había de venir de la sugestión de la masa, entendiendo que el error de los republicanos alemanes era no haber dado otra vez a los alemanes banderas, músicas y canciones. Como discípulo de Richard Wagner, que le había enseñado los desfiles, coros y actitudes heroicas, demostró Hitler mucha más fantasía que todos los que en la República le habían precedido; naturalmente, la forma más barata de la fantasía» (Ludwig, 2011 [1939]: 18).

4. El último rasgo a destacar tiene que ver con la relación entre propaganda y mentira. Para Koyré ambos conceptos son sinónimos. Quien insiste en unos pocos puntos programáticos apelando a la fibra emocional de la audiencia, siempre masiva —sostiene el filósofo ruso—, acaba traicionando la verdad. La suya podría parecer una apreciación de parte, habida cuenta de su animadversión declarada al proyecto racial nazi. Y, sin embargo, nada distinto transpira *Mein Kampf* cuando de auscultar la verdad se trata: «No compete a la propaganda, por ejemplo, contrastar los distintos argumentos, sino subrayar exclusivamente el propio […] No tiene que buscar de forma objetiva la verdad cuando esta es favorable a los otros, ni anteponerla ante la masa con sinceridad doctrinaria. De lo que se trata es de

servir ininterrumpidamente a la verdad propia» (Hitler, 1943 [1925/1926]: 200). Si el fin es hacer valer la versión propia aun a sabiendas de su parcialidad o de su mentira, es obvio que en el camino se sacrifica el intercambio argumentativo en un marco plural presidido por la libertad de expresión. Verdad —concebida como reflejo de la realidad— y propaganda serían, pues, términos antónimos.

En estos parámetros de tergiversar la realidad con el fin de hacer avanzar su programa político se movía como pez en el agua Goebbels. En un iluminador discurso pronunciado en 1928 bajo el título de «Conocimiento y Propaganda», el dirigente nazi insistió en las líneas maestras del arte de la propaganda fijadas por Hitler: su fin estribaba en «encontrar gente dispuesta a luchar conmigo a favor de una cosmovisión considerada como correcta. Atraer gente a un proyecto que *yo* he reconocido como correcto es lo que se denomina propaganda». Por eso, el objeto de todo discurso político era «persuadir a la gente de aquello que *nosotros* consideramos correcto» (1934a: 40 y 46. Énfasis: J. C.). La prensa (junto con la radio y el cine, las principales plataformas propagandísticas) resultaba un elemento ideal para la transmisión de dicho discurso y así «ganar a las amplias masas para el nacionalsocialismo». En su función de «agitadora de calle», su misión residía no en «informar, en transmitir lecturas objetivas de los hechos, sino en estimular, en enardecer, en incitar» (Goebbels, 1934c: 110). Lo que hace falta imponer como verdad aceptada por todo el mundo es la definición subjetiva de la realidad. Porque, como expresó el mismo Goebbels en 1933 en un acto conmemorativo de recuerdo a Horst Wessel, el mártir nazi por excelencia, «¡No hemos venido para servir a la opinión pública, hemos venido para dar la palabra a la verdad!» (en Heiber, 1991: 129) [24] . A la verdad nazi, se sobrentiende.

En su condición de líder supremo del movimiento nacionalsocialista, Hitler siempre se sintió más cómodo ejerciendo funciones propagandísticas que organizativas. Para él, la propaganda representaba la forma suprema de actividad política (Kershaw, 2001: 156). De hecho, sus primeros pasos políticos los dio como responsable de propaganda en 1919 del Partido Obrero Alemán (*Deutsche Arbeiterpartei* , DAP, el embrión del NSDAP, fundado el año siguiente).

La propaganda jugó un papel fundamental en la movilización del apoyo para la causa nazi cuando el movimiento pujaba por abrirse camino, pero sobre todo para el mantenimiento del régimen una vez alcanzado el poder.

En ambos momentos jugó un papel fundamental Goebbels. Tanto en su fase de máximo dirigente (*Gauleiter*) del partido en la capital (desde noviembre de 1926) como más adelante en calidad de director de propaganda del partido (abril de 1930) y luego además ministro de Propaganda (marzo de 1933), Goebbels fue el difusor incansable y manipulador virtuoso de las máximas hitlerianas en todo lo relacionado con el arte de la ilustración de las masas. En su discurso de 1928 recién mencionado vienen recogidos sus vectores principales (1934a: 28-52). El arte de la propaganda pasaba por escuchar el «alma de la gente» y por hablar su idioma (1934c: 107, 111). El «motor de un movimiento con una cosmovisión» no se cifraba en el conocimiento transmitido, sino en la fe que pudiese concitar a su alrededor (*Völkischer Beobachter* , 24-VIII-1927); la propaganda aspiraba a «conquistar el corazón del pueblo», para que los creyentes en el «evangelio» nazi más jóvenes se mostrasen dispuestos a «sacrificar su preciada vida» (1934c: 111); la propaganda era «el arma más peligrosa que pueda utilizar un movimiento político» contra la que no se había inventado antídoto alguno (1932: 91). Además, la propaganda tenía que ser «flexible»: «destaca cosas diferentes en un sitio que en otro» (en Heiber, 1991: 40).

A partir de su acceso al poder el 30 de enero de 1933, el nuevo régimen pasó a supervisar estrechamente los medios de comunicación (prensa y radio) y artísticos (teatro, cine, música, artes plásticas, literatura…) a través del Ministerio de Ilustración Pública y Propaganda. Su cometido expreso consistió en «la instrucción y la propaganda entre la población acerca de la política del gobierno del Reich y de la reconstrucción de la patria alemana» (RGBl. 1, 1933, 104; en Schmitz-Berning, 2007: 479). Sirviéndose de estas plataformas, sin obviar por supuesto el papel de instancias socializadoras como la educación o el mundo asociativo, la propaganda nazi se empeñó en la difusión del miedo: miedo al comunismo, a la crisis económica y, sobre todo, a la desaparición de las esencias «nacionales» del que, como denunció el escritor austriaco Karl Kraus en un escrito de 1933 (pero no publicado hasta 1952), se veía como el «primer pueblo sobre el globo terráqueo» (1989: 18).

El principal responsable de la degeneración del país, y pilar de la propaganda del régimen, era la «conspiración judía mundial» o, de forma más eufemística, la «cuestión judía» que constituyó la base del «fundamentalismo étnico» nazi (Koonz, 2005). El «judío», y en concreto el

«judeo-bolchevismo», fue «el símbolo más exitoso de la propaganda nazi» (Beck, 1996: 379; asimismo Hanebrink, 2018). A partir de este diagnóstico, la terapia no podía ser otra que extirpar del cuerpo alemán por todos los medios disponibles ese elemento estigmatizado como extraño, esa «bacteria», sin descartar los más abyectos desde el punto de vista moral, bien que sofisticados desde el punto de vista técnico.

El sentimiento tractor de la propaganda nazi fue el odio, al que dieron carta de naturaleza para confrontar al Mal. El odio a un «otro» contemplado como «enemigo» subyace en la base de la incivilidad nazi y de cualquier otra que pivote sobre la violación de los derechos fundamentales de otras personas. Como vio el escritor Heinrich Mann: «el odiado enemigo de estos nacionalistas [los nazis. Nota: J. C.] no es ningún extranjero, sino compatriotas a los que quiere extirpar y a quienes tacha de antialemanes». A diferencia de la Revolución Francesa —prosigue Mann—, que fue nacionalista pero no odió a ningún pueblo, para los nazis «todo lo que despierta, utiliza o alimenta el odio, es nacional, satisface al nacionalismo» (Mann, 1987: 31 y 33). En este sentido, el nacionalsocialismo configuró una *comunidad de odio* hacia todo lo que se salía de su dibujo social soñado: judíos, marxistas, gitanos o eslavos. No se trataba solo de la interpretación crítica de un adversario del nacionalismo alemán. En realidad, Hitler nunca camufló su apología del odio. Al contrario, lo convirtió en un valor positivo en la particular torsión del lenguaje e inversión de valores a la que acostumbraban él y sus seguidores: «Quien en este mundo no consigue ser odiado por su enemigo, no me merece el menor aprecio como amigo» (Hitler, 1943 [1925/1926]: 398). Quien odia no aspira a mejorar o ilustrar al otro, sino a «neutralizarlo, desterrarlo, destruirlo, profanarlo. Por eso el odio es radical» (Jensen, 2017: 80). Siendo máximo responsable de las SA tras su regreso de Bolivia en 1930, otro alto responsable del movimiento, Ernst Röhm, destacó el odio como una cualidad esencial del radicalismo antiburgués: «Los alemanes han olvidado cómo odiar. La queja femenina ha ocupado el lugar del odio masculino. Quien no sea capaz de odiar, tampoco puede amar. Odio fanático y amor apasionado; de este fuego brota la llama de la libertad» (1934a: 366). En unas directrices que aprobaron en 1933 las SA bajo su mandato se podía leer: «[Todo miembro de las SA. Nota: J. C.] Es intenso en el amor e intenso en el odio» [25] . ¿A quién amar y a quién odiar? Los nazis tenían clara la respuesta. Una pegatina adhesiva datada hacia 1930 rezaba: «Quien

ama a su patria ha de odiar a sus enemigos» (Enzenbach, 2017: 51) [26] . Los totalitarios alemanes no caminaron solos al respecto de este sentimiento disolvente del orden social: sus homólogos italianos se jactaban de todos los enemigos que eran capaces de concitar en su contra *(Molti nemici, tanto onore)*.

Además del judaísmo, otros temas sobre los que insistió la propaganda nacionalsocialista fueron la humillación sufrida tras el Tratado de Versalles, el culto al Führer, la amenaza bolchevique, tanto en el frente doméstico (los marxistas, personificados en el KPD y en el SPD) como en el exterior (URSS, la cuna del «bolchevismo judío»; Hanebrink, 2018) [27] y la idea de una «comunidad nacional» vertebrada en torno a la idea de raza en la que sus integrantes estarían hermanados más allá de condición social o de confesión religiosa.

«Un buen propagandista», escribió Brecht en su poema satírico *La necesidad de la propaganda,* «hace de un vertedero un lugar de excursión» (1997, vol. 3: 330). Una vez alcanzado el poder, los nazis se afanaron en vender el vertedero moral en que convirtieron a su país en un lugar idílico al que visitar y en el que vivir.

5. Martirio en la propaganda nazi

Judaísmo, Versalles, «comunidad nacional», anticomunismo y culto a Hitler constituyen los principales vectores de la propaganda desde el nacimiento del movimiento hasta el estallido bélico. De entre todos ellos, el tracto más persistente fue el antisemitismo. De acuerdo con la pulsión jerarquizante que lo atravesaba como práctica y como doctrina, el nacionalsocialismo elevó a unos pueblos e individuos por encima de otros. La particular dicotomización del universo moral de los nazis estipulaba que la raza aria encarnaba todas las virtudes, el Bien por antonomasia; su brillo quedaba realzado por la estigmatización de los judíos, presentados en el extremo opuesto, el del Mal y, por tanto, quintaesencia de la «imagen radicalizada del enemigo» (Koselleck, 2006: 279). Para los nacionalsocialistas devotos, la asimilación de los judíos era misión imposible. Cuando todavía no estaba afiliado al NSDAP (lo hizo en mayo de 1933), Carl Schmitt advirtió de que en la realidad estatal europea no existía la homogeneidad étnica. Cabía la posibilidad de la asimilación pacífica de las minorías, pero también otro

método que resultaba más «rápido y expeditivo»: «la eliminación de la parte extraña mediante la represión, el traslado forzoso de las partes heterogéneas de la población, y otros métodos radicales parecidos» (1993 [1928]: 232). Un lustro antes ya había avanzado la misma idea: «A la democracia corresponde, primero, la homogeneidad, y segundo, si resulta necesario, la exclusión o exterminio de lo heterogéneo» (1996 [1923]: 13). Schmitt tenía en quién inspirarse en este parecer. En una entrevista realizada por el periodista catalán Eugenio Xammar y publicada poco después del intento de golpe de Estado de 1923, Hitler resumió su visión: «La cuestión judía es un cáncer que roe el organismo nacional germánico. Un cáncer político y social. Afortunadamente, los cánceres políticos y sociales no son una enfermedad incurable. Tenemos la extirpación. Si queremos que Alemania viva, debemos eliminar a los judíos…». «¿A garrotazos?», interpeló Xammar. «Ojalá, si no hubiera tantos. El pogromo es una gran cosa, pero hoy por hoy ha perdido buena parte de su eficacia medieval. En la Edad Media no había problemas nacionales judíos. Solo había una serie de problemas locales o municipales, y el pogromo era un método adecuado y suficiente para resolverlos. Pero ahora las cosas han cambiado. ¿Qué ganaríamos con apalear a la población judía de Múnich si en el resto de Alemania los judíos continuaran siendo, como ahora, los dueños del dinero y de la política? En toda Alemania hay más de un millón de judíos. ¿Qué quiere hacer? ¿Los quiere matar a todos en una noche? Sería la gran solución, evidentemente, y si eso pudiera ocurrir, la salvación de Alemania estaría asegurada. Lo he estudiado de todas las maneras, y no es posible. El mundo se nos echaría encima, en lugar de darnos las gracias, que es lo que debería hacer […] No queda sino la expulsión: la expulsión en masa» (2005a: 206-207).

Además de los judíos (y, como tendremos ocasión de comprobar a lo largo del presente trabajo, de los «rojos»), otros grupos étnicos y sociales engrosaron la lista de enemigos del nazismo: gitanos, vagabundos, delincuentes habituales, dementes y «desviados sociales» les acompañaron a la hora de avanzar en la exclusión social de grupos estigmatizados. Sin embargo, los judíos ofrecieron el «contratipo arquetípico» del enemigo. Fueron diluidos en un estereotipo que homogeneizaba a sus integrantes y les atribuía supuestos rasgos del conjunto, desde la codicia como pulsión motriz a la nariz ganchuda como atributo fenotípico (Mosse, 1996: 56-76, 6). Los judíos fueron contemplados por sus detractores como el polo

opuesto a las virtudes pretendidamente alemanas, y consiguientemente estigmatizados como infrahumanos. Si los arios eran disciplinados y trabajadores, los judíos eran vagos y avariciosos. A partir de ese diagnóstico estereotipado, los nazis propusieron una terapia: «todo "anti" contra los judíos es un "pro" en favor de la comunidad nacional alemana» (Goebbels, en Longerich, 2010: 55).

El antisemitismo no fue ninguna invención nazi, sino un prejuicio alimentado en el pesebre antisemita cristiano. Sin embargo, gracias a ellos el antijudaísmo ancestral de matriz cristiana se vio desplazado por un odio visceral de nuevo cuño a los judíos, ahora por motivos raciales. Es importante subrayar el salto de uno a otro, porque tendrá consecuencias letales cuando llegue el turno de los nazis. Mientras que la reserva religiosa frente a los judíos se solventaba con el bautizo y la conversión, la «tara» fundada en la raza no tenía cura, y por esa misma razón solo cabía su erradicación.

Conviene ahora detenerse en otro tracto propagandístico que no ha merecido excesiva atención por parte de los investigadores: aquel que glorificó la disposición martirial de los militantes nazis que, en los años terminales de la república de Weimar y durante el Tercer Reich, derramaron su sangre y dieron su vida por la «Idea» y por quien la personificaba, por Hitler. Un recurso ideacional de primera magnitud al servicio de los emócratas para atraerse a la población alemana fue la explotación de la sangre derramada en aras de su proyecto palingenésico.

El nacionalsocialismo cultivó un espíritu heroico ya desde los primeros años de la República de Weimar. El imperativo épico se encuentra documentado muy pronto en los textos doctrinales nazis. El punto 25 y final del Programa del NSDAP, hecho público en Múnich el 24 de febrero de 1920 con Hitler como jefe de propaganda, finalizaba del modo siguiente: «Los responsables del partido juran consagrarse sin desmayo y, si fuera necesario, sacrificar su vida para lograr el cumplimiento de los puntos precedentes». Más que una innovación suya, el espíritu sacrificial hasta las últimas consecuencias supone el desarrollo dramático de unas inercias de larga presencia en Alemania, donde, según sentencia atribuida al primer ministro francés Georges Clemenceau, estarían «enamorados de la muerte» (Ludwig, 2011 [1939]: 24). Goebbels ratificó en este extremo al francés. En la oración fúnebre por un mártir nazi sentenció: «Tal vez los alemanes no

entendamos la vida, pero la muerte, ¡eso a las mil maravillas!» (en Heiber, 1991: 65).

La propaganda nazi se sirvió de la sangre derramada por los devotos de la causa como factor integrador de su comunidad de seguidores, tanto en su fase de movimiento hasta 1933 como después de alcanzar el poder ese año. Los muertos caídos por la causa archinacionalista no fueron, sin embargo, los únicos objetos de culto de la propaganda en la religión política nacionalsocialista: «El día en que los alemanes —escribió en una de sus crónicas el catalán Eugenio Xammar, corresponsal en Alemania—, en lugar de saludarse en nombre de Dios empezaron a saludarse en nombre de Hitler, nació en Alemania un nuevo culto. Los objetos de ese culto son el “Führer”, la raza y los muertos por la causa» (2005b: 305) [28] .

La apoteosis de los mártires que dieron su vida por su visión de Alemania es un rasgo que adquiere prominencia muy pronto en la religión política nacionalsocialista, antes incluso de que el movimiento viese la luz. Durante sus años escolares (tal y como recuerda su único amigo de esa época), el libro «favorito» de Hitler era una edición de sagas heroicas alemanas, libro con el que estaba «intoxicado»: «No podía imaginarse para sí una existencia mejor que la vivida por aquellos héroes radiantes de la historia alemana temprana. Nada se le presentaba como más digno de lucha que una vida como la suya, repleta de actos valientes de largo alcance» (Kubizek, 2011 [1953]: 82-83; asimismo, 62, 180-181). En su etapa escolar en Linz se mostró indiferente por la mayor parte de las materias (tuvo que repetir curso en 1900-1901 tras suspender matemáticas y ciencias naturales), pero no en historia: su profesor, Leopold Pötsch, con sus «historias de héroes», mereció una mención elogiosa al comienzo de *Mein Kampf* (1943 [1925/1926]: 12; Thamer, 2018: 21-22). Todo apunta a que durante sus años de formación Hitler desarrolló una «visión heroica del mundo» que más tarde, ya convertido en líder de un movimiento carismático, intentó llevar a buen puerto (Herbst, 2010: 82). En este sentido, no es casualidad que Hitler dedicase su libro a los 16 «testigos de sangre» abatidos por las fuerzas del orden en Múnich el 9 de noviembre de 1923 «en la fe sincera en la resurrección de su pueblo» en el curso del levantamiento por él liderado. Nótese el vocabulario impregnado de conceptos religiosos: testigos de sangre, fe, resurrección. Tampoco es casualidad que en la página 2 de ese mismo volumen recuerde a uno de los primeros mártires del panteón nazi, Leo Schlageter, condenado a muerte y

ejecutado por tropas francesas en 1923 por protagonizar actos de sabotaje durante la ocupación francesa y belga de la cuenca del Ruhr. Cerrando el círculo, Hitler finalizó el segundo volumen de *Mein Kampf* con un nuevo recuerdo a los mártires de Múnich, quienes, en «plena conciencia sacrificaron todo por nosotros». El pasaje lleva como sobretítulo «Nuestros muertos como recordatorios del deber». La frase final del libro es un homenaje a Dietrich Eckart, un escritor nazi de primera hora que resultó fundamental a la hora de aupar a Hitler cuando era un perfecto desconocido que, después de la Primera Guerra Mundial, pujaba por abrirse camino en los círculos ultranacionalistas en Múnich:

> Deseo de nuevo recordar al finalizar este libro a aquellos dieciséis héroes a los que dediqué el primer volumen de esta obra, a esos camaradas y luchadores de nuestra doctrina, héroes que se sacrificaron con plena conciencia por todos nosotros. Con su ejemplo llevado hasta las últimas consecuencias llamarán al cumplimiento del deber a los que dudan y a los débiles. Y quiero también recordar al hombre que, como uno de los mejores entre nosotros, consagró su vida a la poesía, a la idea y, a la vez, a la acción, para que resurgiese nuestro pueblo: Dietrich Eckart (1943 [1925/1926]: 781).

Entre principio y fin de la «Biblia» del nacionalsocialismo son innumerables las instancias en que Hitler glorifica y apela a la disposición martirial de sus seguidores para rescatar a Alemania de la traición interior y salvarla de la «conspiración» judía internacional para acabar con la raza aria [29] . Son incesantes en sus páginas las apelaciones a los alemanes para que procediesen a todos los sacrificios imaginables, vida incluida, en la misión de redimir y regenerar la patria alemana.

La glorificación de la inmolación por la patria es una constante en los escritos y discursos de Hitler. En un discurso en Stuttgart el 14 de junio de 1925, medio año después de ser excarcelado, proclamó: «Los mártires, tal y como muestra la Iglesia católica, ayudan poderosamente a reforzar y extender un movimiento. Los nacionalsocialistas también tenemos mártires en nuestras filas desde el 9 de noviembre de 1923» (1992, I: 102). Para él, el carácter instrumental de los mártires era fundamental. En una conversación sostenida en Múnich en 1931 con el cónsul italiano en Mónaco, Capasso Torre, Hitler dejó claro este extremo: los fallecidos por la causa, según recuerda Torre, «los proclama dolorosos, pero necesarios, y los saluda con entusiasmo» (en De Felice, 1975: 232).

Al abordar la construcción del mártir por el nacionalsocialismo conviene partir de la convicción de que, en el momento y lugar que nos ocupa, la

figura del mártir es el producto manufacturado por unos emprendedores de movimiento a los que una comunidad de sentido y de memoria acabó por creer y seguir hasta desembocar en la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto. En ausencia de atribución social retrospectiva no hay creencia en el mártir ni convicción de que los hechos a él imputados sean merecedores del recuerdo.

El discurso martirial característico de los nazis no brotó *ex novo,* sino que resonaba en una población socializada desde antiguo en la «muerte bella» a través de diversos mecanismos y canales sociales y culturales (educación, familia, literatura, música, monumentos…). No se trata, pues, de ninguna innovación suya: pero los nazis sí que fueron los encargados de llevar hasta sus más dramáticas consecuencias una pauta preexistente que hundía sus raíces, cuando menos, en el romanticismo. El heroísmo como un rasgo de la identidad nacional tenía unas raíces culturales transmitidas de generación en generación a través de diferentes canales culturales y educativos, por ejemplo de la poesía y sus grandes exponentes. Friedrich Hölderlin, Rainer Maria Rilke, Hugo von Hofmannsthal o Stefan George, por citar a insignes poetas del canon en alemán, «cantaban lo grandioso, lo divino, lo verdadero, y cantaban a la muerte, que subyacía a todo. *Stirb und Werde* , morir y convertirse; solo si se tiene algo por qué morir se tiene algo por qué vivir. El pueblo, la tierra, la guerra, el héroe, la muerte. Lo local, lo propio, lo grande, lo eterno. Esos eran los conceptos que se movían en la cultura alemana antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, y no pocos de los que la veían venir la consideraban una purificación, algo deseado y positivo» (Knausgård, 2019: 533).

Un exponente de esta disposición fue el sociólogo y economista Werner Sombart, en un libro que vio la luz al poco de iniciarse la Gran Guerra y que abría una dedicatoria a «los jóvenes héroes, ahí fuera ante el enemigo». Llevaba el expresivo título de *Comerciantes* y *héroes* (1915). El primer elemento del título pretendía condensar el modo alemán de estar en el mundo; el segundo haría justicia al modo inglés. Un pueblo estaría preñado de «espíritu» épico, el otro sería materialista. Sombart reflejaba con considerable precisión el sentir de amplios sectores de la sociedad alemana imbuidos de un espíritu nacionalista *völkisch* [30] , espoleados por la deflagración bélica, cuando afirmó: «que los hombres se dirijan a la muerte por voluntad propia ha sido celebrado en miles y miles de piezas por los poetas. Somos un pueblo rico en canciones de guerra, que a su vez es

reflejo de nuestro espíritu combativo, reflejo de nuestro militarismo en su manifestación exterior» (1915: 90) [31] . Para Sombart las virtudes típicas de la cosmovisión «heroica» alemana eran: «sacrificio, fidelidad, falta de malicia, respeto, valentía, devoción, obediencia, bondad». De entre todas ellas, destacaban dos: la valentía y la obediencia, las auténticas virtudes del «luchador» y del «hombre libre» (1915: 65, 85, 122). Se trata, en parte, de virtudes propias del militarismo, y Sombart las contraponía al espíritu «mercantilista» y orientado a «fines prácticos» *(Ibid.* : 11) típico de los ingleses. «El espíritu alemán —resumió Sombart— se ha manifestado con profunda aversión, con indignación, "con profundo asco", contra "las ideas del siglo XVIII ", que eran de origen inglés; cada pensador alemán, pero también todo alemán de mentalidad alemana, ha rechazado siempre con contundencia el utilitarismo, el eudemonismo, vale decir, todas las filosofías de la utilidad, la felicidad y el disfrute» *(Ibid.* : 55-56). El héroe solo conoce «deberes», el comerciante esgrime «derechos»; de ahí que el inglés sea incapaz de sacrificarse por la patria en peligro *(Ibid.* : 64, 67, 87). La guerra, en curso en el momento de publicar el libro, era presentada como algo «sagrado» *(Ibid.* : 89), el factor precipitante para dilucidar cuál de los dos «espíritus», el heroico o el mercantilista, iba a comandar la civilización occidental. En esa guerra, Alemania jugaba el papel de «último dique contra el lodazal del comercialismo» *(Ibid.* : 145).

Sombart se sumó (y alimentó) al espíritu belicista y nacionalista que atravesó a amplios sectores de la sociedad alemana con el estallido de la Primera Guerra Mundial. Las virtudes que atribuyó al alemán portador consciente de un linaje heroico eran las propias del militarismo; las mismas que hará suyas el nacionalsocialismo en su dibujo del hombre nuevo soñado. Sin embargo, no cabe calificar al Sombart de esta obra como un nazi *avant la lettre* : en el libro no hay trazas de antisemitismo (aunque lo era; su obra *Los judíos y la vida económica,* de 1911, dejó pocas dudas al respecto; Hoffmann, 2001: 104) y, además, rechazó expresamente el *furor hegemonialis* (Elias, 2002: 33) alemán plasmado en el anhelo de «espacio vital»: «En modo alguno aspiramos a expandirnos. Tenemos cosas más importantes que hacer» (1915: 145).

En lo inmediato, la glorificación del guerrero de la Primera Guerra Mundial marcó el momento de la cristalización de una corriente de largo recorrido que singularizó a Alemania de otros países europeos. Un observador extranjero del periodo republicano, el periodista polaco Antoni

Graf Sobanski, apreció que «el heroísmo —por supuesto que en el sentido de hazañas bélicas— es glorificado aquí como en ningún otro sitio» (2009: 34). Autores posteriores han insistido en esta constante de la historia alemana contemporánea: «Hay pocos pueblos que en su mística nacional, poesía y cancionero tengan tantas referencias a la muerte y al autosacrificio como los alemanes», sentenció Norbert Elias en uno de los ensayos dedicado a sus compatriotas (1992: 429-430). Congruente con esta apreciación, y ahora desde la microfísica del patriotismo, Hans Magnus Enzersberger apuntó que los estudiantes de instituto alemanes con anterioridad a la guerra aprendían de memoria los célebres versos de Horacio según los cuales era dulce y honroso el desprecio a la muerte cuando estaba en juego el honor de la patria (2006: 18). Otros autores que han abundado en estos temas insisten en la inmersión en un clima cultural que reclamaba los sacrificios más elevados de sus ciudadanos, y apuntan al sistema educativo, con los libros de texto y la socialización de los alumnos en la épica guerrera, así como a festivales públicos y lugares de la memoria, como instrumentos funcionales para rendir culto a las hazañas de los héroes del panteón nacional (Mosse, 1975; Kershaw, 1998: 77; Gay, 2001: 88 y ss.; Sala Rose, 2007: 285-336). Un eco objetivado de este clima lo encontramos en un lugar específico de memoria, en los monumentos. Según Koselleck, las referencias a la fama, el honor y el heroísmo figuran en los monumentos erigidos al calor de la Primera Guerra Mundial con mayor profusión en Alemania que en Francia (2001: 151-152).

Propaganda y mentira aplicadas a la construcción discursiva y social del mártir en el proyecto totalitario nazi constituyen, pues, los vectores que articulan la presente investigación. Las SA fue la organización a la que, desde su particular división del trabajo, perteneció una mayoría de los cruzados patrios que sacrificaron su vida por el proyecto racial del movimiento nacionalsocialista. A ella está dedicado el siguiente capítulo.

---

[5] La idea del hombre nuevo figura en la base de la historia de las religiones, que «siempre fue al mismo tiempo la historia de la puja por un hombre nuevo en tanto que fin purificador de carácter religioso» (Küenzlen, 2016: 4). Encontramos esta idea en la *Carta de San Pablo a los efesios* del Nuevo Testamento (4, 22-24): «En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovados en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del hombre nuevo, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad». Las utopías sociales de la edad moderna, entre las que los totalitarismos figuran en un lugar destacado,

trasladaron al mundo terrenal en un futuro más o menos cercano la promesa escatológica que el cristianismo reservaba para el más allá; una promesa de alcanzar el cielo en la tierra para todos los hombres, ahora convertidos en «hermanos» (Küenzlen, 2016: 6).

De forma paradójica, en esta vocación revolucionaria de la naturaleza humana y del orden social, los totalitarismos son deudores de uno de los autores en el frontispicio de los revolucionarios franceses y de los adalides de la democracia participativa, Jean-Jacques Rousseau: «Quien se atreve con la empresa de instituir un pueblo debe sentirse en condiciones de cambiar, por así decir, la naturaleza humana; de transformar cada individuo, que por sí mismo es un todo perfecto y solitario, en parte de un todo mayor, del que ese individuo recibe en cierta forma su vida y su ser; de alterar la constitución del hombre para reforzarla» (1980: Libro II, Cap. VII, 46).

[6] El conocido como *Segundo libro de Hitler,* redactado en 1928 e inédito hasta 1961, está dedicado principalmente a cuestiones de política exterior. Hitler insiste en la idea de la desigualdad de los pueblos: «Por cuanto partimos de la premisa de que un pueblo no es igual a otro, tampoco el valor de un pueblo lo es al de otro [...] cuanto más elevado es el valor racial de un pueblo, tanto más lo será su valor vital general» (1961: 65).

[7] Precisamente porque los totalitarismos prometen la felicidad, se resisten a admitir que ciudadanos suyos renuncien a alcanzarla bajo su marco de dominación. De forma sintomática, el suicidio, la expresión más íntima, radical e irreversible de la individualidad, fue unánimemente contemplado por los tres regímenes totalitarios de que venimos hablando como un acto egoísta. A comienzos de la década de 1930 todos ellos controlaron, o directamente prohibieron, la publicación de noticias o estudios sobre el tema, puesto que respondía a un problema que, desde su punto de vista, «no existía» en sus sociedades desde que ellos se hicieran con las riendas del poder (Goeschel, 2012: 94, 106).

[8] Institut für Zeitgeschichte-Archiv (IfZ-Archiv), Tagebuch Hewel, IfZ, ED 100/78, entrada del 10 de julio de 1941 (en Pyta, 2015: 34).

[9] Entre 1919 y 1922, en Italia perdieron la vida por motivos políticos entre 3.000 y 4.000 personas, de los cuales más de la mitad eran socialistas y 600 fascistas (Woller, 2016: 82).

[10] El jurista que acuñó e impulsó el concepto, Raphäel Lemkin, entendió el genocidio (derivado de la palabra griega *genos* —raza, tribu— y de la latina *cidium* —matar—), o su sinónimo «etnocidio», como «la destrucción de una nación o de un grupo étnico […] Está pensado más bien para designar un plan coordinado de diferentes acciones tendentes a la destrucción de los fundamentos esenciales de la vida de los grupos nacionales, con el objeto de aniquilar a los propios grupos. Los objetivos de dicho plan consistirían en la desintegración de las instituciones políticas y sociales, de la cultura, del idioma, de los sentimientos nacionales, de la religión y de la existencia económica de grupos nacionales, así como la destrucción de la seguridad personal, de la libertad, de la salud, de la dignidad, e incluso de las vidas de los individuos pertenecientes a tales grupos. El genocidio se dirige contra el grupo nacional visto como una entidad, y las acciones emprendidas se dirigen contra los individuos, no en su condición individual, sino como miembros de un grupo nacional» (2015 [1944]: 219).

[11] En general, Hitler reservó el término de «cosmovisión» para las ideologías seculares, y no para referirse al catolicismo o al protestantismo (Weir, 2018: 609).

[12] Hitler escribió esta frase en *Mein Kampf* en el marco de la reconstrucción de su estado de ánimo cuando, encontrándose convaleciente en noviembre de 1918 en el hospital militar de Pasewalk,

recibió la noticia por parte del pastor del hospital de que la revolución había estallado y la guerra terminado. Resulta sintomático, y harto elocuente, que su afirmación al respecto de la imposibilidad de alcanzar un grado mínimo de convivencia con los judíos venga seguida de la revelación de su proyecto vital: «Entonces decidí convertirme en político» (1943 [1925/1926]: 225).

[13] Sobre totalitarismos clásicos, ver Moore, 1958; Barber, 1969; Fuentes, 2006.

[14] Tal y como se puede escuchar en el documental *El triunfo de la voluntad,* dirigido por Leni Riefenstahl (1935: 1h 38’ 15’’).

[15] Acerca del uso ideológico del término de «totalitarismo» durante la Guerra Fría, véase: Barber, 1969; González Calleja, 2012.

[16] Prueba elocuente del impacto de estas dos obras es la centralidad que ocupan en las entradas dedicadas al totalitarismo en tres enciclopedias y diccionarios de ciencias sociales y de política aparecidas en las últimas décadas de diferentes tradiciones académicas, como son la anglosajona (Herbert J. Spiro, 1977 [1968]; David Miller *et al.,* 1991), la italiana (Mario Stoppino, 1981-1982 [1976]) y la francesa (André Enegrén, 2001 [1998]).

[17] En un trabajo posterior de 1954, Arendt cifró el rasgo definitorio del totalitarismo en «la negación más absoluta de la libertad» (en Traverso, 2001: 53).

[18] Estas ideas figuran en el centro de la distinción entre regímenes totalitarios y autoritarios que más tarde desarrollará Juan Linz. A juicio del politólogo español, bajo el autoritarismo reina un cierto grado de pluralismo limitado, impensable en el totalitarismo (2000: 53). Este criterio le da pie a conceptualizar el franquismo como un régimen autoritario, pero no totalitario *(Ibid.* : 3-4). Sin embargo, la filósofa italiana Simona Forti sostiene que «entre finales de los años setenta y a lo largo de los ochenta, ya no se considera posible, dentro de una nueva descripción *dinámica* del totalitarismo, proponer una separación neta y estática entre autoritarismo y totalitarismo» (2008: 104. Énfasis en el original).

[19] En un escrito posterior, Friedrich apostilló que el control monopolista no es necesariamente ejercido por el partido, sino que bien puede serlo por una elite (1969: 126).

[20] Esta periodización no se sostiene a la luz de los trabajos más recientes por parte de especialistas en el periodo estalinista, quienes en modo alguno conceden que ese país hubiese aflojado el patrón totalitario en la década comprendida entre 1938 y 1948 (Naimark, 2010; Snyder, 2011; Baberowski, 2012).

[21] Hitler mostró de forma implícita su deuda con Le Bon al sostener que «la capacidad de recepción de la masa es muy limitada, el entendimiento bajo, el olvido, por el contrario, grande» (1925/1926 [1943]: 198). El trabajo de Le Bon apareció publicado originalmente en Francia en 1895, en inglés un año más tarde y en alemán en 1908. J. R. Rossbach, un neurólogo muniqués, publicó en 1919 un largo artículo en el diario *Völkischer Beobachter* (que hasta el año siguiente no se convertiría en el órgano del NSDAP) bajo el título de «El alma de las masas. Consideraciones psicológicas sobre la emergencia de movimientos populares de masas». Rossbach basaba de forma extensiva su argumentación en Le Bon. Es posible que Hitler se acercase a la obra de Le Bon influido por

Rossbach, pero también que se conformase con la lectura de segunda mano del doctor bávaro (Paul, 1990: 31-32; Kershaw, 1998: 156; Ullrich, 2013: 120).

Menos dudas caben sobre la recepción de Le Bon por Mussolini, que estudió y admiró sus teorías de primera mano ya desde su etapa socialista (Gentile, 1993: 146).

22 En aras de la razón de Estado, esto es, para que un príncipe retenga su poder, Maquiavelo no duda en recomendarle la violación de la cláusula del código moral que proscribe el engaño y la mentira. Sostiene en *El príncipe* : «Cuán loable es en un príncipe mantener la palabra dada y comportarse con integridad y no con astucia, todo el mundo lo sabe. Sin embargo, la experiencia muestra en nuestro tiempo que quienes han hecho grandes cosas han sido los príncipes que han tenido pocos miramientos hacia sus propias promesas y que han sabido burlar con astucia el ingenio de los hombres» (1981: 90). A un alumno aventajado suyo, Otto von Bismarck, se atribuye la sentenciosa observación según la cual nunca se miente tanto como «antes de las elecciones, durante la guerra y tras la cacería».

23 Hitler dedica en el capítulo 6 del primer volumen de *Mein Kampf* a la «Propaganda de guerra». Podría parecer que algunas consideraciones en que incurre al respecto, por ejemplo el poner en cuarentena la salvaguarda de la verdad, encuentran justificación en circunstancias de emergencia, como son las contiendas bélicas. No en vano la verdad es una de las primeras víctimas de todas las guerras, y en este extremo las diferencias entre regímenes totalitarios y democráticos no son sustanciales. Ahora bien, Hitler insiste en esas mismas pautas para la propaganda más allá de contextos extraordinarios, por ejemplo cuando aborda las formas de «nacionalización de las masas» en el capítulo 12 del primer volumen, o en el capítulo 11 del segundo volumen, dedicado a la «Propaganda y organización». Por lo demás, desde sus mismos albores el movimiento nacionalsocialista se entendió a sí mismo en guerra contra los «enemigos» internos (principal, pero no exclusivamente) marxistas y judíos, a los que había que desterrar de la «comunidad nacional» para que esta perdurase.

24 Hitler hablaba desdeñosamente de la «así denominada opinión pública» para marcar distancias con este concepto de marcado acento liberal. «Politik der Woche», *Illustrierter Beobachter* , 16-III-1929.

25 *Allgemeine Dienstordnung für die SA der NSDAP,* 1933: Artículo 20, p. 18.

26 La reversión del odio típica del nacionalsocialismo en un sentimiento positivo y funcional para la construcción de una nación como una comunidad que odia de consuno a un mismo (o varios) enemigo encuentra su anclaje en la tradición nacionalista alemana que tiene un claro ejemplo en Ernst Moritz Arndt (1769-1860), el poeta de la unidad alemana (Mosse, 1975: 15). En un artículo suyo de 1813 que lleva por título «Sobre el odio nacional», redactado en el contexto de las guerras napoleónicas, Arndt escribió: «Un hombre con el amor verdadero tiene que odiar al mal, y odiarlo hasta la muerte. Es lo que hizo Jesucristo […] El Dios justo es un Dios iracundo y violento que tiene que castigar permanentemente al mal» (1993 [1813]: 321, 324). Y prosigue: «todo lo que tiene vida y existencia ha de tener una cierta antipatía, un contraste, un odio que, igual que todo pueblo tiene su elemento vital propio más íntimo, tiene que tener un amor firme y un odio claro, si es que no quiere desaparecer en la indiferencia y la bajeza y, en última instancia, acabar en la subyugación» *(Ibid.* : 328). Cuando se trataba de odiar a un enemigo exterior, Francia se prestaba como la candidata ideal: «Deberíamos odiar a Francia no solo por el mal que nos han infligido en los últimos veinte años, no solo por la atrocidad y la vergüenza que ha profanado en los últimos ocho años nuestra sagrada tierra y que la sigue profanando a cada momento; no, debemos odiarlos porque desde hace ya tres siglos socava de forma insidiosa nuestra libertad, porque han trabajado generación tras generación de forma

infatigable y planeada por arruinar esa libertad» *(Ibid.* : 329). El odio a los franceses no admite cura, ni siquiera merece la pena el intento de trascenderlo en aras de una conciliación futura: «Quiero el odio contra los franceses, y no solo para esta guerra. Lo quiero por mucho tiempo; lo quiero para siempre» *(Ibid.* : 332). Y concluyen con un deseo: «Que el odio permanezca en la nación como un delirio sagrado y protector» *(Ibid.* : 334). Pocos años después, el rey prusiano Federico Guillermo III tomó buena nota de la recomendación de Arndt. En una carta dirigida en 1826 al científico Alexander von Humboldt, que residía en París, le requirió (puesto que le estaba financiando sus publicaciones y su dedicación a la ciencia) su vuelta a Prusia con un argumento expeditivo: Francia «debería ser objeto de odio para cualquier verdadero prusiano» (en Wulf, 2017: 231-232).

El odio predicado hacia Francia encontró su contraparte. Paul de Saint-Victor replicó en julio de 1871 la idea del «odio sagrado» hacia sus vecinos orientales. En el contexto de la guerra franco-prusiana que en 1870-1871 culminó con la entrada triunfal de las tropas prusianas en París, Saint-Victor agitó: «En lugar de disminuir el odio hacia Prusia, tendría que haberse visto incrementado en este horrible momento» (Saint-Victor, 1993: 315).

[27] Nada más acceder al Ministerio de Ilustración Pública y Propaganda en 1933, Goebbels estableció una sección conocida como «Anti-Komintern». Su misión exclusiva era la propaganda anti-bolchevique desde la premisa de que la Internacional Comunista era el brazo revolucionario del judaísmo mundial (Waddington, 2007).

[28] Una muestra del culto al Führer lo constituye la propuesta de una terrateniente de Prusia Oriental, aparecida en un periódico nazi, tal y como lo cuenta Gabriele Tergit, periodista especializada en temas judiciales de Weimar: «Todos deberíamos acondicionar un rincón del Führer. Es bien fácil. Colocamos en la mesa una foto de nuestro amado Führer, la rodeamos de flores y ponemos dos velas delante». Años antes se había introducido la propuesta en la Unión Soviética, con altares en honor de Stalin, también con flores y velas (Tergit, 2018 [1983]: 43).

Por otro lado, la denominación de «Führer» para referirse a Hitler apareció por vez primera en diciembre de 1921 en las páginas del *Völkischer Beobachter,* entonces dirigido por Dietrich Eckart, pero no alcanzó predicamento de inmediato. Los carteles anunciadores de mítines y las noticias del órgano de expresión del NSDAP se referían a su máximo dirigente como «el Señor Adolf Hitler», «el camarada de partido Hitler» o «el camarada de partido Señor Adolf Hitler». A partir de noviembre de 1922, es decir, inmediatamente después de la «Marcha sobre Roma» de Mussolini, la praxis sufrió una alteración. Cada vez con mayor frecuencia el periódico recurrió a la etiqueta de Führer unida a Hitler. Así, en el *Völkischer Beobachter* del 25 de noviembre de 1922 apareció el siguiente titular: «El pasado martes intervino nuestro Führer Adolf Hitler en la sala del local Salvador» (Herbst, 2010: 139).

[29] El calificativo de «Biblia» fue moneda de uso corriente en la época. Ver Plöckinger, 2011: 349-356; Vitkine, 2011; Kellerhoff, 2015: 14. Al traductor y prologuista de la primera edición al español (reducida y autorizada), publicada en 1935 en Barcelona, la metáfora le debió de parecer excesiva y habló en su lugar de «catecismo del nacionalsocialismo» (Hitler, 1935; Casquete, 2019a).

[30] El término alemán *völkisch* resulta complicado de verter a otros idiomas si no es a costa de perder en riqueza de matices. Una traducción aproximada apuntaría a «nacionalismo étnico». Como quiera que sea, baste caracterizar a esta variante nacionalista alemana con los siguientes rasgos: patriotismo extremo, antisemitismo racial y abundancia de nociones místicas acerca del singular orden social alemán que hunde sus raíces en un pasado teutónico armónico, homogéneo y jerárquico (Kershaw,

1998: 135). Al final, se trataba de fraguar un *Volk* , esto es, una unidad étnica singular superadora de los conflictos divisorios en su seno (Fahlbusch, Haar y Pinwinkler, 2017).

[31] Una de tales composiciones líricas es la «Canción del caballero» de Schiller: «Y, si no ponéis en juego vuestra vida / Jamás la mereceréis» (en Köpf, 2008: 47).

CAPÍTULO II

«UN PUÑO SANO Y AMOR A LA PATRIA EN EL CORAZÓN»: LAS TROPAS DE ASALTO NAZIS

1. Alemania tras el final de la Primera Guerra Mundial: una herida mal cerrada

Los catorce años que sobrevivió la primera experiencia democrática en Alemania entre la proclamación de la república el 9 de noviembre de 1918 y su colapso final el 30 de enero de 1933 han sido retratados como «una época dramática» (Winkler, 1993: 12). Fue un periodo de explosión creativa en el mundo de las artes y la literatura, de revolución en las convenciones y valores, en fin, de modernización en los órdenes social y cultural. También fueron años de graves dificultades económicas (inflación, paro de masas) y de inestabilidad política derivada de la animadversión a la democracia liberal tanto a la izquierda como a la derecha del espectro ideológico, materializada en ensayos revolucionarios de izquierdas en la inmediata posguerra a lo largo y ancho del país, en dos intentos de golpes de Estado de matriz ultranacionalista (Kapp-Lüttwitz en 1920, Hitler-Ludendorff en 1923) y en el surgimiento y consolidación de fuerzas políticas y organizaciones paramilitares entregadas a dinamitar el precario orden liberal democrático. La República de Weimar, que así se conoce este breve pero determinante periodo de la historia de Alemania por la ciudad donde fue aprobada en 1919 la constitución que la vertebró, fue el único precedente de democracia en el que se podía contemplar la República Federal de Alemania surgida de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial para que el desastre al que los nazis abocaron al país y al mundo entero pasase a los anales de la historia como un hecho único e irrepetible [32] .

Las corrientes políticas que habían declarado su abierta animadversión a la república, nazis y comunistas, la atenazaban por los extremos. Ambas surgieron simultáneamente en el clima revolucionario de la inmediata postguerra: el Partido Obrero Alemán *(Deutsche Arbeiterpartei,* DAP,

embrión del NSDAP), fue fundado en Múnich el 5 de enero de 1919; el Partido Comunista Alemán *(Kommunistische Partei Deutschlands,* KPD) surgió en Berlín el 1 de enero del mismo año. Los dos ganaban adeptos por momentos, con oleadas de votos en sus cuentas de resultados cada vez que se celebraban comicios electorales, en particular en los años finales de la república (entre 1928 y 1932 se celebraron un total de cuatro elecciones al Reichstag) y con nuevos militantes y simpatizantes dispuestos a ocupar la calle en nombre de sus «evangelios» respectivos: unos, la regeneración y articulación del país según líneas raciales; otros, la revolución proletaria según el modelo soviético. Se trataba de las fuerzas políticas que mayor interés atrajeron entre la juventud. No sin cierta exageración, durante su viaje por Alemania en 1932 el militante izquierdista francés Daniel Guérin apreció que entre los jóvenes «los no comprometidos eran pocos; todo el mundo tenía que tomar partido» (1994: 50). Por su parte los conservadores, nostálgicos del viejo orden imperial y sus estructuras sociales y de poder, aceptaron el sistema democrático sin entusiasmo, como el tiempo habría de demostrar cuando al final de la república franquearon a los nazis el acceso al poder.

Uno de los principales responsables del socavamiento del orden democrático fueron las unidades paramilitares nazis, las Tropas de Asalto *(Sturmabteilung,* SA). La prolija literatura sobre el nacionalsocialismo ofrece un número relativamente escaso de estudios sobre la sección clave a la hora de librar la «lucha por la calle» y aupar al partido-movimiento a la categoría de régimen [33] . Las SA crecieron desde un puñado de fervientes creyentes en la causa ultranacionalista («la fuerza motriz dominante» del nacionalsocialismo; Wehler, 2009: ix) cuando surgieron en Múnich en el otoño de 1920, hasta los 430.000 efectivos con que contaban en el momento de la toma del poder en enero de 1933. Partido al margen, durante la República de Weimar las SA fueron la organización sectorial con más integrantes de todo el movimiento. De sus filas procedió la mayor parte de los mártires nazis. Si nos limitamos a los años más sangrientos de Weimar, entre 1930 y 1933 (ambos incluidos), la distribución por su organización de pertenencia de los 185 mártires nazis es la siguiente: 133 integrantes de las SA; 25 de las SS; 9 HJ; 18 sin información o no adscritos (incluyendo dos mujeres). En ese espacio temporal citado como referencia, las SA pusieron el 72 por ciento de los mártires del NSDAP [34] .

En este trabajo no abundaremos en la evolución de las SA, su organización, su estructura, sus relaciones con el partido, la extracción social de sus miembros o su liderazgo, aspectos todos ellos que han sido estudiados con solvencia en los estudios recién mencionados. Nuestro interés es otro: hacernos una idea de la cosmovisión de los «soldados políticos» de las SA, de las misiones que tenían encomendadas, de su autoconcepción y su espíritu, aspectos todos ellos que, tomados de forma conjunta, les impelía a matar y a morir para hacer avanzar su causa. Al fin y al cabo, las SA conforman el principal semillero de mártires y de modelos para el hombre nuevo del movimiento [35] . De ahí el interés por entender su lógica de funcionamiento, su mentalidad y los valores de los que estaban impregnados sus integrantes.

Es imposible explicar el ascenso del nacionalsocialismo entre 1919 y 1933 sin atender a los contextos político, económico y social que atravesó Alemania al finalizar la Primera Guerra Mundial o, para el caso, sin reparar en su inicio en 1914, «el punto de partida apropiado para explicar cómo y por qué los nazis alcanzaron el poder» (Fritzsche, 1998: 7). Una guerra cuyo estallido fue saludado con un entusiasmo inflado de patriotismo por las clases alta y media, por algunos de los exponentes científicos y culturales de mayor renombre en el país [36] , pero también por amplios sectores de la clase trabajadora. Ernst Toller, uno de los líderes del experimento revolucionario en Baviera de 1918-1919, se hizo eco del sentir de muchos alemanes cuando escribió: «El Káiser no reconoce ya ningún partido; helo aquí, en letra impresa; el país ya no tiene razas, todos hablan una sola lengua, todos defienden una sola madre: Alemania». Toller contempló su participación en la contienda como un «tornillo de una máquina que rueda hacia delante y nadie sabe adónde va, que rueda hacia atrás y nadie saber por qué» (2017 [1933]: 86 y 110, resp.) [37] . El estallido bélico concitó, pues, un apoyo interclasista, pero también interconfesional. Además de protestantes y católicos, numerosos judíos se contaron entre los partidarios más entusiastas del esfuerzo bélico alemán (Weber, 2010: 26). La derrota y sus consecuencias inmediatas marcaron el punto de arranque del drama que asoló a Alemania y al mundo en las décadas siguientes, porque sin la «vergüenza» y «deshonra» plasmadas en el Tratado de Versalles impuesto por las potencias vencedoras no cabe entender la conquista de los votos y los corazones de los alemanes por los nazis.

La firma del Tratado el 28 de junio de 1919 fue vivida por amplias capas de la población como una humillación administrada sin edulcorantes. La elección de la fecha no fue ninguna casualidad: en tal día de 1914 el heredero a la corona del Imperio austro-húngaro, el archiduque Francisco Fernando de Austria, fue víctima de un atentado en Sarajevo. La delicada encomienda de firmar el tratado recayó sobre Hermann Müller, ministro de Asuntos Exteriores y dirigente del Partido Socialdemócrata Alemán *(Sozialdemokratische Partei Deutschlands,* SPD), y sobre Johannes Bell, su homólogo de transportes, del Partido del Centro Alemán *(Deutsche Zentrumspartei,* el partido católico más conocido como el *Zentrum)* [38] . La ubicación del escenario para la firma, la Sala de Espejos del palacio de Versalles, tuvo mucho de revancha. Se trató del mismo lugar en el que Guillermo I fue proclamado *Kaiser* del Estado alemán unificado tras la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Otto von Bismarck, entonces primer ministro prusiano y acto seguido canciller del Imperio, escogió el palacio de Luis XIV como escenario para humillar a la Francia vencida. Medio siglo después los emisarios alemanes avanzaron en el mismo enclave hacia el lugar de la firma ante la presencia de cinco veteranos franceses con los rostros desfigurados, memoria viva de los daños infligidos por Alemania en la guerra. Los emisarios alemanes regresaron esa misma tarde a su país, mientras que en París eran exhibidas por las calles armas incautadas al enemigo. El coronel Edward House, principal asesor diplomático del presidente norteamericano Woodrow Wilson, resumió sus impresiones: «Todo el procedimiento fue elaborado minuciosamente de la forma más humillante posible para el enemigo. A mi juicio, no se corresponde con la nueva era que deseamos ardientemente promover». Las negociaciones conducentes al Tratado de Versalles habían arrancado cinco meses antes en la Conferencia de Paz de París, en la que estuvieron representados un total de 32 países de los cinco continentes, incluidos los vencedores en la guerra (EE. UU., Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón), y participaron unas 10.000 personas. Los franceses escogieron para abrir la Conferencia la fecha del 18 de enero, en otro ejemplo de política simbólica que tampoco fue casualidad, 48 años después de la coronación de Guillermo I tras la victoria prusiano-alemana contra Francia (Cabanes, 2014: 174-175; Gerwarth, 2017: 199; Leonhard, 2018: 656; Hoeres, 2019). La Asamblea Nacional alemana ratificó el Tratado el 9 de julio, con 208 votos a favor y 116 votos en contra. Desde un principio estuvo claro que el convenio de paz con Alemania iba a

estar en el centro de las negociaciones de París, el «aspecto nodal» de la Conferencia de Paz de París que serviría de modelo al resto de acuerdos bilaterales con los países derrotados (Leonhard, 2018: 663, 759-760) [39] .

En virtud del Tratado se redujo el ejército alemán desde los 450.000 efectivos que tenía en tiempos de paz a 100.000 soldados, 15.000 marineros y 4.000 oficiales comisionados con las tareas «de mantenimiento del orden en el territorio alemán y de policía de fronteras» (en Leonhard, 2018: 764) [40] ; impuso a Alemania importantes amputaciones territoriales (pérdida de colonias, además de un 13 por ciento de su territorio continental —43.000 km2— y un 10 por ciento de su población) y le obligó a compensar a los países vencedores con gravosas indemnizaciones en concepto de reparaciones económicas, que en 1920 absorbieron un 20 por ciento del presupuesto del país, en 1921 el 42 por ciento y en 1922 el 29 por ciento; las últimas cuotas se acabaron de hacer efectivas el 3 de octubre de 2010 (Leonhard, 2018: 1235; Mai, 2018: 35) [41] . De consecuencias simbólicas imposibles de calibrar, pero con efectos reales en todo caso por lo que tuvo de atizador del fuego emocional de la población, fue la atribución exclusiva de culpa a Alemania. El artículo 231 del Tratado impuso la siguiente fórmula: «Los gobiernos aliados y asociados declaran, y Alemania reconoce, la responsabilidad de Alemania y sus aliados por haber causado todos los daños y pérdidas a los cuales los gobiernos aliados y asociados se han visto sometidos como consecuencia de la guerra impuesta a ellos por la agresión de Alemania y sus aliados». En esta frase quedó condensada la «humillación espiritual de la locura de Versalles» (Löwenstein, 1937, I: 426). En el caso de que Alemania hubiese resultado vencedora en la contienda, ¿habría tratado a sus enemigos con mayor benevolencia que la demostrada por los aliados para con ellos? Se trata de un contrafáctico histórico sin respuesta. Con todo, el historiador Detlev Peukert sostiene que Alemania demostró en el Tratado de Brest-Litowks con la Unión Soviética el trato que esperaba a sus enemigos: «a ojos de los aliados, con él [el Tratado] quedó minada la legitimación moral para conceder un trato benévolo a Alemania» (1987: 53). Traduciendo los agravios en cifras, el artículo 231 daba carta de naturaleza a las reparaciones financieras y a las sanciones económicas para compensar a franceses y belgas por los daños causados durante más de cuatro años de ocupación. El Tratado obligó a compensar a los países vencedores con gravosas indemnizaciones en

concepto de reparaciones, que no fueron puestas en cifras hasta enero de 1921: 226.000 millones de marcos-oro, cuantía y plazos que fueron renegociados en varias ocasiones durante la misma república, rebajados en abril del mismo año a 132.000 millones. Con todo, a juicio de algunos especialistas, las reparaciones económicas supusieron un serio lastre para la economía posbélica, pero no «el bloqueo de la futura recuperación económica, tal y como proclamó la propaganda nacionalista» (Peukert, 1987: 56; asimismo Conze, 2019: 46).

Los representantes políticos de la recién estrenada República de Weimar se vieron obligados a estampar su firma en un *Diktat* con la espada de Damocles de la intervención militar sobrevolando. Cuando el gobierno alemán presentó alegaciones, los aliados les pusieron en una tesitura que, en realidad, no admitía margen de maniobra: la firma o la invasión. La animadversión frontal a la primera experiencia democrática en suelo alemán por parte de los nostálgicos del viejo orden imperial, con sus querencias nacionalistas, conservadoras y antisemitas, estaba servida. La «democracia improvisada» (Eschenberg, 1963) se estrenaba con sus representantes firmando un pacto vivido por amplios sectores de la sociedad como una afrenta a su orgullo nacional. Fueron los mismos sectores que contemplaron el Tratado como una «puñalada por la espalda» perpetrada por judíos, socialistas y pacifistas, subsumidos todos ellos bajo la categoría del «enemigo interior», a sus ojos el responsable último de la derrota en la contienda bélica, puesto que en realidad el ejército no habría sido derrotado en el frente. La paternidad de la leyenda de la traición se suele atribuir al general Ludendorff (p.e., Paul, 1990: 27; Möller, 2018: 84), el responsable *de facto* de conducir la contienda bélica, aunque según otra versión su primera articulación conocida no fue obra suya ni de ningún otro general o político, sino del capellán protestante Bruno Doehring nueve meses antes del final de la guerra (Steigmann-Gall, 2003: 16). Como quiera que fuese, el mariscal y héroe de la Primera Guerra Mundial Paul von Hindenburg, y máximo responsable del ejército vencido, fue quien contribuyó a difundir la leyenda cuando, en comparecencia ante una comisión de investigación por la derrota en guerra que tuvo lugar en la Asamblea Nacional el 18 de noviembre de 1918, declaró que «deseé una cooperación enérgica y entusiasta, y en su lugar encontré fracaso y debilidad». Hindenburg sintió que «el ejército alemán fue apuñalado por la espalda» (Schievelbusch, 2007: 247-248; Weitz, 2007: 98) [42] .

El espectro político nacionalista y conservador, del que Hindenburg era exponente y referente, no fue el único en abrazar una narrativa que eximía al ejército de toda responsabilidad por la derrota. Friedrich Ebert, cabeza visible del gobierno provisional y máximo dirigente socialdemócrata que perdió a dos hijos en la guerra, saludó como héroes en la Puerta de Brandeburgo a un grupo de soldados que retornaban del frente el 10 de diciembre de 1918: «Camaradas, bienvenidos a la república alemana, a la patria que tanto os ha añorado [...] Felices os damos la bienvenida a la patria. Sed bienvenidos de todo corazón, compañeros, camaradas, ciudadanos. Vuestra dedicación y sacrificio no tienen parangón. Ningún enemigo os ha vencido» [43] . Con una declaración de este tenor, Ebert estaba intentando (pronto se mostró que en vano) ganar al ejército para la causa republicana, dando alas así a los difusores de la leyenda de la puñalada por la espalda (Waite, 1969: 7-8). El entusiasmo que amplios sectores de la población alemana mostraron por la guerra en 1914 se transmutó cuatro años más tarde en resentimiento por los términos del Tratado de Paz.

El orgullo patrio sentido como pisoteado contribuye a adentrarse en el clima emocional reinante en un país al que se restregó la derrota y que se entregó con fervor creciente con el paso de los años a las soluciones más nacionalistas que pululaban en el mercado de las ideologías. No se trata, claro está, del único elemento explicativo del ascenso nazi al poder, porque en los fenómenos sociales e históricos nunca hay explicaciones monocausales que hagan inteligible su complejidad. Un segundo factor catalizador tuvo que ver con la profunda crisis política en un nuevo orden, el democrático, que pujaba por abrirse paso al mismo tiempo que el viejo orden, el imperial, se resistía a despedirse. El final de la Primera Guerra Mundial, el colapso del viejo orden imperial y la proclamación de la república en Alemania vinieron acompañados de una serie de ensayos revolucionarios salpicados por la geografía del país que desasosegó sobremanera a amplios sectores de la población, desde conservadores a liberales, sin obviar a amplios sectores de la socialdemocracia, que jugaron por añadidura un papel indispensable para sofocarlas desde sus responsabilidades de gobierno [44] . La guerra se convirtió en la condición de posibilidad de las revoluciones que estallaron a su término en Europa (incluida Rusia) y, lo que aquí nos interesa, en Alemania. Por si fuera poco, la nueva reconfiguración de fronteras, en particular en Polonia y en los Estados bálticos, ofreció la excusa para que unidades de *Freikorps* (tropas

paramilitares) acudiesen al combate con la misión de «limpiar la nación» de individuos percibidos como obstáculos al «renacimiento nacional». Mientras la Conferencia de Paz de París deliberaba en la primera mitad de 1919 sobre las nuevas fronteras de Alemania, veteranos de guerra suyos se empeñaban en crear nuevas realidades territoriales, realidades que pensaban que los negociadores de París no podrían ignorar. Puesto que el armisticio entre los países aliados y Alemania del 11 de noviembre de 1918 no especificaba las pérdidas territoriales, paramilitares alemanes, polacos y bálticos se apresuraron a redibujar en su provecho los límites fronterizos antes de que el Tratado de Versalles los fijase. Ese día el líder del *Zentrum* , Matthias Erzberger, firmó el armisticio en el bosque de Compiègne. En una muestra más de lo refractario al olvido que era el orgullo nacionalista alemán herido por el Tratado de Versalles, el vagón de tren donde Alemania firmó el armisticio fue trasladado a Berlín inmediatamente después de la ocupación alemana de Francia en la Segunda Guerra Mundial. Fue exhibido como un trofeo de guerra durante una semana en Lustgarten, en el centro de la capital, para visita pública (Meiners, 2017: 82). La humillación como pauta diplomática exhibida por los franceses con los alemanes vivió otra réplica el 10 de septiembre de 1919 con ocasión de la firma del Tratado de Paz de Saint-Germain con la otra potencia derrotada, Austria: sus representantes fueron recibidos en la sala de especies extinguidas del Museo de Historia Natural de la localidad (Flügge, 2018: 29). Como premonitoriamente recogió en su diario el 6 de noviembre Siegfried Sassoon, el escritor británico que arrancó la guerra presentándose voluntario al frente y la acabó convertido en un pacifista convencido, fueron puntos de arranque de «una paz para acabar con la paz» (en Leonhard, 2018: 28). En diciembre de 1918 se desataron violentos combates entre insurgentes polacos y *Freikorps* en la Alta Silesia y Prusia Oriental, en tanto que alrededor de 100.000 voluntarios alemanes combatieron en el Báltico en 1919 para preservar frente a los bolcheviques las «ciudades alemanas» de Riga y Vilna (Gerwarth, 2012: 54-57). El fin de la contienda, pues, no trajo de forma inmediata la paz a Alemania, sino más bien una época de turbulencia revolucionaria y de intentos por reconfigurar las fronteras de Europa oriental tras la desaparición del Imperio austro-húngaro y el estallido de la Revolución Rusa.

Uno de dichos intentos revolucionarios que desasosegaron a muchos alemanes tuvo como escenario Berlín, y costó la vida en enero de 1919 a

sus dos líderes principales, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, ambos asesinados por los *Freikorps* . Un poco antes, a finales de octubre y principios de noviembre, los marineros de la Armada alemana estacionados en las ciudades de Wilhelmshaven y Kiel se amotinaron tras recibir del mando militar una orden suicida para enfrentarse a la marina británica, protestas a las que se sumaron los trabajadores de la industria y que pronto derivaron en exigencias de paz y de abdicación del Káiser. En pocos días la revuelta derivó en ensayo insurreccional al extenderse a las ciudades portuarias de Bremen, Lübeck, Wismar, Cuxhaven, Hamburgo y Bremerhaven, de donde pasaron a ciudades del interior como Dresde y Berlín. Como consecuencia de estos procesos revolucionarios, a la altura del 9 de noviembre las 22 dinastías de reyes, príncipes y duques que habían gobernado los territorios alemanes desde tiempos inmemoriales, incluyendo al emperador Guillermo II, habían desaparecido de la noche a la mañana (Gerwarth, 2017: 61-64).

Por el impacto que tuvo en el nacimiento y decurso del nacionalsocialismo, el experimento revolucionario que más interesa destacar transcurrió en Múnich entre noviembre de 1918 y mayo del año siguiente. Entre los máximos líderes del experimento consejista de trabajadores y soldados figuraron Kurt Eisner, dirigente del Partido Socialdemócrata Independiente *(Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands,* USPD una escisión pacifista y por la izquierda del SPD surgida en 1917), su adjunto Felix Fechenbach, el presidente bávaro del USPD Ernst Toller, el dirigente del KPD Eugen Leviné, así como los escritores anarquistas Gustav Landauer y Erich Mühsam [45] . Además de su condición revolucionaria de una u otra familia, todos ellos compartían origen judío. La animadversión y envidia organizada a los judíos estaba extendida en todo el país (igual, por lo demás, que estaba ampliamente arraigado en todos los países que contaban con comunidades judías significativas, incluso en países como España, donde encontraba cómodo asiento un «antisemitismo sin judíos» —Böcker, 2000—), pero Baviera era uno de sus principales baluartes, un verdadero semillero de extremistas de derecha que, en el contexto alemán, era lo mismo que decir antisemitas. Después de la Revolución Soviética de 1917, el mito según el cual el comunismo era un invento judío estaba extendido por toda Europa, y Baviera no era ninguna excepción. Al contrario, su capital se convirtió pronto en un polo de atracción para contrarrevolucionarios procedentes de

Europa Central precisamente por constituir un bastión contra el judeo-bolchevismo (Hanebrink, 2018: 83 y ss.). Para esta constelación ideológica, el experimento revolucionario de Múnich era una muestra de la conspiración judía para destruir la civilización occidental e imponer su dominio sobre las naciones de Europa. El experimento izquierdista liderado por alemanes de origen judío no hizo sino alimentar y dar alas a los sectores más reaccionarios y ultranacionalistas del momento que el NSDAP acabó fagocitando con rapidez.

Orgullo patrio mancillado, amenaza revolucionaria, una democracia con dificultades para abrirse camino en su puja con las inercias y estructuras heredadas del orden imperial y, como factor adicional que catalizó el surgimiento y ascenso del NSDAP, una profunda crisis económica que siguió al fin de la contienda. La crisis se manifestó en una inflación galopante y en unos índices de paro inéditos en el país, aunque todavía discretos comparado con lo que habría de venir con la crisis de 1929. Antes de la Primera Guerra Mundial, el marco alemán, el chelín inglés, la lira italiana y el franco francés tenían un valor similar; en julio de 1914 un dólar se cambiaba por 4,2 marcos. Para abonar las reparaciones de guerra impuestas por los aliados, el gobierno alemán amplió la circulación monetaria fabricando billetes, lo cual provocó un proceso inflacionario que acabó estallando en 1923. En el verano de ese año, en Berlín el precio del billete de tranvía se multiplicó en el curso de cinco semanas desde los 3.000 hasta los 100.000 marcos. A finales de noviembre, en el momento cumbre del desenfreno inflacionista, en la capital una cerveza se pagaba a 150.000 millones de marcos, y un kilo de pan de centeno a 78.000 millones, cuando a comienzos de año costaba 163 marcos. La embajada británica en Berlín ilustró gráficamente lo desbocado de la situación constatando que una libra esterlina equivalía aproximadamente a tantos marcos como metros hay de la Tierra al Sol (Fergusson, 2012: 18). A esas alturas un dólar se cambiaba por 4.210.500.000.000 marcos, cuando antes de la guerra alcanzaba con cuatro marcos. Los extranjeros con divisas fuertes podían llevar una vida de auténticos reyes aun con fortunas muy modestas. En febrero de 1923, en Múnich, un ejemplar del periódico *Münchner Neuesten Nachtrichten* costaba 40 marcos; cuando Hitler intentó su asalto armado al poder en noviembre siguiente se pagaba a 8.000 millones (Benecke, 1962: 236). Por esas fechas los policías de la capital del país cobraban sus salarios cinco veces al día para paliar la devaluación vertiginosa del dinero (Liang, 1976:

72). Llegó un momento en que la devaluación del marco era de tal magnitud que los fumadores liaban sus cigarrillos con billetes de mil marcos en lugar de con papel de liar, y que los clientes de los cafés y restaurantes pagaban sus consumiciones en el momento de ser servidos porque hacerlo minutos más tarde incrementaba la factura en miles de marcos. Se trató de una de las experiencias de hiperinflación más salvajes nunca vividas en los anales de la historia [46] . Una reforma monetaria introducida a finales de 1923 consiguió poner coto a la «inflación de la carretilla» o, como escribió Walther Rathenau, empresario, escritor y político que encabezó varios ministerios (luego asesinado por extremistas de derechas), el «delirio de millones», un fenómeno financiero insólito, hasta y desde entonces, que produjo el derrumbamiento financiero más espectacular jamás experimentado por una economía moderna (Fergusson, 2012: 36, 61).

Este era, necesariamente comprimido, el contexto político y económico en el que vio la luz el movimiento nacionalsocialista y que motivó que un número creciente de alemanes se sumase a sus filas. Transitar del nivel macro, esbozado hasta ahora, al micro, implica adentrarse en el mundo vivencial de la época. Una investigación sobre las trayectorias vitales de candidatos a incorporarse a las SA en la década de 1930 arroja un dato elocuente al respecto: la mayor parte de los escritos menciona estos acontecimientos traumáticos de la época ya referidos como catalizadores para abrazar el credo nazi (Campbell, 2013; ver asimismo Abel, 1986; Merkl, 1975; 1980). Los nazis explotaron a conciencia la situación de crisis, y lo hicieron desde planteamientos que encajan en lo que el filósofo y sociólogo Helmuth Plessner conceptualizó como «radicalismo social» en una obra publicada en 1924, esto es, justo tras el intento de golpe de Estado ultranacionalista en Múnich y la sublevación comunista en Hamburgo unas semanas antes, a finales de octubre de 1923: «Por radicalismo entendemos el convencimiento de que lo verdaderamente grande y bueno solo emerge después de remitirse de forma consciente a las raíces de la existencia; de la creencia en el poder curativo de lo extremo; del método de hacer frente a todos los valores y compromisos tradicionales. El radicalismo social es pues la oposición a todo lo existente» (2002 [1924]: 14). Cada país contaba con su variante de radicalismo propia según temperamento y forma de pensar, pero en ningún otro lugar «pone en peligro el sentido de realidad y de la decisión práctica como entre los alemanes» *(Ibid.* : 21). Denunciar el

radicalismo social, prosigue Plessner, pasaba por «deshacerse de los argumentos que defiendan la violencia en las relaciones humanas» *(Ibid.* : 26).

Los movimientos y regímenes totalitarios, cualquiera que sean sus especificidades, comparten una acervada aversión a la democracia representativa. Con la franqueza y claridad que caracterizó a los nazis a la hora de exponer sus principios doctrinales básicos (porque muchas cosas se les puede reprochar, pero entre ellas no se cuenta el haber camuflado ni edulcorado su proyecto incivil de violación sistemática de los derechos humanos fundamentales y de arrumbar la democracia liberal), Goebbels expuso el carácter antidemocrático de su programa en los términos siguientes: «Somos de hecho un partido antiparlamentario que rechaza por buenas razones la constitución de Weimar y las instituciones que ha introducido; somos enemigos de una democracia falsificada que pone a la misma altura a los inteligentes y a los bobos, a los laboriosos y a los vagos; contemplamos en el sistema vigente de las mayorías electorales y de la irresponsabilidad organizada la razón principal de nuestra decadencia en permanente caída libre». Y concluyó: «No acudimos [al Reichstag. Nota: J. C.] de forma amistosa ni neutral. ¡Venimos como enemigos! Igual que el lobo irrumpe en el rebaño de ovejas, así venimos nosotros» [47] . Goebbels se aplicó a esa misión desde la primera ocasión en que se subió a la tribuna de oradores para hacer uso de la palabra como parlamentario electo en el Reichstag tras las elecciones de mayo de 1928. En un debate sobre la festividad nacional (los favorables a la república, con el SPD a la cabeza, abogaban por que fuese el 11 de agosto, la fecha en que Ebert firmó la aprobación de la constitución en 1919; la fecha nunca llegó a ser declarada festiva), Goebbels dejó bien claro su cinismo, antirrepublicanismo y antisemitismo visceral: «Si los nacionalsocialistas podemos hacerles una sugerencia, sería la siguiente: proclamen ustedes como fiesta nacional de la república la festividad de *Purim* . ¡Sería lo más indicado! ¡Dejen que los dirigentes de los partidos democráticos desfilen en formación coral bajo la supervisión del rabinato […]! ¡Introduzcan la fiesta de Purim como festividad nacional con Hugo Preuss como padre de la constitución [Preuss era de origen judío. Nota: J. C.] y al judío Hilferding como ejecutor de la constitución!» (en Buchner, 2001: 35-36; Achilles, 2010). El hecho de que la república no supiese reaccionar y defenderse ante un proyecto que buscaba dinamitar el orden legal sirviéndose de él, tal y como muestra la

confesión de Goebbels (efectuada no en un conventículo secreto, sino ante la opinión pública y publicada), ayuda a explicar el colapso de la democracia en Alemania (Löwenstein, 1938, I: 595, nota 14).

Los nazis no dejaron de arremeter contra la república por el «pecado fundacional» de articularse como democracia y de iniciar su andadura con un acuerdo humillante, hasta que consiguieron arrumbarla en enero de 1933. Un fascista español coetáneo, Ramiro Ledesma Ramos (1931), condensó con notable precisión la naturaleza del proyecto nacionalsocialista: el NSDAP era «un partido de posguerra, a base de ideales de revancha, exaltación nacionalista y propaganda antisemita».

2. Múnich, «El Dorado» ultranacionalista

Cuando el futuro Führer del movimiento y régimen nazis llegó a finales de mayo de 1913 a Múnich no pudo contener su entusiasmo: «¡Una ciudad alemana! ¡Menuda diferencia con Viena!» (Hitler, 1943 [1925/1926]: 138). El contraste denunciaba de forma solapada el arraigo del movimiento obrero en la capital del Imperio austro-húngaro, donde Hitler residió entre 1908 y 1913 antes de poner rumbo definitivo a Múnich a la edad de 24 años, pero también su multiculturalismo, punteado por una considerable presencia de judíos: «Me resultaba repugnante ese conglomerado de masas que mostraba la capital del Imperio; repugnante esta mezcla de pueblos como checos, polacos, húngaros, rutenios, serbios, croatas, etc., pero de entre todos ellos aborrecía a esos disolventes de la humanidad, a los judíos omnipresentes. La ciudad gigante se me presentaba como la personificación del incesto» *(Ibid.* : 135). La quintaesencia de todo lo que Hitler odiaba era el parque Prater, lugar de esparcimiento de los vieneses. Según el testimonio de su único amigo de la infancia, Hitler se resistía a acudir allí por considerarlo el exponente de una «Babel vienesa» (Kubizek, 2011: 164).

La primera prueba fehaciente de la cosmovisión ideológica de Hitler data del comienzo de la Primera Guerra Mundial, y está recogida en una carta dirigida a un conocido suyo de Múnich remitida a comienzos de 1915:

> Pienso a menudo en Múnich, y cada uno de nosotros [soldados en el frente. Nota: J. C.] alberga solo un deseo, que tengamos ocasión de ajustar las cuentas con la banda [con los británicos. Nota: J. C.] cueste lo que cueste, y que aquellos afortunados de nosotros que retornen a la patria la encuentren más pura, menos plagada de influencias extranjeras, de modo que los sacrificios y

> sufrimientos diarios de cientos de miles de nosotros y el torrente de sangre aquí vertido día tras día en lucha contra el mundo de enemigos internacional nos ayude, no solo a aplastar a los enemigos exteriores de Alemania, sino también contribuir a que colapse nuestro internacionalismo interior. Esto sería mucho más valioso que cualquier ganancia territorial (en Kershaw, 1998: 93-94).

La admiración (casi) siempre profesada por Hitler a Múnich, la ciudad que contribuyó de forma decisiva a su socialización política y que vio nacer y crecer al nacionalsocialismo, acabó siendo sancionada oficialmente el 2 de agosto de 1935 con su declaración como «capital del movimiento» [48] . Dos años antes, el 15 de octubre de 1933, había sido designada «capital del arte alemán» (Heusler, 2008: 201 y ss.). Hitler tenía meditada una justificación para un reconocimiento de esta naturaleza como muy tarde desde su excarcelación en diciembre de 1924, tras cumplir condena en la cárcel de Landsberg por protagonizar el *Putsch* de noviembre de 1923: «¡Roma-La Meca-Moscú! Cada uno de estos tres lugares incorpora una cosmovisión. ¡Seamos fieles a la ciudad que presenció los primeros testigos de sangre del movimiento; tiene que convertirse en el Moscú de nuestro movimiento!» (Hitler, 1992, I: 99; 12 de junio de 1925). Escasas semanas más tarde declaró: «El movimiento está ligado de forma indisociable con Múnich porque allí surgió y porque allí cayeron las primeras víctimas del movimiento. Por todo ello para mí y para el movimiento esta ciudad es tierra sagrada» *(Ibid.* : 116; 8 de julio de 1925). Según los principios establecidos en *Mein Kampf,* el movimiento tenía que concentrarse en un solo lugar, en Múnich, y alcanzar allí «los éxitos más visibles posibles» para avalar a la dirección del movimiento con la «autoridad necesaria» (1943 [1925/1926]: 382-383). Solo desde una base firme estaría el movimiento en condiciones de iniciar su expansión al resto del país.

Cuando Hitler menciona a las primeras víctimas del movimiento se está refiriendo a los 16 caídos en el levantamiento armado de 1923, a quienes dedica *Mein Kampf* [49] . Las SA aportaron al golpe unos 1.500 efectivos, el segundo contingente más elevado de los golpistas solo por detrás de la *Alianza Oberland,* un grupo paramilitar surgido en 1919 al amparo de la Sociedad Thule (fundada en Múnich en 1918 y por la que pasaron futuros dirigentes nazis como Alfred Rosenberg, Rudolf Hess o Hans Frank) para aplastar con las armas el ensayo consejista de Múnich (Willing, 1974: 44; Longerich, 2003: 43). La sacralidad de la capital bávara adquiría unos contornos amplios: Múnich era la ciudad donde el nazismo vio la luz, donde

primero se abrió camino de la mano de su líder carismático y donde sacrificó a sus primeros «cruzados» [50] . Un nazi de primera hora y responsable local, Hans Zöberlein, siguió la estela de su Führer al justificar la denominación oficial de Múnich como «capital del movimiento» porque allí surgió la «primera célula del movimiento por la libertad de Alemania», nutrida por «oradores y apóstoles» de la ciudad que sufrieron con entereza ejemplar «el terror de otras cosmovisiones», es decir, de los «marxistas». Con Hitler al frente, los nazis padecieron en la capital bávara sus primeros arrestos y encarcelamientos por parte de una «administración ciega», derramaron su «primera sangre por la liberación del pueblo», y allí ondearon las «primeras banderas del nuevo Reich» (Zöberlein, 1934: 29 y 20).

Un rasgo distintivo de la mentalidad totalitaria es la simplificación del universo moral en dos polos enfrentados, presentados como irreconciliables y absolutizados. En la cosmovisión de Hitler, Múnich representaba el Bien, una ciudad a la que se sentía «más unido» que «a cualquier otro trozo de tierra en este mundo» (Kubizek, 2006: 126-127). Desde su traslado a Alemania, el lugar de Viena en tanto que condensación del Mal lo ocupará Berlín como epicentro de la «república judía» y bastión del «marxismo». A esta conclusión llega Goebbels a mediados de 1931: «[Hitler] odia Berlín y ama Múnich» (2005, 2/I: 410: entrada del 20 de mayo de 1931). Si la situación política y la mezcolanza étnica de la capital le repelía en lo más profundo de su ser, tampoco era de su agrado desde el punto de vista estético [51] . Si damos crédito a Leni Riefenstahl en sus memorias (plagadas de mentiras y autoexculpaciones, según su biógrafo Steven Bach —2007—), a finales de la década de 1930 Hitler contraponía la «bella» París con el «feo» Berlín (Riefenstahl, 2013: 310) [52] . La animadversión que profesaba Hitler a Berlín engarzaba con la visión negativa de la gran ciudad que alimentó el imaginario conservador alemán desde el siglo XIX , antes incluso de que en Alemania se pudiera hablar de una ciudad con la entidad de metrópoli. Oswald Spengler fue uno de los exponentes más destacados de esta línea de pensamiento al asociar la ciudad con el declive de los valores tradicionales característicos del ser alemán; de ahí que se refiriera a los «trabajadores del rojo Berlín» como «moradores desarraigados de la gran ciudad». Para el espectro nacionalista alemán, Berlín era sinónimo de «parasitismo judío», la antítesis de la «laboriosidad alemana» (Hoffmann,

2001: 105-107). Era la capital administrativa, política, social y cultural del país, un foco irradiador de vitalidad y creatividad que dejaba sentir su influencia en todo el mundo, como correspondía a la metrópoli global que ya era entonces, pero para ellos era asimismo el principal nicho criminal del país, «Sodom Berlín». Los bajos fondos del país en general, y de la capital en particular, contaban —en el imaginario nazi— con una notable presencia de judíos. Tampoco en este tracto del antisemitismo fueron originales; tenían toda una tradición a sus espaldas con que alimentar sus prejuicios y estereotipos. En efecto, una razón del antijudaísmo de matriz cristiana estaría precisamente en una supuesta predisposición al crimen entre los judíos: la religión judía estimulaba o condonaba el crimen, y eso explicaría que los judíos cometiesen, con relación a su número, supuestamente, más crímenes que sus coetáneos cristianos (Berkowitz, 2007: 1-23).

Que tanto el partido como la formación paramilitar naciesen en la capital bávara y precisamente en esa tesitura histórica no fue fruto del azar. A finales de 1918 Múnich sumaba 603.000 habitantes, y 735.000 en 1933, lo que representaba alrededor de la décima parte de la población de toda Baviera. En cualquiera de los casos, se trataba de la cuarta ciudad de Alemania en cuanto a número de habitantes, por detrás de Berlín, Hamburgo y Colonia. En el agitado clima político de los años inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial, con las desastrosas consecuencias humanas y económicas de la contienda omnipresentes, y un orden político democrático recién instaurado pero impugnado a derecha e izquierda, Múnich se convirtió en terreno abonado para la movilización política de todos los colores.

Un punto de inflexión en el curso de la historia política de Múnich y de Baviera, a la postre también de Alemania y del mundo, fue el ensayo revolucionario liderado por los consejos de obreros y soldados que allí se vivió entre noviembre de 1918 y mayo del año siguiente [53] . La revolución estuvo encabezada en una primera fase por Kurt Eisner. En las elecciones regionales celebradas el 12 de enero de 1919 la candidatura del USPD, liderada por Eisner, obtuvo un 2,53 por ciento de los votos (tres escaños de un total de 180), muy por detrás del Partido Popular Bávaro *(Bayerische Volkspartei,* BVP), de carácter católico y conservador, que logró el 35 por ciento (66 asientos), y del SPD, con el 33 por ciento (61 escaños). Cuando Eisner se dirigía al parlamento a presentar su dimisión como presidente emergido de los consejos tras sus pobres resultados electorales, fue

asesinado por un estudiante, Anton Graf Arco auf Valley, un antiguo miembro de la Sociedad Thule. Estimulados por la proclamación en Budapest por Bela Kun de la República Soviética Húngara, los revolucionarios bávaros declararon el 7 de abril una república consejista en Baviera que, en realidad, nunca traspasó las fronteras de la capital. El ensayo fue liquidado sin contemplaciones entre finales de abril y principios de mayo por fuerzas contrarrevolucionarias nutridas con militares recién licenciados y estudiantes ultranacionalistas, para quienes «la política era simplemente la guerra librada por otros medios» (Fritzsche, 1998: 125). En el Múnich de la posguerra, la violencia estaba tan a la orden del día que las autoridades municipales publicaron un edicto que prohibía la asistencia a los teatros con pistolas y granadas de mano (Plöckinger, 2013: 5) [54] . Zöberlein ensalzó el carácter antirrevolucionario de Múnich: allí se había puesto freno al «azote del bolchevismo sangriento» protagonizado por «extranjeros» (Zöberlein, 1934), adjetivo que cobra sentido en su particular uso (que es el de los nazis), no tanto porque sus dirigentes no fuesen bávaros o alemanes, cuanto porque eran judíos. Según cifras oficiales, se registraron 606 muertos: 335 civiles, 233 combatientes del Ejército Rojo y 38 miembros de los *Freikorps.* Otros cálculos añaden 400 muertos más a estas cifras. En las semanas que siguieron a la derrota de los revolucionarios un total de 2.200 personas fueron condenadas a penas de prisión (Neumann, 2009 [1942]: 21; Weidermannn, 2019: 248-249). En cualquier caso, las víctimas se produjeron a finales de abril y principios de mayo, puesto que en noviembre de 1918 la violencia entre fuerzas revolucionarias y contrarrevolucionarias no se cobró ni una sola víctima mortal (Jones, 2016: 288-289).

Más de 13 millones de alemanes participaron en la guerra, el 19,7 por ciento de la población total en 1914 y el 85 por ciento de los varones elegibles para el servicio militar. De ellos, fallecieron unos 2,4 millones (el 18,5 por ciento de los soldados movilizados), que dejaron tras de sí 600.000 viudas y 1.200.000 huérfanos. A los muertos hay que añadir 4.750.000 heridos, de los cuales 2.700.000 eran inválidos (Mai, 2018: 32-33; Schumann, 2018: 34). Para muchos de ellos, los años de servicio fueron la experiencia formativa de sus vidas que luego transfirieron a la vida civil (Diehl, 1977: 15-16). Algunas estimaciones hablan de que unos 36 millones de alemanes, la mitad de la población total, se habría visto afectada por el duelo familiar (Ingrao, 2017: 19). El total de víctimas mortales sufridas por

los países beligerantes se elevó a unos 13 millones, más del doble de hombres que en todas las guerras libradas en el continente entre 1790 y 1914 (Mosse, 1990: 3). La historiografía más reciente, sin embargo, habla de 10 millones de muertos. Según estos datos, Alemania, con 2.037.000 muertos (un 15,4 por ciento de los hombres movilizados), fue el país que pagó un precio más alto en términos absolutos, por delante de Rusia (Prost, 2014: 566, 587-588). Como quiera que sea, hablamos de cifras colosales. Los alemanes de origen judío vieron en la contienda la oportunidad de demostrar su patriotismo. De todos los soldados movilizados, 96.000 eran de ese origen, de los cuales fallecieron 12.000; unos 35.000 fueron condecorados. Su participación fue proporcional a su peso específico en la población.

Los soldados desmovilizados de la Primera Guerra Mundial en Alemania, igual por lo demás que en el resto de países beligerantes, compartían una serie de rasgos derivados de su experiencia en el frente, pero no una misma orientación política (Alcalde, 2017, 2020), como demuestra el hecho de que tras la guerra surgiesen asociaciones de veteranos de orientaciones ideológicas dispares, incluida una socialdemócrata, la *Reichsbanner* . El mundo de los veteranos, reflejo de su sociedad, se conjugaba en plural. Ni siquiera todos ellos eran cristianos, puesto que está acreditada la participación de al menos 158 alemanes de confesión judía en los *Freikorps* bávaros, un 0,5 por ciento del total, ligeramente por debajo del porcentaje de judíos entre la población, y eso sin contar a los judíos secularizados que no pertenecían a ninguna comunidad o no se definían a sí mismos como judíos (Weber, 2017: 61-62).

Ernst Röhm, futuro máximo responsable de las SA, hablaba en nombre de parte de su generación al afirmar que «el movimiento nacionalsocialista nació en los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial» (en Hancock, 2008: 17). Los *Freikorps* estaban imbuidos de un marcado nacionalismo que ha llevado a considerarlos como la «vanguardia del nazismo» (Waite, 1969), nacionalismo no tanto exacerbado por la experiencia en las trincheras cuanto por las consecuencias de la derrota y los ensayos revolucionarios que salpicaron Alemania en la inmediata posguerra (Gerwarth, 2008). El hecho de que la revolución en Múnich estuviese en gran medida liderada en diferentes fases por alemanes judíos alimentó el ya de por sí extendido antisemitismo en Baviera.

Las cifras de integrantes de los *Freikorps* son difíciles de precisar. Las estimaciones sobre el número de unidades oscilan entre 85 y 200, y el número total de combatientes entre los 200.000 y los 400.000, según las fuentes y el momento. Cuando el Tratado de Versalles limitó a 4.000 los oficiales del ejército, la medida dejó sin ocupación a muchos oficiales de baja graduación, que se echaron en brazos de los *Freikorps* (Waite, 1969: 33-49). Algunas estimaciones hablan de que a la altura de mayo de 1919 entre 200.000 y 250.000 efectivos formaban parte de alrededor de 120 grupos de *Freikorps* (Bergien, 2008: 15), en general liderados por oficiales de mediana graduación (tenientes y capitanes) de clase media o alta y originarios de regiones fronterizas de Alemania donde estaba en juego el rediseño de las fronteras. Las motivaciones para alistarse eran básicamente de tres órdenes: el patriotismo, por supuesto; la búsqueda de camaradería y confort psicológico tras la derrota; y las ventajas materiales del alistamiento. El *Freikorp* medio recibía una paga diaria de entre 30 y 50 marcos, así como 200 gramos de carne y 75 de mantequilla al día; el servicio en la tropa computaba para la jubilación y su familia tenía derecho a un subsidio (Waite, 1969: 40-42). La mayoría de sus integrantes tenía entre 20 y 30 años, algunos eran menores de 20 y muy pocos mayores de 40. La mitad de ellos eran demasiado jóvenes para haber participado en la Gran Guerra (Wildt, 2002: 57; Gerwarth, 2012: 53-54). De los 225.000 oficiales que regresaron del frente, una cuarta parte (la mitad, si nos limitamos a Baviera) pasaron a nutrir los *Freikorps* (Gerwarth, 2008: 186). Si atendemos a la tropa en su conjunto y sin considerar a los mandos, solo una «ínfima porción» de los veteranos se sumaron a los grupos paramilitares antirrevolucionarios (Alcalde, 2017: 37). Algunas investigaciones apuntan a que entre un uno y un cinco por ciento de los *Freikorps* se sumaron más tarde a las SA (Siemens, 2017: 5).

Entre los principales agitadores de la época se contaban los numerosos grupúsculos nacionalistas que proliferaron por toda Baviera, «la cuna de la actividad política paramilitar de extrema derecha» (Diehl, 1977: 142). Los quince movimientos ultranacionalistas y antisemitas más importantes activos en el Reich a comienzos de 1920 tenían todos ramificaciones en Baviera, movimientos a los que hay que añadir otros de ámbito estrictamente local (Friedländer, 2004: 143). Entre dichas organizaciones cabe destacar a la ya mencionada Sociedad Thule, un agente fundamental en los inicios del DAP, y a la Organización Cónsul, un grupo terrorista

responsable de los asesinatos de los ministros Matthias Erzberger en 1921, y de Walther Rathenau en 1922 (Nerdinger, 2015: 32) [55] . Pocos años después, entre 1925 y 1928, según fuentes policiales, solo en la ciudad de Múnich convivieron con el NSDAP otras 33 organizaciones de impronta ultranacionalista (Rösch, 2002: 36). Las raíces doctrinales de estos grupos hay que rastrearlas antes, en el cambio de siglo: «El nacionalsocialismo no fue una invención de comienzos de la década de 1920, sino tan solo el más exitoso de los grupúsculos en concurrencia en el espectro *völkisch* que impregnaron al "milieu de Múnich" en torno a 1900» (Heusler, 2008: 60). Debido al peso relativo de este tipo de organizaciones, Baviera ha sido etiquetada como «El Dorado» alemán del ultranacionalismo (Kolb, 1998: 40-41; Longerich, 2003: 13; Ullrich, 2013: 113). El gobierno bávaro presidido entre marzo de 1920 y septiembre de 1921 por Gustav Ritter von Kahr, un político de orientación anti-socialista y contra-revolucionaria, desempeñó un papel clave en convertir a esa región en refugio seguro para extremistas de derechas y *Freikorps,* en la «célula de orden» del país (Waite, 1969: 255; Kershaw, 1998: 171; Hockerts, 2015). Von Kahr era también un antisemita visceral. En su primera declaración como presidente de Baviera, emitida el 16 de marzo de 1920, anunció su voluntad de intervenir contra «la infiltración foránea de elementos ajenos a la estirpe» y a favor de la «limpieza de nuestro pueblo de elementos extraños» (en Walter, 1999: 64). Al mes siguiente, su gobierno ordenó la expulsión inmediata de los judíos del Este recién llegados que habían sido internados en un (así denominado entonces) «campo de concentración» *(Konzentrationslager)* sito en la ciudad de Ingolstadt (Casquete, 2017: 123). Dichos judíos procedían del *Pale* o «Zona de asentamiento», la región occidental de la Rusia imperial entre 1791 y 1917 donde tenían permitida la residencia, aunque no en todo el territorio, puesto que tenían prohibido instalarse en algunas ciudades. Allende las fronteras del Pale, solo de forma excepcional podían instalarse los judíos (aquellos con educación universitaria, judíos ennoblecidos, ricos comerciantes o algunos artesanos, por ejemplo). El Pale comprendía Bielorrusia, Lituania, Moldavia, la mayor parte de la Ucrania de hoy, partes de Letonia oriental, Polonia oriental y partes de Rusia occidental [56] .

Múnich y Baviera figuran todavía hoy en el imaginario colectivo internacional como bastión nazi. La percepción exige matices, porque es correcta solo en parte. Si nos atenemos al hecho de que Múnich asistió al

nacimiento del movimiento, desde donde se abrió paso al resto de Baviera y del país hasta hacerse con su control absoluto, la apreciación es correcta. Sin embargo, desde que en las elecciones al Reichstag de 1930 se convirtió en un partido de masas, el NSDAP obtuvo en Baviera resultados electorales por debajo de la media del país. En las elecciones de julio de 1932 alcanzó el 32,91 por ciento de los votos (por delante del católico BVP, con el 29,15 por ciento, y el SPD a mayor distancia, con el 17,11 por ciento), mientras que en el conjunto del país consiguió el 37,36 por ciento. En las elecciones siguientes de noviembre del mismo año obtuvo un 30,52 por ciento, por un 33,09 por ciento en Alemania. Si nos atenemos a las elecciones regionales, el NSDAP nunca conoció la victoria en Baviera. En las últimas elecciones al parlamento regional, celebradas en 1932, alcanzó el 32,52 por ciento de los sufragios (y fueron sus mejores resultados históricos), por un 32,55 por ciento del BVP. Baviera fue, pues, la cuna del movimiento y su punta de lanza, pero no su principal bastión una vez que se convirtió en un partido de masas. En Prusia, por ejemplo, donde residían casi dos tercios de la población del país [57] , el partido ultranacionalista obtuvo en las elecciones al Reichstag de julio de 1932 un 37,04 por ciento de los votos. De las 18 provincias y ciudades-estado en que se dividía administrativa y políticamente el país, en las elecciones de julio de 1932 solo hubo una región (Württemberg, de unos 2,5 millones de habitantes) y una ciudad-Estado (Bremen, 340.000 habitantes) donde el NSDAP obtuvo resultados ligeramente peores que en Baviera. En Múnich también obtuvieron unos resultados relativamente pobres. En la ciudad de la que el escritor Thomas Mann declaró en junio de 1923 que «era la ciudad de Hitler, de los líderes fascistas alemanes, de la esvástica» [58] , obtuvieron unos resultados electorales considerablemente por debajo de la media nacional y también de Berlín: en las elecciones al Reichstag de julio y noviembre de 1932 el NSDAP alcanzó en la capital bávara el 22,12 y el 18,44 por ciento de los votos, respectivamente (Rösch, 2002: 548). En esas mismas elecciones su media en Alemania fue del 37,36 y del 33,09 por ciento, respectivamente; en Berlín, del 28,65 y del 25,97 por ciento. Múnich era una ciudad menos nazi que Berlín que, a su vez, era menos parda que Alemania en su conjunto. Conviene, pues, ponderar la identificación de Múnich con el nacionalsocialismo. Allí nació y se consolidó el movimiento, para extenderse al resto del país, pero una vez convertido en partido de masas a

finales de la década de 1920, Múnich no fue una ciudad (en comparación con el resto del país) especialmente parda.

3. De la «Sección gimnástica y deportiva» a las «Tropas de Asalto» del NSDAP

El NSDAP vio la luz en el contexto convulso y densamente ideologizado del Múnich de la posguerra. Lo que en un principio no pasaba de ser una formación política más en el prolijo y fragmentado espectro ultranacionalista bávaro acabó, en menos de tres lustros, haciéndose con las riendas del país y, después, arrastrando al mundo a la Segunda Guerra Mundial y al capítulo más ignominioso de la historia de la humanidad: el Holocausto.

Los nazis no proclamaron nada original que otros grupos *völkisch* no hubiesen incorporado antes a sus señas de identidad, esto es: ultranacionalismo, antisemitismo y un acervado darwinismo social a partir de un sentido de superioridad del mundo germánico (Kershaw, 1998: 135-136). Su originalidad no estribó tanto en su cuerpo dogmático cuanto en su forma de difundir y hacer calar su proyecto en la opinión pública (Paul, 1990). Hitler y sus fieles agitaron el sentimiento de humillación nacional, con la rabia, el miedo, el resentimiento y la frustración destilando por cada uno de los poros de su frenética actividad propagandística; «lo importante era menos *qué* decía [Hitler] que *cómo* lo decía» (Kershaw, 1998: 133. Énfasis en el original) [59] . Con todo, Hitler reconoció la deuda de la ideología de su movimiento con el pensamiento *völkisch* , con el que según él no habría ninguna diferencia doctrinal sustancial (1943 [1925/1926]: 415-424). ¿Cómo fue posible que el NSDAP se elevara sobre el resto de grupúsculos de ese espectro, los acabara fagocitando, ganase el favor de los alemanes y, al cabo, se adueñara del país?

Las fuerza de choque del NSDAP, las Tropas de Asalto del movimiento, resultaron de capital importancia a la hora de catapultar a un grupúsculo del panorama ultranacionalista muniqués hasta convertirse en un partido de masas, de hecho, en el principal partido de masas en las dos últimas elecciones al Reichstag de Weimar [60] . Ellas fueron las que (sobre todo, pero no exclusivamente; las HJ y las SS también) aportaron los muertos en la lucha por la «Idea» y quienes dotaron al movimiento de sus mártires

durante los «años de lucha» de la República de Weimar, un importante capital simbólico con el que agitar las emociones en la opinión pública alemana mediante la propaganda. Todo ello en un contexto de convulsión política y de crisis económica, sin obviar el influjo decisivo en el curso del movimiento y de la historia que ejerció Hitler en tanto que figura carismática y omnímoda en quien creer y a quien obedecer ciegamente (Herbst, 2010). Líder y movimiento se retroalimentaron: su mito alimentó al movimiento, al mismo tiempo que el movimiento cultivó el mito de Hitler.

Igual que ocurre con el NSDAP, el origen de las SA hay que trazarlo en la capital bávara. Sus vidas discurren de forma paralela. Con el objeto de dotar de protección a sus actos públicos, a partir de 1919-1920 los diferentes partidos y organizaciones políticas de todos los colores políticos activos en la ciudad empezaron a organizar sus propios servicios de orden. Se trataba de una necesidad surgida de la experiencia, toda vez que los altercados eran moneda corriente cuando unos grupos intentaban reventar los actos de sus adversarios y/o enemigos. Pero era algo más que una necesidad autoimpuesta; era además una obligación administrativa, dado que la ley obligaba a los organizadores a velar por el orden en el interior de las salas donde discurrían sus mítines, aunque no en los aledaños, misión esta encomendada a la policía [61] . Ni la disposición de los diferentes protagonistas ni el contexto sociopolítico facilitaban su discurrir pacífico. El clima de encanallamiento político inducía a los diferentes contendientes a contemplar al adversario como un enemigo al que expulsar de la arena política más que como un interlocutor con quien entablar debates presididos por la discusión racional, vale decir, civilizada, alrededor de la palabra y el argumento. «Enemigo —según teorizó Carl Schmitt— no es pues cualquier competidor o adversario […] Enemigo es solo un conjunto de hombres que siquiera eventualmente, esto es, de acuerdo con una posibilidad real, se opone *combativamente* a otro conjunto análogo». Y prosiguió: «A un enemigo en sentido político no hace falta odiarlo personalmente» (1991 [1932]: 58 y 59. Énfasis en el original). En 1934, ya afiliado al NSDAP y reconocido en la prensa nacionalsocialista como el «jurista de cabecera del Tercer Reich» (Koenen, 1995), Schmitt atribuyó al Führer la «verdadera jurisdicción» y le erigió en la única instancia resolutiva, con capacidad decisoria sobre «el contenido y extensión de su proceder» y con la «fuerza y la voluntad para distinguir al amigo del enemigo» (2014 [1934]: 328, 329 y

331). Hitler sería, en sí mismo y por sí solo, una suerte de Leviathan hobbesiano, al que el filósofo inglés hizo acompañar en su portada del libro con la inscripción *Non est potestas super Terram quae comparetur ei* («No hay poder sobre la tierra comparable al suyo»). Desde estas premisas, el duelo existencial entre, por un lado, las «fuerzas del bien» y, por otro lado, el «enemigo», excluía del programa y de la práctica los valores de la tolerancia y el compromiso, fiando en su lugar la resolución de la contienda a la fuerza bruta disfrazada de derecho. Para las SA se trataba de doblegar al otro, más que de persuadirlo de la conveniencia de las ideas propias. Imbuidos del espíritu bíblico según el cual *militia est vita hominis super terram* («la vida del hombre sobre la tierra es lucha»), para sus integrantes durante la república la confrontación física con el enemigo fue un ingrediente inexcusable de la vida política.

Los actos organizados por los distintos grupos políticos de Múnich solían discurrir en alguna de las numerosas cervecerías de la ciudad, el marco perfecto para que el cóctel de enconamiento político y exceso etílico desembocara en altercados, con jarras, mesas y sillas a generosa disposición haciendo las veces de armas arrojadizas y de arietes. Muy al principio, tras la Gran Guerra, algunos grupos políticos recurrieron a la contratación de servicios de orden remunerados. Sin embargo, y con el objeto tanto de garantizar el orden en la sala como de velar por la seguridad de los oradores, pronto empezaron a nutrirse de sus propios militantes y simpatizantes. Como había teorizado siglos antes Maquiavelo en su prontuario para gobernantes, en *El Príncipe* , dicha práctica resultaba más barata, fiable y expeditiva que la contratación de mercenarios, pues las distintas fuerzas políticas disponían así de grupo de activistas espoleados por la convicción y, en esa medida, no sujetos al voluble atractivo de la soldada.

La refundación del DAP como NSDAP fue oficializada en un acto público en la cervecería Hofbräuhaus el 24 de febrero de 1920 ante un público entregado, calculado en 2.000 personas. Allí se hicieron públicos los 25 puntos programáticos del partido, de los que —inapelable indicador de sus obsesiones— diez ponían en su punto de mira a los judíos (Blaschke, 2014: 55) [62] . Entonces el máximo responsable del partido era el empleado ferroviario Anton Drexler, y Hitler, su encargado de propaganda. Hitler no se hizo con las riendas del nuevo partido hasta julio del año siguiente, ya como su líder plenipotenciario e irrestricto.

Las Tropas de Asalto fueron una expresión de la «zona transnacional de violencia paramilitar» (Gerwarth, 2008: 177) que arraigó en Europa Central después de la Primera Guerra Mundial en un contexto de erosión del monopolio estatal de la violencia legítima y de irrupción de las masas en la política moderna que ha dado pie a algunos historiadores (aunque desde perspectivas analíticas e ideológicas distintas) a ubicar en estos momentos el inicio de una «guerra civil europea» manifestada, de momento en estos años iniciales entre 1918 y 1923, en una lucha entre revolución y contrarrevolución (Nolte, 1987; Traverso, 2009).

El NSDAP no fue la única fuerza política en dotarse de un servicio de autoprotección para sus actos públicos; se trataba de una práctica habitual de la época en Múnich. Otras formaciones políticas tanto a derecha como a izquierda del espectro político también contaron con el suyo. Así, desde noviembre de 1921 el SPD de Múnich dispuso de una denominada Sección de seguridad *(Sicherheitsabteilung),* conocida como *Auergarde* en referencia a Erhard Auer, secretario general del partido en Baviera y miembro del parlamento regional (Ziemann, 2011: 13-14) [63] . Incluso surgió una organización paramilitar judía con esa encomienda que respondía al nombre de Asociación deportiva judía Bar Kochba [64] . Sin embargo, el mayor peligro para la seguridad pública de Múnich lo presentó desde sus comienzos el movimiento nazi con su fuerza de choque al frente, las SA, muy por delante de las formaciones ligadas al movimiento obrero (Rösch, 2002: 420).

Una publicación sancionada por el régimen nacionalsocialista que recoge la historia del movimiento en datos y fechas fijó de forma vaga en 1920 la constitución de unas «tropas de orden» del partido a cargo de Emil Maurice, fiel colaborador de primera hora de Hitler (Volz, 1939: 6). A partir de finales de la década de 1920, cuando se enquistó el conflicto violento entre nazis y exponentes del movimiento obrero, las SA constituyeron un «ejército guerracivilista» (Müller y Zilkenat, 2013) del NSDAP. El «ejército privado» del NSDAP era para entonces un cuerpo de combate bien organizado con los atributos de toda estructura militar: jerarquía, uniformes y otros símbolos, y armas (Löwenstein, 1937: 424).

Igual que la organización judía Bar Kochba, el germen de las SA incorporó en su rúbrica una referencia al deporte. Su denominación cuando surgieron en 1920 era la de Sección gimnástica y deportiva (*Turn- und Sportabteilung*) del NSDAP. El programa del partido aprobado en febrero

de 1920 dio muestra temprana del interés que los nazis mostraban por el deporte. Su artículo 21 manifestó un apoyo «incondicional a los clubes fundados con el objeto de promover el mejoramiento físico de la juventud». La misión del embrión de las SA era facilitar la formación física necesaria a jóvenes simpatizantes y militantes del movimiento que les habilitase para desempeñar tareas de seguridad y protección en los actos públicos del partido. Muchos de sus integrantes, y en cualquier caso los más experimentados y llamados a adquirir responsabilidades de mando, procedían de los *Freikorps* , las unidades paramilitares que, después de la desmovilización tras el fin de la guerra, se dedicaron a sofocar con las armas los ensayos revolucionarios protagonizados por los consejos de obreros y soldados que se desataron en distintos puntos del país. Muchos de ellos, pero no todos por razones de edad, habían vivido la experiencia de las trincheras en la Primera Guerra Mundial; contaban con experiencia militar y, además, estaban imbuidos de un espíritu marcial traducido en valores como la disposición al sacrificio hasta las últimas consecuencias, la obediencia ciega a la autoridad o la supeditación de los intereses individuales en aras de su modelo de patria.

Si reparamos en su origen geográfico, tal y como viene recogido en un listado oficial fechado en 1921 (sin mayor precisión temporal), de los 25 primeros integrantes de la Sección gimnástica y deportiva del NSDAP, un total de 17 procedían de Múnich, seis de otras localidades de Baviera y dos de diferentes rincones del país [65] . De ellos, un total de 17 habían nacido en el siglo XX , lo que equivale a decir que no tuvieron ocasión de participar en la contienda bélica. Resulta sintomático de la relevancia que alcanzaba en sus filas el contar con experiencia bélica el hecho de que esta quedase puntualmente consignada en este documento fundacional del precedente inmediato de las SA. De los ocho miembros fundadores que participaron en la guerra, dos resultaron heridos. Uno de los que salieron ilesos, Hans Ulrich Klintzsch, alférez de fragata durante la Primera Guerra Mundial y luego *Freikorp,* uno de los dos no bávaros entre los fundadores, se convirtió poco después en su máximo responsable. Todos ellos eran fieles incondicionales de la cruzada ultranacionalista, antimarxista y antisemita, las cláusulas *sine qua non* del prontuario de todo «verdadero creyente» en la causa nazi (Friedländer, 2004: 161-189).

Además de la convicción, desde un principio entre las razones para vincularse a la primera línea de combate del nacionalsocialismo figuraron la

sensación de formar parte de un colectivo que pujaba por una cosmovisión (el vínculo social que les proporcionaba cobijo en un plural reconfortante), el activismo ligado a esa sensación y una oportunidad para escapar de la atonía de la vida cotidiana en tiempos de grave crisis económica y política como la que se vivió en Alemania durante gran parte de la República de Weimar (Bessel, 1984: 45-49). Al cabo de los años, y a medida que las SA se fueron convirtiendo en una organización de masas, a la convicción y/o inclinación hacia el credo nazi se sumaron otras razones más instrumentales, como la oferta de espacios de sociabilidad y de refugio (los conocidos como *Sturmlokale* y los *Sturmheime)* .

La primera noticia fehaciente relativa a la organización paramilitar nazi de que tenemos constancia aparece consignada en un informe de la policía muniquesa. Está fechado el 5 de septiembre de 1920, y hace referencia a un «servicio de orden de mítines» *(Versammlungs-Hauspolizei)* del NSDAP. Con el fin de abrirse camino en el concurrido panorama ultranacionalista local, ese año los nazis, con Hitler como orador principal en la mayor parte de las ocasiones, multiplicaron sus actos públicos en distintas cervecerías de Múnich, sobre todo en la Hofbräuhaus, ubicada en el casco histórico de la ciudad. En el año comprendido entre el 26 de noviembre de 1919 y el 3 de diciembre de 1920, primero bajo las siglas del DAP y a continuación ya como NSDAP, Hitler protagonizó unos 30 mítines. En 1920 hizo de orador principal en 21 actos políticos en Múnich, y en al menos otros siete de presentador; existe constancia de once mítines en las afueras de la ciudad (en localidades bávaras, pero también uno en Stuttgart), y de cuatro actos más en la campaña electoral austriaca. Acostumbraba a llevar algunas notas escritas, y sus intervenciones, por lo general, se prolongaban durante más de dos horas. La asistencia era variable, oscilando entre las 800 y las 2.500 personas, aunque en una ocasión superó las 3.000 (Phelps, 1963: 274-275, 284) [66] . Los integrantes del servicio de orden iban provistos en su brazo izquierdo de brazaletes rojos con un círculo blanco, en cuyo interior figuraba una cruz gamada; esto es, de lo que será la bandera nazi y luego enseña oficial del Tercer Reich. En caso de necesidad, sus integrantes debían ser capaces de «restituir el orden y la paz en la sala sin necesidad de acudir a la policía» *(Ibid.* : 317). La asistencia de activistas de izquierdas (sobre todo de comunistas y de miembros y simpatizantes del USPD) con el propósito expreso de reventar los actos era una práctica generalizada, llegando incluso de forma ocasional a constituir una mayoría de la

audiencia *(Ibid.* : 286). Para hacernos una idea del peso específico de estos partidos, diremos que en las elecciones al Reichstag de 1920 en Baviera el KPD obtuvo el 1,97 por ciento de los votos, y el USPD el 12,97 por ciento, mientras que el SPD consiguió el 16,45 por ciento. En el informe referido el comisario de la policía criminal encargado de su redacción recomendó apostar en adelante una patrulla de tres policías en las afueras de los mítines del NSDAP con el fin de proteger del propio servicio de orden nazi a los perturbadores de sus actos *(Ibid.* : 317).

La primera intervención de esta unidad con la denominación de Sección gimnástica y deportiva que conocemos tuvo lugar dos meses más tarde. Fue el 12 de noviembre de 1920, cuando seguidores de una organización leal a la República intentaron reventar un acto nazi que se desarrollaba precisamente en la cervecería Hofbräuhaus (Casquete, 2017: 49-68). Bien avanzado el año siguiente, el 11 de agosto de 1921, el periódico *Völkischer Beobachter,* a esas alturas ya transformado en el órgano oficial del partido (desde diciembre de 1920, con una periodicidad de dos números a la semana; no se transformará en diario hasta febrero de 1923), publicó una nota dirigida a la «juventud alemana» para unirse a la «lucha contra la raza extraña». El hecho de que apelase directamente a la juventud marcaba una diferencia con otras organizaciones paramilitares extremistas de derecha, que se nutrían sobre todo de veteranos de guerra. Hitler aspiraba a que su unidad paramilitar fuese un instrumento efectivo de propaganda en la era de la «nacionalización de las masas», no una asociación de veteranos (Diehl, 1977: 106) [67] . La nota la firmaba Ulrich Klintzsch en su calidad de máximo responsable de la sección, recién fundada [68] . En ella se podía leer:

> Debe [la Sección gimnástica y deportiva] agrupar de forma especial a nuestros miembros del partido más jóvenes para que, en tanto que organización férrea, ponga en bloque su energía al servicio del conjunto del movimiento. Debe ser portadora de una mentalidad de defensa del pueblo. Debe proporcionar cobertura defensiva a la tarea de ilustración sobre el Führer. Pero sobre todo debe promover en el corazón de nuestros jóvenes integrantes la voluntad implacable a la acción, grabárselo bien, puesto que no es la historia la que hace a los hombres, sino los hombres quienes hacen la historia. El hombre que se resigna sin defensa a la cadena de los esclavos, merece el yugo de los esclavos. Además, debe promoverse entre ellos la lealtad mutua y la obediencia incondicional al Führer [69] .

En esos momentos la organización paramilitar nazi en la capital constaba de un mínimo de 241 hombres organizados en 21 grupos, con edades comprendidas entre los 17 y los 24 años. Klintzsch tenía 23 años, haciendo

así realidad la consigna según la cual «la juventud dirige a la juventud». Tras su detención el 14 de septiembre de 1921 acusado de participar en el asesinato de Matthias Erzberger, fue reemplazado en sus funciones por Dietrich von Jagow, hasta que Klintzsch fue excarcelado a comienzos de 1922 y retomó su función anterior en las SA, cargo en el que permaneció hasta ser sustituido por Hemann Göring en marzo de 1923 (Siemens, 2017: 10, 11; nota 52, p. 354).

La policía de Múnich constató que a partir del verano de 1921 se consolidó a nivel interno la denominación de Tropas de Asalto para referirse a la sección paramilitar del movimiento encargada del servicio de orden. Las actas de la primera de sus reuniones que hemos encontrado, del 19 de octubre de 1921, ya figuran con el encabezamiento de «Tropas de Asalto del NSDAP». La única diferencia en esta fase es que el acrónimo utilizado era el de «StA», en lugar del de «SA» que se acabó imponiendo [70] . A día de hoy se desconoce con precisión qué razones motivaron el tránsito de una denominación a otra, su momento preciso o quién lo impulsó. El detonante del cambio de nombre desde Sección gimnástica y deportiva a Tropas de Asalto del NSDAP bien podría guardar relación con un poema titulado en primera instancia «Fuego» y luego renombrado como «Canción de asalto», que arrancaba precisamente así: «Asalto, asalto, asalto...» (*Sturm, sturm, sturm* , que se puede traducir como «asalto» o «ataque»), y finalizaba con una admonición que haría fortuna posteriormente en el movimiento y en el Tercer Reich: «¡Alemania, despierta!» *(Deutschland, erwache!).* El poema había sido compuesto por Dietrich Eckart dos años antes (Hillesheim y Michael, 1993: 136), y pasa por ser el primer poema del movimiento al que se puso música (Broderick y Klein, 1999: 77). La letra de la canción apareció reproducida en la primera página del *Völkischer Beobachter* del 11 de agosto de 1921, la misma edición en la que Klintzsch dirigió su nota a la juventud alemana antes referida, junto con un artículo marcadamente antisemita del propio Eckart que concluía: «Tenemos que eliminar el judaísmo, la influencia judía. De lo contrario no hay manera de pensar en el libre desarrollo de nuestro propio ser». En el momento de publicación del poema, Eckart era director del órgano de expresión nazi, y uno de los más firmes y fieles soportes de Hitler en Múnich.

Según la cronología oficial del movimiento, el nacimiento de las tropas de protección y propaganda del NSDAP con la denominación de SA tuvo lugar «como tarde» el 17 de septiembre de 1921, aunque su autor no aporta

mayores detalles ni evidencias (Volz, 1939: 93). Podemos afinar un poco más la datación. El *Völkischer Beobachter* contaba con una sección fija que daba noticia de las convocatorias y de las actividades del movimiento en Múnich. La primera ocasión en que una convocatoria vino firmada por la *Sturmabteilung* o Tropas de Asalto fue en su edición del 5 de octubre de 1921. Quizás por esa razón una historia sobre ellas publicada asimismo en la editorial del partido remitió a ese día la oficialización del nombre de SA (Rehm, 1938: 9) [71] . A partir de entonces quedó desterrada la denominación anterior de Sección gimnástica y deportiva del NSDAP. Entre tanta sombra y vacío de conocimiento, lo que queda claro en este somero recorrido es que ni siquiera las fuentes del propio movimiento fueron capaces de fijar con precisión el momento exacto de la designación como SA de la unidad paramilitar, ni tampoco de identificar el factor desencadenante del mismo [72] .

Desde el mismo momento de su surgimiento la razón de ser de las tropas paramilitares fue el apostolado por la causa de la regeneración nacional. Antes de la toma del poder, las SA constituyeron la vanguardia de una «comunidad de lucha» (Schweitzer, 1984). ¿Cómo se concretó su misión? Desempeñando dos tareas encomendadas por la dirección del movimiento hitleriano: efectuando labores de propaganda y batiéndose a golpes y disparos con sus enemigos políticos por la conquista de la calle. Veámoslo.

Bajo una denominación u otra, desde su mismo momento fundacional la «fascinación por la violencia y el terror» (Sauer, 1962: 687) fue un rasgo inherente a las actividades de apostolado de las SA. La violencia cumplía importantes cometidos: «era un medio de integración hacia adentro y de propaganda hacia fuera» (Reichardt, 2013: 297). El daño físico deliberado a enemigos políticos, por lo común ejercido en grupo, figuró en un lugar destacado del repertorio de formas de acción de las SA. Hasta la llegada del régimen, cuando ya no hagan falta tropas paramilitares para hacer avanzar el credo nazi porque esa tarea la asumió el aparato de represión del Estado, las Tropas de Asalto no abandonaron el ejercicio sistemático e intencional de la fuerza contra aquellos individuos y grupos estigmatizados como «enemigos», en particular izquierdistas y judíos; los primeros en su calidad de enemigos ideológicos, los segundos como enemigos de raza, cada uno a su manera disolventes del «auténtico» ser alemán. Con los primeros se batirán a muerte por la conquista de la calle durante la República de Weimar; a los segundos vejarán y humillarán de mil maneras diferentes,

pero (todavía) no los matarán en tanto que *solo* judíos. Cosa distinta es que un comunista, socialdemócrata o sindicalista fuese además judío, en cuyo caso se doblaba la «enemistad» y multiplicaba la «afrenta».

Los izquierdistas fueron los principales destinatarios de la violencia ejercida por las SA desde su fundación hasta que el régimen nazi asumió las funciones represivas desde una nueva legalidad ilegítima e inmoral: «La *raison d'être* de las SA —sentencia Bessel— no fue, en primera instancia, intervenir como cruzados antisemitas o dar forma a la política del movimiento nazi, sino desafiar a los oponentes izquierdistas de los nazis» (1984: 45). Enemigos principales, pero no únicos. De forma más esporádica y localizada, miembros de otras formaciones políticas fueron víctimas de ataques suyos, entre ellos seguidores del *Zentrum* , integrantes de formaciones conservadoras, sindicatos, organizaciones católicas o miembros de minorías étnicas (como los polacos en zonas de intersección entre Prusia y Polonia tras la guerra) *(Ibid.* : 1, 79, 80, 109).

Las SA ejercieron la violencia de forma sistemática en el marco de una estrategia para alcanzar el poder. Ahí radicaba la diferencia sustancial con respecto a otras organizaciones paramilitares de inspiración *völkisch* . Una vez más fue Hitler quien marcó la senda al movimiento: «La formación en las filas de las SA no seguirá modelos militares, sino que se guiará según las directrices del partido». La actividad meramente militar, sin formación política específica y sin tener claros unos objetivos últimos, eran rasgos de las fuerzas militarizadas y ultranacionalistas activas en el escenario alemán a principios de la década de 1920. Las SA, en contraste, ligaron su actividad a la suerte de un partido político, el NSDAP, a cuyo servicio estaban y en cuyo marco para alcanzar el poder se encuadraban sus tareas.

En su terminología, a los miembros de las SA que combatían por la idea nazi se los denominaba «soldados políticos», de modo no muy distinto al «ciudadano soldado» del fascismo italiano que obedecía el mandamiento de *Credere, obbedire, combátere* (Gentile, 2019: 161-162) [73] . Desde el nombramiento el 1 de noviembre de 1926 de Franz Felix Pfeffer von Salomon (que firmaba como Franz von Pfeffer; el apellido Salomon tenía resonancias judías, y por eso evitaba su uso) como máximo responsable de las SA, en la propaganda nazi se consolidó esa etiqueta para referirse a los activistas de la formación paramilitar (Werner, 1964: 364). Según Goebbels, los integrantes de las SA eran soldados en el sentido de que tenían que estar dispuestos «a defender su cosmovisión con todos los medios a su alcance y,

cuando se utilizase la violencia contra ellos, entonces también a emplear la contraviolencia». Pero tampoco descuidaban su esencia política, en el sentido de que cada integrante de las SA «servía a la política [...] Cree en ella, en lo que defiende y en lo que implica» (1932: 88). Su disposición militar venía presidida por una serie de valores, que Goebbels resumió en la relación siguiente: «Fidelidad a la idea, fidelidad al Führer, disciplina incondicional y fe en la autoridad» (*Der Angriff* , 17-IV-1931; citado en Engelbrechten, 1937: 165) [74] . Cuando los nazis se hicieron con el mando del Estado, los «soldados políticos» de la SA fueron reconocidos como «los portadores y garantes de la victoria de la revolución nacionalsocialista», aportación que les hacía acreedores de un respeto especial, así como de unos derechos específicos [75] . A finales de la década de 1930, una historia de las SA se refería a ellos en los siguientes términos: «El soldado político, guiado por su disciplina y fe, es el compañero leal y el vivo instrumento de una dirección política que hace realidad espiritual el sentimiento fundamental del pueblo y de la raza» (Rehm, 1938: 19). Friedrich Joachim Klähn, a la sazón responsable de cultura de las SA, se refirió a ellos en 1938 en los siguientes términos: «Un soldado político es un hombre que ha ordenado su visión del mundo de acuerdo a las leyes fundamentales del nacionalsocialismo y que, en la consecución de las necesidades de ahí derivadas, da el más elevado sentido a su vida en el cumplimiento de su deber de forma voluntaria y soldadesca» (1938: 3). El «espíritu de las SA» venía cifrado en «la entrega, la disposición al sacrificio, el valor, la disciplina, la fidelidad, el compromiso y la disposición a la ayuda» (Engelbrechten, 1937: 202; asimismo, Longerich, 2003: 136 y ss.). Desde este punto de vista, según Engelbrechten, la diferencia principal entre las SA y las organizaciones paramilitares que poblaron el escenario político alemán durante los años en que iniciaron su andadura radicaba en que para estas últimas «bastaba con preservar la tradición militarista nacional del Imperio para preparar y ejecutar la revolución nacional de los alemanes. Les falta lo esencial, lo moderno, lo real», que para este dirigente no era otra cosa que el ideario anunciado por Hitler en 1920, resumido del modo que sigue: «La gran idea político-revolucionaria: el nacionalsocialismo. El gran fin político-revolucionario: el Estado *völkisch* . La gran forma de organización político-revolucionaria: el NSDAP. Y, como portadores de esta organización, de este objetivo y de esta idea, el nuevo tipo de hombre alemán: el soldado político». Por resumir, lo privativo de los nuevos

soldados que engrosaban el ejército de las SA sería «la interconexión entre lo soldadesco y lo político» (Engelbrechten, 1937: 22-23).

Los responsables de las SA se aferraron a la denominación de «soldados políticos» para referirse a sus fieles seguidores, a esas prefiguraciones del hombre nuevo del futuro que eran sus activistas. El antecesor de Von Pfeffer en el cargo y luego, a partir de 1930, de nuevo sucesor, Ernst Röhm, insistió poco antes de su depuración en la Noche de los Cuchillos Largos en 1934 en concebir a sus subordinados como soldados al servicio de una causa sagrada: «Las SA y las SS son el nacionalsocialismo hecho cuerpo. La comunidad nacional, el bien común, la disposición permanente a la acción y al sacrificio, las aspiraciones nacionalista y socialista, todas estas ideas han cobrado forma visible por vez primera en los batallones pardos» (Röhm, 1934b: 67). Unas ordenanzas de servicio de las SA publicadas en 1933 bajo su mandato sintetizaron los atributos y características que debía reunir todo «soldado político»: lealtad, valentía, virilidad, responsabilidad, disponibilidad a la acción, sentido del deber y del pundonor, pasión en el amor no menos que en el odio [76] . En el prólogo al *Manual de las SA,* el sucesor de Röhm en el cargo, Viktor Lutze, insistió en caracterizar a los SA como «soldados políticos», y procedió al siguiente balance: «El SA es el soldado político de Adolf Hitler. Se ha batido por nuestra nueva Alemania. Ha conducido al triunfo de esta lucha gracias a las virtudes que caracterizan al luchador revolucionario. Lealtad, que excluye la traición; valor, que en el cumplimiento del deber no conoce el miedo; hombría, para no dejar las cosas a medio hacer y que conlleva una gran responsabilidad; obediencia y subordinación voluntaria; confianza ciega; formalidad incondicional; camaradería solícita; sentido del deber, y pundonor» *(Handbuch der SA,* 1938: 5).

Si los miembros de las SA eran «soldados políticos» que habían de servir de modelo al hombre nuevo, una vez alcanzado el poder el sistema educativo tenía que jugar en papel decisivo en su forja: «No solo el “ciudadano del Estado” conocedor de sus derechos y obligaciones, sino, como sostiene la pedagogía política de nuestros días, el objetivo de toda nuestra educación nacionalsocialista es el “soldado político”, es decir, el luchador futuro por la idea del Reich» [77] .

Los máximos responsables de las SA fomentaron la caracterización de sus integrantes como «soldados políticos». La designación encontró pronto eco entre su militancia. La trayectoria de Horst Wessel, el mártir por

antonomasia del nacionalsocialismo, es expresiva del espíritu reinante en las filas de la organización paramilitar. En su autobiografía política, Wessel atestigua el salto cualitativo que representaban las SA con respecto a otros grupúsculos paramilitares ultranacionalistas preexistentes que él mismo había engrosado a comienzos de la década de 1920. Wessel confiesa que «comparado con las organizaciones a las que había pertenecido, el partido [el NSDAP. Nota: J. C.] era diferente. El juego a soldados estaba ausente. La formación política, ahí estaba la diferencia. Las Tropas de Asalto, las SA, eran tropas de orden, eran el puño del movimiento contra policías y marxistas. Su misma forma de organización se asemejaba a los comunistas. Secciones en vez de grupos locales, sistema de células, publicidad en prensa y propaganda reflejaba bien a las claras su modelo» (en Gailus y Siemens, 2011: 109). Después de su asesinato a principios de 1930, un correligionario de Wessel insistió en presentarlo como un soldado de la idea nazi: «El hombre de las SA es el tipo moderno de soldado político, el primer servidor de un movimiento popular de masas» (Reitmann, 1933: 51). El tránsito de Wessel por otras formaciones paramilitares hasta recalar en las SA no resultaba original en el espectro ultranacionalista de la época, como muestra un pormenorizado estudio de las SA en Hamburgo (Wackerfuss, 2008: 52).

4. Misión de las SA

En la carta de presentación de las SA figuraba que nacieron para «proteger el uso de la palabra en sus mítines» (Röhm, 1934b: 65). Al compás del crecimiento del movimiento, sus integrantes se aplicaron en la tarea. Ocasiones no les faltaron. Según fuentes del NSDAP, en 1928 unos 300 oradores suyos participaron en 20.000 mítines; dos años más tarde 1.000 oradores protagonizaron unos 34.000 actos públicos. Para entonces sobrepasaban a sus enemigos comunistas y socialdemócratas en la organización de dicho tipo de actos. No hay datos para el conjunto del país, pero sí datos locales. Así, en la provincia de Hessen-Nassau el NSDAP organizó entre el 1 de abril y el 30 de agosto de 1931 un total de 1.919 actos, por 1.129 el KPD y 447 el SPD. Una tendencia similar se aprecia en la provincia vecina de Oberhessen: entre mayo y noviembre de 1931 el

NSDAP organizó 792 mítines, por 550 el SPD y 467 el KPD (Paul, 1990: 125-126).

Sin embargo, ya desde su fase embrionaria, además de velar por la seguridad de sus actos, entre sus funciones figuraba provocar y reventar actos de sus enemigos [78] . La policía era sabedora de ello. Franz Schweyer, ministro bávaro del Interior del BVP, desveló en junio de 1923 en sede parlamentaria una táctica que seguían los nazis para provocar a sus enemigos: enviar dos o tres hombres con distintivos de su movimiento a los distritos obreros de Múnich, seguidos por 50 o 60 correligionarios en atuendo civil (Siemens, 2017: 22-23). Defensa y ataque formaban parte de las misiones atribuidas a las SA desde su mismo momento fundacional. Se cuidaron mucho de ponerlo por escrito por las responsabilidades administrativas y penales que ello pudiera acarrearles, pero para sus integrantes y la opinión pública no constituía ningún secreto que las SA eran una fuerza paramilitar que pivotaba alrededor de la violencia no solo reactiva, sino también proactiva.

Su guion estaba claro desde el principio. En una de las reuniones semanales de las SA celebrada en noviembre de 1921 ante un público estimado en 130 personas, Hitler señaló que su principal tarea consistía en reventar actos ajenos [79] . Ya lo venían practicando desde antes. El 14 de septiembre de 1921 los nazis boicotearon un mitin convocado por la organización separatista bávara *Bayernbund* en la sala principal de la cervecería Löwenbräukeller. El acto se publicitó bajo el título de «¡Nosotros no traicionamos a Baviera!», e iba a correr a cargo de su máximo dirigente, Otto Ballerstedt. Hitler y su movimiento lo despreciaban: una Baviera separada no entraba en los planes de un pangermanista como él, que hizo de la construcción de una Alemania unida «tal vez el único credo político que mantuvo intacto desde su adolescencia hasta el día de su muerte» (Weber, 2017: 128). Además, veían en Ballerstedt a un antisemita de salón, incapaz de propagar entre la masa de la población el odio a los judíos; la «salvación» no podía venir de arriba, sino de la «amplia masa» [80] . Jóvenes escuadristas nazis acapararon de forma estratégica los asientos en torno a la tribuna de oradores. Distribuidos en la sala había más efectivos suyos. Cuando Hitler hizo acto de presencia, fue recibido con alborozo por sus seguidores. Iniciada la intervención de Ballerstedt, un dirigente nazi y estrecho colaborador de Hitler, Hermann Esser, se elevó sobre una silla,

interrumpió el discurso y responsabilizó a los judíos por la situación que atravesaba Baviera [81] . Dado que Ballerstedt —según Esser— soslayaba la cuestión judía, ellos se veían en la obligación de retirarle la palabra y dársela a su Führer. Con tal propósito se encaramaron al podio, lo que levantó las protestas de la mayor parte del público asistente. Ante la resistencia de Ballerstedt a replegarse, fue empujado escaleras abajo por los nazis, algunos de ellos «apenas adolescentes», lo que le causó una herida abierta en la cabeza. Esser advirtió entonces de que expulsarían sin contemplaciones a «quienes perturben el orden». El moderador del acto del *Bayernbund* les hizo frente; fue golpeado con puños y palos hasta ser expulsado del escenario. En ese momento hizo aparición un integrante de la policía criminal. Al cabo hicieron acto de presencia otros tres miembros de las fuerzas de seguridad que, a la luz del tumulto desatado, dieron por clausurado el acto. Dado que no habían podido disfrutar con normalidad del mitin, a los asistentes les fue reembolsado el importe de la entrada [82] . Hitler fue condenado a 100 días de cárcel y una multa de 1.000 marcos por perturbación del orden público, provocación de escándalo público y lesiones. Cumplió poco más de un mes por buen comportamiento en la prisión de Stadelheim, Múnich, entre el 24 de junio y el 27 de julio de 1922 [83] .

En este caso las víctimas de los nazis fueron nacionalistas bávaros, a quienes consideraban demasiado tibios en su odio a los judíos, pero en general solían mirar a su izquierda a la hora de enzarzarse en trifulcas callejeras y de sala. Stefan Zweig narra otro ejemplo (sin fecharlo) que debió de discurrir en la fase embrionaria del movimiento. En una localidad fronteriza con Austria (que Zweig tampoco especifica) fue testigo de cómo «mozalbetes nacionalsocialistas», llegados en cuatro camiones y armados con porras de goma, golpearon a los asistentes a un mitin organizado por los socialdemócratas según «el método aprendido de los fascistas italianos, solo que a base de una instrucción militar más precisa y sistemática, al estilo alemán, hasta el último detalle». Zweig se quedó estupefacto ante la precisión organizativa con que actuaron los SA. Desde el principio «la tropa había sido adiestrada para el ataque, la violencia y el terror» (2001b: 453-454).

Estos episodios tempranos son reveladores de una enseñanza que avisaba en el futuro de las formas de actuación de las fuerzas de choque del

NSDAP: desde su misma fundación, defensa y ataque se entrecruzaron en sus cometidos. En cualquiera de las circunstancias, su eslogan era: «Nos pegamos a lo grande» (en Fest, 2006-2007: 243).

Contra judíos o marxistas (o judeo-bolcheviques, en su terminología denigratoria, categoría en la que también subsumían el mundo criminal —Goeschel, 2013—), el recurso a la fuerza bruta fue un ingrediente consustancial suyo. La violencia no fue fruto de la improvisación ni del devenir de los acontecimientos, sino una opción premeditada para abrirse paso en el escenario muniqués del momento, donde arrancaron su andadura y, con el paso del tiempo, en toda Alemania. El propio Hitler sancionó en *Mein Kampf* la naturaleza intrínsecamente violenta de sus fuerzas paramilitares: «El joven movimiento sostuvo desde el primer momento que hacía falta defender espiritualmente su Idea, pero que la defensa de esta postura también había que afianzarla en caso de necesidad por medios violentos. Fiel a su convicción del enorme significado de la nueva enseñanza, juzga evidente por sí mismo que ningún sacrificio es lo suficientemente gravoso en aras de la consecución del objetivo» (1943 [1925/1926]: 598).

El enfrentamiento físico con el enemigo fue una práctica rutinaria y deliberada de las SA desde su misma fundación. Para ellos, la violencia era una práctica legítima y necesaria para conducir al triunfo a la «Idea» nazi, condensada en la preservación y expansión de la raza aria aglutinada en una «comunidad nacional», el «fetiche de esta época», según Helmuth Plessner (2001 [1924]: 28) [84] . Desde un punto de vista funcional, el recurso a la violencia cumplía varios cometidos: confrontarse con el enemigo; preservar la identidad colectiva y el sentido de pertenencia de los integrantes del grupo agresor; transmitir resolución, convicción y orden; publicitarse en la opinión pública mediante sus actos, y transmitir la impresión de que una fuerza disciplinada y con firmes ideales patrióticos estaba dispuesta a plantar cara en la calle al internacionalismo disolvente de las esencias nacionales con todos los medios a su alcance y hasta las últimas consecuencias. Desde sus mismos orígenes, pues, las SA fueron el marco de una subcultura de violencia y de incivilidad; en su seno se aprendía a odiar a un «otro» estigmatizado como enemigo. A diferencia de los comunistas, para quienes la disposición violenta era un medio de hacer avanzar la revolución obrera e internacionalista, para los nazis la violencia era desde un principio algo más que un medio indispensable para promover su ideario

ultranacionalista; era una expresión válida de un vitalismo juvenil y saludable. Que fuese moralmente justificable o no era irrelevante; lo importante es que resultaba efectiva en aras de la palingenesia nacional [85] . Como escribe el sociólogo Hans Joas refiriéndose a la violencia fascista en Italia y Alemania durante los años que nos ocupan, «la violencia terrorista contra el enemigo político interno no solo fue practicada por las secciones de asalto fascistas de manera inauditamente descarada y sistemática, sino que además fue justificada allí donde no había ningún motivo instrumental» (2005: 75).

La violencia condensaba un abanico de valores esenciales de la cosmovisión nazi, tales como la vitalidad, la intransigencia (o, lo que es lo mismo, indisposición al compromiso, virtud que asociaban a la democracia burguesa y asimilaban con debilidad de convicciones), el militarismo, la camaradería, la disciplina y la virilidad [86] . La violencia constituyó, en suma, un fin en sí mismo y un nutriente fundamental de su identidad grupal. Era el mecanismo inexcusable para arribar a la «comunidad de sangre» soñada, de la que previamente se hacía preciso extirpar los elementos sobrantes a partir de criterios étnicos de exclusión, en primer lugar de los judíos, pero también de otros grupos estigmatizados como «ajenos a la comunidad» o «razas extrañas», como los gitanos. Era la expresión del credo nazi en la desigualdad intrínseca, no ya solo entre los diferentes pueblos sobre la faz de la tierra, sino también entre los miembros de cualquier sociedad, también de la alemana. La tarea de la SA durante los años de Weimar consistió tanto en sentar las bases del proceso de expulsión de los judíos del ámbito de obligación moral de Alemania como de silenciar, asimismo mediante el ejercicio discrecional de la violencia, a todos aquellos que, cumpliendo los requisitos para computar como integrantes natos de la comunidad étnica, se interponían en el camino de su consecución, ya fuesen conservadores, liberales, cristianos o, sobre todo, socialdemócratas y comunistas. Contra ellos se imponía implementar el «paradigma inmunitario», traducido en una terapia radical: el bienestar de la nación exigía la eliminación física del enemigo (De Luna, 2007: 303). Quienes no transigiesen con la idea de una «comunidad nacional» basada en criterios de sangre eran considerados como «enemigos» a quienes erradicar de la vida social, cultural y política del país.

Los aspirantes a engrosar las filas de las SA formalizaban su ingreso mediante un contrato que detallaba las obligaciones a que se comprometían.

Merece la pena recoger en su integridad el modelo de contrato que firmaban los aspirantes de las SA de Baviera a comienzos de la década de 1920:

> Mediante la presente solicito el ingreso en la Unidad de Asalto del NSDAP y me comprometo mediante un apretón de manos como alemán honesto que soy a cumplir el siguiente reglamento y a seguirlo siempre con lealtad inquebrantable según mi mejor saber y conciencia:
>
> 1) Me comprometo mientras viva con lealtad inviolable con el programa de nuestro movimiento, el servicio a nuestro Führer y la adhesión a nuestra bandera.
>
> 2) Prometo obedecer ciegamente las órdenes emanadas de mi Führer, sean escritas u orales, siempre que sean compatibles con mi honor alemán. En especial, prometo formalidad y puntualidad en el ejercicio de las tareas asignadas, así como acudir a los mítines, actos, excursiones, reuniones, etc. En especial prometo no dejar de asistir a las reuniones de control establecidas por mi dirección, a menos que sea por razones de fuerza mayor.
>
> 3) Prometo que consideraré a cada miembro de mi Unidad de Asalto como mi hermano y leal camarada, con quien me siento unido en la alegría y la adversidad, y lo haré sin atender a su estatus social, profesión, riqueza o pobreza.
>
> Me comprometo a no perjudicar en modo alguno el espíritu de leal camaradería ni a debilitar la fortaleza de la organización, ni tampoco a generar malestar mediante la formación de camarillas, la difusión de rumores infundados, etc.
>
> 4) Me comprometo asimismo a comportarme, dentro y fuera de nuestra tropa, de tal modo que nuestro movimiento no tenga que avergonzarse de mi decencia.
>
> Evitaré todo aquello que perjudique la buena reputación de nuestro movimiento.
>
> 5) Por último, prometo que, si en un momento de necesidad la reputación del Führer de mí depende, me mostraré dispuesto a servir con cuerpo y alma al movimiento, en cuyo sagrado futuro para mi pueblo creo y con el que me identifico orgulloso.
>
> Soy consciente de que la violación de estas obligaciones que he jurado no solo choca contra mi honor, sino que, como todo aquel que falta a su palabra, no tendré hueco en el Partido, y mucho menos en las Unidades de Asalto.
>
> Lo que declaro con mi firma y con mi honesto apretón de manos [87] .

A este contrato de adhesión ponían punto final el nombre y apellido del candidato, y el lugar de la firma. Estas cláusulas de entrada recogen valores y pautas de conducta que forman parte del núcleo doctrinal y de la cosmovisión nazis, tales como la obediencia ciega a la autoridad, la lealtad incondicional al programa, el compromiso acrítico con la causa patria, la solidaridad y camaradería con los miembros de la «comunidad nacional» («mi hermano y leal camarada») o el espíritu sacrificial hasta las últimas consecuencias. Todo ello aderezado (repetido en dos ocasiones) con una particular noción del honor (adjetivado como «alemán») que pasaba por un ejercicio sistemático del terror contra los enemigos políticos que pensasen de forma diferente. Un formulario de ingreso de comienzos de la década de 1930 simplificaba las cosas. Bastaba con aportar (en este orden) la fecha de ingreso en el NSDAP y número de carnet, datos personales básicos (fecha

de nacimiento y domicilio), y una serie de informaciones sobre la participación en la guerra (fechas de servicio y duración, rango, participación en el frente, distinciones). Para poder solicitar el ingreso, los aspirantes tenían que reunir tres requisitos: 1) haber cumplido 18 años; 2) aptitud física, no siendo admitidos candidatos con algún tipo de incapacidad para el «desempeño del servicio», a no ser que se tratase de heridos de guerra, y 3) pertenencia al NSDAP, o haber solicitado el ingreso *(Dienstvorschrift für die SA der NSDAP,* Heft 1, 1932: 124, 79-80). Las obligaciones de todo hombre de las SA en uniforme venían resumidas en cinco: comportamiento decoroso en la esfera pública (no beber alcohol, por ejemplo), valor, obediencia, discreción y camaradería *(Ibid.* : 86-91). La disposición sacrificial iba de suyo: «En la lucha uno reemplazaba a otro sin dudarlo. Y cuando uno caía, no lo hacía un hombre en sí, sino un miembro del grupo. Con cada uno de ellos moría algo, y en el resto permanecía también algo del camarada muerto» (Goote, 1934: 5).

Un borrador con las directrices de funcionamiento de las SA en sus primeros años de vida data de mayo de 1922, momento a partir del cual, según fuentes policiales, se empezaron a destacar como una fuerza relevante en el panorama político bávaro. El borrador explicita aspectos tales como los fines, las pautas para elegir a sus dirigentes, la forma de organización, las actividades a desarrollar en su lucha ideológica y propagandística o los valores que habrían de permear sus actividades. Merece la pena detenerse en la declaración de fines que encabeza el documento, resumidos en dos: por un lado, el ejercicio de la violencia cuando las circunstancias así lo exigiesen, ya fuese protegiendo actos propios o reventando ajenos y, por otro lado, el desempeño de actividades de propaganda. Las SA, según se recoge, «1) velan por el servicio de orden y seguridad de los actos políticos propios; 2) en caso de que nuestros oradores hagan uso de la palabra en actos del adversario, su protección recae asimismo en las Tropas de Asalto; 3) cumplirán misiones de propaganda en actos propios y en la calle» [88] . Una disposición firmada por Hitler a principios de 1927 que regulaba las actividades de las SA, la GRUSA II (*Grundsätzliche Anordnungen der SA,* n.º II —Disposiciones Generales de las SA—) se refería a su vocación de salvaguardar el orden frente «a los ataques marxistas terroristas» como una tarea fundamental a ellas encomendada, tanto en locales cerrados como al aire libre; otra tarea era el desempeño de misiones de propaganda que implicasen «riesgos

físicos», que detalla del siguiente modo: «ilustración en fábricas y talleres, venta de periódicos en distritos rojos, así como la protección de los agitadores del partido encomendados con esas tareas» [89] . El término «agitadores» es un eufemismo de «reventadores».

Para desempeñar esas tareas con la determinación y solvencia deseadas, resultaba imprescindible ofrecer a sus adeptos una adecuada formación física. La GRUSA II daba cuenta de las actividades a que debían someterse sus integrantes con el fin de que las únicas armas a su disposición fuesen «un puño sano y amor a la patria en el corazón». Para lo último estaban las sesiones doctrinales, que les familiarizaban con las ideas del movimiento; lo primero, la formación física, habría de ser llevada a cabo a través de actividades deportivas orientadas al combate, sobre todo el boxeo y el *jiu-jitsu,* y en segundo orden la gimnasia y el montañismo [90] . Los valores y disposición que habían de presidir el ejercicio de dichas funciones, teñidos de una evidente impronta militarista, vienen claramente especificadas en el documento citado: «la camaradería leal, la rígida disciplina y la alegría combativa». Y añade el documento: «Las órdenes del Führer merecen obediencia ciega, en tanto no choquen con el honor de todo alemán [...] Solo bajo estas condiciones es posible convertir a las SA en un arma al servicio del Führer en el momento decisivo para la consecución de sus más elevados objetivos» [91] . Los integrantes de las SA debían seguir el imperativo ignaciano de *perinde ac si cadaver essent* , de ser disciplinados como cadáveres. El drama para Alemania y el resto del mundo estribó en que sectores crecientes de la población consideraron que la humillación y la aniquilación de los que pensaban de forma diferente o, simplemente, eran adscritos a otra etnia y expulsados del ámbito de obligación moral, eran prácticas que encajaban con una acepción cívica y civilizada del «honor», no ya como un rasgo específicamente alemán, sino como un imperativo moral y, por tanto, de alcance universal. Los fines esbozados en 1922 fueron, en esencia, los mismos que rigieron la actividad de las SA a partir de 1925, después de que el NSDAP y las SA recuperaran paulatinamente la legalidad en las diferentes regiones del país tras su proscripción por el intento de golpe de Estado en Múnich.

En las *Directrices para la restauración del NSDAP,* hechas públicas el 26 de febrero de 1925 (dos meses después de su salida de la cárcel de Landsberg el 20 de diciembre anterior tras comprometerse a no participar

en más ensayos golpistas) [92] , Hitler dejó bien sentado que en adelante los fines de la SA seguirían siendo los mismos que los fundacionales, a saber: «el fortalecimiento del cuerpo de nuestra juventud, la educación en la disciplina, la generosidad al servicio del ideal común compartido y la formación en los servicios de orden y de ilustración del movimiento» (Hitler, 1992, I: 9). Tras su reestructuración, los «soldados políticos» de las SA tenían que ser primero individuos subordinados a las necesidades de propaganda y protección de actos del movimiento, y luego dedicarse a los juegos y ejercicios militares propios de las organizaciones de veteranos de guerra organizados en grupos paramilitares. El boxeo y el *jiu-jitsu* resultaban más adecuados para las tareas encomendadas que los ejercicios militares. Hitler quería una tropa de partido subordinada incondicionalmente a su persona y que no expusiese al partido a una nueva ilegalización. No otra cosa recogían las líneas directrices de septiembre de 1926 sobre las funciones de las Tropas de Asalto:

> Las SA deben su fundación al terror de los partidos marxistas. Originalmente tenían la tarea de proteger sus mítines, procurar el orden, habida cuenta de que la policía no quería o no podía hacerlo. A esta actividad la denominamos protección de sala. A esta misión defensiva se sumaron pronto otras, más importantes: las SA fueron más allá de la defensa para convertirse en arma de ataque. Queremos denominar a esta actividad como propaganda [...] Por lo demás, la llamada al ataque nos resulta más agradable, puesto que el ataque constituye la mejor defensa. Por consiguiente, las SA encuentran su destino en primera instancia en el ataque (en Reichardt, 2002: 133-134).

Las SA sufrieron una reestructuración después de la excarcelación de Hitler. El nuevo encargado de llevar las riendas de las SA fue Franz von Pfeffer, bien que supeditado al Führer de acuerdo con el principio jerárquico fundamental del movimiento, según el cual todas las decisiones importantes eran fruto de su voluntad. Von Pfeffer era de origen noble y, más importante para sus credenciales en el movimiento, había participado en la Primera Guerra Mundial. En la convulsa posguerra se sumó a los *Freikorps* liderando su propia unidad, la *Westfälische Freikorps Pfeffer,* apagando ensayos revolucionarios y defendiendo las fronteras alemanas en el Este. Fue condenado a muerte (luego conmutada) por los franceses por participar en actividades subversivas durante la ocupación de la cuenca del Ruhr en 1923. Era un nazi de primera hora; junto con Goebbels y Karl Kaufmann, en 1924 fundó la sección del NSDAP en la región prusiana de Westfalia. Tomó las riendas de la organización paramilitar el 1 de noviembre de 1926, prácticamente a la par que Goebbels se trasladó a

Berlín para liderar el movimiento en la capital y en Brandemburgo. Una publicación de propaganda nazi le dedicó el siguiente pie de foto tras hacerse con el cargo: «El nuevo responsable de las SA […], Von Pfeffer. Frío y reflexivo, pero también inteligente y valiente. Uno de los nacionalsocialistas de Westfalia más veteranos. Un luchador incansable contra el sistema actual. Antes organizó los *Freikorps* , ahora las SA» (Hoffmann, 1932: 25). Una biografía sobre él concluye que al cabo de los cuatro años en que permaneció al frente de la organización paramilitar hasta su dimisión el 29 de agosto de 1930, Von Pfeffer hizo de ella un «instrumento de poder centralizado» y fraguó «los requisitos organizativos para hacer de las SA una organización de masas» (Fraschka, 2016: 426).

Durante sus primeras semanas como máximo responsable, Von Pfeffer dictó a ritmo casi diario una serie de «ordenanzas» conocidas como SABE (acrónimo de *Sturmabteilung Befehle,* Órdenes de las SA). Estaban destinadas a regular el funcionamiento de las SA en aspectos tales como su estructura, las medidas disciplinarias, los uniformes o los seguros para caso de lesiones o muerte en «acto de servicio». A diferencia del resto de SABE, todas ellas firmadas por Von Pfeffer, la que abría la serie llevaba la rúbrica de Hitler. Estaba fechada en Múnich, y en ella se marcaban las directrices generales de las SA en su nueva etapa tras la refundación del movimiento para alcanzar el poder, no ya por la vía golpista, sino por la marcada en el procedimiento democrático: las elecciones [93] . Las SA tenían que sacudirse la «leyenda de organización secreta» que pesaba sobre ellas. Con tal fin debían renunciar a sus «prácticas militares» y centrarse en la «actividad deportiva». El eje de las actividades de las SA habían de ser marchas a la luz del día; los ejercicios de tiro característicos de otras organizaciones paramilitares nacionalistas tenían los días contados. El fin perseguido con estas pautas lo reflejó Hitler en los términos siguientes: «Así conseguiremos disociar la lucha contra el Estado vigente de la lucha de las asociaciones que actúan mediante pequeños actos conspirativos y de venganza, siempre en aras de una gran cosmovisión de guerra de exterminio contra el marxismo, sus estructuras y sus instigadores». Y finalizó: «Lo que necesitamos no son cien o doscientos conspiradores osados, sino miles y miles de luchadores fanáticos por nuestra cosmovisión. No se trabajará en conventículos secretos, sino en imponentes marchas de masas; la ruta del movimiento no quedará expedita mediante el puñal, el veneno o la pistola, sino mediante la conquista de la calle. Tenemos que enseñar al marxismo

que el nacionalsocialismo es el futuro dueño de la calle, igual que un día será dueño del Estado» [94] .

En septiembre de 1926, esto es, en vísperas de que Von Pfeffer se hiciese cargo de las SA, apareció publicado un artículo en las *Nationalsozialistische Briefe* (Cartas nacionalsocialistas), una publicación que dirigía Goebbels desde Elbersfeld (Westfalia) justo antes de su traslado a Berlín. Su título era «SA. Consideraciones fundamentales sobre función, organización y formación». Se trata de un documento prácticamente desconocido a día de hoy que tiene su interés, entre otras razones por la sinceridad con que reconoce la naturaleza intrínsecamente agresiva de las Tropas de Asalto. No es que hasta entonces resultase una novedad la inclinación de las SA a originar peleas y a recurrir a la violencia contra sus «enemigos». Tal y como hemos visto, dicho ejercicio formaba parte de su repertorio de prácticas para difundir su cosmovisión. Lo que resultaba una novedad es que lo pusiesen negro sobre blanco de cara a la opinión pública.

El artículo arrancaba reconociendo que las SA nacieron para proteger los actos del partido ante el «terror de los partidos marxistas». Sin embargo, prosigue, pronto se añadieron otros cometidos más allá de los meramente defensivos, hasta convertirse en el «arma de ataque» del movimiento: «cuanto más afilada el arma, más contundente el golpe; a más golpes, mayores posibilidades de victoria. El terror de los marxistas no se doblega con discursos, protestas ni resoluciones, sino subyugándolo con el mismo terror». El creyente fiel en la causa patriótica no tenía que reparar en prendas a la hora de aplicar la violencia, aunque le costase la vida, pues para eso formaba parte de la «espada del movimiento»: «cuando el destino así lo quiera, moriremos por nuestra idea y nuestra fe. Es nuestro deber, pues Alemania ha de vivir aunque nosotros caigamos en el empeño».

¿En qué circunstancias podía sobrevenir la muerte a un SA? O planteado de otra forma: ¿cuáles eran los cometidos concretos asignados a las fuerzas de choque en las que sus miembros arriesgaban la vida? El escrito se ocupó de detallarlos:

I. Seguimiento de personas concretas del lado enemigo y seguimiento de los partidos, organizaciones paramilitares, sindicatos y prensa marxistas. Todo aquello que parezca relevante será trasladado hacia «arriba»; artículos de prensa y convocatorias serán recortados, clasificados y valorados. De este modo conseguiremos estar

orientados en todo momento acerca de los métodos e intenciones del enemigo. ¡Esto es fundamental!

II. Reparto de hojas volantes y folletos de mano, pegada de carteles propios y destrucción de panfletos y similares del enemigo.

III. Publicidad de suscripciones para nuestra prensa, anuncios, recaudación de dinero, proselitismo, etc.

IV. Protección de actos propios.

V. Marchas de propaganda en ciudades y pueblos.

VI. Reventar actos del enemigo [95] .

Las SA hacían las veces de «armazón del movimiento». Para ello sus miembros precisaban de entrenamiento físico y de adoctrinamiento. De ahí que el documento distinguiese dos planos diferentes: la formación física y la formación política. Todo miembro de las SA tenía que estar dispuesto a batirse físicamente con el enemigo por la regeneración de Alemania, pero también necesitaba saber por qué, esto es, cuál era la cosmovisión que reclamaba tan elevado sacrificio. En un escrito de agosto de 1931, el antecesor de Von Pfeffer en el cargo y luego de nuevo sucesor, Ernst Röhm, fue taxativo al respecto: «Las SA son la organización de lucha del movimiento nacionalsocialista. Solo puede luchar por una causa quien está espiritualmente unido a ella. Por esa razón todo hombre de las SA tiene que conocer los fundamentos y los objetivos de nuestro movimiento […] Tiene que conocer a lo que aspiramos en política interna y externa, en los planos económico y cultural, en qué nos diferenciamos de los liberales, de los marxistas y de otros planteamientos anti-alemanes» [96] .

El artículo aparecido en las *Nationalsozialistische Briefe* especificaba los temas en que el SA debía ser «ilustrado»: «esencia y fines del nacionalsocialismo; el marxismo; la cuestión judía (su presencia en la prensa, banca, comercio, teatro, cine, etc.); la cuestión jesuítica; la cuestión masónica; el antisemitismo en otros países, y otros temas». El aprendizaje y canto de canciones populares también formaba parte de estos ejercicios formativos, así como la familiarización con los héroes de la historia alemana [97] .

A finales de diciembre de 1926 la policía prusiana llamó la atención sobre varios aspectos del artículo por si fuesen constitutivos de delito, como por ejemplo la invitación a destrozar carteles del enemigo o a reventar sus

mítines. El texto llevaba la firma de un enigmático «H». ¿Quién se escondía bajo dicha rúbrica? Goebbels, ya instalado en Berlín desde comienzos de noviembre, fue llamado a declarar en enero de 1927. Interrogado al respecto, sostuvo desconocer la identidad del autor del texto, pero aseguró que no se trataba de Hitler. Para conocer la visión del Führer sobre la organización paramilitar del movimiento, Goebbels remitió a sus inquisidores al segundo volumen de *Mein Kampf* , que acababa de ver la luz [98] .

La autoría de este artículo es desconocida a fecha de hoy. Se podría especular con la hipótesis —y de hecho la policía prusiana lo hizo— de que el misterioso «H» fuese el propio Hitler. Por un lado, era el único que podía permitirse publicar un artículo que sentase doctrina acerca de aspectos tan relevantes de las SA como eran su estructura, su organización o sus funciones; el hecho de que recurriese (en dos ocasiones a lo largo del texto) al pronombre personal en primera persona reforzaría esta hipótesis. Sin embargo, hay otros elementos que invitan a descartarle como autor: Hitler sentaba pautas, marcaba fines, pero no solía ocuparse de detalles tales como los ejercicios físicos a que debían empeñarse los SA en verano o en invierno, como hacía el artículo. Además, la terminología utilizada y el estilo no guardan semejanzas con el de Hitler; algunos temas, por ejemplo la referencia a los jesuitas, no merecen ni una sola mención en las 781 páginas de *Mein Kampf* . En suma: ignoramos quién compuso el texto; si se trató del propio Hitler, de Rudolf Hess (secretario del Führer) o de Heinrich Himmler (que poco después de la publicación del artículo, en noviembre, fue nombrado secretario de Von Pfeffer en las SA); o si más bien alguien lo firmó con una «H» como una maniobra de despiste. Quienquiera que fuese su redactor, debió de contar con la complicidad inmediata de Goebbels y, en última instancia, también de Hitler.

El regreso a la legalidad del NSDAP y las SA marcó el momento de expansión desde su bastión en Baviera al resto del país y a Austria, donde se tiene constancia de su existencia al menos desde noviembre de 1922 (Siemens, 2017: 17-18). De enero de 1925 datan las SA de Prusia Oriental, de noviembre las de Pomerania, y de comienzos de 1926 las de Berlín, Stettin, Breslau, Görlitz, Magdeburgo, Erfurt y Halle. No obstante, hasta finales de ese último año las SA carecieron de una estructura centralizada a nivel de todo el país (Schuster, 2005: 40). A partir de la excarcelación de Hitler y de que los nazis recuperasen la legalidad, los efectivos de las SA

crecieron de forma exponencial. En 1925, en el conjunto de Alemania sus «soldados políticos» eran alrededor de 3.600; al año siguiente aumentaron a entre 10.000 y 15.000; en el otoño de 1930 ya sumaban 60.000 efectivos. Su crecimiento a partir de entonces siguió una progresión espectacular: 77.000 en enero de 1931 y casi el triple en noviembre del mismo año, unos 221.000 hombres. En enero de 1932 ya eran 291.000, en junio 397.000, en agosto 450.000 y en diciembre 427.000. En el momento de la toma del poder en enero de 1933 se había estancado su crecimiento, pero con todo alcanzaban los 430.000 efectivos, lo que hacía de las SA la organización más numerosa del movimiento (Reichardt, 2002: 63, 258-260; ver también Fischer, 1982: 660; Longerich, 2003: 60, 93, 111; Mühlberger, 2003: 58) [99] .

Por situar en perspectiva los datos de afiliación de las SA, a la altura de 1926 la policía estimó en 80.000 los efectivos combinados de la organización paramilitar comunista Liga de Combatientes del Frente Rojo *(Rotfrontkämpferbund,* RFB) y de las Juventudes Rojas *(Rotejugend,* RJ); el Ministerio Prusiano del Interior calculó dos años más tarde en 120.000 los efectivos de la RFB en su territorio. Algunas estimaciones hablan de que, en realidad, el principal contendiente de los nazis en la «lucha por la calle» nunca superó los 100.000 miembros (Diehl, 1977: 296). La RFB surgió a mediados de 1924 en Turingia. A esas alturas las SA no eran todavía una organización de masas que le pudiera hacer sombra.

Socialdemócratas y comunistas tenían culturas políticas distintas que dificultaban su colaboración; en tanto que los primeros fiaban su acción política en la labor institucional y seguían un curso legalista (el SPD fue el principal pilar del orden republicano, con responsabilidades de gobierno a nivel local, regional y nacional), los segundos enfatizaron las movilizaciones de calle y el enfrentamiento directo con los nazis, con los barrios obreros de las ciudades alemanas como escenario privilegiado. La misión de la RFB consistió en proteger actos públicos comunistas, manifestarse en las calles, distribuir y vender propaganda, y enfrentarse en la calle a otras formaciones paramilitares como la *Stahlhelm,* la *Reichsbanner* y, sobre todo, las SA [100] . Oficialmente no se trató de una organización ligada al KPD, pero *de facto* lo era. De manera no muy distinta a organizaciones paramilitares de extrema derecha, la RFB se concibió a sí misma no solo como una organización defensiva, sino como el embrión de un futuro ejército rojo encargado de hacer avanzar el

comunismo en Alemania a imagen y semejanza del modelo soviético. Junto con las SA, fue el principal protagonista de las luchas callejeras y de la guerra civil latente que asoló Alemania en los años finales de Weimar (Diehl, 1977: 184-190; 251-258; Merkl, 1980: 52-57). La *Reichsbanner* , a diferencia tanto de las SA como del RFB, no practicó la violencia proactiva contra sus adversarios, pero tampoco titubeó a la hora de autodefenderse (Schumann, 2018: 38).

La RFB fue prohibida a consecuencia de los sucesos del 1 de mayo de 1929 en Berlín. El responsable de la policía de la capital, el socialdemócrata Karl Zörgiebel, y el ministro prusiano de Interior, el asimismo socialdemócrata Albert Grzesinski, habían prohibido la celebración del ritual obrero en la calle temiendo que se produjesen disturbios. Los sindicatos y el SPD respetaron la prohibición y convocaron a sus seguidores en lugares cerrados, no así el KPD. La policía se empleó con inusitada dureza. El balance de los disturbios arrojó 33 muertos, 198 heridos y 1.228 detenidos, sin contar a 47 policías heridos (Kurz, 1988: 67-68). Todos los fallecidos lo fueron por balas de la policía, excepto uno que resultó atropellado por un vehículo policial (Bergbauer *et al.,* 2008: 109-110). El 3 de mayo las autoridades prusianas prohibieron a la RFB; el día 15 la prohibición se hizo extensiva a todo el país. En una muestra más de la parcialidad de la justicia durante la República de Weimar, se trató de la única organización paramilitar efectivamente prohibida de forma indefinida y en todo el país (Diehl, 1977: 257). Sin embargo, la proscripción no surtió el efecto pretendido, porque las actividades de la RFB prosiguieron con organizaciones sucesoras. La Liga de Combate contra el Fascismo *(Kampfbund gegen den Faschismus,* KgdF), asimismo bajo el paraguas del KPD, contó con unos 38.000 miembros a finales de 1930, y rondó los 100.000 un año más tarde (Bessel, 1984: 174, nota 11).

La contribución de las Tropas de Asalto al éxito del nacionalsocialismo fue más allá del reparto de propaganda en mítines y de marchas por barrios, pueblos y ciudades; «literalmente, los integrantes de las unidades de asalto *eran* en sí mismos propaganda» (Bessel, 1984: 153. Énfasis en el original). Desde un punto de vista simbólico, constituyeron «la forma decisiva de propaganda» (Paul, 1990: 135). Vendían publicaciones del movimiento (periódicos, etc.), repartían folletos, escenificaban marchas y organizaban mítines, pero sobre todo fue su *política del ejemplo* en la calle la que aupó a los nazis a la primera fila política, primero gracias a cientos de activistas, en

el momento de la conquista del poder a cientos de miles, todos ellos propagando una imagen de juventud, virilidad y dedicación altruista a la causa incivil y ultranacionalista condensada en su idea racial de «comunidad nacional».

5. Disponibilidad biográfica de los miembros de las SA

¿Quiénes eran los «soldados políticos» nazis?; ¿cuáles eran su origen social y perfil laboral?; ¿qué edad tenían?; ¿por qué las mujeres tenían vetada la entrada en las Tropas de Asalto? Estas son algunas de las cuestiones que nos ocuparán en este apartado.

Desde hace varias décadas la cuestión de la extracción socioestructural de los militantes de las SA durante la República de Weimar (al igual, por lo demás, que la de los activistas y votantes del NSDAP: Falter *et al.,* 1986; Falter, 1991; Falter *et al.,* 2016) está clara en sus líneas maestras. Durante la década de 1950, los estudios sobre el nacionalsocialismo estuvieron dominados por las teorías del totalitarismo, que tendían a considerar el Tercer Reich como un régimen monolítico disociado de una sociedad sujeta al poder omnímodo de su líder carismático y plenipotenciario. Durante las dos décadas siguientes, y al calor de la historia social o «historia desde abajo», se fue abriendo paso el estudio del grado de penetración de la ideología nazi en la sociedad alemana (Traverso, 2012: 145-146). Este último enfoque es el que ha arrojado luz al estudio de la extracción social de sus militantes y simpatizantes. Diferentes trabajos al respecto de la base social de las SA en el periodo republicano coinciden en señalar que se trató de una organización con un peso específico notable de obreros y desempleados cuando la comparamos con la base social del partido, que tenía un arraigo relativo mayor en las clases medias (empleados de cuello blanco, comerciantes, empleados públicos) y campesinos (Kater, 1976; Merkl, 1980; Fischer, 1982, 1983; Bessel, 1984: 33-45; Jamin, 1985; Reiche, 1986; Mühlberger, 1991, 2003; Burrin, 2000: 87-96; Schumann, 2001: 281-286; Reichardt, 2002: 310-317, 340, 343). La evidencia disponible constata dos hechos: primero, que las SA antes del acceso nazi al poder estaban integradas, por encima de la media de su entorno, por obreros en términos ocupacionales y sociales, con trabajo o, a medida que la crisis económica se intensificó a raíz de 1929, sin empleo o subempleados, hecho

que no resulta sorprendente si tenemos en cuenta que gozaron de un particular arraigo en entornos urbanos; y segundo, que los puestos dirigentes de las SA (como, por lo demás, los de todas las organizaciones satélites del movimiento antes de 1933, como las SS, las HJ o las Células Nacionalsocialistas de Fábrica —*Nationalsozialistische Betriebszellorganisation* , NSBO—) estaban copados por individuos de clase media (hasta un 70 por ciento de sus cuadros serían de esa extracción) y de clase alta, pero con contados dirigentes de clase obrera o campesina (Jamin, 1985: 369-370; Mühlberger, 2003: 62, 67) [101] .

La edad de los miembros de las SA también es una variable meridianamente clara a partir de las investigaciones disponibles. Los movimientos políticos que participaron durante la República de Weimar de una «cultura del radicalismo» (Brown, 2009), esto es, el comunista y el nacionalsocialista, atrajeron a sus filas a una «nueva juventud», «radical por naturaleza», ataviada con una «concepción heroica de la vida» (Plessner, 2001 [1924]: 36, 34, 43). El NSDAP «se presentaba como el partido de la juventud, del resurgimiento de la nueva Alemania. Atendiendo a sus miembros, en efecto lo era» (Wildt, 2008: 65). La edad media cuando se refundó el partido en 1925 era de 29 años. Gregor Strasser, por aquel entonces responsable de propaganda, pidió paso al espíritu revolucionario del movimiento: «¡Haced hueco, viejos!» *(Ibid.* : 65-66). Apelar a la juventud tenía su sentido desde una perspectiva política, primero, y electoral, después: nunca antes había sido tan elevado el porcentaje de jóvenes en la población (Peukert, 1987: 20).

El perfil juvenil de los integrantes de las SA era todavía más acusado si cabe. Una muestra de 330 miembros de las SA de todo el país entre 1929 y 1933 arrojó un 77,6 por ciento de menores de 30 años y un 58,5 por ciento de menores de 25 años; el porcentaje de jóvenes en el abanico de edad entre 15 y 30 años entre la población general durante esos años era del 29 por ciento (Fischer, 1983: 48-50). Un informe policial fechado en enero de 1926 en la ciudad de Kiel sugirió las razones de su atractivo: «Tal y como ha mostrado la experiencia, los jóvenes muestran menos interés por un partido que por una organización con un nombre rimbombante y un uniforme» [102] .

La misma conclusión rige si reparamos en la edad de los líderes de la formación paramilitar: las tres cuartas partes de ellos habían nacido entre 1894 y 1914 (Jamin, 1984: 369) [103] . Un corolario inmediato es que la

inmensa mayoría de sus dirigentes no participó en la Primera Guerra Mundial (en otros términos: no formaban parte de la «generación del frente») ni, en consecuencia, tuvo oportunidad de vivir la «camaradería de trincheras», solidaridad idealizada en los círculos nacionalistas y conservadores que tuvieron en la obra de Ernst Jünger *Tempestades de acero* (orig. 1922) su expresión más acabada, aunque ni mucho menos única (Baird, 2008). Carecían de experiencia bélica, pero buscaron un equivalente funcional. Y lo encontraron. A modo de mecanismo compensador por esa carencia sentida, «las SA [...] ofrecieron a la juventud [...] la oportunidad de dirigir su deseo de actividad "soldadesca" en forma concreta contra los marxistas, que merecían ser castigados por la "puñalada por la espalda" y la revolución de 1918. De este modo podían superar el trauma de la derrota, vencer a la revolución y vengar el fracaso de la generación de sus padres» (Longerich, 2003: 91).

El carácter juvenil de las SA viene ilustrado por la evidencia disponible de Berlín. Según datos oficiales recabados en 1931 a partir de 1.824 miembros de la organización paramilitar, un 89,4 por ciento de ellos era menor de 30 años, y el 50 por ciento tenía edades comprendidas entre los 20 y 25 años (Bessel, 1984: 34); el porcentaje de jóvenes entre 16 y 30 años entre la población general ascendía al 24,2 por ciento (Reichardt, 2002: 349; Schuster, 2005: 83). A la altura de 1926, los miembros de las SA en Prusia firmaban un contrato de adhesión en virtud del cual se comprometían a dedicar su tiempo, energía y los recursos materiales de que pudieran disponer a hacer avanzar la causa aria [104] . El grado de dedicación, traducido en la asistencia obligatoria a mítines, reuniones, participación en ejercicios físicos, reparto de propaganda, etc., resulta un elemento fundamental para explicar su éxito (Bessel, 1984: 45). Cuando firmaban el contrato de adhesión se comprometían por escrito a participar activamente en este tipo de misiones; ya desde su momento fundacional —tal y como recogen los informes policiales de las primeras reuniones de las SA en Múnich— sus mandos insistían en este extremo hasta la extenuación [105] .

Ser joven era una condición para vincularse a las fuerzas de choque nazis (y también de las comunistas). No en vano estamos ante un movimiento social y político con unos costes y riesgos potencialmente mortales que hubiesen sido más difíciles de sobrellevar de no ser por la «disponibilidad biográfica» asociada a esa fase vital. Un hallazgo consolidado en la teoría de la acción colectiva y de los movimientos sociales es la relación entre, por

un lado, la edad y, por otro lado, los riesgos asumidos y las energías invertidas en las actividades llevadas a cabo por un movimiento social dado (McAdam, 1986; McAdam y Paulsen, 1993). La ausencia de responsabilidades familiares y/o laborales facilita el compromiso con formas de participación de alto riesgo, y la «lucha por la calle» entre nazis y comunistas en los años finales de la República de Weimar sin duda lo era. O, por decirlo en términos invertidos, contar con familia propia, con un trabajo estable, o ambos, representaba una barrera a la participación. Si, como es el caso durante la crisis económica a partir de 1929, el paro afectaba a una mayoría de la juventud, con la consiguiente generosidad potencial de tiempo para dedicarlo al activismo, tenemos dos ingredientes necesarios, edad y tiempo libre, para dar cuenta de su éxito movilizador. No obstante, la disponibilidad biográfica es un elemento necesario para la acción, pero no suficiente. De hecho, los modelos de reclutamiento diferencial apuntan a la inmersión en redes sociales como el principal factor que incentiva la participación en la acción colectiva. En otros términos, tener tiempo no basta, ni ser joven tampoco: hace falta además estar inmerso en tipos específicos de relaciones sociales para orientar la inversión de tiempo hacia una instancia concreta de movilización colectiva (Snow, Zurcher y Ekland-Olson, 1980; Klandermans y Oegema, 1987; McAdam, 1988; Knoke, 1990; Diani, 1992; Emirbayer y Goodwin, 1994; Oegema y Klandermans, 1994; Melucci, 1996). Crear y consolidar dichas redes será una de las funciones de los bares nazis o *Sturmlokale* (Casquete, 2017:85-98).

Los responsables de las SA se percataron muy pronto de la necesidad de diseñar umbrales de compromiso diferenciados según las circunstancias personales de cada miembro o simpatizante. En gran medida, dicho umbral estaba en función de la edad. Un borrador de directrices de las SA fechado en mayo de 1922 contempló la división de las SA en dos grupos, el «A» y el «B». El primero estaría integrado por jóvenes de entre 18 y 25 años, llamados a ser «la parte activa de las SA». Sus miembros habrían de ser «gente con cuerpos especialmente utilizables que a cada ocasión pongan su tiempo a disposición» del movimiento. El grupo «B» era una categoría residual que agruparía al resto de miembros, se entiende que mayores de 25 años o con físicos no aptos para el enfrentamiento con el enemigo [106] . La sugerencia organizativa no llegó a ser puesta en práctica [107] . Tampoco corrió mejor suerte un intento posterior no ya según criterios de edad y

físico, sino de grado de dedicación al movimiento según las circunstancias personales de cada miembro, algo que por lo demás también era, en parte, una función de la edad. Una orden firmada en Múnich el 3 de abril de 1923 por Hermann Göring, a la sazón máximo dirigente de las SA desde el mes anterior, complementada con otro escrito sin fecha ni firma, pergeñó una fórmula para solventar el dilema [108] . En ellos se procedía a estructurar las SA en tres categorías según el «ímpetu y ganas de lucha de la sección masculina de nuestro movimiento», sin perder nunca de vista que la misión consistía en «*hacer propaganda, hacer propaganda, una y otra vez* hacer propaganda al servicio del movimiento por la libertad alemana [Énfasis en el original]». El primer grupo lo conformaban las ya existentes Tropas de Asalto, integradas por «seguidores convencidos que están dispuestos en todo momento a invertir su trabajo y su vida en el movimiento por la libertad nacional». Su organización seguía el modelo militar, incluida la sumisión al líder. Se trataba de la «fuerza de lucha activa del movimiento». Hasta aquí ninguna novedad; este espíritu fue el que dio pie a la fundación de la unidad paramilitar para proteger los actos políticos del incipiente movimiento en Múnich. La originalidad de la reestructuración estriba más bien en las otras dos categorías que esbozó Göring, pensadas precisamente para solventar el alto riesgo y coste implícito en el espíritu sacrificial que permeaba a la sección de choque. Una la formaban las «unidades de ejercicio», integradas por «aquellos camaradas de partido que, por razones de trabajo o familiares no están en disposición de dedicarse ni en la forma ni en la medida que lo exigen las Tropas de Asalto (por ejemplo, ejercicios vespertinos, protección de sala, excursiones, etc.), pero que sí están dispuestos a participar una vez al mes en un ejercicio». La tercera categoría era la «unidad de repuesto», asimismo integrada por quienes hacían frente a barreras objetivas a una participación más intensiva (empleo, familia) y, además, carecían de las aptitudes físicas o de otro orden necesarias para implicarse en las otras dos categorías. Expresado de forma eufemística en el escrito de Göring, ello suponía atender al «grado de capacidad y de servicio» de cada individuo en función de sus circunstancias personales y de su condición física. Ejemplos de tareas que podrían ser asignadas a estas unidades de repuesto eran trabajos de oficina o labores de mensajería.

Pocos meses después de diseñar este esquema se produjo el *Putsch* de Múnich, a consecuencia del cual resultaron prohibidos tanto el NSDAP como las SA, hasta que ambos fueron refundados a comienzos de 1925,

aunque ya sin Göring como máximo responsable de la unidad paramilitar, pues había huido a Innsbruck (Austria) tras el golpe [109] . El esquema de la clasificación en tres grupos no prosperó, pero resulta en todo caso ilustrativo de la sensibilidad no exenta de perspicacia que mostraron los nazis por atraer a sus filas a varones con diferentes condicionantes biográficos, físicos y/o actitudinales, y destinarlos a misiones ajustadas a sus capacidades.

Destacados mártires nazis son representativos de la cohorte de edad que dominaba en las SA. Wessel tenía 22 años cuando resultó asesinado en Berlín a principios de 1930; Hans Maikowski, otro miembro destacado de su panteón martirial asimismo fallecido en Berlín el mismo día del acceso nazi al poder, estaba a las puertas de cumplir 26 años. Ambos compartían experiencia vital con la generación nacida en la primera década del siglo XX , con Martin Bormann, Rudolf Höss, Heinrich Himmler o Reinhard Heydrich como algunos de sus exponentes más destacados, ninguno de los cuales tuvo oportunidad de participar en la Gran Guerra por razones de edad (aunque Himmler fue llamado a filas, pero no pasó de la condición de soldado acuartelado, sin credenciales de combate; Himmler, 2011: 81-82). Todos entendieron su activismo en el NSDAP como la continuación de la guerra por otros medios. «Los nacidos entre 1900 y 1910», ha escrito el historiador Michael Wildt, «vivieron de niños, en el mejor de los casos, la estabilidad de la época imperial. Luego experimentaron la guerra, la revolución, la crisis posbélica y la hiperinflación de 1923 como experiencias decisivas en sus vidas. A ellos resultó difícil convencerlos de la viabilidad de una sociedad civil burguesa» (2002: 138). Es la generación que acabó en brazos del nazismo [110] . La confesión de Werner Best, nacido en 1903, alto responsable de la política de exterminio judío y, a partir de 1942, máximo dirigente nazi en Dinamarca, se antoja representativa del sentir de esta generación: «haber sido incapaz de combatir como lo hizo mi padre [muerto en la guerra. Nota: J. C.] como un soldado por la victoria alemana se convirtió en el trauma de mi juventud, lo cual activó en mí una fuerza interior (a menudo inconsciente) para ponerme activamente a trabajar allí donde encontraba una posibilidad» (en Weitz, 2007: 345). Otro dirigente nazi, Ernst von Salomon, nacido en 1902, activo en los *Freikorps* y condenado a cinco años de cárcel por su colaboración en el asesinato de Walther Rathenau, declaró que «solo tenía un deseo: que la guerra hubiese durado lo suficiente como para haber participado en ella» (en Donson,

2010: 239). Un último ejemplo lo ofrece Baldur von Schirach, que fue máximo responsable de las juventudes del NSDAP a partir de octubre de 1931, y luego de las Juventudes Hitlerianas (HJ) entre junio de 1933 y 1940. Nacido en 1907, escribió un poema titulado «La nueva generación» en el que se lamentaba por no haber sido partícipe de la épica de la guerra:

> Nunca servimos y sin embargo somos soldados,
> nunca combatimos en una verdadera guerra,
> en una guerra de bombas y granadas.
> Pero contamos las luchas como victorias,
> no, no fue en la guerra donde se produjeron nuestras cicatrices,
> ¡pero fue una guerra!, pues muchos, muchos cayeron... (1933: 12)

A través de los sistemas educativo y recreativo del periodo guillermino (organizaciones de trabajo voluntario patriótico y organizaciones juveniles), la generación nacida a principios del siglo XX fue socializada en los valores del militarismo y el nacionalismo (Mann, 1997 [1938]). Alrededor de la mitad de los miembros del NSDAP y de las SA que se afiliaron antes de 1933 eran demasiado jóvenes para ser llamados a filas durante la guerra (Donson, 2010: 236-237) [111] . Todos los países beligerantes incorporaron la guerra en sus currículos escolares, con una particularidad: «Alemania se destacó por hacer leer a sus alumnos que el derecho de una nación a ser una potencia mundial justificaba la guerra» *(Ibid.* : 224). El ejército alemán desarrolló un programa de entrenamiento paramilitar destinado a jóvenes de entre 14 y 18 años que «inculcó a muchos jóvenes varones, sobre todo de clase media, nociones románticas que, trasladadas a los años de posguerra, constituyeron la base de una mirada política militarista» (Diehl, 1977: 16). Con el transcurso de los años, estos jóvenes nacidos a partir de 1900 (primer grupo de edad no llamado a filas) integraron la «auténtica generación del nazismo», la misma que vivió la guerra como «un gran juego» (Haffner, 2001: 25). Es la generación que sufrió como ninguna otra el paro de masas y que el historiador Detlev Peukert caracterizó como la «generación superflua» (1987: 26).

Resta, por último, abordar la cuestión del género de los integrantes de las SA (Casquete, 2013; 2017: 99-117). El nacionalsocialismo, igual que otros movimientos y regímenes totalitarios que proliferaron en la Europa de entreguerras, consideró a la mujer como el segundo género. La perspectiva en sí no era original. Se trataba de una variante antimodernista que pujaba por mantener a la mujer prisionera de su rol ancestral y subordinado de

guardiana del hogar. Las tareas encomendadas eran el cuidado del hogar (incluida la reproducción de vástagos sanos para la «comunidad nacional»), la atención sanitaria y asistencial, la educación de los hijos o la preservación de la tradición. Es así que, hasta 1933, las mujeres nazis cocinaron, cosieron uniformes, cuidaron de heridos, recolectaron dinero, se encargaron de la logística (suministro de comida y bebida) de actos del movimiento y tareas asistenciales adscritas a la mujer desde su rol tradicional.

La intromisión de un género en los roles y tareas que la naturaleza habría prescrito para el otro, según la perspectiva nacionalsocialista, constituía un ataque intolerable al orden natural de las cosas. A los nazis les resultaba inadmisible que «de repente las mujeres se conviertan en hombres». Hitler aspiraba a que «las mujeres sigan siendo mujeres en su esencia, en su vida, en la fijación de objetivos y en la realización de su vida, igual que deseamos que los hombres sigan siendo hombres, también en su esencia, en la fijación de objetivos y en la realización de su esencia y de su vida» (1938: 57-58). Así se explica que los 1.295 miembros del Reichstag de filiación nacionalsocialista y de partidos *völkisch* (como el DNVP) entre el 4 de marzo de 1924 y el 8 de mayo de 1945 fuesen, sin excepción, todos varones (Hartmann *et al.,* 2016: 236, nota 6).

Desde este punto de vista, no sorprenderá que el panteón oficial de mártires lo integrasen casi exclusivamente varones, con dos excepciones: Katharina Grünewald, fallecida el 2 de agosto de 1929 en un enfrentamiento armado entre las SA y la *Reichsbanner* socialdemócrata tras haber participado con su marido en las jornadas del partido en Núremberg, y Helene Winkler, una simpatizante nazi fallecida de un disparo en Altona-Hamburgo el 17 de julio de 1932 (el «Domingo sangriento» de Altona —Wackerfuss, 2008: 310-321—) junto a otras 17 personas.

La épica de la «lucha por la calle» protagonizada por las SA no era el mundo de las mujeres. La primera fila del combate violento era cosa de hombres. Ellas podían acompañarlos y asumir tareas como coserles la ropa, curarles las heridas o hacerles la comida, en cualquier caso desde funciones auxiliares, pero hablar de las Tropas de Asalto es hablar de género masculino.

Plessner identificó la disposición y rasgos de quienes abrazaron el «radicalismo social» característico del periodo de entreguerras en Alemania: «Es la visión del mundo connatural a los impacientes; en

términos sociológicos, de las clases inferiores; en términos biológicos, de la juventud» (2001 [1924]: 14) [112] . A lo que, en términos de género, se puede apostillar: de varones. Jóvenes, varones y desempleados; tal es el perfil típico de los integrantes de las Tropas de Asalto a partir de su constitución en una organización de masas a finales de la década de 1920. Jóvenes y varones lo habían sido desde un principio; coincidiendo con la grave crisis económica de 1929 y del crecimiento exponencial del movimiento nacionalsocialista, la mayoría de sus integrantes serán además parados.

6. Machismo en uniforme

Los «soldados políticos» revolucionarios, jóvenes y varones confluyeron en las SA para practicar un «machismo en uniforme» (Bessel, 1984: 153). Todo SA en «acto de servicio» portaba un uniforme, un símbolo visible al mundo exterior de su filiación ideológica. Por él dieron y quitaron la vida en los enfrentamientos con sus enemigos. Conviene, pues, detenerse en este elemento indisociable al movimiento hitleriano.

El uniforme era una «prenda de honor», y no solo por la función obvia de manifestar al mundo exterior la pertenencia en tanto que «representante en la esfera pública de nuestro movimiento» [113] . Introducía en sus filas —es una de las funciones de todo uniforme— un elemento de homogeneidad y de neutralización de la individualidad, con el fin de difuminar las diferencias sociales entre los miembros de la «comunidad nacional» (Guenther, 2011: 105). En clave interna, el uniforme constituía un símbolo de pertenencia a la comunidad, de identidad colectiva; contemplado desde las filas comunistas y socialdemócratas, en particular si desfilaban o paseaban por aquellos lugares que sentían como «suyos», el uniforme equivalía a una abierta provocación. En un momento en que los movimientos fascistas europeos hacían política a golpe de camisas de diferentes coloraciones, Löwenstein señaló: «La vestimenta militar simboliza y cristaliza la camaradería de armas mística tan esencial a las necesidades emocionales del fascismo» (1937, II: 648-649) [114] .

Vestir el uniforme equivalía a asumir un lote de valores inequívocamente militaristas. Un rasgo distintivo del NSDAP fue no ser un partido al uso que aspiraba a ostentar el poder en el marco de un sistema político pluralista, sino en esencia una organización que pugnaba para ser el titular exclusivo

del poder en un estado militarista. El partido nazi ensalzó hasta el paroxismo los valores marciales que impregnaban el Estado prusiano-alemán. Hicieron extensivos a la esfera civil valores como una determinada acepción del honor, el valor, el sacrificio, la lealtad y la obediencia propios del cuerpo militar. Las SA se veían a sí mismas como portadoras y garantes de dichos valores *(Dienstvorschrift für die SA der NSDAP,* Heft 1, 1932: 25). La estricta organización jerárquica del movimiento descansaba en el modelo militar, igual por lo demás que el principio de obediencia incondicional al Führer no era sino la traducción a la esfera política del principio de obediencia acrítica a los mandos en el ejército (Wette, 2008: 165-186). Tiene razón Raphael Gross cuando señala que la ideología nacionalsocialista no giró alrededor de categorías económicas, como hace el marxismo al subrayar el capital, la plusvalía o la lucha de clases, sino sobre categorías morales como las militaristas recién mencionadas: el honor, la lealtad (fundidos en el eslogan de las SS, «Mi honor es la lealtad»), los buenos modales o la camaradería, en todos los casos como virtudes específicamente «alemanas» o «arias» (2010: 8, 90). Los nazis, acostumbrados a establecer jerarquías en los ámbitos social o racial, siguieron la misma lógica a la hora de ordenar los valores que habían de presidir su praxis. En su cosmovisión, el honor constituía el valor supremo. Alfred Rosenberg, dirigente que pasaba por ser el filósofo del movimiento, dejó constancia expresa del peso de esta cualidad moral: «La idea del honor —del honor nacional— será para nosotros principio y fin de todo nuestro pensar y actuar. Desde el punto de vista de su potencia, no admite ningún tipo de comparación ni con el amor cristiano, ni con la humanidad masónica, ni con la filosofía romana» (1930: 514) [115] . El honor fue, pues, el vector principal del esquema moral nazi, también de las SA. En unas directrices de diciembre de 1933 dedicadas monográficamente a dicho valor queda constancia expresa de ello, sin olvidar ligarlo con el militarismo, ni tampoco destacar su centralidad en su particular esquema de valores: «El honor es el bien más preciado. Defenderlo y preservarlo ha de ser para todo alemán más esencial que la vida. Porque: según el honor del hombre, será el honor del pueblo; según el honor del pueblo, será su peso entre los pueblos. Un pueblo sin honor será siempre esclavo, pero Alemania tiene que ser libre […] El honor alemán es honor de soldados, y por ello mismo ligado al amor a la patria, la lealtad, la hombría, la camaradería y la honestidad» *(Ehrenordnung für die SA der NSDAP,* 1933: 7).

El uniforme quintaesenciaba el honor. Portarlo equivalía a estar dispuesto al sacrificio supremo en defensa de una definición concreta del honor alemán. El «traje de servicio», obligatorio en actos del partido y de las SA, constaba de una camisa parda, pantalón corto tipo *breeches* (a poder ser de color marrón), cinturón con una hebilla bien visible, botas, gorra y pañuelo anudado al cuello, a los que se añadían insignias y marcadores de rango y origen geográfico en el cuello de la camisa. Aquellos miembros de las SA que optasen por vestir la camisa fuera de actos de servicio debían desproveerla previamente de cualquier distintivo. Quien estando en acto de servicio, lo cual equivalía a decir uniformado, se comportase de forma «indigna» (en estado ebrio, por ejemplo), se arriesgaba a la expulsión inmediata. Beber y fumar en uniforme solo estaba permitido con autorización del responsable al cargo. Los *Diez mandamientos de todo SA* de Goebbels abundaban en disuadir de los excesos etílicos cuando se portase el «traje de honor»: «No permitas, ni a ti mismo ni al resto, que [el uniforme. Nota: J. C.] resulte mancillado por borracheras o comportamiento escandaloso. Eres responsable de ello». El mandamiento concluía: «Evita la bebida en actos de servicio» [116] .

La relevancia que adquirió el uniforme, y la camisa en particular, resultó evidente a cualquier observador atento de la época: «De todas las prendas de vestir, la más importante desde el punto de vista político es la camisa. Pero más importante aún que la camisa es, siempre desde el punto de vista político, el color de la camisa. Una camisa de determinado color equivale, por así decirlo, a todo un programa. Ciertos partidos políticos dan a la camisa tanta importancia, por lo menos, como a los principios». Quien así se expresaba era el periodista catalán Eugenio Xammar en una crónica desde la capital alemana fechada en junio de 1932. Y vaticinó: «El pardo es el futuro color único de las futuras camisas políticas alemanas» (2005b: 74, 75).

Al comienzo de la andadura de las SA, la camisa parda, prenda por la que pasarán a ser conocidos en las calles y en la opinión pública, un símbolo del conjunto del movimiento, no formó parte de su uniforme. De hecho, entonces ni siquiera disponían de uno. Los miembros de las SA acudían a sus reuniones en ropa de calle con brazaletes con la esvástica. La fecha de introducción de la camisa parda en sus filas no está del todo clara. Según Torsten Homberger, cabe trazar a dos dirigentes de las SA la adopción de la camisa parda como elemento central del uniforme de las SA

(2014: 46-73). En 1935, un archivero de las SA anotó lo siguiente: «El 17 y 18 de mayo de 1924 se celebró una convención de líderes de las SA en Salzburgo […] Röhm presentó las directrices para el establecimiento de unidades de las SA […] Este encuentro adquirió un significado especial para la historia de las SA porque entonces, a sugerencia de [Gerhard] Rossbach, la camisa parda fue adoptada para el conjunto de las SA». En un informe remitido el 30 de octubre de 1935 por el alto mando de las SA al archivo del NSDAP se recogió la siguiente confesión: «La camisa parda en su forma actual (corte, con cinturón con ganchos, etcétera) puede ser trazada sin duda al *Obergruppenführer* ejecutado [Edmund] Heines […] de quien se afirma que se aseguró para sí algún tipo de *copyright»* (en Homberger, 2014: 81-82). Rossbach y Heines fueron depurados en la Noche de los Cuchillos Largos en 1934: Heines asesinado y Rossbach encarcelado durante un tiempo, tras el cual se alejó del movimiento. Otros historiadores (p.e., Weber, 2017: 326-327) sostienen que la camisa parda como prenda distintiva nazi fue introducida después de 1924. Por su parte, Eleanor Hancock, biógrafa de Röhm —que en dicho encuentro en Salzburgo fue nombrado responsable de las SA—, sostiene que las camisas pardas habían sido usadas en la postguerra por *Freikorps* al mando de Rossbach (2008: 73).

La elección del color de la camisa por las Tropas de Asalto para su uniforme fue, en origen, accidental. La dirección del partido consiguió hacerse a buen precio con remanentes de camisas de las antiguas tropas coloniales en África Oriental (Paul, 1990: 174; Reichardt, 2002: 579; Homberger, 2014: 57-58). El color caqui era el habitual en los uniformes de las tropas coloniales europeas de la época, así como de los *boy scouts* británicos y estadounidenses (Craik, 2005: 48). No se ajusta a la verdad, pues, lo que sostuvieron fuentes nazis, para quienes la opción por el color pardo fue deliberada porque se trataba del «color favorito» del Führer, como antes lo había sido de Bismarck: «Representa al mismo tiempo el vínculo con la tierra e impacta de forma grandiosa y maravillosa tanto en los individuos como en las masas de las formaciones de las SA en sus desfiles. Frente al marrón claro de los uniformes, las banderas rojas transmiten pobreza de color», según un exponente suyo que fue acusado de colaboración en el asesinato de Erzberger (Killinger, 1933: 48).

Cualquiera que fuese la fecha de su primera utilización, la camisa parda no fue obligatoria en el uniforme de las SA hasta noviembre de 1926,

cuando el alto mando de las SA emitió una directiva dedicada expresamente al «traje de servicio» (no se menciona en ningún lugar la palabra «uniforme» para no poner en alerta a las autoridades sobre su naturaleza paramilitar). Se trata de la SABE n.º 10, que decía: «El traje de servicio consiste en una camisa parda (pañuelo y gorra) con insignias». A continuación la directiva procedía a una prolija enumeración de los distintivos: espejos, números, estrellas, galones, etc. [117] . Otros elementos clave del uniforme también fueron objeto de atención. La gorra era de diseño similar a las de los oficiales del ejército francés; en 1927 se introdujo la correa en la barbilla (Homberger, 2014: 57 y 61-62). «Al traje de servicio pertenece también —proseguía la directiva— unos pantalones cortos, a poder ser de color marrón. Diseños de moda ridículos están por supuesto prohibidos. Cinturones estilo militar, a poder ser con correas para el hombro. Chaquetas cortaviento permitidas. Contra el frío es conveniente abrigarse bien por debajo». Respecto a los pantalones, la normativa recogía una excepción explicable por el origen del movimiento: «En casos excepcionales se permiten trajes regionales (los *kurze Wichs* [pantalones de piel cortos. Nota: J. C.] de la Alta Baviera [capital: Múnich. Nota: J. C.]). El objetivo de todas estas disposiciones era que «en el seno de cada unidad el traje ha de estar estandarizado». Emborracharse con el uniforme puesto, mostrarse en público con «mujeres de mala reputación» o blasfemar eran todos ellos comportamientos no compatibles con portar el uniforme, porque desentonaban con un «comportamiento y conducta en la esfera pública inmaculados» *(Dienstvorschrift für die SA der NSDAP,* Heft 1, 1932: 86) [118] .

Una fórmula pergeñada por el alto mando de las SA para estandarizar el uniforme consistió en vender directamente sus elementos centrales («Camisa, pañuelo, gorra y lona») a través de la Oficina Económica de las SA *(SA-Wirtschaftstelle),* con sede en Múnich, si bien admitían excepciones: «Donde haya unidades nutridas de las SA se pueden organizar grupos de mujeres que confeccionen camisas y pañuelos» [119] . Si hasta entonces la incorporación del color pardo al arsenal simbólico nazi había discurrido de forma descentralizada y a partir de iniciativas puntuales, desde la promulgación de la SABE n.º 10 todo lo relativo al uniforme se centralizó en el alto mando de las SA en Múnich. Al final, la función del uniforme de las SA y de las rígidas disposiciones reglamentarias («Quien

viste el traje de servicio es que presta servicio»), con la camisa parda como principal elemento simbólico, era transmitir hacia fuera (a la sociedad) y hacia dentro (a sus militantes) la imagen de unos individuos alienados de su propio cuerpo que no eran dueños de sí mismos, sino de alguna forma propiedad del movimiento. Cuerpos que debían, por lo demás, estar libres de taras, para transmitir una imagen de virilidad, salud y juventud. De ahí que individuos con alguna discapacidad, aunque se tratase de veteranos de guerra, tuviesen prohibido portar el uniforme y que, mediante una disposición de agosto de 1927, se estableciese un límite de edad en los 35 años para los SA regulares; los mayores de esa edad podían incorporarse a unidades de reserva de las SA (Homberger, 2014: 92).

En marzo de 1934 entró en vigor una nueva disposición sobre uniformes, de 72 páginas de extensión, donde se podía leer una idea sobre la que ya habían insistido con anterioridad según la cual «El traje de servicio es una prenda de honor. Cada uno de sus portadores representa al movimiento en la esfera pública», por lo que se les exigía cuidado y limpieza. Solo quien estuviese en posesión de un carnet válido de las SA estaba autorizado a vestirlo; hacerlo sin pertenecer a ellas estaba castigado con hasta dos años de cárcel [120] .

Así pues, como muy tarde a partir de 1926, y hasta el ocaso del Tercer Reich, el color pardo de la camisa estuvo asociado al movimiento nacionalsocialista.

7. Vampirismo simbólico nazi

El avance de los paramilitares nazis vino acompañado de un despliegue simbólico adicional que resultaba fundamental para cohesionar a sus filas y, al mismo tiempo, para diferenciarse del entorno político. La guerra civil latente que libraron en la calle con los izquierdistas durante la República de Weimar tuvo mucho de guerra simbólica. Socialdemócratas, pero sobre todo comunistas y hitlerianos, se batieron en la calle por símbolos; por ellos murieron y por ellos mataron.

El acceso de las masas a la política en Occidente en la segunda mitad del siglo XIX y la primera del siglo XX al compás de la expansión de la democracia liberal vino acompañado por la invención y despliegue de un arsenal simbólico por parte de los movimientos políticos y sociales que

concurrían por atraerse el favor de la ciudadanía. Las sociedades occidentales asistieron a una «inflación de símbolos» (Korff, 1993: 111). Los símbolos se convirtieron en un instrumento imprescindible para estimular, orientar y canalizar la participación política, bien fuese en la política institucional gracias a la progresiva extensión del sufragio, bien en la política de calle mediante la exhibición del número en la esfera pública, es decir, mediante la movilización (o ambas estrategias utilizadas de forma combinada). Si de lo que se trataba para el ideal democrático era de poner la política al alcance de todo el mundo y de incorporar al proceso colectivo de toma de decisiones a los sectores de la sociedad hasta entonces excluidos, los movimientos en liza tenían que simplificar lo político. En sociedades con sectores importantes de la población con un acceso limitado a la forma de comunicación escrita, como en gran medida eran las occidentales hasta el siglo XX , la comunicación simbólica ensanchaba su participación en la configuración del todo social. En sociedades con altos niveles de analfabetismo, los emprendedores políticos del movimiento obrero, del nacionalismo y del totalitarismo en sus diferentes variantes, por citar a los tres movimientos sociales llamados a desempeñar un papel de capital importancia en la nueva estructura de oportunidad política de la época, los elementos simbólicos resultaban ingredientes insoslayables para acercar la política a la ciudadanía. En una medida imposible de ponderar, los símbolos posibilitaron la nacionalización de las masas. Los movimientos sociales que pujaban por ganar en penetración entre la población no tenían otra opción más que forjar culturas políticas y prácticas simbólicas propias. Se hizo imperativo para ellos, pues, confeccionar códigos para simplificar y condensar la complejidad intrínseca a los programas e ideologías políticas; solo así podrían resultar accesibles a la población general.

El movimiento obrero, los nacionalistas y, después de la Primera Guerra Mundial, también los movimientos de tinte totalitario que proliferaron por toda Europa, enseguida se dotaron de sus particulares bosques simbólicos. El movimiento ligado a los trabajadores fue pionero en este sentido, y con el paso de los años forjó tres símbolos todavía hoy identificados con esa tradición: la bandera roja, el Primero de Mayo y *La Internacional* . Empezó a hacer suyo el color rojo en su enseña alrededor de 1848 para distinguirse de los burgueses revolucionarios, color que, por lo demás, hundía sus raíces en la tradición jacobina; a partir de 1890 celebró ritualmente cada año el Primero de Mayo como fiesta internacional del trabajo; y, por cerrar la

relación de sus símbolos centrales, convirtió *La Internacional* en su himno a partir de su adopción en 1896 por el Partido Socialista Francés. Por añadidura, en la década de 1920 comenzó a extenderse el saludo con el puño cerrado como respuesta al saludo romano adoptado por los fascistas italianos y apropiado inmediatamente por sus homólogos alemanes como «saludo alemán» (Korff, 1992; Allert, 2005). En general, estos símbolos privativos del movimiento obrero surgieron, no como una acción deliberada ni diseñada por mente rectora alguna, sino como fruto espontáneo de la contienda política y de la escenificación de rituales de solidaridad y de protesta tales como marchas, manifestaciones, asambleas o mítines, es decir, de actos que implicaban, ayer igual que hoy, una copresencia física de individuos alrededor de un objeto de interés compartido. No conviene, pues, pasar por alto el valor de los rituales políticos, incluidos los rituales de protesta y los rituales funerarios, como productores de símbolos, puesto que «los rituales generan símbolos; la experiencia en rituales inculca esos símbolos en la mente y memoria individuales» (Collins, 2004: 44).

Distinta ha sido, al menos en su impulso inicial, la genealogía de símbolos ligados a distintos movimientos totalitarios y/o nacionalistas, que asumieron de inmediato los diseños representacionales sancionados por sus líderes fundadores. En estos casos no se trata tanto de símbolos surgidos desde abajo, a impulsos de un movimiento y de forma no dirigida, como de símbolos ideados por líderes con nombre y apellidos. En el País Vasco finisecular, Sabino Arana dotó al nacionalismo vasco del núcleo de un universo simbólico integrado por una denominación del país que aspiraba a desgajar de España, al que bautizó con el neologismo de *Euzkadi* , una bandera bicrucífera, la *ikurriña* , y un himno, el *Eusko Abendaren Ereserkia;* en la década de 1930 su hermano, Luis Arana, resultará clave a la hora de fijar la festividad del *Aberri Eguna,* el Día de la Patria Vasca, coincidiendo con el Domingo de Resurrección (De Pablo *et al.,* 2012). De forma simultánea al fundador del nacionalismo vasco, Theodor Herzl, el fundador de otro movimiento nacionalista, el sionista, defendió en 1895 en los siguientes términos la necesidad de dotar al nuevo movimiento de una bandera: «No tenemos bandera. Nos hace falta una. Cuando se trata de guiar a muchos hombres, hace falta elevar un símbolo sobre sus cabezas» (1988: 104).

La política simbólica llevada a cabo por un actor no explica en sí misma y por sí sola su actividad política, pero sí que resulta imprescindible para su

comprensión. Desde su momento fundacional, el nacionalsocialismo se dotó de un rico arsenal simbólico para ser desplegado en la contienda política. En la medida que servían para movilizar y cohesionar a la masa, las cuestiones simbólicas tuvieron gran importancia para el movimiento encabezado por Hitler, quien reconoció su importancia al afirmar que «un símbolo efectivo puede convertirse en cientos de miles de casos en el primer estímulo para el interés por un movimiento» (1943 [1925/1926]: 555). Para él, «banderas y estandartes, distintivos y colores eran fuerzas mágicas y medios para el dominio de la masa» (Paul, 1990: 165). De alguna manera, la forja de un arsenal simbólico propio fue una reacción a las formas de comunicación simbólica del movimiento obrero, que tanto había impresionado a Hitler en su juventud. En sus años de Viena, Hitler se percató, admirado, de la capacidad de movilización de la clase obrera y, justo al acabar la guerra en mitad de un proceso revolucionario, también durante una de sus estancias en Berlín, cuando presenció una manifestación socialdemócrata con «un mar de banderas rojas, brazaletes rojos y flores rojas que daban a la concentración, con una participación estimada en 120.000 personas, una apariencia exterior en verdad imponente» (1943 [1925/1926]: 43, 552).

Para pergeñar sus símbolos, Hitler y su movimiento bebieron de distintas fuentes: del espectro *völkisch* (ahí tiene su origen la esvástica, *el* símbolo nazi por antonomasia), del fascismo italiano (del que adoptó el saludo romano y el águila), de la naturaleza romantizada (por ejemplo, la flor Edelweiss y el roble) o de la tradición germánica (Sigfrido). A ellos hay que sumar otros símbolos de cosecha propia: la figura del propio Hitler, la bandera, el color pardo, Múnich, *Mein Kampf* , el 9 de noviembre, Horst Wessel, etcétera. La violencia callejera coprotagonizada por las SA durante la República de Weimar resulta ininteligible sin reparar en los símbolos como detonantes y catalizadores frecuentes de enfrentamientos. Los miembros de cada movimiento portaban símbolos (estrellas rojas, esvásticas, etc.) que eran al mismo tiempo marcadores de pertenencia y de fronteras. En el caso de los «soldados políticos» nazis, en sus marchas y desfiles, en sus actividades de propaganda, en su día a día en los *Sturmlokale* y sus aledaños, por los símbolos mataron y por ellos dieron la vida. Merece la pena, pues, detenerse en esta dimensión de la contienda política, porque la conquista de la calle inscrita en el programa nazi resulta

indisociable del ahínco por hacer valer los símbolos propios y por desterrar los enemigos.

En la cosmovisión nazi, la bandera y el resto de símbolos que condensaban su ideología estaban impregnados de un carácter sagrado que impelía a sus militantes a batirse por ellos y, llegado el caso, a sacrificar la vida. De la amplia gama de símbolos del nacionalsocialismo (Sala Rose, 2003), en lo que sigue nos centraremos en una familia específica de símbolos suyos, en concreto en aquellos que fueron vampirizados a la tradición de izquierdas. Hablamos de símbolos estrechamente ligados a la historia del movimiento obrero que fueron «ocupados» y resignificados por los nazis en un sentido que poco o nada tenía que ver con el que habían fijado sus «inventores». Al usurparlos, aspiraron a capitalizar el potencial integrador y movilizador de símbolos tradicionalmente asociados a la clase obrera y, de ese modo, atraer a sus filas a los trabajadores.

Nos fijaremos en tres instancias de vampirismo, como muy pronto detectó Franz Neumann (2009 [1945]:193): el color rojo de la bandera nazi; la festividad del 1 de Mayo y la música. Prestar atención a las dinámicas competitivas por la apropiación de símbolos constituye un ejercicio que arroja luz a la lucha por el espacio político durante la República de Weimar.

7.1. «Viento hecho visible»: la bandera nazi

La bandera era, para los nazis igual que para cualquier movimiento erigido en religión política, mucho más que un tejido. «El soldado —escribió Émile Durkheim— que cae defendiendo su bandera con seguridad no cree haberse sacrificado por un trozo de tela» (2001 [1912]: 173). En la medida que traía a la mente de sus seguidores una realidad, condensada en la patria, para ellos la bandera *era* realidad. Así se explica que un escrito de las SA fechado en 1929 sobre el comportamiento en la calle y en mítines recogiese el siguiente mandato: «En el regreso a casa tras haber participado en algún acto, todo hombre de las SA debe protegerse de provocadores, pero ante ataques tiene que defender su pellejo con bravura. Las banderas de las SA merecen especial protección» [121] .

Hitler incidió en *Mein Kampf* en el valor de la enseña para un movimiento que arrancaba su andadura: «El movimiento carecía hasta entonces [agosto de 1920, cuando fue adoptada oficialmente en una jornada del NSDAP celebrada en Salzburgo. Nota: J. C.] de símbolos del partido, y

tampoco tenía una bandera. La falta de dichos símbolos no solo tenía inconvenientes momentáneos, sino que de cara al futuro resultaba insoportable. Los inconvenientes estribaban sobre todo en que a los camaradas del partido les faltaban los signos exteriores de su pertenencia grupal» (1943 [1925/1926]: 551). Urgía, pues, inventar una bandera para la nueva formación política. La opción elegida por Hitler consistió en una esvástica encerrada en un círculo, todo ello sobre fondo rojo: «En tanto que nacionalsocialistas, en la bandera vemos representado nuestro programa. En el rojo contemplamos el pensamiento social del movimiento, en el blanco el nacionalista, en la esvástica la misión de la lucha por la victoria del hombre ario, así como la victoria del pensamiento del trabajo productivo, que siempre ha sido antisemita y seguirá siendo antisemita» *(Ibid.* : 557). Cualquier coetáneo habría sabido relacionar la elección de Hitler de esos colores con la bandera imperial, atribuida a Bismarck, quien habría combinado en ella los colores negro y blanco de la bandera prusiana con el blanco y rojo de las ciudades hanseáticas. Fue la bandera que hizo suya el espectro conservador durante Weimar, frente a la negra-roja-dorada republicana, heredera de los movimientos emancipadores decimonónicos en el país (Buchner, 2001: 106 y 63-67). Hitler oficializó en la «Biblia» del nacionalsocialismo los colores y composición de la enseña nazi, pero la idea la había puesto en circulación él mismo varios años antes. En una de las reuniones semanales de las SA en Múnich adelantó una explicación para los colores de la bandera, casi en los mismos términos que reproduce más tarde en *Mein Kampf* [122] . ¿O acaso no fue él quien tuvo la idea original de recurrir a dichos colores? Al parecer, los carteles anunciadores del acto del DAP en Múnich el 24 de febrero de 1920, en el que se proclamaron los 25 puntos del ahora renombrado NSDAP, estaban dominados por vez primera por el color rojo con el fin de atraer la atención y de provocar al espectro izquierdista (Thamer, 2018: 71-72).

La esvástica incorporada en la bandera, en tanto que simbolización del racismo, soliviantaba a sus adversarios. También la apropiación del color rojo, sentido como propio por el movimiento obrero, contribuyó a encender las pasiones hasta el extremo de dar la vida por defenderla (o por atacarla). El escritor Jan Petersen resumió tras el ascenso nazi al poder el estado de ánimo de muchos socialdemócratas y comunistas al ver vampirizado el color rojo en la bandera nazi: «Nuestra calle [una calle en Berlín de hegemonía comunista. Nota: J. C.] siempre ha tenido banderas. Rojas. No

como otras, que han robado su rojo» (2013 [1936]: 126). Y ante el robo del color solo cabía la autodefensa para restituirlo al lugar que le correspondía: al campo simbólico de las izquierdas.

Goebbels fue algo más explícito que Hitler al apuntar a la bandera como símbolo condensador del proyecto totalitario nazi. Con ocasión de una «consagración de la bandera» celebrada en el Ministerio de Ilustración Pública y Propaganda el 4 de julio de 1933 se dirigió a sus feligreses en los siguientes términos:

> Cuando ustedes se adhieren a esta bandera, se adhieren a los ideales nacionalsocialistas. Saben asimismo que el nacionalsocialismo no es ninguna afición privada que se desempeñe después del trabajo, que no solo se cumple leyendo la prensa nacionalsocialista o acudiendo de cuando en cuando a sus mítines. El nacionalsocialismo es una tarea que ocupa el conjunto de la vida, algo que todos tenemos que tener claro: por la mañana, al despertarnos, empieza mi misión nacionalsocialista y acaba a la noche, al acostarme (1934: 180-181).

El contrato de afiliación que firmaban los aspirantes a engrosar las filas locales de las SA en Múnich a comienzos de la década de 1920 recogía expresamente en su primer punto la prominencia de la bandera: «Me comprometo mientras viva con lealtad inquebrantable con el programa de nuestro movimiento, con servir a nuestro Führer y con la adhesión a nuestra bandera» [123] . Rosenberg, por su parte, tenía claro que «con una bandera se conduce a millones de personas a la lucha […] Eso representa la esvástica negra, el signo germánico de la raza y el signo de la lucha por los valores de nuestro ser nacional» [124] .

Donde unos líderes nazis subrayaban el significado racial de la bandera, otros destacaban el social: «El símbolo de la comunidad sin clases de nuestra juventud es la bandera de las Juventudes Hitlerianas, que es la bandera del nacionalsocialismo y la bandera de Adolf Hitler», según Von Schirach (1934: 78). Él mismo compuso una canción titulada «La bandera», en la que repetía: «santificas hasta al pecador que muere por ti» y «quien cae por ti, será modelo en ti» (Bajer, 1935: 83). La canción por excelencia vinculada al nacionalsocialismo, la Canción de Horst Wessel, himno oficial del régimen junto a la *Deutschlandlied,* llevaba la bandera por bandera (valga la redundancia) desde su primera estrofa: «¡Altas las banderas!» *(Die Fahne hoch!).*

Kurt Tucholsky, un escritor y publicista de izquierdas, pacifista y judío, y azote del nacionalismo en general y de su versión alemana en particular, subsumió con su mordacidad característica el espíritu de la época y su

relación con las banderas: «Cada individuo tiene un hígado, un bazo, dos pulmones y una bandera. Los cuatro son fundamentales para la vida. Hay individuos sin hígado, sin bazo o con un pulmón; individuos sin bandera no existen» [125] . Como quiera que sea, nazis, bandera, esvástica y color rojo eran indisociables.

La defensa de la bandera propia (y la destrucción de la enemiga) se convirtió en un detonante cotidiano para el enfrentamiento entre grupos políticos enemigos durante la República de Weimar. El despojo de un símbolo equivalía a mancillar la ideología que condensaba; su defensa era construida como un acto heroico digno de pasar a los anales de la historia del movimiento. Georg Hirschmann, miembro de las SA en Múnich, falleció en 1927 cuando acudía a un mitin de Hitler junto con varios correligionarios que resultaron atacados por varios izquierdistas que pretendían arrebatarles la bandera con la esvástica (Casquete, 2017: 69-84). La historia de la Tropa de Asalto 33 de Berlín recoge varios episodios de defensa de la bandera construida como épica. Uno de tales episodios discurrió en la ciudad brandemburguesa de Cottbus en enero de 1927. Una «horda» de comunistas arremetió contra el portabanderas nazi, pero este y sus compañeros se defendieron con bravura hasta repelerlos. Un año más tarde, el SA Maikowski habría exhibido una conducta heroica en defensa de la bandera. A su regreso a casa después de asistir a un acto político en el Palacio de Deportes habría sido atacado por cinco comunistas para arrebatarle la bandera. Consiguió salvarla, pero a costa de perder su bicicleta, que le fue robada (1938 [1933]: 14 y 25). Asimismo en Berlín, en agosto de 1931 un grupo de 40 personas, al parecer comunistas, atacaron un *Sturmlokal* y se llevaron como botín de guerra la esvástica que ondeaba en la puerta [126] . A partir de junio de ese mismo año, las autoridades policiales intentaron poner coto a la violencia mimética mediante una disposición dirigida a los regentes de los locales de reunión político de uno y otro signo:

> Mediante la presente, y en base al artículo 14 de la ley administrativa policial del 1 de junio de 1931 […] le prohíbo la exhibición pública de banderas de partido que permitan identificar de cara al exterior a su establecimiento como lugar de reunión de partidos políticos, puesto que la exhibición de tales banderas ha dado pie a enfrentamientos entre enemigos políticos y a actos de violencia y, en consecuencia, suponen en la actualidad un peligro para la seguridad y el orden públicos [127] .

Alzar la bandera en los lugares más elevados posibles, como chimeneas y árboles, fue una práctica habitual, sobre todo entre los comunistas, que

veían en la enseña roja dominando la calle una prefiguración del nuevo orden (Mallmann, 1996: 239). Pocas veces fue más literalmente cierto que en estas lo que Elias Canetti dijo sobre las banderas, que eran «viento hecho visible» (1992 [1960]: 95). Por lo demás, el significado que adquiría la bandera para los comunistas no era en esencia diferente al de los nazis. La consagración de la bandera era un acto ritual de su liturgia. En la jura de la bandera de la RFB se recitaba el siguiente juramento: «Juramos: / ¡Nos santifica la lucha de clases y el amor de clase! / ¡Por voluntad propia nos une un juramento! / Creemos en la victoria de la bandera roja / Combatimos por la dictadura del proletariado». El último verso de una jura de estandartes en Berlín en 1925, asimismo de la RFB, estrechaba la distancia en este sentido entre ambos: «Vivimos o morimos por ti, bandera roja de la dictadura del proletariado» (Mallmann, 1996: 226; Wirsching, 1999: 248-249).

La enseña nazi era un objeto investido de sacralidad. Pero, igual que en su ideario un pueblo no es igual a otro, ni un individuo en el seno de una misma «comunidad nacional» igual a otro, tampoco todas sus banderas cotizaban igual. De entre todas ellas hubo una que adquirió especial relevancia para el nacionalsocialismo, hasta erigirse en un elemento sagrado de su religión política: la *Blutfahne* o «bandera de sangre». Su artífice en primera instancia fue Heinrich Trambauer [128] . Su trayectoria fue la de muchos correligionarios suyos de primera hora. Natural de Núremberg y huérfano de padre y madre de niño, a la edad de 18 años se presentó voluntario al frente, para sumarse acto seguido a los *Freikorps* que sofocaron la rebelión consejista en la capital bávara. Como muy tarde en 1922 ya era miembro del NSDAP y de las SA, en 1926 también de las SS. Durante el *Putsch* asumió la responsabilidad de portar la bandera de la 6.ª compañía del Batallón II de las SA. Con el estallido de los disparos de la policía a la altura de la Feldherrnhalle contra los golpistas, Trambauer se arrojó al suelo, cubriendo la bandera con su cuerpo en espera de encontrar el momento óptimo para emprender la huida, puesto que «salvar la bandera me era más importante que la vida» (en Orth, 2012: 214). En esos instantes en que la bandera estuvo en contacto con el suelo se impregnó de la sangre de un correligionario herido de muerte. En febrero de 1925 el responsable de la 6.ª compañía de las SA transfirió la bandera a Hitler, quien ordenó grabar en un nuevo mango los nombres de los tres miembros de dicha compañía fallecidos. Durante su alocución en las primeras jornadas del

partido celebradas en Weimar en julio de 1926, Hitler se refirió por vez primera a la bandera en cuestión como la «bandera de sangre», cuña que se consolidó rápidamente en sus filas. A partir de entonces la «bendición» de las nuevas banderas y estandartes de las SS formó un punto fijo del programa de las jornadas del partido en Núremberg durante la jornada de homenaje a los mártires del movimiento, así como de las conmemoraciones cada 9 de noviembre en Múnich; la fuerza mística atribuida a la bandera de sangre era así transferida a las nuevas unidades del movimiento, cuyos miembros quedaban vinculados en una suerte de *unio mystica* con los primeros mártires del movimiento.

Trambauer se mudó a Brandeburgo en febrero de 1927. En 1929 regresó a Múnich, después de residir en varias ciudades del norte de Alemania, donde prosiguió su compromiso con la causa aria. Para entonces la función de portabanderas oficial de la «bandera de sangre» la había asumido Jacob Grimminger, quien se desempeñó por vez primera en 1927 en Solln y hasta octubre de 1944 con ocasión del despliegue en Múnich de la última unidad militar destinada al combate. Él fue su encargado en todas las jornadas del partido, así como en otras ocasiones de menor relevancia.

7.2. El 1 de Mayo, «Día Nacional del Trabajo»

En tanto que ocasiones institucionalizadas para fundamentar y fomentar una pedagogía del recuerdo, los calendarios vinculan a los grupos sociales y preservan sus fronteras sistémicas. Es esta una idea en la que han insistido diferentes especialistas en sociología de la memoria, empezando por Maurice Halbawchs (él mismo víctima de la barbarie nazi, puesto que fue internado y falleció en el campo de Buchenwald), para quien «las fechas y divisiones astronómicas del tiempo están cubiertas de divisiones sociales, de tal modo que desaparecen progresivamente y la naturaleza deja cada vez más a la sociedad que sea ella la que organice el tiempo» (1997: 144). Si, como sostuvo el sociólogo francés, en toda sociedad conviven múltiples memorias colectivas, entonces no sorprenderá que cada grupo de memoria forje un ciclo temporal para su uso particular: «en realidad, no hay un único calendario, externo a los grupos y al que se remitan todos. Hay tantos calendarios como sociedades distintas» *(Ibid.* : 173).

Sociólogos e historiadores han insistido en que el calendario es sobre todo un objeto social, y subrayan la profunda ligazón existente entre la

organización del tiempo y la formación de grupos sociales (Le Goff, 1991: 184-226; Zerubavel, 2003). Compartir un mismo «mapa temporal» es un poderoso agente cohesionador a la vez que disgregador. Por un lado, quienes confeccionan y sancionan el calendario oficial (autoridades religiosas primero, civiles lastradas por lo religioso ya en la era contemporánea) disfrutan de un control indirecto del ritmo de trabajo, del tiempo libre y de las fiestas, todo lo cual acentúa el carácter diferencial del grupo en cuestión, del «nosotros», y contribuye a dibujar las fronteras con los «extraños», con «ellos», con quienes trabajan, descansan y rinden culto a sus divinidades en otras fechas. La actividad conmemorativa es por definición una actividad social, política y cultural. Diferentes memorias grupales concurren por forjar el calendario que, al final, es el destilado de intensos debates, luchas y, como en el caso de los regímenes totalitarios, de la eliminación de rastros de otros calendarios alternativos (Gillis, 1994; Etzioni y Bloom, 2004). En ese sentido, «la historia del calendario es una historia del poder» (Schmidt, 2000: 36).

Si las fechas conmemorativas son «monumentos en el tiempo» (Assmann, 2005), entonces los republicanos durante Weimar fueron unos pésimos arquitectos, y los nazis, magníficos. El Día de la Constitución cada 11 de agosto a partir de 1921, en mitad del verano, nunca gozó de un amplio apoyo social ni político; de hecho, la festividad ni siquiera llegó a ser ratificada por el Reichstag (Buchner, 2001: 301-360; Achilles, 2010). El escaso entusiasmo que despertó la conmemoración prefiguró en cierta medida la suerte de la República, que careció de un despliegue ritual capaz de vehicular los valores centrales del orden democrático (Mosse, 1987: 109; Ziemann, 2011: 11-12). La organización que más se volcó en la celebración fue la *Reichsbanner* (Swett, 2000; Ziemann, 2011; 2013). Sus integrantes, provistos de antorchas, reiteraban en el curso de la celebración el siguiente juramento: «Alemania, República, juramos / La última gota de sangre ha de ser para ti» (en Sandvoß, 1998: 21).

Los nazis confeccionaron un calendario conmemorativo, como por lo demás todo calendario, que establecía una «moratoria en la cotidianeidad» (Marquard, 1988), pero en última instancia para representar y escenificar a la «comunidad nacional». De forma análoga al calendario cristiano, el nacionalsocialismo estableció un calendario con las «Festividades en el curso del año nacionalsocialista», cuya organización dependió del Ministerio de Ilustración Pública y Propaganda de Goebbels, con la

salvedad de las Jornadas del Partido en Núremberg a principios de septiembre, en las que intervenían Albert Speer y otros responsables del movimiento. Esos días de moratoria festejaban desde los solsticios de verano y de invierno a fechas señaladas de la historia del movimiento nacionalsocialista, como el Día de la Conquista del Poder cada 30 de enero, el anuncio del programa del partido cada 24 de febrero, el Día de los Héroes el 16 de marzo, las Jornadas del Partido a principios de septiembre en Núremberg o, especialmente señalado, el Día de Recuerdo por los Caídos del Movimiento cada 9 de noviembre (Vondung, 1971: 74-87; 2013: 90-91). Es remarcable el papel que, en el marco del calendario festivo del movimiento nacionalsocialista, asignaron al culto cíclico a sus muertos. Dos de las fechas marcadas en rojo en su calendario tenían como función rendir pleitesía a los caídos por la patria: el Día de los Héroes y el Día de Recuerdo por los Caídos del Movimiento, esta última «sin duda la jornada más solemne del año celebratorio nacionalsocialista» (Vondung, 2013: 69; asimismo, Paul, 1990: 128) [129] .

En este frenesí conmemorativo hay que encuadrar la festividad del 1 de Mayo. Junto con el Día de los Héroes y el Día de la Cosecha cada primer domingo después de San Miguel (29 de septiembre), el 1 de Mayo integró el núcleo de las festividades oficiales del Tercer Reich de carácter «nacional» (esto es, no ligadas al calendario religioso, como son la Navidad y la Semana Santa), todas las cuales implicaban un cese de las actividades laborales y escolares (Reichel, 2006: 266-268) [130] .

La idea original de celebrar un día internacional de la clase trabajadora se remonta a una reunión de la Segunda Internacional en París en julio de 1889. El detonante de la celebración, sin embargo, hay que buscarlo en Estados Unidos. Varios trabajadores resultaron muertos en Chicago a consecuencia de la intervención policial en el marco de la reivindicación de la jornada laboral de ocho horas. En su origen se trató de una fecha destacada por las diferentes corrientes en el seno de la clase obrera para subrayar la solidaridad derivada de una misma condición socioestructural en las relaciones de producción capitalista, por encima de su nacionalidad.

Los nazis resignificaron la fecha hasta hacerla irreconocible a ojos de sus inventores. Goebbels anotó en su diario en 1932: «Los rojos se manifiestan el 1 de mayo […] Será también la última vez que digan ni media palabra. El año que viene es probable que les mostremos cómo se festeja algo así» (2004, 2/II: entrada del 1 de mayo de 1932). Tan pronto como se hicieron

con las riendas del Estado declararon el 1 de Mayo como fiesta oficial remunerada. Vaciado ya de su impronta internacionalista original, su denominación en primera instancia fue la de Día del Trabajo Nacional. Goebbels, que participó activamente en la organización de la jornada, anotó en su diario en vísperas de la primera celebración de la fecha en Berlín bajo la égida totalitaria en 1933: «El 1 de Mayo será un acontecimiento de masas como nunca se ha visto en el mundo» (2006, 2/III: entrada del 28 de abril de 1933). Según la prensa local, bajo el eslogan de «¡Honra el trabajo y cuida de los trabajadores!» se congregaron millón y medio de personas en el Tempelhofer Feld (Lauber y Rothstein, 1983; Elfferding, 1989: 56). En uno de los primeros experimentos de simultaneidad mediática en Alemania, los discursos de Hitler y Goebbels fueron emitidos por radio y en muchos lugares del Reich puestos al alcance de la ciudadanía a través de altavoces instalados en plazas (Wildt, 2019: 209-210). Ese día brilló el sol; Goebbels se congratuló por el «tiempo de Hitler» (2006, 2/III: entrada del 1 de mayo de 1933). Al día siguiente, efectivos de trabajadores nazis de la NSBO ocuparon las sedes de los sindicatos en todo el país, poniendo de paso fin a la libertad de asociación sindical. Un año después, con el movimiento obrero ya anulado y «asimilado», la festividad fue rebautizada como Festividad Nacional del Pueblo Alemán.

La vampirización de la fecha al movimiento obrero no fue la única que tuvo lugar en el marco de esta festividad. En un pin oficial del año 1934 con motivo del 1 de Mayo podía contemplarse una hoz y un martillo, no cruzadas como en la composición comunista, sino en disposición paralela. Entre ambas herramientas de trabajo, símbolos del campesinado y del obrero industrial, figuraba un busto (una mezcla de Goethe y de Gerhart Hauptmann) simbolizando el trabajo intelectual. Debajo del busto figuraba un águila imperial con la esvástica en sus garras (Hartwig, 1976). En los años siguientes no se repetirán los intentos de apropiarse de este símbolo (ni de otros) de la clase obrera consciente, por una sencilla razón: esta ya estaba anulada merced a una brutal represión.

Precisamente coincidiendo con la efeméride de 1934, Rosenberg publicó un artículo en el *Völkischer Beobachter* que dejaba bien a las claras las líneas maestras de la nueva reinterpretación ultranacionalista de la fecha. El recién nombrado director de la Oficina de Asuntos Exteriores del NSDAP arrancó el artículo reivindicando la festividad para la cosmovisión nacionalista: «Desde hace muchos siglos el pueblo alemán celebra el

primero de mayo como el comienzo de la primavera […] Como en tantos otros casos, y en el marco de un extrañamiento creciente de las masas de las metrópolis mundiales de los ciclos naturales, el movimiento marxista tuvo éxito en falsear la jornada y en hacer de ella un día para la lucha de clases, en lugar de en un día para la paz». En una muestra más de la dicotomización del universo social y moral característica de la cosmovisión nazi, Rosenberg denunció que los representantes del movimiento obrero no hacían sino enfrentar a «una parte de la nación contra la otra». Resultaba imperativo, por tanto, «reconquistar la festividad», convertirla en «un día de la hermandad nacional» y ponerla al servicio de aquello a lo que «todos nosotros tenemos que servir: Alemania» (Rosenberg, 1939: 90-92).

A partir de 1933 las organizaciones obreras y los símbolos ligados a su tradición fueron «prohibidos y liquidados, o "nacionalizados"» (Korff, 1993: 113; asimismo, Korff, 1989). El 1 de Mayo fue uno de los símbolos «nacionalizados» y rellenados de un significado radicalmente enfrentado al pretendido por sus portadores anteriores.

7.3. Al son de los rojos: música en las SA

Desde el movimiento obrero al nacionalista, desde el feminista al movimiento por los derechos civiles en EE. UU., la música y las canciones han desempeñado un papel fundamental en aglutinar a la ciudadanía e incorporarla a la vida política moderna.

Cuando de fraguar un cancionero propio se trata, igual por lo demás que otros símbolos, los movimientos sociales descansan sobre los hombros de tradiciones precedentes. El nacionalsocialismo no fue ninguna excepción a esta práctica de recurrir de forma selectiva al cancionero preexistente para cohesionar y movilizar a sus militantes y simpatizantes, bien que con una particularidad: entre otros bebederos musicales, también recurrieron a la tradición de izquierdas, a la que vampirizaron canciones para adaptarlas a su ideario. Igual que con el color rojo y con el 1 de Mayo, los nazis vampirizaron al movimiento obrero una parte de su capital movilizador; tocaron su misma música y entonaron variaciones de canciones del repositorio musical del movimiento obrero.

La música y las canciones fueron un recurso usado intensiva y extensivamente por las SA en sus marchas de propaganda en pueblos y ciudades. A finales de 1932 se contemplaba que todo *Standarte* (entre 1.200

y 1.500 integrantes) contase con una banda de música de al menos 24 integrantes, y todo *Sturmbann* (entre 250 y 600 miembros) con una banda de tambores y silbatos *(Dienstvorschrift für die SA der NSDAP,* Heft 1, 1932: 49-50). Se trató de un elemento consustancial a su autopresentación pública desde su mismo momento fundacional, clave en todo caso para explicar su éxito. Así lo reconoció de forma retrospectiva un musicólogo afín: «la esencia de las SA y de su lucha, antes igual que ahora, se habría quedado a mitad de camino si no fuera por las canciones» (Lauer, 1939: 3).

El informe policial de la primera reunión de las SA de que tenemos noticia se celebró el 19 de octubre de 1921. Refiere que un grupo de sus integrantes se dirigió a la estación de Múnich agrediendo a ciudadanos judíos (o de apariencia judía) al son de «canciones antisemitas» [131] . No se trató de una práctica improvisada, ni tampoco circunstancial. Un borrador con las directrices para la constitución de una tropa de asalto fechado en 1922 destacaba la importancia que tenía el cántico de «marchas militares» para el «fomento de la camaradería» [132] . Pocos años después, un artículo aparecido en una publicación dirigida por Goebbels exhortaba al aprendizaje de canciones populares [133] . Todo apunta a que la estrategia rindió réditos. De forma retrospectiva, una antigua dirigente de la Liga de Muchachas Alemanas *(Bund Deutscher Mädel,* BDM) recordaba el Tercer Reich como una «dictadura cantante»: «Se cantaba todo el rato. Durante las marchas en los pueblos, en el campamento, alrededor del fuego, al levantarnos...» (en Niedhart, 1999: 5).

Un musicólogo nazi apuntó a finales de la década de 1930 que durante los «años de lucha» la música cohesionó a los integrantes de las SA y «debilitó e incluso liquidó antes de un discurso [de un nazi. Nota: J. C.] todo odio y cualquier resistencia» (Ständer, 1939: 3). Hans Bajer, otro musicólogo de cabecera del movimiento, identificó tres fuentes de las «canciones de lucha» que entonaban los batallones pardos [134] . Acorde con el espíritu en que los nazis enmarcaban la música, el título de su artículo era «Las canciones hacen la historia» (1939: 589 y ss.):

1. Canciones de los «soldados del frente».
2. Canciones de otros espectros políticos, de dos en particular:
    a. *Freikorps* y organizaciones defensivas nacionales.
    b. Organizaciones izquierdistas.

3. Canciones con origen en las filas de las SA.

Fueron variadas, pues, las fuentes de inspiración musicales de las SA en lo que respecta a las canciones de lucha. Así lo reconocieron los propios protagonistas en la época, como Bajer, aspecto en el que coinciden otros autores posteriores (Broderick y Klein, 1999; Dithmar, 1999). Una de las fuentes de sus canciones de lucha, aunque fuese la más exigua en términos numéricos (Bajer, 1939: 592), procedía de las filas socialdemócratas y comunistas. Este en particular era el caso —prosigue Bajer— «allí donde las SA están en combate diario con otras organizaciones políticas, sobre todo con el Frente Rojo y con la *Reichsbanner» (Ibid.* : 592). Los artífices en primera instancia del vampirismo musical (luego tenían que ser sancionadas por los responsables de tropa) eran antiguos militantes del espectro marxista que llevaron consigo piezas musicales al campo nazi. En ocasiones adoptaron sin modificaciones canciones arraigadas en el movimiento obrero, como fue el caso de la canción —importada de Rusia— *Brüder, zur Sonne, zur Freiheit* (Guérin, 1994: 97). Otras veces se imponía la necesidad de adaptar los textos a la nueva cosmovisión. Un ejemplo lo ofrece la canción comunista *Wir sind die erste Reihe (Somos la primera fila),* adaptada al cancionero nazi como *Wir sind die Sturmkolonnen (Somos las columnas de las SA)* (Bajer, 1939: 592-593). Un segundo ejemplo de vampirización es la canción *Roter Wedding* (*Wedding rojo*), compuesta por Erich Weinert en 1929. La versión original decía: «¡Izquierda, izquierda, izquierda! Redoblan los tambores. ¡Izquierda, izquierda, izquierda! Desfila el rojo Wedding». La versión nazi llevaba por título *HJ marschiert (Desfilan las HJ),* y dice: «¡Izquierda, izquierda, izquierda! Redoblan los tambores. ¡Izquierda, izquierda, izquierda, y desfilan las Juventudes Hitlerianas» (Broderick y Klein, 1999: 82). Un último ejemplo es la canción *Sozialistenmarsch* , compuesta por Max Kegel en 1891: «¡Arriba, socialistas, apretad las filas!». La nueva variante llevaba por título *Das Lied vom Nationalen Sozialismus,* cuya primera estrofa había sufrido una ligera modificación: «¡Arriba, hitlerianos, apretad las filas!» *(Ibid.* : 82).

Por resumir este apartado: la violencia política durante la República de Weimar resulta incomprensible sin reparar en su dimensión simbólica, en particular en aquellos símbolos que hemos repasado y que sirvieron de precipitantes para la confrontación mortal entre nazis e izquierdistas en las calles de Alemania. «Los nazis», ha concluido a este respecto Paul, «no

solo robaron a la izquierda el rojo de sus banderas y carteles, sino que también se apropiaron de sus eslóganes, conceptos clave y alegorías» (1990: 257). Inserta en un nuevo entramado político y con nuevos significados, la vampirización de símbolos sirvió a los nazis para proyectar un difuso horizonte socialista en términos nacionalistas que muchos obreros encontraron atractivo.

Excurso: **Ringvereine** *y SA: diferencias y… analogías*

Después de la Primera Guerra Mundial, sectores conservadores y nacionalistas alemanes interpretaron las tasas crecientes de criminalidad y violencia en la vida cotidiana como un indicador de la brutalización de la sociedad, del fracaso del recién instaurado orden democrático para preservar la paz y el orden sociales, y de la incapacidad inherente a la propia modernidad para mantener un orden social armónico. El inframundo criminal vivió una era de esplendor en el conjunto del país durante la República de Weimar, y en particular en su capital. Aun cuando desde una perspectiva comparada ni Alemania ni Berlín fuesen entornos especialmente violentos, para dichos sectores sociales nostálgicos del viejo orden imperial el país atravesaba una fase de criminalidad y depravación insoportable (Elder, 2010).

Ambos mundos, el matonil de las SA y el de la delincuencia organizada, presentan algunas similitudes sobre las que merece la pena abundar. Las diferencias entre ambos eran muchas y de calado, pero tampoco conviene perder de vista algunas similitudes. El hecho de trazar analogías entre el hampa y las Tropas de Asalto puede sorprender a primera vista. Al fin y al cabo, desde su momento fundacional los nazis se presentaron a sí mismos como un movimiento dedicado, entre otras causas que ya hemos repasado (preservación de la pureza racial, el rescate del orgullo patrio, el antisemitismo, la animadversión al espíritu ilustrado), a imponer la ley y el orden en medio del caos reinante en el país tras el fin de la contienda bélica. Congruente con su cosmovisión, el nacionalsocialismo hizo responsable a una supuesta conspiración judeo-bolchevique de los elevados índices de criminalidad del país (Goeschel, 2013: 58). Hitler alimentó en *Mein Kampf* la asociación entre judaísmo e inframundo: «La relación entre judaísmo y prostitución, y más aún con el tráfico de mujeres, podía apreciarse en Viena

como en ninguna otra ciudad de Europa occidental, exceptuando tal vez alguna ciudad portuaria del sur de Francia» (1943 [1925/1926]: 63) [135] .

Las organizaciones criminales de adultos en Alemania se conocieron como *Ringvereine,* aunque no parece que la denominación estuviera consolidada en la época [136] . En tanto que algunos analistas contemporáneos emplearon esa etiqueta (Landsberger, 1929), otros, como el antiguo comisario criminal Ernst Engelbrecht (1931), prefirieron hablar de «asociaciones de malhechores», y otros, en fin, se referían a ellos como «hermandades» (Moreck, 2018 [1931]: 186) [137] .

Surgidas a finales del siglo XIX (algunos historiadores precisan que alrededor de 1890 en Berlín: Hartmann y Von Lampe, 2008: 125), los *Ringvereine* eran asociaciones de exconvictos inscritas formalmente en el registro de asociaciones del Reich que proliferaron a partir de 1920 (Wagner, 1996: 156). A diferencia de las mafias italiana y estadounidense o de las tríadas chinas, que nacen y prosperan en la clandestinidad y el secretismo, los sindicatos del crimen alemanes eran asociaciones legales que, sobre el papel, se dedicaban a la ayuda mutua y a la promoción de actividades culturales (como, por ejemplo, la música) o deportivas entre sus miembros. Ello era parcialmente cierto: la ayuda mutua para el soporte de sus actividades criminales se ajustaba a la verdad. Entre los servicios que prestaban a sus miembros, o «hermanos» *(Brüder)* en su terminología, se contaban los siguientes: prestar ayuda económica a las esposas y novias de miembros encarcelados, asistencia médica, asistencia jurídica cuando algún integrante caía en manos de la justicia, el envío periódico de paquetes con comida a la cárcel, la intimidación de testigos de la acusación en los juicios, el aporte de falsos testigos o proporcionar empleos legales y oportunidades para reengancharse a la actividad criminal una vez recuperada la libertad (Hartmann y Von Lampe, 2008: 114-115) [138] . Los estatutos de 1924 de la organización criminal berlinesa *Immertreu* («Siempre fiel»), que tenía su área de actividad en el entorno de Schlesicher Bahnhof (hoy la estación de tren Ostbahnhof, en el distrito de Friedrichshain), una de las zonas más degradadas de la ciudad, recogían los siguientes fines: «1) La promoción de la amistad y la sociabilidad entre sus miembros; 2) El apoyo en caso de enfermedad y otras urgencias especiales; 3) El apoyo en caso de defunción» (en Landsberger, 1929: 17). Estos fines consignados en sus estatutos eran una mera cortina de humo, una forma de camuflar su verdadera razón de

ser. *Immertreu* , y con ella los sindicatos del crimen, atrajo la atención de la opinión pública a finales de la década de 1920, colocando así en el centro de la discusión el problema de la criminalidad organizada durante la República de Weimar. La noche del 28 al 29 de noviembre de 1928 algunos integrantes suyos y de *Norden,* otro grupo criminal, protagonizaron una multitudinaria pelea con un grupo de trabajadores en la construcción del metro de Berlín que se saldó con un muerto (Landsberger, 1929: 11-16; Engelbrecht, 1929: 83; *Vossische Zeitung,* 31-XII-1928; 5-I-1929; 5-II-1929; Wagner, 1996: 153-154; Wagner y Weinhauer, 2000: 269-271; Hartmann y von Lampe, 2008: 128-131; Goeschel, 2013: 59-61) [139] .

Por la disponibilidad de informaciones sobre *Immertreu* (siempre limitadas; estamos hablando de organizaciones que hacían sus negocios intentando no dejar rastro inculpatorio), y sobre todo porque sus estatutos son muy ilustrativos al respecto, jugará un papel clave en la comparativa que desarrollaremos con las SA, cuyo alcance hay que tomar con muchas reservas y sin ánimo generalizador. El hecho es que otras asociaciones criminales presentaron para su registro estatutos fuera de toda sospecha y homologables con asociaciones perfectamente respetables que no dan pie, formalmente, a una comparativa con las tropas paramilitares del NSDAP. Es el caso de las asociaciones *Libelle* , *Roland* y *Heimatklänge* [140] . En suma, tenemos un conocimiento muy limitado de lo que este tipo de asociaciones decían que hacían, tal y como se recogía en sus estatutos; igual de limitado que lo que sabemos sobre lo que realmente hacían, cuáles eran sus actividades y cómo las llevaban a cabo.

La denominación de *Ringvereine* merece una explicación. Los fines formalmente declarados por los sindicatos criminales en el registro de asociaciones eran variados, desde grupos corales a deportivos a clubs de lotería (Engelbrecht, 1931: 83; Hartmann y Von Lampe, 2008: 111; Goeschel, 2013: 67, 72). Precisamente debido a que algunas de estas asociaciones, como Immertreu, tenían formalmente como objeto el deporte, algunos autores han explicado a partir de ahí la denominación de «Asociaciones de ring», derivado del verbo alemán *ringen, wrestle* en inglés, «luchar» en castellano (Hartmann y Von Lampe, 2008: 127; Goeschel, 2013: 61). Según dichos autores, la denominación de *Ringvereine* se debe a que los sindicatos del crimen camuflaban sus verdaderas actividades registrándose como clubs de lucha libre. La explicación no resulta convincente. En primer lugar porque no todas estas asociaciones

declaraban formalmente que el deporte fuera su razón de ser. Los *Ringvereine Felsenfest* y *Norden,* por ejemplo, estaban registrados como asociaciones de lotería; *Friedrichstadt* era oficialmente un coro masculino (Wagner, 2002: 25; Goeschel, 2013: 67); *Libelle* figuraba como un club de remo; *Heimatklänge,* era una asociación de aficionados a la mandolina; *Roland* se constituyó para fomentar la sociabilidad entre sus miembros. Segundo, hubo asociaciones que sí se registraron como clubs deportivos, como *Immertreu* , que no mencionaba en sus estatutos ni una palabra sobre la lucha libre o, para el caso, sobre el deporte [141] . La misma asociación enfatizaba que sus fines eran «la promoción de la amistad y la sociabilidad entre sus miembros» (art. 2, I), que se alcanzarían no mediante el deporte, sino mediante fiestas de baile, banquetes y funerales (Hartmann y Von Lampe, 2008: 116). Y tercero, si la etiqueta derivara de *ringen* , entonces la expresión habitual es la de *Ringervereine* (que es como de hecho se denominan todavía hoy las sociedades de lucha libre), y no *Ringvereine* [142] . Esta explicación sobre la denominación no es la única que se ha esgrimido. Una segunda, asimismo poco convincente, apunta que el apelativo remite al espacio central de la ciudad que queda dentro de la línea de tren que circunda la parte central de la capital, línea que se conoce como *Ring* (en Guérin, 1994: 165). Cabe una interpretación alternativa para su denominación que resulta más plausible a la luz de la información de que disponemos del sindicato del crimen *Immertreu:* como veremos enseguida, los miembros de la asociación recibían un anillo con sello como símbolo de pertenencia y marcador identitario.

Aunque según algunas fuentes (Goeschel, 2013: 61) sus miembros tenían prohibida por estatutos la comisión de crímenes [143] , en realidad se trataba de asociaciones profesionales del hampa similares a las existentes en otras ciudades y metrópolis en el mundo dedicadas a actividades clásicas de la delincuencia organizada: la prostitución, el tráfico de drogas, la extorsión, el robo, el juego, la gestión de clubs nocturnos, la compra-venta de objetos robados, el tráfico de armas, la falsificación de billetes o los servicios de «protección». La actitud a mantener ante los *Ringvereine* fue objeto de controversia en el seno de la policía. En tanto que algunos oficiales, en particular aquellos de orientación nacionalista, veían en los «hermanos del *Ring»* a peligrosos delincuentes profesionales, otros buscaron cierta cooperación con ellos a modo de agencia regulatoria para mantener bajo

relativo control la criminalidad en los bajos fondos de la capital (Hartmann y Von Lampe, 2008: 122-123; Goeschel, 2013: 63). En este último sentido, hay constancia de asesinos ocasionales o de criminales peligrosos que «iban por libre» que fueron puestos a disposición de la policía por los sindicatos de «hermanos» *(Vossische Zeitung,* 5-II-1929, p. 6).

Durante la República de Weimar hubo *Ringvereine* a lo largo y ancho del país, desde Hamburgo a Múnich pasando por Breslau y Leipzig, pero estaban especialmente concentrados en Berlín. No está claro cuántos clubs de esta naturaleza había, ni tampoco de cuántos miembros cobijaban bajo sus estructuras. Con notable imprecisión, Harmann y Von Lampe sostienen que a finales de la década de 1920 en Berlín actuaban entre «alrededor de 20» a «unos 50» grupos (2008: 111) [144] . Fuentes de la época ofrecen datos incongruentes al respecto de las asociaciones criminales en la capital. A la altura de 1929 el Ministerio del Interior prusiano calculó que en Berlín operaban unos 40 *Ringvereine* (Wagner, 1996: 156-157). Un informe policial de principios de la década de 1930 apuntó la cifra de unas 70 organizaciones con unos 5.000 integrantes (Goeschel, 2013: 61). A ellos habría que añadir otras organizaciones criminales en ciudades como Leipzig, Bremen, Dresden, Hamburgo, Dortmund o Halle (Wagner, 1996: 157). Algunos analistas coetáneos estimaron que a finales de la década de 1920 no eran más de una docena (Landsberger, 1929: 23), mientras que a principios de la década de 1930 Engelbrecht citó por su nombre hasta 24 grupos criminales, y eso que se limitaba a los «más conocidos» (1931: 87). Por último, otro informe policial fechado en 1933 cifró en 85 el número de grupos criminales (Liang, 1977: 164). Como quiera que fuese, Landsberger ofreció unos datos sobre criminalidad en la capital: en el cuartel general de la policía en Alexanderplatz («nuestro excelente Scottland Yard») disponían de un fondo con medio millón de huellas digitales y retratos de unos 40.000 delincuentes [145] . «Un asesinato u homicidio cada tres días —rezaba el balance de Landsberger—, la bronca y la cocaína son el confort sociológico de la capital» (1929: 10).

Ringvereine y Tropas de Asalto (así como el resto de formaciones paramilitares activas en la época, de derechas o de izquierdas) difieren en un aspecto fundamental: en tanto que la organización paramilitar estaba al servicio de una «Idea» intrínsecamente política volcada en reorganizar el país y la sociedad según criterios raciales, los sindicatos del crimen (en particular si se dedicaban a la prostitución) estaban más preocupados por el

control territorial de las zonas donde discurrían sus negocios que por posicionarse en el polarizado clima político de la época: «en general, para los *Ringvereine* el control territorial era más importante que la política»; mejor aún, «constituía el rasgo clave de cualquier *Ringverein* » (Goeschel, 2013: 68, 61). Muchos ciudadanos se mostraron preocupados por la criminalidad creciente en el país tras la Primera Guerra Mundial. Acabar con la delincuencia organizada, en la cosmovisión nazi vinculada al comunismo y el judaísmo, fue una prioridad para ellos y constituyó un tracto de sus ataques a Weimar. Los nazis explotaron una supuesta relación entre comunismo y bajos fondos que, aun siendo verdad en algunos casos, en modo alguno permite establecer una conexión firme.

Lo cierto es que algunas organizaciones criminales de este tipo colaboraron con los comunistas, igual de cierto que otros los combatieron (Goeschel, 2013: 67-68). El primer artículo de los estatutos de *Immertreu* , según el cual «los asuntos políticos y confesionales están excluidos» (art. 1; Landsberger, 1929: 17), señala la indiferencia con que formalmente contemplaban la política. Dichos estatutos, por lo demás, no recogen ni en una sola ocasión el gentilicio «alemán», algo impensable en cualquier documento o escrito surgido de los nazis. Tampoco se hace referencia en ellos a la raza, ni se excluye formalmente a los judíos de pertenecer a la asociación.

Estas diferencias (sustanciales) al margen, es posible identificar una serie de analogías entre ambos grupos. Para ello, pondremos frente a frente los estatutos de *Immertreu* y algunos documentos de las SA que regulaban su praxis:

1. Las sociedades criminales y las Tropas de Asalto eran agrupaciones estrictamente masculinas. Para las SA (para los nazis) el ámbito privativo de la mujer era el hogar y la crianza de los hijos, quedando reservadas la política y la defensa a los varones. *Immertreu* tampoco admitía mujeres: «Puede convertirse en miembro de la asociación todo varón mayor de 21 años» (art. 3; *Ibid.* : 18).
2. Algunos *Ringvereine* camuflaron sus verdaderas actividades delictivas bajo la apariencia de sociedades deportivas. A raíz de la prohibición del NSDAP y de sus organizaciones satélites en todo el Reich el 23 de noviembre de 1923, durante 1924 y 1925 grupos de las SA lograron mantener sus estructuras de funcionamiento básicas

reconvertidas formalmente en asociaciones deportivas (Siemens, 2017: 32).

3. *Immertreu* y SA eran algo más que sociedades recreativas destinadas a rellenar el tiempo de sus asociados; eran fuente de identidad colectiva, un plural reconfortante en el que los miembros tejían y estrechaban lazos afectivos. Los estatutos de *Immertreu* recogen como fines de la asociación la promoción de la amistad y la sociabilidad (art. 2), vínculos estrechos que vinculaban a los «hermanos» como si de una familia se tratara (o como una logia masónica, para el caso). Por su parte, las Tropas de Asalto fomentaban la camaradería entre sus miembros organizándose en células de tamaño reducido para fomentar un espíritu de identidad compartida entre sus integrantes. Así, el contrato de adhesión a las SA de Baviera a comienzos de la década de 1920 explicitaba: «consideraré a cada miembro de mi tropa de asalto como mi hermano y leal camarada, con quien me siento unido en la alegría y la adversidad, y lo haré sin atender a su estatus social, profesión, riqueza o pobreza» [146] .
4. La forma concreta de materializarse la solidaridad era la asistencia mutua en casos de miembros que atravesaban dificultades. Además del fomento de la amistad entre sus miembros, *Immertreu* recogía otros dos fines de la asociación: «El apoyo en casos de enfermedad y otros casos de necesidad» (art. 2, II) y «El apoyo en caso de defunción» (art. 2, III). Las fuerzas de choque nazis, por su parte, y en el marco de su filosofía del «socialismo de los hechos», implantaron los *Sturmheime* o *SA-Heime,* albergues adonde sus miembros podían acudir en busca de socorro en tiempos de penuria en forma de alimentos, alojamiento o atención médica. Hubo más ejemplos de esta «camaradería de las trincheras» trasladada a la vida moderna de la gran ciudad. Así, la organización berlinesa del NSDAP institucionalizó en mayo de 1930 un grupo de «Ayuda a presos y heridos de las SA» *(SA-Gefangenen-und Verwundetenhilfe)* que se financiaba con las aportaciones de sus miembros, y no por el partido (Siemens, 2017: 93).
5. Una práctica habitual de los grupos sociales para marcar la identidad *ad intra* y, sobre todo, *ad extra* , consiste en dotarse de un arsenal de símbolos que les diferencie de los no miembros al tiempo que sirven para reconocerse entre sí. Los miembros de las SA portaban

uniformes y esvásticas, y se saludaban con el brazo extendido al grito de *Heil!* Los estatutos de *Immertreu,* por su parte, dan cuenta de varios símbolos propios: el broche o alfiler, transferido al miembro con su ingreso y propiedad de la asociación, estando obligado en caso de pérdida a reembolsarlo a sus expensas (art. 4, II) [147] . Así, un trabajador mantuvo una disputa en un bar con un desconocido, quien le mostró el alfiler de *Immertreu* . Acto seguido se personaron en un vehículo otros seis individuos, asimismo con alfileres y miembros del citado *Ringverein* , quienes propinaron una paliza al trabajador (Wagner, 1996: 159). Otro símbolo de dicha organización criminal era un sello, un anillo que pasaba a su propiedad después de cinco años de actividad (art. 18); de ahí podría derivar la denominación de *Ringverein* , puesto que «Ring» significa «anillo». Además, y aunque los estatutos de *Immertreu* no lo recogen, existen indicios de que algunas de ellas disponían de sus propias banderas. Así lo recoge un escrito fechado en 1941 firmado por Arthur Nebe, a la sazón alto mando de las SS responsable de la policía criminal. Refiriéndose a los años de Weimar, Nebe constató que los integrantes de las organizaciones criminales portaban alfileres y anillos de oro con los emblemas de cada club, y añadió: «En festividades y funerales hacían acto de presencia con banderas y enseñas de seda bordadas con profusión» (en Goeschel, 2013: 72; asimismo, Hartmann y Von Lampe, 2008: 116).

6. Ambas organizaciones, SA y *Ringvereine* , consideraban inexcusable la asistencia a los funerales de los asociados fallecidos, en la «lucha por la calle» contra el enemigo judeo-bolchevique unos, en el ejercicio de sus actividades delictivas los otros. Los SA (y SS y HJ, para el caso) acudían en traje de servicio y acompañados de su parafernalia habitual (banderas, acompañamiento musical en algunos casos) a los cementerios donde eran enterrados sus integrantes. Los *Ringvereine* también concedían gran importancia al «último viaje». *Immertreu* insiste al respecto en su articulado: «Una obligación de honor especial de todo miembro es hacer acto de presencia en el entierro de un colega de la asociación». Tenemos noticia de un acto tal. Alrededor de 300 personas participaron en 1928 en el entierro de un miembro de una organización criminal. El abogado Erich Frey, allí presente, aportó detalles del decurso de la ceremonia. Los varones

iban vestidos con abrigos negros y sombreros de copa; los portabanderas, en fila de a cuatro y con fajas sobre el pecho, desfilaron tras una banda de música; a pie de tumba un coro masculino entonó la canción *Yo tenía un camarada* [148] . El portabanderas de otra organización criminal afín, *Luisenstadt* , declaró que su presencia era obligada en circunstancias funerarias (en Wagner, 1996: 163-164). El incumplimiento del imperativo de asistencia acarreaba la expulsión inmediata: «Si se prueba que un miembro no asiste de forma deliberada o infundada, entonces se aplica la exclusión de la asociación» (art. 16); «La asociación considera su obligación de honor más elevada enterrar a un miembro fallecido como exige el honor y la dignidad de la asociación *Immertreu*» (art. 17). El honor, al igual que en las filas nazis (bien que en este caso adjetivado como «honor alemán») era también un valor supremo en los sindicatos del crimen.

7. En ese marco de honor, tanto las asociaciones de delincuentes como paramilitares ultranacionalistas concedían una gran importancia a una serie de reglas de comportamiento cuya violación estaba penada en grados diversos, el más riguroso de los cuales era la expulsión. Además de los motivos habituales en cualquier asociación para poner punto final a la afiliación (baja voluntaria, muerte, impago reiterado de las cuotas durante ocho semanas, inasistencia no justificada a cuatro reuniones), los estatutos de *Immertreu* contemplaban otros supuestos: el «comportamiento improcedente dentro y fuera de la asociación» (art. 5, III) y las «manifestaciones denigratorias sobre la asociación y sus miembros» (art. 5, IV). Además se contemplaban llamadas al orden por «interrumpir la reunión en estado chisposo»; en caso de reiteración, el afectado estaba obligado a abandonarla y a abonar una multa de cinco marcos (art. 15). En esta misma línea, un añadido posterior de 1924 estipulaba que «El colega que, en estado ebrio o de excitación, descuide su broche de la asociación, será sancionado con una multa de diez marcos». La impuntualidad estaba penalizada, en especial para los miembros recién admitidos: en caso de demora en sus cinco primeras reuniones tenía que pagar una multa de tres marcos (art. 4, III).

   Las tropas paramilitares nazis también subrayaban la puntualidad como valor. El 19 de octubre de 1921, coincidiendo con el momento

en que se consolidó la denominación de SA, sus mandos insistieron en que la «puntualidad» era una virtud capital y un prerrequisito básico de la organización [149] . El contrato de adhesión a las SA antes mencionado recogía cláusulas parangonables a las de los *Ringvereine* . Sus miembros debían prometer «formalidad y puntualidad en el ejercicio de las tareas asignadas, así como acudir a todos los mítines, actos, excursiones, reuniones, etc.»; adquirían el compromiso de «no perjudicar en modo alguno el espíritu de leal camaradería ni a debilitar la fortaleza de la organización, ni tampoco a generar malestar mediante la formación de camarillas, la difusión de rumores infundados, etc.»; se comprometían a comportarse «dentro y fuera de nuestra tropa, de tal modo que nuestro movimiento no tenga que avergonzarse de mi decencia. Evitaré todo aquello que perjudique la buena reputación de nuestro movimiento» [150] . Un contrato de adhesión a las SA fechado en 1926 en la Alta Silesia, en Prusia, establecía que tres faltas no justificadas significaban la expulsión inmediata, y que tres faltas de puntualidad contaban como una falta no justificada [151] .

Los *Diez mandamientos de las SA* de Goebbels, de 1926 (Casquete, 2017: 258-260), insistían en estos aspectos reglamentarios: los SA no debían permitir que su uniforme resultase mancillado a consecuencia de borracheras o comportamiento escandaloso, debiendo por ello evitar la bebida en acto de servicio (mandamiento n.º 3); habían de acudir de forma puntual a los compromisos militantes (n.º 4) y rehuir la crítica sistemática y las intrigas (n.º 6); puesto que los nazis «son hermanos entre sí, forman una gran comunidad», debían evitar las peleas entre ellos (n.º 8) [152] .

Tan pronto como los nazis accedieron al poder, los *Ringvereine* fueron severa y (como amplios sectores de la sociedad), a menudo, también arbitrariamente perseguidos. El hecho de que estuviesen registrados como asociaciones facilitó su persecución. Fueron oficialmente prohibidos como asociaciones culturales el 1 de enero de 1934. Muchos de sus miembros terminaron sus días en campos de concentración o abatidos en «intentos de fuga»; pocos fueron los que sobrevivieron al experimento totalitario en suelo alemán (Hartmann y Von Lampe, 2008: 131).

En este excurso hemos identificado una serie de paralelismos entre las SA y un *Ringverein,* el *Immertreu,* al respecto de sus prácticas simbólicas, litúrgicas y de comportamiento. Los estatutos de dicha organización criminal dan pie a esbozar una serie de analogías que, sin embargo, dado nuestro estado de conocimiento actual, no estamos en disposición de generalizar. Sin embargo, se trata de unos estatutos en cierto modo excepcionales, puesto que los estatutos de otros *Ringvereine* consultados en el Archivo Provincial de Berlín resultan indistinguibles de los de otras asociaciones de fines similares y fuera de toda sospecha.

---

[32] La producción historiográfica sobre la República de Weimar resulta inabarcable. Algunas monografías reseñables, u obras que en todo caso le dedican una atención exhaustiva, son Gay (1968); Richard (1983); Peukert (1987); Mommsen (1989); Winkler (1993); Möller (2006); Weitz (2007); Wirsching (2008); Büttner (2008); Kolb (1998); Herbert (2014); Friedel (2018); Casquete y Tajadura (2020).

[33] La bibliografía más relevante incluye las siguientes referencias: Werner, 1965; Bloch, 1970; Merkl, 1980; Fischer, 1983; Bessel, 1984; Jamin, 1984; Balistier, 1989; Reichardt, 2002; Longerich, 2003; Schuster, 2005; Sauer, 2006; Brown, 2009; Müller y Zilkenat, 2013; Casquete, 2017; Siemens, 2017.

Los libros escritos por miembros de las SA o por escritores nazis sobre las SA constituyen una fuente documental de capital importancia para acceder a informaciones y testimonios de primera mano sobre la estructura del movimiento y su cosmovisión. Entre los autores que desfilarán por las páginas del presente trabajo, sin ánimo de exhaustividad, cabe destacar los siguientes: Von Killinger, 1933; Goote, 1934; Koch, 1934 y 1936; Weberstedt y Langner, 1935; Stelzner, 1936; Engelbrechten, 1937; Engelbrechten y Volz, 1937; Rehm, 1938. Además, recurriremos a biografías hagiográficas de mártires señalados, como las dedicadas a Albert Leo Schlageter, Horst Wessel o Herbert Norkus.

[34] Tomamos como referencia el listado de muertos del NSDAP recogido en Goote (1934: 71-79). El listado oficial en Volz (1939: 113-121) para los mismos años eleva la cifra hasta 204. Se trata del mismo listado publicado regularmente en las páginas del *Völkischer Beobachter* cada 9 de noviembre. Sin embargo, este último no ofrece filiación organizativa, mientras que el de Goote sí lo hace. Partimos de la premisa de que las disonancias en las cifras absolutas de mártires nazis que ofrecen Goote y Volz (185 y 204, respectivamente) no afectan a la relación de miembros de las SA sobre el total de mártires nazis, unas tres cuartas partes.

[35] Al cumplir los 18 años, los miembros de las Juventudes Hitlerianas tenían la posibilidad de incorporarse a las SA o las SS. La admisión formal tenía lugar el 9 de noviembre de cada año, para que «sea un recuerdo para toda la vida de los jóvenes» (*Dienstvorschrift für die SA der NSDAP* , Heft 1, 1932: 68-69).

[36] En octubre de 1914, el *Berliner Tageblatt* publicó un manifiesto en el que 93 eruditos salieron en defensa de la causa alemana por ser la causa de la *Kultur* . Entre ellos se contaban el naturalista Ernst

Haeckel, el físico Max Planck, el historiador Karl Lamprecht, el politólogo Friedrich Naumann y el psicólogo Wilhelm Wundt (Traverso, 2009: 138-139). El mundo de las letras tampoco permaneció ajeno al frenesí bélico: Stefan Zweig, Rainer Maria Rilke o Thomas Mann exaltaron y se sumaron al espíritu de solidaridad colectiva espoleado por la deflagración de la guerra y la sensación acompañante de formar parte de un todo (Knausgård, 2019: 528-533).

[37] El libro de memorias de Toller es exponente elocuente del clima nacionalista que embargó a un amplio sector de la población alemana, afectando incluso a sectores de su juventud nada proclives a efervescencias nacionalistas. Escribe Toller: «Sí, vivimos en un estado de embriaguez emocional. Las palabras "Alemania", "patria", "guerra" poseen un poder mágico cuando las pronunciamos, no se volatilizan sino que planean en el aire, giran en torno a sí mismas, se inflaman y nos inflaman» (2017 [1933]: 88).

[38] En 1933 los católicos constituían el 32,5 por ciento de la población. Estaban más estrechamente vinculados a la Iglesia que sus homólogos protestantes, como muestra, por ejemplo, que asistiesen con más frecuencia a los servicios religiosos (Hürten, 2011: 24-25). En el plano político, los católicos encontraron sus referentes políticos en el *Zentrum* y, en Baviera, en el *Bayerische Volkspartei* . De los bloques políticos en la República de Weimar (movimiento obrero, con socialistas y comunistas como expresiones partidarias; el católico; el liberal; el nacionalista, y el nazi), el católico fue el que estuvo sometido a una menor volatilidad electoral y, junto al bloque obrero, el más refractario al avance electoral del NSDAP (Falter, 2020).

[39] Se trata de los tratados de Saint-Germain con Austria (septiembre de 1919); de Neully con Bulgaria (noviembre de 1919); de Trianon con Hungría (junio de 1920) y de Sévres con el Imperio Otomano (agosto de 1920) (ver Leonhard, 2018: 1051-1153).

[40] En realidad, con el inicio de la Primera Guerra Mundial el 1 de agosto de 1914, Alemania acudió no con uno, sino con cuatro ejércitos: uno prusiano, otro bávaro (en el que participó Hitler), otro sajón y un último de Württemburg, todos ellos bajo un mando compartido. Con la fundación del Reich en 1871, Prusia preservó algunos privilegios a esos cuatro estados de larga tradición, entre ellos contar con sellos o con ejércitos propios.

[41] Alsacia y Lorena, anexionadas por Alemania en 1871, fueron restituidas a Francia, con el consiguiente éxodo voluntario o expulsión de entre 200.000 y 300.000 alemanes étnicos; la región de Hultschin cayó del lado de la recién nacida Checoslovaquia; los cantones de Eupen y Malmedy pasaron a Bélgica; la región de Memel, a Lituania. El Sarre, una región minera e industrial en el sudoeste del país en la frontera con Francia, quedó bajo la administración de la Sociedad de Naciones hasta la celebración de un referéndum en 1935, cuando por amplia mayoría su población decidió su pertenencia a Alemania. Un referéndum celebrado en 1920 decantó Schleswig del Norte a Dinamarca. La fundación del nuevo Estado polaco, revirtiendo el reparto del siglo XVIII entre Austria, Prusia y Rusia, se tradujo en la pérdida para Alemania de la región de Posen, así como de gran parte de Prusia Oriental y de un tercio de la Alta Silesia. Danzig adquirió el estatus de «ciudad libre» bajo el control nominal de la recién fundada Sociedad de Naciones. Con el fin de proporcionar salida marítima a Polonia, el acuerdo de paz delimitó un corredor que seccionaba Prusia Oriental del resto de Alemania; 575.000 de los 1.100.000 alemanes que allí habitaban dispusieron de seis años para mudarse a la república alemana. El Tratado sancionó la ocupación durante 15 años de una franja de 50 kilómetros de ancho al este del Rin y de su margen occidental en Renania, y prohibió la anexión de Austria a Alemania. Por último, Alemania perdió sus colonias en África (Camerún, Togo,

África Oriental Alemana y África del Sudoeste Alemana —Namibia—), así como varias islas en el Pacífico, de alto valor simbólico para el imperio, aunque de valor económico residual.

[42] «Stenographischer Bericht über die öffentlichen Verhandlungen des 15. Untersuchungsausschusses der vergassungsgebenden Nationalversammlung», Vol. 2, Berlín, 1920, pp. 700-701. En Von Hindenburg, 1994 [1919]: 15-16. Ver Schievelbusch, 2007: 245-249.

[43] Friedrich Ebert, «Ansprache an die Heimkehrenden Truppen», 10 de diciembre de 1918, en Peter Wende (ed.), 1994: 94.

[44] Sobre los episodios revolucionarios de 1918-1919 en Alemania, «uno de los sucesos formativos de la historia europea del siglo XX », ver Jones, 2016.

[45] El consejismo fue una corriente revolucionaria asamblearia de inspiración marxista que surgió en Alemania al concluir la Primera Guerra Mundial. Se distanció tanto del reformismo de la socialdemocracia como del leninismo, del que se distinguió por subrayar la autonomía obrera como crítica a la noción del partido-vanguardia. Se caracterizó por denunciar el parlamentarismo, el capitalismo y el autoritarismo propio del leninismo. Vivió una efímera edad dorada en los ensayos revolucionarios alemanes en 1918-1919, con Múnich como principal exponente.

En la experiencia desarrollada en Múnich, Eisner era partidario de unos consejos fuertes, aunque se mostraba dispuesto a dejar trabajar de forma paralela a un parlamento. Los socialdemócratas mayoritarios (esto es, quienes permanecieron en las filas del SPD y no se pasaron al USPD), querían solo un parlamento surgido de unas elecciones. Los comunistas y anarquistas, pero también una parte del USPD, optaban por una democracia basada únicamente en los consejos (Weidermann, 2019: 66-67).

[46] El récord de inflación en la historia lo ostenta Hungría en julio de 1946 (Hanebrink, 2018: 180).

[47] Joseph Goebbels: «Was wollen wir im Reichstag», *Der Angriff* , 30-IV-1928.

[48] Algunos autores ponen en duda que su vínculo con Múnich durante los años de la Primera Guerra Mundial fuese tan estrecho como transmite en *Mein Kampf* . Eso ayudaría a entender que, durante su primer permiso en Alemania durante la contienda en 1916, decidiese visitar Berlín en lugar de Múnich, visitas que repitió en sendos permisos en octubre de 1917 y en septiembre del año siguiente (Weber, 2010: 202-203; Thamer, 2018: 46, 49).

[49] Es frecuente en la literatura especializada referirse a 14 golpistas caídos en el curso del *Putsch* (p.e., Evans, 2004: 194), obviando que en los días siguientes fallecieron otras dos personas a causa de sus heridas. Al parecer, uno de los fallecidos, Karl Kuhn, no tuvo nada que ver con el golpe. Se trató, según las versiones, de un camarero que regresaba a su domicilio (Large, 1996: 189) o de un camarero de un café cercano (Siemens, 2017: 27), pero en cualquier caso no estaba implicado en los hechos (Nerdinger *et al.,* 2015: 68). Como quiera que sea, esos 16 nombres inauguraron el panteón de honor nazi. La edición crítica de *Mein Kampf* del *Institut für Zeitgeschichte* renuncia expresamente a la inclusión de la obertura del original de 1925-1926 (la única parte del original que los editores juzgaron prescindible), pero se refieren a 20 fallecidos en el curso del golpe, los cuatro integrantes de las fuerzas del orden y los 16 (o 15) golpistas (Hartmann *et al.,* 2016: 88).

[50] El primer mártir de que da cuenta el panteón nazi es Karl Winter, según el relato oficial asesinado por un «marxista» en Steinen (Baden) el 24 de febrero de 1923 cuando regresaba a su hogar después de haber participado en un acto del partido (Weberstedt y Langner, 1935: 15-16). Sin embargo, en los listados que ritualmente acompañaban la edición del *Völkischer Beobachter* con motivo del 9 de noviembre no figura Winter; dichos listados abren con los 16 mártires de noviembre de 1923.

[51] Según Hans Ostwald, un cronista de la ciudad de principios del siglo XX , Berlín «ha contado casi siempre con más emigrados que con berlineses de nacimiento», y proporciona el siguiente dato: de los 140.000 habitantes que tenía la ciudad en 1784, había 5.168 franceses y 3.372 judíos (1926: 10-11).

[52] A ojos de Hitler, los responsables de haber perdido la guerra, marxistas y judíos, tenían todos su centro de operaciones en la capital; de ahí la ojeriza que le tenía (Friedrich, 2007: 33, 39). Su animadversión a todo lo que representaba Berlín, el «resentimiento de por vida hacia la ciudad» (Fest, 2006/2007: 129), parece que no siempre estuvo tan viva. Durante su primera estancia prolongada en la capital entre el 2 y el 16 de octubre de 1917 en el domicilio de los padres de su camarada de guerra Fritz Arendt disfrutando de un permiso en el frente, escribió a un conmilitón: «La ciudad es grandiosa. Una ciudad mundial de verdad» (en Friedrich, 2007: 13; Giebel, 2012: 37-38; Sandner, 2016, I: 181). A Max Amann, superior de Hitler en el ejército y con el tiempo responsable editorial del NSDAP, le envío una postal en la que decía: «Con la mayor de las penas de que mis días aquí discurran tan rápido le envío a usted, mi sargento, mis más cordiales saludos» (Giebel, 2012: 38). Thomas Weber suscribe esta hipótesis del atractivo que en esos momentos de su vida tenía Berlín para Hitler (2017: xix-xx). Sobre la ambivalencia de Hitler hacia Berlín a lo largo de su vida, ver Kellerhoff, 2014.

[53] Una crónica de primera mano del experimento consejista en Múnich, en Klemperer, 2015.

[54] En un trabajo publicado en 1930, el criminólogo Moritz Liepmann estimó en 1,5 millones las armas registradas como perdidas tras la guerra (en Elder, 2010: 26). Estimaciones contemporáneas hablan de 1,9 millones de fusiles y 8.000 ametralladoras a la altura de 1920, muchas de las cuales acabarían en manos de organizaciones paramilitares y *Freikorps,* poniendo así en tela de juicio la pretensión de monopolizar la violencia legítima por parte de las autoridades derivadas de una recién nacida república (Leonhard, 2018: 555).

[55] La Brigada Erhardt, un grupo de *Freikorps* liderado por Hermann Erhardt que participó en sofocar el ensayo revolucionario en Múnich, fue prohibida en marzo de 1920 tras el intento insurreccional fallido conocido como «golpe de Estado de Kapp». Inmediatamente después, en la primavera de 1921, se fundó en Múnich un grupo sucesor, la Organización Cónsul, un grupo terrorista antirrepublicano que declaró entre sus objetivos «espirituales» «la lucha contra todo anti- e internacionalismo, el judaísmo, la socialdemocracia y los partidos radicales de izquierda, y el fomento del desorden interior para conseguir derribar la constitución antinacionalista de Weimar». Ernst Pöhner, jefe de la policía de Múnich, era su principal valedor, proporcionando dinero y pasaportes a aquellos miembros suyos involucrados en asesinatos. Hasta 1924 la República no fue capaz de llevar a sus miembros a los tribunales. El Tribunal Imperial (*Reichsgericht*) concluyó que no se trataba de una organización secreta; que no poseía armas; y que su objetivo político consistía en «modificar la constitución por medios políticos» (en Waite, 1969: 213-215). Desde su base en la capital bávara, donde actuaba con la connivencia de las autoridades policiales, su campo de acción se extendió a todo el país. A mediados de 1921 contaba con unos 5.000 efectivos. Se dio a conocer a la opinión pública con el asesinato en agosto de 1921 del político católico y exministro de finanzas

Matthias Erzberger, firmante del Tratado de Versalles y responsable de la adopción de medidas monetarias que pusieron fin a la hiperinflación a finales de 1923. En junio del año siguiente atentaron contra Philipp Scheidemann, el dirigente socialdemócrata que proclamó la república el 9 de noviembre de 1918 desde un balcón del Reichstag y que fue nombrado su primer presidente en 1919 por la Asamblea Constituyente en Weimar, y el mismo mes asesinaron a Walther Rathenau, empresario, ensayista y ministro de Exteriores liberal de origen judío (Selig, 2012: 466-467; Volkov, 2012: 207-210). El escritor Joseph Roth, que cubrió el juicio a los asesinos de Rathenau para la prensa, escribió de sus asesinos: «Esta gente ama lo "nacional" y quiere decir el fusil; trabaja para la "causa nacional" y quiere decir preparación para el asesinato» (2004: 29-30).

[56] El gobierno prusiano siguió pronto la estela del bávaro en relación con los judíos recién instalados. Su responsable de Interior, el socialdemócrata Carl Severing, puso en marcha a comienzos de 1921 dos campos para judíos del Este en enclaves que habían servido durante poco antes para recluir a prisioneros de guerra: uno en Cottbus-Sielow, el otro en Stargard, ambos clausurados en diciembre de 1923 tras intensos debates. Los vigilantes de los centros humillaron y maltrataron a los internos judíos (Blank, 1992: 328). Arendt (1981) estableció una tipología de los campos en tres tipos: Hades, para deshacerse de elementos indeseables de condición diferente (refugiados, apátridas o delincuentes), categoría en la que encajarían los campos para judíos de que venimos hablando; el Purgatorio, el Gulag, donde las condiciones de vida deshumanizantes se combinaban con trabajo forzado, y el Infierno, los campos nazis, con una organización destinada al mayor y sistemático de los tormentos. Se estima en unos 160.000 los judíos llegados desde el Pale tras el colapso de la dinastía de los Romanov y en la inmediata posguerra (Wippermann, 2015), aunque otras fuentes las rebajan hasta 100.000 entre 1914 y 1921, de los cuales, además, un 40 por ciento emigraron de nuevo. Según estas estimaciones, en 1925 vivían en Alemania 108.000 judíos de aquella procedencia, 30.000 más que en 1910. En 1925, el 40,7 por ciento de ellos se concentraban en Berlín (Blank, 1992: 327).

La imagen del *Ostjude,* o judío del Este, fue elaborada en sus líneas maestras en la primera mitad del siglo XIX para denotar suciedad, ruido, ordinariez, inmoralidad y retraso cultural de individuos procedentes de guetos anacrónicos, nada que ver —su antítesis— con el «judío alemán» ilustrado y asimilado (Aschheim, 1982: 3 y ss.). «El judío del Este —prosigue este mismo autor— era la memoria perversa rediviva de los judíos alemanes y una amenaza omnipresente a sus aspiraciones de asimilación». El caftán simbolizaba su identidad diferencial, una línea de demarcación de la que los judíos alemanes se habían desprendido hacía mucho tiempo *(Ibid.* : 12, 15-16). La medida de recluirlos en campos de concentración encontró amplia aprobación entre la población en general, que con su vestimenta, cultura e idioma, veía en ellos la personificación de la «otredad». Lina von Osten, la futura esposa de uno de los principales responsables del Holocausto, Reinhard Heydrich, hablaba en nombre de una parte de la población al recoger en sus memorias que para ellos los judíos ortodoxos llegados del Este eran «intrusos e invitados no deseados», y que se sintió tan «provocada» por su mera presencia que «no pudo sino odiarlos»: «Entonces comparamos vivir con ellos a un matrimonio forzado, en el que un miembro no puede literalmente ni oler el aliento del otro» (en Gerwarth, 2017: 145). La medida de recluir a judíos del Este en campos también encontró apoyo entre los judíos alemanes asimilados, que consideraban a los recién llegados la ratificación del cliché que durante generaciones ellos mismos habían pujado por sacudirse (Wippermann, 2015).

[57] Según el censo de mediados de 1925, Prusia contaba con 38.175.989 habitantes, el 61,2 por ciento del país; en 1933 su población alcanzaba los 39.958.000, pero el porcentaje respecto al total era idéntico.

[58] En declaraciones a la revista neoyorquina *The Dial* (en Kolbe, 1987: 348).

[59] Thomas Weber, antiguo discípulo de Kershaw, sostiene un punto de vista completamente diferente al respecto: «Sería un error sostener que las ideas no fueron importantes para Hitler y su posterior ascenso. Igualmente, sería un error sostener que importa menos lo que dijo que cómo lo dijo. Hitler fue un hombre que se planteó sus propias preguntas y buscó sus propias respuestas. Eso no quiere decir que dichas respuestas fueran realmente originales» (2017: 96).

[60] El NSDAP obtuvo su mejor registro electoral al Reichstag en las elecciones de julio de 1932, con un 37,3 por ciento de los votos. Sin embargo, el mayor porcentaje obtenido por un partido durante la República de Weimar fue el conseguido por el SPD en las elecciones a la Asamblea Nacional de enero de 1919, con el 37,9 por ciento. Los porcentajes son expresivos del vuelco electoral que se produjo entre el momento fundacional de la república y su fase terminal.

[61] Durante la República de Weimar, los actos organizados por diferentes organizaciones políticas colocaban a menudo a la policía en una situación comprometida. Por un lado, estaban obligados a respetar las disposiciones del servicio de orden diseñado por los organizadores en las salas; por otro lado, se veían impelidos a intervenir toda vez que los organizadores esgrimían como excusa el derecho de admisión para expulsar, no siempre con las mejores formas, a opositores indeseados (Liang, 1977: 91).

[62] Una edición comentada del programa nazi por parte de uno de sus principales valedores intelectuales, y luego dirigentes, en Rosenberg, 1937. Otro cualificado representante suyo, Gregor Strasser, ofreció un certero resumen en una locución radiofónica en 1932: «El término clave y programa se llama Alemania, solo Alemania y nada más que Alemania» (Kracauer, 2013: 27).

[63] Una visión panorámica de las organizaciones de protección de socialdemócratas y comunistas, en Alemania y en otros países como Austria, en Souto Kustrin, 2017.

[64] Una relación de estas fuerzas de orden en Staatsarchiv München (StArchiv München), Polizeidirektion 6803, Informe policial del 30 de abril de 1923, pp. 1-7.

[65] Bundesarchiv Berlin (BArch-Berlin), NS 26/300.

[66] Se trata de un artículo de documentación que consta de una breve presentación de Reginald H. Phelps y de informes de la policía de Múnich sobre las actividades de Hitler como propagandista en el año 1920.

[67] «La nacionalización de las masas» es el título que lleva un apartado de *Mein Kampf* (1943 [1925/1926: 369-377), cuña que luego popularizó el historiador del fascismo berlinés George Mosse (2005) sin confesar su fuente.

[68] Hermann Ehrhardt, un antiguo capitán y paramilitar de los *Freikorps* , ejerció como primer Comandante Supremo de la Sección Gimnástica y Deportiva del NSDAP. Ehrhardt confió la responsabilidad de dirección y de formación militar al vástago de un pastor protestante y antiguo alférez de fragata Hans Ulrich Klintzsch, que se había instalado en Múnich a comienzos del verano de 1921. Paul Hoser, *Historisches Lexikon Bayerns* , https://www.historisches-lexikon-bayerns.de/Lexikon/Sturmabteilung_(SA),_1921-1923/1925-1945 (consulta: 18-I-2020).

[69] La cita según la cual «Los hombres hacen la historia» es original del historiador Heinrich von Treitschke, abanderado del antisemitismo y sucesor de Leopold von Ranke en su cátedra de historia en la Universidad de Berlín (1879: 28). Suyo es también el eslogan repetido por los nazis hasta la saciedad de «Los judíos son nuestra desgracia».

[70] Ver: StArchiv München, Polizeidirektion 6803, «Abschrift. Richtlinien zur Aufstellung einer Sturmabteilung (Entwurf)», fechado el 16-V-1922, p. 2; «PND, n.º 317. Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei Sturmabteilung im Hotel Adelmann am 19.10.1921», pp. 189 y ss.

Las convocatorias de reunión de las SA, habitualmente en miércoles, venían puntualmente anunciadas en el *Völkischer Beobachter* . En el caso que nos ocupa, la nota publicada el 26-X-1921 (el mismo día de la reunión) decía lo siguiente: «NSDAP. Noticias de las Tropas de Asalto. El miércoles, día 26 del presente mes, a las 8 de la tarde, se celebrará una sesión de ilustración del partido a la que se tienen que presentar todos los grupos de las Tropas de Asalto en el restaurante Adelmann (en la plaza Isartor)».

[71] Datación que se repite en fuentes en absoluto sospechosas, como por ejemplo la entrada dedicada a las SA por el historiador Paul Hoser, https://www.historisches-lexikon-bayerns.de/Lexikon/Sturmabteilung_(SA),_1921-1923/1925-1945 (consulta: 4-X-2018).

[72] Según Siemens, los nazis no fueron quienes acuñaron por vez primera la denominación de SA para referirse a una tropa paramilitar en el convulso clima político de Múnich. Las *Auergarde* socialdemócratas formadas tras el asesinato de Kurt Eisner en febrero de 1919 pasaron a partir de noviembre del año siguiente a denominarse servicio de «protección de salas» *(Saalschutz).* En los meses siguientes, prosigue Siemens, estos grupos fueron conocidos como «SA, entendidas como acrónimo de *Sturmabteilung* o *Saalschutzabteilung* » (2017: 7-8). El mismo autor prosigue: «Las SA nazis del principio […] fueron, en sentido estricto, si no una copia, al menos sí que profundamente influidas por los esfuerzos socialdemócratas por crear fuerzas de autoprotección bajo el control del partido» *(Ibid.* : 8). La hipótesis de Siemens no resulta demasiado convincente, por dos razones. Primero, como acabamos de ver, los servicios de orden vinculados a partidos y otras organizaciones eran una práctica habitual en el Múnich de la época, no estando claro a partir de la documentación existente quién fue el primero en formarlas. Y segundo, bien podría ser que la dirección de la vampirización del nombre hubiese discurrido en sentido contrario al asumido por Siemens. Otras fuentes sostienen que desde finales de octubre o en noviembre de 1921, y sobre todo después del asesinato de Walther Rathenau en junio de 1922, se empezó a utilizar de forma deliberada la abreviatura de SA para referirse a la Auergarde, pero derivada de *Sicherheitsabteilung* , no de *Sturmabteilung* como los nazis (Robert Hofmann, Auergarde, 1919-1924, en *Historisches Lexikon Bayerns* , https://www.historisches-lexikon-bayerns.de/Lexikon/Auergarde,_1919-1924 —consulta: 18-I-2020—; Ziemann, 2011: 13-14; 2013: 62).

[73] Los integrantes de las fuerzas paramilitares que entre 1917 y 1923 proliferaron en Europa (Rusia, Ucrania, Austria, Hungría, Italia y Alemania, entre otros países) expandiendo o reemplazando las actividades de formaciones militares convencionales se definían a sí mismos como «soldados políticos»: «aunque carecían de un programa político claramente definido, combatieron contra socialistas, comunistas, los sistemas políticos recién surgidos y la supuesta mentalidad pequeño-burguesa de la seguridad y respetabilidad. Su cosmovisión venía definida principalmente por sus acciones destructivas contra los "rojos" y contra las minorías étnicas» (Gerwarth y Horne, 2012: 11).

[74] *Der Angriff* , fundado en 1927 por Goebbels, era el órgano nazi en Berlín. Ver Lemmons (1984).

[75] *Allgemeine Dienstordnung für die SA der NSDAP* , 1933: Artículo 1, p. 8.

[76] *Allgemeine Dienstordnung für die SA der NSDAP* , 1933: Artículos 2, 4, 5, 7, 12, 13 y 20, pp. 9-12, 14-15, 18.

[77] G. Giese, *Deutsche Zukunft* , 14-X-1934. Zit. *Blick in die Zeit* , 2/N.º 42, 20-X-1934. Citado en Schmitz-Berning, 2007: 473.

[78] StArchiv München, Polizeidirektion 6803, Informe policial del 30 de abril de 1923, p. 2.

[79] StArchiv München, Polizeidirektion 6803, «Zusammenkunft des Sturmtrupps der Nationalsozialistischen Deutschen Arbeiterpartei im Rest. "Liebherr", Thierschstr. 14, am 30. November 1921», p. 196; Sandner, 2016, I: 282.

[80] Discurso de Hitler «¿Por qué somos antisemitas?», pronunciado en la cervecería Hofbräuhaus el 13 de agosto de 1920. Texto íntegro en Phelps, 1968. Referencias a Ballerstedt en pp. 415-416.

[81] Lo habitual era que Hitler se tratase de usted con la mayoría de los responsables del partido. Esser fue un nazi de primerísima hora, procedente del DAP, y pertenecía al reducido círculo de personas que se tuteaba con el Führer (Fraschka, 2016: 338, nota 15), y Christian Weber otro (Kellerhoff, 2017: 295). Un tercero era Röhm. Su hermana, Eleonore Lippert, sostuvo que Röhm le ofreció el «tú» a Hitler para hacerlo aceptable en círculos de oficiales (Institut für Zeitgeschichte-Archiv —IfZ-Archiv—, IfZ ZS 263-1).

En 1920 Esser se convirtió en el primer jefe de redacción del *Völkischer Beobachter* , y en 1923 en responsable de propaganda del NSDAP, hasta 1925. Fue condenado a tres meses de cárcel por su participación en el intento de golpe de Estado en noviembre de 1923. Esser ostentó el carnet del partido con el número 2 (el primero fue obviamente asignado a Hitler). El resto de los primeros nuevos números fueron otorgados a las siguientes personas: Max Amann, editor de la editorial del partido, el número 3; Rudolf Buttmann, presidente del grupo parlamentario en Baviera, el 4; Artur Dinter, escritor y hasta 1927 máximo responsable del movimiento en Turingia, el 5; Franz Xaver Schwartz, tesorero del movimiento, el 6; Hans Frank, abogado de causas nazis, incluidas las de Hitler, el 7; Ulrich Graf, guardaespaldas de Hitler herido durante el intento de golpe de Estado, el 8, y; Gregor Strasser, el número 9 (Kellerhoff, 2017: 171).

[82] La crónica de lo allí acontecido en el periódico conservador católico *Münchner Neueste Nachrichten* (15-IX-1921), en Deuerlein, 1974: 145-146.

[83] Al igual que durante su encarcelamiento tras el intento fallido de *Putsch* de 1923, las condiciones carcelarias de Hitler fueron desde todo punto benignas. En una carta fechada el 7 de julio de 1922, Rudolf Hess escribió: «Hitler está internado por un mes en Stadelheim. Por lo menos tiene prisión incomunicada, puede trabajar, alimentarse a sí mismo, recibir dos visitas a la semana (yo iré el lunes), puede leer periódicos. En sí mismo el reposo le sienta bien a los nervios y la voz» (en Plöckinger, 2011: 12). Hitler no se demoró en su labor de agitador; al día siguiente de su excarcelación pronunció un mitin en la cervecería Bürgerbräukeller, donde arengó a los presentes diciendo que «los judíos viven bien» y «pasan sus vacaciones de descanso en Niza» (en Sandner, 2016, I: 298).

[84] La noción de «comunidad nacional» no fue genuina de los nazis. Desde el siglo XVIII circuló entre intelectuales del país (se encuentra, por ejemplo, en textos de escritores y filósofos como Friedrich Schleiermacher, Friedrich Carl von Savigny o Wilhelm Dilthey). Sin embargo, no fue hasta la Primera Guerra Mundial que el término encontró amplio predicamento. El estallido de la guerra, con las calles de las grandes ciudades del país repletas de gente embebida de furor bélico y con el voto a favor de los créditos de guerra de una amplia mayoría del arco parlamentario, fue saludado por el emperador Guillermo II confesando que ya no conocía partidos, sino alemanes (lo que se ha venido a conocer como el «espíritu de 1914»). Uno de los participantes en el frenesí bélico colectivo fue Hitler, que vivió esos momentos como una «liberación»: «No me avergüenzo todavía hoy de confesar que, invadido por un entusiasmo apasionado, me arrodillé y agradecí a la providencia de todo corazón por haberme regalado la suerte de vivir ese momento» (1943 [1925/1926]: 177).

Tras la guerra todo el arco político recurrió al concepto de «comunidad nacional», excepción hecha de los partidos a la izquierda del SPD (esto es, el KPD y el USPD), desde liberales y católicos del *Zentrum* a socialdemócratas, bien que con contenidos distintos, aunque siempre bajo el ánimo compartido de subrayar la unión en un proyecto compartido de país con independencia de ideología, clase social y confesión. Los nazis, sin embargo, hicieron un uso sustancialmente diferente, convirtiendo la exclusión de una parte de la población (los judíos), la violencia y la irreversibilidad de los criterios de pertenencia en factores diferenciales clave. Empezando por los escritos y discursos de Hitler (en *Mein Kampf* prodiga su uso), son constantes las referencias en la literatura nacionalsocialista al afán superador de las divisorias sociales y a la fusión de toda la ciudadanía en una comunidad de sangre. Rosenberg sintetizó la idea del modo siguiente: «Para el nacionalsocialismo no hay ni “proletarios” ni “burgueses” como dos clases enfrentadas a muerte. Para él solo hay alemanes camaradas de sangre y de destino» (1937: 15). Por seguir de nuevo a Plessner y su crítica al radicalismo social de la época (comunismo incluido), los nazis abogaron por el «ideal de una identificación comunitaria como vínculo orgánico trascendente» (2001 [1924]: 28). La idea nazi de «comunidad nacional», desde otra perspectiva y siguiendo al filósofo israelí Avishai Margalit, se puede calificar como «tribalista», entendiendo por tal la idea de que «la solidaridad descansa únicamente en la estrechez de las relaciones de sangre» (2010: 121).

Acerca de la idea nazi de la «comunidad nacional» desde una perspectiva historiográfica, ver Bajohr y Wildt, 2009; Frei, 2009; Kershaw, 2011; Wildt, 2017; 2019: 23-113.

[85] Un desarrollo pormenorizado de las diferencias entre la violencia nazi y la comunista en Reichardt, 2007: 385-399.

[86] «Los partidos políticos se prestan a compromisos; las cosmovisiones ideológicas jamás. Los partidos políticos cuentan con competidores; las cosmovisiones ideológicas suponen y proclaman su infalibilidad» (Hitler, 1943 [1925/1926]: 507).

[87] StArchiv München, Polizeidirektion 6803, «Abschrift. Verpflichtungsschein», pp. 25-26, 145 y 147. El documento no está fechado.

[88] StArchiv München, Polizeidirektion 6803, «Abschrift. Richtlinien zur Aufstellung einer Sturmabteilung (Entwurf)», fechado el 16-V-1922, pp. 23-24. Asimismo en Bayerisches Hauptstaatarchiv, MA 101245-101245/2, «Berichte des Reichskommisars für öffentliche Ordnung», pp. 23-24.

[89] «GRUSA II. Gründsätzliche Anordnungen der SA», 31-III-1927, en Hitler, 1992, II/1: 327.

[90] *Ibid.* : 327.

El *jiu-jitsu* es un arte guerrero sin armas originario de Japón, vinculado a los samuráis. De él derivó el judo a finales del siglo XIX y principios del XX , durante la restauración Meiji. Fue introducido en Alemania en 1906 de la mano de Erich Rahn. La primera asociación de judo surgió en 1922 en Fráncfort del Meno, pero fue prácticamente desconocido en el país. A finales de la República de Weimar, el *jiu-jitsu* y el judo se confundieron como sinónimos, aunque comenzó a establecerse una diferencia: el primero se identificó más como una técnica de autodefensa y herramienta pedagógica, mientras que el judo lo era como deporte de competición (Coesfeld, 2016).

En *Mein Kampf* Hitler concede mucha más importancia al entrenamiento físico de lo que era habitual en el sistema educativo de la época. La escuela, sostiene, «deberá dedicar a la educación física infinitamente más tiempo del fijado en la actualidad […] No debería transcurrir un solo día sin que el adolescente deje de consagrarse por lo menos durante una hora por la mañana y otra por la tarde al entrenamiento de su cuerpo, mediante deportes y ejercicios gimnásticos». A lo que añade: «En particular, no puede prescindirse de un deporte que justamente ante los ojos de muchos que se consideran "völkisch" es rudo e indigno: el boxeo. Resulta increíble cuán erróneas son las opiniones difundidas a este respecto en las esferas "cultivadas" *(Gebildeten),* en las que se considera natural y honorable que el joven aprenda esgrima y juegue a la espada, en tanto que el boxeo lo consideran una torpeza. ¿Por qué? No existe ningún deporte que fomente como este el espíritu de ataque y la facultad de rápida decisión, haciendo que el cuerpo adquiera la flexibilidad del acero». Hitler añade una coda cuando menos sorprendente: «Si nuestra esfera superior de intelectuales no hubiera sido educada tan exclusivamente en medio de reglas de atildado trato y hubiese aprendido también a boxear, jamás habría sido posible la revolución de 1918, revolución hecha por rufianes, desertores y otros maleantes. Porque lo que a estos les dio el triunfo no fue el fruto de su osadía, ni de su fuerza de acción, sino más bien el resultado de la cobarde y miserable falta de entereza por parte de los que entonces dirigían el Estado y eran sus responsables» (1943 [1925/1926]: 454-455).

Ambos deportes estaban en el epicentro de las actividades formativas de las SA: «El entrenamiento corporal [boxeo y *jiu-jitsu* . Nota: J. C.] inculca en el individuo la convicción de su superioridad física y, con ella, le da la confianza que radica eternamente en la conciencia de la propia fuerza; además se le deben inculcar aquellas destrezas deportivas que sirven de arma para la defensa del movimiento» *(Ibid.* : 611-612). Según algunas informaciones (Hartmann *et al.,* 2016: 1376, nota 215), en 1922 alrededor de 60 integrantes de las SA de Múnich fueron adiestrados en la técnica de *jiu-jitsu* . Un dato que probablemente ignoraban Hitler y sus seguidores es que el fundador del boxeo «científico» moderno fue Daniel Mendoza, un inglés de origen sefardí que el mismo año de la Revolución Francesa, en 1789, publicó un opúsculo titulado *El arte del boxeo (The Art of Boxing*) (Adler, 2017: 98-99).

Hitler permaneció fiel a esta idea de priorizar ambos deportes de combate después de la reestructuración del movimiento a su salida de la cárcel en diciembre de 1925. Ver Brief Adolf Hitlers an Hauptmann v. Pfeffer», 1-XI-1926. En BArch-Berlin, NS 26/302. Asimismo, Hitler, 1943 [1925/1926]: 444-445 y 611.

[91] StArchiv München, Polizeidirektion 6803, «Abschrift. Richtlinien zur Aufstellung einer Sturmabteilung (Entwurf)», fechado el 16-V-1922, pp. 23-24.

[92] La condena a cinco años por un intento de golpe de Estado con cuatro policías y 16 golpistas muertos y múltiples heridos, finalmente sustanciada en nueve meses de privación de libertad tras su condena, no cabe ser calificada sino como de benévola. El ministro de Justicia bávaro, Franz Gürtner, desempeñó un papel capital a la hora de impedir que el juicio se celebrase en el Tribunal Superior de Justicia de Leipzig, como estaba prescrito, y en su lugar discurriese en el Tribunal de Justicia *(Volksgericht)* de Múnich. El fin pretendido era prevenir que saliese a relucir la colaboración de

representantes del Estado bávaro con los implicados. El presidente del Tribunal fue Georg Neithardt, un conservador con simpatías hacia los insurrectos, que les atribuyó un «espíritu patriota» y «nobles intenciones». El hecho de que cuatro policías hubiesen resultado muertos por las fuerzas golpistas ni siquiera salió a relucir en el juicio. Neithardt fue recompensado por los nazis en septiembre de 1933 con la presidencia del *Oberlandesgericht* (Tribunal Superior de Justicia) con sede en Múnich (Nerdinger, 2015: 70-71). Se ha escrito que si los jueces se hubiesen dejado guiar más por el derecho y menos por sus simpatías con los acusados, la carrera política de Hitler hubiese acabado en esos momentos (Hockerts, 2015: 391). Por lo demás, las condiciones de reclusión de Hitler se parecían más a la vida de un balneario que a la de una cárcel al uso (Kershaw, 1998: 217; Ullrich, 2013: 189). Baste señalar como indicador de las ventajosas condiciones de reclusión que recibió un total de 489 visitas (Vitkine, 2011: 19).

Durante la República de Weimar no faltaron las voces que denunciaron la condescendencia de la judicatura alemana con los sectores *völkisch* y con los nazis. Emil Julius Gumbel, un profesor de estadística de la Universidad de Heidelberg, redactó tres informes sobre asesinatos políticos perpetrados por grupos paramilitares ultranacionalistas (los *Freikorps)* y por los nazis después. El primero de ellos llevaba por título *Dos años de muertes* (1920); el segundo *Cuatro años de muerte política* (1922). En este último aportó datos harto elocuentes: 22 asesinatos cometidos por activistas de izquierda, sobre todo comunistas, habían arrojado diez ejecuciones y penas de 15 años de promedio; 354 asesinatos cometidos por los *Freikorps* dieron como resultado penas medias de cuatro meses, y ninguna pena capital (Gumbel, 1922: 81). El tercer libro, *Dejad rodar las cabezas. Asesinatos fascistas, 1924-1931* (1991 [1931]), estaba comisionado por la *Liga Alemana por los Derechos Humanos* y llegó a la siguiente conclusión, la misma que había demostrado en el anterior: «Los tribunales son blandos con los nacionalsocialistas; los comunistas son condenados con todo el peso de la ley» (1991: 53). Franz Neumann, en *Behemoth,* llegó a conclusiones similares sobre la parcialidad del sistema judicial durante Weimar (2009 [1942]: 21 y ss.).

La justicia, se denunció en la época, sufría de una suerte de «ceguera en el ojo derecho». Los analistas que han abundado en su funcionamiento tras la Primera Guerra Mundial coinciden con esta apreciación, y describen al sistema judicial alemán durante la República de Weimar en general, y a los jueces en particular, como «reaccionario, antidemocrático y antisemita, o más o menos refractario a las influencias modernas y democráticas» (Hett, 2008: 179). Con los nazis en el poder, Löwenstein apuntó dos razones para explicar el fracaso a la hora de establecer barreras legales efectivas frente a los nazis. Una era que los juristas alemanes estaban atrapados en un «dogma legalista», según el cual una democracia debía tratar a todas las ideas políticas sin discriminación; otra razón era que, a menudo, los hombres en las posiciones claves en las esferas política, administrativa y judicial hicieron oídos sordos y ojos ciegos (cuando no simpatizaron con ellos) ante un movimiento que merecía la pena impulsar por su «patriotismo» (1938, I: 595, nota 14). Los nazis difundían una perspectiva radicalmente diferente. Para ellos la justicia de Weimar era cualquier cosa menos digna de tal nombre: «Los tribunales condenaban con dureza la defensa propia y dejan irse con condenas ridículas a las bandas de bandidos» (Goote, 1934: 11).

Historiadores contemporáneos llegan a las mismas conclusiones que Gumbel y Neumann sobre el sesgo judicial en la República de Weimar. Reichardt coincide en caracterizar al sistema judicial como «en absoluto neutral políticamente», y describe a la judicatura como «en su mayoría antirrepublicana y antiparlamentaria, inclinada a un modelo de Estado autoritario y en parte antisemita» (2002: 251). Horst Möller llega a una conclusión similar: «Mientras que la justicia cerró ambos ojos ante los extremistas de derecha, procedió habitualmente contra los delitos cometidos por comunistas con extremo rigor, incluso cuando los delitos eran leves» (2018: 253). Lo cual, sin embargo, no quiere decir necesariamente que los jueces simpatizaban con los nazis; solo que había un cierto solapamiento de valores entre ellos: «desde el escepticismo hasta la enemistad hacia la democracia parlamentaria, preferencia por formas de Estado autoritarias, rechazo del movimiento obrero y un reiterado y marcado antisemitismo» (Fülberth, 2013: 40). Este último autor sostiene, después de

haber analizado las sentencias judiciales por motivos políticos durante la República de Weimar en Berlín, que «no tiene constancia de

un solo caso en el que a un comunista encausado por asesinato o lesiones graves fuese declarado inocente. Dicho privilegio estaba reservado para los autores de derechas en el conflicto» *(Ibid.* : 44; 2011). Los jueces mostraron condescendencia con los acusados, siempre y cuando estos arguyesen haber actuado por motivos patrióticos, cualesquiera que fuesen sus crímenes (Evans, 2004: 137).

[93] Los dos días siguientes a su puesta en libertad, el 21 y el 22 de diciembre, Hitler fue recibido por Heinrich Held, presidente de Baviera, a quien aseguró que en el futuro sus actividades políticas seguirían un curso legal (Sandner, 2016, I: 384-385).

[94] BArch-Berlin NS 26/302. SABE n.º 1, «Brief Adolf Hitlers an Hauptmann v. Pfeffer», 1-XI-1926. Las citas aquí recogidas son copia literal de las formuladas por el propio Hitler en *Mein Kampf* (1943 [1925/1926]: 611 y 608, resp.).

[95] «SA: Grundsätzliche Betrachtungen über: Bestimmung, Organisation und Ausbildung», en *Nationalsozialistische Briefe,* n.º 24, 15-IX-1926. En las luchas intestinas que asolaron al NSDAP tras la excarcelación de Hitler, las *Nationalsozialistische Briefe* representaron un intento frustrado de Goebbels, Gregor Strasser y otros líderes del partido en el Noroeste del país alejados del poder en la central bávara por contrarrestar el influjo nocivo que supuestamente ejercía en Múnich el círculo alrededor de Hitler, pero en modo alguno contra la figura del máximo líder del movimiento. Dicha publicación fue concebida como un intento de contrarrestar al *Völkischer Beobachter* (Kellerhoff, 2017: 125-128).

[96] GStA, I. HA Rep 77, Ministerium des Innern, Tít. 4043, n.º 310, p. 310.

[97] «SA: Grundsätzliche Betrachtungen über: Bestimmung, Organisation und Ausbildung», en *Nationalsozialistische Briefe* n.º 24, 15-IX-1926.

[98] GStA, I. HA Rep 77, Ministerium des Innern, Tít. 4043, n.º 309. SA der NSDAP. Bd. 1, 1925-1929, p. 90 (reverso).

[99] Con anterioridad a 1934 la cifra de miembros de las SA no fue computada de forma sistemática ni centralizada, razón por la que se hace preciso descansar en estimaciones a la hora de ofrecer un cálculo de su militancia. Tras el fin de la guerra tuvo lugar una destrucción masiva de sus archivos, destrucción de carácter tanto accidental como deliberado. Estos dos factores hacen que las cifras no resulten todo lo precisas que sería de desear. Las variaciones ofrecidas por diferentes autores no son, sin embargo, sustanciales. Ver Fischer y Hicks, 1980: 131.

[100] Fundada oficialmente en Magdeburgo el 25 de diciembre de 1918 por el oficial en la reserva Franz Seldte, la *Stahlhelm* se bregó sofocando los ensayos revolucionarios desatados en el país emulando el ejemplo soviético, así como en la protección de fronteras. En un principio tenía dos objetivos: por un lado, la promoción del sentido de camaradería y el apoyo económico a los antiguos soldados y, por otro lado, la salvaguarda de la ley y el orden a la luz de los ensayos revolucionarios que estallaron a lo largo y ancho del país en 1918-1919. En marzo de 1920 contaba con 30 grupos locales; en junio de 1921 eran 63; al final de ese año ya eran 300, y en junio de 1922 alcanzó los 500. En cifras absolutas creció desde los 2.000 miembros en 1919-1920 a los 100.000 en 1924 y los 500.000-600.000 a mediados de la década de 1920 (Diehl, 1977: 96-97, 293-297). Otras fuentes

rebajan estas cifras y afirman que en su punto álgido en 1929 y 1930 contó con entre 350.000 y 400.000 miembros (Ziemann, 2011: 23). Hizo las veces de fuerza paramilitar del derechista Partido Nacional del Pueblo Alemán *(Deutschnationale Volkspartei,* DNVP). En su hoja de servicios figuraba proteger los actos públicos del partido. Aunque en un primer momento no se trató de una organización

reaccionaria ni racista (estaba abierta a socialdemócratas y judíos que hubiesen cumplido seis meses en el frente) a partir de 1919 viró a la derecha (Berghahn, 1966). Era una organización de marcado carácter conservador, algo que en Alemania iba de la mano del nacionalismo y del antisemitismo; la nostalgia de la época imperial pesaba sobremanera en su ideario y práctica políticas. A juicio de Merkl, la *Stahlhelm* destacó como «la encarnación más clara de las glorias del ejército imperial y del espíritu militarista del esfuerzo de guerra» (1980: 39).

La *Reichsbanner Schwarz-Rot-Gold* (*Reichsbanner* Negro-Rojo-Dorado, los colores de la bandera republicana) fue una organización paramilitar fundada en febrero de 1924 en Magdeburgo, al igual que la *Stahlhelm* . Su propósito declarado era la salvaguarda del orden democrático frente a sus enemigos: «La finalidad de la Alianza es el agrupamiento de todos los participantes de la Alemania imperial en la guerra mundial y de los hombres formados en el uso de las armas que necesariamente se identifiquen sin reservas con la constitución republicana» (Bundessatzung vom 27.2.1924; en Ziemann, 2011: 35-36; 2013: 63-64). Formalmente se trató de una organización nutrida por activistas de los partidos políticos defensores de la república, es decir, el SPD, el *Zentrum* y el liberal-progresista Partido Democrático Alemán (*Deutsche Demokratische Partei* , DDP). En la fase fundacional, hasta un 90 por ciento de sus integrantes eran veteranos de guerra. Aunque la militancia era socialdemócrata y de extracción obrera (y varones), su equipo dirigente respondía a una mayor pluralidad social y política en línea con los partidos que la integraban, si bien todos sus máximos responsables fueron siempre socialdemócratas. Algunos cálculos sostienen que en 1924 un 85 por ciento de sus miembros eran socialdemócratas, y a comienzos de la década de 1930 un 90 por ciento, desmintiendo así la pretensión de suprapartidismo con que se presentaba ante la opinión pública (Gotschlich, 1987: 33; Ziemann, 2013: 69-70). Un informe policial de finales de 1932 concluyó que se trataba de «una organización casi exclusiva del SPD» (en Schmiechen-Ackermann, 1996: 400). Las tensiones internas entre sus corrientes integrantes condujeron a que, a la altura de 1930, el SPD fuese en la práctica su único apoyo. De forma no muy diferente a las organizaciones paramilitares de derechas, la *Reichsbanner* estaba organizada de forma militar, con sus banderas, uniformes y marchas y ejercicios militares. Como ha escrito Diehl, con su fundación «el uso de formas y métodos de organización militares en la consecución de objetivos políticos dejaron de estar limitados a los extremos para convertirse en un fenómeno general» (1977: 178). En agosto de 1924 afirmaba contar con 5.618 secciones locales y 1,26 millones de miembros, y a principios del año siguiente, con unos tres millones (Gotschlich, 1987: 32-33). Fuentes contemporáneas sostienen que nunca contó con más de un millón de miembros activos; con todo, fue la organización paramilitar más numerosa durante la República de Weimar (Diehl, 1977: 176-184, 245-251, 295; Ziemann,

2011; 2013: 60-72). La *Reichsbanner* siempre estuvo en primera fila cuando de defender y difundir los principales símbolos de la república se trataba: la bandera negra-roja-dorada (la cultura política conservadora nunca la hizo suya, y defendió y exhibió en su lugar la bandera imperial negra-blanca-roja) o la conmemoración del Día de la Constitución cada 11 de agosto (Buchner, 2001: 100; Achilles, 2010).

En suma, tanto la *Reichsbanner* como la Liga de Combatientes Rojos (RFB) fueron la contribución de las izquierdas a la militarización de la política característica de la época.

[101] El perfil socioestructural de las SA, y del KPD y la RFB, diferían ligeramente. En tanto que la organización paramilitar nazi se nutría de trabajadores y parados semicualificados y cualificados, así

como integrantes de la clase media-baja, los comunistas resultaban más atractivos a trabajadores no cualificados (Fischer, 1982: 654).

[102] GStA, I. HA Rep 77, Ministerium des Innern, Tít. 4043, n.º 309, p. 9.

[103] De los cuales, según la misma autora, un 80 por ciento eran de confesión protestante, y el resto católicos (Jamin, 1985: 369). En 1933 el porcentaje de protestantes en el conjunto de la población era de un 62,7 por ciento o, lo que es lo mismo, 41 millones, 19 de ellos pertenecientes a la Iglesia evangélica de Prusia. Un 32,5 por ciento eran católicos, asentados sobre todo en el sur y el oeste del país, además de en la Alta Silesia. Integrantes de otras confesiones y no creyentes constituían el 4 por ciento; los judíos, el 0,8 por ciento restante (Hürten, 2011: 24).

[104] GStA, I. HA Rep 77, Ministerium des Innern, Tít. 4043, n.º 309, p. 30.

[105] StArchiv München, Polizeidirektion 6803, «Abschrift. Verpflichtungsschein», pp. 25-26, 145, 147; *Ibid.* , «PND N.º 320. Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei Sturmabteilung. Versammlung in Rest. Adelmann am 2.11.21», p. 192; *Ibid.* , «PND n.º 322. Versammlung der Nationalsozialisten —Sturmabteilung— im Rest. “Adelmann”, Isartorplatz, am 9.11.1921», p. 193.

[106] StArchiv München, Polizeidirektion 6803, «Abschrift. Richtlinien zur Aufstellung einer Sturmabteilung (Entwurf)», fechado el 16-V- 1922, p. 23.

[107] Tal y como se recoge en un informe policial de junio de 1923. *Ibid.* , p. 28.

[108] BArch-Berlin, NS 26/298.

[109] Göring resultó herido durante el *Putsch* de 1923. Paradojas de la historia, fue ocultado en su piso por el fabricante de muebles judío Robert Ballin, quien le procuró asistencia médica antes de que huyera al país vecino (Orth, 2012: 213).

[110] La experiencia nostálgica de la guerra no librada por razón de edad parece que no es un rasgo privativo de la juventud alemana. George Orwell, hablando en nombre de su generación, de «quienes éramos demasiado jóvenes» para haber combatido en la Primera Guerra Mundial, lamentaba en 1940 haberse perdido «la inmensidad de la experiencia» de la guerra; «uno se sentía menos que un hombre porque se la había perdido». A lo que añadió a renglón seguido: «Estoy convencido de que, al menos en parte, la fascinación que tuvo la Guerra Civil española en la gente de mi edad fue su similitud con la Gran Guerra» (1968a: 135, 136).

[111] La edad media de los afiliados al NSDAP antes de 1933 (los «jóvenes luchadores») era de 30 años; la de los «viejos oportunistas» que se sumaron al partido después de ese año era de 45 años. Falter (ed.), 2016: 471-472.

[112] En su periplo como mochilero por Alemania en 1932, Daniel Guérin se cruzó con un joven que, refiriéndose a nazis y comunistas, le confesó: «Sabes, estamos enfrentados unos a otros. Nuestras pasiones están tan encendidas que a veces nos matamos unos a otros, pero *en el fondo anhelamos lo mismo* […] un nuevo mundo, radicalmente diferente al imperante, un mundo que no destruya café y trigo mientras millones padecen hambre, un *nuevo sistema* . Pero mientras que algunos *creen de*

forma obstinada que Hitler se lo proveerá, otros confían en que será Stalin. Es la única diferencia entre nosotros» (1994: 50. Énfasis en el original).

[113] BArch-Berlin, NS 26/302, SABE n.º 10.

[114] Aleccionados por la experiencia alemana sobre el impacto de los uniformes en la difusión de ideas inciviles y en la intimidación en la calle, diferentes países europeos adoptaron leyes restrictivas al respecto después de la toma nazi del poder, como por ejemplo Suecia (1933), Noruega (1933), Dinamarca (1933), Suiza (1933), Austria (1933), Bélgica (1934), Finlandia (1934), Holanda (1934), Checoslovaquia (1933 y 1936) e Inglaterra (1936) (Löwenstein, 1937, II: 648-649).

Juan Francisco Fuentes (2018) ha cartografiado hasta 34 «movimientos con camisa» durante esos años, con una amplia gama cromática que incluía el verde, azul, negro, rojo, gris, pardo, blanco y naranja.

[115] Nazi de primera hora desde los inicios en Múnich, entre 1923 y 1933 Rosenberg fue jefe de redacción del periódico nazi *Völkischer Beobachter* , y autor de la obra *El mito del siglo* XX *(* 1930). Según un prominente fascista español que llegó a conocerle, Rosenberg disponía de una «fantasía demagógica eficacísima» (Ledesma Ramos, 1931). Fue condenado a muerte en el juicio de Núremberg y ejecutado en 1946.

[116] Joseph Goebbels, «Zehn Gebote für jeden SA-Mann», *Nationalsozialistische Briefe,* 24. Brief, 15-IX-1926. En Casquete, 2017: 258-260.

[117] BArch-Berlin NS 26/302. SABE n.º 10, 14-XI-1926, «Dienst-Anzug».

[118] *Ibid.* ; «GRUSA V. Grundsätzliche Anordnungen der SA», en Hitler, 1992: II/1, 344. La sacralización del uniforme perduró en el tiempo. Las Directrices de las SA aprobadas por Röhm en 1933 ser referían a la necesidad de mantener el «traje de honor» sin mácula, y comportarse como el representante del movimiento que era. Ver *Allgemeine Dienstordnung für die SA der NSDAP* , 1933: Artículo 17, pp. 16-17.

[119] BArch-Berlin NS 26/302. SABE n.º 10, 14-XI-1926, «Dienst-Anzug». Con el paso de los años se abrieron otras posibilidades para adquirir uniformes oficiales sin necesidad de encargarlos por correo a la oficina de Múnich. El NSDAP creó a finales de la década de 1920 la *Reichszeugmeisterei* (RMZ, una instancia para procurarse uniformes y otra parafernalia del movimiento que supervisaba la producción y precios de dichos productos, sancionándolos oficialmente), que reemplazó a la *SA-Wirtschaftsstelle* . Simultáneamente se abrieron *Braune Läden* (Tiendas Pardas) para la venta de productos nazis, desde uniformes a libros. Poco antes del acceso al poder, existe constancia de once oficinas de la RMZ y Tiendas Pardas en grandes ciudades del país (Homberger, 2014: 106).

[120] *Anzugs-Ordnung für die SA* , 1934, pp. 8-10.

[121] GStA, I. HA Rep 77, Ministerium des Innern, Tít. 4043, n.º 309, p. 292.

[122] StArchiv München, Polizeidirektion 6803, «PND n.º 319, Versammlung der Nationalsozialisten - Sturmabteilung- im Rest. Adelmann, Isartorplatz, am 26.10.21», p. 191.

[123] StArchiv München, Polizeidirektion 6803, «Abschrift. Richtlinien zur Aufstellung einer Sturmabteilung (Entwurf)», fechado el 16-V-1922, pp. 25-26; «Abschrift. Verpflichtungsschein», pp. 145 y 147.

[124] «Dokumente aus dem Kampf der Bewegung», *Nationalsozialistische Monatshefte* , 9 (1938), p. 653. Rosenberg se había expresado en términos parecidos en un artículo suyo en el *Völkischer Beobachter* (8-VII-1926).

[125] En español se habla de «los pulmones», en plural. En alemán se habla de «el pulmón». Desde ahí hay que entender la relación de órganos en singular de Tucholsky, y que en la segunda parte de la frase en el original alemán hable de «medio pulmón» (*halber Lünge*), cuando en español se hablaría de «un pulmón».

[126] LABerlin, A Rep. 358-01, n.º 593.

[127] LABerlin, A Pr. Br. Rep. 030, n.º 164, pp. 107 y ss.

[128] Las informaciones aquí recogidas sobre Trambauer y la bandera de sangre descansan en Orth, 2012.

[129] Sobre el 9 de noviembre en tanto que festividad nazi y como «jornada epocal» en la historia de Alemania existe una copiosa literatura. Ver Vondung, 1971: 83-85; Mommsen, 1994; Möller, 2004; Merlio, 2010.

[130] Con carácter excepcional, el 20 de abril de 1939 fue declarado fiesta oficial remunerada coincidiendo con el 50 cumpleaños de Hitler. El Día de la Cosecha, deudor de la cosmovisión *Sangre y Suelo (Blut und Boden),* vino a representar la contraparte del 1 de Mayo: la primera festividad estaba ligada al campesinado, la segunda al proletariado industrial (Vondung, 1971: 83; Reichel, 2006: 273).

[131] StArchiv München, Polizeidirektion 6803, «PND, n.º 317. Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei Sturmabteilung im Hotel Adelmann am 19.10.1921», p. 188.

[132] StArchiv München, Polizeidirektion 6803, «Abschrift. Richtlinien zur Aufstellung einer Sturmabteilung (Entwurf). 16.5.1922», p. 24.

[133] «SA: Grundsätzliche Betrachtungen über: Bestimmung, Organisation und Ausbildung», en *Nationalsozialistische Briefe,* n.º 24, 15-IX-1926.

[134] Bajer publicó el primer libro de canciones en el periodo republicano con el título de *Was der Deutsche singt* (1932), y ya en el Tercer Reich como *Liederbuch der Nationalsozialistischen Deutschen Arbeiterpartei* (1933).

[135] El *Völkischer Beobachter* (25-II-1922) sostuvo que el tráfico de mujeres constituía «el negocio más lucrativo y mejor organizado del judaísmo». La realidad era más poliédrica de lo que transmite el estereotipo. Hacia 1910 estaban identificados en Alemania un total de 182 traficantes de mujeres, de los cuales 19 eran judíos. En Austria eran 101, de ellos 65 judíos, de los cuales 25 vivían en Viena

y el 30 por ciento eran mujeres. En contra de lo que sostenían los antisemitas de la época, las víctimas de dicha práctica delictiva no eran mujeres no judías, sino en su mayoría judías del Este de Europa, muchas de las cuales hablaban *yiddish* . Ver Hartmann *et al.,* 2016: 218, notas 197 y 198.

[136] Un acercamiento literario excelentemente documentado en términos históricos a los *Ringvereine* y, por lo demás, a la época, son las novelas criminales de Volker Kutscher, que tienen al comisario Gereon Rath como principal protagonista.

[137] Engelbrecht publicó un artículo en 1924 en la revista *Die Polizei* expresando su admiración por la lucha contra la criminalidad en la Italia fascista. Poco después dejó la policía criminal por diferencias con su entonces máximo responsable Bernhard Weiss, quien en 1927 fue ascendido al cargo de vicepresidente de la policía de Berlín, en el que permaneció hasta su jubilación anticipada en julio de 1932. Acto seguido al acceso de los nazis al poder, Engelbrecht presentó una solicitud de reingreso (Liang, 1977: 162, 177, 185).

Artur Landsberger, por otra parte, fue un periodista y escritor considerado el «portavoz» de los sindicatos berlineses del crimen de la época por sus crónicas periodísticas y otras publicaciones (como el libro que nos sirve de base en este excurso, publicado en 1929). Una hermana de Landsberger estaba casada con uno de los hermanos Ullstein, propietarios de un imperio editorial de la época. Su primera mujer (a la que intentó asesinar) era hijastra del fundador de la cadena de grandes almacenes Wertheim. Es decir, que Landsberger tenía conexiones familiares con algunas de las familias berlinesas de origen judío más prósperas de la época. Sus escritos transmiten una imagen edulcorada del inframundo de la capital, «que tienen que fundar sus propias sociedades, puesto que tienen claro que para ellos es inalcanzable convertirse en socios del "Tennisklub Blau-Rot" o del "Golf und Landklub Wannsee"»; por lo demás, «la vida de las sociedades [Ringvereine] no se diferencia en nada de la de las sociedades corales o de veteranos» (1929: 17). Landsberger era de origen judío y enemigo declarado de los nazis, lo cual explica que sus libros nutriesen la hoguera tan pronto como aquellos se alzaron al poder. Se suicidó en octubre de 1933.

[138] La prostitución constituía una de las actividades de los *Ringvereine* . La función de ayuda mutua característica de estas sociedades llegaba incluso hasta prestar apoyo económico de la caja común a los proxenetas cuando las prostitutas a su cargo caían enfermas o eran detenidas y enviadas a la cárcel (*Vossische Zeitung* , 5-I-1929, p. 5; Engelbrecht, 1931: 89-90).

[139] LABerlin A Rep. 358-01, n.º 2220/1.

[140] El archivo de la Oficina para el Registro de Asociaciones de Berlín, con sede en Charlottenburg, no conserva ninguna documentación de estatutos de *Ringvereine* . El Landesarchiv de Berlín dispone de los estatutos de tres clubs: LABerlin B Rep. 042, n.º 26530, «Rüder-Club "Libelle" e.V.»; LABerlin B Rep. 042, n.º 26649, «Mandolinen-Club Heimatklänge 1909 e.V. Berlin»; LABerlin B Rep. 042, n.º 26292, «"Roland" Verein zur Förderung der Stammkunde».

[141] Estatutos de *Immertreu* reproducidos en Landsberger, 1929: 17-22.

[142] Agradezco a Ulrich Prehn el matiz lingüístico.

[143] Sin embargo, los estatutos de *Immertreu* no mencionan nada al respecto, y Goeschel tampoco aporta ninguna prueba de que los estatutos de otras asociaciones lo incluyeran.

[144] La estimación de 20 grupos en *Vossische Zeitung* , 31-XII-1928, p. 4.

[145] Landsberger no lo explicita, dando así a entender que huellas digitales y fotos habían sido recabadas por la policía berlinesa, lo cual significaría que la mayoría de varones adultos de la ciudad contaban con una ficha policial. En realidad, en el periodo republicano se diseñó una división del trabajo a nivel de todo el país según el cual la policía de Berlín era la encargada de recabar las huellas dactilares de delincuentes implicados en falsificación de moneda, delitos en transporte ferroviario, atracos a bancos, tráfico de mujeres o pornografía (Liang, 1977: 140-141). Cabe, pues, suponer que muchas de las huellas y fotos a su disposición eran de delincuentes fichados en Berlín, pero también del resto del país, ya que la central policial en Alexanderplatz operaba como instancia centralizadora.

[146] Staatsarchiv München (StA), Polizeidirektion 6803, «Abschrift. Verpflichtungsschein», p. 25.

[147] Los estatutos de *Libelle* , formalmente dedicada al remo, también dan cuenta de que sus integrantes disponían de «símbolos de la asociación, alfiler, etc.» (art. 19). LABerlin B Rep. 042, n.º 26530, «Rüder-Club "Libelle" e.V.».

[148] La letra de la canción, también conocida como *El buen camarada* , fue escrita en 1809 por el poeta Ludwig Uhland. En 1825 el compositor romántico Friedrich Silcher le añadió la melodía.

Pronto se convirtió en una canción de duelo entonada ante tumbas de soldados caídos en combate, pero también en tumbas de civiles, posibilitado por el hecho de que el texto no hace referencia a guerra concreta alguna, ni tampoco a las razones por las que han caído. La canción da sentido al combate y a la muerte en guerra sin cuestionarse su porqué. Lo hace exaltando como valores la obediencia militar, el cumplimiento de su deber por el soldado y la disposición sacrificial (Kaiser, 2010: 84).

Durante la República de Weimar fue costumbre interpretarla con ocasión de la celebración del Día de Duelo Nacional. Su uso trascendía las fronteras partidarias, excluyendo a los comunistas (la *Reichsbanner* sí la empleaba), que prescindían de la canción en sus rituales funerarios (Ziemann, 2013: 150; Thieme, 2017: 221, nota 93). Los nazis la vampirizaron y utilizaron con un claro propósito en los funerales de sus militantes muertos durante la «lucha por la calle»: el de establecer una conexión entre los soldados alemanes que dieron su vida por la patria durante la Gran Guerra, por un lado, y los nazis fallecidos en confrontaciones violentas con socialdemócratas y comunistas, por otro. De ahí que formase una parte indisociable de la liturgia de sus mártires.

Según el musicólogo nazi Hans Bajer, la primera ocasión en la que resonaron los acordes de *El buen camarada* en un contexto funerario suyo fue con ocasión del entierro de Werner Dölle, «disparado por un judío» (1939b: 173). Tras la toma nazi del poder y la conversión en fiesta nacional del 9 de noviembre como Día de los Héroes, la canción siguió ocupando un lugar central en la liturgia. Es la melodía que resuena en el documental de propaganda *El triunfo de la voluntad* cuando Hitler, acompañado por los máximos responsables de las SA y las SS (Viktor Lutze y Heinrich Himmler, respectivamente), rinde homenaje a los caídos en las jornadas del partido en Núremberg (1935: 59'). Ver Oesterle, 2001; Beck y Euskirchen, 2009: 89-90; Kaiser, 2010: 82-89.

La canción fue importada por otros movimientos fascistas, entre ellos el español.

[149] StA-München, Polizeidirektion 6804, en Siemens, 2017: 11.

[150] *Ibid.*

[151] GStA, I. HA Rep 77, Ministerium des Innern, Tít. 4043, n.º 309, p. 30.

[152] *Nationalsozialistische Briefe* , n.º 24, 15-IX-1926.

CAPÍTULO III
EL TROQUEL MARTIRIAL NAZI

1. El triunfo de la fe

El movimiento nacionalsocialista arrancó su andadura como un pequeño grupúsculo más de los que pujaban por abrirse paso en el rico y dinámico panorama ultranacionalista bávaro. Como es siempre el caso con todo movimiento político y social, en sus inicios atrajo a un pequeño núcleo de activistas, o «emprendedores de movimiento» (por decirlo en la terminología de la teoría de la movilización de recursos —McCarthy y Zald, 1977—), congregados alrededor de la figura de Hitler, su figura carismática (Herbst, 2010), para crecer a partir de ahí a golpe de fe y entrega a la causa de la palingenesia nacional. Las narrativas nazis que reconstruyen la historia del movimiento vienen punteadas por una retórica de los pocos en vigilia permanente contra un mar de «enemigos» por hacer prevalecer la «Idea» y sacar a Alemania de su estado de «postración» nacional; de avanzadilla en un contexto refractario a sus ideas por la nutrida presencia de «marxistas»; de soledad en defensa de *su* verdad; de inferioridad en las condiciones en que discurría la lucha, a menudo con resultado de muerte. Metafóricamente, los «caídos» eran los encargados de recordar a sus correligionarios vivos su deber, misión y ruta.

El relato nazi sobre la construcción discursiva de los «mártires» discurrió según unas líneas maestras resumidas del modo siguiente: en la mayor de las adversidades, una minoría activa de patriotas, exponente de lo mejor de su juventud y encarnación misma del hombre nuevo —el «nacionalsocialismo hecho cuerpo»—, fue capaz de mantener contra viento y marea su fe en la idea de la regeneración nacional frente a un enemigo fiel a la causa internacionalista que fue además, hasta los años finales de Weimar, infinitamente superior en número. La determinación y el espíritu de lucha de esos patriotas «fanáticos» fue lo que condujo a la victoria final, culminada en enero de 1933 con la proclamación de Hitler como máximo responsable del Tercer Reich. Los propagandistas nazis no se cansaron de

repetir que se trataba de una gran lección de la historia que dejaba bien a las claras lo irrefrenable de la voluntad cuando era sincera y se apuraba hasta sus últimas consecuencias. Una fe multiplicada y extendida a todo un pueblo a partir del ejemplo que ofrecía el propio Führer, el modelo en primera instancia del hombre nuevo, convenientemente amplificado por el aparato de propaganda:

> ¿Qué habría sido de Alemania si en el año 1919 un soldado desconocido no hubiese tenido la fe en poder salvar un día de su decadencia a la nación alemana por la milicia y el desprendimiento, por el valor y el espíritu de sacrificio? Porque ¿qué es lo que ha salvado a Alemania? [...] ¿No fue la inquebrantable confianza en que se impondrían victoriosamente sobre el inferior y el tarado los valores eternos de nuestro pueblo? Fue el milagro de la fe lo que salvó a Alemania. Hoy, después de esos triunfos únicos en la historia, es más que nunca obligación del partido recordar aquella profesión de fe nacionalsocialista haciéndola ondear otra vez como signo santo de nuestra lucha y de nuestro seguro triunfo (Hitler, 1936: 82).

La noción nazi del mártir como «testigo de sangre» por la regeneración nacional bebe de la tradición griega, en la que la inmolación del héroe acontecía por amor a una gloria todavía vacía de trascendencia (García Gual, 2016: 17), pero también, de forma paradójica y seguramente inadvertida, del judaísmo, donde la locución empleada para designar el martirio, *Kidush ha-shem,* significa en hebreo «santificación del Nombre (de Dios)». El término griego *mártys* aparece por primera vez en los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles en torno al año 150 d.C. con el sentido de «testigo», y se utiliza para referirse a los testigos de la pasión y resurrección de Jesucristo. Más tarde, en la tradición musulmana el término se verterá al árabe como *shahid* , el nombre que recibirán los mártires muertos en combate contra los infieles (Benbassa, 2011: 30, 33-34).

El martirio por una causa trascendente es una «invención» judía, luego adoptada de forma secuencial por el cristianismo y el Islam. En cada caso con sus especificidades, se trata de un reclamo compartido por las tres grandes religiones monoteístas, aunque existe una diferencia sustancial entre las tradiciones judía y cristiana, por un lado, y una corriente musulmana contemporánea, por otro. Para las dos primeras religiones monoteístas, un mártir es quien sacrifica la vida por su fe y por su Dios en un acto no voluntario ni buscado. Según su visión, Dios y no el hombre es el único con la potestad de intervenir sobre la vida y la muerte. La inmolación de un mártir responde a la voluntad del Señor, a su «llamada». Distinto es el caso de los mártires musulmanes de nuestros días (que no del Islam en sí). Su martirio es ofensivo, son los causantes de la muerte de otros

seres humanos. Los que se prestan al martirio desde esta perspectiva se erigen en los dueños de la vida y la muerte de otros seres humanos. El o la mártir, y no Dios, aniquila la vida propia, pero también la ajena. Sigrid Weigel, por su parte, llama la atención sobre una diferencia esencial entre el mártir por Alá y el mártir por Dios. Según esta autora, el mártir del Islam interviene como luchador «por la fe correcta», contra la falsificación de la idea de Dios de judíos y cristianos. El mártir cristiano, por su parte, al menos en sus principios, aparece como una figura sufridora que paga gustoso el precio de la persecución, la tortura y la muerte por su fe (2004: 35).

Igual que el judío está rodeado por un mar de enemigos de su fe, por la que está dispuesto a sacrificar su vida sin consideración de los obstáculos que se interpongan en su camino, el nazi de primera hora, desde su manifiesta inferioridad numérica y practicando el apostolado por propagar la fe verdadera, no tiene reparo en ofrendar su vida en aras de la regeneración nacional. Mártir religioso es quien «abraza de obra y palabra la causa de Dios» hasta las últimas consecuencias (O. Michel, en Dehandschutter y Van Henten, 1989: 8); mártir nazi sería, según la misma lógica, quien abraza de obra y palabra la causa de Alemania hasta su inmolación según las líneas raciales marcadas por el movimiento hitleriano. Durante Weimar, para los nazis la sangre derramada sirvió como una metáfora de la pérdida, pero también de la resurrección nacional. El carácter sagrado de los mártires derivó del sacrificio propio de la vida en aras de la comunidad, «en nombre de los demás y de la totalidad» (Plessner, 2001 [1924]: 44). Con la glorificación debida a los mártires por la palingenesia de Alemania, y al igual que en las «religiones de mártires» (es decir, las tres grandes religiones monoteístas), los nazis veían satisfechos de forma simultánea dos objetivos: cohesionar al creyente y a la comunidad por la que se habían sacrificado, y atraer nuevos prosélitos a su causa. El sufrimiento que atestiguaban los mártires alimentó así la identidad de los nacionalsocialistas de forma equiparable a como ha servido para preservar a la comunidad judía a lo largo de la historia (Benbassa, 2011).

Los nacionalsocialistas explotaron el sacrificio de la vida por la patria y los rituales funerarios y conmemorativos asociados a la pérdida para cementar la identidad grupal, al mismo tiempo que para proyectar una imagen de unidad en la lucha por un orden político y social (racial en última instancia) alternativo al representado por la vilipendiada república. Lo que

apuntó un propagandista nazi sobre Wessel, modelo de dedicación a la patria que arrinconó cualquier interés individual, puede ser extrapolable al mártir nazi en general: «Dejó a un lado sus estudios, sus hermanos de corporación *(Korpsbrüder)* no lo volvieron a ver, apenas se dejaba ver en casa e incluso la chica que empezaba a rondar en su vida no volvió a oír de él. Estaba de lleno en la lucha por Alemania. Para él era evidente que primero tenía que participar en la lucha hasta el final antes de poder pensar en sí mismo. Si todos los alemanes hubiesen pensado igual, ¡todo habría sido muy distinto en Alemania!» (Goote, 1934: 34). Dedicación anterior, amigos, familia, mujeres, en Wessel todo quedaba supeditado a la palingenesia de Alemania.

La nacionalsocialista no fue la única cultura política que inscribió en sus prácticas rituales la glorificación y el recuerdo de los muertos. Los comunistas recordaron a sus muertos tan pronto como se fundó el KPD: «Los comunistas defendieron una ideología opuesta diametralmente al nacionalsocialismo, pero se movieron en el mismo terreno cultural que despreciaba la democracia burguesa, glorificaba el martirio y contemplaba el recuerdo como un deber cívico» (Sewell, 2009: 531-532). La conmemoración de los mártires comunistas encuentra un antecedente en el culto a los alrededor de 300 «caídos de marzo» durante la revolución de 1848. Celebrado el 22 de marzo de ese año, se trató de un auténtico «funeral de Estado desde abajo» (Hettling, 1998: 19, 28). Ya en el siglo XX , los mártires por antonomasia del comunismo alemán fueron Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Inmediatamente después de su asesinato a manos de *Freikorps* el 15 de enero de 1919 (el KPD había surgido dos semanas antes) empezó a cristalizar el ritual conmemorativo de sus líderes. El 25 de enero siguiente, decenas de miles de personas avanzaron desde la Puerta de Brandeburgo hasta el cementerio de Friedrichsfelde para honrarlos, a ellos y a otros 32 muertos víctimas de la violencia paramilitar archinacionalista. Sus líderes fueron objeto de homenajes, pero también los activistas de base. Durante la República de Weimar los comunistas abatidos en la lucha callejera o a manos de paramilitares fueron celebrados como mártires; sus nombres aparecían en lugar destacado en la prensa afín, y sus funerales se convirtieron en una oportunidad para organizar manifestaciones masivas (Wirsching, 1999: 356-357). Los actos funerales incorporaron una serie de prácticas simbólicas heredadas de los socialistas de la preguerra, como el depósito de coronas de flores rojas o la actuación de coros

musicales. Las ceremonias tras el deceso de un camarada en circunstancias violentas estaban rodeadas de símbolos: una bandera roja solía abrir las marchas; otra bandera roja envolvía el ataúd acompañando al fallecido hasta la eternidad; se cantaba *La Internacional* en los momentos culminantes de los actos del partido, a la par que se elevaba el puño cerrado, gesto introducido en 1924 por la RFB. Lenin fue incorporado a los actos recordatorios a partir de 1924 (Korff, 1992: 77-81; Sewell, 2009). Sin embargo, los comunistas nunca mantuvieron un listado de mártires, como sí hicieron (y tendremos ocasión de comprobar) los nazis.

El calendario celebratorio nazi ofrece una prueba elocuente de la centralidad de los mártires en su praxis. En él figuraban varias festividades de homenaje a los soldados y sus mártires: el homenaje a los caídos del movimiento en las jornadas del partido, y el Domingo de los Muertos, celebrado por la iglesia protestante a finales de noviembre y utilizado por los nazis para sus propios fines. En esas fechas, «la tropa de los muertos de Horst Wessel» interpelaba a los vivos: «Camaradas, ¿habéis cumplido con vuestro deber? ¿Habéis sido luchadores, seguís siendo luchadores, desde que nosotros morimos?». A lo que la tropa reunida a pie de tumba respondía al unísono: «¡Claro! Hemos cumplido con nuestro deber, hemos sido luchadores, lo somos y lo seguiremos siendo; por la patria, por Alemania, por su suelo, el mismo en el que habéis derramado vuestra sangre» *(Völkischer Beobachter,* 28-XI-1933). Sus caídos eran así fundidos en una misma «unidad indisociable», en una cadena épica por el renacimiento nacional. Todos esos hombres «de acero» eran despedidos como «camaradas de camino» con el saludo de los «soldados del frente»: «Amar la vida significa: ¡no temer a la muerte!» [153] .

Sin embargo, la fecha más solemne del calendario festivo nacionalsocialista era el 9 de noviembre. En 1926, y coincidiendo con el tercer aniversario del ensayo de golpe de Estado, los nazis declararon la fecha como Día de Luto del NSDAP (Volz, 1939: 23). Una vez alcanzado el poder, dejó de ser un mito del movimiento para convertirse en mito del régimen. La jornada fue sancionada en 1935 como Día del Recuerdo por los Héroes, sustituyendo al Día de Duelo Nacional de la era republicana, y se convirtió en la fecha más emblemática del calendario festivo nacionalsocialista, puesta al servicio del «mito de la lucha, del sacrificio y de la victoria de los "viejos luchadores"» (Vondung, 1971: 83; 2013: 69; asimismo Paul, 1990: 128) [154] . La víspera, en una suerte de «cena del

Señor con sus discípulos» (Behrenbeck, 1996: 305), los veteranos del golpe se reunían con Hitler en la cervecería donde arrancaron, la Bürgerbräukeller, para desde allí asistir a un mitin de su Führer en el que ensalzaba el martirio de los caídos y ligaba las conquistas presentes con los sacrificios pasados. En dichos mítines, Hitler glorificaba el acto sacrificial de los primeros mártires del movimiento e invitaba a su réplica siempre y cuando las circunstancias exigiesen su heroísmo. En su prédica del 8 de noviembre de 1933, por ejemplo, sostuvo:

> hemos abierto los ojos al pueblo alemán y hemos puesto en la balanza del movimiento el heroísmo que luego habría de precisar. Y sobre todo: esa tarde y ese día nos han posibilitado, diez años después, proseguir nuestra lucha de forma legal. No se equivoquen ustedes: si no hubiésemos actuado entonces, nunca habría fundado un movimiento revolucionario, formado y mantenido y, de este modo, preservado en la legalidad [...] Ese día, esa decisión me ha posibilitado, a pesar de todas las resistencias, resistir durante nueve años (en Domarus, 1973, I: 327).

Un año después, en el mismo contexto y en inequívoca referencia cristiana, Hitler calificó la sangre derramada en el curso del intento insurreccional como «agua bautismal del Tercer Reich» *(Ibid.* : 458). Esos 16 mártires —declaró en su discurso del 8 de noviembre de 1935— fueron los inspiradores de todos los «sacrificios de sangre» ulteriores *(Ibid.* : 554) que grabaron en la bandera del movimiento la idea de que «Alemania tiene que vivir, aun cuando nosotros hayamos de morir», en agudo contraste con la inscripción (metafórica) dominante en la bandera enemiga de «Nosotros viviremos, aun cuando Alemania vaya a la ruina» (*Völkischer Beobachter* , 11-XI-1935). En su discurso de la jornada en 1939, recién empezada la guerra, Hitler introdujo una innovación discursiva en el nuevo contexto bélico que acababa de estallar: los mártires de 1923 debían servir de ejemplo a los soldados que se dirigiesen al frente: «aquello por lo que los primeros 16 cayeron era lo suficientemente valioso como para obligar al mismo sacrificio a otros, cuando sea necesario. Esta constatación no debería abandonarnos en el futuro» [155] .

Coincidiendo con el aniversario una comitiva cerrada, cual Vía Dolorosa del nacionalsocialismo, efectuaba un recorrido en procesión entre la cervecería Bürgerbräukeller y la Feldherrnhalle, el emplazamiento en el centro de la ciudad donde los nazis y resto de golpistas fueron detenidos por las fuerzas del orden. Ambos enclaves fueron elevados a la categoría de lugares sagrados o lugares de memoria de la religión política

nacionalsocialista. Si en la víspera el discurso de Hitler figuraba en el epicentro, ahora quien cobraba protagonismo era la marcha ritual, densa en símbolos y asimismo articulada alrededor del Führer. «Las procesiones», según Joshua Hagen, «pueden ser entendidas como intentos por apropiarse de determinados espacios públicos y por dotarlos permanentemente con la visión ideológica de los organizadores de la procesión al tiempo que simultáneamente intentan excluir interpretaciones alternativas» (2008: 350). A partir de 1933 la marcha la abría el «Grupo del Führer» con la «Bandera de sangre». A continuación desfilaban los titulares de la «Orden de sangre», esto es, los supervivientes del intento de golpe de Estado y, seguido, el resto de prominentes del partido. El ritual alcanzó su punto álgido en 1935. Ese año fueron exhumados de la Feldherrnhalle los cuerpos de los 16 «testigos de sangre» y trasladados a los dos «Templos de Honor» recién erigidos en la plaza König. Un sofisticado ritual, de impronta cristiana, acompañó la ceremonia en procesión entre la cervecería y la Feldherrnhalle. El recorrido estuvo flanqueado por 240 pilones, cada uno de ellos con el nombre de un «caído del movimiento» inscrito en letras doradas debajo de la inscripción «¡Pase de revista!», y provisto cada uno además del «fuego sacrificial». Los féretros de los 16 mártires del movimiento fueron colocados en otras tantas cureñas mientras sonaba la canción *Yo tenía un camarada* . Los acordes de la *Deutschlandlied* acompañaron el traslado, envuelto en una profunda solemnidad. El mensaje era inmediato: las derrotas parciales que en su momento significaron esas muertes pasaban a ser resignificadas como momentos dolorosos en la consecución del final sagrado (Behrenbeck, 1996: 302). Cada vez que la marcha alcanzaba un pilón, el nombre del caído era declamado, al tiempo que resonaba por los altavoces la canción de Horst Wessel. A la llegada a su destino final, los féretros fueron recibidos con la «última llamada», según el modelo establecido por los fascistas italianos: los nombres de cada uno de los 16 caídos fueron recitados, al tiempo que varios miles de integrantes de las HJ respondieron al unísono con un «¡Presente!». Tras cada llamamiento resonaron tres disparos de saludo, seguido por la canción de Horst Wessel y el depósito de los féretros en su nicho con el «sumo sacerdote», Hitler, en papel estelar (Behrenbeck, 1986: 310). Tal y como proclamó él mismo, los «testigos de sangre del movimiento» prestaban «vigilia eterna» por Alemania, porque eran «inmortales entre mortales» *(Völkischer Beobachter,* 10-XI-1935). La *Marcha Badenweiler,* solo interpretada en presencia de Hitler, y la

Deutschlandlied pusieron punto final al acto. Los Templos de Honor quedaron consagrados así como lugares sagrados y de peregrinaje del nacionalsocialismo, lugares de memoria donde el pueblo rendía culto a sus héroes. Al día siguiente, la edición del *Völkischer Beobachter* (10-XI-1935) abrió con el titular: «Prestan vigilia eterna». A partir de la erección del Templo del Honor el ritual conmemorativo del intento de golpe de Estado se convirtió en un ingrediente adicional de las celebraciones. Al recorrido en procesión desde la cervecería Bürgerbräukeller hasta la Feldherrnhalle, donde Hitler depositaba un ramo de flores, seguía una etapa más hasta los Templos de Honor, que ya albergaban los sarcófagos de los 16 mártires. Ahí se procedía al ceremonial de la «Última llamada» y de la «Resurrección»: a la lectura de cada uno de los nombres de los «testigos de sangre», la multitud congregada respondía con un «¡Presente!» *(Hier!).* En el programa figuraba asimismo la toma de juramento de nuevas unidades de las HJ, de la BDM y de las SS (Hockerts, 2015: 396).

2. Contextos desencadenantes de la violencia (y del martirio)

Desde su mismo momento fundacional las SA hicieron de la violencia y de la propaganda sus modos de intervenir en la vida política, y ello tanto por motivos instrumentales (para conseguir algo) como expresivos (para conformar un «nosotros»). Resta especificar mejor las actividades concretas a las que se dedicaban sus activistas para hacer avanzar su programa ultranacionalista, antimarxista, antisemita, antifeminista, antidemocrático y antiliberal.

Donde primero se manifestó cronológicamente el despliegue ritual de la violencia fue en las «peleas de sala». En el Múnich de la posguerra, los nazis (así como otros movimientos políticos, como comunistas y socialdemócratas) vieron la necesidad de dotarse de un servicio de protección para salvaguardar el orden en sus actos públicos. Dicha tarea no era meramente defensiva, es decir, no consistía únicamente en neutralizar a los enemigos políticos que acudían a los actos con el ánimo de reventarlos, sino que incluía asimismo perturbar el normal discurrir de los actos del enemigo. Esta doble tarea, profiláctica para prevenir y proactiva para boicotear, no era privativa suya; los comunistas actuaban según un *modus operandi* similar (Rosenhaft, 1983: 3-4, 7; Reichardt, 2002: 123).

Con el paso de los años y el crecimiento consiguiente del movimiento hitleriano, los actos políticos en recintos cerrados como las cervecerías se vieron enriquecidos por las marchas en la esfera pública. El desfile de hombres uniformados y en disposición militar se convirtió en la forma de acción propagandística por excelencia de las Tropas de Asalto. En estas marchas se trenzaba una cadena de significantes para transmitir los valores de los que era portador el nacionalsocialismo: desinterés propio, disposición a la acción, sacrificio ilimitado en aras de la «comunidad nacional». En este sentido, los desfiles eran «nacionalsocialismo escenificado» (Balistier, 1989: 203; Paul, 1990: 133-142).

Tres eran los fines de esta forma de presentarse en la esfera pública: 1) mostrar disciplina y determinación a la población en general, 2) fomentar la identidad colectiva de los propios SA y, por fin, 3) amedrentar a sus enemigos y disputarles su dominio de la calle. En las ordenanzas (SABE) que hizo circular a partir de finales de 1926 su recién nombrado máximo responsable, Von Pfeffer, vienen reflejadas estas funciones de forma plástica. El SABE n.º 3 habla sin ambages de la misión de las SA como «puño del movimiento» en el marco de una singular división del trabajo entre el partido y su formación paramilitar: «El hombre de las SA es el sagrado luchador por la libertad. El camarada del partido es ilustrador inteligente y agitador astuto. La propaganda política persigue ilustrar al enemigo, discutir con él, entender su punto de vista, ocuparse de sus pensamientos, en cierta medida hasta darle la razón. Sin embargo, cuando las SA entran en escena, todo esto se acaba. No conoce concesiones. Aspira al todo. Únicamente conoce el lema (figurado): ¡golpea!, ¡o tú o yo!» [156] . Las marchas constituyeron un modo privilegiado de persuadir de forma directa a la opinión pública de su programa, es decir, sin la mediación de los medios de comunicación:

> La única forma en la que las SA se dirigen a la opinión pública es la marcha cerrada […] Visualizar un gran número de hombres disciplinados, en igual medida interior y exteriormente, cuya incansable disposición a la lucha resulta inequívoca de ver o de intuir, provoca en cada alemán la impresión más profunda y habla a su corazón una lengua más convincente y vibrante que el texto, el discurso o la lógica puedan nunca alcanzar […] La fuerza interior de la causa lleva a los alemanes a concluir su verdad de una forma intuitiva: pues solo lo verdadero, sincero y bueno puede desencadenar una fuerza auténtica. Allí donde unos grupos, de acuerdo a un plan […] se juegan cuerpo, vida y existencia por una causa, entonces esa causa tiene que ser grande y auténtica [157] .

A diferencia de las marchas organizadas por el movimiento obrero, que admitían la incorporación de simpatizantes y viandantes en general, y estaban por tanto abiertas a quien quisiera sumarse (asimismo con predominio de varones: Hagemann, 1991), las marchas nazis eran, al menos durante gran parte de su decurso, «masas cerradas» y caracterizadas por su atención al «límite» (Canetti, 1977: 11-12) y, en cualquier caso, exclusivamente masculinas. Una ampliación de la cifra de participantes no era posible porque los organizadores adoptaban las medidas necesarias para que solo desfilasen individuos uniformados, jerarquizados y disciplinados (Ehls, 1997: 384-385). Esta es la razón por la que hablamos de marchas o desfiles, siempre atentas al límite, y no de manifestaciones, una forma moderna del repertorio de acción colectiva que, por su propia naturaleza, es más desordenada, y en todo caso abierta a la participación de quien tuviera interés en hacerlo (Etzioni, 1970; Favre, 1990; Tartakowsky, 1998; Casquete, 2006a, 2006b).

Según la interpretación nazi, las fuerzas ligadas al movimiento obrero eran dueñas de la calle porque la «Alemania nacional» había capitulado ante ellas. Por eso era necesario arrebatársela por todos los medios posibles:

> Quien quiera quebrar el poder del marxismo, tiene que disputarle la calle. Esta no se conquista discutiendo en clubs de debate, sino pujando por el derecho a ella […] En el dominio de la calle radica el punto fuerte del marxismo. El marxismo ha conseguido su poder por medio de la calle. Vive del dominio de la calle. La calle es su elemento. Solo quien limpie la calle del terror rojo podrá labrar un futuro alemán, devolverá su vida a la nación alemana. Estamos listos. Hemos reivindicado nuestro derecho a la calle. También a nosotros nos pertenece, y no solo a las hordas rojas […] Acabaremos con el terror rojo, reconquistaremos la calle para el pueblo alemán [158] .

La idea no era novedosa en su argumentario. Se trata más bien de la reelaboración de una idea recogida en *Mein Kampf* y, en esa medida (y por eso mismo), moneda de uso corriente en el movimiento: «Tenemos que hacer comprender al marxismo que el dueño futuro de la calle es el nacionalsocialismo, igual que un día será el amo del Estado» (1943 [1925/1926]: 608). Y ese día llegó el 30 de enero de 1933. Primero le «habían robado el color rojo» al movimiento obrero; a partir de su acceso al poder también les había «robado las calles» (Bloch, 1991 [1933]: 64 y 65).

Cuando el escenario del desfile era rural, la acción se denominaba «propaganda en el campo». Consistía en un espectáculo escenificado por las SA llegadas a un pueblo desde ciudades cercanas, en ocasiones de forma reiterada en un corto espacio de tiempo. La secuencia típica de esta forma

de acción proliferó sobre todo a partir del verano de 1928, aunque hay constancia de precedentes anteriores, como la marcha de las SA berlinesas en Cottbus el 30 de enero de 1927 o la ocupación de Trebbin, asimismo en Brandeburgo, el 19 y 20 de marzo siguiente por unos 700 integrantes de las SA, también procedentes de Berlín [159] . Fue entonces cuando el propio Führer decidió ampliar su espacio de acción, hasta esos momentos centrado en núcleos urbanos, a zonas rurales y a pequeñas ciudades (Balistier, 1989: 129). La «táctica campestre» discurría de forma típica de acuerdo con el siguiente guion: diana, llamada, homenaje ante el monumento a los caídos en la guerra (no solía faltar una parada durante el recorrido, con discurso incluido), actividades de propaganda por el pueblo, desfile ante los líderes locales de las SA, desfile con manifestación abierta al público, eventualmente una fiesta deportiva, un concierto a cargo de la banda de música de las SA, acto vespertino en un recinto cerrado, marcha nocturna de antorchas y, por último, toque de retreta (Balistier, 1989: 133, 140; Reichardt, 2002: 104). En ocasiones, este tipo de iniciativas desembocaban en enfrentamientos violentos con enemigos políticos. Un ejemplo lo ofrece la ocupación sucesiva en marzo y abril de 1931 de Nauen, un pueblo a las afueras de Berlín, por parte de un centenar de SA procedentes de la capital, entre ellos unos 40 miembros de la Tropa de Asalto 33 liderada por Maikowski (Sturm 33, 1938 [1933]: 30) [160] . Tras los disturbios durante una de sus visitas a principios de abril en una sala dominada por «comunistas de Nauen, entre ellos numerosos jornaleros polacos» *(Ibid.* : 30; asimismo Engelbrechten, 1937: 125), el domingo siguiente hicieron de nuevo acto de presencia en la plaza del pueblo para «proteger» a su orador, esta vez provistos de refuerzos, hasta alcanzar los 250 efectivos. «Desde entonces —prosigue la crónica oficial de la Tropa de Asalto 33— el terror rojo languidece en Nauen y el camino ha quedado expedito para el nacionalsocialismo» *(Ibid.* : 32; Reichardt, 2002: 104).

La misma idea, solo que ahora a una escala superior, era la «ocupación de ciudades». Un ejemplo es lo ocurrido en Braunschweig, una ciudad-Estado de 200.000 habitantes. Allí acudieron el 17 y 18 de octubre de 1931 unos 60.000 hombres de las SA [161] . Escogieron ese lugar porque en esos momentos allí no pesaba prohibición de portar uniformes del NSDAP [162] . Las «expediciones de castigo» en el barrio obrero situado en el casco histórico de la ciudad se saldaron con dos personas muertas y 62 más

heridas, además de daños materiales en edificios y comercios. El modelo para la ocupación de Braunschweig lo ofrecieron las jornadas del partido celebradas en Núremberg (ciudad de unos 400.000 habitantes) entre el 1 y el 4 de agosto de 1929, con la participación de decenas de miles de hombres de las SA que acudieron a rendir culto a su líder y, por metonimia, a la causa nazi. Varios cientos de sus integrantes la emprendieron contra viajeros de un tranvía, el mobiliario de un local sindical, locales comunistas y viandantes (Reichardt, 2002: 110-112).

Además de entornos rurales o de pequeñas ciudades, un tercer escenario de la ocupación de la esfera pública en formación militar cerrada —y el más importante de todos por su frecuencia— era el desfile de las SA por barrios obreros de grandes ciudades como Berlín o Hamburgo. Al igual que en los casos anteriores, los actos discurrían entre un gran despliegue de banderas y uniformes, sin olvidar los cánticos. Su presencia pretendía simbolizar la conquista de la calle en territorio enemigo, esto es, transmitir *ad extra* el mensaje de que estaban dispuestos a librar la batalla contra comunistas y cualquier otro enemigo que se interpusiese en su camino. En el caso de las manifestaciones comunistas, abiertas y sin disposición militar, no era infrecuente el estallido de enfrentamientos con la policía, para la que la mera presencia de manifestantes comunistas en la vía pública presentaba un peligro potencial (Bessel, 1990: 389). Las SA, por el contrario, evitaban a toda costa los enfrentamientos con las fuerzas del orden. Cuando a finales de la década de 1920 las SA iniciaron su estrategia de «conquista» de barrios obreros en grandes ciudades, los altercados violentos con los residentes, sobre todo con comunistas, estuvieron a la orden del día. Desde la llegada de Goebbels a la capital para restablecer la paz y superar las luchas fratricidas que asolaban al movimiento en la capital y en Brandeburgo, los nazis utilizaron ante la opinión pública la carta de presentación de las manifestaciones en barrios obreros para transmitir los valores de determinación, dinamismo, ubicuidad, arrojo, sacrificio y camaradería [163] . El nombramiento oficial de Goebbels tuvo lugar el 28 de octubre, con entrada en vigor a partir del 1 de noviembre: «Con efectos a partir del 1-11 entrará en vigor la organización territorial de Berlín-Brandemburgo a partir de las organizaciones del Gran Berlín y de Potsdam y bajo la dirección de Joseph Goebbels […] las SS y las SA de la nueva organización territorial estarán expresamente subordinadas a la nueva dirección política» (en Kessinger, 2013: 33). Que la imagen transmitida en

la prensa fuese buena o mala, según Goebbels, era algo secundario. Lo principal era estar en boca de la gente. Hitler había marcado la pauta en *Mein Kampf* sobre la importancia de estar presente en el debate político de la manera que fuera: «Da lo mismo que se rían de nosotros o nos insulten, que nos califiquen de payasos o de delincuentes. Lo importante es que nos mencionen, que se ocupen constantemente de nosotros, y que poco a poco aparezcamos a ojos de los trabajadores como la única fuerza con la que actualmente tiene lugar una confrontación. Lo que verdaderamente somos y queremos, eso se lo mostraremos un buen día a la jauría de la prensa judía» (1943 [1925/1926]: 544). Goebbels tomó buena nota de la consigna y la aplicó en Berlín con el fin de atraer la atención pública con acciones como las del tipo que estamos comentando: «Se empezó a hablar de nosotros. Ya no se nos podía silenciar o pasar ante nosotros con desprecio glacial. Se podían mencionar nuestros nombres […] El Partido se hizo conocido. De golpe figuró en el centro de atención del interés público […] Se hablaba de nosotros. Se discutía sobre nosotros, y la opinión pública se preguntaba cada vez más quiénes éramos y qué queríamos» (Goebbels, 1932: 59 y 60).

En 1928 el *Manual de las SA* reconoció lo mucho que la presencia ordenada en la esfera pública de la organización paramilitar había allanado la ruta al poder: «con las marchas, las SA han conquistado la calle y así contribuido a alcanzar el poder. Frente al alboroto encanallado de la chusma del Frente Rojo, las marchas de las SA eran símbolo de orden y virilidad, así como expresión de la fortaleza y determinación del movimiento». Como en los años más convulsos de la «lucha por la calle», prosigue el citado *Manual* , «también hoy las marchas de las SA, que siempre serán disciplinadas y propias de soldados, son expresión del sacrificio y disposición a la acción de todo alemán auténtico» *(Handbuch der SA* , 1938: 246). Desde otro registro radicalmente diferente, el periodista y escritor Israel Yehoshua Singer, que vivió de cerca aquellos convulsos años, condensó de manera magistral esta forma de difundir el mensaje totalitario en la sociedad a través de las marchas: «Estaban en todas partes con sus uniformes color marrón, marchando en desfiles, circulando en coches y motocicletas, empuñando antorchas encendidas, entonando himnos militares y haciendo entrechocar los tacones. Pasaban en cortejo, desfilaban y desfilaban sin pausa» (2015 [1943]: 279).

La lucha por los bares que servían de punto de encuentro y de reunión a los miembros de las SA, los *Sturmlokale,* constituían otro detonante para el

despliegue de la violencia. Las viviendas obreras eran pequeñas y estaban sobresaturadas, y la tasa de desempleo a raíz de la crisis económica de 1929 era elevadísima (un 14 por ciento a principios de 1929 y un 32 por ciento en 1932), en particular entre los jóvenes. En estas circunstancias, dichos locales jugaron un papel fundamental en la vida de los nazis; eran enclaves de sociabilidad donde discurría su tiempo a caballo entre la distracción y la actividad política. A su alrededor se desarrolló una batalla sin cuartel con los comunistas, en especial cuando los primeros los utilizaron como punta de lanza para adentrarse en barrios y distritos de dominio comunista. Muchos miembros de las SA pasaban más tiempo en su *Sturmlokal* que en sus domicilios (Wackerfuss, 2008: 284). Sin embargo, no se trataba de una innovación nazi. Karl Kautsky, dirigente socialdemócrata alemán, reivindicó a los bares como espacios de sociabilidad obrera:

> El auténtico baluarte de la libertad política del proletariado […] es el bar […] el único lugar donde las clases bajas pueden reunirse y debatir sobre sus problemas comunes. Sin el bar el proletariado alemán no solo carecería de vida social, sino también política […] Si el movimiento por la abstinencia de alcohol triunfase […] y persuadiese a la masa de los trabajadores alemanes para que evitasen los bares y se concentrasen en la vida familiar retratada por ellos en términos tan idealizados […] la cohesión del proletariado se vería quebrada, se vería reducida a una masa de átomos inconexos y, por lo tanto, incapaces de resistencia (en Rosenhaft, 1983: 12).

Los bares donde se reunían los miembros de las SA se conocían como *Sturmlokale* [164] . Aunque sobre el papel se trataba de locales abiertos al público, en la práctica funcionaban como clubs privados que solo frecuentaban miembros de las SA, del NSDAP y amigos suyos (Wackerfuss, 2008: 284). Proliferaron a finales de la década de 1920, al compás de la expansión del movimiento nazi. En el marco de su estrategia de la provocación permanente, comenzaron a instalarse en distritos en los que socialdemócratas y comunistas eran hegemónicos. Su empeño era asentarse «a ser posible enfrente de un local del Partido Comunista» (Engelbrechten, 1937: 197). La selección de la prensa que los taberneros ponían a disposición de su clientela, en este caso prensa nazi, marcaba la afinidad política del local y, en consecuencia, servía para atraer o repeler parroquianos.

Los *Sturmlokale* se convirtieron en símbolos del avance nazi en territorio enemigo. En ellos se reunían sus seguidores para preparar actividades políticas, para departir entre camaradas en momentos de aguda crisis económica, en especial a raíz del colapso económico de 1929, con largos

días por delante para los numerosos desempleados que nutrían las filas de las SA. Allí, en jornadas que no siempre podían pasar en sus diminutas, saturadas y mal acondicionadas viviendas, se daba rienda suelta a la incivilidad intrínseca al movimiento nazi preparando ataques contra quienes pensaban de forma diferente, sin descuidar a los judíos que tuviesen la mala fortuna de cruzarse en su camino en el momento menos oportuno.

Además de las marchas de propaganda en pueblos, ciudades y barrios obreros, de los disturbios en salas y de la lucha por los locales, otra forma de acción nazi presidida por la violencia eran los ataques más o menos premeditados a enemigos políticos en plena calle. Miembros de las SA acostumbraban a perpetrar ataques contra activistas de izquierda a su regreso de actos políticos o en las inmediaciones de sus bares de reunión. Los autores eran de costumbre un grupo reducido de hombres que planeaban previamente o improvisaban sus agresiones en los *Sturmlokale* . Si el enfrentamiento ocurría de forma fortuita en la calle con comunistas, en no pocas ocasiones los SA acudían en busca de refuerzo al local de reunión más cercano (Reichardt, 2002: 127-129).

Para el despliegue efectivo de sus actividades, vale decir, para la escenificación de sus marchas, desfiles y manifestaciones, resultó de gran importancia disponer de un parque móvil. Con tal fin, en abril de 1930 surgió el Cuerpo de Automóviles Nacionalsocialista *(Nationalsozialistisches Automobilkorps* , NSAK), que cambió su denominación un año más tarde a Cuerpo de Vehículos Nacionalsocialista *(Nationalsozialistisches Kraftfahrkorps* , NSKK) [165] . Miembros de las SA pusieron a disposición de la organización sus vehículos privados, lo que dotó a los paramilitares de una movilidad dentro y fuera de las ciudades, movilidad de la que carecían los partidos obreros para sus campañas electorales, marchas de propaganda, para reventar actos de sus enemigos o para acudir en auxilio de camaradas en problemas (Longerich, 2003: 112-113). A modo ilustrativo, a la altura de abril de 1932, los alrededor de 12.000 miembros de las SA en Sajonia tenían a su disposición 396 motos, 180 automóviles y 53 camiones, asistidos por unos 700 conductores y mecánicos (Schumann, 2001: 285).

Los actos de violencia estaban sujetos a una cierta temporalidad (Diehl, 1977: 191 y ss.). Los periodos electorales (a órganos nacionales, regionales y locales) ofrecían una oportunidad para su comisión. Las marchas propagandísticas, la protección de locales donde se desarrollaban mítines, el

boicot activo a actos electorales ajenos, el reparto de folletos o la pegada de carteles eran ocasiones en las que las SA y fuerzas paramilitares enemigas se enfrentaban entre sí. Asimismo, la discusión de leyes y medidas contestadas por los nazis eran momentos propicios para los enfrentamientos callejeros, como ocurrió durante la primavera de 1929 con el debate del Plan Young, una renegociación de los pagos de los alemanes a los aliados acordados en el Tratado de Versalles. Otra ocasión la proporcionaban las celebraciones conmemorativas propias de las SA, como el aniversario de la ejecución de Leo Schlageter cada 26 de mayo, o ajenas, como podían ser celebraciones comunistas como el aniversario de la Revolución Soviética, los aniversarios de los asesinatos de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo cada 15 de enero, o el 1 de Mayo. Así, por ejemplo, según fuentes policiales, en esta última fecha de 1923 en Múnich un grupo de nazis estimado en 100 efectivos intimidó con revólveres y porras de goma a un grupo de entre 60 y 80 personas que celebraban la jornada, a los que arrebataron una bandera roja, carteles y un tambor. El balance se saldó con dos heridos entre los celebrantes [166] . Por fin, otro condicionante de la temporalidad guarda relación con la climatología: cuanto más benigna, más presencia en la calle y, por lo tanto, mayor probabilidad de que se desatasen enfrentamientos violentos con enemigos políticos.

3. La violencia política en cifras

Hay una suerte de unanimidad entre los especialistas en considerar que al final de la República de Weimar nazis y comunistas libraron una «guerra civil latente» (Diehl, 1977; Wirsching, 1999; Schumann, 2001; Reichardt, 2002; Blasius, 2008) o, variando la terminología pero no el sentido, una «cuasi-guerra civil» (Elias, 1992: 294), ante la que las autoridades se vieron desbordadas por momentos. Para Schumann, por ejemplo, la violencia era ubicua y siempre a punto de estallar, pero dentro de unos ciertos límites que impedían hablar de una verdadera «guerra civil», ni mucho menos en el sentido que se había desarrollado tras la Primera Guerra Mundial (2001: 328), cuando los *Freikorps* «defendían fronteras» y apagaban *manu militari* los ensayos revolucionarios que las autoridades legítimas eran incapaces de controlar por sus propios medios. Desde otro registro, para Carl Schmitt «la guerra no es sino la realización extrema de la enemistad», y la guerra civil,

«una lucha armada en el seno de una unidad organizada» que (y los ecos hobbesianos de esta afirmación al incorporar la noción de temporalidad a su esquema son evidentes) «no necesita ser nada cotidiano ni normal, pero tiene desde luego que estar dado como posibilidad efectiva si es que el concepto de enemigo ha de tener algún sentido» (1991 [1932]: 62 y 63). La lucha librada en la calle entre los dos principales enemigos políticos se ajusta a la definición, y se puede decir que libraron una suerte de guerra civil durante los años finales de Weimar que los especialistas, descansando en la terminología de la época, han convenido en etiquetar como soterrada o latente.

En un memorándum de 1932, el ministro de Interior del Reich, el socialdemócrata Carl Severing, dibujó un balance sombrío: apenas discurría un día, sostuvo, «en el que no se dispare, apalee o apuñale en algún lugar de Alemania a adversarios políticos. El estado de seguridad ciudadana ha alcanzado un deplorable punto mínimo, y desciende cada día más» (en Jasper, 1960: 281). La violencia era tan cotidiana y ubicua que un observador de excepción, el periodista catalán y corresponsal en Alemania Eugenio Xammar, resumió a finales de 1931: «entre los dos sectores extremos de la política alemana —los nacionalsocialistas y los comunistas — hay entablada una guerra civil de nuevo tipo [...] La “puñalada trapera” y el balazo a quemarropa en la boca del estómago están a la orden del día» (2005b: 50). Otro testigo directo de aquellos años en Berlín, el escritor Christopher Isherwood, describió un panorama igualmente desalentador: «Berlín se encontraba en un estado de guerra civil. El odio explotó repentinamente sin previo aviso, de la nada; en las esquinas, en los restaurantes, cines, salones de baile, piscinas; a medianoche, después del desayuno, en la mitad de la tarde. Se desenvainaban cuchillos, se daban golpes con anillos con púas, con jarras de cerveza, con patas de silla o porras rellenas de plomo; las balas rasgaban los anuncios en las columnas de carteles y rebotaban desde los techos de hierro de las letrinas» (1963 [1935]: 86). Albert Grzesinski, a la sazón ministro prusiano de Interior entre 1926 y 1930 y poco después, y hasta julio de 1932, máximo responsable de la policía en la capital, sancionó en julio de 1932 ese mismo diagnóstico: «Sí, hay que afirmarlo con rotundidad, de hecho hay una guerra civil en Alemania, una guerra civil latente» (en Diehl, 1977: 377, nota 8) [167] . Los nazis hicieron suyo el dictamen, solo que presentándose como las víctimas,

y hablaron de una «guerra civil enmascarada contra el pueblo que despertaba» *(Dienstvorschrift für die SA der NSDAP,* Heft 1, 1932: 16).

Con variaciones regionales dependiendo del arraigo y correlación de fuerzas entre los principales contendientes, la violencia se extendía por todo el país. Nos referiremos únicamente a la violencia contra las personas y no a la violencia contra la propiedad (robos, vandalismo, incendios deliberados contra comercios), asimismo endémica durante los años finales de la República (Loberg, 2019).

Veamos el caso de Prusia [168] . En la región más extensa y poblada de Alemania, entre enero y agosto de 1932 se registraron un total de 155 víctimas mortales en enfrentamientos de motivación política. Su distribución por meses fue la siguiente: enero, 10 muertos; febrero, 8; marzo, 11; abril, 6; mayo, 7; junio, 19; julio, 86; agosto, 8. En el mes de junio y, sobre todo, en julio, con las elecciones al Reichstag del día 31 de trasfondo, las cifras se dispararon. El buen tiempo facilitaba la ocupación de la calle y, con ello, los enfrentamientos. En un dato más que avala la temporalidad de la violencia política, los fines de semana resultaron particularmente virulentos: el domingo 10 de julio un total de 27 personas cayeron en todo el país víctimas mortales de ataques, con especial intensidad en las cuencas industriales del Ruhr y del Rin, resultando gravemente heridas otras 181. El sábado 30 de julio, víspera de la cita electoral, perdieron la vida 10 personas más, a las que hay que añadir 12 adicionales durante la jornada electoral (Winkler, 1993: 490, 505). Fueron las elecciones más sangrientas de la historia de Alemania, tanto que la amenaza de guerra civil se convirtió en el tema estrella de la campaña (Winkler, 2000: 512; Blasius, 2008: 80). La adopción gubernamental el 9 de agosto de una disposición anunciando el endurecimiento de las penas por delitos de naturaleza política consiguió rebajar drásticamente las cifras de muertos. En este nuevo contexto, en su edición del 29 de septiembre el *Vossische Zeitung* tituló: «¿Superada la guerra civil latente?». Un día después, el diario *Tägliche Rundschau* fue más categórico y abrió con el siguiente titular: «La guerra civil latente amaina». Amainó, en efecto, pero no desapareció por completo, ni tampoco con efectos inmediatos, puesto que se prolongó hasta que los nazis se hicieron con las riendas del país e inauguraron un periodo dictatorial que, *manu militari* , aplastó cualquier asomo de disidencia.

La distribución de las víctimas por filiación política resulta elocuente. Siempre según esas mismas fuentes oficiales, 70 de las 155 víctimas en Prusia fueron nazis, 54 comunistas, 10 *Reichsbanner* y socialdemócratas, y 21 indeterminados. Entre el 1 de enero y el 6 de febrero de 1933, esto es, el mes anterior al acceso de los nazis al poder y la semana siguiente a su consecución, en Prusia se registraron 30 muertes de motivación política, distribuidas del modo siguiente: 13 comunistas, nueve nazis, tres *Reichsbanner,* dos policías y tres clasificados en la categoría de «otros». De todos ellos, nueve acontecieron en Berlín: tres nazis, tres comunistas, un policía y dos clasificados como «otros».

Las cifras que acabamos de repasar hacen referencia a las víctimas mortales, pero los incidentes que requirieron la actuación policial fueron muchos más. En 1928, las fuerzas de orden público de Prusia intervinieron en un total de 318 ocasiones para sofocar disturbios de carácter político, bien celebrados al aire libre o en recintos cerrados; en 1929, la cifra se disparó a 579; en 1930, a 2.494; en 1931, a 2.904; y en 1932, a 5.296. Por aislar el año anterior al colapso de la República, los nazis oficiaron de organizadores en 2.135 de los casos en los que intervino la policía; en 1.776 ocasiones los organizadores fueron comunistas; en 499, la *Reichsbanner;* en 148, otras organizaciones de derechas; en 67, la organización paramilitar conservadora *Stahlhelm;* y en 671 casos, «otros». La confiscación por la policía de armas de fuego y de otro género estaba a la orden del día [169] . No todo el mundo hizo suyas estas estadísticas oficiales. El diario socialdemócrata *Vorwärts* (27-I-1931), aunque las juzgaba valiosas, dudó de su exactitud y criticó la metodología.

Otras cifras de estos años finales de Weimar, asimismo ceñidas a Prusia, se refieren a las víctimas de los nazis durante la primera mitad de 1931 según su orientación política. Para una cabal interpretación de los datos, hay que tener en cuenta la heterogeneidad interna de la región prusiana, con provincias y ciudades con una fuerte implantación del movimiento obrero (caso de Berlín o la cuenca del Ruhr) y otras de una estructura socioeconómica radicalmente diferente en las que el KPD era más débil y donde el SPD era el referente hegemónico del movimiento obrero y de la izquierda.

¿Quiénes eran los destinatarios principales de la violencia nazi y comunista? Los comunistas dirigieron su violencia sobre todo contra los nazis. Entre principios de 1931 y finales de junio de 1932, en Prusia un total

de 5.600 comunistas fueron acusados de delitos de muerte o de lesiones, 4.883 de ellos por ataques a nazis (es decir, un 87,2 por ciento, siendo *Reichsbanner* y *Stahlhelm* el resto de sus víctimas). Por lo que respecta a los nazis, de las 4.754 personas vinculadas a ellos e identificadas por delitos de asesinato o lesiones, un 50,7 por ciento lo fueron por ataques a miembros del KPD, y un 46,5 por ciento a socialdemócratas. En el conjunto del Reich, datos de 1931 muestran que un 55,2 por ciento de los actos violentos cometidos por nazis estaban dirigidos contra miembros de la *Reichsbanner* , y un 43,8 por ciento, contra comunistas (Reichardt, 2002: 68-69; 2007: 388).

En enclaves industriales los comunistas coprotagonizaron junto con los nazis la violencia política que atenazó el orden democrático de Weimar. Un ejemplo lo ofrece el estudio de William Sheridan Allen sobre la expansión social y política del nacionalsocialismo en Northeim (camuflada en el libro con el nombre de *Thalburg),* una localidad prusiana de unos 10.000 habitantes cercana a Hannover. Entre 1930 y 1933 Allen computa no menos de 37 altercados políticos, de los cuales cuatro adquirieron dimensiones tumultuarias. Los enfrentamientos se intensificaron en periodos electorales, nueve en total entre las elecciones locales de 1929 y las celebradas al Reichstag en noviembre de 1932, cinco de los cuales discurrieron solo en 1932 (1965: 135, 137-138). Un indicador del clima de polarización y alta movilización políticas de la época lo encontramos en la participación electoral en la localidad, entre el 94 y el 97 por ciento en los comicios de mayor trascendencia. En tres años, el NSDAP pasó de 123 a los 4.195 votos alcanzados en julio de 1932 (el 59 por ciento del total; el SPD obtuvo 1.639 votos —el 24 por ciento—, y el KPD, 285 votos —4 por ciento—) *(Ibid.* : 135, 292-293). Entre enero de 1930 y enero de 1933, los nazis celebraron una media de tres mítines al mes, un 50 por ciento más que los organizados por los socialdemócratas (un total de 100 mítines del NSDAP, frente a 62 del SPD; *Ibid.* : 135, 294-295). Aunque Allen no proporciona cifras desglosadas por contendientes, en su trabajo menudean las referencias a enfrentamientos violentos entre nazis e integrantes de la *Reichsbanner (Ibid.* : p.e., 55, 61, 74, 86, 96). Los nazis pusieron a los «marxistas» en su punto de mira, englobando en la etiqueta tanto a socialdemócratas como a comunistas. En quién focalizasen su odio estaba en función del peso específico local de cada una de las dos corrientes del movimiento obrero, y

en Thalburg quienes estuvieron en el punto de mira nazi fueron los socialdemócratas.

De esta amalgama de cifras sobre violencia política en Prusia se desprenden cuatro conclusiones:

1.ª El principal destinatario de la violencia comunista fueron los nazis.
2.ª Los nazis repartieron su violencia entre las dos principales familias del movimiento obrero, los comunistas, más propensos al activismo violento, pero también los *Reichsbanner* .
3.ª La violencia nazi no se explica como una mera reacción contra una violencia comunista primigenia, tal y como ha sostenido Striefler (1993), porque los relativamente pacíficos *Reichsbanner* también sufrieron las iras nazis.
4.ª Aunque en términos absolutos (número de ataques y/o detenidos por implicación en actos violentos) comunistas y socialdemócratas fuesen víctimas de la violencia nazi, los ataques más letales (medidos en número de víctimas mortales) fueron contra comunistas.

Como quiera que sea, hay que tomar con extrema precaución las cifras de violencia política durante la República de Weimar en Berlín, en Prusia o en cualquier otro rincón del país, tratándose en el mejor de los casos de estimaciones. Cuando menos dos razones invitan a proceder con cautela: primero, no disponemos de estadísticas oficiales relativas al conjunto del país y, segundo; no siempre resulta sencillo dilucidar si quien perdía la vida en un enfrentamiento callejero era un activista político o no. El juicio que el historiador Martin Broszat efectuó a la altura de 1969 sigue siendo válido a día de hoy. Entonces afirmó que se carecía de un «balance fiable» de la violencia política durante la República de Weimar, aun cuando apuntaba a que se elevaban a «varios cientos» (Broszat, 2007 [1969]: 44; Reichardt, 2002: 57).

Una guerra latente o soterrada, pues, cuyo balance preciso de víctimas ignoramos a día de hoy. Sí que disponemos de estimaciones elaboradas por el semanario independiente *Die Welt am Montag* (12-X-1931) a partir de periódicos, memorias, informes y notas policiales. Tras constatar que «el terror como medio de discusión política se está erigiendo en Alemania en la marca de una cierta política de partido» y que se estaban imponiendo «el puño y la pistola en lugar del argumento persuasivo», el semanario cifró en

457 muertos y 1.154 heridos las víctimas de la «lucha política de ideas» para el periodo comprendido entre enero de 1923 y julio de 1931 (el estudio no recoge el último año y medio de vida de la república, un periodo especialmente encarnizado). Las zonas más afectadas del país fueron los enclaves industriales, en particular las regiones del Ruhr y del Rin, seguidas por Berlín. Particularmente sangriento resultó el año 1923, con un total de 236 muertos (162 de los cuales aparecían consignados como «radicales de izquierda», esto es, comunistas), con el conflicto desatado en el Ruhr de trasfondo tras la ocupación francesa para hacer efectivas las indemnizaciones de guerra contempladas en el Tratado de Versalles. Si fijamos la atención en los fallecidos a partir de 1929 y hasta julio de 1931, el panorama por adscripción política fue el siguiente: 108 muertos correspondieron a «radicales de izquierda», 29 fueron «radicales de derecha» (nazis), 8 de «organizaciones republicanas» (se refiere a la *Reichsbanner*) y en 10 casos se trató de agentes policiales. A partir de 1929, resumió el semanario, arrancó «una era de guerra civil latente, una situación organizada y promovida de forma consciente por ciertos grupos políticos y sociales en lucha por el control inmediato del poder».

Algunos partidos y organizaciones proporcionaron sus propias cifras de fallecidos en enfrentamientos políticos. Según el KPD, los «fascistas» (en el cómputo no entraban los muertos provocados por la policía) asesinaron a 92 correligionarios suyos entre finales de 1923 y comienzos de 1930. Una estimación habló de 26 muertos de la nacionalista y conservadora *Stahlhelm* en la lucha contra el comunismo. La *Reichsbanner* habría perdido a 13 de sus integrantes entre 1924 y 1928. La organización comunista Socorro Rojo *(Rote Hilfe)* computó 44 muertos de sus filas a manos nazis en 1930, 52 en 1931 y 75 tan solo en la primera mitad de 1932, mientras que la *Reichsbanner* registró más de 50 muertos en enfrentamientos con nazis entre 1929 y 1933 (Rosenhaft, 1983: 6; Evans, 2004: 270).

Quienes sí llevaron las cuentas de sus fallecidos con escrupuloso (y tergiversado) detalle fueron los nazis. Su panteón martirial hasta 1938 recogió un total de 411 caídos [170] . Primero como movimiento y, a partir de 1933, como régimen, el nacionalsocialismo colocó el culto a los mártires caídos por la palingenesia de la patria en el centro de sus prácticas rituales y de sus actividades de propaganda. Para los nazis, los mártires eran viva expresión de las virtudes y valores que querían ver impresos en el hombre del futuro: sacrificio, desinterés, honor, valor, lealtad, camaradería. Eran los

mejores, el espejo en el que se tenían que mirar los alemanes para que el Reich perdurase mil años. De ahí que les dedicaran tantas consideraciones y figurasen en el epicentro de su cosmovisión.

Menudean los indicadores de la centralidad que ocuparon los mártires en los discursos y rituales nazis. Cada muerte de un miembro de las SA, de las SS o de las HJ venía seguida de una detallada cobertura en la prensa nazi local y en el *Völkischer Beobachter* [171] ; mediante órdenes firmadas por Hitler, las unidades de asalto de las SA fueron rebautizadas sistemáticamente con el nombre de un integrante suyo fallecido; la política de memoria nazi incorporó celebraciones con motivo de los aniversarios de la muerte de sus miembros, a veces incluso de los aniversarios de su nacimiento; el callejero se pobló de calles y plazas con sus nombres; etc.

La propaganda nazi presentó de forma sistemática la muerte de sus activistas como ocurrida en circunstancias épicas en el curso de la confrontación con el enemigo marxista. Porque se trataba de un constructo para fines de propaganda, su listado oficial conviene tomarlo con extrema cautela. Les rindieron culto como los héroes que para ellos eran, pero ¿realmente fueron víctimas políticas todos los mártires recogidos en el listado oficial?; ¿qué grado de mentira y tergiversación había en la construcción de los mártires?

Un informe de la policía prusiana resulta iluminador a este respecto. Con ocasión de la publicación en el *Völkischer Beobachter* del 8/9 de noviembre de 1931 de un artículo en su primera página bajo el título de «Recordamos a los muertos», el informe repasó las circunstancias de la muerte de los nazis «supuestamente asesinados por sus enemigos» en Prusia en los años 1930 y 1931 [172] . Del total de 60 mártires consagrados por los nazis en esos dos años escasos (el año 1931 cubre hasta la fecha de publicación del periódico en noviembre), 39 habían encontrado la muerte en Prusia. El balance policial resultaba contundente y ponía en evidencia el ejercicio sistemático a la mentira como ingrediente de la propaganda nazi. De esos 39 nazis, concluyó dicho informe, 20 fueron efectivamente víctimas de enemigos políticos. En el resto de los casos se trató de muertes de carácter no político (un total de seis), de fallecimiento por culpa propia (cuatro), de muerte a manos de correligionarios nazis (dos) o por enfermedad (uno). En un caso adicional la policía no se pronunció por falta de indicios, y en otros cinco la cuestión de la responsabilidad estaba sin dilucidar. Así pues, para las autoridades la casuística de la muerte estaba clara en la mitad de los

fallecimientos. En esos casos, los activistas nazis habrían perdido la vida tras sufrir efectivamente ataques de sus enemigos políticos, a manos de socialdemócratas y, sobre todo, de comunistas. La utilización de la forma verbal en condicional no es caprichosa. Veamos el porqué.

Según dichas fuentes policiales, las circunstancias de la muerte de los 19 nazis que no cabía atribuir a motivos políticos fueron variopintas, pero no necesariamente épicas. Mencionaremos tres casos a título ilustrativo. El 8 de agosto de 1930, en la ciudad de Solingen, siete nazis apedrearon desde un automóvil a un grupo de comunistas. Los nazis regresaban a sus domicilios después de haber acudido a un mitin, e hicieron caso omiso a la solicitud efectuada por la policía de detenerse. El conductor pisó el acelerador, perdiendo el control del coche en una curva. Uno de los ocupantes falleció esa misma noche en el hospital a consecuencia de las heridas sufridas en el cráneo tras el accidente. Hasta aquí la versión de la policía. Según los nazis, los apedreados fueron ellos, quienes habrían sufrido el accidente al intentar escapar. Según su reconstrucción de los hechos, la policía no habría hecho acto de presencia en ningún momento *(Völkischer Beobachter,* 12-VIII-1930). Un segundo caso se refiere a un nazi de Prusia Oriental que el 19 de julio de 1931 se presentó ebrio a una reunión del partido. Acudir bebido a reuniones o beber en «actos de servicio» estaba expresamente prohibido en el reglamento de las SA. «Quien se comporte de forma deshonrosa vistiendo el uniforme de servicio, será expulsado. Quien sea pillado borracho en uniforme de servicio, será expulsado» [173] . Discusión mediante, otro nazi allí presente le arrebató la vida de un disparo. Por mencionar un último ejemplo en absoluto rodeado de circunstancias épicas: según el *Völkischer Beobachter,* el nazi Julius Hollmann resultó asesinado el 22 de diciembre de 1930 en Wuppertal-Barmen. En realidad, según el informe, Hollmann falleció de una embolia pulmonar.

Así pues, a partir de esta muestra en Prusia de los años 1930 y 1931, no todos los nazis elevados a la condición de mártires del movimiento fueron víctima de altercados de naturaleza política. Los nacionalsocialistas les dieron ese sesgo *a posteriori* para su uso en la contienda propagandística y poder presentarse ante la opinión pública como un sacrificado y desinteresado grupo de pacíficos patriotas que eran sistemáticamente atacados por las hordas internacionalistas por su defensa entregada a la causa de la «comunidad nacional». Estos ejemplos de tergiversación de las

circunstancias y motivos reales de la muerte son extrapolables al conjunto del panteón martirial nazi. Veamos los casos de otros dos mártires nazis incluidos en el Listado de Honor. Según la reconstrucción nazi, un joven activista nazi en la región del Ruhr falleció en abril de 1928 tras ser apuñalado de noche por un grupo de «la chusma roja» (Weberstedt y Langner, 1935: 70-71). La realidad, como hizo público su padre en la prensa local en 1945, fue muy otra: el motivo real de su muerte fue una apendicitis. Similar desde la perspectiva de la reconstrucción interesada, de la mentira, es el caso de otro correligionario suyo. La versión nazi sostuvo que el SA fue atacado en agosto de 1933 por ocho comunistas mientras prestaba servicio, siendo la única razón del ataque su pertenencia al NSDAP. En realidad, el interfecto había acosado sexualmente a varias mujeres; el marido de una de sus víctimas le golpeó mortalmente (Thieme, 2017: 118-119).

Con harta frecuencia los protagonistas directos de la violencia política eran vecinos del mismo barrio, incluso de las mismas calles. Las personas involucradas vivían a la vuelta de la esquina unas de otras, cuando no en el mismo edificio. Interactuaban a diario, se enzarzaban en trifulcas y, en los casos más extremos, y en un clima cainita desbocado, se mataban entre sí: «Nuestros SA […] viven en los mismos edificios, en las mismas calles que los rojos, trabajan en los mismos talleres, en las mismas empresas que ellos. Allí queda clara la diferencia entre los internacionalistas y comunistas traidores a la patria, y los nacionalsocialistas», según recogió en sus memorias un antiguo alto responsable de las SA (Wagener, 1978: 47).

Una investigación basada en 179 enfrentamientos ocurridos en Berlín entre 1929 y 1933 corrobora el clima de violencia política entre vecinos. De un total de 318 detenidos, 280 residían en los mismos distritos en los que se habían registrado los incidentes (Rosenhaft, 1983: 144). No de forma excepcional, como ocurrió en los sucesos en junio de 1933 en el distrito berlinés de Köpenick, que costó la vida a tres miembros de las SA y heridas a no menos de 23 personas en la ola de terror y revancha posterior, víctimas y victimarios vivían, literalmente, puerta con puerta (Müller, 2017: 201 y 212; Hördler, 2013). Aunque no siempre se conociesen entre sí, unos sabían de los otros y, si no, lo averiguaban. Así, para dilucidar si un individuo sospechoso que se adentraba en un territorio percibido como propio era un nazi, los comunistas le podían someter a un cacheo en busca de brazaletes, insignias o cualquier otro símbolo que le delatase antes de propinarle una

paliza en caso de confirmarse su filiación. Los objetos así incautados eran guardados como auténticos trofeos de guerra. En una ocasión, un miembro de la organización juvenil comunista de Kreuzberg fue interrogado por la policía en relación con un caso en el que un nazi fue disparado y asesinado por negarse a deshacerse de su cinturón con una esvástica en la hebilla. El joven reconoció que las reuniones de su grupo solían acabar con «patrullas en las que se cazaban insignias de partidos enfrentados» (Rosenhaft, 1983: 144; 1995: 247).

La intensidad y endemismo de la brutalización callejera en Berlín no tuvo parangón en Alemania (Ehls, 1997; Sauer, 2006: 107). Los datos disponibles de muertos y heridos de trasfondo político en Berlín durante estos años son fragmentarios y abiertos a matices, aunque fiables en sus líneas maestras. Las autoridades computaron 17 muertos y más de 400 heridos solo en 1931. En la primera mitad de 1932 se registraron 14 asesinatos y más de 600 heridos. Desde el 21 de julio a finales de agosto del mismo año se sumaron a la lista tres muertos más, además de unos 50 heridos. A estas cifras habría que añadir las bajas sufridas por las fuerzas de seguridad. Entre enero de 1929 y finales de 1932 la policía de Berlín contabilizó en sus filas un total de 147 heridos. En el verano de 1931 fallecieron cuatro policías en actos de servicio, todos ellos atribuidos a comunistas, al igual que 112 de los heridos [174] . Incluso considerando que los métodos de cómputo de la policía pasaban por alto numerosos episodios violentos, no cabe lugar a dudas de que la violencia formaba parte del día a día al final de la República, así como que eran tanto más numerosos cuanto más nos acercamos a su colapso final (Swett, 2004: 235).

Si fijamos la atención en los nazis fallecidos víctimas de la violencia política en la capital del país, los datos resultan elocuentes. Bajo la astuta y perversamente genial batuta de Goebbels, Berlín constituyó la primera línea del frente por la regeneración de Alemania. De los 186 miembros del movimiento reconocidos como «testigos de sangre» y recogidos en su panteón martirial entre 1924 y el 31 de enero de 1933, un total de 31 habían perdido la vida en la capital del país o, lo que es lo mismo, un 16,6 por ciento del total [175] . Si enriquecemos el criterio meramente cuantitativo con el jerárquico, apreciamos que los mártires elevados al más alto escalafón del panteón por haber sacrificado sus vidas por el programa ultranacionalista, antimarxista y antisemita de los nazis eran berlineses. No es casualidad que los mártires más ensalzados del movimiento dejaran sus

vidas en la capital. Berlinés de adopción era Wessel, nacido en la ciudad de Bielefeld pero cuya infancia y juventud hasta su muerte transcurrieron de forma ininterrumpida en Berlín, excepción hecha de una breve estancia en Viena para proseguir sus estudios universitarios (que nunca culminó). Berlinés de nacimiento era Norkus, el símbolo que condensaba a todos los muertos de las HJ, según el máximo dirigente de la organización, Baldur von Schirach (1934: 90). Si se quiere, a esta pareja se podría añadir otro notable del panteón nazi, Hans Maikowski, líder de un batallón de las SA en Charlottenburg tristemente célebre en la capital por su brutalidad y conocido por sus detractores bajo el sobrenombre de «Tropa de asesinos 33» (Saurer, 2006: 109).

4. «Solo donde hay tumbas hay resurrección», o una filosofía del desastre productivo

En *Así habló Zaratustra* , Nietzsche escribió algo que será muy del gusto de los nazis: «Solo donde hay tumbas hay resurrección» [176] . A más tumbas, más próxima la culminación de la palingenesia nacional. Dar sentido a los muertos caídos por la patria es una práctica recurrente de las naciones-Estado para forjar su identidad (Desmons, 2001), pero también de ciertas subcomunidades políticas. En el caso de los nazis, en las prácticas litúrgicas y culturales al hilo de los caídos en la lucha por una «nueva Alemania» aparecen condensados muchos elementos de su ideario. A ellos prestaremos atención en lo que sigue.

Podemos identificar analíticamente el troquel discursivo empleado para la construcción del mártir nazi a partir de los escritos y discursos de sus exponentes más ilustres, como Hitler o Goebbels, complementados con la inabarcable producción propagandística del movimiento de antes y después de la toma del poder en 1933. El primer vector del tipo ideal (en sentido weberiano) del troquel que abordaremos apunta a una retórica de la victimización. Dentro de este patrón, distinguiremos el subrayado en la asimetría numérica frente a las fuerzas enemigas, la inferioridad de circunstancias en esa lucha, así como otros tractos menores que figuran de forma subliminal en sus narrativas. El segundo vector discursivo es la «muerte domesticada»: desde el mismo momento de su vinculación al movimiento, los mártires nazis habrían sido conscientes en todo momento

de los peligros que acompañaban a su compromiso con la causa y, pese a todo, pagaron gustosos el precio con su vida. En tercer y último lugar, sus interfectos fueron objeto de un proceso de pulido postrero, de modo que fueron presentados ante la opinión pública como los modelos del hombre nuevo del futuro, como prefiguraciones de un individuo acomodado a su condición de pieza del engranaje nacional.

En este capítulo atenderemos a la supuesta ejemplaridad de los nazis caídos en la «lucha por la calle» durante la República de Weimar. De forma retrospectiva, los nazis fallecidos en confrontación con sus enemigos habrían cumplido a rajatabla el precepto de la muerte ejemplar dejando en un segundo plano la vida propia, todo en nombre de la regeneración de Alemania. Al fin y al cabo, como escribió un periódico afín al movimiento en la necrológica por un SA caído en 1932, «Se puede medir el valor moral de una idea, de un movimiento, en la manera en que rinde homenaje a sus mártires. El interés de quienes no guardan relación con él es la muestra correspondiente de la resonancia que dicha idea tiene en el pueblo» (Thieme, 2017: 13). En la disección de estos vectores expondremos el uso extensivo de la mentira y del engaño que acompañaron al proceso de construcción discursiva del mártir. La vocación por exponer a «criminales y delincuentes políticos» (Löwenstein, 1937, II: 654) como modelos del hombre nuevo a alcanzar trascendió a la versión alemana del totalitarismo para convertirse en un rasgo de los fascismos del periodo de entreguerras. Nuestro objeto de interés será, pues, desvelar las imposturas en la ejemplaridad épica construida por los nazis de forma artificiosa y mentirosa.

4.1. La sublimación de la muerte: una retórica de la victimización

En sus escritos y discursos pronunciados en caliente, inmediatamente después de su muerte, o de forma retrospectiva, esto es, tras hacerse con las riendas del poder, los nazis presentaban a sus interfectos ante la opinión pública como fervorosos creyentes en la palingenesia de la patria que hicieron frente a pie de calle al judeo-bolchevismo en unas circunstancias de confrontación de todo punto desfavorables. A continuación abordamos los rasgos maestros de este tracto discursivo, así como las imposturas en él inscritas.

4.1.1. Pocos contra muchos

La retórica de los pocos contra los muchos, aderezada con el excipiente letal de la lógica amigo/enemigo común a todos los totalitarismos (o a la política en general, según Schmitt —1991 [1932]—), viene recogida puntualmente en la construcción martirial nazi del periodo republicano y del Tercer Reich. En escritos y discursos (artículos y notas de prensa, oraciones fúnebres…) de dirigentes del movimiento, y en publicaciones de más largo aliento (obras doctrinales, biografías de mártires u obras de ficción basadas en una reconstrucción del pasado), más que apelar a la razón, el fin pretendido era agitar las emociones de la ciudadanía y así despertar en ella piedad, entendida como un sentimiento irreflexivo de solidaridad con el otro sufriente. Baldur von Schirach fue claro a este respecto: «Nuestra cosmovisión es asunto del corazón. Para nosotros el sentimiento pesa más que la razón» (1934: 130).

La conquista nazi de la calle vino acompañada por la conquista emocional de la población, de sus corazones. Hitler marcó de nuevo la pauta al respecto al referirse a la psicología de la propaganda: «Cuanto más modesta sea la carga científica de la propaganda y cuanto más tome en consideración exclusiva el sentir de la masa, más contundente será su éxito» (1943 [1925/1926]: 198). Un observador del momento, el politólogo Karl Löwenstein, condensó el proceso de abdicación de los derechos fundamentales en el nacionalsocialismo y en el resto de los regímenes dictatoriales de la Europa en el periodo de entreguerras: «el gobierno dictatorial y autoritario supone la suspensión del gobierno constitucional por el gobierno emocional» (1937, I: 418). Los nazis, y los fascistas en general, fueron los exponentes de los *emócratas* capaces de identificar y explotar los vectores que agitaban las emociones de la población.

En el caso que nos ocupa, el núcleo difusor de la identificación era el nazi que ponía su vida al servicio de un proyecto salvífico de la patria en condiciones adversas, tanto en términos numéricos (tal y como constataremos, su propaganda presentaba de forma sistemática a sus activistas en situación de inferioridad) como de circunstancias específicas en las que discurría la lucha (siempre desarmados frente a enemigos bien pertrechados, que además actuaban con nocturnidad y alevosía).

Hitler sentó la pauta del patrón discursivo relativo a la asimetría cuando se retrotrajo en *Mein Kampf* a la fase incipiente del movimiento en Baviera:

«En los mítines de entonces, sobre todo fuera de Múnich, 15 o 16 nacionalsocialistas hacían frente a 500, 600, 700 y 800 enemigos […] En más de una ocasión ocurría que un puñado de camaradas se imponía de forma heroica frente a un grupo de rojos superiores en número, que bramaba y daba caña» (1943 [1925/1926]: 546-7). El mito fundacional de las SA en la cervecería Hofbräuhaus en 1921, al que Hitler dedica varias páginas en su autobiografía y obra programática, sigue este tracto discursivo de la asimetría, igual que el mito de las SA berlinesas de la batalla contra comunistas en febrero de 1927 en las salas Pharus de Berlín, en ambos casos narrativas preñadas de exageraciones y de mentiras manifiestas (Casquete, 2017: 49-68; 2020). Otras divisiones regionales de las SA también contaron con su propio episodio heroico. En Hamburgo fue la «batalla de Sternschanze», que el 7 de septiembre de 1930 (una semana más tarde estaban convocadas elecciones al Reichstag) se cobró la vida de Heinrich Dreckmann. Se trata de la primera víctima mortal del movimiento en la ciudad, acaecida en el marco de una pelea multitudinaria entre unos 1.000 miembros de las SA contra comunistas en (una supuesta) manifiesta superioridad numérica. Un obituario describía el modo en que Dreckmann dirigió su mirada a Hitler en una intervención suya en la ciudad hanseática la víspera: «miró a su Führer Adolf Hitler a los ojos y se permitió ser honrado por él, y un día después selló su juramento de lealtad con la muerte» (Wackerfuss, 2008: 104-130; cita, p. 118).

El patrón de la inferioridad numérica está presente desde el mismo punto de arranque de la andadura nazi en el convulso panorama muniqués. Sabedor de su potencial integrador y movilizador, es decir, de las propiedades nutrientes para la identidad colectiva del movimiento, Hitler se mantuvo fiel a este vector discursivo a lo largo de su vida. Un año antes de la toma del poder, el 10 de febrero de 1932, seguía insistiendo en establecer en tono triunfal el contraste entre unos inicios preñados de dificultades y un presente prometedor, antesala de un futuro glorioso: «Hace 12 años éramos un puñado de hombres, a los que poco después se sumaron algunos camaradas míos de guerra. Hoy se cuentan más de 400.000 luchadores activos solo en las filas de las SA y las SS» (Hitler, 1998, IV/3: 124). Una vez al frente del país como su líder omnímodo, abundó en esta misma idea. Durante uno de sus discursos en las jornadas del partido en Núremberg, proclamó: «como Führer del movimiento siempre he albergado la convicción, cuando este no contaba ni siquiera con 100 seguidores frente al

movimiento comunista con millones de seguidores, de que el camino pasaba por derrotarlos y extirparlos para siempre de Alemania» (Hitler, 1936: 24).

Se trató de un vector recurrente de sus discursos. Siguiendo uno de los principios de propaganda sentados por él mismo en *Mein Kampf* , el de la reiteración, este tracto del troquel fue martilleado hasta la extenuación. De forma sistemática, cada vez que ocurrían altercados de carácter político, con o sin resultado de muerte, las narrativas apologéticas nazis dibujaban el decurso y desenlace de los hechos como consecuencia de una asimetría de efectivos abismal entre, por un lado, los patriotas consecuentes que eran ellos y, por otro lado, los internacionalistas marxistas. El objetivo era despertar en la opinión pública el sentimiento de solidaridad con el otro (el nazi) desvalido, desprendido y sufriente. La victimización fue una constante en la reconstrucción de la épica nazi en su fase de movimiento y repetida hasta la saciedad en su propaganda. Goebbels describió en los términos siguientes los primeros compases del periodo de lucha: «Al regreso a casa de los mítines nuestros camaradas eran apuñalados y disparados. Eran asaltados en los patios de las casas de alquiler por efectivos diez o veinte veces superiores en número» (1932: 58). Con lo que no contaban los comunistas (si hubiesen sido lo suficientemente clarividentes —apostilló Goebbels— «habrían aplastado nuestro trabajo incipiente sin compasión y de forma brutal» —*Ibid.* : 31—) era con que «la sangre derramada estrechaba aún más nuestros vínculos, en lugar de dividirnos por el miedo», puesto que «la sangre une. Cada miembro de las SA que deja las filas de sus camaradas caído o herido, les transfiere como herencia obstinación y rabia» *(Ibid.* : 32 y 126-127). No era la primera ocasión en que esgrimía ideas de este tenor. Antes, en un diálogo imaginado con representantes del movimiento obrero, sostuvo:

> Desde hace 60 años vuestra historia no es sino una cadena de asesinatos de hermanos, de terror, perfidia y cobardía. ¡Dónde se ha visto que se confrontasen diez de los vuestros con diez de los nuestros y, cuando fuera necesario, que luchasen por otra cosmovisión con los puños! ¿No era casi siempre el caso que cientos de vosotros emboscabais a uno de los nuestros, lo golpeabais, le hacíais la cara papilla, le clavabais de forma cobarde en el pecho el cuchillo de la perfidia, para luego haceros los inocentes ante el tribunal, los ajenos a los hechos, los honrados, los apartidistas? El marxismo es muerte en sí y para sí (*Der Angriff* , 10-X-1927).

Goebbels subraya en esta cita los argumentos constitutivos de la confección martirial de la inferioridad numérica, de su desvalimiento y de la virtualidad integradora de la muerte. Después de 1933, «nuestro doctor»,

apelativo cariñoso que le dedicaba la prensa afín, fue aupado a la categoría de «conquistador de la ciudad "roja"» (*Völkischer Beobachter,* 28-XI-1933), de «cerebro» de la victoria en la capital del país *(Abteilung Presse und Propaganda der Obersten SA-Führung der NSDAP,* 1938: 23).

En sus crónicas de los años en que se batían a muerte con el enemigo por la conquista de la calle, los nazis difundieron de forma sistemática una asimetría numérica con tres ejes interrelacionados: su condición minoritaria en efectivos y además de inferioridad de circunstancias en la confrontación violenta (cuestión de las armas); pese a ello, su determinación movida por la fe en la causa de la regeneración nacional, y la cobardía del enemigo, incapaz de enfrentarse con ellos en igualdad de condiciones. Ellos, los nazis, eran unos valientes y desinteresados patriotas; los comunistas, unos pusilánimes y desalmados aferrados a la causa internacionalista. De este tenor era su mensaje a la sociedad alemana para ganarse su simpatía y sus votos.

Hitler y Goebbels trazaron la senda que sus epígonos replicaron fiel y miméticamente hasta la saciedad. «Ni uno solo de esta lista», sostuvo un propagandista nazi refiriéndose al listado de honor nazi, «murió en una lucha en igualdad de condiciones, hombre contra hombre. Todos y cada uno de ellos cayeron víctima de una abrumadora mayoría» (Goote, 1934: 43). Baste con traer a colación dos ejemplos de narrativas de episodios violentos extraídos de publicaciones del NSDAP, aunque ninguno de ellos con resultado de muerte: «La relación es de 1:15, y con todo la *Kommune* [la izquierda marxista. Nota: J. C.] espera refuerzos», según la crónica de las SA en Berlín que da cuenta de un enfrentamiento con comunistas en 1932 (Engelbrechten, 1937: 205). Antes, en octubre de 1924, «60 miembros de la *Frontbann* [organización paramilitar ultranacionalista surgida en agosto de 1924 bajo el liderazgo de Ernst Röhm, en un momento en que pesaba una prohibición sobre el NSDAP y las SA. Nota: J. C.] han sido atacados en Potsdam por una horda de 2.000 o 3.000 miembros de la *Reichsbanner* allí reunida para una jornada republicana. Se han defendido con valentía» (Sturm 33, 1938 [1933]: 16). En estas construcciones discursivas los nazis aparecen como las víctimas, y los «rojos», como los agresores; los nazis están en clara inferioridad numérica, pese a lo cual se defienden con bravura porque suya es la razón, probada por la determinación mostrada en la refriega. En estos términos discurren sus narrativas de los enfrentamientos y, ocasionalmente, de las muertes de sus activistas, tanto en

tiempo real (justo después de su fallecimiento, según aparece publicado en la prensa nazi y pronuncian altos responsables en discursos funerarios a pie de tumba) como en las narrativas construidas de forma retrospectiva (en las publicaciones que cubren el periodo de «lucha por la calle» durante Weimar, aparecidas sobre todo en los años inmediatamente posteriores a la toma del poder).

A continuación examinaremos algunos ejemplos ilustrativos de esta retórica, varios de ellos espigados de una publicación que da cuenta uno por uno de los integrantes del panteón nazi de mártires, de carácter oficial por cuanto fue supervisada por el órgano del partido competente en materia doctrinal y publicada en la editorial del partido (Weberstedt y Langner, 1935). Las fórmulas escogidas para referirse a los enemigos políticos en las páginas de este libro son expresivas de la lógica amigo-enemigo, con vocación denigratoria y despersonalizadora de este último. Los atacantes eran etiquetados como «mano asesina roja», «asaltantes comunistas», «ladrones y hienas», «hatajo de bandidos desatados», «manada de ávidos de sangre», «infrahombres bolcheviques», «rostros oscuros» o «escoria». En la relación que sigue solo mencionaremos, en orden cronológico y sin ánimo de exhaustividad, aquellas relaciones de asimetría numérica en la que se ofrezcan cifras concretas de comunistas y/o socialdemócratas involucrados en la refriega, dejando a un lado los casos en que se habla de forma genérica de «una fuerza muy superior» u otras expresiones igual de vagas. Atenderemos, pues, a casos concretos de supuesta épica con resultado de muerte de nazis que acabaron incorporados en su particular Olimpo de la épica.

Rudolf von Henke, fallecido el 1 de julio de 1924 tras ser atacado por tres comunistas cuando regresaba al hogar; es la relación de asimetría más baja que hemos encontrado en dicha publicación (Weberstedt y Langner, 1935: 59). Franz Kortyka perdió la vida a consecuencia de un disparo el 8 de junio de 1926 cuando, en compañía de otros dos correligionarios, fue atacado por 50 «comunistas, miembros de la *Reichsbanner* e insurgentes polacos [el ataque tuvo lugar en la Alta Silesia, entonces territorio alemán. Nota: J. C.]» *(Ibid.* : 63). Hans Georg Kütemeyer, el primer mártir caído en Berlín desde que Goebbels se hizo con las riendas del partido en la capital en noviembre de 1926, fue atacado de noche cuando se dirigía a casa tras asistir a un mitin de Hitler y luego celebrarlo con sus camaradas en un local del partido a finales de 1928; acto seguido fue arrojado a un canal por 22

trabajadores de la construcción de filiación comunista *(Der Angriff,* 26-XI-1928). Friedrich Meier falleció el 8 de diciembre de 1929; «iba de regreso a casa junto con un reducido grupo de camaradas cuando, de repente, fueron atacados por 40 miembros de la *Reichsbanner* al grito de "¡Muerte a los fascistas!"» *(Völkischer Beobachter,* 13-XII-1929). Horst Wessel falleció el 23 de febrero de 1930 en Berlín. En su asesinato habrían estado implicadas de modo directo o indirecto un total de 16 personas, si bien no todas de forma simultánea (Ewers, 1932: 215-216) [177] . Gerhard Bischof, muerto el 28 de febrero de 1931, fue uno de los 30 nazis que plantaron cara a 300 «atacantes rojos» (Weberstedt y Langner, 1935: 101). Walter Blümel murió el 2 de julio de 1931 cuando se dirigía junto con otros 14 compañeros a su local de reunión; fueron atacados con piedras por unos 70 comunistas que les siguieron de cerca, hasta que dos de ellos les dispararon, causándole la muerte *(Völkischer Beobachter,* 5/6-VII-1930). Bruno Schramm falleció el 23 de enero de 1932 al ser atacado, junto a otro miembro de las SA y un policía, por unos 80 comunistas armados con porras y navajas *(Völkischer Beobachter,* 26-I-1932). El 9 de diciembre murió Wilhelm Decker, integrante de un grupo de 20 nazis que resultaron agredidos por 200 «vagos rojos» (Weberstedt y Langner, 1935: 123). Por no hacer la lista interminable: Walter Ufer fue atacado el 24 de junio de 1932 por 40 comunistas, a consecuencia de cuyas heridas falleció dos semanas más tarde *(Ibid.* : 161). Como muestra de las urgencias y de la atención que los nazis prestaban a las políticas de la memoria, en febrero de 1933 una unidad de las SA de su ciudad fue bautizada con su nombre. En 1934 se reabrió el caso (igual que se hizo con el de Wessel), al apreciar que la justicia de Weimar había actuado con parcialidad. Los presuntos autores de su muerte fueron condenados a muerte y ejecutados en lo que se enmarcó como un acto de expiación (Thieme, 2017: 168, 180).

Por la relevancia que tendrá en el panteón martirial nazi, el caso de Herbert Norkus merece algo más de atención (Baird, 1990: 108-129; Campbell Bartoletti, 2007: 19-27; Dietsch, 2015). Norkus fue un joven berlinés de 16 años apuñalado el 24 de enero de 1932 por entre 30 y 40 «bandidos comunistas» o «moscovitas» (*Völkischer Beobachter* , 26-I-1932 y 27-I-1932) cuando repartía propaganda junto con otros compañeros de las Juventudes Hitlerianas (HJ). Durante los «años de lucha», las HJ fueron los alevines de las SA, a las que quedaron subordinadas formalmente con una disposición del 27 de abril de 1931. Se implicaron en tareas de propaganda

propias de sus mayores, tales como colaborar en los actos públicos del NSDAP, pegar carteles, desfilar en la vía pública y en general hacerse visibles con sus actividades e indumentaria en los barrios de arraigo izquierdista.

A primera hora del domingo 24 de enero, cerca de las seis de la mañana, un grupo de seis adolescentes de las HJ se dispusieron a distribuir hojas de propaganda en el barrio de Beussel, en el distrito de Berlín-Wedding, bastión comunista. Se trataba de una forma de acción conocida como «propaganda dominical madrugadora», y consistía en depositar a primera hora de la mañana de días festivos material del movimiento en edificios de enclaves comunistas [178] . Mientras que unos integrantes distribuían la propaganda por los pisos, otros prestaban guardia en el exterior (Wirsching, 1999: 592). Norkus fue uno de los, al menos, 16 integrantes de las HJ que perdieron la vida de forma violenta entre 1930 y 1933 (Goote, 1934: 71-79). En las hojas se publicitaba una charla a cargo de dos nazis prevista para el jueves siguiente: un miembro del NSDAP, que iba a disertar sobre el tema «Esvástica o estrella soviética», y un miembro de las HJ sobre el tema «Lo que nosotros queremos» [179] . Gracias a un chivatazo, los comunistas locales tuvieron noticia de los planes nazis. Un grupo de unos 50 de sus miembros se reunieron en un local cercano con el objeto de pasar la noche juntos y, divididos en grupos más reducidos, dar batidas por el barrio en bicicleta a la mañana siguiente. Hacia las siete de la mañana los comunistas localizaron en un edificio a un grupo de seis jóvenes nazis. Cuatro de ellos repartían las hojas en su interior, en tanto que otros dos vigilaban en los alrededores. De todos ellos quien peor suerte corrió fue Norkus. En su precipitada huida fue perseguido, alcanzado y, por último, apuñalado hasta en seis ocasiones por un integrante de un grupo estimado entre 6 y 10 perseguidores, según se recoge en diferentes informes policiales redactados en los días subsiguientes a los hechos [180] . El periódico dirigido por Goebbels en la capital informó de los hechos en su edición del día siguiente: «diez contra diez le parece a la *Kommune* demasiado arriesgado», mientras en otra página titulaba «40 contra uno» y presentaba a Norkus como «víctima de la instigación judía» *(Der Angriff,* 25-I-1932).

Norkus fue enseguida elevado a la condición de mártir por antonomasia de las HJ. Pasó a adquirir el mismo significado para las HJ que Wessel para las SA: «el emblema de una vida sencilla y del morir en acto de servicio»

(Littmann, 1934: 129). En una hagiografía suya publicada en 1934, Gerd Mondt, a la sazón responsable de la unidad del joven nazi en el momento de los sucesos, insistió en el vector de la inferioridad numérica al proclamar: «Aquí en el barrio de Beussel, donde nos vemos 15, como mucho 20 nacionalsocialistas, frente a los cientos de jóvenes comunistas, golfos, proxenetas y morralla asesina, solo nos puede salvar el coraje, la agilidad y la valentía» (en Littmann, 1934: 81). Según la misma fuente, uno de los comunistas que lideró la persecución había dado poco antes un ultimátum a Norkus después de que este rechazase cambiarse de filas: «No te hagas ilusiones», osó contestarle el joven activista, «de que en ocho días tenga una opinión distinta a la de hoy. Soy un joven hitleriano y sé lo que quiero» *(Ibid.* : 51). La propaganda nazi expuso su comportamiento como la quintaesencia del heroísmo: «antes me dejo arrancar los miembros uno a uno que romper la lealtad a mi Führer y a mi grupo de camaradas» *(Ibid.* : 64) [181] .

Von Schirach reconoció en Norkus al símbolo de los miembros de las HJ caídos en la lucha por Berlín, «el símbolo sagrado del sacrificio y del heroísmo juvenil» (1938: 21; asimismo, 1934: 90). Goebbels hizo pública una circular con las pautas del luto a respetar durante una semana por dos miembros del movimiento de su jurisdicción caídos en sendos enfrentamientos con el enemigo, uno de ellos Norkus:

> A la luz de los terribles asesinatos comunistas que han traído como resultado en la última semana la muerte del jefe de escuadra de las SA Ernst Schwartz [muerto el 19 de enero de 1932. Nota: J. C.] y del miembro de las Juventudes Hitlerianas Herbert Norkus, ambos en la capital del Reich, mediante la presente ordeno duelo de partido para la región del Gran Berlín entre el 26 de enero y el 2 de febrero, ambos incluidos. Durante este periodo cada camarada portará de forma visible un brazalete negro o un crespón negro como expresión de pésame hacia los familiares de los caídos, pero también como expresión de su rabia y de su ardiente indignación porque los horribles asesinos sigan sin castigo.
>
> Durante el duelo, los camaradas del partido evitarán actos públicos de carácter recreativo. Tampoco irán al cine ni al teatro. En todas las reuniones y actos del partido, de las SA y de las Juventudes Hitlerianas, el responsable del acto ensalzará con palabras de honor a nuestros queridos caídos.
>
> Cada camarada del partido estará orgulloso de poner toda su energía y trabajo a disposición del partido sin límites de tiempo, máxime durante esta semana de duelo (*Völkischer Beobachter* , 27-I-1932).

La tumba de Norkus se convirtió en lugar sagrado del movimiento. Un lugar inmaterial de memoria, el calendario, también le recordó puntual y cíclicamente. Cada Día de Año Nuevo Von Schirach visitaba su tumba, y

durante el Tercer Reich se emitía un mensaje radiado destinado al conjunto de las HJ. El 24 de enero fue declarado Día de Recuerdo Nacional para el conjunto de los caídos en las filas de sus juventudes. A la altura de la calle donde cayó abatido colocaron una placa que decía: «Caído en la lucha por la libertad de Alemania» (Campbell Bartoletti, 2007: 25-26).

El caso de la construcción como mártir de Norkus da pie a considerar otro ingrediente adicional que surge de forma ocasional en las narrativas de sus activistas en fase formativa. Para ensalzar aún más las virtudes y el aura de esos jóvenes sacrificados en el altar de la patria, los propagandistas del movimiento invocaban un supuesto conflicto intrafamiliar. Según este tracto, la juventud, exponente del hombre nuevo, se sumaba a sus filas venciendo la resistencia encontrada en sus familias, en particular en la figura del padre. La resistencia venía motivada en primera instancia por sus vínculos con el campo ideológico enemigo; la juventud impulsada por la fe y la voluntad figuraba así frente a la caduca y perniciosa ideología internacionalista de sus progenitores. En estos casos, las crónicas nazis destacaban el hecho de que, pese a las dificultades, los jóvenes devotos no renunciaron a su ideario. En la película *Hitlerjunge Quex. Una película sobre el espíritu de sacrificio de la juventud alemana,* estrenada en septiembre de 1933 a partir de una vida novelada de Norkus obra de Karl Aloys Schenzinger, el padre del joven activista se esfuerza por que su hijo, huérfano de madre, aprenda *La Internacional* y se vincule a las juventudes comunistas. En la reseña del libro, Von Schirach escribió: «[en la juventud] la palabra "deber" está por encima de todas las cosas. Aquí no tiene lugar el ánimo despreocupado de una infancia burguesa; aquí se trata de lucha, de pobreza, de hambre, de sangre y de muerte. No son niños; son soldados» (en Laske, 2007). Con más de medio millón de ejemplares vendidos, se convirtió en el libro juvenil de más éxito durante el Tercer Reich *(Ibid.).* Sin embargo, y según una fuente nazi, el padre de Norkus, retratado en la película como un comunista brutal y alcoholizado, era miembro del NSDAP y de las SA desde 1929 *(Der Angriff,* 27-I-1932). Asistimos a una instancia adicional de la mentira con fines propagandísticos que los nazis explotaron con fruición.

El caso de Walter Fischer, de 19 años, ilustra asimismo las dificultades familiares a las que se enfrentaban sus activistas más jóvenes por su fidelidad a la causa hitleriana. Se trató de uno de los cinco nazis del distrito de Schöneberg caídos en altercados callejeros durante la «lucha por la

calle» *(Völkischer Beobachter,* 15-I-1935). Fischer falleció el 14 de diciembre de 1929 en Berlín como consecuencia de un disparo en el curso de un enfrentamiento con comunistas. Sus progenitores, con quienes residía, eran «incapaces de entender una nueva y joven idea». Su padre, militante socialdemócrata, trabajaba como chófer para un alto responsable policial de la ciudad. Fischer siempre estuvo dispuesto a sacrificar lo mejor de sí por el movimiento, «por un futuro mejor para nuestra patria». Para él toda ofrenda era poca: «terror y persecución, incluso en el hogar» fueron barreras que tuvo que vencer. Según relató en una nota necrológica el jefe de su unidad de las SA, «un día se acercó a mí y me dijo que si quería evitar la ruptura con sus padres, no le era posible seguir en el movimiento. Estoy viendo todavía lo duro que le resultó tomar la decisión. Solo con desgana dejo irse a uno de los mejores. A menudo me encontraba con él, y entonces me preguntaba sin parar por sus camaradas y por nuestro movimiento. De cada una de sus palabras se desprendía la nostalgia por poder estar de nuevo en las filas pardas de Adolf Hitler» *(Der Angriff,* 19-XII-1929). Habida cuenta de sus circunstancias familiares, Fischer rebajó su grado de compromiso con el movimiento. Con un padre adscrito al campo enemigo y además temeroso de perder su puesto de trabajo, Fischer se dio de baja en las SA (Longerich, 2010: 134). Claro que el alejamiento fue «aparente», no «interior» (Weberstedt y Langner, 1937: 87). Sufría por ello: «A veces ya no aguantaba en casa y venía con nosotros. Abría nuestras marchas o asistía a nuestras reuniones. Estuvo el viernes anterior en el mitin de Goebbels en Wilmersdorf y se quedó después con sus camaradas, algo que para él no ofrecía duda, cuando tuvo lugar el ataque cobarde de comunistas fuertemente armados» *(Der Angriff,* 19-XII-1929).

4.1.2. La cuestión de las armas

Los casos mencionados en el apartado anterior apuntan a una sospechosa desproporción en la relación de fuerzas entre, por un lado, los nazis víctimas de los ataques dispuestos a «correr el riesgo de vestirse la camisa parda y, así, a significarse como un paria de la vida política» (Goebbels, 1932: 85) y, por otro lado, sus «enemigos» marxistas. Se trataba, hemos insistido en ello, de un recurso retórico basado en la mentira para inflar la épica de los sacrificados por la Idea y, de esa manera, agitar las emociones de la opinión pública alemana. Interesa ahora indagar si en esos

enfrentamientos violentos concurría asimismo una inferioridad de condiciones de lucha.

En los escritos nazis aflora de forma sistemática que los mártires habían fallecido en circunstancias en las que los enemigos estaban armados con navajas, pistolas o porras. «El luchador de la posguerra estaba desarmado la mayor parte de las veces frente al enemigo armado» (Goote, 1934: 10). Los enfrentamientos discurrían en la mayor parte de las ocasiones en el contexto de mítines y manifestaciones (antes, durante o después de dichos actos), de ataques a locales de reunión del enemigo, de venta de periódicos de partido o de reparto de propaganda. De acuerdo con su narrativa, los nazis eran víctimas sistemáticas de agresiones alevosas. Así, por ejemplo, según la versión de Goebbels, cuando el miembro de las SA Kütemeyer resultó muerto a finales de 1928 en Berlín, no llevaba consigo «nada de dinero, ninguna navaja, ninguna pistola» *(Der Angriff,* 26-XI-1927). De modo similar, y ahora en versión de Hitler, dos SA fallecidos en marzo de 1929 en Schleswig-Holstein «no portaban ni una navaja de bolsillo» cuando cayeron mortalmente heridos (Hitler, 1998, III/2: 107). Los esfuerzos exculpatorios en este sentido se multiplican en los relatos nazis *ad infinitum* . ¿Hasta qué punto se correspondían con la realidad este tipo de narrativas que hacían gala de su inocencia? En el caso de que los SA también portasen armas, ¿estaban acaso malinterpretando y desobedeciendo las consignas sobre el uso de la violencia lanzadas desde sus instancias de autoridad y transmitidas a la militancia por sus canales reglamentarios? En definitiva, ¿había una disonancia entre las órdenes dictadas desde el movimiento y la realidad del día a día en las bases en todo lo que se refería a portar y hacer uso de las armas?

Hitler no era ningún pacifista, como por lo demás tampoco lo es ningún fascista que anhela un nuevo orden político y social. En su cosmovisión, el pacifismo era sinónimo de cobardía (1998, II/2: 443); nunca propugnó el empleo de medios estrictamente pacíficos para la consecución de sus fines políticos; nunca escondió su apología de la violencia en aras de la consecución del fin de su movimiento, tal y como se desprende de su obra *Mein Kampf* y de los discursos pronunciados en mítines y otros actos políticos durante la República de Weimar.

Para Hitler el uso de la violencia era la ruta necesaria para dejar expedito el camino hacia el poder. Lo intentó por la vía insurreccional. Su fracaso le obligó a descartar cualquier ensayo golpista o violento y, en cambio, a

perseverar en la vía electoral para hacerse con las riendas del país. Se trató de una conversión oportunista, no guiada por una ética de la convicción: «La cuestión de la recuperación del poder alemán no es, por ejemplo, ¿cómo fabricamos armas?, sino más bien: ¿cómo forjamos el espíritu que capacita a un pueblo para portar armas? ¡Cuando este espíritu domina en un pueblo, la voluntad encuentra mil caminos para que cada hombre disponga de un arma! Sin embargo, un cobarde no disparará ni una sola vez ante un ataque aunque le den 10 pistolas» (1943 [1925/1926]: 365- 366). En sus escritos doctrinales y discursos, Hitler no dejó de alentar en el hombre nuevo la disposición a batirse arma en mano por la causa de la regeneración nacional según líneas raciales.

Si el destino de la patria estaba en riesgo, para su movimiento era un imperativo insuflar en la población el espíritu necesario para su defensa por todos los medios a su alcance. Los «soldados políticos» de las SA, «el puño del movimiento», fueron los primeros destinatarios y principales exponentes de dicho espíritu. Hitler predicó la respuesta violenta ante situaciones sentidas como una agresión: «El terror en el lugar de trabajo, en la fábrica, en el local de reunión y en actos de masas se verá siempre acompañado del éxito en tanto en cuanto no se le contraponga un terror de igual naturaleza» *(Ibid.* : 46); «El joven movimiento tuvo claro desde el primer día que su Idea ha de ser defendida en el plano intelectual pero que, si es necesario, también esa defensa ha de ser asegurada mediante la fuerza bruta» *(Ibid.* : 598). Esa actitud de entablar combate con todos los medios a su alcance, el recurso a la ley del Talión, sería conocida en las filas enemigas, que sabrían de antemano que los miembros del movimiento nacionalsocialista preferían la inmolación a la capitulación *(Ibid.* : 546). Hitler justificó el recurso a la violencia a menudo de forma explícita, pero también de forma críptica: «Un movimiento que no combate por los objetivos e ideales más elevados nunca recurrirá a la última arma». A lo que añadió acto seguido: «en la pugna por el objetivo no debe haber sacrificio demasiado gravoso» *(Ibid.* : 597, 598).

Los primeros activistas nazis no solo estaban dispuestos a defenderse ante un ataque enemigo (violencia defensiva), sino también a tomar la iniciativa y ser ellos los atacantes (violencia proactiva). Para Hitler el uso de la violencia defensiva era una actitud noble y legítima frente a la violencia del campo enemigo. Por eso se escudó en la idea de la violencia en defensa propia. A petición de Hans Litten, abogado de la acusación

particular (lo acabó pagando con la muerte en un campo de concentración), Hitler fue llamado a testificar el 8 de mayo de 1931 en un juicio celebrado en Berlín contra varios integrantes de la Tropa de Asalto 33 de Charlottenburg por los incidentes y heridos de bala causados en el ataque a un local de baile frecuentado por comunistas. Hitler declaró ante el tribunal que el NSDAP «rechazaba de forma categórica los métodos violentos» y que las SA tenían como misión proteger al partido del «terror emanado de la izquierda y desempeñar tareas de propaganda». «Cualquier intento —prosiguió en su declaración— de pasar por alto la constitución de Weimar para alcanzar el poder es perniciosa y se traduce en derramamiento de sangre. Yo no he participado en la Constitución de Weimar, la considero falsa, pero sigo la ruta absolutamente legal por íntima convicción de la necesidad de respetar la legalidad». Por el imperativo del respeto a la ley, las «SA tienen la prohibición absoluta de proceder de forma violenta o de provocar. Claro que en caso de necesidad no es sencillo dilucidar dónde se encuentra el límite entre la defensa propia y el ataque […] Cuando un miembro de las SA es perseguido durante meses, me puedo imaginar que, en la urgencia del momento, subestime la defensa propia. La dirección del partido no ha emitido ni en una sola ocasión la orden: ¡machaca a los socialdemócratas o comunistas!». Y prosiguió: «Las SA no están armadas. Intervengo allí donde oigo hablar de un arma […] La organización está de hecho desarmada. Si escuchase que en algún lugar hay armas, se las entregaría a las autoridades» (*Berliner Tageblatt* , 8-V-1931; Bergbauer *et al.,* 2008: 139 y ss.; Hett, 2008: 132-133).

Según Hitler, no se podía responsabilizar a un hombre de las SA por recurrir a la violencia en defensa propia. Goebbels fue fiel a esta astucia argumental al contemplar el papel de la violencia en el curso de la «conquista de Berlín». En vísperas del colapso de la república, pero todavía bajo el paraguas de un Estado de derecho democrático, justificó, como Hitler, el uso de las armas por parte de los miembros de las SA siempre que sufriesen un ataque desde las filas enemigas (1932: 17, 88). Y apostilló:

> Nuestros camaradas de partido eran atacados por los enemigos políticos y procedían a defenderse. Hacían así uso del derecho más ancestral de todo ciudadano, el derecho de legítima defensa. Nuestros hombres nunca fueron los atacantes, sino siempre los atacados. Nunca se pudo hablar de excesos por nuestra parte. Nos servimos de medios violentos solo en la medida que defendíamos nuestra vida y salud. Además, nunca se podrá aportar prueba alguna de que el partido como tal haya promovido su uso o que se haya responsabilizado de ello; que todo camarada del partido defendía su pellejo en caso de necesidad era evidente, y con eso el partido no tenía nada que ver *(Ibid.* : 165-166).

Dos años más tarde, ya con los aparatos del Estado al servicio de un proyecto totalitario, Goebbels no tenía necesidad del doble lenguaje ni de camuflar la naturaleza violenta de su movimiento. Reconoció que el recurso a la fuerza no fue meramente defensivo: «En ofensivas desesperadas nos revolvíamos contra este escándalo y presionábamos al enemigo para que saliese de sus posiciones, efectuábamos maniobras que duraban años para arrinconarlo hasta hacerle morder el polvo de forma definitiva» (1934b: 17).

La disposición a responder a la violencia con violencia chocaba con lo dispuesto en una orden publicada el 26 de febrero de 1925 en el órgano oficial del partido, el *Völkischer Beobachter,* poco después de la excarcelación anticipada del líder nazi de la cárcel de Landsberg en diciembre del año anterior. La orden llevaba por título «Líneas fundamentales para la refundación del NSDAP», y contemplaba la expulsión inmediata del partido de aquellos miembros del movimiento que contraviniesen la orden de no portar ni guardar armas (Hitler, 1998, I: 9). Con el fin de ganar credibilidad ante las autoridades con su táctica de alcanzar el poder por la vía legal, y de paso sortear cualquier intento de ilegalización del partido, Hitler reiteró en repetidas ocasiones la prohibición de poseer armas (por ejemplo, el 29 de septiembre de 1925; 1998, I: 165). Una Disposición General de las SA (GRUSA, n.º II) de 1927 recogía que cualquier miembro de las SA en posesión ilegal de un arma sería inmediatamente expulsado; «El arma de los nacionalsocialistas, en especial de un hombre de las SA, es un puño sano y el amor a la patria en el corazón» (1992, II/1: 327). Al fin y al cabo, tras su reorganización después de su excarcelación, en el ánimo de Hitler estaba que en adelante las SA no tuviesen nada que ver con una organización militar; su función consistiría en ser «un medio de formación y protección del movimiento nacionalsocialista, y sus cometidos residen en una esfera totalmente distinta a las de las así denominadas organizaciones militares» (Hitler, 1943 [1925/1926]: 607-608). O, según rezaba la primera orden que articulaba la reestructuración de las SA de noviembre de 1926 coincidiendo con el nombramiento de Von Pfeffer como su responsable, el camino para la conquista de la calle como antesala de la conquista del Estado no pasaba por «el puñal, el veneno ni la pistola» [182] . La consigna tuvo vigencia durante los años siguientes. Una «Orden del Partido» difundida en el *Völkischer Beobachter* el 5 de diciembre de 1928 prohibía a los miembros

del partido la posesión ilegal de armas; quien las tuviese, estaba obligado a ponerlo en conocimiento de la autoridad competente. Los responsables inmediatos del activista en cuestión, así como en última instancia los responsables políticos del partido, fueron encomendados con la tarea de hacer valer la orden en sus filas. En caso contrario, dictó Hitler, «les exigiré personalmente responsabilidades, y los dirigentes responsables serán cesados y expulsados del partido por mi en persona». La medida apareció publicada en la prensa del partido, con el añadido de que tenía que reproducirse con cadencia mensual y también ser leída al menos una vez al mes en las llamadas a filas de las SA (1998, III/1: 295-296; cita en p. 296). En una muestra del doble discurso nazi con respecto a la violencia (de puertas para afuera, desautorización y condena; de puertas para dentro, complicidad y comprensión), el recurso a la violencia por parte de las SA violaba el contrato de adhesión que firmaban sus integrantes a comienzos de la década de 1930, en el que figuraba una cláusula que rezaba: «me comprometo a no participar en ningún ejercicio militar ni a portar armas» (en Bennecke, 1962: 163).

El discurso de cara a las autoridades y la opinión pública y la práctica del día a día y la cultura en sus filas discurrían en direcciones opuestas. Al día siguiente de dar a conocer las «Líneas fundamentales para la refundación de las SA», Hitler efectuó unas declaraciones de conciliación problemática con la orden de no portar armas, así como con la vindicación de la autodefensa: «Quien quiera alterar un estado de cosas, tiene que atacar y no esperar a ser atacado», a lo que apostilló: «Cuando nos sumamos a este movimiento, teníamos claro que en el combate solo caben dos posibilidades: o el enemigo avanza sobre nuestros cadáveres o nosotros sobre los suyos […] El día en que el último de ellos yazca en el suelo, tendremos asegurada la victoria» (1998, I: 18 y 20). Goebbels suscribió la idea. Para él, como rezaba el título de un artículo periodístico suyo, «la mejor defensa es el ataque» *(Der Angriff,* 22-VIII-1927). En la «lucha por la calle» librada en Berlín entre «el Bien y el Mal» no cabían soluciones de compromiso: «O nos vencían o los tumbábamos al suelo» (1934b: 17). Suponía el reconocimiento de que, como escribió otro apologeta nazi refiriéndose a la capital del país, «no se puede conquistar esta ciudad con octavillas y tertulias vespertinas» (Engelbrechten, 1937: 26). El recurso a la violencia física era el medio más expeditivo para hacerse con las riendas del país.

Hubo quien en las filas nazis fue todavía más inequívoco si cabe sobre el recurso a la violencia durante los años de guerra civil latente en el país. Un abogado y representante en el parlamento regional de Mecklemburgo escribió: «En tiempos tranquilos no hay necesidad de la muerte política. Pero en tiempos turbulentos como los de hoy, con el enemigo en casa, es distinto. Los nacionalsocialistas somos de la opinión que, cuando un solo hombre en nuestro país considera correcto perjudicar al pueblo, es justo y necesario desactivar a ese parásito. Hay distintas opiniones sobre cómo puede ocurrir eso. En casos de necesidad del país, todos tenemos la obligación de hacer lo que exijan los intereses del pueblo alemán» *(Frankfurter Zeitung,* 22-12-1929; citado en Gumbel, 1991 [1931]: 62). Todo empeño por «desactivar al parásito» en nombre de «los intereses del pueblo alemán» era aplaudido en aras del sacrosanto interés alemán, aun por medios violentos.

El doble juego con respecto al uso de la violencia recomendaba, por un lado, no portar armas pero, por otro, soñaba con enemigos yacentes como expresión suprema de victoria. No es de extrañar, entonces, que en la práctica las órdenes lanzadas desde las máximas instancias oficiales en el sentido de no portar armas no encontrasen eco en las filas del movimiento. En realidad, la militancia poseía las claves para leer la ambivalencia de los mensajes de cara a las autoridades: respeto aparente a la legalidad, al tiempo que rienda libre a la brutalización de la política. Los activistas nazis, y su vanguardia violenta de las SA, supieron interpretar lo que era una exigencia del guion y su verdadera vocación, siempre con la cobertura tácita de los responsables del partido.

Estas tensiones y contradicciones se manifestaron en la capital del país. En su crónica de las SA en Berlín, Engelbrechten se lamentó de que los nazis fueran registrados en busca de armas «antes de las marchas, en los mítines, en los locales del partido, de forma constante y rigurosa», para acabar concluyendo que, como cada vez se daba el caso, «naturalmente, no encontraron nada» (1937: 119, 126). Algo parecido recoge la crónica oficial de la Tropa de Asalto 33 de Berlín, con varias víctimas comunistas muertas en su hoja de servicios: «Nosotros los miembros de las SA no llevamos armas, ni siquiera una vez hemos llevado un cuchillo o un puño americano» (Sturm 33, 1938 [1933]: 63). Lo cierto es que conocían bien el manejo de las armas, empezando por su responsable, Hans Maikowski. En noviembre de 1932 fue detenido por la policía en posesión de una pistola en el

Sturmlokal de su tropa de asalto *(Vossische Zeitung,* 3-XI-1932). La historia oficial de la Tropa de Asalto 33 deja bien a las claras que no solo Maikowski, sino también el resto de sus integrantes, estaban familiarizados con las armas. Tras una pelea con enemigos políticos en unas salas de Nauen, a las afueras de Berlín, los miembros de varias tropas de las SA que habían acudido desde la capital se dirigieron a la estación de tren, donde les aguardaban fuerzas policiales: «Fuimos cacheados uno a uno en busca de armas al entrar en la estación de tren. Por supuesto que no encontraron nada. Un vendedor de palitos salados de la Tropa de Asalto 31 avanza tranquilamente por la barrera y sin ser molestado con su delantal blanco y su cesta; ahí tenía que haber mirado la policía» (Sturm 33, 1938 [1933]: 31-32). No eran excepcionales los casos en que, ante la presencia policial y la eventualidad de cacheos en busca de armas, las mujeres cumplían la función de colaboradoras necesarias. En su biograma remitido a Theodore Abel, Fritz Keppner, a la sazón responsable de una tropa de las SA en Pirmasens (Rheinland-Pfalz), implicó a su propia madre en ese tipo de servicios [183] . Ocurrió el 25 de mayo de 1930 en el marco de una pelea callejera entre nazis y comunistas en su ciudad, un «bastión rojo»: «Era sabido que teníamos prohibido portar armas. Cuando llegó la policía por supuesto que no nos encontraron nada. Las armas habían caído bajo las faldas de las mujeres presentes; mi madre llevó seis objetos de esa naturaleza colgando entre sus vestidos» [184] . El desempeño femenino en este tipo de tareas auxiliares no era excepcional. La crónica de las SA en Berlín sienta como práctica habitual que novias y amigas de los miembros de las SA se encargasen de hacer de porteadoras de armas, esto es, de facilitárselas a los varones llegado el caso, o de hacerlas desaparecer después de su utilización y así dificultar las pesquisas de la policía (Engelbrechten, 1937: 152).

Las contradicciones que revelan lo mentiroso de las narrativas nazis se evidencian incluso en un mismo libro. Fritz Stelzner, autor en clave biográfica de una obra sobre las SA publicada por la editorial del NSDAP, suscribe la doctrina oficial según la cual los nazis no poseían armas: «Los camaradas están desarmados, cogidos por sorpresa, indefensos y desamparados ante el enemigo ansioso de muerte». Unas páginas más adelante, sin embargo, afirma que «replican al enemigo con la misma moneda [con las armas. Nota: J. C.]», movidos por sentimientos de «rabia y revancha». Por fin, cuando aborda el ataque a tres correligionarios de las

SA, reconoce abiertamente que cada uno de ellos llevaba «una pistola Mauser en el bolsillo, con una bala preparada y un cargador generoso» (1936: 45, 55, 107 y 111, resp.).

La posesión de armas por los nazis era moneda de uso corriente y las autoridades eran sabedoras de ello. El responsable de la policía en Berlín, el socialdemócrata Grzesinski, difundió unos datos relativos a episodios violentos con armas de fuego registrados entre los días 20 de junio y 7 de julio de 1932, en vísperas de las elecciones al Reichstag del 31 de julio, con el siguiente balance: se registraron 23 ataques con armas de fuego, siendo los comunistas los responsables en seis casos y los nazis en los 17 restantes; la policía computó un total de 160 disparos, que arrojaron dos muertos en las filas de las SA y 25 heridos [185] . El decomiso de armas a nazis es una evidencia de que eran habituales en sus filas. Entre el 1 de enero de 1930 y el 30 de septiembre del año siguiente la policía prusiana se incautó de 317 revólveres, 79 fusiles y carabinas, tres ametralladoras, 361 armas blancas (cuchillos, navajas y otros objetos punzantes) y aproximadamente 500 porras de goma, empuñaduras y otros objetos contundentes (Wirsching, 1999: 602). Se presentaban ante la opinión pública como patriotas inocentes y desarmados, al tiempo que retrataban a los comunistas como fuertemente armados. Así, en uno más de tantos episodios violentos que formaban parte del día a día en los enclaves más calientes del país, en Berlín, los nazis habrían perseguido a un grupo de agresores comunistas que abrieron fuego contra ellos. Consiguieron retener a cuatro atacantes hasta que la policía hizo acto de presencia. En el barrido por la zona, la policía habría hallado numerosos casquillos de bala, dos pistolas, varias navajas y adoquines dispersos. A los cuatro detenidos les fueron incautados cuchillos, piedras y una ganzúa (Engelbrechten, 1937: 129).

Pese a las advertencias a sus activistas, en la práctica la posesión y empleo de armas nunca fueron castigados por la dirección del partido. No hay ninguna evidencia de que las disposiciones que excluían del partido a los miembros que fuesen condenados por posesión de armas fueran nunca llevadas a la práctica (Wirsching, 1999: 585-586; Fülberth, 2011: 38). Numerosos nazis fueron enjuiciados en Berlín por posesión de armas entre febrero y octubre de 1930: no se tiene noticia de ningún caso en que el partido aplicase medida disciplinaria alguna. La policía extrajo una conclusión inequívoca al respecto: «la amenaza de expulsión por posesión de armas prohibidas es papel mojado» (en Wirsching, 1999: 602) [186] . Al

contrario, más que un obstáculo en su carrera, parecería que la utilización de armas fuera un timbre de gloria en tanto que señal inequívoca de arrojo y compromiso con la causa incivil nazi. Se dio incluso el caso de nazis glorificados como mártires por el movimiento tras fallecer en enfrentamientos con enemigos políticos que habían sido condenados con anterioridad por posesión de armas, desobedeciendo así las directrices del partido. Es el caso, por ejemplo, del arriba referido Kortyka (Busch, 2008: 93), o el del también mencionado Maikowski.

El informe de Emil Julius Gumbel sobre «asesinatos fascistas» entre 1924 y 1931 y comisionado por la *Liga Alemana por los Derechos Humanos* apuntala lo falaz del discurso nazi. Su forma característica de interactuar con el enemigo seguía siempre el mismo patrón: «la renuncia a cualquier forma de argumentación, la llamada brutal al uso de las armas y el desprecio escrupuloso de los derechos humanos» (1991 [1931]: 52). Gumbel da cuenta detallada y documentada de actos de violencia proactiva de los nazis contra enemigos políticos. Algunos ejemplos bastarán. En la madrugada del 16 al 17 de mayo de 1928, en vísperas de las elecciones al Reichstag, cuatro miembros de la *Reichsbanner* se cruzaron con 15 nazis que pegaban carteles. Un integrante del primer grupo arrancó un cartel, a lo que un nazi respondió con tres disparos a quemarropa (Gumbel, 1991 [1931]: 61-62). Dos años después, el 16 de mayo de 1930, un grupo de unos 30 nazis atacó a tres personas que pasaban al lado de su *Sturmlokal* en el barrio de Schöneberg, en Berlín. A uno de ellos, el vendedor de periódicos Walter Heimbürger, lo persiguieron hasta clavarle un cuchillo. Consiguió zafarse hasta que se refugió en un local anexo, donde fue nuevamente alcanzado y golpeado hasta la muerte *(Ibid.* : 65-66; Wirsching, 1999: 590; Striefler, 1993: 337).

Si portar armas hubiese acarreado la posibilidad de sanciones disciplinarias por parte del movimiento, los miembros de las SA no se habrían vanagloriado de sus prácticas violentas ni las habrían aireado a los cuatro vientos. El caso de Wessel está bien documentado, y permite extraer conclusiones al respecto de la permisividad por parte de los dirigentes del movimiento sobre el uso de armas. Al fin y al cabo, su posesión y uso confesos no impidieron que Wessel fuese elevado a la categoría de mártir inmaculado del movimiento. «Sus manos —según se recoge en su vida novelada— estaban tan familiarizadas con armas de todo tipo igual que lo estaban con los lapiceros y cargatintas, cucharas y tenedores, laúdes de

cuerda y teclas de piano» (Ewers, 1932: 31-32). En su autobiografía política, el joven dirigente de las SA da a entender su familiaridad con las armas de fuego tras su paso por distintas organizaciones paramilitares de extrema derecha antes de dar el salto al movimiento hitleriano. Wessel rememora una ocasión de peligro cuando atravesaba un patio en plena oscuridad: «mi mano empuñaba en el bolsillo la pistola con el seguro quitado» (Gailus y Siemens, 2011: 89). Se trataba de su «fiel pistola modelo Walther», sin la que nunca salía «para hacer uso de ella en caso de apuro» *(Ibid.* : 94). Al parecer (aunque no fuese cierto; lo sintomático era que sus hagiografías así lo construyeran) poseía tres pistolas, «fieles compañeras noche y día» (Ewers, 1932: 33). Solo porque los nazis eran capaces de responder a la fuerza con la fuerza, prosigue Wessel, se explica el miedo que inducían en las filas comunistas: «En el barrio de Bötzow [en el distrito de Prenzlauer Berg. Nota: J. C.] éramos temidos por los comunistas y otros enemigos, de modo que de hecho éramos los dueños de la calle» (Gailus y Siemens, 2011: 90). Si eran temidos era porque portaban armas de fuego y porque no vacilaban en usarlas. Wessel ofrece de nuevo un ejemplo impagable al respecto. En una ocasión él y un superior se anticiparon a unos comunistas que se aprestaban a disparar sus pistolas: «¡Le has dado!», dijo el mando. Los comunistas huyeron llevando consigo al herido (Ewers, 1932: 16-17).

Antes de sumarse al movimiento nacionalsocialista, Wessel integró las filas de varios grupos paramilitares ultranacionalistas. El propio joven miembro de las SA desvela lo corriente que era el uso de armas de fuego en la «lucha por la calle», pese a ser consciente de que con ello se contravenían las órdenes formales de la dirección del movimiento: «Las prácticas de tiro nos gustaban mucho. Los que no habíamos sido soldados [se refiere a haber combatido en la Primera Guerra Mundial o en los *Freikorps* . Nota: J. C.], disparábamos primero con armas de pequeño calibre; luego, como los experimentados, con escopetas y carabinas de 98 mm; después, con fusiles militares. Oficialmente todo esto estaba por supuesto prohibido. Al mismo tiempo discurría el uso moderado de disparos de pistola. Prácticamente cada hombre poseía una de esas armas» (Gailus y Siemens, 2011: 99). Wessel nunca perdió de vista las armas ni dejó de tenerlas: el día de su muerte se encontraron dos pistolas en su habitación (Siemens, 2009: 21).

Todo apunta a que el caso del joven líder de las SA era más la regla que la excepción. Por traer a colación otro ejemplo sobre el extendido uso de las

armas en las filas nazis: durante los «años de persecución», cuenta Von Schirach, «en el Ruhr íbamos con la pistola en el bolsillo del abrigo mientras por detrás nos llovían las piedras». A lo que apostilló, no sin nostalgia: «Fue una gran época, por muy raro que pueda sonar. Nunca fuimos más felices que entonces, cuando vivíamos en peligro permanente» (1934: 26).

Así pues, las órdenes proscribiendo el uso de armas entre sus activistas eran una cortina de humo que nadie en el movimiento se tomó en serio. Sus responsables no hicieron nada por disuadir a sus activistas del recurso a las armas.

4.1.3. Tractos discursivos anexos

Hemos documentado la asimetría numérica en la relación de fuerzas entre nazis y enemigos (la cuestión de *cuántos)* y el hecho de que unos estuviesen desarmados y otros no (denominémoslo el *cómo* de la confrontación). Merece la pena detenerse en otro hilo que recorre sus narrativas victimizadoras y añade información suplementaria acerca del manejo emocional que ejercieron sobre la población mediante la propaganda durante toda su existencia, pero en particular en los años terminales de la República de Weimar. Dicho hilo guarda relación en sentido estricto con el *cuándo* del ataque, en particular con el momento del día en que se producía.

Los relatos desde las filas nazis sobre los años más crudos de lucha por el dominio de la calle insistían en que sus militantes eran víctimas de ataques por los marxistas de regreso al hogar por la noche, en plena oscuridad, después de haber cumplido con su «deber» de activistas, entendiendo por tal el reparto de propaganda, la participación en reuniones de organizaciones del movimiento (NSDAP, SA, HJ, etcétera), la asistencia a mítines y otros actos políticos (propios o de enemigos) o, simplemente, departir con camaradas en un *Sturmlokal* .

Goebbels marcó el patrón de este hilo argumentativo desde las páginas de *Der Angriff* . El órgano de prensa nazi en la capital contaba con una sección fija con el título de «La lucha por Berlín» (en 1932 Goebbels publicó un libro homónimo), en la que se daba cuenta de las actividades realizadas por el partido, convocatorias, noticias, etc., así como sobre los altercados sufridos. La sección venía a ser algo así como el «parte de guerra» del movimiento en la capital. Goebbels describió el día a día del

discurrir de sus correligionarios en territorio enemigo del modo siguiente: «No pasaba una noche sin que nuestros camaradas fuesen atacados por la turbamulta roja y ocasionalmente heridos graves a su regreso al hogar»; «al regreso de las reuniones, nuestros camaradas eran acuchillados y tiroteados con nocturnidad y en la oscuridad» (1932: 32 y 59, resp.). En una ocasión de tantas se desató una pelea en el curso de un acto electoral celebrado en el distrito de Schöneberg. Tras el ataque, del que por supuesto cabía responsabilizar a los comunistas, «a su regreso al hogar los nacionalsocialistas fueron atacados por separado» *(Der Angriff,* 26-IX-1927).

La noche y la oscuridad eran elementos contextuales que emergían de forma recurrente asociados con los marxistas, que la aprovechaban para atacar a SA indefensos cuando regresaban a solas al hogar después de haber efectuado su contribución a Alemania. Los propagandistas nazis explotaron a conciencia este patrón: «En una noche gris de diciembre reina la niebla en las calles. En estas noches los SA saben que la *Kommune* acecha con la muerte» (Stelzner, 1936: 90).

A este tracto de la propaganda y victimización no le faltó la forma lírica. Siendo el máximo dirigente de la Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas Alemanes *(Nationalsozialistischer Deutscher Studentenbund,* NSDStB), Von Schirach publicó un poema que decía:

> También hay muertos en nuestras filas
> El que nos mataron ayer
> No lo hemos llevado a la tumba
> ¡No!
> El que asesinasteis ayer en la noche cobarde
> En la oscura calle
> Cuando comenzó el anochecer del día
> ¡Se ha despertado! (*Der Angriff* , 19-XII-1929).

Lo sucedido a un correligionario de Wessel es representativo de la narrativa nazi. Tal y como lo cuenta en su autobiografía política, «un camarada fue acuchillado a traición por la noche cuando se dirigía a casa» (Gailus y Siemens, 2011: 89). Una biografía novelada de Wessel insistió en este recurso retórico activador de emociones. Hasta en diez ocasiones a lo largo de sus escasas 90 páginas recurre al adjetivo «oscuro», la mayor parte de las veces ligado a actividades comunistas. Así: «en las oscuras calles acechaba la muerte» (Reitmann, 1933: 31); «en una oscura calle se cocía

todo» *(Ibid.* : 66) o «en cuanto llegaba la noche, acechaba a sus víctimas la muerte asesina en las callejuelas oscuras» *(Ibid.* : 75).

Por lo demás, el bando enemigo, el comunista, recurría a un patrón simétrico. En sus relatos, los dedicados militantes comunistas resultaban sistemáticamente atacados cuando se dirigían de noche solos a sus hogares. No pocas veces emerge el troquel nazi invertido: los que estaban en inferioridad numérica y desarmados eran ellos, los comunistas. Un artículo en el órgano de expresión del KPD denunció a partir de un caso-tipo, extrapolable a la cotidianeidad de una República de Weimar brutalizada, el acoso sistemático que sufrían sus activistas recurriendo a los mismos vectores del patrón en los que hemos insistido hasta ahora, es decir: la inferioridad numérica, la inferioridad de condiciones de lucha y la nocturnidad: «Un militante del KPD regresa a casa tras una reunión tardía. Va solo. El teléfono resuena una vez más y las SA forman una patrulla, retiran el seguro de sus pistolas y ocho, diez individuos emergen de los sótanos o descienden a hurtadillas las escaleras. Resuenan unos disparos, el obrero yace sobre los adoquines» (*Die Rote Fahne* , 23-IV-1931).

4.2. El lustrado póstumo

El 9 de octubre de 1933, con motivo de la inauguración como monumento nacional del lecho de muerte de Wessel en el hospital donde falleció, hecho coincidir con el aniversario de su nacimiento, Goebbels proclamó:

> Un pueblo se honra a sí mismo cuando honra a sus muertos. Sobre todo movimiento se eleva *un* hombre como símbolo; el movimiento hace bien en mantenerlo incólume y limpio [...] Este joven estudiante no ha muerto para atraer la atención, ni tampoco con una sonrisa en los labios, sino consciente de la amargura de la muerte. La asumió porque era necesaria para Alemania y para el pueblo alemán.

El ya ministro de Propaganda prosiguió:

> Nosotros, los vivos, [...] tenemos no sólo el derecho, sino también la obligación de preservar limpia y pura la memoria de este muerto. *Nosotros* somos su salvaguarda [...] *Nosotros* tenemos que preocuparnos de que permanezca tal y como era (en Heiber, 1991: 128. Énfasis en el original).

El lustrado póstumo y el acento en su carácter modélico articula el segundo vector de la forja de los mártires nazis. Su elevación a la categoría de símbolo arrancaba en el momento mismo de la muerte. En un proceso prototípico de depuración de todos sus rasgos disfuncionales, las posibles

tachas o aristas que pudiera presentar el mártir eran sistemáticamente silenciadas, y sus virtudes, por el contrario, ensalzadas hasta el paroxismo. En el fondo se trataba de hacer verdad el apotegma según el cual «si en vida un hombre fue grande, muerto se convierte en diez veces más grande» (Carlyle, 1966 [1841]: 25).

A continuación repasaremos tres casos de mártires que ilustran este rasgo del patrón discursivo: Wessel, Richard Harwik y Maikowski. Siguiendo el orden cronológico de sus muertes y de su elevación al altar de la patria, en primer lugar trataremos el caso de Wessel, sobre el que existe una extensa bibliografía [187] .

Ningún ejemplo de construcción mítico-martirial más acabado que el que tuvo como objeto al joven dirigente de las SA Wessel, y a Goebbels como protagonista principal en el escenario berlinés durante los «años de lucha». La experiencia acumulada en la exaltación de los mártires caídos enseñó al maestro de la propaganda que resultaba infinitamente más efectivo y sencillo movilizar a las masas y atraerlas a las filas propias apelando a símbolos fácilmente identificables que ganárselas invocando abstracciones tales como la defensa de una concepción racial de la «comunidad nacional» o la perversidad intrínseca de judíos y comunistas, por traer a colación dos ideas-fuerza de su cosmovisión. Cuando Goebbels se hizo cargo del movimiento en Berlín, ya contaba con cierto bagaje en la exaltación de los mártires por la patria. En el marco pedagógico de la guerra, sobre todo en sus primeros compases, los inspectores escolares exhortaban a los maestros para que sus pupilos escribiesen redacciones «libres» sobre la contienda, institucionalizando de este modo una pedagogía del conflicto (Donson, 2006: 348-350; Ingrao, 2017: 28-29). Goebbels, uno de aquellos escolares, escribió en 1915: «El soldado que sale en defensa de mujer e hijo, hogar y patria entregando su joven y lozana vida rinde a la patria su más elevado y honorable servicio» (Reuth, 1995: 22-23) [188] .

El ataque por parte de un grupo de comunistas a Wessel en enero de 1930 y las casi seis semanas de agonía que sufrió hasta su fallecimiento (una *memoria passionis* fehacientemente documentada por Goebbels en su diario y en las páginas de *Der Angriff)* abrieron una ventana de oportunidad para la identificación grupal y la movilización social infinitamente más poderosa que el recurso al «soldado desconocido», tal y como venía siendo práctica habitual hasta finales de la década de 1920 en el espectro nacionalista alemán. Desde entonces y hasta la toma del poder, su filosofía

del desastre productivo y del valor integrador de la sangre se condensó en una frase que Goebbels repite en sus escritos refiriéndose precisamente a esos «años de lucha» encarnizada por el control de la calle: «caminábamos sobre tumbas, ¡pero avanzábamos!» (1932: 132) [189] . Cada muerto servía de «arma para continuar la lucha, mortero para seguir construyendo el nuevo imperio alemán» (Goote, 1934: 17). O como rezaba el título de una canción dedicada a los «soldados de Hitler» apuntalando la misma idea: que los muertos eran «primavera sobre tumbas» (Bajer, 1935: 82).

Horst Wessel nació el 9 de octubre de 1907 como el primogénito de tres hermanos (dos varones y una chica) en la ciudad de Bielefeld (Westfalia, Prusia). Su padre, Ludwig Wessel, pastor luterano, se trasladó con la familia a Berlín en noviembre de 1913 después de ser requeridos sus servicios por una de las parroquias con más solera de la capital, la de San Nicolás [190] . Al cabo de los años, tanto él como más tarde su hijo fueron enterrados en el cementerio adscrito a dicha iglesia. Wessel padre sirvió como capellán voluntario durante la Primera Guerra Mundial en Berlín, Bélgica y en el frente oriental, en lo que hoy es Lituania, donde conoció a Hindenburg, entonces mariscal de campo y más tarde presidente de la República [191] . A diferencia de los clérigos católicos, integrantes de una Iglesia universal, los protestantes eran miembros de una Iglesia esencialmente nacional; de ahí que les fuera más fácil subrayar la misión patriótica de la contienda. Para ellos, la guerra no se libraba solo en términos de autodefensa, sino también para purgar, renovar y redimir al pueblo alemán (Weber, 2010: 74). La labor pastoral del progenitor de Wessel y sus dotes oratorias al servicio de la agitación patriótica le hicieron merecedor de la Cruz de Hierro. Más tarde, su actividad pública al frente de la organización nacionalista *Reichsbürgerrat* y como responsable de las columnas literaria y política de la revista *Grosse Berliner Illustrierte* vino regida por la convicción de que era compatible ser un cristiano piadoso y, al mismo tiempo, un activista por la causa nacional. En sintonía con el nacionalismo reinante en amplios sectores del país, en sus discursos y sermones nunca dejó de ensalzar la generosidad de quienes sacrificaron su vida en una «guerra santa» en un tono que más tarde resultaría indistinguible del de los nazis. En una homilía de 1915 proclamó su «agradecimiento y lealtad [...] a los héroes alemanes en honrosa memoria, quienes, llamados al acto sacrificial más elevado por su patria, dieron jubilosos su vida por nosotros y nuestros seres queridos»

(en Gailus, 2002: 778). O este otro ejemplo de la misma época, en diálogo metafórico con los ausentes presentes: «Solo conozco un agradecimiento de los vivos a nuestros héroes eternos: la promesa de la camaradería fiel. No habéis muerto en vano. Aspiramos a culminar lo que vosotros habéis comenzado» (en Lazar, 1980: 41). Política y religión se presentaban en sus escritos y prédicas desde el altar como dimensiones indisociablemente trabadas de una manera que recuerda a la que años más tarde, a partir de su surgimiento en 1932, defenderán los Cristianos Alemanes *(Deutsche Christen,* DC: Meier, 1965; Scholder, 1977; Bergen, 1996; Gailus, 2001) [192] . En este sentido, Ingeborg Wessel sintetiza el sentido de la actividad pública de su padre como un combate sin tregua contra la impotencia y vergüenza de la Alemania post-Versalles, la misma que habría sido víctima de una puñalada por la espalda a manos de socialistas y judíos, según se encargó de difundir el ejército en boca de Hindenburg inmediatamente después del armisticio. La idea-fuerza que presidió la actividad de Wessel padre era que «sin una Alemania libre no es posible la paz interior» (I. Wessel, 1934b: 99).

Wessel no fue un hijo que se rebeló contra su progenitor y lo que este representaba. Al contrario, el hilo de continuidad entre el nacionalismo pangermanista ardiente del padre y el nacionalsocialismo ulterior del hijo resulta evidente. Ludwig Wessel sufrió un acusado proceso de politización durante la guerra, pero sobre todo durante el periodo revolucionario subsiguiente, que le llevó a poner al menos tanto énfasis en pastorear almas como en agitar al espectro *völkisch* desde el púlpito y la prensa, todo hasta su prematuro fallecimiento en mayo de 1922 a los 42 años.

Pocos meses después de la muerte de su padre, su primogénito Horst, a la sazón un adolescente de 15 años, recogió el testigo activista y se convirtió en miembro en la *Bismarckbund,* la organización juvenil paramilitar del Partido Nacional del Pueblo Alemán *(Deutschnationale Volkspartei,* DNVP) que, bajo el lema «Con Dios por el Káiser y el Reich», defendía un proyecto nacionalista, monárquico y conservador. En tanto que miembro de dicha organización, Wessel colaboró en el servicio de protección de actos públicos y en actividades propagandísticas en periodo electoral. De forma paralela, a finales de 1923 se vinculó a una organización antirrepublicana de carácter paramilitar y secreto, la *Wikingbund* (algunos autores del atentado en 1922 contra Walther Rathenau, ministro de Asuntos Exteriores, procedían de sus filas). El

enfrentamiento físico con miembros del movimiento obrero también formaba parte de su agenda, prácticas todavía inocentes en todo caso comparadas con las que habrían de llegar poco después en las filas de las SA (I. Wessel, 1934a: 46).

En febrero de 1925 Wessel abandonó su militancia en la *Bismarckbund,* a la que reprochaba su falta de activismo. La ilegalización en mayo del año siguiente de la *Wikingbund* le colocó en la orfandad militante, bien que de forma transitoria. Un mes después de la llegada de Goebbels a Berlín para hacerse con las riendas del movimiento en la capital, el 7 de diciembre de 1926, Wessel formalizó su ingreso simultáneo en el NSDAP y en las SA. En ese momento los efectivos de las SA en Berlín ascendían a unos 800 miembros (Schuster, 2005: 49). Apenas dos semanas antes, en una carta fechada el 23 de noviembre, Wessel expresó su alejamiento del espectro político conservador alemán en el que se había mostrado activo hasta ese momento, y dejó ver sus preferencias para el futuro inmediato: «Personalmente considero poco inteligente en el momento actual propagar abiertamente el pensamiento monárquico [...] Tal y como yo lo veo, una de las principales tareas consiste en la conquista del Berlín rojo [...] considero urgente recuperar a los 19 millones de personas que dicen no conocer la patria alemana y que se asustan ante el concepto "nacional". Allí donde veo éxitos en este empeño, soy uno de los primeros en colaborar» [193] . En sus notas autobiográficas explicitó aún más las razones de su alejamiento de las organizaciones en las que había militado hasta entonces y de su conversión de primera hora al credo ario:

> ¿Que cómo llegué a los nacionalsocialistas? Por decepción. Ni mi radicalismo nacional ni tampoco mi nacionalismo radical habían hallado su lugar. Los nazis [...] eran radicales de verdad, radicales en todos los sentidos [...] Tenían un plus insoslayable, que resultó absolutamente decisivo: tenían una Idea, algo de lo que las asociaciones de defensa carecían por completo [...] Cuando me afilié al partido en el otoño de 1926 empezó una era del desaprendizaje político en general y del aprendizaje socialista en particular [...] La *Bismarckbund* era alegría y gozo. *Wiking* significaba aventura, atmósfera golpista, juego de soldados, cuando no inocente clandestinidad. El NSDAP era, por el contrario, un despertar político [...]. El juego a soldados estaba ausente. La formación política, ahí estaba la diferencia. Las Tropas de Asalto, las SA, eran tropas de orden, el puño del movimiento contra policías y marxistas (en I. Wessel, 1934a: 63 y ss.; Oertel, 1988: 58 y ss.; Gailus y Siemens, 2011: 108-109).

Wessel insiste en la «Idea» como eje vertebrador de la acción política, en la misma línea que la pregonada por Hitler y Goebbels para desmarcarse del

espectro paramilitar *völkisch,* lo cual denota familiaridad del joven con el argumentario del movimiento.

Tras adherirse al movimiento, Wessel se convirtió en uno de sus talentos más prometedores en la capital. Su actividad era frenética. Charlas y otras actividades de formación política, adoctrinamiento de miembros de las HJ [194] , marchas propagandísticas en los «bastiones rojos» de Berlín y sus extrarradios al frente de su sección, servicio de protección de actos políticos, reventar actos del enemigo, enfrentamientos callejeros, preparación y asistencia a los días del partido en Núremberg... no había tarea a la que Wessel no se dedicase con un entusiasmo ejemplar. O eso al menos sostuvo la hagiografía nazi volcada en ensalzar su vida y obras.

La noche del 14 de enero de 1930 Wessel fue víctima de un atentado en su domicilio en el barrio de Friedrichshain, uno de esos barrios de Berlín «impregnados del penetrante olor de los disturbios políticos» (Kracauer, 2018 [1930]: 31). Las circunstancias exactas de cómo llegó a recibir un disparo a quemarropa en el rostro no se llegaron a aclarar en todos los extremos, pero hoy es un hecho incuestionable que los principales implicados en el atentado eran miembros de organizaciones comunistas o cercanos a ellas. Tras una dilatada agonía, la muerte le sobrevino el 23 de febrero. Las promesas de venganza vertidas en artículos y discursos nazis se harían realidad tan pronto como tomaron las riendas del poder. Los 16 supuestos implicados en el asesinato de Wessel, desde el autor del disparo hasta sus acompañantes y otros colaboradores, sufrieron suertes diversas. Albrecht *Ali* Höhler, proxeneta, exconvicto y delincuente a pequeña escala (acumulaba 16 sentencias en su historial policial —Reschke, 2004: 34—), vinculado al mundo de los *Ringvereine* (Rosenhaft, 1983: 23) además de comunista, fue condenado en septiembre de 1930 a seis años y un día de prisión. Los nazis le impidieron completar su sentencia mediante el más drástico de los expedientes. Poco después de su llegada al poder, apalearon a Höhler hasta la muerte y lo remataron con encono, para enterrarlo luego en un pinar en los alrededores de Berlín. La coartada oficial proporcionada por la Gestapo, según narra Hans Bernd Gisevius, entonces oficial de dicho cuerpo policial, fue que Höhler había intentado huir durante un traslado. Unos buscadores de setas hallaron el cuerpo varias semanas después. Las autoridades intentaron calmar la alarma causada entre la población alegando que se trató de un suicidio, explicación particularmente ingeniosa por cuanto el muerto se habría enterrado a sí mismo. Otro acusado del atentado

fue asimismo asesinado en 1933, y otros dos ejecutados en 1935. Cuatro más consiguieron huir del terror nazi para acabar sus días como víctimas del estalinismo (Gisevius, 1946: 54-55; Siemens, 2009: 247-248). Los nazis aprovecharon el historial policial de Höhler para incorporar otra de sus obsesiones a la mitoconstrucción de Wessel: el mundo del hampa, los *Ringvereine* .

El momento de la muerte de Wessel abrió paso sin solución de continuidad al de su culto. La joven promesa del movimiento se convirtió de inmediato en el «mártir del movimiento», un mito alimentado por el ritual conmemorativo celebrado a partir de entonces con periodicidad anual por el movimiento primero, y por el régimen inmediatamente después. Mencionar su nombre no era hablar de una persona concreta, sino de un símbolo: equivalía a «hablar de todos los luchadores pardos que se arremolinaron en torno a Hitler» (Goote, 1934: 6). Para sus enemigos, sin embargo, el desenlace fatal fue el fruto de una pelea entre rufianes. Desde que *Die Rote Fahne* publicase una noticia el 18 de enero de 1930 con el sentencioso titular de «El estudiante nazi Wessel era un proxeneta», esa fue la interpretación defendida en círculos comunistas. *El informe Hitler,* redactado en 1948-1949 por los servicios secretos soviéticos por encargo de Stalin y para su lectura exclusiva, se hace eco de este punto de vista al referirse a Wessel como «proxeneta y soldado de las SA […] conocido por asesinar comunistas. Poco antes del ascenso de Hitler al poder, unos obreros del barrio berlinés de Wedding lo mataron» (Eberle y Uhl, 2008: 94) [195] .

Bertolt Brecht dio carta de naturaleza a esta interpretación en 1935 cuando, con ocasión del segundo juicio a los participantes en el asesinato de Wessel, redactó un artículo bajo del título de «La leyenda de Horst Wessel» [196] , según Karl-Heinz Schoeps (2002: 276-282) una réplica al *best-seller* de Ewers basado en la vida de Wessel. Brecht arrancó su análisis de la construcción de la leyenda de Wessel ligándola a la artificiosidad que obró la propaganda nazi: «Un buen propagandista convierte una cosa en tanto mejor cuanto peor es la mercancía. No se precisa un gran hombre para vender un arenque como si fuera un arenque, pero sí que hace falta un hombre de primer orden para vender un arenque como si fuera un lucio» [197] . Concluyó, en la línea prescrita por el KPD, que «el proxeneta fue disparado por otro proxeneta». Ahora bien, apostilló Brecht: hay diferentes tipos de proxenetas, el habitual que explota a las prostitutas por dinero, y el

«proxeneta político» que «prostituye al proletariado en nombre del capital». En realidad no importaba demasiado, prosigue Brecht, debatir si Wessel era en efecto un proxeneta al uso, porque de lo que no cabía duda era de que se trataba de un proxeneta político (1957 [1935]: 47, 51, 52 y 54-55, resp.). Los hermanos Erika y Klaus Mann, cada uno por separado, suscribieron asimismo la teoría avanzada por el KPD de negar connotaciones políticas al asesinato de Wessel. En su notable análisis de los mecanismos de socialización de la juventud alemana durante el Tercer Reich, Erika Mann se refirió expresamente a Wessel como un «proxeneta» (1997 [1938]: 73-76). En la sátira política del arribismo y el oportunismo en el nacionalsocialismo que es su novela *Mefisto,* Klaus Mann habló del joven SA como un «rufián» (2006 [1936]: 265), la misma tesis que sostuvo en un artículo sobre el tema bajo el título de «Los mitos del inframundo» (1991). El anarquista francés Daniel Guérin, en la crónica de su viaje por Alemania inmediatamente después del acceso de Hitler al poder, rebotó la misma interpretación (1994: 101-104).

Con su instinto para identificar el potencial movilizador e identificador de los símbolos políticos, Goebbels desempeñó un papel fundamental en la conversión de Wessel en icono de la nueva Alemania. En una comunidad reducida a unos pocos cientos de integrantes, como era la nacionalsocialista en el momento de su llegada a Berlín, a Goebbels no le pasó desapercibida la dedicación y entusiasmo del joven cuadro dirigente. Por eso cuando Wessel se trasladó a Viena entre enero y julio de 1928 para proseguir sus estudios de derecho comenzados en Berlín, y que nunca finalizó, Goebbels le comisionó con la tarea de familiarizarse con los métodos organizativos y tácticos de las HJ de la capital austriaca, entonces considerados modélicos [198] . De dicha tarea extrajo Wessel no pocas enseñanzas a su regreso a Berlín: «Ahora empiezo a pasar a papel y reelaborar las observaciones y experiencias aquí acumuladas, pues tengo la firme intención de aprovecharlas en Berlín, en el partido o en las juventudes, pues a ambas se pueden extrapolar. En todo caso, el partido en Viena resulta modélico» (en Oertel, 1984: 58 y ss.).

Los diarios de Goebbels recogen varias entradas en las que alude al joven devoto y luego mártir de la Idea. En la primera de todas ellas, del 16 de enero de 1929, el futuro ministro de Propaganda sostuvo: «Escucho el discurso del camarada Wessel contra la reacción. Un joven honrado, que se expresa con un idealismo notable. Más tarde conversación con él. Lamenta

la falta de activismo en las SA». En la última entrada en que le menciona antes de los acontecimientos que desencadenarían su muerte, correspondiente al 29 de septiembre de 1929, Goebbels anotó: «Regreso a casa con el SA Wessel. Un joven valiente. Estudiante, orador, dirigente de las SA, vive en el barrio de los pescadores [considerado como un enclave comunista. Nota: J. C.] y debe hacer frente cada día al terror rojo». Habida cuenta de la cercanía personal entre ambos y de la admiración mutua que se profesaban, desde que tuvo conocimiento del atentado Goebbels se tomó el asunto de forma personal [199] . Además, Goebbels había encontrado en Wessel a alguien que corporeizaba las virtudes que habrían de caracterizar al hombre nuevo, un dechado de virtudes en las que reflejarse la religión política nacionalsocialista.

En los huecos que le dejaba su frenética actividad propagandística, Goebbels visitó al menos en cinco ocasiones a Wessel en el hospital, ofreciendo consuelo a su madre, «una auténtica mujer alemana» (Goebbels, 2005, 2/I: entrada del 27 de enero). Con el paso del tiempo la relación entre Goebbels y la familia de Wessel se deterioró. La madre de este último llegó a hastiar al responsable de propaganda nazi. De la mujer que había «sacrificado» dos hijos por la idea (Werner, el hermano de Horst y asimismo miembro de las SA, falleció dos meses antes que Horst en accidente durante una excursión de esquí con su unidad paramilitar) y que disfrutaba de acceso directo a los más altos jerarcas nazis, Goebbels llegaría a decir que resultaba «insoportable en su arrogancia» y que no se merecía a su hijo. La gota que colmó el vaso fue cuando la familia de Wessel (madre e hija) reclamó derechos de autor por la canción de su hijo. Goebbels tenía clara la pauta a seguir. A partir del momento liminal del funeral, los muertos dejaban de ser patrimonio de su familia natural y pasaban a ser capital de la causa por la que dieron su vida: muerto y obra (canción), dirá, «pertenecen a la nación». Se trata de «nuestro Horst», «un hermano de todos nosotros», uno de «nuestra familia» (entradas del 23 de enero de 1933 —2005, 2/III—, 10 de junio de 1933 —2005, 2/III— y 30 de junio de 1937 —2005, 4—; «Horst», *Der Angriff,* 9-X-1930). Los artículos de Goebbels en el órgano oficial del movimiento en la capital se hicieron eco asimismo del dolor que le asolaba. La primera visita le impactó: «No se escucha de su boca ni un lamento [...] Con esfuerzo alza el brazo, me aprieta la mano y susurra con voz queda nada más que tres frases: "¡Hay que resistir! [...] ¡Todavía somos necesarios, creo! [...] "¡Me alegro!". Se trató de "uno de los

momentos más emocionantes de mi vida"», finalizó Goebbels *(Der Angriff,* 23-I-1930). La suya fue una crónica de la pasión del joven nacionalsocialista en la que el frío cálculo instrumental no se deja interferir por el dolor. Con su clarividencia y habilidad características para la propaganda, tan pronto tuvo conocimiento de su fallecimiento evaluó la situación en la intimidad de su diario en los siguientes términos: «Un nuevo mártir para el Tercer Reich. Como su hermano, un peregrino entre dos mundos» (Goebbels, 2005, 2/I: entrada del 23 de febrero de 1930), a lo que en un artículo suyo de esas mismas fechas apostilló: «Un peregrino entre dos mundos: entre el ayer y el mañana, lo sido y lo por venir. Un soldado de la revolución alemana» *(Der Angriff,* 27-II-1930) [200] . En su funeral, celebrado bajo estrictas medidas policiales, tomaron parte algunos de los máximos responsables del movimiento (Goebbels, Göring y Von Pfeffer), pero no Hitler, quien pese a anunciar su asistencia, en el último momento decidió no acudir a un acto que podría dañar su imagen si finalmente, como era previsible y efectivamente ocurrió, se desataban altercados con los comunistas.

A partir del momento del fallecimiento de Wessel, la maquinaria propagandística nazi conmemoró puntualmente la fecha del aniversario de su muerte y, a menudo, también la de su nacimiento. En el año de su asesinato, en 1930, Goebbels acudió al menos en dos ocasiones a la tumba de Wessel: con motivo de su cumpleaños y, un mes más tarde, coincidiendo con el día dedicado a los caídos del movimiento [201] . En el primer aniversario de su muerte tuvo lugar una ofrenda floral en su tumba, en un contexto marcado por las contramanifestaciones comunistas y la prohibición de hablar en público impuesta a Goebbels. Sin embargo, hasta 1933 no se puede hablar de un acto recordatorio ritual según un esquema reiterativo. Unos días antes de la toma nazi del poder se celebró un acto de homenaje a Wessel que marcó su acceso al panteón de los inmortales del movimiento. Entre 16.000 y 30.000 integrantes de las SA y las SS, según las fuentes, desfilaron por el centro de Berlín con su parafernalia simbólica (uniformes, banderas, música) hasta desembocar ante el cuartel general del KPD entre fuertes medidas de seguridad. Los 1.400 policías desplegados en la zona tenían la misión de que los nazis pudieran celebrar su ritual sin contratiempos [202] . Por la mañana una comitiva acudió a la tumba de Wessel en el cementerio de San Nicolás, cerca de la sede del KPD, donde

fue descubierta una lápida conmemorativa, y por la tarde se celebró un mitin en un Palacio de Deportes, lleno a rebosar desde dos horas antes del comienzo oficial. Ambos actos contaron con la presencia estelar, esta vez sí, de Hitler. A la mañana, y rodeado por varios jerarcas del movimiento (Goebbels, Himmler y Röhm, entre otros) además de los párrocos de San Nicolás, el Führer declaró: «Camaradas, no vale lamentarse ni quejarse ante esta tumba, ¡izad las banderas! Horst Wessel, que yace bajo esta lápida, ¡no está muerto! ¡Su espíritu permanece en nuestro corazón! Todos los días y a todas horas desfila este espíritu en nuestras filas, espíritu que ha significado fe, lealtad y convicción». Por la tarde, ante 20.000 personas, se refirió a los «mártires iluminadores», no solo «testigos de sangre», sino además «semilla viva». Quienes de momento eran los «muertos del movimiento» (y la profecía tardó poco en cumplirse) acabarán siéndolo de la nación, que contestará al unísono cuando sean proclamados sus nombres: «¡Son nosotros! ¡Viven en nosotros! ¡Viven entre nosotros! ¡Su espíritu está entre nosotros, su sacrificio, su voluntad nos anima a continuar la lucha!» (en Hartmann, 1998, vol. V, 2: 389-393).

Con la toma del poder en enero de 1933 el culto partidario se elevó a culto de Estado. A partir de entonces, las prácticas recordatorias propias del movimiento serán asumidas por el régimen, con todo el aparato del Estado a su entera disposición. Hasta el comienzo de la guerra, Goebbels acudió puntualmente cada año al cementerio a presentar sus respetos al mártir del movimiento coincidiendo con el aniversario de la muerte o del nacimiento de Wessel, a menudo de ambos [203] . Los actos de recuerdo se centraron en Berlín, pero también discurrieron en otros lugares del país. Según una estimación, solo en 1933 tuvieron lugar 739 actos conmemorativos de su nacimiento y/o muerte (Oertel, 1988: 117 y ss.). La prensa del movimiento se hizo eco puntual de dichas ocasiones con artículos que, sistemáticamente, hiperbolizaban su figura y exhortaban a la *imitatio heroica* de quien sacrificó su vida por la causa. Las fechas relacionadas con la inmolación de Wessel fueron aprovechadas para hacer extensivo el homenaje a otros mártires del movimiento. Así, el domingo 20 de enero de 1935 (el 15 de enero era el aniversario del atentado contra Wessel) fue inaugurado un monumento en el vestíbulo del ayuntamiento de Berlín-Schöneberg con los nombres de los cinco vecinos del distrito miembros de las SA fallecidos en la «lucha por la calle» *(Völkischer Beobachter,* 15-I-1935). Además, entre 1933 y 1941 se transmitió un discurso radiofónico en

su recuerdo; durante el mandato nazi se publicaron no menos de 30 biografías y otras publicaciones hagiográficas sobre Wessel, empezando por la publicada por su hermana (como su madre, afiliada al partido desde finales de 1933), e incluyendo formatos breves y otros adaptados a un público infantil y juvenil [204] ; se rodó una película bajo el título de *Hans Westmar-Einer von vielen,* un trasunto de su vida que se estrenó en diciembre de 1933 después de diversas vicisitudes, menos de un año después de la toma del poder (Oertel, 1988: 147-158; Baird, 1990: 100-102; Loiperdinger, 1991: caps. 2 y 3). Al cumplir un año de antigüedad, los integrantes de la *Brigada Horst Wessel* de las SA de Berlín recibían un brazalete negro que portaban en el antebrazo izquierdo (Cord von Einem, 2011 [1935]: 23; Halcomb, 1985: 190). Junto a la incontable cantidad de bustos, estatuas, cuadros y monumentos distribuidos a lo largo y ancho del país, merece la pena destacar otros lugares de la memoria no materiales, como poemas y canciones en su honor. Incluso el nombre de pila «Horst» gozó de una enorme popularidad durante el Tercer Reich, en particular hasta el descalabro bélico en el frente ruso en 1942 (Casquete, 2016).

El joven SA personificó, al decir de sus apologetas, la imagen más viva del ideal nacionalsocialista de hombre nuevo, «la cara de la Alemania del mañana» *(Der Angriff,* 9-X-1930). En los escritos hagiográficos menudearon los epítetos destinados a engrandecer su aura. Los nazis hiperbolizaron el aforismo clásico según el cual *De mortuis nil nise bene* («De los muertos solo (se puede hablar) bien»), ensalzando sin pudor a Wessel y a todos sus mártires. Algunos de los adjetivos recurrentes en las publicaciones, artículos y discursos desde su asesinato hasta el final del Tercer Reich fueron: desprendido, fiel, trabajador, honesto, sacrificado, valiente, fiable, alegre, persuasivo, obediente, bondadoso, consecuente, visionario, líder natural o fanático [205] . Desde muy temprano se entreveía su excepcionalidad: «En la escuela era el "héroe" de la clase [...] Era el cabecilla» (Reitmann, 1933: 13). Ewers concluyó en su novela: «Si un mozo alemán alguna vez asumió las palabras de Hitler: "¡Olvida todo: posición, profesión, origen; olvida confesión y educación; tan solo no te olvides de Alemania!", ese fue Horst Wessel» (1933 [1932]: 295).

Durante el régimen hitleriano, la apoteosis de su mártir por excelencia quedó grabada en el calendario. En una charla ofrecida por un alto responsable de las SA en Múnich el 23 de febrero de 1939 con ocasión del noveno aniversario de la muerte de Wessel figuran resumidas las virtudes

que su comunidad quería ver personificadas en todo «soldado político», vale decir, en todo hombre nuevo a forjar: «Lealtad, camaradería, obediencia, disciplina y espíritu de sacrificio. Era uno de los que, en su insobornable creencia en la resurrección de nuestro pueblo, estaba dispuesto a ofrecerlo todo. Asesinado de modo cobarde, dio su vida por el movimiento. Sin embargo, el objetivo perseguido por sus enemigos se volvió en su contra. ¡Horst Wessel vive!» [206] . Viktor Lutze, responsable de las SA entre 1934 y 1941, defendió en sus discursos radiofónicos la superioridad moral de Wessel recurriendo al dogma antiilustrado característico del nacionalsocialismo de que hay unos individuos más valiosos que otros: «no era uno más, sino uno de los mejores» (*Völkischer Beobachter* , 26-II-1935). El 23 de febrero de 1940, coincidiendo con el décimo aniversario de su asesinato, Lutze insistió en los rasgos destacados por todos los apologetas de Wessel precedentes en los siguientes términos:

> Este jefe de batallón, que predicó la idea nacionalsocialista, que vivió como trabajador intelectual y manual, como estudiante y obrero; desfiló sin miedo por las calles de Berlín al frente de sus columnas pardas, por las mismas calles que habían estado anteriormente bajo dominio rojo. Ilustró y convenció a muchos de la conveniencia del nacionalsocialismo. Cada vez eran más los que se unían a él. Les arrancaba de sus filas anteriores, les reeducaba de sus enseñanzas comunistas hasta convertirlos en miembros convencidos de las SA, en luchadores por Adolf Hitler *(Völkischer Beobachter,* 23-II-1940).

Las obras de «ficción barata», como califica Luckey (2007; véase asimismo Luckey, 2008: 57-71) al conjunto de la producción hagiográfica de escasa calidad literaria al hilo de Wessel, insistieron una y otra vez en el hecho de que abandonó una vida acomodada y prometedora como vástago que era de la pequeña burguesía con posibilidades de acceso a estudios universitarios para acercarse a las masas trabajadoras, compartiendo su modo y condiciones de vida. El avance de la idea nacionalsocialista solo era posible, aducían, ganándose a los trabajadores, lo cual exigía «erradicar» el marxismo de la vida pública y de las conciencias de los alemanes. Así se explica que trabajase como taxista («Él era el único nazi, el resto eran comunistas, SPD o *Reichsbanner* » —Kullak, 1933: 32—) y como obrero de la construcción en el metro de Berlín.

Su entrega a la causa es otro de los rasgos recurrentemente destacados en este tipo de literatura. Wessel da pie a ello en sus notas autobiográficas: «Cada día iba de un lado para otro, siempre preocupado por el crecimiento de mi unidad de camaradas. Nada suponía demasiado trabajo, ningún

camino era demasiado largo. Los estudios y la familia decayeron hasta la insignificancia» (en I. Wessel, 1934a: 45). Sus denodados esfuerzos rindieron un fruto que no pasó desapercibido en su comunidad. En apenas tres semanas desde que se hiciese cargo de una sección de las SA en el barrio obrero de Friedrichshain el 1 de mayo de 1929 consiguió incrementar sus efectivos desde los 30 hasta los 83 miembros, para pasar a más de 100 poco después (Engelbrechten, 1937: 92; Oertel, 1988: 61). Sus numerosas intervenciones en actos de propaganda (un total de 56 en 1929, según fuentes nazis, lo que le habría convertido en el orador más solicitado de Berlín solo por detrás de Goebbels —I. Wessel, 1934a: 93; Goote, 1934: 40 —) rendían el fruto deseado cuando, al final del acto, algunos de los asistentes se acercaban a él y le decían: «Nos unimos a ti» *(Ibid.* : 95). Muchos de los recién incorporados, los mejores entre ellos, procederían directamente del campo enemigo, de los comunistas (Kelter, 1933: 12).

Wessel habría sido un antisemita íntegro y fiel hasta las últimas consecuencias, resentimiento que siempre cotizaba al alza en el nacionalsocialismo. No está claro que pudiese articular palabra alguna después de recibir un disparo con orificio de entrada por la mandíbula inferior, ni tampoco que fuese capaz de escribir unas líneas en tan dramático momento. Sin embargo, según la reconstrucción póstuma de su asesinato, Wessel habría dejado clara su voluntad en una nota escrita *in situ:* «¡Un médico, pero no el judío Selow!» (Knobloch, 1996: 49; ver también Reitmann, 1933: 28; Goote, 1934: 44). Se refería al doctor Max Selow, residente en las inmediaciones del lugar de los hechos y que le podría haber prestado auxilios de urgencia. Si ello fuese cierto y se hubiesen descartado los cuidados de Selow, por Wessel mismo o por sus camaradas allí congregados a esas alturas, se habría perdido un tiempo precioso en espera del doctor Leonardo Conti, médico de las SA [207] . El médico forense que practicó la autopsia a Wessel redactó un informe según el cual Wessel perdió dos litros de sangre «porque la ayuda médica se demoró sin sentido» (Knobloch, 1996: 58). La aversión nazi a los judíos habría contribuido de forma decisiva al fatal desenlace. En todo caso, se trata de una prueba más de que la historia se reconstruye en función de los intereses de los supervivientes, aunque sea al precio de la veracidad histórica.

Aquellos aspectos de la vida del mártir que pudieran afear su condición inmaculada eran ocultados, cuando no abiertamente tergiversados. Comoquiera que fuese, el objetivo era dejar al mártir listo para su

presentación en sociedad como modelo que condensase la quintaesencia del alemán del futuro. El episodio referido a su novia ilustra este aspecto. Wessel mantenía una relación sentimental desde mediados de 1929 con Erna Jänichen (en ocasiones su apellido aparece escrito como Jänicke), una prostituta que trabajaba en los aledaños de Alexanderplatz, área de actividad del batallón de Wessel. En septiembre de ese mismo año Wessel subarrendó una habitación en el barrio de Friedrichshain y empezaron a convivir. Fue la vivienda en la que encontró la muerte [208] . Goebbels estaba al corriente de la relación desde el principio. Con el objeto de rectificar su rumbo habría enviado a Fiedler a tratar el asunto con Wessel, sin éxito (Baird, 1990: 79-80). En sus diarios Goebbels dio a entender que conocía los pormenores de la vida de Wessel por medio de su madre. Mientras Wessel agonizaba en el hospital, escribió: «Como en una novela de Dostoievski: el idiota, el obrero, la prostituta, la familia burguesa, mala conciencia eterna, tormento eterno» (2005, 2/I: 19-I-1930). El mismo día que Goebbels anotó la entrada en su diario, en el periódico nazi de la capital alguien bajo el seudónimo de *Dax* presentó a Erna Jänichen como una comunista reconvertida gracias al poder de convicción de Wessel *(Der Angriff,* 19-I-1930). Goote, por su parte, se refirió a «una chica proletaria» que habría sacado del «arroyo de la gran ciudad» impulsado por su «humanidad incondicional que nunca preguntaba por el pasado» (1934: 41). Reitmann suscribió esta tesis de la conversión súbita, y se preguntó de forma retórica: «¿Cómo, si no desde el idealismo descomunal, se puede entender este hecho que le enfrentó con sus familiares?» (1933: 28). Quien más se acercó a desvelar su profesión fue Fritz Daum, cuando sostuvo que el suyo era «un espejo de la suerte de miles de jóvenes desempleadas» (1933: 64) [209] .

Las biografías de Ingeborg Wessel sobre su hermano (1933; 1934a) y la crónica de las SA en Berlín de Engelbrechten (1937) ignoran la existencia de una mujer en la vida de Wessel. Tiene su explicación. En la visión nazi de la masculinidad, «el amor por las mujeres y el amor por la patria son antinómicos» (Theweleit, 2000: 40). Tal y como se desprende de su autobiografía política, redactada a los 22 años, Wessel amaba con intensidad a su pueblo, a su patria, a sus camaradas y al combate contra sus enemigos políticos, pero en su mundo las mujeres estaban ausentes. No cita ni en una sola ocasión a su madre o a su hermana, con quienes vivía; no aparece ninguna mujer con nombre y apellido, tan solo «chicas» y «jóvenes

alemanas» anónimas (Gailus y Siemens, 2011: 50). Las mujeres estaban excluidas del universo viril del «soldado político» que era Wessel.

Hay un caso, apenas conocido, de un mártir nazi que ilustra hasta qué extremos su aparato de propaganda intentó capitalizar la muerte de uno de los suyos en circunstancias en absoluto épicas y a partir de un individuo con unas credenciales que, si a alguien podía servir de modelo, era a los delincuentes. Se trata del SA Richard Harwik, ejemplo de refinado póstumo basado en una tergiversación y ocultación manifiestas con el objeto de fabricar un mártir, un modelo de hombre nuevo que habría sacrificado su vida en el altar de la patria. Su caso ilustra la mentira incrustada en el modo que los nazis tenían de contar a sus coetáneos y a la posteridad la inmolación de sus supuestos mártires, pero también resulta expresivo de la confección artera como ciudadano modélico donde había un malhechor o, en cualquier caso, un ciudadano en absoluto ejemplar según cualquier parámetro que pivote sobre la honestidad y la decencia.

Harwik (a veces escrito como Harwick) había nacido en 1883. La noche del 27 de octubre de 1932 mantuvo un enfrentamiento con un comunista en el centro de Berlín, a consecuencia del cual falleció unas horas más tarde. Según el guion reescrito muchas veces, los nazis tenían clara la autoría del acto: judíos y comunistas (Weberstedt y Langner, 1935: 181). La oración política corrió a cargo de Goebbels, quien proclamó al pie de su tumba: «Enterramos a un soldado. Un soldado de la gran guerra, un soldado en la lucha por la autodefensa en la Alta Silesia y un soldado de nuestro Führer Adolf Hitler. El mismo pueblo alemán por el que tantas veces has luchado y sufrido, también por el que finalmente has ofrecido la vida, está presente ante tu tumba» *(Vossische Zeitung,* 4-XI-1932; edición matinal; asimismo, *Der Angriff,* 3-XI-1932). De acuerdo con el molde nazi, su muerte fue estilizada como sacrificial y adaptada al registro cultual típico en estos casos: «sangre sagrada» derramada en aras del «futuro de la patria». La lápida de su tumba fue grabada con la siguiente inscripción: «Caído en la lucha por el honor de Alemania» (Englebrechten y Volz, 1937: 177).

¿Tuvo Harwik realmente un comportamiento épico coronado con la muerte?

Se mire por donde se mire, la trayectoria vital de Harwik se puede dibujar de cualquier modo menos como digna de émula. Pocos días después de su muerte, el 4 noviembre, el periódico *Vossische Zeitung* (el más antiguo de la capital, de orientación liberal, de carácter independiente y uno

de los medios más respetados del país) publicó un artículo titulado «El "mártir". Historia del hombre de las SA Richard Harwik». En él se facilitaba una serie de informaciones sobre el finado que ponían en entredicho su ejemplaridad. Harwik, a quien se califica sin rodeos de «peligroso delincuente», había sido condenado a varios años de prisión por robo y agresión graves. No pudo ser un «soldado de la Gran Guerra», sencillamente porque su historial penitenciario le excluía del ejército. Con todo, consiguió alistarse en el ejército con papeles falsos, para más tarde desertar «en cuanto escuchó los primeros disparos». El redactor de la noticia, sin firma, arrojaba sombras de duda respecto al bando en el que Harwik luchó en la Alta Silesia tras la guerra, preguntándose, no sin carga irónica, si acaso se trataba del mismo Harwik que combatió como insurgente polaco en ese territorio, entonces todavía bajo dominio alemán. Ni siquiera su muerte cumplía los requisitos mínimos de la épica. En una noche de borrachera se enzarzó en una discusión con un vigilante del *Circo Busch* , que resultó ser comunista. Los dos habían bebido demasiado. Uno gritó ¡Heil Hitler!, el otro ¡Heil *Moscú!* El primero recurrió a su bicicleta como ariete, a lo que el segundo replicó con un puñetazo que dio con el nazi en el suelo, con tan mala fortuna que en la caída se golpeó mortalmente en la nuca. La policía determinó que se trató de un desgraciado accidente tras una pelea entre dos individuos que habían bebido demasiado, pero no de un delito premeditado. Los jueces dejaron en libertad al empleado del circo, alegando que había actuado en legítima defensa.

Unos días más tarde de la publicación de la noticia, la redacción del periódico recibió una nota de protesta de la viuda de Harwik en la que negaba la mayor y desmentía todos los extremos recogidos en la información. La réplica del periódico no se hizo esperar. Al cabo de unos días publicó una relación detallada del historial criminal de Harwik, con las siguientes evidencias: en 1899, con 16 años, fue condenado a seis meses de cárcel por robo; en 1904, a cinco años de cárcel y a diez años de «deshonor» y expulsión el ejército por robo grave, reincidencia en robo menor y deserción; en 1913 recibió otra condena de cinco meses de prisión por robo reincidente; en 1917, nueve meses de prisión por desfalco; en 1919, otros ocho meses de prisión por delitos varios cometidos en la Alta Silesia, tales como desobediencia y resistencia a la autoridad; en 1924 recibió una multa de 10.000 marcos por extorsión; y seguían una serie de condenas posteriores por delitos graves, incluidas condenas dictadas por

tribunales polacos. La reproducción del historial delictivo de Harwik concluía de forma asertiva: «Este era el SA Richard Harwik, celebrado por el Dr. Goebbels como un héroe nacional alemán» *(Vossische Zeitung,* 8-XI-1932; edición matinal).

El tercer y último caso que trataremos para ilustrar el tracto del pulido póstumo es el de Hans Maikowski. Maikowski, de 25 años en el momento de su muerte, era desde febrero de 1931 responsable de la Tropa de Asalto 33, tristemente célebre en la capital por su brutalidad y conocida entre sus detractores como la «Sección de asesinos 33». «Cuando el Sturm 33 salía a dar una vuelta por Berlín por la tarde, dejaba tras de sí en la calle un rastro de cráneos golpeados», escribió en sus memorias la periodista Gabriele Tergit (2018 [1983]: 81). Jan Petersen (pseudónimo de Hans Schwalm), escritor comunista que consiguió huir de Alemania poco después del ascenso nazi al poder y residente en la calle donde discurrieron los hechos que desembocaron en la muerte de Maikowski, publicó en Suiza una crónica novelada de lo allí acontecido en el estadio final de la república. El libro lo encabezaba una lista con los nombres de todos los comunistas asesinados a manos de la Tropa de Asalto 33: 15 en total (2013 [1936]: 13-14) [210] .

Maikowski se hizo cargo de la Tropa 33 después de que su predecesor, Friedrich (Fritz) Hahn, un empleado de banca nacido en 1907 que fue su responsable desde marzo de 1928, pusiese rumbo a Holanda huyendo de la persecución policial y judicial. Cada responsable de una tropa de asalto era considerado como una especie de «elegido» para aleccionar a sus integrantes en los principios del movimiento. «El líder de una tropa de asalto —recoge un documento directriz de las SA fechado en noviembre de 1926— es una de las figuras más decisivas y con mayor responsabilidad en las SA. Es la instancia más elevada [de la estructura de las SA. Nota: J. C.] en la que se puede mantener una relación estrecha con cada hombre […] A través de cada líder de una tropa de asalto fluyen en grado especial de arriba abajo las tareas y órdenes». Con el objeto de reforzar esa relación del líder de tropa con sus hombres, este tenía que visitar al menos en una ocasión la vivienda de todo subordinado [211] . Otro documento coetáneo añadía: «El líder de las SA ha de ser todo un hombre, con personalidad, que debe dar ejemplo a sus subordinados ofreciendo un modelo en el servicio y fuera de él» [212] .

El historial de servicios de Maikowski a la «Idea» era extenso. En 1925, en un momento en que las SA estaban prohibidas en Prusia, se vinculó a una organización pantalla suya, la *Frontbann* . La crónica oficial de su batallón, publicada originalmente en 1933, asegura que Maikowski fue uno de los 300 hombres de las SA que en febrero de 1927 «expulsaron» de la sala Pharus en Berlín-Wedding a 2.000 comunistas (Sturm 33, 1938 [1933]: 53). Al menos en esa ocasión no hubo víctimas mortales que lamentar, no así pocos años más tarde. En el marco de su ejercicio sistemático de la provocación, el 9 de diciembre de 1931 los SA de la Tropa 33 decidieron desfilar por diversas calles de su distrito de Charlottenburg y finalizar en un local donde en esos momentos se hallaban reunidos unos 80 comunistas. En la refriega subsiguiente resonaron disparos. Procedían de la pistola de Maikowski. Tres comunistas resultaron heridos, uno de ellos, Walter Kusche, de carácter mortal. Maikowski huyó al extranjero. Acabó siendo detenido a su regreso y encarcelado de forma provisional en octubre de 1932. Recobró la libertad el 24 de diciembre siguiente en virtud de una amnistía decretada por el gobierno del país las Navidades de ese mismo año.

No tuvo tiempo de disfrutarla, porque «cayó en el umbral de la nueva Alemania» (Goote, 1934: 58). La noche del 30 de enero de 1933, secundado por unos 100 hombres de su batallón tras el desfile de antorchas en la Puerta de Brandeburgo para celebrar el nombramiento de Hitler como canciller, se encaminó a su barrio en Charlottenburg para continuar con la celebración del histórico acontecimiento, aquello por lo que habían pugnado con denuedo desde hacía años y, de paso, para dejar claro al vecindario en primera instancia, y al mundo en última, quién era a partir de ese instante el nuevo dueño de las calles y del Estado en Alemania. En su recorrido no podía faltar el desafío a los comunistas, ahora sumado a la humillación: llegados a su barrio, pasaron en formación militar en columnas de a tres delante de varios conocidos locales comunistas, hasta que estallaron los primeros incidentes violentos. Allí fue tiroteado el «probado y leal luchador» Maikowski una hora más tarde, a las 23:35, a la par que Josef Zauritz, un policía que acompañaba a los nazis en tareas de vigilancia. Ambos cayeron abatidos en una calle considerada por la policía como un «bastión comunista que había de ser defendido con todas las fuerzas disponibles ante la entrada o intento de conquista por parte de enemigos políticos». Se trató de las primeras víctimas mortales de la violencia política

tras la toma nazi del poder, apenas unas horas después de haberse hecho efectivo. Varias personas más resultaron heridas de bala. A partir de los interrogatorios practicados en las diligencias previas, la policía se refirió a un total de 60, 80 o incluso más disparos de bala [213] .

Si la policía albergaba dudas sobre la autoría material, la propaganda del régimen no tuvo ninguna: Maikowski resultó abatido por una bala de los «rojos asesinos» (Sturm 33, 1938 [1933]: 72; *Völkischer Beobachter* , 1-II-1933). Un total de 53 supuestos comunistas, 50 varones y tres mujeres, fueron acusados de estar relacionados con su muerte en distintos grados de colaboración, aunque ninguno por ser el autor material de los asesinatos. Otros presuntos implicados consiguieron huir antes de ser detenidos. Ningún nazi fue procesado por los seis heridos de bala que se produjeron en las filas de los comunistas; así procedía la legalidad recién instituida, y esa habría de ser la tónica hasta el final del Tercer Reich. Por implicados el tribunal entendió aquellas personas presentes en el incidente y que colaboraron física o intelectualmente en él. De los acusados, 52 fueron condenados a penas de prisión comprendidas entre los seis meses y los diez años; otra persona fue exculpada.

La sentencia recogió que la evidencia disponible no permitía esclarecer quién efectuó los primeros disparos, puesto que tanto nazis como comunistas lo hicieron. Sin embargo, la policía secreta, la Gestapo, tenía la certeza al menos desde julio de 1933 de que en realidad el autor de los disparos fue un correligionario de Maikowski en las SA apellidado Buske. Los tres testigos que le señalaron como el autor de los disparos habían permanecido en silencio durante esos meses «para no perjudicar al movimiento», según se recoge en un documento oficial del 18 de febrero de 1943 (en Sauer, 2006: 140). Al menos dos de ellos eran correligionarios suyos en la Tropa 33: Fritz Hahn, antiguo responsable de esa misma unidad de las SA, figurante en la tabla de honor de los heridos del batallón y con un mes y medio de pena de prisión provisional a sus espaldas, y Karl Deh, asimismo con una condena de cinco meses de prisión provisional en su historial penitenciario por su implicación en la muerte de Kusche (Sturm 33, 1938 [1933]: 10-11). Ninguno de ellos era sospechoso de arrojar sombras de duda sobre la autoría intelectual y material de la muerte de Maikowski. Por su parte, los comunistas conocían desde el primer momento la verdad sobre el caso. En su crónica, Petersen no dejó lugar a dudas de

que fueron balas amigas las que acabaron con Maikowski (2013 [1936]: 53 y ss.).

El funeral de Maikowski (y del católico Zauritz) fue oficiado el domingo 5 de febrero en la catedral evangélica de la capital con el concurso de los principales líderes del movimiento, ya erigido en régimen: Hitler, Goebbels y Göring. Con carácter previo, el 1 de febrero, la dirección del NSDAP solicitó un doble permiso al colegio de la catedral de Berlín. El primero, que las capillas ardientes de los dos interfectos fuesen expuestas la víspera del funeral entre las 10:00 de la mañana y las 18:00 de la tarde para que «la población de Berlín les mostrase su último honor»; la guardia de honor correría a cargo de las SA y de los DC. Y segundo, que el funeral discurriese al día siguiente a las 13:00; las capillas ardientes estarían ubicadas junto al altar, custodiadas por delegaciones de las SA, las SS y los Stahlhelm; el encargado de la ceremonia sería Joachim Hossenfelder, fundador de los Cristianos Alemanes (Casquete, 2017: 181-196); el traslado de los restos mortales al cementerio de Luisenstadt daría comienzo a las 13:45 [214] . El colegio catedralicio aprobó la segunda propuesta (aunque el cuerpo no fue efectivamente trasladado al cementerio de Luisenstadt, tal y como proponían), pero desestimó la primera por lo extraordinario de su carácter en la Iglesia protestante: en realidad, la catedral solo contaba con un precedente similar, el del emperador Guillermo en 1888 *(8-Uhr-Blatt,* 4-II-1933). Al interior del recinto religioso solo pudieron acceder aquellas personas en posesión de un pase especial *(Der Angriff,* 4-II-1933). Una banda de la policía interpretó música funeraria de Beethoven y *El buen camarada* [215] . El funeral fue transmitido por radio y, según algunas estimaciones interesadas, participaron en él unos 40.000 nazis y miembros de la *Stahlhelm* , todos uniformados, congregados en el jardín de Lustgarten, junto a la catedral. Cuando el cuerpo fue sacado del recinto religioso, un avión sobrevolando en círculos arrojó flores. La comitiva mortuoria se dirigió por Unter den Linden y Friedrichstrasse al cementerio de Los Inválidos, donde Maikowski iba a reposar junto a grandes generales del siglo XIX como Scharnhorst, Gneisenau y Moltke. Los encargados del último responso en el cementerio fueron Goebbels y Walter Hoff, párroco en Charlottenburg de una de las congregaciones más numerosas de la ciudad, con 50.000 almas [216] . El funeral en la catedral berlinesa fue el primer funeral de Estado oficiado en el nuevo régimen.

En un clima de violencia envenenado y revanchista, la muerte de Maikowski fue la razón inmediata de la muerte de al menos otra persona en Charlottenburg. Al filo de la medianoche del 2 de febrero, Paul Schulz recibió un total de siete navajazos por parte de un individuo que vestía un chaleco de color marrón y una gorra con el número 33 [217] . No se tiene noticia del agresor, quizás porque nadie se preocupó de buscarlo. Al fin y al cabo, lo que los nazis habían hecho transgrediendo la ley iba a adquirir carta de naturaleza a partir de entonces.

El SPD dispuso entre 1902 y 1921 de una «Casa del pueblo» *(Volkshaus)* en Charlottenburg, con un salón de actos con capacidad para 1.200 personas. Debido a su pasado ligado al movimiento obrero, en febrero de 1933 los nacionalsocialistas ocuparon el edificio y lo rebautizaron como Edificio Maikowski. Para celebrar su triunfo, quemaron el mobiliario y los libros del SPD. Durante al menos los diez meses entre abril de 1933 y enero de 1934 sirvió como lugar de detención y maltrato de enemigos políticos (Mayer-von Götz, 2008: 69-73). En esas mismas fechas, y con motivo de la inauguración en agosto de 1933 de una lápida en honor de Maikowski, Goebbels abrió su discurso diciendo que «Una nación se honra a sí misma cuando honra a sus muertos», y añadió que desde el mismo momento de su muerte eran conscientes de que esta «pasaría a la historia simbólica de la lucha por la nueva Alemania»; por eso mismo «el nombre de nuestro responsable muerto brilla en las SA como un símbolo» *(Der Angriff,* 21-VIII-1933).

4.3. La muerte domesticada

El ser humano es la única criatura sobre la faz de la tierra plenamente consciente de lo irreversible de su final, «un animal que espera y es capaz de anticipar la muerte» (Köhler, 2018: 14). Los orígenes de la cultura humana se cifran precisamente en la conciencia de la muerte (Elias, 1991; Assmann, 2000; Assmann, 2005). Aunque comparte con los animales hechos biológicos inescapables como el nacimiento, la juventud, la enfermedad y la muerte, únicamente el ser humano *sabe* que la vida discurre en fases con la muerte como final necesario; *mors certa, hora incerta* [218] . Precisamente porque conoce su fin, aunque no el momento, el ser humano adopta todas las medidas posibles según los recursos

económicos y científicos disponibles en un estadio civilizatorio dado para protegerse de la eventualidad de su desaparición.

El nacionalsocialismo enriqueció esta certidumbre común al género humano con una cláusula destinada a sus más fervientes seguidores. Ellos, quienes más tarde habrían de ser elevados a los altares del culto nacional y expuestos públicamente como modelo del hombre nuevo, fueron conscientes desde el comienzo de su compromiso del *cómo* (potencial) de su muerte. La versión alemana del totalitarismo socializó a sus miembros en la idea de que la eventualidad de la muerte podría ser consecuencia de la confrontación violenta en la lucha por las calles con los exponentes del movimiento obrero. Quien se sumase a las filas nazis tenía que dar por descontado que la posibilidad de un deceso violento era algo más que una anécdota estadística. La defensa intransigente de la causa del Führer era merecedora del acto sacrificial más elevado. Como escribió Ernst Jünger, un autor en quien los nazis encontraron una inagotable fuente de inspiración pese a no participar *strictu sensu* de su cosmovisión, «una característica de una prestación elevada es que la vida sea capaz de distanciarse de sí misma, o, dicho con otras palabras, de sacrificarse. Eso *no* ocurre en ninguno de los sitios donde la vida se reconoce a sí misma como el valor normativo y no se contempla meramente como un puesto avanzado» (1995 [1934]: 58. Énfasis en el original).

La reconstrucción de los mártires nazis a partir de publicaciones y discursos en contextos diversos (mítines, actos funerarios, etc.) trasluce que los interfectos estaban avisados y eran conscientes de que abrazar la causa hitleriana podía precipitar el momento de la muerte, adelantarla a su decurso natural.

Nadie en Alemania, ni siquiera cuando el movimiento balbuceaba, pudo alegar desconocimiento de esta cláusula. El programa del NSDAP de febrero de 1920 (en Casquete, 2017: 249-252) concluía del siguiente modo: «Los responsables del partido juran consagrarse sin desmayo y, si fuera necesario, sacrificar su vida para lograr el cumplimiento de los puntos precedentes». Se trató de una constante a lo largo de la historia de las fuerzas de choque nazis durante la República de Weimar. El contrato de adhesión que firmaban los integrantes de las SA en Baviera en la década de 1920 concluía en su último punto: «Por último, prometo que si en un momento de necesidad depende de mí la reputación del Führer, me mostraré dispuesto a servir con cuerpo y alma al movimiento, en cuyo sagrado futuro

para mi pueblo creo y con el que me identifico orgulloso» [219] . Es de nuevo Jünger quien exaltó de forma solapada al hombre nuevo surgido de las trincheras de la Gran Guerra, aunque no se nos escapará el trasfondo del momento en que lo escribe, 1930, con los «soldados políticos» de las SA batiéndose a muerte en una guerra civil latente contra el marxismo: «Una juventud que clama por las armas —una juventud tan ardiente, tan entusiasta, tan ávida de muerte como apenas ha habido otra en toda nuestra historia» (1995: 111-112) [220] .

La propaganda nazi presentó a sus mártires como si hubiesen conseguido domeñar el miedo a la muerte. No solo habían aprobado con holgura el primer desafío al que se enfrenta todo ser humano, según Carlyle, que era el de dominar al miedo abstracto (1966: 29); habían vencido al miedo más ancestral y arquetípico de todos, que es el miedo a la muerte. Así pues, en la medida que estaban avisados y aceptaban gustosos los designios de la fortuna, diremos que la suya era una *muerte domesticada* [221] .

Una persona no nace mártir, sino que una comunidad de sentido y de memoria *la hace* mártir. No es una condición impresa en el código genético del ser humano, sino el producto de una construcción por parte de un grupo social interesado en rememorar a alguien de forma gloriosa. Dando la vuelta a Axel Michaels, para quien «los muertos están efectivamente muertos cuando los supervivientes los dejan "morir"» (2005: 11), podríamos decir que los mártires son tales cuando una comunidad de memoria determinada los glorifica y eleva al altar nacional, lo cual implica como correlato que pierden su condición tan pronto esa misma comunidad deja de perpetuar su memoria y los relega al olvido.

La exaltación de los caídos por la patria no fue ninguna innovación nazi ni práctica privativa suya; formaba parte del bagaje cultural de la nación alemana. A partir de finales del siglo XVIII se fue extendiendo por toda Europa la práctica de recordar a los soldados caídos con el fin de dotar de sentido a su muerte; en la medida que la práctica mnemónica trascendía las fronteras de lo privado y vinculaba al ciudadano individual con la suerte colectiva, se trataba de un acto eminentemente político. En Alemania dicho momento arrancó con las guerras contra la ocupación napoleónica de 1813-1815 (Hettling y Echternkamp, 2013). Según la lógica del desastre productivo, la inmolación por la patria —por decirlo con el poeta israelí Nathan Alterman— sirvió en «bandeja de plata» la fundación de la nación

(Azaryahu, 2013: 254). Como pronunció en 1863 Abraham Lincoln, la resignificación de los caídos por la patria subrayaba el hecho de que dieron «sus vidas para que la nación pueda vivir» [222] . A lo largo de la historia se había ido forjando una especie de *ars moriendi* canónico por la patria, con la supeditación del individuo a los intereses comunitarios como eje vertebrador. El vector conductor de este particular tratado del bien morir era la disposición sacrificial.

A continuación desarrollaremos esta idea a partir de publicaciones nazis de la época. De nuevo el caso de Wessel, por la disponibilidad de fuentes para el análisis y por su trascendencia, gozará de un protagonismo especial, si bien no exclusivo: también incorporaremos otros ejemplos que ilustran que se trataba de un patrón, y no tanto de una aplicación circunstancial a un mártir concreto.

Las notas autobiográficas que nos han llegado dejan bien a las claras que Wessel había interiorizado a la perfección el imperativo épico exigido de sus militantes por el movimiento. Poco después de afiliarse al partido en diciembre de 1926 con el número 48.434, Wessel escribió: «He servido al partido con energía y entusiasmo. Ningún sacrificio de tiempo, dinero, ningún peligro, arresto o pelea podía retraerme. Entraba en materia rápido y a fondo» (en Oertel, 1988: 58 y ss.). En 1929 anotó en su autobiografía política: «Cuando se era testigo del espíritu de sacrificio de los camaradas de partido, uno se empapaba de nuevo brío, de una fe renovada en el futuro en medio del desconsuelo de estos días» (en I. Wessel, 1934a: 67). Apreciar a un elevado compromiso por parte de sus correligionarios le sirvió para insuflarle nuevos bríos y corresponder con la misma moneda.

Por lo que supuso de innovación en el repertorio simbólico nazi, merece la pena subrayar una práctica cultural que ilustra este vector de la muerte domesticada. Hasta 1933, en las filas de las SA fue habitual la interpretación de piezas musicales compuestas por sus integrantes, que denominaban «canciones de lucha» (Broderick y Klein, 1999: 63). Estas canciones eran un instrumento político que cumplía una triple función: cohesionar a las filas propias, intimidar a las enemigas y ganar nuevos adeptos transmitiendo una imagen de valentía, virilidad y resolución. Hans Bajer, compilador del primer libro de canciones nazis en 1932, destacó la relevancia que tuvo la música en la «lucha por la calle», y ello en dos dimensiones. Por un lado, *ad extra:* «El medio de propaganda más eficaz de las SA fue la canción de lucha. Cuando en una de sus numerosas marchas

de propaganda una tropa avanzaba cantando por un distrito “rojo” o se trasladaba un domingo a un pueblo o aldea, todo el pueblo caía bajo el hechizo de las columnas pardas ávidas de cantar» (1939: 586). O, según el mismo autor: «El mero acto de presencia disciplinada de los luchadores pardos marchando en su pose orgullosa con sus ojos brillantes tenía un impacto mayor para el movimiento que todo el material de propaganda repartido en una ocasión tal» *(Ibid.* : 586-587). Pero también *ad intra:* «de cada canción recién cantada obteníamos una y otra vez nuevo ardor y fuerza interior» (1936a: 26). Por esa doble virtualidad de la música en la «lucha por la calle», sostiene Bajer, la historia de las canciones de las SA era un trozo significativo de la historia del nazismo (1936b: 170). Por supuesto, entre las canciones incluidas en el libro no se encontraba ninguna cuya letra o música fuese obra de judíos: «Mi sentimiento racial nórdico-germánico me daba la medida para que no fuese incorporado ningún estilo del canto ajeno a nuestro pueblo y a nuestra estirpe» (1936a: 27).

Wessel comprendió la importancia de la música como factor movilizador e integrador al servicio de la lucha política. Si los marxistas tenían *La Internacional,* razonó, el movimiento emergente también debería de contar con su propio himno (en I. Wessel, 1934a: 153). «No discurría una sola tarde de reunión de tropa —escribió un hagiógrafo suyo— en que no ensayase una nueva canción con sus camaradas. En Berlín era sabido que su unidad era la que más canciones de lucha conocía, además las más bonitas» (Bajer, 1939: 587). Con tal vocación, Wessel compuso varias canciones y poemas con el patriotismo como hilo conductor. Una de ellas hizo historia. Se trata de *Die Fahne hoch!* («¡Izad las banderas!»), tras su muerte transformada en canción e himno del NSDAP y conocida como «Canción de Horst Wessel» *(Horst-Wessel-Lied):* «uno de los santuarios del movimiento del nuevo Reich es nuestra canción de Horst Wessel […] que se ha erigido en el primer y único cántico del movimiento» [223] . No se sabe con certeza cuándo la compuso, pero parece que sus acordes sonaron por primera vez en las calles de Berlín el 26 de mayo de 1929. A partir de ahí, pero sobre todo después de su muerte, el himno se extendió entre los batallones de las SA de la capital, que lo utilizaron en sus desfiles por los enclaves rojos para elevar la moral de las filas propias y como elemento propagandístico y provocador del enemigo (Broderick, 1995; Nickisch, 1999; Jones, 2007; Siemens, 2009: 81 y ss., 132-133).

La hagiografía nazi sostiene que la canción fue compuesta por Wessel en marzo de 1929. El 23 de septiembre siguiente apareció publicada en *Der Angriff* . El 7 de febrero de 1930, mientras Wessel luchaba infructuosamente en el hospital por recuperarse de sus heridas, sus correligionarios celebraron un acto de masas en el Palacio de Deportes de Berlín en el que oficiaron de oradores Goebbels y Göring, con una asistencia estimada de entre 12.000 y 15.000 personas. El informe policial recoge que la canción de Horst Wessel puso fin al acto [224] .

La letra de la canción es la siguiente [225] :

Die Fahne hoch! Die Reihen dicht geschlossen! SA marschiert, mit ruhig festem Schritt. Kameraden, die Rotfront und Reaktion erschossen, Marschier'n im Geist in unsern Reihen mit.	¡Altas las banderas! ¡Prietas las filas! Las Tropas de Asalto marchan, con paso decidido y sereno. Camaradas abatidos por el Frente Rojo y la reacción, en espíritu marchan, en nuestra formación.
Die Straße frei den braunen Bataillonen! Die Straße frei dem Sturmabteilungsmann! Es schauen aufs Hakenkreuz voll Hoffnung schon Millionen. Der Tag für Freiheit und für Brot bricht an.	¡La calle libre para los batallones pardos! ¡La calle libre para los hombres de las Tropas de Asalto! Millones contemplan llenos de esperanza la esvástica. El día de la libertad y el pan se abre paso.
Zum letzten Mal wird Sturmalarm geblasen! Zum Kampfe steh'n wir schon bereit. Bald flattern Hitlerfahnen über allen Straßen, die Knechtschaft dauert nur noch kurze Zeit.	¡Por última vez resuena la llamada de lucha! ¡Todos estamos listos para la lucha! Pronto ondearán las banderas de Hitler en cada calle, ¡la esclavitud no va a durar mucho más! [226] .

Fuente: Hans Bajer (ed.), 1935 (29.ª ed.). *Liederbuch der Nationalsozialistischen Deutschen Arbeiterpartei* . Múnich: Eher.

La canción abría el «Libro de canciones del NSDAP» (Bajer, 1935) [227] . En su discurso fúnebre ante la tumba de Wessel, Goebbels profetizó que en diez años los niños la cantarían en las escuelas, los trabajadores en las fábricas, los soldados en los caminos *(Der Angriff,* 27-II-1930). Lo fio demasiado largo. No pasaron ni tres años hasta que las cuatro estrofas de la canción se convirtieron en la práctica en el segundo himno nacional alemán, después del *Deutschlandslied* . Bajo el dominio hitleriano se institucionalizó la costumbre de interpretarla, brazo derecho en alto, inmediatamente después del *Deutschlandslied* [228] . Incluso sirvió de toque de diana en los albergues juveniles, con retratos gigantes de Hitler en las habitaciones y esvásticas colgando de las ventanas (Guérin, 1994: 93).

La faceta de Wessel como compositor de canciones deja bien a las claras la interiorización y asunción del peligro de muerte como actitud consustancial a la actividad militante por la «Idea». *Die Fahne hoch!* no fue la única canción que compuso Wessel. Hay otras piezas suyas, todas ellas adaptaciones de canciones de reservistas, populares y *Bänkenlieder* (literalmente, «canciones de banco»), que dan fe de su esfuerzo por socializar a los miembros de las SA mediante la música en la eventualidad del destino fatal. Las tres composiciones que referiremos a continuación, junto con *Die Fahne hoch!* , constituyen todo el cancionero conocido de Wessel. El hecho de que en todas ellas figuren alusiones expresas a la entrega por la causa hasta sus últimas consecuencias ilustra este rasgo que venimos subrayando de la vocación pedagógica del martirio, en este caso vehiculado a través de la música.

La primera de las canciones fue compuesta en enero de 1929, y lleva por título «Camaradas, hacedla resonar» *(Kam'raden, lasst erschallen).* Al cabo se convertiría en el himno del Batallón 5 de las SA en Berlín, liderado por Wessel. Su estrofa final reza: «Aunque brote sangre roja de nuestra herida candente / sí, moriremos como seguidores de Hitler del quinto batallón de Berlín» (en Bajer, 1935: 24). La segunda melodía lleva por título «Batallón de asalto Edelweiss» (*Sturmabteilung vom Edelweiss*), o simplemente *Edelweiss* [229] , y sostiene en su segunda estrofa de una manera un tanto elíptica a la par que diáfana en el contexto guerracivilista de la época: «Luchamos contra el Berlín rojo. / Se han reído de nosotros, nos han escupido. / Sea como fuere, el batallón Edelweiss del regimiento pardo de Hitler conoce el precio». E insiste en su última estrofa: «Así el rojo intenso

de la mañana como el rosado de la nieve. / Hermanos del alma, ¡un último adiós! / El batallón Edelweiss del regimiento pardo de Hitler sabe pagar el precio de la muerte por la victoria» *(Ibid.* : 31; Reitmann, 1933: 40). En tercer lugar, la canción «Portamos en nuestro uniforme pardo...» *(Wir tragen an unserm braunen Kleid* ...) arranca con la declaración de una disposición martirial inequívoca: «Portamos en el cuello de nuestro uniforme pardo el número 5 de nuestro batallón / Llegado el momento, siempre dispuestos a ofrecer la vida por Alemania» (Ewers, 1932: 63-64; Kullak, 1933: 24; Reitmann, 1933: 39).

Componer canciones no fue la única innovación musical atribuida a Wessel. En agosto de 1929 se habría encargado de organizar una *Schalmeienkapelle,* una banda musical de caramillos. Detrás se escondía la pretensión de provocar a comunistas y socialistas, con cuyos movimientos estaban indisociablemente ligadas este tipo de formaciones musicales. De hecho, la banda fundada por Wessel fue, no la pionera en el panorama nazi berlinés, como sostiene su literatura apologética, pero sí una de las primeras (Schuster, 2005: 167-168). Así pues, en el terreno musical la vocación de Wessel pasaba por el recurso innovador a todos los medios disponibles, también los simbólicos, para la movilización de las masas y su confrontación directa en la calle con el enemigo internacionalista.

Horst no fue el único miembro de la familia Wessel entregado a componer canciones patrióticas que destilaban espíritu sacrificial por la causa nacionalsocialista. Su hermano Werner, fallecido poco antes que Horst de forma accidental cuando esquiaba con un grupo de las SA, compuso al menos otra canción con la domesticación de la muerte como piedra de toque. Llevaba el título de «El pequeño tambor» *(Der kleine Tambour),* y era el himno del Estandarte 4 de las SA en Berlín. En su tercera estrofa decía: «¡Vencidos no volveremos al hogar / ante el enemigo no nos arredramos! / ¡Luchamos por la tierra alemana / morimos por Adolf Hitler!» (en Bajer, 1935: 13).

Goebbels supo apreciar muy pronto el valor de la muerte como instrumento para movilizar a las masas. Este énfasis fue una constante de su actividad propagandística. Una de las expresiones más nítidas del valor que concedía a la inmolación para avanzar en la construcción de un nuevo orden lo hallamos en un artículo publicado en 1929 bajo el título de «Ofrenda de la vida». La defensa incondicional e intransigente («fanática») de sus ideas era, según Goebbels, el rasgo que diferenciaba a los partidos parlamentarios

de los revolucionarios. Los últimos no estaban dispuestos a que «sus ideas también sean válidas; quieren hacer de ellas el único principio determinante de la vida del Estado», aun cuando para ello fuese necesario «pagar el máximo precio que el ser humano en este mundo puede colocar en el platillo de la balanza al tomar una decisión: jugarse la vida». La disposición a sacrificar la vida era, pues, el baremo definitivo para ponderar la sinceridad del compromiso. Porque la muerte es amarga, prosigue Goebbels, la vida solo merece ser ofrecida sin temor ni contradicciones cuando en el horizonte figura un objetivo deseable: «El valedor responsable de una causa es aquel que antepone su vida»; «Las ideas y los Estados descansan en la disposición a la muerte de sus portadores» *(Der Angriff,* 19-IV-1929).

Tras la muerte de Wessel (o, por mejor decirlo, de «lo que en él era mortal», puesto que todavía «desfila con nosotros»; *Der Angriff,* 27-II-1930) [230] , Goebbels insistió de forma recurrente en el efecto educativo difuso de la disposición martirial de un activista de las SA que, con su ejemplo de bien morir, señaló a toda su comunidad política el camino a seguir, vale decir, sirvió de espejo al hombre nuevo del futuro: «Un hombre joven que muestra al movimiento cómo se puede morir y, si es necesario, cómo se debe morir». Ni su sangre ni la del resto de caídos del movimiento había sido derramada en vano; se convertiría en «semilla a raudales», porque «murieron [los mártires. Nota: J. C.] para que nosotros vivamos» *(Der Angriff,* 9-X-1930). Tres años después de redactar el epitafio en estos términos, y coincidiendo con la fecha del cumpleaños de Wessel, Goebbels pronunció un discurso en el que declaró que «[Wessel] era consciente de la amargura de la muerte, pero la asumió, porque era necesario para Alemania y para el pueblo alemán» (en Heiber, 1991: 128). Sus epígonos no se saldrán de la senda trazada por el guionista principal del movimiento cuando de glorificar a sus mártires se tratase. En el marco de la euforia reinante tras la toma del poder, un artículo sin firma se refirió a Wessel en los siguientes términos, con el abuso exclamatorio característico de los escritos y discursos nazis: «¡Su sacrificio fue la antorcha de la revolución alemana! ¡Gracias a su heroica muerte ganaremos la nación, para no volver a perderla nunca más!» (*Der SA-Mann* , 18-II-1933). Dos años más tarde, en uno de sus discursos radiofónicos rituales con motivo del aniversario del nacimiento de Wessel, Viktor Lutze, entonces máximo responsable de las SA, se refirió al joven mártir como la «herida abierta en la carne del

marxismo», al tiempo que animó a sus militantes y seguidores a seguir su modelo y a «sacrificarse por Alemania y, llegado el caso, a morir por Alemania» *(Völkischer Beobachter,* 26-II-1935).

En las hagiografías de la época era corriente trazar paralelismos entre Wessel y el objeto maestro del troquel martirial en el cristianismo, es decir, Jesucristo, el primero en esa tradición religiosa en derramar su sangre por la causa sagrada. Goebbels se refirió al primero como un «cristosocialista» [231] que, cual «predicador en el desierto» con el ejemplo de sus hechos, apelaba a sus interlocutores con las palabras: «Venid a mí, quiero redimiros», aunque el precio sea, como le ocurrió a Wessel, «beber hasta el fondo el cáliz del dolor» *(Der Angriff,* 6-III-1930) [232] .

Un ejemplo concreto del desafío cotidiano a la muerte de Wessel en el agitado clima berlinés de finales de la década de 1920 lo proporciona el testimonio reconstruido por Erwin Reitmann, un correligionario de batallón de Wessel. Narra un episodio, uno entre tantos, en los que Wessel irrumpió secundado por varios camaradas en un local frecuentado por comunistas para advertirles de las consecuencias que podía acarrearles si continuaban con su labor de acoso: «Desde hace años los asesinos comunistas aterrorizan en este distrito a sus habitantes decentes. Estáis advertidos de atacar a trabajadores nacionalsocialistas. De lo contrario os haremos sentir los puños de obreros alemanes. Como tenga lugar otro ataque, ¡que Dios se apiade de vosotros! ¡Ojo por ojo y diente por diente!». A este tipo de actividades, a las que Wessel se dedicaba en cuanto tenía «tiempo y oportunidad», Reitmann se refiere eufemísticamente como una «invitación a la discusión» (1933: 66 y 69), cuña de uso corriente en círculos nazis como sinónimo de confrontación violenta [233] .

El asesinato de Wessel ofreció al movimiento una posibilidad impagable de presentar la domesticación de la muerte, con su valor pedagógico añadido, como un capital de valor incalculable a la hora de forjar el *ars moriendi* que habría de conducir pocos años más tarde a millones de personas a la guerra. La materia prima del libro de estilo del buen morir la ofrecieron primero los caídos en la Primera Guerra Mundial, e inmediatamente después los caídos del movimiento, con el caso de Wessel como momento álgido. Los «soldados políticos» que acudieron presurosos a combatir en la guerra civil latente en aras de los colores patrios pusieron el dramático punto y seguido a la concatenación de glorificaciones de

héroes-mártires; lo peor estaba todavía por llegar con la Segunda Guerra Mundial.

Las canciones eran un canal efectivo para insuflar en sus seguidores los valores nacionalsocialistas en la era de la nacionalización de las masas, pero no el único. En los periódicos, revistas y libros de propaganda nazis se repetía el mismo patrón de desprecio por la vida propia y ajena cuando lo que estaba en juego era la causa patria. Una publicación mensual de carácter pedagógico publicada durante el Tercer Reich con el título de *Der Schulungsbrief* recogió una compilación de frases supuestamente pronunciadas por los mártires nazis en la antesala de su muerte. Todas las citas estaban extraídas del libro dedicado a ellos y publicado en el sello editorial del partido un año antes por Weberstedt y Langner (1935). El artículo llevaba por título: «Su legado. Las últimas palabras de nuestros testigos de sangre» [234] . Lo que sigue es un muestrario de esas palabras en el lecho de muerte:

— Uno de los 16 fallecidos en el *Putsch* de Múnich habría preguntado: «¿Vive Hitler?; ¿Vive Ludendorff? Entonces muero gustoso por mi patria».
— «¡Alemania, Alemania por encima de todo!».
— «Sé que moriré, y también por que muero. Saludad de mi parte a Adolf Hitler y a Joseph Goebbels. Sed leales y cumplid con vuestro deber».
— «¡Heil!, Adolf Hitler».
— «Madre, madre, ¡me muero! ¡Adolf Hitler, por ti ofrezco mi vida!».
— «Merece la pena morir por todo esto. Enterradme en mi camisa parda».
— «Mi madre es lo más grande para mí, pero todavía lo es más mi Alemania».
— *«Mein Kampf…».*
— «¡Hitler vence! ¡Nosotros vencemos!».
— «¡Saludad a mi madre y a mi Führer!».

El listado de mártires nazis que legaron a la posteridad (supuestamente, siempre según esta publicación) frases de tenor ultranacionalista lo abría Albert Leo Schlageter. Se trata de un protomártir del movimiento ejecutado en 1923 por las tropas francesas y belgas que ocuparon la cuenca del Ruhr

entre enero de 1923 y finales de julio de 1925 alegando retraso en los pagos por las indemnizaciones de guerra. Schlageter participó desde 1914 en la Primera Guerra Mundial como soldado voluntario; entre 1919 y 1921 fue *Freikorp* en distintos grupos en el Báltico y en la Alta Silesia y, posteriormente, miembro en 1922 del Partido de los Trabajadores de la Gran Alemania *(Grossdeutsche Arbeiterpartei, GDAP),* un partido-pantalla del NSDAP en Berlín, que entonces estaba prohibido [235] . Fue detenido por los franceses el 7 de abril de 1923 acusado de participar en el sabotaje de un puente ferroviario el marzo anterior, y condenado a muerte el 9 de mayo siguiente por un tribunal militar francés. La sentencia fue ejecutada el 26 de mayo. El 10 de junio siguiente Hitler participó en el homenaje que le tributaron en Múnich las Organizaciones Patrióticas Reunidas de Alemania (*Vereignite Vaterländische Verbände Deutschlands* ; Kershaw, 1998: 661; Ullrich, 2013: 161). Allí declaró: «La lección a extraer de la muerte de Schlageter es que la libertad no se consigue mediante protestas, manifestaciones o discursos, sino a través de la acción, ¡mediante la educación para la acción! […] El frente de los débiles no nos traerá el acto de la liberación, sino que lo hará el frente de lucha de los fanáticos!» (*Völkischer Beobachter* , 12-VI-1923; en Sösemann, 2011: 885). Cinco columnas de las SA participaron en el homenaje, en el que desempeñó un papel destacado Ludendorff, que pocos meses después coprotagonizó el intento de golpe de Estado en Múnich [236] . Recurriendo a la inflación de gentilicios habitual en círculos ultranacionalistas alemanes, un apologeta presentó a Schlageter como un héroe en los siguientes términos: «El 8 de mayo de 1923 el tribunal francés en suelo alemán hizo público a nuestros compatriotas alemanes el juego macabro de la sentencia de siete héroes alemanes» (Ebers-Mahnke, 1933: 47) [237] . Cuando meses más tarde Hitler empezó a redactar *Mein Kampf* desde la cárcel, expuso a Schlageter en la segunda página del libro como modelo a seguir (1943 [1925/1926]: 8).

Disponemos de dos cartas que Schlageter dirigió desde la prisión a su familia, de clase media. En la primera de ellas escribió: «Han sido días terribles desde mi detención el 7 de abril hasta hoy. No he podido pensar en mí, mi destino me daba igual. He actuado por amor a vosotros, a mi patria […] El calibre de mi pena ni me asusta ni me entristece. Aunque estuviera solo en el mundo, no sabría qué cosa más bella hay que morir por la patria» (en Brandt, 1926: 94-95). Merece la pena recoger en su integridad la última

carta que dirigió a sus familiares desde la cárcel tras conocer la sentencia de pena capital, porque se presta a la perfección para la construcción retrospectiva de la muerte domesticada. El texto de la misiva de Schlageter, fechada el 10 de mayo (el día después de darse a conocer la sentencia), es el siguiente (en Weberstadt y Langner, 1935: 18-19):

> ¡Queridos padres y hermanos!
>
> Escuchad la última pero auténtica palabra de vuestro desobediente y desagradecido hijo y hermano.
>
> Desde 1914 hasta hoy he sacrificado toda mi energía y trabajo movido por mi amor y mi sincera fidelidad a mi patria alemana. La última muestra me ha traído la sentencia de muerte. La he asumido con entereza, con entereza también alcanzará la bala su objetivo. Todo lo que he hecho, lo hice con mi mejor intención. No me movió el loco deseo de aventura, no fui ningún jefe de banda; mi trabajo silencioso solo aspiró a servir a mi patria. No he cometido delito deliberado, tampoco asesinato alguno. Por mucho que otros me quieran juzgar, no penséis mal de mí. Esforzaos cuando menos en ver el lado bueno de aquello que he anhelado. En el futuro pensad en mí con amor y guardad un recuerdo honroso de mí. Es todo lo que pido en esta vida. ¡Querida madre! ¡Querido padre! Se me parte el corazón solo de pensar el dolor insufrible y la enorme tristeza que acompaña esta carta. ¿Podréis soportarlo? Mi gran deseo hasta el último segundo es que nuestro Dios os traiga fuerza y consuelo, que os mantenga fuertes en estos momentos de desgracia. Si os fuera posible, me gustaría pediros que me dediquéis unas líneas. Me harán más fuerte en mi último camino. Hoy solicitaré revisión del proceso. Cuidaos y recibid un beso de vuestro,
>
> Albert

La hagiografía nazi presentó a Schlageter como alguien dueño de sí mismo y consciente del final que le esperaba. En el momento de la ejecución habría gritado «¡Viva Alemania!» (Ebers-Mahnke, 1933: 52). Según el sacerdote que le prestó los últimos servicios espirituales (Schlageter era católico), lo último que aquel le habría dicho fue: «Salude usted a mis padres, hermanos y familiares, a mis amigos y a mi Alemania» *(Ibid.* : 20) [238] . Antes le habría confesado a un amigo: «Siento una cierta liberación por el hecho de que haya de morir. Quizás pueda ayudar mediante mi ejemplo» *(Ibid.* : 22). Parecía en este extremo llegar a la misma conclusión que el Hércules del poeta romano Ovidio al sentenciar que *mors mihi munus erit* («la muerte será una bendición»). Así lo dan a entender las palabras atribuidas a la madre al conocer la muerte de su hijo: «¡Que al menos su muerte no sea en vano!» (Goote, 1934: 22).

Durante el nacionalsocialismo la sombra de Schlageter fue alargada. El filósofo Martin Heidegger hizo coincidir su discurso de toma de posesión como rector de la Universidad de Friburgo con el décimo aniversario del ajusticiamiento de Schlageter, antiguo alumno de dicha institución

académica. El 26 de mayo de 1933, el filósofo existencialista acabó su discurso presentando al antiguo *Freikorp* como un héroe nacional que asumió de grado su sacrificio por la patria: «Él no se permitió eludir su propio destino, que consistía en morir de la muerte más dura y grandiosa de todas las muertes, con voluntad indeleble y un corazón lúcido. Honremos al héroe y levantemos nuestro brazo en saludo silencioso» (Heidegger, 1988: 96). Al igual que Múnich fue sancionada en el Tercer Reich como «la capital del movimiento», y Berlín como «la capital del Reich» y «la ciudad del Führer», Düsseldorf, la ciudad donde fue ejecutado, fue declarada «ciudad de Schlageter» (Sösemann, 2011: 953). El 24 de mayo de 1933 se inauguró un «Monumento a Schlageter» en el lugar de su ajusticiamiento.

Los nazis y el espectro archinacionalista le rindieron el culto debido. De alguna manera Wessel fue a los protestantes nacionalistas lo que Schlageter a sus homólogos católicos. Para su comunidad de memoria se trató del «primer soldado alemán nacionalsocialista» (Zwicker, 2006: 18). Los ultranacionalistas no fueron los únicos en intentar explotar el capital simbólico asociado a su figura, porque despertó admiración y respeto en círculos católicos, burgueses e incluso comunistas *(Ibid.* : 16). Karl Rádek, cofundador en 1918 de la *Liga Espartaquista* de la que surgiría el KPD el 1 de enero de 1919, y emisario del *Komintern* en Berlín, fue uno de quienes intentaron traer a su molino la sangre de Schlageter. Principal exponente comunista del «bolchevismo nacional» (puesto que esa corriente con aires de oxímoron también tuvo adeptos en el campo ultranacionalista: Von Klemperer, 1951; Traverso, 2009: 190-191), Rádek fue el principal artífice de la «línea Schlageter», opción estratégica que rindió homenaje a la memoria de dicho joven militante de extrema derecha en nombre de la lucha por la liberación de Alemania. En junio de 1923, poco después del fusilamiento de Schlageter y en las mismas fechas en que Hitler empezaba a explotar el capital simbólico que representaba el joven nacionalista, Rádek intervino ante el comité ejecutivo de la Internacional Comunista reunida en Moscú. Allí pronunció las siguientes palabras: «El destino de este mártir del nacionalismo alemán no debe ser silenciado, ni homenajeado con una frase de pasada. Tiene mucho que enseñarnos, a nosotros y al pueblo alemán». Y prosiguió: «Schlageter, el bravo soldado de la contrarrevolución, se merece que nosotros, soldados de la revolución, le honremos como hombres» (Protokoll, 1923: 240). Persuadido de que la mayoría de «las masas de sentimiento nacional» habían sido ganadas para la causa obrera, Rádek

buscó una vía para llegar a la pequeña burguesía pauperizada y a los «círculos patrióticos»: «Haremos todo lo posible para que hombres como Schlageter, que estuvieron prestos a la muerte por el bien general, no sea un peregrino de la nada, sino un peregrino de un porvenir mejor para toda la humanidad, que no se derrame sangre desinteresada para bien de los barones del carbón y el acero, sino en beneficio del gran pueblo trabajador alemán» *(Ibid.* : 245). El sesgo estratégico que adquirió la «línea Schlageter» dio pie a mítines atendidos tanto por nazis como por comunistas (Von Klemperer, 1951: 202) [239] .

Por traer a colación un último ejemplo que prueba lo interiorizada y domesticada que tenían sus «soldados políticos» la eventualidad de la muerte, mencionaremos el caso de otro ilustre del panteón martirial nazi al que nos hemos referido con anterioridad, Maikowski. Según un correligionario suyo, en una ocasión Maikowski le confió:

> Mi querido Werner, ahora viajo a Berlín y a continuación sigo adelante, pero no creo que nos volvamos a ver porque no me queda mucho de vida. Estaré satisfecho si llego hasta los 30 años, porque más viejo seguro que no me hago. Y estaré todavía más satisfecho si puedo presenciar el advenimiento del Tercer Reich; entonces seré odiado como pocas veces alguien lo ha sido. Hasta la fecha parece que ninguna bala ha sido hecha a mi medida, pero algún día lo será. Desearía morir por mi Führer al mando de mi vieja Tropa de Asalto 33 (Sturm 33, 1938 [1933]: 57).

Resumiendo este tercer y último vector de la construcción del mártir nazi: en el tratado nazi del bien morir no tenía cabida el miedo; ser un activista nazi implicaba la eventualidad de una muerte adelantada. El «cobarde» teme a la muerte; el héroe no. De ahí que sus caídos en la «lucha por la calle» en la Alemania de Weimar fuesen presentados ante la opinión pública alemana como individuos que consiguieron domesticar a la muerte, tal y como delatan sus (supuestos) últimos suspiros en forma de voluntades.

5. Lugares de memoria y mártires

Inmediatamente después de alcanzar las más altas cotas del Estado, los nazis no escatimaron esfuerzos en perpetuar la memoria de los mártires que, con su inmolación, habían hecho posible el triunfo del movimiento. De la mano de la institucionalización del régimen vino una revisión de la denominación de numerosos lugares públicos. Calles, plazas y edificios públicos (escuelas, por ejemplo) contribuyeron de inmediato a grabar en la

memoria colectiva los nombres de los mártires nazis [240] . La traducción lógica del axioma nazi según el cual no todos los individuos son iguales fue que tampoco todos los mártires gozaban del mismo alcance ni figuraban en un plano equivalente de gloria. Por decirlo con Orwell, todos eran iguales, pero unos eran más iguales que otros. Este extremo viene ilustrado por dos miembros de las SA fallecidos en Berlín-Köpenick a mediados de 1933, al parecer como consecuencia de los disparos efectuados por el hijo de un socialdemócrata cuyo domicilio estaban registrando (Hördler, 2013). La muestra mínima de reconocimiento oficial a los servicios prestados en el marco de las políticas de la memoria nazis consistía en renombrar una calle con el nombre del nazi fallecido en el mismo lugar donde cayó muerto o en las inmediaciones. Uno de los SA era un mando: a él le fue dedicada la plaza. El otro SA era un miembro raso: una calle llevó su nombre [241] .

El mártir nazi que mayor mimo del régimen gozó fue aquel que figuraba en el escalafón más alto, Horst Wessel. Berlín fue donde más notorios se hicieron los esfuerzos por hacer omnipresente al joven SA. Tan pronto como los nazis se alzaron al poder, la plaza que albergaba la sede central del KPD, antes Bülow, pasó a denominarse plaza Horst Wessel, igual que la calle Weydinger (por la que se accedía a la sede del KPD) pasó a ser la calle Horst Wessel. A finales de noviembre de 1936 fue descubierto en la plaza Horst Wessel un monumento dedicado a los caídos del movimiento. Con casi seis metros de altura, estaba coronado por una esvástica y un águila imperial; en el frente aparecían grabados los nombres de seis mártires representativos de las SA, entre ellos Horst Wessel y Richard Hartwik; en la base figuraba una frase de la canción de Horst Wessel: «Desfilan en espíritu con nosotros» *(Abteilung Presse und Propaganda der Obersten SA-Führung der NSDAP,* 1938: 60-61). A partir de septiembre de 1934, el barrio de Friedrichschain, escenario de sus actividades y donde residía Wessel cuando sufrió el ataque, también llevó su nombre. El edificio Karl Liebknecht, sede comunista, se rebautizó con su nombre, al igual que el hospital donde falleció. Al hilo de un mismo edificio en dos momentos históricos consecutivos, una publicación nazi resumió el contraste entre el ayer decadente y el hoy glorioso en los términos siguientes: «Nada ilustra de forma más gráfica los nuevos tiempos en Alemania, nada contrapone mejor la vieja y la nueva Alemania, que una imagen del edificio Karl Liebknecht y el edificio Horst Wessel. Un nombre condensa el caos y la ruina; el otro es un símbolo de un nuevo y fortalecido Reich libre. De forma

acorde se nos presenta cada una en su aspecto exterior: sucia y asquerosa una […] donde un día mandaron los judíos» (Rehm, 1938: 123) [242] . La vivienda donde sufrió el atentado y la habitación del hospital donde expiró fueron convertidos en lugares de culto nacional. En fin, a partir de 1939 el instituto donde completó su bachillerato se denominó *Instituto Horst Wessel* [243] .

Otras ciudades del nuevo Reich de alguna manera ligadas a Wessel tampoco escaparon a la fiebre conmemorativa. Viena, donde conoció de cerca los métodos de organización y trabajo de las HJ y del partido, contó con un hogar y un parque; la calle donde nació en Bielefeld pasó a llevar su nombre. En Hameln, de donde era originaria su familia materna, se abrió un archivo en su honor. El 4 de agosto de 1933, con asistencia de Röhm y Himmler, se inauguró en el campo de concentración de Dachau un monumento obra del escultor Richard Müller y dedicado a Wessel y a Schlageter, construido (para mayor escarnio) por los presos internos [244] . Se estableció un premio literario que se fallaba coincidiendo con el aniversario de su fallecimiento; Goebbels le dedicó un libro (1934b); se retransmitieron piezas radiofónicas en su honor [245] ; una iglesia de Berlín-Mariendorf inaugurada en 1935, la *Martin-Luther-Gedächtniskirche* , tenía (y todavía conserva, aunque no se encuentre abierta permanentemente al público) grabado en su púlpito un hombre de las SA que guarda una notable semejanza con Wessel (Prehn, 2017: 77). En el terreno paramilitar y militar también se dejaron sentir los esfuerzos mnemónicos: la unidad de las SA que encabezó Wessel pasó a denominarse *Tropa de asalto Horst Wessel* [246] y, ya durante la guerra, se bautizaron en su memoria una unidad de voluntarios de las SS, un buque escuela y una escuadrilla de aviones (Siemens, 2009: 15). Hasta en el nomenclátor dejó su rastro el mártir principal del movimiento: desde su fallecimiento se disparó la popularidad del nombre «Horst» entre los niños varones, llegando a ser por momentos el nombre más popular, hasta que el cambio de curso de la guerra en el frente ruso revirtió la tendencia. Su nombre sirve como un indicador cultural de la popularidad del régimen durante el Tercer Reich (Casquete, 2016; 2017: 233-246).

Las políticas de la memoria al hilo de Wessel son prolijas y sofisticadas en extremo, y no extrapolables a las que gozaron el resto de mártires nazis. Ningún otro fue objeto de reconocimientos oficiales ni siquiera parecidos,

pero todos disfrutaron como mínimo una calle y una placa conmemorativa en su recuerdo. El caso del SA Hermann Thielsch, fallecido en Berlín-Kreuzberg en septiembre de 1931, resulta ilustrativo al respecto (Casquete, 2015: 164-173). Los aniversarios de la muerte, a veces también del nacimiento, ofrecían ocasiones propicias para recordar a los mártires. El 30 de enero de 1935 apareció publicada una nota en *Der Angriff* recordando su nacimiento: «Hoy, día de honor de la nación, estamos obligados a recordar especialmente a un camarada de nuestra larga lista de caídos: Hermann Thielsch, caído el 9 de septiembre de 1931, hubiese cumplido 24 años de edad [...] Sacrificó su vida en la lucha por la conquista del distrito rojo de Kreuzberg». En el local de reunión nazi donde a cuya puerta resultó asesinado fue instalada una placa conmemorativa con la siguiente leyenda: «Hermann Thielsch, abatido a tiros por asesinos comunistas el 9 de septiembre de 1931, Tropa 24 de las SA (1/8)» (Engelbrechten y Volz, 1937: 180). Con motivo del primer aniversario de su muerte, y en presencia de Goebbels, fue levantado un monumento conmemorativo en el cementerio de Luisenstadt con la inscripción: «Fiel y sin temor». Este cementerio fue denominado extraoficialmente como el «cementerio principal del movimiento», porque en él reposaron los restos de 22 nazis caídos en Berlín entre 1931 y 1935, el primero de los cuales fue precisamente Thielsch (Casquete, 2017: 197-213; 2019b). El 21 de marzo de 1933, la mañana del día en que el Reichstag se reunió en Potsdam por primera vez desde las elecciones celebradas el día 5 anterior (acontecimiento que ha pasado a la historia como el «Día de Potsdam»), Hitler en persona, acompañado de Goebbels, acudió al cementerio de Luisenstadt [247] . Efectuó un recorrido por las tumbas de los nazis allí enterrados. Al llegar a la altura de la tumba de Thielsch, depositó una corona de laurel y abeto con una cinta negra en la que se leía: «¡A mis camaradas muertos! Adolf Hitler» (*Der Angriff* , 21-III-1933) [248] . Tal y como era práctica habitual en sus filas, la unidad a la que pertenecía Thielsch fue rebautizada como «Tropa de Asalto 24-Hermann Thielsch», así sancionada mediante una disposición del Führer de octubre de 1931 (Hitler, 1992, IV/2: 133). También según el guion nazi, aunque con una demora desacostumbrada para lo que solía ser habitual en sus políticas de la memoria, el 20 de mayo de 1937 una calle de las inmediaciones al lugar de los hechos fue bautizada con su nombre *(Thielschufer),* en vigor hasta el

verano de 1947 [249] . En esa calle había una sinagoga que fue pasto de las llamas en la Noche de los Cristales Rotos, el 9 de noviembre de 1938. Una banda de música de las SA en la capital también adoptó el nombre de Thielsch (Balistier, 1989: 114; Schuster, 2005: 166).

Otro tanto ocurrió con Helmut Köster, un SA que falleció como consecuencia de un cruce de disparos con comunistas en junio de 1932 a escasos metros de distancia del lugar donde se produjo el asesinato de Thielsch unos meses antes (Casquete, 2015: 173-177). Los nazis procedieron a su particular política de la memoria. La lápida de Köster llevó inscrita la siguiente sentencia: «Asesinado por una banda asesina en la lucha por la regeneración de Alemania y en fiel camaradería a su Führer Adolf Hitler». En el lugar donde cayó muerto fue colocada una placa con leyenda idéntica a la de su correligionario Thielsch: «Helmut Köster, abatido a tiros por asesinos comunistas el 22 de junio de 1932, Tropa de Asalto 24 de las SA» (Goebbels, 2005, 2/II: 360; Engelbrechten y Volz, 1937: 175, 180). Una calle del distrito de Kreuzberg pasó a llevar su nombre.

Estas prácticas mnemónicas para fijar el recuerdo de Thielsch y Köster en su comunidad de memoria no fueron ninguna particularidad de las SA berlinesas. Respondían a un troquel que se aplicaba allí donde un activista del movimiento hitleriano sacrificaba su vida por la causa patria. Así, un miembro de 21 años de las SA de Dortmund, Wilhelm Sengotta, fallecido en febrero de 1932 tras un enfrentamiento con comunistas, fue despedido con un oficio funerario a cargo de un pastor protestante en presencia de unos 3.000 correligionarios; la unidad de las SA a la que pertenecía fue rebautizada con su nombre; tras el acceso nazi al poder, dio nombre a una calle de Dortmund, tal vez la misma en la que sufrió el ataque mortal, pues tal era la práctica extendida en este tipo de casos (aunque no sistemática: no fueron los casos ni de Thielsch ni de Köster); en el lugar de los hechos, las nuevas autoridades erigieron una piedra conmemorativa alrededor de la cual giraron los homenajes anuales en su recuerdo celebrados coincidiendo con su fallecimiento (Thieme, 2017: 13).

Berlín y Dortmund formaban parte de la provincia prusiana, pero en el resto del país las políticas de memoria no diferían en lo fundamental. Por mencionar un último caso, traeremos a colación a Georg Hirschmann, el del único mártir nazi en Múnich durante todo el periodo de existencia del nacionalsocialismo, si hacemos abstracción de los fallecidos a consecuencia

del intento de golpe de Estado (Casquete, 2017: 69-84). Ocurrió en 1927, y en su confección como mártir participó activamente el propio Hitler. En el verano de 1934, coincidiendo con el séptimo aniversario de la inmolación de Hirschmann, sus antiguos camaradas se reunieron para bautizar un local como *Hogar de Georg Hirschmann (Georg-Hirschmann-Heim).* Se trataba de un antiguo local donde los «rojos» practicaban gimnasia (Rehm, 1938: 92). Por otro lado, la plaza Schyrenplatz (Schyren era el nombre de la familia que se convertiría en la dinastía de los Wittelsbach) fue rebautizada como plaza de Georg Hirschmann (Large, 1997: 249; Sösemann, 2011: 952).

---

[153] BArch-Berlin, R 72/1161, «Heldengedenktag und Totensonntag 1933 und 1934».

[154] Acerca de la celebración y significado del 9 de noviembre para el nacionalsocialismo a partir de 1933, ver Vondung, 1971: 83-85; Behrenbeck, 1986: 299-313; 2000: 312-318; Vondung, 2013: 69-79. Un pormenorizado análisis de la celebración de la jornada en el Ruhr, en Thieme, 2017: 291-313. Extractos de los discursos de Hitler en la jornada, en Domarus, 1973, I y II: 326-329, 458-459, 550-557, 757-759, 966-971, 1404-1413.

[155] «Rede Adolf Hitlers auf der Erinnerungsfeier der Alten Kämpfer im Bürgerbräukeller zu München am 8. November 1939», IfZ-Archiv, 00/Fk 1332, p. 18.

[156] BArch-Berlin NS 26/302. SABE n.º 3, 3-XI-1926.

[157] *Ibid.*

[158] *Der SA-Mann* , n.º 1, 8-I-1931.

[159] Landesarchiv-Berlin (LABerlin), A Rep. 358-01, n.º 302, Carp. 4. Ese día los comunistas habían organizado un encuentro en Jüterbog, un pueblo en las cercanías de Trebbin. Unos y otros coincidieron en el tren de regreso a la capital. En la estación de Lichterfelde-Ost, ya en Berlín, se produjo una multitudinaria pelea entre ambos grupos, con disparos de revólver incluidos. Según el informe para consumo interno redactado por Reinhold Müchow, responsable de propaganda de las SA en Neukölln, la relación de fuerzas era de 700 nazis contra 23 comunistas (en Broszat, 1960: 115-117).

[160] En su libro *The Perfect Nazi* (2010), el periodista e historiador británico Martin Davidson traza la biografía de su abuelo materno, Bruno Langbehn, un nazi de primera hora afiliado en mayo de 1926. Desde entonces, y durante once años, integró las filas de la Tropa de Asalto 33 en Charlottenburg, participando activamente en la «conquista» del Berlín rojo.

[161] Fuentes nazis calcularon la asistencia en 104.000 personas: *Völkischer Beobachter* , 21-X-1931. Fuentes socialdemócratas rebajaron la cifra a 30.000 asistentes: *Vorwärts* , 20-X-1931. El estado libre de Braunschweig (integrado por la ciudad y su entorno, medio millón de habitantes en total) fue uno de los primeros lugares de Alemania donde el NSDAP consiguió representación institucional. También facilitó la ciudadanía alemana a Hitler en febrero de 1932, posibilitando así que concurriese como candidato a las elecciones presidenciales celebradas el 13 de marzo y el 10 de abril de 1932, en las que resultó vencedor Hindenburg.

[162] GStA, I. Rep. 77, Ministerium des Innern, Tít. 4043, n.º 310, p. 491.

[163] El 1 de octubre de 1928 entró en vigor una reorganización regional del NSDAP que separó los distritos de Berlín y Brandeburgo (Volz, 1939: 25). A partir de entonces, Goebbels fue el máximo responsable del movimiento solo en la capital.

Justo dos días después de su llegada, y coincidiendo con el tercer aniversario del intento de golpe de Estado en Múnich, Goebbels pronunció un discurso de homenaje a los nazis caídos en la sede de la Asociación de Veteranos en el que exaltó a Hermann Fischer y Erwin Kern, los asesinos de Walther Rathenau, político liberal, ministro de Asuntos Exteriores e industrial de origen judío. Fischer y Kern eran miembros de la *Organización Cónsul* , un grupo paramilitar y ultranacionalista al que también perteneció algo más tarde Wessel. Goebbels les presentó como modelos de patriotas (Reuth, 1995: 111; Longerich, 2010: 89).

Sobre la fecha exacta de la llegada de Goebbels a Berlín existe una pequeña discrepancia entre sus biógrafos: Longerich sostiene que fue el 9 de noviembre *(Ibid.* : 88 y 89), la misma fecha que ofrece Kellerhoff (2017: 151), mientras que para Reuth fue dos días antes, el 7 de noviembre (1995: 107 y 108), el mismo día que para Gathmann y Paul (2009: 98) y Wildt (2010: 3). Teniendo en cuenta que el mismo día 9 Goebbels participó en un acto público, la última hipótesis resulta más plausible. Los diarios de Goebbels no arrojan luz sobre el particular, pero bien podría ser que el maestro de la propaganda o sus aledaños pusiesen en circulación la fecha del 9 de noviembre para hacer coincidir la fecha con la festividad por excelencia del calendario celebratorio nazi, y que autores contemporáneos la hayan asumido.

[164] En puridad, habría que diferenciar entre *Verkehrslokalen* , bares que servían como punto de encuentro para miembros y simpatizantes del partido, y *Sturmlokalen* , bares de reunión de miembros activos de las SA, aunque en la práctica ambos espacios de sociabilidad se solapaban en sus clientelas y funciones. Algunos de los escasos historiadores que han dedicado atención a los *Sturmlokale* son Schmiechen-Ackermann, 1998: 374-382; y Casquete, 2017: 85-98.

[165] Dorothee Hochstetter, en https://www.historisches-lexikon-bayerns.de/Lexikon/Nationalsozialistisches_Kraftfahrkorps_(NSKK),_1931-1945 (consulta: 18-I-2020). Franz Joseph Strauss, futuro presidente de Baviera durante una década y ministro federal de Defensa, integró estas unidades móviles. En Múnich hubo incluso una unidad de caballería, concebida como una unidad más de desplazamiento. Ver Paul Hoser, *Historisches Lexikon Bayerns,* https://www.historisches-lexikon-bayerns.de/Lexikon/Sturmabteilung_(SA),_1921-1923/1925-1945 (consulta: 18-I-2020).

[166] StArchiv München, Polizeidirektion 10179.

[167] Durante la década de 1920 la policía berlinesa contó con entre 14.000 y 16.000 efectivos —*Schutzpolizei* —, a los que había que sumar 2.360 integrantes de la policía criminal —

Kriminalpolizei — y 300 policías políticos —la Sección IA—, estos dos últimos datos referidos a 1932 (Liang, 1977: 61, 142).

[168] GStA, I. HA Rep. 77, Ministerium des Innern, Tít. 4043, n.º 122, «Politische Ausschreitungen und Zusammenstösse, 1932-1933», pp. 259 y 461.

[169] GStA, I. HA Rep. 77, Ministerium des Innern, Tít. 4043, n.º 122, «Politische Ausschreitungen und Zusammenstösse, 1932-1933», pp. 453-454. Ver, asimismo, GStA, I. HA Rep. 77, Ministeiurm des Innern, Tít. 4043, n.º 120, «Politische Ausschreitungen und Zusammenstrosse, 1930-1931», pp. 83-86 y 98-101.

[170] BArch-Berlin, NS 1/395, «Ehrenliste der Ermordeten der Bewegung». Se trata de la lista oficial de mártires reconocidos por la central del partido en Múnich, pero sumando los mártires a nivel local y/o regional el listado era más extenso. Así, mientras que el panteón oficial recogía a cuatro nazis de Bochum, las SA locales rendían culto a un total de 15 (Thieme, 2017: 418). En Berlín, por su parte, en el cementerio de Luisenstadt, el «Cementerio principal del movimiento», entre septiembre de 1931 y abril de 1935 fueron enterrados un total de 22 nazis, de los cuales solo 13 estaban incorporados en la «Lista de honor» nazi (Casquete, 2017: 197-213).

[171] En 1932, en Alemania se publicaban 4.703 diarios, de los cuales 120 estaban orgánicamente ligados al NSDAP, frente a 135 periódicos del SPD y 49 del KPD (Plöckinger, 2011: 224).

[172] GStA, I. HA Rep. 77, Ministerium des Innern, Tít. 4043, n.º 120, pp. 312-322, 334, 337-347.

[173] BArch-Berlin, NS 26/302. SABE n.º 10.

[174] Las cifras que ofrece Swett proceden del *Geheimes Staatsarchiv* de Prusia y, en una muestra más de la dispersión e incongruencia de las cifras de violencia política de la época, no coinciden con otras estimaciones de la época, asimismo oficiales. Kellerhoff, por ejemplo, se hace eco de una «Lista de víctimas de la violencia política» depositada en el *Landesarchiv* de Berlín, según la cual entre 1925 y 1930 se produjeron alrededor de una docena de muertos en confrontaciones políticas, de ellos cinco nacionalsocialistas; en 1931 la cifra se elevó a seis nazis y ocho comunistas (frente a los 17 activistas nazis y comunistas y cuatro policías de que habla Swett); el año siguiente fallecieron 14 nazis y otros tantos comunistas (2017: 230).

Por otra parte, en Alemania el porcentaje de policías heridos o muertos en enfrentamientos políticos fue relativamente modesto comparado, por ejemplo, con la Italia previa al acceso de los fascistas al poder; en tanto que en este último país constituyeron el 12 por ciento del total de heridos y muertos, en Alemania fueron un 3,6 por ciento (Reichardt, 2002: 75).

[175] A la altura de 1933 la población de Berlín representaba algo más del 6 por ciento del conjunto del país, cuatro millones sobre un total de 65. La cifra de mártires está tomada del listado de Volz (1939: 113-121), publicado en la editorial del NSDAP.

Por otro lado, ya nos refiramos al conjunto del país o solo a su capital, hay que hacer constar que no todos los mártires reconocidos en los listados oficiales del movimiento nazi eran formalmente miembros suyos. Así, el joven de 16 años Werner Dölle, que abre el listado de mártires de Berlín y falleció el 9 de agosto de 1925, no militaba en sus filas. Fue uno de los nacionalistas que se dedicaron a molestar en Kurfürstendamm a todo aquel que portase insignias negras, rojas y doradas, los colores de la república. Ese día había prevista una concentración organizada por la *Reichsbanner* en el

parque Treptow. Uno de los acosados por Dölle y sus correligionarios se defendió con un arma de fuego, que hirió mortalmente al joven nacionalista. «El movimiento nacionalsocialista en Berlín tiene su primer caído», según recogió la historia oficial de las SA en Berlín, publicada con ocasión del 700 aniversario de la fundación de la ciudad (Engelbrechten, 1937: 37). La propaganda nazi sostuvo al respecto que «un asesino judío hizo brotar joven sangre alemana» (Weberstedt y Langner, 1935: 62). Que el agresor, de apellido Schnapp, fuese judío, es un dato que se desconoce (Sauer, 2006: 111). Lo cierto es que, en realidad, Dölle pertenecía al *Frontbann* , una organización de extrema derecha fundada el 31 de mayo de 1924 que acabó confluyendo con los nazis el 1 de marzo de 1926, cuando surgieron en Berlín las SA. De hecho, la primera oficina de las SA estaba en una sede del *Frontbann* . De los 2.000 miembros con que contaba la organización extremista en la capital a principios de 1925, unos 450 se pasaron a las SA tan pronto como se fundó una rama local en la capital, copando además sus cargos dirigentes (Engelbrechten, 1937: 34; Sauer, 2006: 111; Kruppa, 1988: 335; Lemmons, 1994: 7-8; Kellerhoff, 2017: 120). Wirsching rebaja la cifra de integrantes del *Frontbann* en Berlín a unos 600 (1997: 322-323).

[176] Como muestra el hecho de que la cita figurase en un monumento conmemorativo del protomártir nazi Ludwig Knickmann, abatido en 1923 por tropas belgas en el Ruhr. Ver Thieme, 2017: 257.

[177] Reconstrucciones neonazis contemporáneas elevan la cifra a «unas 20»: Busch, 2008: 147. En el primer juicio, celebrado en 1930, contra los implicados en la muerte del joven dirigente (se celebró un segundo en 1934), fueron condenadas a distintas penas de cárcel un total de 13 personas (Siemens, 2009: 122-123).

[178] Los comunistas también recurrían a esta misma forma de distribuir propaganda. Ya con Hitler nombrado canciller, el futuro historiador Eric Hobsbawm, que vivió en Berlín entre 1931 y 1933, participó en el reparto de propaganda del KPD con vistas a los comicios al Reichstag del 5 de marzo de 1933. Este tipo de acción era una tarea a menudo encomendada a las juventudes del partido y, de forma similar a los nazis, consistía en depositar folletos electorales en las viviendas, puerta por puerta, arrancando de los pisos más altos hasta llegar al portal. No fantasea Hobsbawm cuando afirma que «existía un peligro real suficiente como para que sintiéramos verdadero miedo» (2002: 79; Casquete, 2014).

[179] Hoja volante disponible en LABerlin, A Rep. 358-01, n.º 9.

[180] LABerlin, A Rep. 358-01, n.º 9. Asimismo: *Deutsches Kriminalpolizeiblatt* , n.º 1159, 1-II-1932.

[181] Resulta sintomático apreciar que la otra religión política en liza, la comunista, defendió la tesis contraria a los nazis al explicar el decurso de los acontecimientos. Según la versión del periódico comunista *Die Welt am Abend* del 25 de enero, alrededor de 20 o 25 nazis atacaron a un grupo (indeterminado) de comunistas que casualmente pasaba por allí. En la refriega ulterior resultó apuñalado Norkus. La versión comunista esgrimió: «El arma que alcanzó a Norkus estaba, al parecer, destinada a un obrero» (Baird, 1990: 117).

[182] BArch-Berlin NS 26/302. SABE n.º 1, 1-XI-1926, «Brief Adolf Hitlers an Hauptmann v. Pfeffer».

[183] En 1934 Theodore Abel, un sociólogo estadounidense nacido en Polonia, convocó un premio bajo los auspicios de la Universidad de Columbia (Nueva York) en colaboración del NSDAP. El

premio fue ofrecido a la mejor autobiografía de nazis que se habían sumado al movimiento hitleriano antes de 1933. Fruto de los 683 ensayos recibidos fue su obra clásica *Why Hitler came into Power* (1938). Los fondos de Abel se encuentran digitalizados en la Hoover Institution.

[184] Hoover Institution, Theodore Fred Abel Papers, 408 (https://digitalcollections.hoover.org/objects/58627 ; acceso, 18-I-2020).

[185] Otro informe oficial de las autoridades prusianas para el mismo periodo incrementó ligeramente las cifras de tiroteos, pero no la principal atribución de responsabilidad a los nazis. De los 35 enfrentamientos con pistolas registrados, los nazis protagonizaron 18, los comunistas ocho, y en otros nueve casos no quedaba clara la autoría. Ver GStA, I. HA Rep. 77, Ministerium des Innern, Tít. 4043, n.º 121, pp. 659 y 661.

[186] Informes policiales que tratan sobre el decomiso de armas a nazis en GStA, I. HA Rep. 77, Ministerium des Innern, Tít. 4043, n.º 122, p. 114; GStA, I. HA Rep. 77, Ministerium des Innern, Tít. 4043, n.º 302, p. 69; GStA, I. HA Rep. 77, Ministerium des Innern, Tít. 4043, n.º 313, p. 255.

[187] Teniendo en cuenta la relevancia que su figura llegaría a adquirir con la institucionalización del movimiento, no es de extrañar la atención de que ha sido objeto Horst Wessel. Dejando a un lado las obras apologéticas de época, algunas de las cuales referiremos más adelante, hay disponibles varias monografías que analizan profusamente su vida y muerte. Las más completas son las de Thomas Oertel (1988) y, sobre todo, la de Daniel Siemens (2009). De valor desigual, pero informativas en algunos extremos, son las obras de Imre Lazar (1980) y de Heinz Knobloch (1996). En obras de mayor aliento se encuentran excelentes tratamientos del caso que nos ocupa: Baird, 1990: 73-107; Behrenbeck, 1996: 134-148; Schuster, 2005: 114-117, 167-168; Luckey, 2008: 35-94.

[188] Goebbels se presentó voluntario al frente cuando estalló la guerra en 1914, a los 17 años de edad, pero su solicitud fue declinada por su malformación en un pie.

El espíritu patriótico atravesó fronteras ideológicas. Otro personaje protagonista de los primeros momentos de la República de Weimar en su calidad de líder de la revolución consejista en Múnich en 1918-1919, el escritor Ernst Toller, explicó en la introducción a sus *Cartas de la prisión:* «Cuando el autor, a los veinte años de edad, marchó voluntariamente a la guerra mundial, participaba de la fe de los ciegos y alucinados millones de seres: la patria había sido atacada y la espada debía resolver una justa, más aún, una santa causa. En la escuela había aprendido que la muerte en el campo de batalla es una muerte heroica, y que no es propio del alemán *morirse en la cama* …» (Toller, 1942. Énfasis en el original. Citado en Toller, 2017: 7).

[189] No deja de ser un sarcasmo el hecho de que, en realidad, lo sustancial de la sentencia surgiese de la pluma de Goethe en la carta dirigida a un amigo, con la muerte de su propio hijo como trasfondo (1909, Vol. 48: 129).

[190] Una visión de la figura de Wessel que enfatiza la continuidad de la fe nacionalista entre Horst y su padre, en Gailus, 2002: 773-803; asimismo, Siemens, 2009: 33-57.

[191] Un opúsculo hagiográfico de Wessel sostiene que su padre fue el primer religioso en presentarse voluntario al frente (Avemarie, 1933: 1).

[192] Los Cristianos Alemanes fueron una corriente en el seno de la Iglesia protestante surgida en Berlín en 1932 que actuó como aliado y dio una pátina de legitimidad religiosa al movimiento nacionalsocialista. Con un ideario ultranacionalista y antisemita, se entendieron a sí mismos como «las SA de Jesucristo». Ver Casquete, 2017: 181-196.

[193] «Unbekannter Brief Horst Wessel», en *Mainzer Anzeiger* 45, 23-II-1938. En BArch-Berlin, NS 23/224.

[194] «Luchadores queremos ser, soldados de nuestra idea, soldados que cumplen con su deber de luchar en silencio, pero con firmeza», exhortó en junio de 1927 a sus pupilos (en Oertel, 1988: 58 y ss.).

[195] En realidad no eran de Wedding, sino de Friedrichshain.

[196] Hay varias versiones de este escrito de Brecht: 1997, Vol. 5: 372-380; 1957 [1935]: 47-55.

[197] En su reseña de *Mein Kampf* de Hitler, el escritor inglés George Orwell, otra figura de la literatura universal, escribió al respecto de las habilidades de Hitler como propagandista: «Si hubiese matado un ratón [Hitler. Nota: J. C.], sabría hacer parecer que había sido un dragón» (1968b [1940]).

[198] La propaganda nazi presentó a Wessel como un buen estudiante, pero no hay rastro documental que avale tal aseveración: Siemens, 2009: 61.

[199] Ver, por ejemplo, la entrada del 24 de abril de 1930 (Goebbels, 2005, 2/I).

[200] La metáfora del viaje, del tránsito, emerge recurrentemente en la tanatología comparada (Macho, 2000: 116). Walter Flex publicó en 1916 una obra relatando su experiencia en el frente precisamente bajo el título de *El peregrino entre dos mundos.* La obra de Flex, «uno de los propagandistas más entusiastas de la causa alemana» (Ulbricht, 1986/1987: 115), constituyó el mayor éxito editorial de un autor alemán durante la Primera Guerra Mundial. Falleció en combate un año después de ver publicado su libro. En su estela, el propio Goebbels trabajó en 1923 en una pieza de teatro titulada *El peregrino* , que no habría completado hasta 1927 (Oppermann, 2005).

[201] Ver entradas de su diario del 9 de octubre de 1930 (2005, 2/I) y 10 de noviembre de 1930 (2005, 2/I).

[202] Liang, 1977: 182. Tres días más tarde el KPD organizó una manifestación en el mismo escenario en la que participaron, según cálculos propios, 130.000 personas. Eric Hobsbawm fue uno de los participantes (Hobsbawm, 2002: 76; Casquete, 2014). El día 29 del mismo mes, el SPD convocó otra concentración en Lustgarten, no muy lejos de este escenario, a la que acudieron 100.000 seguidores. Ver Hitler, 1995, vol. V, 2: 389, nota 1.

[203] Tal y como sabemos a partir de las entradas de sus diarios: 10 de octubre de 1933 (2006, 2/III); 24 de febrero de 1934 (2006, 2/III); 25 de octubre de 1934 (2005, 3/I); 24 de febrero de 1935 (2005, 3/I); 25 de febrero de 1936 (2005, 3/I); 24 de febrero de 1937 (2001, 3/II); 10 de octubre de 1937 (2000, 4); 24 de febrero de 1938 (2000, 5); 23 de febrero de 1940 (1998, 7); 29 de octubre de 1940 (1998, 8).

[204] De las 30 publicaciones de que da cuenta la Biblioteca Nacional Alemana en Leipzig (no todas en depósito), 28 están escritas en alemán, una en rumano y otra en serbio. Si exceptuamos a su hermana Ingeborg, autora de una biografía y compiladora de un álbum de fotos, el resto de los autores eran varones. De los 22 autores alemanes cuyo nombre es conocido (en algunos casos, las obras o no tienen autor o únicamente figura la inicial), el 50 por ciento tienen nombres germánicos y otros tantos cristianos. En esa misma proporción se repartían los nombres de los recién nacidos a finales del siglo XIX y principios del XX (Gerhards. 2003: 51). De todos los libros y opúsculos, la biografía novelada de Hanns Heinz Ewers fue, con diferencia, la que mayor difusión alcanzó, con 200.000 ejemplares vendidos solo hasta 1934 (Richards, 1968: 60). En su obra, en la de Reitmann (1933) y la de I. Wessel (1933), se basaron muchos de los demás autores para confeccionar las suyas. Una de las obras, la de Viera-Tegerer (1933), fue prohibida por la Gestapo en 1937, tal vez porque el autor resultó depurado en algún momento, quizás en la Noche de los Cuchillos Largos. Según Heiko Luckey, la mayoría de los biógrafos eran veteranos de la Gran Guerra, miembros de las SA o de los *Freikorps* sin apenas experiencia literaria (2007: 82).

[205] Incorporado al idioma alemán en el siglo XVI , el adjetivo «fanático» no se extendió hasta la mitad del siglo XVIII , casi siempre con tonalidades desdeñosas y un uso restringido al ámbito religioso. Su empleo en el campo político tiene su origen en Inglaterra. David Hume, en *An Enquiry concerning the Principles of Moral* (1748), se refiere a los *Levellers* como un grupo de «fanáticos políticos». Esta utilización en el campo político se generalizó a partir de la Revolución Francesa. Rousseau, en su *Emilio* , hace un uso positivo del término, pero no era lo habitual («[el fanatismo es] una gran y poderosa pasión, que eleva el corazón del hombre, le hace respetar la muerte y le concede una colosal fuerza de acción», *Oeuvres complétes* , ed. V. D. Musset-Pathey, t. 4, 1823, 116; citado en Schmitz-Berning, 2007 [2.ª ed.]: 225).

Siguiendo la estela de Hitler, la utilización positiva del adjetivo «fanático» se convirtió en moneda de uso corriente en el movimiento y régimen nacionalsocialistas. En *Mein Kampf* , el futuro Führer recurre en múltiples ocasiones a este adjetivo, por ejemplo: «De un cosmopolita pusilánime me convertí en un antisemita fanático» (1943 [1925/1926: 69); «La primera condición para un modo de lucha con las armas de la cruda violencia es y sigue siendo la perseverancia […] Esta perseverancia es siempre el resultado de una cierta convicción espiritual. Toda violencia que no se corresponda con un cimiento espiritual firme será precaria e insegura. Carece de la solidez que solo puede descansar en una cosmovisión fanática» *(Ibid.* : 188). Y en otro apartado de su obra insistió: «La nacionalización de las masas en su conjunto nunca tendrá éxito mediante la insistencia débil en un así denominado punto de partida objetivo, sino mediante el enfoque unilateral incondicional y fanático del fin que se pretende alcanzar» *(Ibid.* : 370-371). Klemperer observó que, en su uso nazi, el término «fanatismo» y sus derivados adquirían matices inéditos. En su vocabulario significaba «la exacerbación de conceptos tales como "valiente", "entregado", "constante", o, para ser más preciso, una concentración gloriosa de todas estas virtudes» (2001: 93). Rudolf Höss, el comandante de Auschwitz, testimonia el uso del término en la parla nazi cuando sostuvo que «solo gracias a fanáticos dispuestos a sacrificar por completo su *yo* en aras de la idea es posible que una cosmovisión prospere y perdure» (1994 [1963]: 114. Énfasis en el original). Höss se refiere en esta cita a la «Idea» nazi, pero también la aplica al cristianismo, pues antes en su testimonio habla de su padre como un «fanático católico» *(Ibid.* : 33 y 35). Con la derrota del III Reich, la connotación positiva de este adjetivo desapareció por completo. Ver Schmitz-Berning, 2007 [2.ª ed.]: 224-229).

El de «fanático» no fue el único adjetivo al que los nazis cambiaron de valencia negativa a positiva: a la lista se pueden sumar «duro», «despiadado», «sin compasión», «ciego», «bárbaro», «brutal», «desconsiderado», «inflexible» o «radical» (Mann, 1997 [1938]: 155; Klemperer, 2001; Tal, 1981: 62; Schmitz-Berning, 2007 (2.ª ed.): 103-104; 129-130; 294-296).

[206] BArch-Berlin, NS 23/648.

[207] Richard Fiedler, su amigo y camarada de las SA, allí presente (Wessel esperaba su visita; de ahí que abriese la puerta a sus asesinos sin tomar precaución alguna), habría despachado la posibilidad de que Selow le atendiese con el argumento de que «un judío no tiene por qué tocar a nuestro Wessel» (Knobloch, 1996: 50; asimismo, Oertel, 1988: 85; Siemens, 2009: 23). Fiedler fue el responsable de las SA que ocuparon en 1933 el Museo contra la guerra fundado por el pacifista Ernst Friedrich, que pasó a denominarse Richard-Fiedler-Haus (Mayer-von Götz, 2008: 58-59).

En la actitud de Fiedler en el lugar de los hechos se evidencia lo arraigado del pensamiento político-religioso nazi, que dividía el mundo en las categorías de profano y sagrado (Douglas, 2002). No concebían que sobre un objeto que habría de ser sagrado y de culto, como Wessel, pusiese sus manos la quintaesencia del Mal, el judío. Además, y como prueba adicional de la perversidad intrínseca de los judíos mostrada en la quiebra del código hipocrático, los médicos de esa «raza», que en Berlín sumarían «el 80 por ciento del total de la profesión», «no tienen gran interés en mantener con vida a un miembro de las SA» (Engelbrechten, 1937: 51 y 46, resp.).

Conti, por su parte, fue nombrado comisionado nazi para asuntos especiales del Ministerio del Interior prusiano a principios de 1933. En un artículo publicado en el *Völkischer Beobachter* sostuvo que «toda mujer que no sea una degenerada debe rechazar interiormente que la trate un ginecólogo judío; eso no tiene nada que ver con el odio racial, sino que pertenece al imperativo médico, según el cual debe establecerse una relación de comprensión mutua entre médicos y pacientes espiritualmente relacionados» (en Friedländer, 2009: 52).

[208] La vivienda en cuestión se encontraba en un edificio donde hoy se levanta el cine *International* . Estaba ubicado entre los dos focos más importantes de los bajos fondos berlineses: el Scheunenviertel, al lado de Alexanderplatz, y los alrededores de la estación de tren Schlesicher Bahnhof (hoy Ostbahnhof). En su trabajo sobre criminalística comparada, en el capítulo dedicado a Berlín el comisario de policía Ernst Engelbrecht describió los aledaños del Scheunenviertel en los términos siguientes: «Garito junto a garito, pensiones de poca monta junto a pensiones de poca monta. Pocos ciudadanos verdaderamente decentes se adentran en la zona. Junto al Scheunenviertel, este es el lugar donde el mundo criminal se siente más seguro» (1931: 97). El entorno de la Schlesischer Bahnhof, por su parte, estaba considerado como una de la partes más deprimidas de la ciudad y como un distrito donde la criminalidad campaba a sus anchas (Elder, 2010: 84-85; Niedbalski y Hochmuth, 2015).

[209] Daum narra de forma novelada el momento en que Wessel conoció a Erna. Tras tomar una cerveza con Fiedler y de regreso a casa, Wessel escucha unos gritos femeninos cerca del local «Alt-Mexiko». «Una muchacha alemana, una compatriota en apuros». La libra de su agresor, y a su pregunta de si no tiene quién la ayude, algún familiar, si pertenece a alguna organización, Erna responde que pertenece a «la Liga de Mujeres y Muchachas Rojas» (1933: 64-65). El local en cuestión, justo al lado del Scheunenviertel, era un conocido local de reunión de criminales y prostitutas (Engelbrecht, 1931: 102-103; Moreck, 2018 [1931]: 181).

[210] El libro que narra la historia del Sturm 33 y que gira alrededor de la figura de su líder Hans Maikowski abre sus páginas con un homenaje a sus dos miembros fallecidos, Herbert Gatschke y el propio Maikowski. A continuación figura la «tabla de honor» de los heridos del Sturm, un total de 27 y, por último, otra tabla de honor que recoge, por un lado, los nombres de los condenados con penas de cárcel, 13 en total, acompañados de sus respectivas sentencias y, por otro lado, aquellos que sufrieron prisión preventiva, otros 11 miembros (Sturm 33, 1938 [1933]: 9-11).

[211] Bundesarchiv-Berlin (BArch-Berlin), NS 26/302, SABE n.º 6.

[212] «SA: Grundsätzliche Betrachtungen über: Bestimmung, Organisation und Ausbildung», en *Nationalsozialistische Briefe* n.º 24, 15-IX-1926.

[213] LABerlin, A Rep. 358-01, n.º 8290. La crónica recogida a continuación está en parte extraída de esta carpeta, que se corresponde con la sentencia del juicio seguido entre octubre de 1933 y enero de 1934 contra los implicados en la muerte de Maikowski. Las citas en pp. 344 y 45-46.

[214] Domarchiv Berlin (DomA-Berlin) n.º 3156, «1925-1933. Vorbereitungen besonderer Feierlichkeiten», p. 301. Agradezco a Ulrich Prehn el haber puesto a mi disposición la documentación del Archivo de la Catedral de Berlín relativa al funeral de Maikowski.

Existe constancia documental de que hubo un intento por enterrar a Maikowski en el cementerio de Luisenstadt, pero el consejo parroquial se pronunció en contra por 11 votos contra 7, correspondiéndose estos últimos con los votos de los DC. La noticia de la resolución recogida en el órgano de expresión de los DC, *Evangelium im Dritten Reich,* se refirió a un «sabotaje» por parte del presidente del consejo, camuflado bajo el argumento de que desde hacía dos décadas no se celebraban entierros en domingo, y que ni siquiera se podía hacer una excepción con un funeral de Estado. Lo cierto es que el funeral de Estado de Gustav Stresemann, ministro de Asuntos Exteriores en el momento de su muerte y antiguo canciller, fue enterrado en el cementerio de Luisenstadt el domingo 6 de octubre de 1929. Evangelisches Zentralarchiv-Berlin (EZA) 7/11509, «Berlin/Kirchenprovinz Brandenburg: Luisenstadtkirche 1927-1947 (Verzeichnungseinheit)»; *Evangelium im Dritten Reich* II, 26-II-1933, pp. 34-35.

[215] DomA-Berlin n.º 8203, «1929-1936 Materialsammlung zum Berliner Dom», p. 63, 65R.

[216] Walter Hoff, párroco de la iglesia Luisenkirche en el distrito de Charlottenburg desde abril de 1930 ofrece un ejemplo de lo lejos que los más fervorosos integrantes de los Cristianos Alemanes (DC) estaban dispuestos a llegar; un caso ciertamente extremo, pero también sintomático de la degradación moral de Alemania. Se afilió al NSDAP en 1932, y el año siguiente se sumó a las SA. Se incorporó como oficial voluntario en la Segunda Guerra Mundial en 1940. Según informaciones después de finalizada la contienda facilitadas por empleados de la parroquia de Sankt Petri en Berlín, de la que fue nombrado preboste en 1936 y a la que se reincorporó a su regreso del frente, Hoff se vanaglorió de haber intervenido en ejecuciones de «partisanos rusos» y de «espías» (Pöpping, 2013: 202; Gailus, 2016: 309). En una carta dirigida en 1943 a un superior eclesial se mostró todavía más explícito al respecto de su participación en el Holocausto. Confesó que había «contribuido a liquidar un número considerable de judíos en la Rusia soviética, de hecho varios cientos» (en Pöpping, 2013: 203). Hoff no fue el único pastor protestante en implicarse en la maquinaria genocida. Con la ofensiva en el otoño de 1941, hasta 480 capellanes militares protestantes acudieron al frente, donde repartieron la comunión, predicaron el evangelio y proporcionaron consuelo espiritual a la tropa. De ellos, una tercera parte habrían sido miembros de los DC (Bergen, 2003: 563). Otros pastores protestantes, como Ernst Szymanowski o Eugen Mattiat, engrosaron las filas de las SS, y ahí sí que la participación en el Holocausto era inexcusable (Linck, 2016; Bozsa, 2016).

[217] GStA, I. HA Rep 77, Ministerium des Innern, Tit. 4043, n.º 135, pp. 316-317.

[218] Hablamos del ser humano occidental. La antropología ha subrayado que fuera de este espacio geocultural hay visiones de la muerte no teleológicas, sino cíclicas (Robben, 2004: 4).

[219] Staatsarchiv München (StA), Polizeidirektion 6803, «Abschrift. Verpflichtungsschein», pp. 25-26, 145 y 147.

[220] El hecho de que el candidato a héroe-mártir haga frente a la muerte no significa que esta no le infunda temor. En sus memorias de la Primera Guerra Mundial, Ernst Jünger, oficial del ejército alemán herido en repetidas ocasiones en primera línea del frente, aclara este extremo con lucidez: «La gente que permanece allá en la patria nos mira a veces como si fuéramos unos tipos tan valerosos que considerásemos que nuestra vida no vale un comino; pero he vivido entre guerreros el tiempo suficiente para saber que el hombre sin miedo no existe. Además, si el miedo no existiera, carecería de sentido el valor; el miedo es la sombra oscura contra cuyo trasfondo aparece más multicolor y atrayente el riesgo» (2005: 310).

[221] El historiador cultural Philippe Ariès ha acuñado esta expresión para referirse a la muerte como un acontecimiento «familiar, próximo, atenuado e indiferente» en la que el interfecto sabía de lo irreversible que se le avecinaba (2000: 33).

[222] El poeta Heinrich Lersch (1889-1936) compuso un poema en 1914 cuyo estribillo replica la leyenda del discurso de Lincoln: «Alemania tiene que vivir, aunque para ello nosotros tengamos que morir».

[223] *Der Ostdeutsche Sturmtrupp* , 2. März-Ausgabe 1934. En Schmitz-Berning, 2007: 314.

[224] GStA, I. HA Rep 77, Ministerium des Innern, Tít. 4043, n.º 302, p. 25.

[225] El origen de la melodía ha sido objeto de especulación. Los nazis sostuvieron que el autor fue el propio Wessel. Erika Mann, sin embargo, defiende que la música estaba basada en la canción popular *Seefahrt nach Afrika* (2002 [1938]: 74-75). Investigaciones recientes remiten la melodía a fuentes variopintas (Broderick, 1995: 15-17; Nickisch, 1999: 22-23; Schoeps, 2002: 277).

[226] En su pieza dramática titulada «Schweyk en la Segunda Guerra Mundial», Bertolt Brecht escribió una parodia de la canción, con el siguiente estribillo: «El carnicero llama: los ojos bien cerrados / El ternero marcha, con paso decidido y silencioso / Los terneros, cuya sangre ya ha fluido en el matadero / Marchan en espíritu en su formación» (1997, vol. 2: 554).

[227] Al hilo de Wessel, en otro cancionero más abreviado publicado asimismo por la editorial del NSDAP, aunque antes de la toma del poder, figura otra canción titulada *Kamerad Wessel* . La firma Hanns Flut, y adopta un tono *in crescendo* : la primera estrofa finaliza con un «estamos afligidos por ti»; la segunda, con «te veneramos»; la tercera, con «nos acordamos de ti» y, por fin, la última profetiza que «te vengaremos» (Buchner, 1931: 14).

[228] En caso de impedimento físico para alzar el brazo derecho, la interesada o interesado estaba autorizado a levantar el izquierdo: Allert, 2005: 13, 74. No faltaron tampoco ingeniosos actos de resistencia frente a la imposición de efectuar el saludo alemán, y no solo durante el cántico de la canción de Horst Wessel. Joaquim Fest da cuenta en su autobiografía de la táctica que empleaba un amigo de su familia de salir a la calle llevando una bolsa en cada mano a fin de ahorrarse el ignominioso gesto cuando estuviese prescrito efectuar el saludo (Fest, 2007: 100).

[229] «Wanderklub Edelweiss» («Grupo excursionista Edelweiss») fue el nombre que adoptó el batallón de Wessel tras la prohibición del NSDAP y sus organizaciones satélites en Berlín entre mayo de 1927 y abril de 1928. Ver I. Wessel, 1934: 71; Reuth, 1995: 130.

[230] Las alusiones a los caídos como «inmortales entre mortales» menudean en la literatura nazi de la época.

[231] El término ya había sido empleado por Goebbels en su novela *Michael. Ein deutsches Schicksal in Tagebuchblättern,* escrita en 1923 pero no publicada hasta 1929. El protagonista de la obra, Michael (en realidad un trasunto del propio Goebbels), redime al género humano gracias a su sacrificio. Ver Reuth, 1995: 64-68.

[232] Ver, asimismo, Balk, 1933: 4; Behrenbeck, 1996: 136; Luckey, 2007: 86-87.

[233] En su estancia en Viena habría procedido de un modo similar, solo o acompañado, tomando la palabra en actos públicos de la izquierda. I. Wessel, 1934: 93-94; Kullak, 1933: 20; «Horst Wessels Wiener Zeit», *Völkischer Beobachter* , 22-II-1939.

[234] «Ihr Vermächtnis. Letzte Worte unserer Blutzeugen», en *Der Schulungsbrief* , Berlín, November 1936 – III. Jahrg. – 11. Folge, pp. 414-416.

[235] *Grossdeutsche Arbeiterpartei* fue la denominación que adoptó el NSDAP en Berlín. Fue fundado el 19 de noviembre de 1922, y prohibido el 10 de enero siguiente. Schlageter, que por entonces residía en Berlín-Friedrichshagen, fue uno de los 194 miembros fundadores (todos varones menos cinco mujeres), que tenían que ser necesariamente «de origen alemán y sin tacha moral». Su programa reproducía las ideas principales, terminología incluida, de los 25 puntos del Programa del NSDAP (ver *Berliner Tageblatt,* 21-XI-1923). Datos sobre edad, género, profesión y distribución espacial de sus miembros en la ciudad, en Kruppa, 1988: 201. La propaganda nazi reivindicó a Schlageter como miembro de las SA (p.e., *Dienstvorschrift für die SA der NSDAP* , Heft 1, 1932: 12), aunque formalmente no lo fuese.

El NSDAP no consiguió establecer una estructura estable en Berlín e imponerse sobre otras expresiones del espectro ultranacionalista hasta febrero de 1925, una fecha tardía en comparación con los focos iniciales de irradiación del movimiento como Múnich y Núremberg, pero también con respecto a otras ciudades como Hannover, Wuppertal-Elberfeld o Stuttgart (Schmiechen-Ackermann, 1998: 166).

[236] BArch-Berlin, NS 26/295; StA-München, LRA 109010, «Monatliche Lageberichte der Polizeidirektion München», P. n.º 74, 19-VII-1923.

[237] En realidad, la sentencia fue pronunciada el 9 de mayo. Ver Zwicker, 2006: 63.

La profusión del gentilicio «alemán» en el vocabulario nazi atravesaba a todas sus organizaciones e impregnaba a todos sus seguidores, desde las juventudes a las SS, pasando por las SA y los miembros del partido. Así, Franz-Albrecht Schall, un miembro de las Juventudes Hitlerianas, recogió en su diario: «Alemanas las escuelas, alemana la prensa, alemana la familia y todo nuestro pueblo consciente de su ser alemán, desde el fogonero hasta el director general» (Postert, 2016: 178).

[238] Zwicker sostiene que en realidad el receptor del encargo no fue un cura, sino su abogado: 2006: 296.

[239] *Die Rote Fahne* , desde noviembre de 1918 órgano oficial del KPD, nunca estuvo exento de prejuicios antisemitas. Precisamente durante el periodo de vigencia del giro estratégico de carácter nacionalista del KPD con motivo del ajusticiamiento de Schlageter, en sus páginas se intensificaron las alusiones que llamaban al derrocamiento del «capital judío» (Kistenmacher, 2016: 39-42, 95).

[240] Una vez instaurado el régimen nazi, el nomenclátor de calles y plazas de Alemania (y luego Austria) empezó a poblarse de los nombres de mártires nazis en ellas fallecidos. Varios ejemplos en Weberstedt y Langner, 1935: 157, 158 y 159. Un estudio focalizado en el distrito berlinés de Steglitz, de especial arraigo del NSDAP en la capital, en Kruse, 1999.

[241] BArch-Berlin, R 72/2004, «Gedenken an bei Zusammenstössen getötete Mitglieder der SA, SS und NSDAP, Juni 1933 — März 1935».

[242] La historia de la central comunista en Berlín durante los años finales de Weimar y arranque del régimen nazi, en Friedmann, 2011: 71-106.

[243] El instituto en cuestión se llamó desde 1928 *Heinrich-Schliemann-Schule* , en honor al descubridor de Troya, y antes *Luisenstädtisches Gymnasium* . En 1934, coincidiendo con el cuarto aniversario del fallecimiento de Wessel y en presencia del responsable de las SA en Berlín y Brandeburgo desde marzo de 1933, Karl Ernst (quien sería depurado en la Noche de los Cuchillos Largos el 30 de junio de 1934), fue descubierta una placa que decía: «Horst Wessel estudió en esta escuela desde 1923 hasta su examen de bachillerato en 1926. En recuerdo del héroe muerto, para nosotros como recordatorio». Antes Wessel estudió en otra escuela, donde asimismo los nazis colocaron una placa con la inscripción: «En recuerdo del responsable de las SA Horst Wessel, que estudió en el *Köllnisches Gymnasium* entre 1914 y 1922» (Engelbrechten y Volz, 1937: 73-177 y 74, resp.).

[244] El archivo de imágenes de la Bayerische Staatsbibliothek en Múnich dispone en su fondo de varias fotografías realizadas por Heinrich Hoffmann que muestran los trabajos preparatorios del monumento a Wessel y Schlageter en Dachau. Ver https://bildarchiv.bsb-muenchen.de/ , búsqueda con «Schlageter, Wessel, Dachau»; acceso el 18-I-2020.

[245] Al escuchar la retransmisión por radio de la pieza titulada «Horst Wessel» el 20 de abril de 1933, no por casualidad el aniversario de Hitler, un miembro de las HJ escribió en su diario: «¡Que Dios me dé la misma fuerza y fe triunfal que a él, que sea capaz de mantener la lealtad como él, hasta la muerte, para que Alemania pueda vivir y un día esté libre de todas sus cadenas interiores y exteriores con las que a lo largo de los siglos los cobardes han amordazado el honor alemán! ¡Con Hitler hacia la libertad!» (en Postert, 2016: 261-262).

[246] La orden, con firma del Führer, que recogió la nueva denominación del antiguo Batallón de Asalto 5 apareció publicada en el boletín oficial de las SA el 20 de abril de 1931 (Hitler, 1992, Vol. IV, 1: 320). Se trataba de una práctica contemplada en sus reglamentos. En las Instrucciones para las SA del NSDAP de octubre de 1931, firmadas por Hitler y Röhm, se establecía que los Batallones (*Stürme*) habían de ser numerados, pero «se contempla conceder un nombre previa solicitud al Mando Superior de las SA en recuerdo de miembros del batallón caídos en servicio al movimiento» (*Dienstvorschrift für die SA der NSDAP* , Heft 1, 1932: 31). Más ejemplos de órdenes similares firmadas por el Führer rebautizando batallones de las SA con nombres de integrantes suyos caídos en

la «lucha por la calle» en Hitler, 1992, Vol. IV, 2: 221-223; Vol. IV, 3: 69-73; Vol. V, 1: 295-298 y 356-362.

[247] El Reichstag había sido presa de las llamas el 27 y 28 de febrero anterior, de ahí que se reunieran en la iglesia Garnison de Potsdam.

[248] El mismo día se abrió el campo de concentración de Oranienburg, un día después el de Dachau como el primer campo «oficial» y tres días después, el 24 de marzo, entró en vigor la *Ley para solucionar los peligros que acechan al pueblo y Estado* , conocida como *Ermächtigungsgesetz* o Ley Habilitante (Sandner, 2016, II: 1041). Dicha ley permitía a Hitler y a su gobierno adoptar leyes por decreto sin el concurso del parlamento, del que ya estaba excluida la oposición. Con dicha ley la dictadura hitleriana cobró carta de naturaleza.

[249] http://www.alt-berlin.info/seiten/str_t_1.htm ; consulta el 13-V-2019.

CONCLUSIONES

En una ocasión la cima del canon literario germano, Johann Wolfgang Goethe, se dirigió a un amigo suyo en los siguientes términos: «Alemania no es nada, pero cada alemán es mucho». Desde el comienzo de su andadura en 1920 hasta su último aliento con la capitulación en 1945, la propaganda nazi no se cansó de persuadir a sus compatriotas justo de lo contrario: de que el individuo no era nada y que el pueblo, sin embargo, lo era todo. Entre el planteamiento de aliento liberal de Goethe y el proyecto totalitario nacionalsocialista media una distancia abismal.

No hace falta incurrir en los riesgos de la historia contrafáctica para reconocer que, sin el auxilio de su siempre bien engrasado aparato de sugestión de masas, el NSDAP y su proyecto liberticida y genocida difícilmente se habrían aupado a la cancillería y, acto seguido, perpetrado uno de los capítulos más siniestros de la historia de la ignominia humana: la expulsión del campo de obligación moral y aniquilación física del «otro moral» en el Holocausto o, en sus términos eufemísticos, la «solución final de la cuestión judía». A partir de 1933, el «baile sobre el volcán» de los turbulentos años de la República de Weimar dio paso al abismo.

Desde que consiguieron abrirse un hueco en el convulso Múnich de la postguerra, hubo varios temas que, fieles al principio de la repetición inscrito en el «arte» de la propaganda, los nacionalsocialistas martillearon hasta la extenuación. La supuesta conjura judeo-bolchevique figuró siempre en su frontispicio. En particular durante los primeros años de su andadura, cuando intentaban abrirse paso en el denso panorama ultranacionalista del país, la «puñalada por la espalda» de Versalles fue otro tracto que el movimiento hitleriano cultivó y explotó con fruición. Sobrevolando esos dos vectores latía una concepción agónica del *Volk* definido en términos raciales y excluyentes. Comunistas, judíos y defensores de la república de toda orientación fueron convertidos en responsables de la disolución de las esencias patrias y del estado de postración que supuestamente atravesaba el

país. El resentimiento nazi se articuló en términos de traiciones, de maquinaciones, de enemigos. Enmarcada en una concepción schmittiana de la política como confrontación entre amigo/enemigo por la configuración de un todo social homogéneo, entendieron que ellos eran los titulares exclusivos de la verdad, lo cual descartaba de raíz la posibilidad de alcanzar compromisos con quienes pensaban de forma diferente. Dicha exclusividad se tradujo en una confrontación por el control de la calle por parte de la organización paramilitar nazi, las SA, en combate a muerte con el enemigo «marxista» en sus expresiones socialdemócrata y, sobre todo, comunista. El desasosiego en la calle tuvo sus consecuencias en las altas esferas resolutivas de la política, que acabaron convergiendo en una solución autoritaria al mando de un cirujano de hierro que pusiese fin al supuesto caos reinante en el país. El escritor checo en lengua alemana Egon Erwin Kisch resumió el programa nacionalsocialista en cuatro palabras: «judíos, marxismo, subhombres y picadillo» (2017: 168). A partir de 1933, el movimiento comandado por Hitler se aplicó en la eliminación física de sus enemigos de clase y, sobre todo, de sus enemigos de raza.

Comprender el experimento totalitario pasa por atender a las dimensiones inmateriales de la historia. Interesa, nos ha interesado, abordar el estudio de sus rituales de pertenencia y de exclusión. Un rasgo tractor de la propaganda nacionalsocialista fue la exaltación del sacrificio supremo, el de la vida, por el proyecto de una nueva Alemania articulada en una comunidad nacional regida por categorías raciales de inclusión (que son simultáneamente, y por definición, también criterios de exclusión, puesto que no hay «nosotros» sin un «ellos» especular). Para toda religión política, la sangre derramada por una causa sagrada constituye un potente catalizador y movilizador de emociones y, en esa misma medida, un cementador grupal de primer orden. Como ninguna otra corriente política del momento, los nazis explotaron la muerte de sus activistas en el clima de violencia política envenenado que fue la tónica durante toda la República de Weimar, pero con particular intensidad en su lustro final. Entonces, nazis y comunistas (sobre todo, pero no exclusivamente, porque habría que añadir a los socialdemócratas) libraron una guerra civil latente en y por la calle. Cada vez que un activista perdía la vida por la causa hitleriana era inmediatamente elevado al altar de la patria y expuesto como ejemplo a seguir por su comunidad de creyentes. Los nazis (como, por lo demás, los fascistas de toda Europa durante los años de entreguerras) fomentaron en

sus filas paramilitares la sensación de vivir en un continuo *noviazgo con la muerte* que, con frecuencia, acabó en funeral. La intencionalidad nazi al explotar la sangre como recurso movilizador estaba clara: despertar un sentimiento de identificación con un otro sufriente víctima de ataques, de forma no excepcional con resultado de muerte, por defender desinteresada y pacíficamente los colores patrios y mantener enhiesta la bandera de la regeneración nacional.

Las fuerzas paramilitares nazis nacieron en 1920 en Múnich para desempeñar labores de propaganda del movimiento, para prestar un servicio de orden en sus actos públicos y —*last, but not least* — para reventar los actos de organizaciones «enemigas». Fueron el principal semillero de los varones elevados al altar de los «mártires del movimiento», muy por delante de las HJ y de las SS. Durante Weimar fueron además un núcleo difusor de violencia. Al fin y al cabo, el recurso a la fuerza bruta para hacer avanzar la «Idea» figuraba en su carta fundacional. Batirse contra el enemigo hasta la muerte, dado el caso, les resultaba tan consustancial como la camisa parda o el brazalete con la esvástica. Protegiendo actos propios o reventando ajenos, el enfrentamiento físico era una eventualidad con la que tenían que contar quienes se aproximaban a sus filas. De forma expresa, las violencias proactiva y reactiva estaban grabadas en su contrato de adhesión, y quien se sumaba a ellos conocía de antemano los riesgos que acarreaba abrazar activamente la causa sagrada nazi. No hicieron ningún secreto de su praxis, y se prepararon a conciencia para batirse en la calle con el enemigo «marxista» a base de deporte (en particular, boxeo y artes marciales) y de formación paramilitar. Ya organizasen un mitin, escenificasen una marcha propagandística o celebrasen una reunión en un *Sturmlokal* , sobre sus activistas pendía el riesgo de ser agredidos. Suerte idéntica, por lo demás, a la que corrían sus antagonistas políticos según una lógica perversa de reciprocidad, porque los nazis reventaban los actos organizados por (sobre todo) comunistas y socialdemócratas, y atentaban contra sus militantes y simpatizantes en calles, mítines, salas de actos y locales de reunión. El caso de los judíos fue distinto. Tratándose de un movimiento, como el nacionalsocialista, en cuyo epicentro doctrinal figuraba un antisemitismo visceral e irrestricto, la animadversión hacia sus conciudadanos de esa adscripción se dejó sentir desde su mismo momento fundacional. Los judíos fueron objeto de agresiones físicas y de humillaciones sistemáticas, por lo demás también cotidianas. Bastaba con que un grupo de nazis en «acto de

servicio» se cruzase en la calle con un ciudadano con «apariencia judía» para darle una «lección» y vejarle en la vía pública. Con los judíos se hizo evidente el matonismo de los nazis, acorralando y hostigando a ciudadanos de ese origen étnico, pero en ellos no encontraron los nazis una contraparte organizada y dispuesta a plantarles cara en la lucha por el dominio de la calle, como fue el caso de las organizaciones paramilitares socialdemócrata y, sobre todo, de la comunista.

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, en el Listado de Honor del NSDAP figuraban algo más de 400 «mártires» o «testigos de sangre» computados con celo escrupuloso. Excepto dos mujeres, el resto eran varones, y en su amplia mayoría integrantes de las SA. Recordarlos constituyó una obligación para la comunidad de memoria y de sentido nacionalsocialista. Para ellos, la intensidad del recuerdo era un indicador elocuente del valor moral de su ideario; el reconocimiento a los caídos por los servicios prestados constituyó un imperativo categórico para su comunidad de memoria: un *imperativo incivil* .

En la cosmovisión hitleriana, los pueblos (las «razas») no eran iguales entre sí, mucho menos de igual valor. Los arios representaban el exponente más excelso del género humano, su cumbre civilizatoria; en el extremo opuesto, los judíos eran auténticos «disolventes de la humanidad», «bacterias», «parásitos». Con ellos la convivencia era imposible, y tan solo cabía su expulsión del campo de obligación moral. La secuencia no es privativa de los nazis, pero de su mano la barbarie alcanzó una magnitud desconocida: primero unos emprendedores de movimiento despersonalizaron a un grupo humano concreto y después, creadas las circunstancias, otros se empeñaron en dar un paso más y proceder al corolario lógico de toda animalización: los infraseres no tenían derecho a la vida. Arrancada la Segunda Guerra Mundial, el mandato se tradujo en un programa burocratizado para su aniquilación física. Entonces Hitler, al frente de un ejército de bacteriólogos aplicados al genocidio, se reivindicó a sí mismo como «el Robert Koch de la política». Los nazis exportaron su pulsión jerarquizante entre las diferentes «razas» al seno de cada grupo humano, obsesión que se plasmó en el ánimo por clasificar a los individuos en mejores y peores. También en el seno de la «comunidad nacional» los individuos fueron objeto de cotizaciones diferentes. Fieles a la divisoria ancestral de roles entre géneros, los varones estaban llamados al ejercicio de la política y la defensa (el ágora griego), en tanto que las mujeres,

asimismo por disposición natural, habían de responsabilizarse del hogar y de la crianza de los hijos (del *oikos)*. Para serlo, por serlo, los activistas de las SA asumían que su cuerpo no era suyo, sino propiedad de la nación. La expresión más sublime del compromiso con la patria era la disposición sacrificial. La firma del contrato de adhesión a la organización paramilitar implicaba no arredrarse ante la muerte, para ellos una actitud propia de cobardes, menos todavía dudar en recurrir a la fuerza bruta siempre que la «Idea» reclamase su arrojo. Eran matones que disponían de la vida ajena y ponían en riesgo la propia, siempre en nombre de la causa sagrada de Alemania. En este contexto se entiende que el «soldado político» de las SA fallecido en confrontación con los «marxistas» fuese elevado a exponente de lo más excelso del género ario, sirviendo de paso de modelo para prefigurar a ese «hombre nuevo» del futuro que había de aceptar de grado su papel subordinado en el engranaje nacional. Encarnaba en el presente la excepción de lo que mañana se soñaba norma; aplicaba con fervor en su día a día la cláusula recogida en el programa del NSDAP según la cual «el interés colectivo precede al interés individual». Un contemporáneo que no cesó de denunciar las imposturas y riesgos del nacionalismo alemán en general, y del nacionalsocialismo en particular, Kurt Tucholsky, se preguntó: «La muerte pone punto final a todo: ¿también a la muerte?». Se trataba de una pregunta retórica, sabedor como era de que, para los exaltados patriotas de siempre, la muerte era «agua bautismal», como expresó Hitler en una ocasión (en Domarus, 1973: 458).

Ante esa panoplia de adversidades que (siempre desde su particular lectura conspiranoica) asolaba a Alemania, los mártires fueron un recurso empleado por los nazis para aglutinar y movilizar a su comunidad de fieles de su religión política. Para los nacionalsocialistas dichos mártires conformaban una suerte de santoral político. Ellos no inventaron *ex novo* la figura del mártir en tanto que protagonista de gestas épicas merecedor de émula por parte de su comunidad de sentido y de memoria; la forja comunitaria de mártires constituye una práctica ancestral que tiene su origen en las tres principales religiones monoteístas. Tampoco fueron los últimos en elevar a unos individuos concretos al altar de la patria y ensalzarlos como semilla de nueva vida, tal y como atestiguan casos posteriores de sacralización de la patria, sin ir más lejos el practicado por el nacionalismo radical en el País Vasco y Navarra durante las décadas en que la organización terrorista ETA asesinó con coartada política. Sin embargo,

el sacrificio por la patria como puerta de entrada a la posteridad (y a la gloria) fue un vector clave de la propaganda que los nazis explotaron de forma intensiva y extensiva durante la República de Weimar y su fase de institucionalización posterior del Tercer Reich. En su pieza dramática *Terror y miseria del Tercer Reich,* uno de los exponentes de la excelencia cultural de la época, Bertolt Brecht apuntó a la línea de flotación del culto a la muerte cuando puso en boca de uno de sus personajes: «Porque eso es lo que exige nuestra… victoria / Sé un alemán, como sea, como sea / Sé un alemán, como sea / Muere por ello… y alcanza la gloria». La búsqueda de esa gloria condujo a Alemania y acabó conduciendo al mundo a la catástrofe.

La «muerte bella» es un mito ambivalente y peligroso en extremo en su factura totalitaria. En tanto que gira alrededor de la muerte, el martirio está preñado de dolor. Al mismo tiempo, pone la mira en el futuro y habla de esperanza, porque el ejemplo de cuantos sacrifican su vida por la palingenesia nacional señala a su comunidad de fieles el camino a seguir, el camino a la victoria a golpe de voluntad y de fe. Con su recurso a una filosofía del desastre productivo (condensado en el *dictum* goebbelsiano de «Sobre tumbas, ¡pero avanzamos!»), los nazis transmitieron a sus seguidores, y a la opinión pública en general, que la inmolación de sus caídos por la resurrección nacional en nombre de un proyecto jingoísta y racista no había sido en vano. Por su capacidad cohesionadora a la vez que movilizadora del grupo, las muertes individuales se convirtieron en fuente de vida grupal, en sangre nutricia de la patria. Las religiones monoteístas exhiben a sus mártires como ausencias *presentes* ; los nazis explotaron a sus «testigos de sangre» como ausencias *omnipresentes* . Por acudir al caso de Horst Wessel, su «mártir» por excelencia, el mejor entre los mejores: una canción con letra de su autoría se convirtió en el segundo himno oficial durante el dominio totalitario del Tercer Reich; los escolares leían y estudiaban su biografía en el colegio, al tiempo que los adultos leían versiones noveladas de su vida o acudían a pases de cine para visionar una película basada en su vida y desenlace; el país se pobló de calles, plazas, colegios y edificios oficiales de todo género en su honor; como si fuera todo un programa político, Horst se convirtió por momentos en el nombre de pila más popular entre los varones recién nacidos.

Hubo contemporáneos que, desde su sensibilidad artística, dieron muestras clarividentes al respecto de la intencionalidad y de las

consecuencias que acarreaba para Alemania tal inflación tanatológica. En una de sus piezas dramáticas más celebradas, Brecht puso en boca de Galileo una advertencia que al cabo se probó certera: «pobre del país que necesita héroes». Con su agudeza y concisión característica, un contemporáneo con quien compartió inquietudes y preocupaciones, Kurt Tucholsky —de nuevo—, lanzó un aforismo que erró en la escala que la barbarie habría de cobrarse con el advenimiento del Tercer Reich, pero no en lo esencial al respecto de su carácter letal para el orden social: «Toda glorificación de un hombre caído en una guerra se traduce en tres muertos en la guerra siguiente» (1960, vol. 10: 98). La apoteosis de los «mártires» del NSDAP caídos durante la República de Weimar en la «lucha por la calle» contra el enemigo «marxista», una guerra en la cosmovisión nazi, señaló el camino para sembrar de dolor y muerte Alemania y el resto de países que añadieron a su órbita a partir de 1938, con la anexión de Austria y la región de los Sudetes (Checoslovaquia), y sobre todo a partir de 1939 con el inicio de la Segunda Guerra Mundial y la ocupación y/o subyugación de gran parte de Europa. Desde el poder, los nazis forjaron el último estadio de la cadena martirial en forma de macabra concatenación causal. Lo que arrancó en el programa del NSDAP de 1920 declarando que el interés individual no era nada, y el colectivo lo era todo, prosiguió ensalzando la muerte bella («Una muerte ejemplar vale más que una vida ejemplar») y acabó en el Tercer Reich con el aserto «Justo o injusto: mi patria», inscripción grabada en la entrada al campo de Buchenwald, vista desde los barracones de las SS (en la puerta, vista por los internos, se podía leer «El trabajo os hará libres»).

Se trató de «mártires» construidos como tales con el auxilio del aparato de propaganda nazi, alimentado con mentiras al servicio de la «verdad» propia y según un troquel con tres pivotes: una retórica de los pocos contra los muchos, un lustrado póstumo y la presentación del interfecto como varón consciente de los riesgos que acarreaba su empresa y, pese a todo, dispuesto a arrostrarlos. Todo ello en el nombre de la pureza racial de Alemania, de una nueva comunidad nacional purgada de sus elementos espurios, de sus «otros morales». Para que el mártir resultase ejemplar y digno de réplica, para servir de modelo al hombre nuevo de la comunidad nacional del futuro, era imperativo reconstruir las circunstancias de su muerte como rodeadas de épica. Modelado sobre la figura del «soldado político» de las SA, el mártir debía ser presentado como inmaculado, sin

aristas que distorsionasen su presentación de cara a la opinión pública. Se imponía retratarlo como un ciudadano desinteresado, valiente, honorable, obediente, varonil, en suma: ejemplar e impoluto. El aparato de propaganda nazi se aplicó a la tarea de la reconstrucción épica agitando la coctelera emocional de la población. Que lo hiciese recurriendo de forma sistemática a la mentira, a la tergiversación deliberada de la realidad fáctica, es un dato insoslayable a la hora de dar cuenta del ascenso del nazismo al poder. Uno de los cometidos de los historiadores estriba en desvelar las falsas representaciones del pasado y las mentiras sobre las que los demagogos articulan movimientos populistas y autoritarios (Arnold *et al.,* 2018: 5), y los nazis figuran entre los grandes movimientos de la historia articulados sobre una demagogia de carácter letal. En este sentido, en el presente trabajo hemos desvelado las imposturas nacionalsocialistas en la forja de uno de sus elementos de propaganda más destacados, los «mártires» caídos en la «lucha por la calle». Hemos descansado para ello en la «fuerza rotunda de la razón» (Adorno, 2019: 55) basada en la evidencia histórica disponible sobre su construcción discursiva y social.

En la particular división del trabajo del movimiento nacionalsocialista durante la República de Weimar, la estrategia difusora del terror comisionada a las SA sufrió un cambio de rumbo. Con la toma nazi del poder en enero de 1933, paulatina pero inexorablemente, la violencia tendrá un nuevo ejecutor: ya no la protagonizará una organización paramilitar especializada en el ejercicio discrecional de la violencia, sino un régimen dedicado a la difusión del miedo y al ejercicio efectivo del terror contra su población que, muy pronto, haría extensivos a los países que ocupó militarmente y/o donde gozó de colaboradores autóctonos. Su procedimiento siguió en todos los casos el mismo patrón: la expulsión de la comunidad nacional de aquellos «otros morales» que no encajaban en su definición de la comunidad nacional. Judíos, izquierdistas, gitanos, «asociales» (alcohólicos, delincuentes, etc.), homosexuales o discapacitados físicos o psíquicos, por traer a colación las principales categorías sociales, fueron víctimas predilectas de sus brutales políticas. En diferentes grados de letalidad y de enconamiento, resultaron víctimas de arresto, encarcelamiento, maltrato, esterilización y muerte. Una vez iniciada la Segunda Guerra Mundial, la liturgia nazi, sin desaparecer por completo, cedió paso a otras urgencias; se dejaron de celebrar actos de masas como los actos del partido en Núremberg, por ejemplo, pero siguió recordando a

«mártires» señalados, como por ejemplo a Wessel, coincidiendo con los aniversarios de su muerte y/o de su nacimiento.

En el panorama político mundial actual, de Estados Unidos a Alemania, desde Venezuela hasta Turquía, la política aparece protagonizada, o en todo caso condicionada de forma preocupante, por políticos que se arrogan en exclusiva la representación del pueblo. Resulta, pues, urgente atender a los mecanismos a disposición de los *emócratas* de hoy para conquistar los corazones de la ciudadanía. Ayer se etiquetaba como demagogos o charlatanes políticos a esos mismos políticos a los que hoy se denomina populistas. El pueblo se declina en plural, y esa pluralidad merece protección y respeto. La versión alemana del totalitarismo durante el Tercer Reich representó, sin duda, una variante extrema de laminación de la pluralidad de la sociedad en nombre de un proyecto racial excluyente. Ernst von Salomon, condenado por su participación en el atentado mortal contra Walther Rathenau y luego en las filas nazis, escribió en 1930: «Creíamos que, por el bien de Alemania, nadie más que nosotros debía tener el poder. Porque nos sentíamos Alemania. Nos creíamos con derecho a ostentar dicho poder» (en Himmler, 2011: 101). En este mismo sentido, Goebbels hablaba en nombre de su movimiento cuando, en 1933, ofreció una muestra de la *política de la sinécdoque* característica de los populistas de toda época y orientación ideológica al postularse como exégeta privilegiado de la voluntad popular: «El pueblo *quiere* esto. El pueblo está *harto* de compromisos. El pueblo quiere *mesas limpias* » (en Heiber, 1991: 119. Énfasis en el original). Se trata de un panorama, el totalitario de Alemania, que no se atisba en ninguno de los países occidentales que atraviesan hoy en día una fase populista, pero donde partidos de ese cariz sí que acaparan la atención de la opinión pública, y donde también se abren paso electoral y en las instituciones representativas. La pulsión populista e invasiva del movimiento nacionalsocialista por apropiarse de la categoría de pueblo y excluir del ámbito de obligación moral a una parte de la población ofrece enseñanzas para la política y el orden de convivencia de nuestras sociedades en las que merece la pena abundar. El presente trabajo ha constituido una modesta aportación en esa dirección.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

1. ARCHIVOS

Bundesarchiv Berlin (BArch-Berlin)
NS 1, Reichsschatzmeister der NSDAP. Número: 395.
NS 23, Sturmabteilung der NSDAP. Números: 224, 648.
NS 26, Hauptarchiv der NSDAP. Números: 295, 298, 300, 302.
R 72, Stahlhelm, Bund der Frontsoldaten. Números: 1161, 2004.
Geheimes Staatsarchiv Preußischer Kulturbesitz (GStA)
I. HA Rep 77, Ministerium des Innern, Tit. 4043. Números: 120, 121, 122, 135, 302, 309, 310, 311 y 313.
Staatsarchiv München (StA-München)
LRA 109010, «P-Berichte» (Politische Berichte)
Bayerisches Hauptstaatsarchiv (HStA)
MA 101245-101245/2
Institut für Zeitgeschichte-Archiv (IfZ-Archiv)
00/Fk 1332
ZS 263-1
Landesarchiv Berlin (LABerlin)
A Rep. 358-01, Generalstaatsantwaltschaft bei dem Landgericht Berlin, Strafverfahren, 1919-1933. Números: 9, 302, 593, 2220/1 y 8290.
A Pr. Br. Rep. 030, Polizei Präsidium Berlin. Número: 164.
Evangelisches Zentralarchiv (EZA)
7/11509. Berlin/Kirchenpronvinz Brandenburg: Luisenstadtkirche.
Domarchiv Berlin (DomA-Berlin)
N.º 3156. 1925-1933 Vorbereitung besonderer Feierlichkeiten
N.º 8203. 1929-1936 Materialsammlung zum Berliner Dom

2. PRENSA PERIÓDICA

8-Uhr-Blatt
Berliner Tageblatt
Der Angriff
Der SA-Mann
Der Schulungsbrief
Deutsches Kriminalpolizeiblatt
Die Rote Fahne
Die Welt am Abend
Die Welt am Montag
Evangelium im Dritten Reich
Illustrierter Beobachter
La Conquista del Estado
Münchener Post
Münchner Neueste Nachrichten
Nationalsozialistische Briefe
Tägliche Rundschau
Volkischer Beobachter
Vorwärts
Vossische Zeitung

3. BIBLIOGRAFÍA DE ANTES DE 1945

Abel, Theodore (1986 [1938]). *Why Hitler came into Power* . Harvard, Mass.: Harvard University Press.

Abteilung Presse und Propaganda der Obersten SA-Führung der NSDAP (1938). *Das Jahr der SA. Vom Parteitag der Ehre zum Parteitag der Arbeit* . Múnich: Eher.

Anzugs-Ordnung für die SA. Teil I (1934). Huber: Diessen vor München.

Aristóteles. 1988. *La política* . Madrid: Gredos.

Arndt, Ernst Moritz (1993). «Über Volkshass», en Michael Jeismann y Henning Ritter (eds.), *Grenzfälle. Über neuen und alten Nationalismus* . Leipzig: Reclam.

Bajer, Hans (ed.) (1932). *Was der deutsche singt* . Berlín: Nationaler Schallplatten-Dienst.

Bajer, Hans (ed.) (1935) (29.ª ed. [1933]). *Liederbuch der Nationalsozialistischen Deutschen Arbeiterpartei* . Múnich: Eher.

Bajer, Hans (1936a). «Wie das erste SA-Liederbuch entstand», *Die Musik* XXIX/1 (Oktober): 26-28.
Bajer, Hans (1936b). «Ruhmesblätter in der Geschichte des SA-Liedes», *Die Musik* XXIX/3 (Dezember): 169-176.
Bajer, Hans (1939). «Lieder machen Geschichte», *Die Musik* XXXI/9 (Juni): 586-597.
Balk, Ernst Wilhelm (1933). *Horst Wessel* . Berlín: Paul Schmidt.
Brandt, Rolf. 1926. *Albert Leo Schlageter. Leben und Sterben eines deutschen Helden* . Hamburgo: Hanseatische Verlagsanstalt.
Brecht, Bertolt (1957 [1935]). «Die Horst-Wessel-Legende», *Neue Deutsche Literatur,* 6: 47-55.
Brecht, Bertolt (1997). *Ausgewählte Werke in sechs Bänden* . Fráncfort del Meno: Suhrkamp.
Buchner, Hans (1931). *Horst Wessel-Marsch-Album* . Múnich: Eher.
Carlyle, Thomas (1966 [1841]). *On Heroes, Hero-Worship and the Heroic in History* . Lincoln-Londres: University of Nebraska Press.
Cord von Einem (2011 [1935]). *Abzeichen und Dienstgrade der SA* . Schönau: Weber.
Dienstvorschrift für die SA der NSDAP , *Heft 1* (1932). Diessen vor München: Huber.
Ebers-Mahnke, Fritz (1933). *Schlageter. Ein deutsches Heldenleben in harter Zeit* . Berlín-Leipzig: Langensalza.
Ehrenordnung für die SA der NSDAP (1933). Diessen vor München: Huber.
Engelbrecht, Ernst (1931). *In den Spuren des Verbrechertums. Ein Streifzug durch das grossstädtische Verbrechertum und seine Schlupfwinker* . Berlín-Schöneberg: Peter J. Oestergaard.
Engelbrechten, Julek Karl von (1937). *Eine braune Armee entsteht. Die Geschichte der Berlin-Brandenburger SA* . Múnich-Berlín: Eher.
Engelbrechten, Julek Karl von y Volz, Hans (1937). *Wir wandern durch das nationalsozialistische Berlin* . Múnich: Eher.
Ewers, Hanns Heinz (1932). *Horst Wessel* . *Ein deutsches Schicksal* . Stuttgart: Cotta.
Goebbels, Joseph (1926). *Das kleine abc des Nationalsozialisten* . B.-Lehnitz: Kampf.
Goebbels, Joseph (1929). *Michael. Ein deutsches Schicksal in Tagebuchblättern* . Múnich: Eher.

Goebbels, Joseph (1932). *Kampf um Berlin. Der Anfang* . Múnich: Eher.
Goebbels, Joseph (1934a). *Signale der neuen Zeit* . Múnich: Eher.
Goebbels, Joseph (1934b). *Das erwachende Berlin* . Múnich: Eher.
Goebbels, Joseph (1934c). «Der Kampf und seine Mittel», en Wilhelm Kube (ed.), *Almanach der nationalsozialistischen Revolution* . Berlín: Brunnen Verlag / Willi Bischoff.
Goebbels, Joseph (1939). *Wetterleuchten. Ausätze aus der Kampfzeit* . Múnich: Eher.
Goethe, Johann Wolfgang (1909). *Werke,* vol. 48. Weimar: Hermann Böhlaus Nachfolger.
Goote, Thor (1934). *Kam'raden, die Rotfront und Reaktion erschossen. Ein Buch vom Opfertode unserer braunen Kameraden* . Berlín: E. S. Mittler & Sohn.
Guérin, Daniel (1994). *The Brown Plague. Travels in late Weimar & early Nazi Germany* . Durham, NC: Duke University Press.
Gumbel, Emil Julius (1922). *Vier Jahre politischer Mord* . Berlín: Neue Gesellschaft.
Gumbel, Emil Julius (1991). «"Lasst Köpfe rollen". Faschistische Morde 1924-1931», en Emil Julius Gumbel, *Auf der Suche nach Wahrheit* (selección e introducción de Annette Vogt). Berlín: Dietz.
Handbuch der SA (1938). Berlín: Offene Worte.
Herzl, Theodor (1988 [1896]). *Der Judenstaat. Versuch einer modernen Lösung der Judenfrage* . Zúrich: Manesse.
Hitler, Adolf (1935). *Mi lucha* . Barcelona: Araluce.
Hitler, Adolf (1936). *Reden des Führers am Parteitag der Ehre 1936* . Múnich: Eher.
Hitler, Adolf (1943 [1925/1926]). *Mein Kampf* (2 vols.). Múnich: Eher.
Hitler, Adolf (1961). *Hitlers zweites Buch. Ein Dokument aus dem Jahr 1928* . Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt.
Hitler, Adolf (1992-1998). *Hitler. Reden, Schriften, Anordnungen* (6 vols.). Múnich: K. G. Saur.
Hoffmann, Heinrich (1932). *Das braune Heer. 100 Bilddokumente: Leben, Kampf und Sieg der SA und SS. Mit einem Geleitwort von Adolf Hitler* . *Bildzusammenstellung: Heinrich Hoffmann* . Berlín: Zeitgeschichte.
Isherwood, Christopher (1963 [1935]). *The Berlin Stories.* Nueva York: New Directions Books.

Jünger, Ernst (1995 [1934]). *Sobre el dolor* . Barcelona: Tusquets.
Jünger, Ernst (2005 [1922]). *Tempestades de acero* . Barcelona: Tusquets.
Kelter, Will (1933). *Horst Wessel* . Leipzig: Dürr.
Killinger, Manfred von (1933). *Die SA in Wort und Bild* . Leipzig: R. Kittler.
Kisch, Egon Erwin (2017). *Nada es más asombroso que la verdad. Reportajes y artículos* . Barcelona: Minúscula.
Klähn, Friedrich Joachim (1938). *Wille und Vollendung* . Múnich: Eher.
Koch, Karl W. H. (1934). *Das Ehrenbuch der SA* . Düsseldorf: Floeder.
Koch, Karl W. H. (1936). *Männer im Braunhemd* . Berlín: Stubenrauch.
Koyré, Alexander (1997 [1943]). «La función política de la mentira moderna», *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría* , vol. 17, n.º 63: 117-130.
Kracauer, Siegfried (2013). *Totalitäre Propaganda* . Berlín: Suhrkamp (ed. cast.: *Propaganda Totalitaria* . Madrid: CEPC 2021, en preparación.
Kracauer, Siegfried (2018). *Calles de Berlín y de otras ciudades* . Madrid: Errata naturae.
Kraus, Karl (1989 [1933]). *Dritte Walpurgisnacht* . Fráncfort del Meno: Suhrkamp.
Kullak, Max (1933). *Horst Wessel. Durch Sturm und Kampf zur Unsterblichkeit* . Berlín-Leipzig: Beltz.
Lauer, Erich (1939). *Das Singen in der SA* . Múnich: Eher.
Le Bon, Gustave (2000 [1895]). *Psicología de las masas* . Madrid: Morata.
Ledesma Ramos, Ramiro. «El nacionalsocialismo alemán. El partido de Hitler», *La Conquista del Estado* , 21-IV-1931.
Littmann, Arnold (1934). *Herbert Norkus und die Hitlerjugend vom Beusselkietz* . Berlín: Steuben.
Löwenstein, Karl (1937). «Militant democracy and fundamental rights I», *The American Political Science Review* 31(3): 417-432.
Löwenstein, Karl (1937). «Militant democracy and fundamental rights II», *The American Political Science Review* 31(4): 638-658.
Löwenstein, Karl (1938). «Legislative Control of Political Extremism in European Democracies I», *Columbia Law Review,* 38: 591-622.
Ludwig, Emil (2011). *Tres dictadores: Hitler, Mussolini y Stalin* . Barcelona: El Acantilado.

Mann, Erika (1997 [1938]). *Zehn Millionen Kinder. Die Erziehung der Jugend im Dritten Reich* . Reinbek bei Hamburg: Rowohlt.
Mann, Heinrich (1987). *Der Hass* . Fráncfort del Meno: Fischer.
Mann, Klaus (2006 [1938]). *Mefisto* . Barcelona: Mondadori.
Maquiavelo, Nicolás (1981). *El príncipe* . Madrid: Alianza.
Moreck, Curt (2018 [1931]). *Ein Führer durch das lasterhafte Berlin* . Berlín: be.bra.
Mussolini, Benito (1935). *Escritos y discursos,* vol. VIII. Barcelona: Bosch.
Neumann, Franz (2009 [1942]). *Behemoth. The structure and Practice of National Socialism, 1933-1944.* Chicago: Ivan R. Dee.
Ostwald, Hans (1926, 2.ª ed.). *Kultur- und Sittengeschichte Berlins* . Berlín: Klemm.
Petersen, Jan (2013 [1936]). *Unsere Strasse* . Berlín: Verlag am Park.
Plessner, Helmuth (2002 [1924]). *Grenzen der Gemeinschaft. Eine Kritik des sozialen Radikalismus* . Fráncfort del Meno: Surhkamp.
Protokoll der Konferenz der Erweiterten Exekutive der Kommunistischen Internationale, Moskau 12-23 Juni 1923. Hamburgo: Carl Hoym.
Rehm, Wilhelm (1938). *Geschichte der SA* . Múnich: Eher.
Reitmann, Erwin (1933). *Horst Wessel. Leben und Sterben* . Berlín: Steuben.
Röhm, Ernst (1934a, 7.ª ed.). *Geschichte eines Hochverräters* . Múnich: Eher.
Röhm, Ernst (1934b). «SA und SS», en Wilhelm Kube (ed.), *Almanach der nationalsozialistischen Revolution* . Berlín: Brunnen Verlag / Willi Bischoff.
Rosenberg, Alfred (1930). *Der Mythus des* XX . *Jahrhunderts* . Múnich: Hoheneihen.
Rosenberg, Alfred (1937). *Wesen, Grundsätze und Ziele der Nationalsozialistischen Deutschen Arbeiterpartei. Das Programm der Bewegung* . Múnich: Eher.
Rosenberg, Alfred (1939). «Der 1. Mai», en: Alfred Rosenberg, *Gestaltung der Idee. Blut und Ehre, II. Band. Reden und Aufsätze von 1933-1935* . Múnich: Eher.
Roth, Joseph (2004). *El juicio de la historia. Escritos 1920-1939* . Madrid: Siglo XXI.

Saint-Victor, Paul de (1993). «Barbaren und Banditen», en Michael Jeismann y Henning Ritter (eds.), *Grenzfälle. Über neuen und alten Nationalismus* . Leipzig: Reclam.

Schmitt, Carl (1991 [1932]). *El concepto de lo político* . Madrid: Alianza.

Schmitt, Carl (1993 [1928]). *Verfassungslehre* . Berlín: Duncker & Humblot.

Schmitt, Carl (1996 [1923]). *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus* . Berlín: Duncker & Humblot.

Schmitt, Carl (2014 [1934]). «Der Führer schütz das Recht», en Herlinde Pauer-Studer y Julian Fink (eds.), *Rechtfertigungen des Unrechts. Das Rechtsdenken im Nationalsozialismus in Originaltexten* . Berlín: Suhrkamp.

Singer, Israel Yehoshua (2015 [1943]). *La familia Karnowsky* . Barcelona: El Acantilado.

Sombart, Werner (1915). *Händler und Helden. Patriotische Besinnungen* . Múnich-Leipzig: Duncker & Humblot.

Ständer, Franz (1939). *Die Musik im Dienstgebrauch der SA* . Múnich: Eher.

Statistisches Amt der Stadt Berlin (ed.) (1934). *Statistisches Jahrbuch der Stadt Berlin* . Berlín: Grüner.

Stelzner, Fritz (1936). *Schicksal SA. Die Deutung eines grossen Geschehens von einem, der er selbst erlebte* . Múnich: Eher.

Sturm 33 (1938 [1933]). *Hans Maikowski. Geschrieben von Kameraden des Toten* . Berlín: Deutsche-Kultur-Wacht.

Toller, Ernst (2017 [1933]). *Una juventud en Alemania* . Logroño: Pepitas de calabaza.

Tucholsky, Kurt (1960). *Gesammelte Werke in 10 Bänden* . Hamburgo: Rowohlt.

Viera-Tegerer, Josef (1933). *Horst Wessel. Künder und Kämpfer des Dritten Reiches.* Leipzig: Franz Scheider.

Volz, Hans (1939, 10.ª ed.). *Daten der Geschichte der NSDAP* . Berlín-Leipzig: A.G. Ploetz.

Von Hindenburg, Paul (1994 [1919]). «The Stab in the Back», en Anton Kaes, Martin Jay y Edward Dimemdberg (eds.), *The Weimar Republic Sourcebook* . Berkeley: University of California Press.

Von Schirach, Baldur (1933). *Die Fahne der verfolgten* . Berlín: Zeitgeschichte.
Von Schirach, Baldur (1934). *Die Hitler-Jugend. Idee und Gestalt* . Leipzig: Koehler & Amelang.
Von Schirach, Baldur (1938). *Revolution der Erziehung* . Múnich: Eher.
Weberstedt, Hans y Langner, Kurt (1935, *Gedenkhalle für die Gefallenen des Dritten Reiches* . Múnich: Eher.
Wessel, Ingeborg (1933). *Horst Wessel* . Múnich: Eher.
Wessel, Ingeborg (1934a). *Mein Bruder Horst. Ein Vermächtnis* . Múnich: Eher.
Wessel, Ingeborg (1934b). «Vom Glauben meines Bruders Horst», *Evangelium im Dritten Reich* 9, 4 de marzo: 99-100.
Xammar, Eugenio (2005a). *El huevo de la serpiente. Crónicas desde Alemania (1922-1924)* . Barcelona: El Acantilado.
Xammar, Eugenio (2005b). *Crónicas desde Berlín (1930-1936)* . Barcelona: El Acantilado.
Zöberlein, Hans (1934). «München, die Stadt der Bewegung», en Ludwig Deubner (ed.), *München. Die Kunst-Stadt des neuen Reiches. Sonderdruck aus der Heimatszeitschrift "Das Bayernland"* , Múnich.
Zweig, Stefan (2001a [1936]). *Castellio contra Calvino. Conciencia contra violencia* . Barcelona: El Acantilado.
Zweig, Stefan (2001b [1942]). *El mundo de ayer* . Barcelona: El Acantilado.

4. BIBLIOGRAFÍA DE DESPUÉS DE 1945

Achilles, Manuela (2010). «With a Passion for Reason: Celebrating the Constitution in Weimar Germany», *Central European History,* 43: 666-689.
Ackerman, Bruce (1993). *La justicia social en el Estado liberal* . Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
Ackermann, Volker (2000). «Die funerale Signatur. Zur Zeichensprache nationaler Totenfeiern von Wilhelm I. bis Willy Brandt», en Sabine Behrenbeck y Alexander Nützenadel (eds.), *Inszenierungen des Nationalstaats. Politische Feiern in Italien und Deutschland seit 1860/71* . Colonia: SH.

Adler, Jeremy (2017). «Absolut Evil Cannot be Neutralized», *German Historical Institute London* , vol. XXXIX(1): 94-101.
Adorno, Theodor W. (2019). *Aspekte des neuen Rechtsradikalismus* . Fráncfort del Meno: Suhrkamp.
Alcalde, Ángel (2017). *War Veterans and Fascism in Interwar Europe* . Cambridge: Cambridge University Press.
Alcalde, Ángel (2020). «El paramilitarismo de Weimar», en Jesús Casquete y Javier Tajadura (coords.), *La Constitución de Weimar: historia, política y derecho*. Madrid: CEPC.
Alexijewitsch, Swetlana (2015). *Secondhand-Zeit* . Berlín: Suhrkamp.
Allen, William Sheridan (1965). *The Nazi Seizure of Power. The Experience of a Single German Town 1930-1935* . Chicago: Quadrangle Books.
Allert, Tilman (2005). *Der deutsche Gruss. Geschichte einer unheilvollen Geste* . Berlín: Eichborn.
Aly, Götz (2011). *Warum die Deutschen? Warum die Juden?* Fráncfort del Meno: Fischer.
Arendt, Hannah (1981). *Los orígenes del totalitarismo,* vol. 3. Madrid: Alianza.
Arendt, Hannah (2017). *Verdad y mentira en política* . Barcelona: Página Indómita.
Ariès, Philippe (2000). *Historia de la muerte en Occidente desde la Edad Media hasta nuestros días* . Barcelona: El Acantilado.
Arnold, John H., Hilton, Matthew y Rüger, Jan (2018). «The Challenges of History», en: John H. Arnold, Matthew Hilton y Jan Rüger (eds.), *History after Hobsbawm. Writing the Past for the Twenty-First Century* . Oxford: Oxford University Press.
Aron, Raymond (1968). *Democracia y totalitarismo* . Barcelona: Seix Barral.
Aschheim, Steven E. (1982). *Brothers and Strangers. The East European Jew in German and German Jewish Consciousness, 1800-1923* . Madison, Wisconsin: The University of Wisconsin Press.
Assmann, Aleida (2005). «Jahrestage – Denkmäler in der Zeit», en Paul Munich (ed.), *Jubiläum, Jubiläum… Zur Geschichte öffentlicher und privater Erinnerung* . Essen: Klartext.
Assmann, Jan (2000). *Der Tod als Thema der Kulturtheorie* . Fráncfort del Meno: Suhrkamp.

Assmann, Jan (2005). «Die Lebenden und die Toten», en Jan Assmann, Franz Maciejewski y Axel Michaels (eds.), *Der Abschied von den Toten. Trauerrituale im Kulturvergleich* . Göttingen: Wallstein.

Azaryahu, Maoz (2013). «Erinnerungsverflichtung und Erinnerungsgewege», en Manfred Hettling y Jörg Echternkamp (eds.), *Gefallenengedenken in globalen Vergleich* . Múnich: Oldenbourg.

Baberowski, Jörg (2012). *Verbrannte Erde. Stalins Herrschaft der Gewalt* . Múnich: C. H. Beck.

Bach, Steven (2007). *Leni. Life and Work of Leni Riefenstahl* . Nueva York: Knopf.

Baird, Jay W. (1990). *To Die for Germany. Heroes in the Nazi Pantheon* . Bloomington and Indianapolis: Indiana University Press.

Baird, Jay W. (2008). *Hitler's War Poets. Literature and Politics in the Third Reich* . Cambridge: Cambridge University Press.

Bajohr, Frank y Wildt, Michael (eds.) (2009). *Volksgemeinschaft. Neue Forschungen zur Gesellschaft des Nationalsozialismus* . Fráncfort del Meno: Fischer.

Balistier, Thomas (1989). *Gewalt und Ordnung. Kalkül und Faszination der SA* . Münster: Westfalisches Dampfboot.

Barber, Benjamin R. (1969). «Conceptual Foundations of Totalitarianism», en Carl. J. Friedrich, Michael Curtis y Benjamin R. Barber, *Totalitarianism in Perspective: Three Views* . Nueva York/ Washington/ Londres: Praeger.

Beck, Arndt y Euskirchen, Markus (2009). *Die beerdigte Nation. "Gefallenen" gedenken von 1813 bis heute* . Berlín: Karin Kramer (http://www.arndtbeck.com/nation/ ; consulta el 18-I-2020).

Beck, Ulrich (2000). *La democracia y sus enemigos* . Barcelona: Paidós.

Behrenbeck, Sabine (1996). *Der Kult um die toten Helden. Nationalsozialistische Mythen, Riten und Symbole* . Vierow bei Greifswald: SH-Verlag.

Benbassa, Esther (2011). *El sufrimiento como identidad* . Madrid: Abada.

Bennecke, Heinrich (1962). *Hitler und die SA* . Múnich y Viena: Günter Olzog.

Bergabauer, Knut, Fröhlich, Sabine y Schüler-Springorum, Stefanie (2008). *Denkmalfigur. Biographische Annäherung an Hans Litten 1903-1938* . Göttingen: Wallstein.

Bergen, Doris L. (1996). *Twisted Cross. The German Christian Movement in the Third Reich* . Chapell Hill y Londres: The University of North Carolina Press.

Bergen, Doris L. (2003). «Die "Deutschen Christen" 1933-1945: ganz normale Gläubige und eifrige Komplizen?», *Geschichte und Gesellschaft,* 29: 542-574.

Berghahn, Volker R. (1966). *Der Stahlhelm. Bund der Frontsoldaten, 1918-1935* . Droste: Düsseldorf.

Bergien, Rüdiger (2008). «Republikschützer oder Terroristen? Die Freikorpsbewegung in Deutschland nach dem Ersten Weltkrieg», *Militärgeschichte* 3: 14-17.

Bergman, Ingmar (1987). *Linterna mágica.* Barcelona: Tusquets.

Berkowitz, Michael (2007). *The Crime of My Very Existence. Nazism and the Myth of Jewish Criminality* . Berkeley-Los Ángeles-Londres: University of California Press.

Bessel, Richard (1984). *Political Violence and the Rise of Nazism. The Storm Troopers in Eastern Germany 1925-1934* . New Haven, Conn.: Yale University Press.

Bessel, Richard (1990). «Politische Gewalt und die Krise der Weimarer Republik», en: Lutz Niethammer (ed.), *Bürgerliche Gesellschaft in Deutschland* . Fráncfort del Meno: Fischer.

Bessel, Richard (1993). *Germany after the First World War* . Oxford: Clarendon Press.

Bienert, Michael (ed.) (1996). *Joseph Roth in Berlin. Ein Lesebuch für Spaziergänger* . Colonia: Kiepenheuer & Witsch.

Blank, Inge (1992). «"… nirgends eine Heimat, aber Gräber auf jedem Friedhof": Ostjuden in Kaiserreich und Weimarer Republik», en Klaus J. Bade (ed.), *Deutsche im Ausland —Fremde in Deutschland. Migration in Geschichte und Gegenwart* . Múnich: C. H. Beck.

Blaschke, Olaf (2014). *Die Kirchen und der Nationalsozialismus* . Stuttgart: Reclam.

Blasius, Dirk (2008). *Weimars Ende. Bürgerkrieg und Politik, 1930-1933* . Fráncfort del Meno: Fischer.

Bloch, Charles (1970). *Die SA und die Krise des NS-Regimes 1934* . Fráncfort del Meno: Suhrkamp.

Bloch, Ernst (1991). *Heritage of our times* . Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
Böcker, Manfred (2000). *Antisemitismus ohne Juden. Die Zweite Republik, die antirepublikanische Rechte und die Juden. Spanien 1931 bis 1936* . Fráncfort del Meno: Peter Lang.
Bozsa, Isabella (2016). «Eugen Mattiat. Vom völkischen Pfarrer zum NS-Funktionar und wieder zurück ins Pfarramt», en: Manfred Gailus y Clemens Vollnhals (eds.), *Für ein artgemäßes Christentum der Tat. Völkische Theologen im «Dritten Reich»* . Göttingen: V&R unipress.
Broderick, George y Klein, Andrea (1999). «Das Kampflied der SA», en Gottfried Niedhart y George Broderick (eds.), *Lieder in Politik und Alltag des Nationalsozialismus* . Fráncfort del Meno: Peter Lang.
Broderick, George (1995). «Das Horst-Wessel-Lied», *International Folklore Review,* 10: 100-127.
Broszat, Martin (1960). «Die Anfänge der Berliner NSDAP 1926/27», *Vierteljahrshefte für Zeitsgeschichte,* 8 (1): 85-118.
Broszat, Martin (2007 [1969]). *Der Staat Hitlers. Grundlegung und Entwicklung seiner inneren Verfassung* . Wiesbaden: Marix.
Brown, Timothy Scott (2009). *Weimar Radicals. Nazis and Communists between Authenticity and Performace* . Nueva York-Oxford: Berghahn Books.
Buchner, Bernd (2001). *Um nationale und republikanische Identität. Die deutsche Sozialdemokratie und der Kampf um die politischen Symbole in der Weimarer Republik* . Bonn: J. H. W. Dietz Nachf.
Burrin, Philippe (2000). *Fascisme, nazisme, autoritarisme* . París: Seuil.
Busch, André K. (2008). *Blutzeugen. Beiträge zur Praxis des politischen Kampfes in der Weimarer Republik* . S.l.: Nordland-Verlag.
Büsch, Otto (1988). *Beiträge zur Geschichte der Berliner Demokratie (1919-1933/1945-1985* . Berlín: Colloquium.
Büsch, Otto y Haus, Wolfgang (1987). *Berliner Demokratie 1919-1985, I. Berlin als Hauptstadt der Weimarer Republik 1919-1933* . Berlín-Nueva York: Walter de Gruyter & Co.
Büttner, Ursula (2008). *Weimar. Die überforderte Republik 1918-1933* . Stuttgart: Klett-Cotta.
Cabanes, Bruno (2014). «1919: Aftermath», en Jay Winter (ed.), *The Cambridge History to the First World War,* vol. 1. Cambridge:

Cambridge University Press.
Campbell Bartoletti, Susan (2007). *Jugend im Nationalsozialismus. Zwischen Faszination und Widerstand* . Bonn: Bundeszentralle für Politische Bildung.
Campbell, Bruce (2013). «Autobiographies of Violence: The SA in its Own Words», *Central European History* , 46(2): 217-237.
Canetti, Elías (1977). *Masa y poder* . Barcelona: Muchnik.
Casquete, Jesús (2006a). *El poder de la calle. Ensayos sobre acción colectiva* . Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
Casquete, Jesús (2006b). «The Power of Demonstrations», *Social Movement Studies,* 5(1): 45-60.
Casquete, Jesús (2013). «Un mundo "pequeño", otro mundo "grande". El discurso de género del nacionalsocialismo», *Revista de Estudios Políticos,* 159: 165-201.
Casquete, Jesús (2014). «Hobsbawm en Berlín, 1931-1933. La forja de un comunista», *Ayer,* 96: 107-129.
Casquete, Jesús (2015). «SA y violencia política en Berlín-Kreuzberg, 1929-1933», *Historia y Política,* 33: 155-182.
Casquete, Jesús (2016). «The importance of being Horst: popular support and given names in Nazi Germany», *European Journal of Cultural and Political Sociology,* 3(1): 97-118.
Casquete, Jesús (2017). *Nazis a pie de calle. Una historia de las SA en la República de Weimar* . Madrid: Alianza.
Casquete, Jesús (2019a). «La primera edición española de *Mein Kampf* », *Revista de Estudios Políticos,* 184 (abril/junio): 197-223.
Casquete, Jesús (2019b). «Kirchhof unterm Hakenkreuz», *Der Tagesspiegel* , 22 (de marzo).
Casquete, Jesús y Tajadura, Javier (coords.) (2020, en prensa). *La Constitución de Weimar: historia, política y derecho* . Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
Casquete, Jesús (2020, en prensa). «Zwei Gründurgsmythen de SA: Das Hofbräuhaus in München (1921) und die Pharus-Säle in Berlin (1927), *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft.*
Childers, Thomas (2019). *El Tercer Reich. Una historia de la Alemania nazi.* Barcelona: Crítica.

Coesfeld, Marcus (2016). «Jiu-Jitsu im "Dritten Reich". Eine umstrittene Kampfsportart», en Franck Becker y Ralf Schäfer (eds.), *Sport und Nationalsozialismus* . Göttingen: Wallstein.

Collins, Randall (2004). *Interaction Ritual Chains* . Princeton: Princeton University Press.

Conze, Eckart (2019). «Verhasster Vertrag. "Versailles" als Propagandawaffe gegen die Weimarer Republik», *APuZ,* 15 (8 de abril).

Craik, Jennifer (2005). *Uniforms Exposed: From Conformity to Transgresion* . Nueva York: Berg.

Curtis, Michael (1979). *Totalitarianism* . New Brunswick: Transaction Books.

Dagnino, Jorge (2016). «The Myth of the New Man in Italian Fascist Ideology», *Fascism,* 5: 130-148.

Davidson, Martin (2011). *The Perfect Nazi. Unmasking my SS Grandfather* . Londres: Penguin.

De Felice, Renzo (1975). *Mussolini e Hitler. Rapporti segretti, 1922-1933* . Florencia: Le Monnier.

De Luna, Giovanni (2007). *El cadáver del enemigo. Violencia y muerte en la guerra contemporánea* . Madrid: 451 Editores.

De Pablo, Santiago, De la Granja, José Luis, Mees, Ludger y Casquete, Jesús (coords.) (2012). *Diccionario ilustrado de símbolos del nacionalismo vasco* . Madrid: Tecnos.

Dehandschutter, Boudewijn y Van Henten, Jan Willem (1989). «Einleitung», en Jan Willem van Henten y Boudewijn Dehandschutter (eds.), *Die Entstehung der jüdischen Martyrologie* . Leiden: E.J. Brill.

Del Águila, Rafael (1993). «Los fascismos», en Fernando Vallespín (ed.), *Historia de la teoría política* , vol. 5. Madrid: Alianza.

Desmons, Eric (2001). *Mourir pour la patrie?* París: Presses Universitaires de France.

Deuerlein, Ernst (ed.) (1974). *Der Aufstieg der NSDAP in Augenzeugenberichten* . Múnich: dtv.

Diani, Mario (1992). «Analysing Social Movement Networks», en Mario Diani y Ron Eyerman (eds.), *Studying Collective Action* . Londres: Sage.

Diehl, James M. (1977). *Paramilitary Politics in Weimar Germany* . Bloomington-Londres: Indiana University Press.

Dietsch, Johan (2015). «Herbert Norkus and Pavel Morozov as Totalitarian Child Martyrs», en Klas-Göran Karlsson, Johan Stenfeldt y Ulf Zander (eds.), *Perspectives on the Entangled History of Communism and Nazism* . Lanham, Maryland: Lexington.

Dithmar, Reinhard (1999). «Das "gestohlene" Lied. Adaptionen von Liedgut der Arbeiterbewegung in NS-Liedern», en Gottfried Niedhart y George Broderick (eds.), *Lieder in Politik und Alltag des Nationalsozialismus* . Fráncfort del Meno: Peter Lang.

Domarus, Max (1973). *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945,* vol. 1, *1932-1934* . Wiesbaden: R. Löwit.

Donson, Andrew (2006). «Why Did German Youth Become Fascists? Nationalist Males Born 1900 to 1908 in War and Revolution», *Social History,* 31 (2006): 337-358.

Donson, Andrew (2010). *Youth in the Fatherless Land. War Pedagogy, Nationalism, and Authority in Germany, 1914-1918* . Cambrigde, Mass.: Harvard University Press.

Douglas, Mary (2002, 2.ª ed.). *Purity and Danger* . Londres: Routledge.

Durkheim, Émile (2001). *The Elementary Forms of Religious Life* . Oxford: Oxford University Press.

Dworkin, Ronald (1986). *A Matter of Principle* . Oxford: Clarendon Press.

Ehls, Marie-Luise (1997). *Protest und Propaganda. Demonstrationen in Berlin zur Zeit der Weimarer Republik* . Berlín-Nueva York: Walter de Gruyter.

Elder, Sace (2010). *Murder Scenes. Normality, Deviance, and Criminal Violence in Weimar Germany* . Ann Arbor: The University of Michigan Press.

Elfferding, Wieland (1989). «Der soldatische Mann und die "weiße Frau der Revolution". Faszination und Gewalt am Beispiel des 1. Mai der Nazis», en Verein zum Studium Sozialen Bewegungen (ed.), *100 Jahre Erster Mai. Beiträge und Projekte zur Geschichte der Maifeiern in Deutschland* . Berlín: Verein zum Studium Sozialen Bewegungen.

Eliade, Mircea (1972). *El mito del eterno retorno* . Madrid, Alianza.

Eliade, Mircea (1998). *Lo sagrado y lo profano* . Barcelona, Paidós.

Elias, Norbert (1991). *Über die Einsamkeit der Sterbenden in unseren Tagen* . Fráncfort del Meno: Suhrkamp.

Elias, Norbert (1992). *Studien über die Deutschen* . Fráncfort del Meno: Suhrkamp.

Elias, Norbert (2002). *Humana conditio. Consideraciones en torno a la evolución de la humanidad* . Barcelona: Península.

Emirbayer, Mustafa y Goodwin, Jeff (1994). «Network Analysis, Culture, and the Problem of Agency», *American Journal of Sociology,* 99(6): 1411-1454.

Enegrén, André (2001). «Totalitarismo», en Philippe Raynaud y Stéphane Rials (eds.), *Diccionario Akal de Filosofía Política* . Madrid: Akal.

Enzenbach, Isabel (2017). *Angezettelt. Antisemitische und rassistische Aufkleber von 1880 bis heute* . Berlín: Metropol.

Enzensberger, Hans Magnus (2006). *Schreckens Männer. Versuch über den radikalen Verlierer* . Fráncfort del Meno: Suhrkamp.

Eschenberg, Theodor (1963). *Die improvisierte Demokratie* . Múnich: Piper.

Etzioni, Amitai y Jared Bloom (eds.) (2004). *We Are What We Celebrate. Understanding Holidays and Rituals* . Nueva York: New York University Press.

Etzioni, Amitai (1970). *Demonstration Democracy* . Nueva York: Gordon and Breach.

Evans, Richard J. (2004). *The Coming of the Third Reich* . Londres: Penguin.

Evans, Richard J. (2015). *The Third Reich in History and Memory* . Oxford: Oxford University Press.

Fahlbusch, Michael, Haar, Ingo y Pinwinkler, Alexander (eds.) (2017, 2.ª ed.). *Handbuch der völkischen Wissenscahften. Akteure, Netzwerke, Forschungsprogramme* (2 vols.). Oldenburg: De Gruyter.

Falter, Jürgen W. (1991). *Hitlers Wähler* . Múnich: C. H. Beck.

Falter, Jürgen W. (ed.) (2016). *Junge Kämpfer, alte Opportunisten. Die Mitglieder der NSDAP 1919-1945* . Fráncfort del Meno / Nueva York: Campus.

Falter, Jürgen W., Lindenberger, Thomas y Schumann, Siegfried (1986). *Wahlen und Abstimmungen in der Weimarer Republik* . Múnich: C. H. Beck.

Falter, Jürgen W. (2020). «La base social de los ejes de conflicto en la República de Weimar, 1919-1933», en Jesús Casquete y Javier Tajadura

(coords.), *La Constitución de Weimar: historia, política y derecho.* Madrid: CEPC.
Favre, Pierre (dir.) (1990). *La manifestation* . París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
Fergusson, Adam (2012). *Cuando muere el dinero. La pesadilla de la hiperinflación en la República de Weimar* . Madrid: Alianza.
Fest, Joachim (2006/2007). *Hitler. Eine Biographie* . Hamburgo: Spiegel.
Fest, Joaquim (2007). *Yo no* . Madrid: Taurus.
Fischer, Conan (1982). «The SA of the NSDAP: Social Background and Ideology of the Rank and File in the Early 1930s», *Journal of Contemporary History,* 17: 651-670.
Fischer, Conan (1983). *Stormtroopers. A Social, Economic and Ideological Analysis, 1929-1935* . Londres: George Allen & Unwin.
Fischer, Conan y Hicks, Carolyn (1980). «Statistics and the Historian: The Occupational Profile of the SA of the NSDAP», *Social History,* 5(1): 131-138.
Flügge, Manfred (2018). *Stadt ohne Seele. Wien 1938* . Berlín: Aufbau.
Forti, Simona (2008). *El totalitarismo: trayectoria de una idea límite* . Barcelona: Herder.
Fraschka, Mark A. (2016). *Franz Pfeffer von Salomon. Hitlers vergessener Oberster SA-Führer* . Göttingen: Wallstein.
Frei, Norbert (2009). «“Volksgemeinschaft”. Erfahrungsgeschichte und Lebenswirklichkeit der Hitler-Zeit», en Norbert Frei, *1945 und wir. Das Dritte Reich im Bewußtsein der Deutschen* . Múnich: dtv.
Friedel, Anne-Sophie (ed.) (2018). Weimarer Republik, *APuZ,* 68(18-20), April 2018.
Friedländer, Saul (2004). *¿Por qué el Holocausto? Historia de una psicosis colectiva.* Barcelona: Gedisa.
Friedländer, Saul (2009). *El Tercer Reich y los judíos. Los años de persecución (1933-1939)* . Barcelona: Galaxia Gutenberg.
Friedmann, Ronald (2011). *Die Zentrale. Geschichte des Berliner Karl-Liebknecht-Hauses* . Berlín: Dietz.
Friedrich, Carl J. (1969). «The Evolving Theory and Practice of Totalitarian Regimes», en Carl. J. Friedrich, Michael Curtis y Benjamin R. Barber, *Totalitarianism in Perspective: Three Views* . Nueva York-Washington-Londres: Praeger.

Friedrich, Carl J. y Brzezinski, Zbigniew K. (1956). *Totalitarian Dictatorships and Autocracy* . Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

Friedrich, Thomas (2007). *Die missbrauchte Hauptstadt. Hitler und Berlin* . Berlín: Propyläen.

Fritzsche, Peter (1998). *Germans into Nazis* . Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

Fritzsche, Peter y Hellbeck, Jochen (2009). «The New Man in Stalinist Russia and Nazi Germany», en Michael Geyer y Sheila Fitzpatrick (eds.), *Beyond Totalitarianism* . Cambridge: Cambridge University Press.

Fuentes, Juan Francisco (2006). «Totalitarismo: origen y evolución de un concepto clave», *Revista de Estudios Políticos* , 134: 195-218.

Fuentes, Juan Francisco (2018). «Shirt Movements in Interwar Europe: A Totalitarian Fashion», *Ler História* , 72: 151-173.

Fülberth, Johannes (2011). *«... wird mit Brachialgewalt durchgefochten». Bewaffnete Konflikte mit Todesgolge vor Gericht, Berlin 1929 bis 1932/1933* . Colonia: PapyRossa.

Fülberth, Johannes (2013). «Bürgerkriegsarmee in permanenter "Notwehr"?», en Yves Müller y Reiner Zilkenat (eds.), *Bürgerkriegsarmee: Forschungen zur nationalsozialistischen Sturmabteilung (SA)* . Fráncfort del Meno: Peter Lang.

Gailus, Manfred (2001). *Protestantismus und Nationalsozialismus. Studien zur nationalsozialistischen Durchdringung des protestantischen Sozialmilieus in Berlin* . Colonia-Weimar-Viena: Böhlau.

Gailus, Manfred (2002). «Vom Feldgeistlichen des Ersten Weltkriegs zum politischen Prediger des Bürgerkriegs», *Zeitschrift für Gesichstwissenschaft,* 50(9): 773-803.

Gailus, Manfred (2016). «Pfarrer Walter Hoff und das Berliner Drei-Religionen-Haus: Eine Vergangenheit, die nicht vergehen will?», en: Manfred Gailus y Clemens Vollnhals (eds.), *Für ein artgemäßes Christentum der Tat. Völkische Theologen im "Dritten Reich"* . Göttingen: V & R unipress.

Gailus, Manfred y Siemens, Daniel (eds.) (2011). *Hass und Begeisterung bilden Spalier". Die politische Autobiographie von Horst Wessel* . Berlín: be.bra.

García Gual, Carlos (2016). *La muerte de los héroes* . Madrid: Turner.

Gathmann, Peter y Martina Paul (2009). *Narziss Goebbels. Eine Biographie* . Viena-Colonia-Weimar: Böhlau.
Gay, Peter (2001 [1968]). *Weimar Culture. The Outsider as Insider* . Nueva York: W.W. Norton & Company.
Gellately, Robert y Stoltzfus, Nathan (eds.) (2001). *Social Outsiders in Nazi Germany* . Princeton: Princeton University Press.
Gentile, Emilio (1993). *Il culto del littorio: la sacralizzazione della politica nell'Italia fascista* . Roma-Bari: Laterza.
Gentile, Emilio (2004). «Fascism, Totalitarianism and Political Religion: Definitions and Critical Reflections on Criticism of an Interpretation», *Totalitarian Movements and Political Religions,* 5(3): 326-375.
Gentile, Emilio (2009). *La Grande Italia. The Myth of the Nation in the 20th Century* . Madison, Wisconsin: The University of Wisconsin Press.
Gentile, Emilio (2014). «Der neue Mensch' des Faschismus. Reflexionen über ein totalitäres Experiment», en Thomas Schlemmer y Hans Woller (eds.), *Der Faschismus in Europa. Wege der Forschung* . Múnich: De Gruyter-Oldenburg.
Gentile, Emilio (2019). *Quién es fascista* . Madrid: Alianza.
Gerwarth, Robert (2008). «The Central European Counter-Revolution: Paramilitary Violence in Germany, Austria and Hungary after the Great War», *Past and Present* , 200: 175-209.
Gerwarth, Robert (2012). «Fighting the Red Beast: Counter- Revolutionary Violence in the Defeated States of Central Europe», en Robert Gerwarth y John Horne (eds.), *War in Peace. Paramilitary Violence in Europe after the Great War* . Oxford: Oxford University Press.
Gerwarth, Robert (2017). *The Vanquished. Why the First World War Failed to End, 1917-1923* . Londres: Penguin.
Gerwarth, Robert y Horne, John (2012). «Paramilitarism in Europe after the Great War. An Introduction», en Robert Gerwarth y John Horne (eds.), *War in Peace. Paramilitary Violence in Europe after the Great War* . Oxford: Oxford University Press.
Giebel, Wieland (ed.) (2012). *Das braune Berlin: Adolf Hitlers Kampf um die Reichhauptstadt* . Berlín: Berlin Story.
Gillis, John R. (ed.) (1994). *Commemorations. The Politics of National Identity* . Princeton, NJ: Princeton University Press.
Girardet, Raoul (1986. *Mythes et mythologies politiques* . París: Seuil.

Gisevius, Hans Bernd (1946). *Bis zum bittern Ende* . Zurich: Fretz & Wasmuth.

Goebbels, Joseph (1998-2005). *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, 1923-1941* (14 vols.). Múnich: Saur.

Goeschel, Christian (2012). *Selbstmord im Dritten Reich* . Berlín: Suhrkamp.

Goeschel, Christian (2013). «The Criminal Underworld in Weimar and Nazi Berlin», *History Workshop Journal,* 75: 58-80.

González Calleja, Eduardo (2012). *Los totalitarismos* . Madrid: Síntesis.

González García, José M. (1998). *Metáforas del poder* . Madrid: Alianza.

Gotschlich, Helga (1987). *Zwischen Kampf und Kapitulation. Zur Geschichte des Reichbanners Schwarz-Rot-Gold* . Berlín: Dietz.

Graf, Oskar Maria (1966). *Gelächter von außen. Aus meinem Leben 1918-1933* . Múnich: Desch.

Griffin, Roger (2019). *Fascismo.* Madrid: Alianza.

Gross, Raphael (2010). Anständig geblieben. Nationalsozialistische Moral. Fráncfort del Meno: Fischer.

Guenther, Irene (2011). «Die Uniformierung der Gesellschaft im "Dritten Reich"», en Hans-Ulrich Thamer (ed.), *Hitler und die Deutschen. Volksgemeinschaft und Verbrechen* . Dresden: Sandstein.

Haffner, Sebastian (2001). *Historia de un alemán. Memorias 1914-1933* . Barcelona: Destino.

Hagemann, Karen (1991). «Frauenprotest und Männerdemonstrationen. Zum geschlechtsspezifischen Aktionsverhalten im grossstädtischen Arbeitermilieu der Weimarer Republik», en Bern-Jürgen Warneken (ed.), *Massenmedium Strasse. Zur Kulturgeschichte der Demonstration* . Fráncfort del Meno-Nueva York: Campus.

Hagen, Joshua (2008). «Parades, Public Space, and Propaganda: The Nazi Culture Parades in Munich», *Geografiska Annaler: Series B, Human Geography,* 90(4): 349-367.

Halcomb, Jill (1985). *The SA. A Historical Perspective* . Columbia, North Carolina: Crown/Agincourt.

Hancock, Eleanor (2008). *Ernst Röhm. Hitler's SA Chief of Staff* . Nueva York: Palmgrave.

Hanebrink, Paul (2018). *A Specter Haunting Europe. The Myth of Judeo-Bolshevism* . Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

Haring, Sabine A. (2016). «Der neue Mensch im Nationalsozialismus und Sowjetkommunismus», *APuZ,* 66(37-38): 10-15.

Hartmann, Arthur y Von Lampe, Klaus (2008). «The German underworld and the *Ringvereine* from the 1890s through the 1950s», *Global Crime,* 9(1-2): 108-135.

Hartmann, Christian; Vordermayer, Thomas; Plöckinger, Othmar y Töppel, Roman (eds.) (2016). *Hitler, Mein Kampf. Eine kritische Edition* . Berlín-Múnich: IfZ.

Hartwig, Helmut (1976). «Plaketten zum 1. Mai 1934-1939. Herkunft und Funktion von Bildsymbolen im Faschismus», *Ästhetik und Kommunikation,* 26: 56-60.

Heiber, Helmut (ed.) (1991). *Goebbels Reden 1932-1945* . Bindlach: Gondrom.

Heidegger, Martin (1988). «Martin Heidegger. Political Texts, 1933-1934», *New German Critique,* 45: 96-114.

Herbert, Ulrich (2014). *Geschichte Deutschlands im 20. Jahrhundert* . Múnich: C. H. Beck.

Herbst, Ludolf (2010). *Hitlers Charisma. Die Erfindung eines deutschen Messias* . Fráncfort del Meno: Fischer.

Hett, Benjamin Carter (2008). *El hombre que humilló a Hitler* . Barcelona: Ediciones B.

Hettling, Manfred (1998). *Totenkult statt Revolution. 1848 und seine Opfer* . Fráncfort del Meno: Fischer.

Hettling, Manfred y Echternkamp, Jörg (2013). «Heroisierung und Opferstilisierung. Gundelemente des Gefallenengedenkens von 1813 bis heute», en Manfred Hettling y Jörg Echternkamp (eds.), *Gefallenengedenken in globalen Vergleich* . Múnich: Oldenbourg.

Heusler, Andreas (2008). *Das braune Haus. Wie München zur «Hauptstadt der Bewegung» wurde* . Múnich: Deutsche Verlags-Anstalt.

Hillesheim, Jürgen y Michael, Elisabeth (1993). *Lexikon National-Sozialistischer Dichter* . Würzburg: Königshausen & Neumann.

Himmler, Katrin (2011). *Los hermanos Himmler. Historia de una familia alemana* . Barcelona: Libros del Silencio.

Hobsbawm, Eric (2002). *Años interesantes. Una vida en el siglo* XX . Barcelona: Crítica.

Hockerts, Hans Günter (2015). «Warum München? Wie Bayerns Metropole die "Hauptstadt der Bewegung" wurde», en Winfried Nerdinger (ed.), *München und der Nationalsozialismus* . Múnich: C. H. Beck.

Hoeres, Peter (2019). «Versailler Vertrag: Ein Frieden, der kein Frieden war», *APuZ,* 15 (8 de abril).

Hoffmann, Christhard (2001). «"The New" as a (Jewish) Threat: Anti-modernism and Antisemitism in Germany», en Line Alice Ytrehus (red.), *Forestillinger om «dem andre»* . Kristiansand: HøyskoleForlaget.

Homberger, Torsten (2014). *Fashioning German Fascism: Constructing the Image of Hitler's Storm Troopers, 1924-1933* . Tesis Doctoral: Washington State University.

Hördler, Stefan (ed.) (2013). *SA-Terror als Herrschaftssicherung. "Köpenicker Blutwoche" und öffentliche Gewalt im Nationalsozialismus* . Berlín: Metropol.

Hördler, Stefan y Müller, Yves (2017). «Terror und Machtrepräsentation im städtischen Milieu. Eine Fotoserie zum NS-Totenkult im Sommer 1933», en Winfried Süß y Malte Thießen (eds.), *Städte im Nationalsozialismus. Urbane Räume und soziale Ordnungen* . Göttingen: Wallstein.

Horkheimer, Max (1985). «Über das Vorurteil», en Max Horkheimer, *Gesammelte Schriften* , vol. 8. Fráncfort del Meno: Fischer.

Höss, Rudolf (1994 [1963]). *Kommandant in Auschwitz. Autobiografische Aufzeichnungen des Rudolf Höss* . Múnich: dtv.

Hürten, Heinz (2011). «Der Aufstieg des Nationalsozialismus und die katholische Kirche», en Christoph Kösters y Mark Edward Ruff (eds.), *Die katholische Kirche im Dritten Reich. Eine Einführung* . Freiburg-Basel-Wien: Herder.

Ingrao, Christian (2017). *Creer y destruir. Los intelectuales en la máquina de guerra de las SS* . Barcelona: El Acantilado.

Jamin, Mathilde (1984). *Zwischen den Klassen. Zur Sozialstruktur der SA-Führerschaft* . Wuppertal: Hammer.

Jasper, Gotthard (1960). «Zur Innenpolitischen Lage in Deutschland im Herbst 1929», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 8(3): 280-289.

Jensen, Uffa (2017). *Zornpolitik* . Fránfort del Meno: Suhrkamp.

Joas, Hans (2005). *Guerra y modernidad. Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo* XX . Barcelona: Paidós.

Jones, Mark (2016). *Founding Weimar. Violence and the German Revolution of 1918-19* . Cambridge: Cambridge University Press.
Jones, Nigel (2007). «A Song for Hitler», *History Today,* 57(10): 23-29.
Kaiser, Alexandra (2010). *Von Helden und Opfern. Eine Geschichte des Volkstrauertags* . Fráncfort del Meno-Nueva York: Campus.
Kater, Michael H. (1976). «Ansätze zu einer Soziologie der SA bis zur Röhm-Krise», en Ulrich Engelhardt, Volker Sellin y Horst Stuke (eds.), *Soziale Bewegung und politische Verfassung: Beiträge zur Geschichte der modernen Welt* . Stuttgart: Ernst Klett.
Keane, John (2010). «Lying, Journalism, Democracy» (http://www.johnkeane.net/lying-journalism-democracy ; consulta el 18-I-2020).
Kellerhoff, Sven Felix (2014). «Hitler und Berlin. Die Entwicklung einer ambivalenten Beziehung», en Dagmar Thorau y Gernot Schaulinski (eds.), *Mythos Germania. Vision und Verbrechen* . Berlín: Berliner Unterwelten.
Kellerhoff, Sven Felix (2015). *«Mein Kampf». Die Karriere eines deutschen Buches* . Stuttgart: Klett-Cotta.
Kellerhoff, Sven Felix (2017). *Die NSDAP. Eine Partei und Ihre Mitglieder* . Stuttgart: Klett-Cotta.
Kershaw, Ian (1993). «"Working Towards the Führer.' Reflections on the Nature of the Hitler Dictatorship», *Contemporary European History* , 2(2): 103-118.
Kershaw, Ian (1998). *Hitler 1889-1936: Hubris* . Londres: Penguin.
Kershaw, Ian (2011). «"Volksgemeinschaft'. Potenzial und Grenzen eines neuen Forschungskonzepts», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 59: 1-17.
Kessinger, Bernd (2013). *Die Nationalsozialisten in Berlin-Neukölln, 1925-1933* . Berlín: Vergangenheitsverlag.
Kistenmacher, Olaf (2016). *Arbeit und "jüdisches Kapital'. Antisemitische Aussagen in der KPD-Tageszeitung Die Rote Fahne während der Weimarer Republik* . Bremen: Lumière.
Klandermans, Bert y Oegema, Dirk (1987). «Potentials, Networks, Motivations, and Barriers: Steps Toward Participation in Social Movements», *American Sociological Review* , 52: 519-531.

Klemperer, Victor (2001). *LTI. La lengua del Tercer Reich* . Barcelona: Minúscula.

Klemperer, Victor (2015). *Man möchte immer weinen und lachen in einem. Revolutionstagebuch 1919* . Berlín: Aufbau.

Knausgård, Karl Ove (2019). *Fin. Mi lucha: 6* . Barcelona: Anagrama.

Knobloch, Heinz (1996). *Der arme Epstein. Wie der Tod zu Horst Wessel kam* . Berlín: Aufbau.

Knoke, David (1990). *Political Networks. The Structural Perspective* . Cambridge: Cambridge University Press.

Koenen, Andreas (1995). *Der Fall Carl Schmitt. Sein Aufstieg zum «Kronjuristen des Dritten Reiches»* . Darmstadt: Wiss. Buchges.

Köhler, Andrea (2018). *El tiempo regalado. Un ensayo sobre la espera* . Barcelona: Libros del Asteroide.

Kolb, Eberhard (1998, 4.ª ed.). *Die Weimarer Republik* . Múnich: Oldenbourg.

Kolbe, Jürgen (ed.) (1987). *Heller Zauber: Thomas Mann in München* . Berlín: Siedler.

Koonz, Claudia (2005). *La conciencia nazi. La formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich.* Barcelona: Paidós.

Köpf, Peter (2008). *Los Mommsen. La historia de los alemanes a través de una familia de 1848 hasta la actualidad.* Valencia: Publicacions de la Universitat de València.

Korff, Gottfried (1986). «Rote Fahnen und geballte Faust. Zur Symbolik der Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik», en Dietmar Petzina (ed.), *Fahnen, Fäuste, Körper. Symbolik und Kultur der Arbeiterbewegung* . Essen: Klartext.

Korff, Gottfried (1989). «Bemerkungen zur Symbolgeschichte des 1. Mai», en Verein zum Studium Sozialen Bewegungen (ed.), *100 Jahre Erster Mai. Beiträge und Projekte zur Geschichte der Maifeiern in Deutschland* . Berlín: Verein zum Studium Sozialen Bewegungen.

Korff, Gottfried (1992). «From Brotherly Handshake to Militant Clenched Fist: On Political Metaphors for the Worker's Hand», *International Labor and Working-Class History,* 42: 70-81.

Korff, Gottfried (1993). «History of Symbols as Social History? Ten Preliminary Notes on the Image and Sign Systems of Social Movements in Germany», *International Review of Social History,* 38: 105-125.

Koselleck, Reinhart (2001). *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia* . Barcelona: Paidós.

Koselleck, Reinhart (2006). «Zur historisch-politischen Semantik asymmetrischer Gegenbegriffe», en R. Koselleck, *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten* . Fráncfort del Meno: Surkamp.

Kruppa, Bernd (1988). *Rechtsradikalismus in Berlin, 1918-1928* . Berlín-Nueva York: Overall.

Kruse, Kurt (1999). «“Helden der Bewegung” als Steglitzer Strassennamen», en Arbeitskreis “Nationalsozialismus in Steglitz”», *Strassenname dauert noch länger als Denkmal. Die Benennung von Strassen in Berlin-Steglitz 1933-1948* . Berlín: Kulturamt Steglitz.

Kubizek, August (201)1. *The Young Hitler I Knew* . Barnsley: Greenhill Books.

Küenzlen, Gottfried (2016). «Der alte Traum vom neuen Menschen – Ideengeschichtliche Perspektiven», ApuZ 66 (37-38/2016): 4-9.

Kurz, Thomas (1988). *«Blutmai». Sozialdemokraten und Kommunisten im Brennpunkt der Berliner Ereignisse von 1929* . Berlín-Bonn: J. H. W. Dietz.

Large, David Clay (1996). *Where Ghost Walked. Munich's Road to the Third Reich* . Nueva York: Norton.

Laske, Karsten (2007). «Mehr als der Tot», *Der Freitag* (5-I-2007).

Lauber, Heinz y Rohstein (sin nombre de pila) (1983). *Der 1. Mai unter dem Hakenkreuz . Hitlers “Machtergreifung' in Arbeiterschaft und in Betrieben* . Gerlingen: Bleicher.

Lazar, Imre (1980). *Der Fall Horst Wessel* . Stuttgart-Zúrich: Belser.

Le Goff, Jacques (1991). *El orden de la memoria* . Barcelona: Paidós.

Lemkin, Raphaël (2015). *Genocidio. Escritos* . Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

Lemmons, Russel (1984). *Goebbels and Der Angriff* . Lexington, Kentucky: The University Press of Kentucky.

Leonhard, Jörn (2018). *Der überfordete Frieden. Versailles und die Welt 1918-1923* . Múnich: C. H. Beck

Leonhard, Jörn (2019). «Erwartung und Überfordung. Die Pariser Friedenskonferenz 1919», *APuZ,* 15 (8 de abril).

Liang, His-Huey (1977). *Die berliner Polizei in der Weimarer Republik* . Berlín-Nueva York: Walter de Gruyter.

Linck, Stephan (2016). «Eine mörderische Karriere: der schleswig-holsteinische Theologe Ernst Szymanowski/Biberstein», en Manfred Gailus y Clemens Vollnhals (eds.), *Für ein artgemäßes Christentum der Tat. Völkische Theologen im «Dritten Reich»* . Göttingen: V & R unipress.

Linz, Juan J. (2000). *Totalitarian and Authoritarian Regimes* . Boulder-Londres: Lynne Rienner.

Loberg, Molly (2019). «City Streets an Civil Unrest: The Costs of Violence in the Weimar and Nazi Eras», *Bulletin of the German Historical Institute, 65* (Fall 2019): 73-88.

Loiperdinger, Martin (ed.) (1991). *Märtyrerlegenden im NS-Film* . Opladen: Leske+Budrich.

Longerich, Peter (2003). *Geschichte der SA* . Múnich: C. H. Beck.

Longerich, Peter (2010). *Goebbels. Biographie* . Múnich: Siedler.

Luckey, Heiko (2007). «Believers Writing for Believers: Traces of Political Religion in National Socialist Pulp Fiction», *Totalitarian Movements and Political Religions,* 8(1): 77-92.

Luckey, Heiko (2008). *Personifizierte Ideologie. Zur Konstruktion, Funktion und Rezeption von Identifikationsfiguren im Nationalsozialismus und im Stalinismus* . Göttingen: V & R unipress.

Luhmann, Niklas (1997). *Die Gesellschaft der Gesellschaft* (2 vols.). Fráncfort del Meno: Suhrkamp.

Macho, Thomas (2000). «Tod und Trauer im kulturwissenschaftlichen Vergleich», en Jan Assmann, *Der Tod als Thema der Kulturtheorie* . Fráncfort del Meno: Suhrkamp.

Mai, Gunther (2018, 3.ª ed.). *Die Weimarer Republik* . Múnich: C. H. Beck.

Mallmann, Klaus-Michael (1996). *Kommunisten in der Weimarer Republik. Sozialgeschichte einer revolutionären Bewegung* . Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.

Margalit, Avishai (2009). *On Compromise and Rotten Compromises* . Princeton, NJ: Princeton University Press.

Marquard, Odo (1988). «Kleine Philosophie des Festes», en Uwe Schulz (dir.), *Das Fest. Eine kulturelle Geschichte von der Antike bis zur Gegenwart* . Múnich: C. H. Beck.

Mayer-von Götz, Irene (2008). *Terror im Zentrum der Macht. Die frühen Konzentrazionslager in Berlin 1933/34-1936* . Berlín: Metropol.

McAdam, Doug (1986). «Recruitment to High-Risk Activism: The Case of Freedom Summer», *American Journal of Sociology,* 92(1): 64-90.

McAdam, Doug (1988). «Micromobilization Contexts and Recruitment to Activism», en Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow (eds.), *From Structure to Action: Comparing Social Movements Across Cultures* . Greenwich, Conn.: JAI Press.

McAdam, Doug y Paulsen, Ronnelle (1993). «Specifying the Relationship between Social Ties and Activism», *American Journal of Sociology,* 99(3): 640-667.

McCarthy, John D. y Zald, Mayer N. (1977). «Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory», *American Journal of Sociology* , 82: 1212-1241.

McPhaill, Clark (1991). *The Myth of the Madding Crowd.* Nueva York: Aldine de Gruyter.

Meier, Kurt (1965). *Die Deutschen Christen. Das Bild einer Bewegung im Kirchenkampf des Dritten Reiches* . Halle, Saale: Max Niemeyer Verlag.

Meiners, Antonia (2017). *Berlin. Eine Chronik im Bilder, 1933-1945* . Berlín: Braus.

Mellón, Joan Antón (2009). «Las concepciones nucleares, axiomas e ideas-fuerza del fascismo clásico (1919-1945)», *Revista de Estudios Políticos* , 146: 49-79.

Melucci, Alberto (1996). *Challenging Codes* . Cambridge: Cambridge University Press.

Merkl, Peter H. (1975). *Political Violence Under the Swastika: 581 Early Nazis* . Princeton: Princeton University Press.

Merkl, Peter H. (1980). *The Making of a Stormtrooper* . Princeton: Princeton University Press.

Merlio, Gilbert (2010). «9. November: ein schwieriger Erinnerungstag», en Etienne François y Uwe Puschner (eds.). *Erinnerungstage. Wendepunkte der Geschichte von der Antike bis zur Gegenwart* . Múnich: C. H. Beck.

Michaels, Axel (2005). «Trauer und rituelle Trauer», en: Jan Assmann, Franz Maciejewski y Axel Michaels (eds.), *Der Abschied von den Toten. Trauerrituale im Kulturvergleich* . Göttingen: Wallstein.

Michaud, Éric (2009). *La estética nazi. Un arte de la eternidad* . Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Miller, David, Coleman, Janet, Conolly, William y Ryan, Alan (eds.) (1991. *The Blackwell Encyclopaedia of Political Thought* . Oxford: Blackwell.
Möller, Horst (2004). «Der 9. November in der deutschen Geschichte des 20. Jahrhunderts», en Eckart Conze y Thomas Nicklas (eds.), *Tage deutscher Geschichte. Von der Reformation bis zur Wiedervereinigung* . Múnich: Deutsche Verlags-Anstalt.
Möller, Horst (2018). *Die Weimarer Republik. Demokratie in der Krise* . Múnich: Piper.
Mommsen, Hans (1989). *Aufstieg und Untergang der Weimarer Republik, 1918-1933* . Berlín: Ullstein.
Mommsen, Hans (1994). «Adolf Hitler und der 9. November 1923», en Johannes Willms (ed.), *Der 9. November. Fünf Essays zur deutschen Geschichte* . Múnich: C. H. Beck.
Moore, Barrington (1958). «Totalitarian Elements in Pre-Industrial Societies», en B. Moore, *Political Power and Social Theory* . Cambridge: Harvard University Press.
Moscovici, Serge (1985). *The Age of the Crowd.* Cambridge: Cambridge University Press.
Mosse, George L. (1975). *The Nationalization of the Masses* . Nueva York: Howard Fertig.
Mosse, George L. (1987). *Masses and Man. Nationalist and Fascist Perceptions of Reality* . Detroit: Wayne State University Press.
Mosse, George L. (1999). *The Fascist Revolution: Toward a General Theory of Fascism.* Nueva York: Howard Fertig.
Mosse, George L. (1990). *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars* . Oxford: Oxford University Press [ed. cast.: *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales* . Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2016].
Mosse, George L. (1996). *The Image of Man. The Creation of Modern Masculinity* . Oxford: Oxford University Press.
Mühlberger, Detlef (1991). *Hitler's Followers. Studies in the Sociology of the Nazi Movement* . Londres: Routledge.
Mühlberger, Detlef (2003). *The Social Bases of Nazism, 1919-1933* . Cambridge: Cambridge University Press.
Müller, Yves y Zilkenat, Reiner (eds.) (2013). *Bürgerkriegsarmee. Forschungen zur nationalsozialistischen Sturmabteilung (SA)* . Fráncfort

del Meno: Peter Lang.
Naimark, Norman M. (2010). *Stalin's Genocides* . Princeton-Oxford: Princeton University Press.
Nerdinger, Winfried (ed.) (2015). *München und der Nationalsozialismus* . Múnich: C. H. Beck.
Nickisch, Craig W. (1999). «"Die Fahne hoch!" Das Horst-Wessel-Lied als Nationalhymne», *Selecta* , 20: 17-23.
Niedhart, Gottfried (1999). «Sangelust und Singediktatur im nationalsozialistischen Deutschland», en Gottfried Niedhart y George Broderick (eds.), *Lieder in Politik und Alltag des Nationalsozialismus* . Fráncfort del Meno: Peter Lang.
Niedbalski, Johanna y Hochmuth, Hanno (2015. «Kiez und Kneipe. Gastgewerbe und Vergnügungskultur im Berliner Osten um 1900», en Paul Nolte (ed.), *Die Vergnügungskultur der Großstadt. Orte, Inszenierungen, Netzwerke (1880-1930).* Colonia: Böhlau.
Nolte, Ernst (1987). *Der Europäische Bürgerkrieg 1917-1945* . Fráncfort del Meno: Propyläen.
Oegema, Dirk y Klandermans, Bert (1994). «Why Social Movement Sympathizers Don't Participate: Erosion and Nonconversion of Support», *American Sociological Review,* 59: 703-722.
Oertel, Thomas (1988). *Horst Wessel. Untersuchung einer Legende* . Colonia: Böhlau.
Oesterle, Kurt (2001). «Die heimliche deutsche Hymne», *Die Taz* (10-XI-2001) (http://www.taz.de/1/archiv/archiv/?dig=2001/11/10/a0204).
Oppermann, Jürgen (2005). *Das Drama der Wanderer von Joseph Goebbels. Frühformen nationalsozialistischer Literatur* . Fakultät für Geistes- und Sozialwissenschaften, Universität Karlsruhe.
Orth, Rainer (2012). «"Von einem verantwortungslosen Kameraden zum geistigen Krüppel geschlagen". Der Fall des Hitler-Putschisten Heinrich Trambauer», *Historische Mitteilungen,* 25: 208-236.
Orwell, George (1968a). *Essays* . Londres: Penguin.
Orwell, George (1968b) [1940]. «Review of *Mein Kampf* by Adolf Hitler», en Sonia Orwell (ed.), *The Collected Essays. Journalism and Letters of George Orwell* . Londres: Secker & Warburg.
Paul, Gerhard (1990). *Aufstand der Bilder. Die NS-Propaganda vor 1933* . Bonn: Dietz.

Paul, Gerhard (2015). «Sehen und Hören im Nationalsozialismus», en Winfried Nerdinger (ed.), *München und der Nationalsozialismus* . Múnich: C. H. Beck.

Payne, Stanley G. (1992). *El fascismo* . Madrid: Alianza.

Pellicani, Luciano (1984). «Sociología del totalitarismo», *Revista de Occidente* , 1984 (33-34): 155-175.

Pessoa, Fernando (2008). *Diarios* . Madrid: Gadir.

Peukert, Detlev J. K. (1987). *Die Weimarer Republik* . Fráncfort del Meno: Suhrkamp.

Phelps, Reginald H. (1963). «Dokumentation. Hitler als Parteiredner im Jahre 1920», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 1963 (3): 274-330.

Phelps, Reginald H. (1968). «Dokumentation. Hitlers "grundlegende" Rede über den Antisemitismus», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 1968 (4): 390-420.

Plöckinger, Othmar (2011, 2.ª ed.). *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers «Mein Kampf»* . Múnich: Oldenburg.

Plöckinger, Othmar (2013). *Unter Soldaten und Agitatoren: Hitlers prägende Jahre im deutschen Militär 1918-1920* . Paderborn: Schöningh.

Pöpping, Dagmar (2013). «Zwischen Kriegsverbrechen und Pfarramt. Walter Hoff und die evangelische Kirche», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft,* 61: 197-210.

Postert, André (2016). *Hitlerjunge Schall. Die Tagebücher eines jungen Nationalsozialisten* . Múnich: dtv.

Prehn, Ulrich (ed.) (2017). *Überall Luthers Wörte' Martin Luther im Nationalsozialismus* . Berlín: Stiftung Topographie des Terrors / Gedenkstätte Deutscher Widerstand.

Prost, Antoine (2014). «The Dead», en Jay Winter (ed.), *The Cambridge History to the First World War,* vol. 3. Cambridge: Cambridge University Press.

Pyta, Wolfram (2015). *Hitler. Der Künstler als Politiker und Feldherr. Eine Herrschaftanalyse* . Múnich: Siedler.

Rawls, John (1971). *A Theory of Justice* . Cambridge: Harvard University Press.

Rawls, John (1996). *El liberalismo político* . Barcelona: Crítica.

Reichardt, Sven (2002). *Faschistische Kampfbünde. Gewalt und Gemeinschaft im italienischen Squadrismus und in der deutschen SA* .

Colonia: Böhlau.
Reichardt, Sven (2007). «Totalitäre Gewaltpolitik? Überlegungen zum Verhältnis von nationalsozialistischer und kommunistischer Gewalt in der Weimarer Republik», en Wolfgang Hardtwig (ed.), *Ordnungen in der Krise. Zur politischen Kulturgeschichte Deutschlands 1900-1933* . Múnich: Oldenbourg.
Reichardt, Sven (2013). «Violence and Community: A Micro-Study on Nazi Storm Troopers», *Central European History,* 46: 275-297.
Reiche, Eric G. (1986). *The development of the SA in Nürnberg, 1922-1934* . Cambridge: Cambridge University Press.
Reichel, Peter (2006). *Der schöne Schein des Dritten Reiches. Gewalt und Faszination des deutschen Faschismus* . Hamburgo: Ellert & Richter.
Rein, Heinz (2017 [1947]). *Final en Berlín* . Madrid: Sexto Piso.
Reschke, Oliver (2004). *Der Kampf der Nationalsozialisten um den roten Friedrichshain (1925-1933)* . Berlín: Trafo.
Reuth, Ralf Georg (1995). *Goebbels. Eine Biographie* . Múnich: Piper.
Richards, Donald Ray (1968). *The German Bestseller in the 20th Century* . Berna: Herbert Lang.
Richarz, Monika (ed.) (1982). *Jüdisches Leben in Deutschland. Selbszeugnisse zur Sozialgeschichte, 1918-1945* . Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt.
Riefenstahl, Leni (2013). *Memorias* . Barcelona: Lumen.
Robben, Antonious (ed.) (2004). *Death, Mourning, and Burial. A Cross-Cultural Reader* . Oxford: Blackwell.
Rösch, Mathias (2002). *Die Münchner NSDAP, 1925-1933* . Múnich: Oldenbourg.
Rosenhaft, Eve (1983). *Beating the Fascists? The German Communists and Political Violence, 1929-1933* . Cambridge: Cambridge University Press.
Rousset, David (2004). *El universo concentracionario* . Barcelona: Anthropos.
Rule, James B. (1988). *Theories of Civil Violence.* Berkeley: University of California Press.
Sala Rose, Rosa (2003). *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo* . Barcelona: El Acantilado.
Sala Rose, Rosa (2007). *El misterioso caso alemán. Un intento de comprender Alemania a través de sus letras* . Barcelona: Alba.

Sandner, Harald (2016). *Hitler. Das Itinerar. Aufenthaltsorte und Reisen von 1889 bis 1945* (4 vols.). Berlín: Berlin Story Verlag.

Sands, Philippe (2017). *Calle Este-Oeste* . Barcelona: Anagrama.

Sandvoß, Hans-Rainer (1998). *Widerstand in Friedrichshain und Lichtenberg* . Berlín: Gedenkstätte Deutscher Wiederstand.

Sauer, Bernhard (2006). «Goebbels "Rabauken'. Zur Geschichte der SA in Berlin-Brandenburg», *Berlin in Geschichte und Gegenwart. Jahrbuch des Landesarchiv Berlin* : 107-164.

Sauer, Wolfgang (1962, 2.ª ed.). «Die Mobilmachung der Gewalt», en Karl Dietrich Bracher, Wolfgang Sauer y Gerhard Schulz (eds.), *Die nationalsozialistische Machtergreifung. Studien zur Errichtung des totalitären Herrschaftssystems in Deutschland 1933/1934* . Colonia: Westdeutscher Verlag.

Schapiro, Leonard (1981). *El totalitarismo* . México: FCE.

Schievelbusch, Wolfgang (2007). *Die Kultur der Niederlage* . Fráncfort del Meno: Fischer.

Schmidt, Thomas (2000). *Kalender und Gedächtnis. Erinnern im Rhythmus der Zeit* . Göttingen: Vanderhoeck & Ruprecht.

Schmiechen-Ackermann, Detlev (1998). *Nationalsozialismus und Arbeitermilieus. Der nationalsozialistische Angriff auf die proletarischen Wohnquartiere und die Reaktion in den sozialistischen Vereinen* . Bonn: Dietz.

Schmitz-Berning, Cornelia (2007, 2.ª ed.). *Vokabular des Nationalsozialismus* . Berlín-Nueva York: Walter de Gruyter.

Schoeps, Karl-Heinz (2002). «Die Horst-Wessel-Legende», en Jan Knopf (ed.), *Brecht Handbuch, Bd. 3. Prosa, Filme, Drehbücher* . Stuttgart-Weimar: J. B. Metzler.

Scholder, Klaus (1977). *Die Kirchen und das Dritte Reich. Vol. 1. Vorgeschichte und Zeit der Illusionen, 1918-1934* . Berlín: Propyläen.

Schumann, Dirk (2001). *Politische Gewalt in der Weimarer Republik 1918-1933. Kampf um die Strasse und Furcht vor dem Bürgerkrieg* . Essen: Klartext.

Schumann, Dirk (2018). «Nachkriegsgesellschaft. Erbschaften des Ersten Weltkrieges in der Weimarer Republik», *APuZ,* 68 (18-20, 30 de abril): 33-38.

Schuster, Martin (2005). *Die SA in der nationalsozialistischen «Machtergreifung» in Berlin und Brandenburg 1926-1934* . Dissertation, Fakultät I – Geistwissenschaften der Technischen Universität Berlin.
Schweitzer, Arthur (1984). *The Age of Charisma* . Chicago: Nelson Hall.
Scrutton, Roger (2014). *How to be a Conservative* . Londres: Bloomsbury.
Selig, Wolfram (2012). «Organisation Consul», en Wolfganz Benz (ed.), *Handbuch des Antisemitismus. Organisationen, Institutionen, Bewegungen* (vol. 5). Berlín: De Gruyter-Saur.
Sewell, Sara Ann (2009). «Communist Funerary Rituals in Cologne during the Weimar Republic», *German Studies Review,* 32(3): 527-548.
Siemens, Daniel (2009). *Horst Wessel. Tod und Verklärung eines Nationalsozialisten* . Múnich: Siedler.
Siemens, Daniel (2017). *Stormtroopers. A New History of Hitler's Brownshirts* . New Haven y Londres: Yale University Press.
Skinner, Quentin (1996). *Reason and Rethoric in the Philosophy of Hobbes* . Cambridge: Cambridge University Press.
Snow, David A., Zurcher, Louis A. y Ekland-Olson, Sheldon (1980). «Social Networks and Social Movements: A Microstructural Approach to Differential Recruitment», *American Sociological Review* , 45: 787-801.
Snyder, Timothy (2011). *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin* . Barcelona: Galaxia Gutenberg.
Sobański, Antoni Graf (2009). *Nachrichten aus Berlin, 1933-36* . Hamburgo: Rowohlt.
Sösemann, Bernd (2011). *Propaganda. Medien und Öffentlichkeit in der NS-Diktatur* (2 vols.). Stuttgart: Franz Steiner.
Souto Kustrin, Sandra (2017). «Jóvenes, marxistas y revolucionarios», en Fernando del Rey y Manuel Álvarez Tardío (dirs.), *Políticas del odio. Violencia y crisis en las democracias de entreguerras* . Madrid: Tecnos.
Spicer, Kevin (2008. *Hitler's Priests. Catholic Clergy and National Socialism* . DeKalb, Ill.: Northern Illinois University Press.
Spiro, Herbert J. (1977 [1968]). «Totalitarismo», en David L. Sills (dir.), *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales* . Madrid: Aguilar.
Steigmann-Gall, Richard (2003). *The Holy Reich. Nazi Conceptions of Christianity, 1919-1945* . Cambridge: Cambridge University Press.

Stoppino, Mario (1981-1982 [1976]). «Totalitarismo», en: Norberto Bobbio y Nicola Matteucci (dirs.), *Diccionario de política* . Madrid: Siglo XXI.
Striefler, Christian (1993). *Kampf um die Macht. Kommunisten und Nationalsozialisten am Ende der Weimarer Republik.* Berlín: Propyläen.
Studt, Christoph (2002). *Das Dritte Reich in Daten* . Múnich: C. H. Beck.
Swett, Pamela E. (2000). «Celebrating the Republic without Republicans: The *Reichsverfassungstag* in Berlin, 1929-1932», en Karin Friedrich (ed.), *Festive Culture in Germany and Europe from the Sixteenth to the Twentieth Century* . Lewiston: Edwin Mellen.
Swett, Pamela, E. (2004). *Neighbors & Enemies. The Culture of Radicalism in Berlin, 1929-1933* . Cambridge: Cambridge University Press.
Thamer, Hans-Ulrich (2018). *Adolf Hitler. Biographie eines Diktators* . Múnich: C. H. Beck.
Tal, Uriel (1981). «On Structures of Political Theology and Myth in Germany Prior to the Holocaust», en Yehuda Bauer y Nathan Rotenstreich (eds.), *The Holocaust as Hitorical Experience* . Nueva York: Holmes and Meier.
Tartakowsky, Danielle (1998). *Le pouvoir dans la rue* . París: Aubier.
Taylor, Charles (1989). *Sources of the Self: The Making of Modern Identity* . Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
Taylor, Charles (2010). «The Meaning of Secularism», *Heghedog Review,* 12(3): 23-34.
Tergit, Gabriele (2018 [1983]). *Etwas Seltenes überhaupt. Erinnerungen* . Fráncfort del Meno: Schöffling & Co.
Theweleit, Klaus (2000). *Männerphantasien (1+2)* . Múnich: Piper.
Thieme, Sarah (2017). *Nationalsozialistischer Märtyrerkult. Sakralisierte Politik und Christentum im westfälischen Ruhrgebiet (1929-1939)* . Fráncfort del Meno-Nueva York: Campus.
Todorov, Tzvetan (2001). «Totalitarianism: Between Religion and Science», *Totalitarian Movements and Political Religions* , vol. 2(1): 28-42.
Todorov, Tzvetan (2009). «Vanguardias y totalitarismo», *Revista Anthropos,* 222: 46-61.
Traverso, Enzo (2001). *Le totalitarisme. Le* XX *e siècle en débat* . París: Seuil.

Traverso, Enzo (2009). *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)* . Valencia: Publicacions de la Universitat de Vàlencia.
Trevor-Roper, Hugh (2000). *Hitler's Table Talk, 1941-1944. His Private Conversations.* Nueva York: Enigma Books.
Ulbricht, Justus H. (1986/1987). «Der Mythos vom Heldentod. Entstehung und Wirkungen von Walter Flex' Der Wanderer zwischen beiden Welten», *Jahrbuch des Archivs der deutschen Jugendbewegung* , 16: 111-156.
Ullrich, Volker (2013). *Adolf Hitler. Biographie. Band 1: Die Jahre des Aufstiegs, 1889-1939* . Fráncfort del Meno: Fischer.
Vitkine, Antoine (2011). *«Mein Kampf». Historia de un libro* . Barcelona: Anagrama.
Volkov, Shulamit (2012). *Walther Rathenau. Weimar's Fallen Statesman* . New Haven y Londres: Yale University Press.
Von Klemperer, Klemens (1951). «Towards a Fourth Reich? The History of National Bolschevism in Germany», *The Review of Politics,* 13(2): 191-220.
Vondung, Klaus (1971). *Magie und Manipulation. Ideologischer Kult und politische Religion des Nationalsozialismus* . Göttingen: Vandehoeck & Rupprecht.
Vondung, Klaus (2013). *Deutsche Wege zur Erlösung. Formen des Religiösen im Nationalsozialismus* . Múnich: Wilhelm Fink.
Waddington, Lorna (2007). *Hitler's Crusade: Bolshevism and the Myth of the International Jewish Conspiracy.* Londres: I. B. Tauris.
Wagener, Otto (1978). *Hitler aus nächster Nähe. Aufzeichnungen eines Vertrauten, 1929-1932* . Fráncfort del Meno: Ullstein.
Wagner, Patrick y Weinhauer, Klaus (2000). «Taratenblut und Immertreu. Wilde Cliquen und Ringvereine um 1930 – Ordungsfaktoren und Krisensymbole in unsicheren Zeiten», en: Martin Dinges y Fritz Sack (eds.), *Unsichere Großstädte? Vom Mittelalter bis zur Postmoderne* . Konstanz: Universitätsverlag Konstanz.
Wagner, Patrick (1996). *Volksgemeinschaft ohne Verbrecher. Konzeptionen und Praxis der Kriminalpolizei in der Zeit der Weimarer Republik und des Nationalsozialismus* . Hamburgo: Christians.
Wagner, Patrick (2002). *Hitlers Kriminalisten. Die deutsche Kriminalpolizei und der Nationalsozialismus* . Múnich: C. H. Beck.

Waite, Robert G. L. (1969 [1952]). *Vanguard of Nazism. The Free Corps Movement in Postwar Germany 1918-1923* . Nueva York: Norton.

Walter, Dirk (1999). *Antisemitische Kriminalität und Gewalt. Judenfeindschaft in der Weimarer Republik* . Bonn: J. H. W. Dietz Nachfolger.

Weber, Thomas (2010). *Hitler's First War. Adolf Hitler, the Men of the List Regiment, and the First World War* . Oxford: Oxford University Press.

Weber, Thomas (2017). *Becoming Hitler. The Making of a Nazi* . Oxford: Oxford University Press.

Wehler, Hans-Ulrich (2009). *Der Nationalsozialismus. Bewegung, Führerherrschaft, Verbrechen* . Múnich: C. H. Beck.

Weidermann, Volker (2019). *La república de los soñadores* . Barcelona: Arpa.

Weigel, Sigrid (2004). «Der Märtyrer und der Souverän», *Trajekte,* 8: 32-38.

Weir, Todd H. (2018). «Hitler's Worldview and the Interwar Kulturkampf», *Journal of Contemporary History,* 53(3): 597-621.

Weitz, Eric D. (2007). *Weimar Germany. Promise and Tragedy* . Princeton: Princeton University Press.

Wende, Peter (ed.) (1992). *Politische Reden III: 1914-1945* . Fráncfort del Meno: Deutsche Klassiker.

Werner, Andreas (1965). *SA und NSDAP; SA: «Wehrverband», «Parteitruppe» oder «Revolutionsarmee»? Studien zur Geschichte der SA und der NSDAP, 1920-1933* . Inaugural-Dissertation der Philosophischen Fakultät der Friedrich-Alexander-Universität zu Erlangen-Nürnberg.

Wette, Wolfram (2008). *Militarismus in Deutschland. Geschichte einer kriegerischen Kultur* . Fráncfort del Meno: Fischer.

Wette, Wolfram (2015). «Die deutsche Revolution von 1918/19. Ein historischer Essay», en Victor Klemperer, *Man möchte immer weinen und lachen in einem. Revolutionstagebuch 1919* . Berlín: Aufbau.

Wildt, Michael (2002). *Generation des Unbedingten. Das Führungskorps des Reichssicherheitshauptamtes* . Hamburgo: Hamburger Edition.

Wildt, Michael (2008). *Geschichte des Nationalsozialismus* . Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.

Wildt, Michael (2010). *Berlin im Nationalsozialismus: Neue Forschungsperspektiven. Antrittsvorlesung* . Humboldt-Universität zu Berlin, Philosophische Fakultät I, Institut für Geschichtswissenschaften.

Wildt, Michael (2017). *Volk, Volksgemeinschaft, AfD* . Hamburgo: Hamburger Edition.

Wildt, Michael (2019). *Die Ambivalenz des Volkes. Der Nationalsozialismus als Gesellschaftsgeschichte* . Berlín: Suhrkamp.

Willing, Georg-Franz (1974). *Ursprung der Hitlerbewegung, 1919-1922* . Oldendorf: K.W. Schütz.

Winkler, Heinrich August (1993). *Weimar, 1918-1933. Die Geschichte der ersten deutschen Demokratie* . Múnich: C. H. Beck.

Winkler, Heinrich August (2000). *Der lange Weg nach Westen. Deutsche Geschichte 1806-1933* . Múnich: C. H. Beck.

Wippermann, Wolfgang (2015). «1920. Wie gehabt», *Der Freitag* 33 (13-VIII-2015).

Wirsching, Andreas (1999). *Vom Weltkrieg zum Bürgerkrieg? Politischer Extremismus in Deutschland und Frankreich 1918-1933/39* . Múnich: Oldenbourg.

Wirsching, Andreas (2008). *Die Weimarer Republik. Politik und Gesellschaft* . Múnich: Oldenbourg.

Woller, Hans (2016). *Mussolini. Der erste Faschist* . Múnich: C. H. Beck.

Wulf, Andrea (2017). *La invención de la naturaleza. El nuevo mundo de Alexander von Humboldt* . Madrid: Taurus.

Zerubavel, Eviatar (2003). *Time Maps. Collective Memory and the Social Shape of the Past* . Chicago: The University of Chicago Press.

Ziemann, Benjamin (2011). *Die Zukunft der Republik? Das Reichsbanner Schwarz-Rot-Gold 1924-1933* . Bonn: Friedrich-Ebert-Stiftung.

Ziemann, Benjamin (2013). *Contested Commemorations. Republican War Veterans and Weimar Political Culture* . Cambridge: Cambridge University Press.

Zwicker, Stefan (2006). *«Nationale Märtyrer»: Albert Leo Schlageter und Julius Fucik. Heldenkult, Propaganda und Erinnerungskultur* . Paderborn: Schöningh.

Edición en formato digital: 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-947-9

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es